MASTER NEGATIVE
NO. 93-81666-4

AUTHOR:

NAVARRO Y LEDESMA,
FRANCISCO

TITLE:

EL INGENIOSO HIDALGO
MIGVEL DE...

PLACE:

MADRID

DATE:

1915

Master Negative #

93-81666-4

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86033
BN

Navarro y Ledesma, Francisco, ~~d. 1905.~~ 1869-1905.

El ingenioso hidalgo Migvel de Cervantes Saavedra, sucesos de su vida contados por Francisco Navarro y Ledesma ... 2. ed. Madrid, Sucs. de Hernando, 1915.

4 p. l., 616 p., 1 l. 23cm.

Title vignette.
Colophon: Se acabó de imprimir la segunda edición ... en Madrid, en la imprenta de hijos de Tello, á xx días del mes de septiembre de MCMXIV.
"Trozos de música popular mencionados en el texto": p. [609]-612.

1. Cervantes Saavedra, Miguel de, 1547-1616.

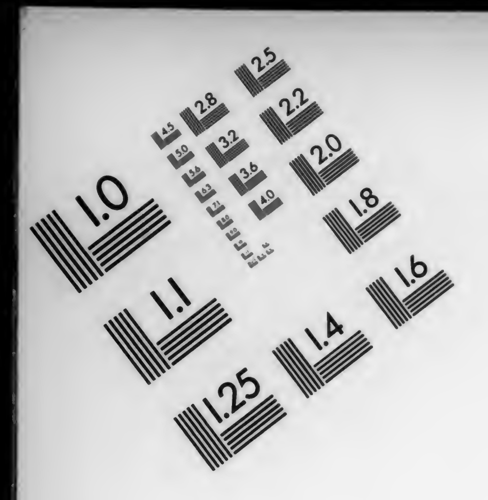
18-21933

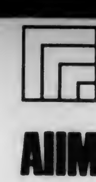
Library of Congress PQ6337.N3 1915

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 8-11-93 INITIALS MGG
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT



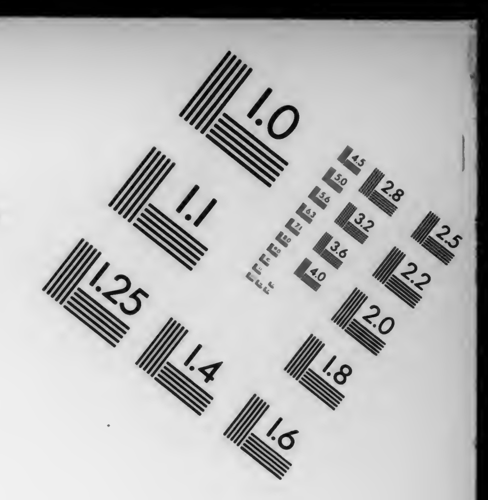


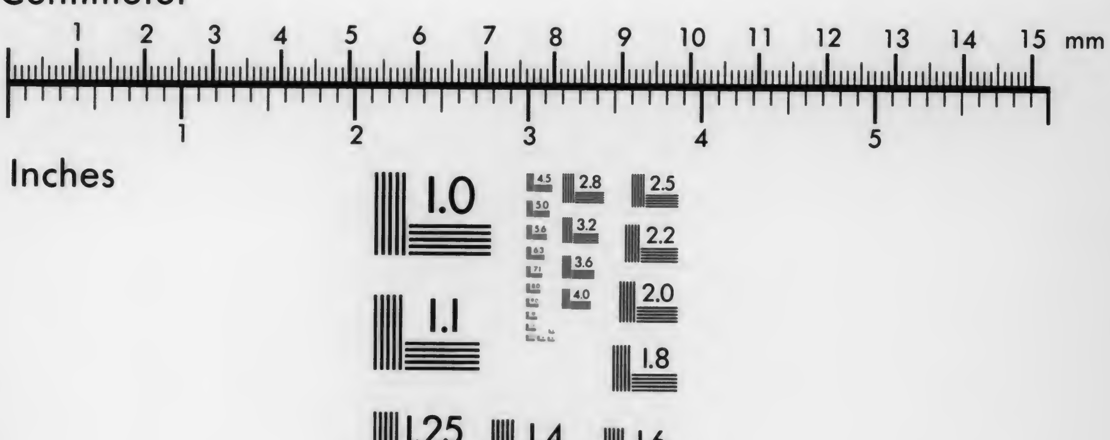
AIIM

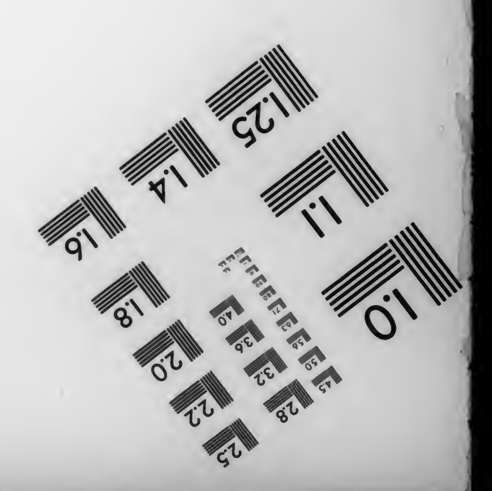
Association for Information and Image Management

1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

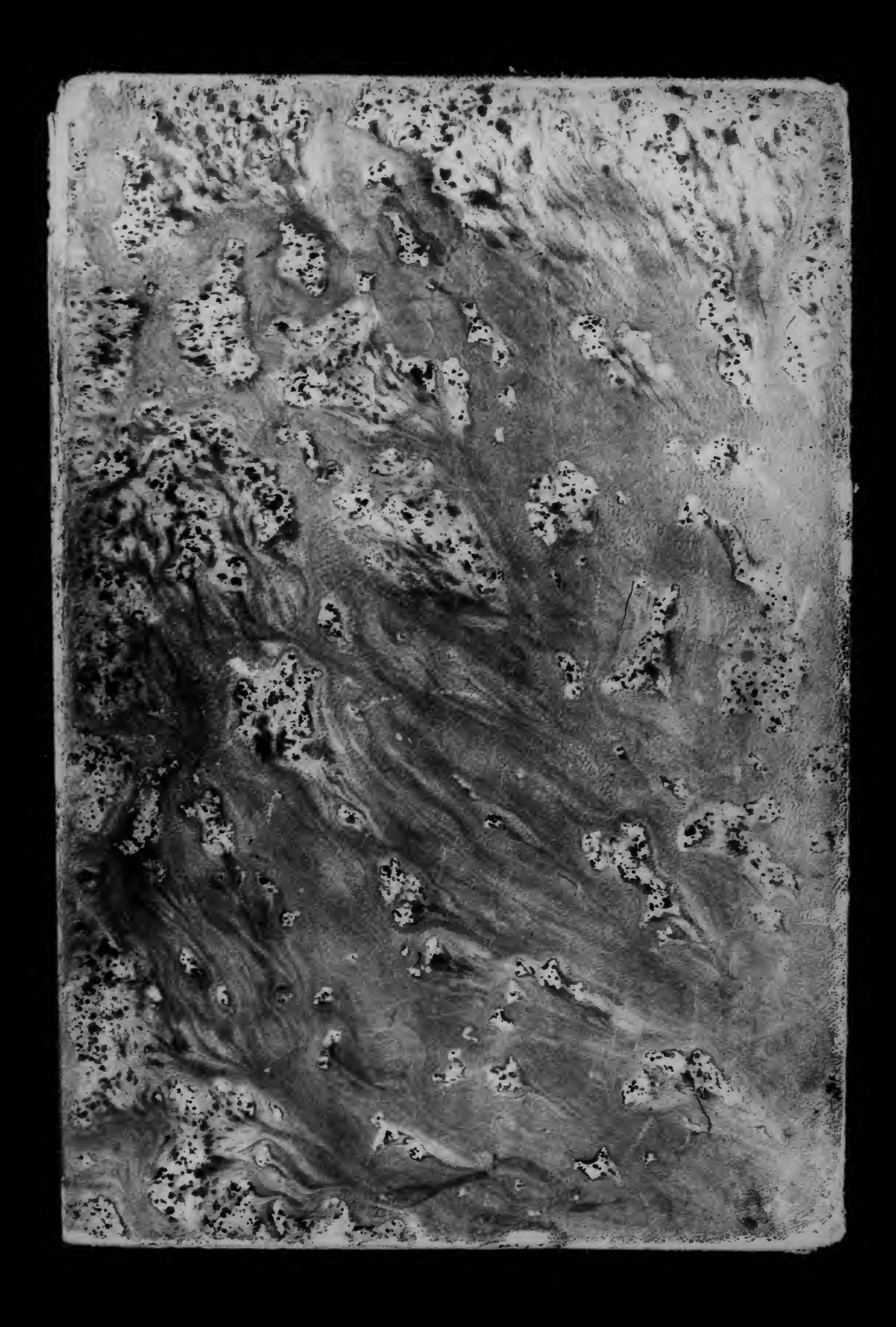
301/587-8202

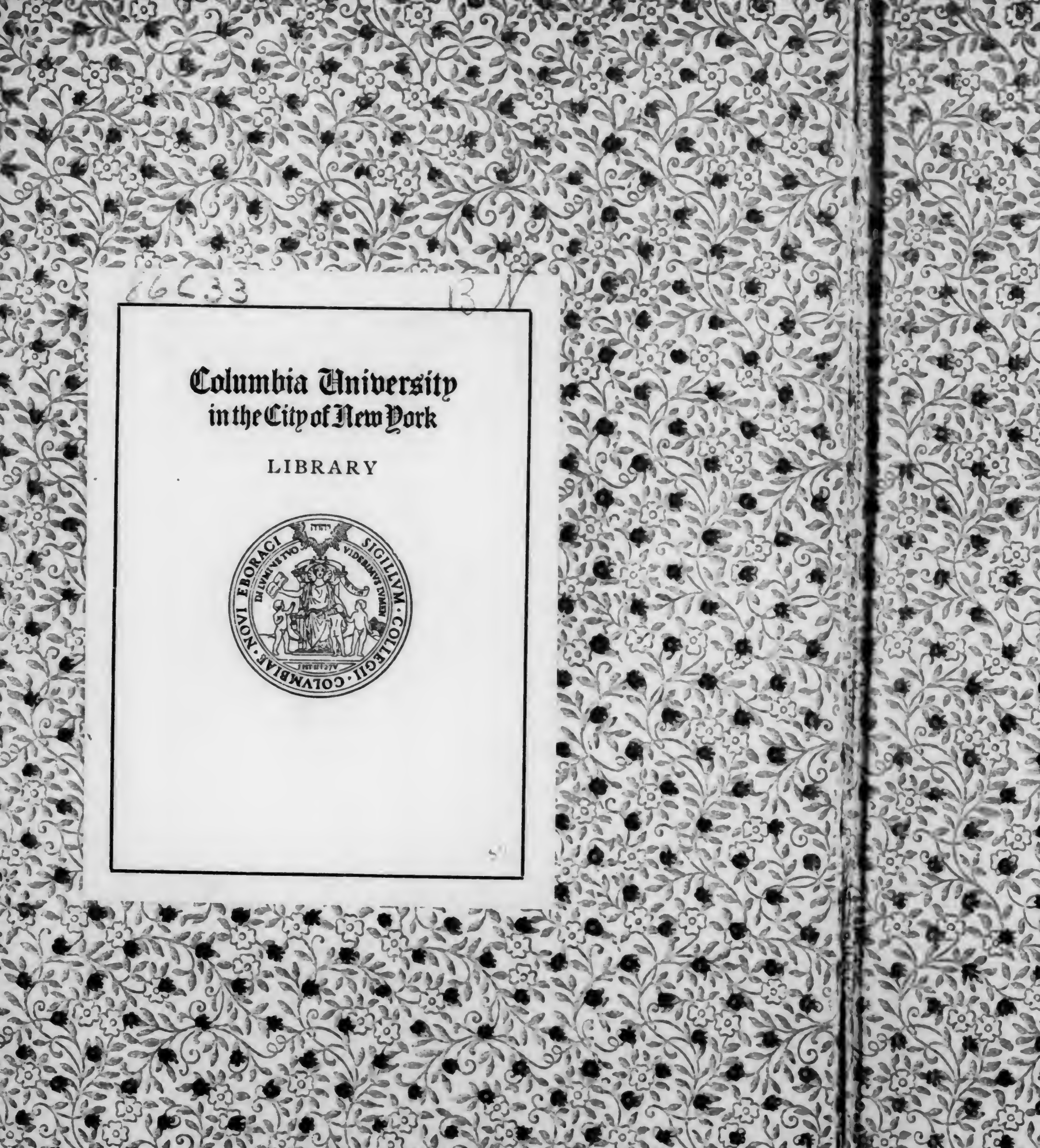


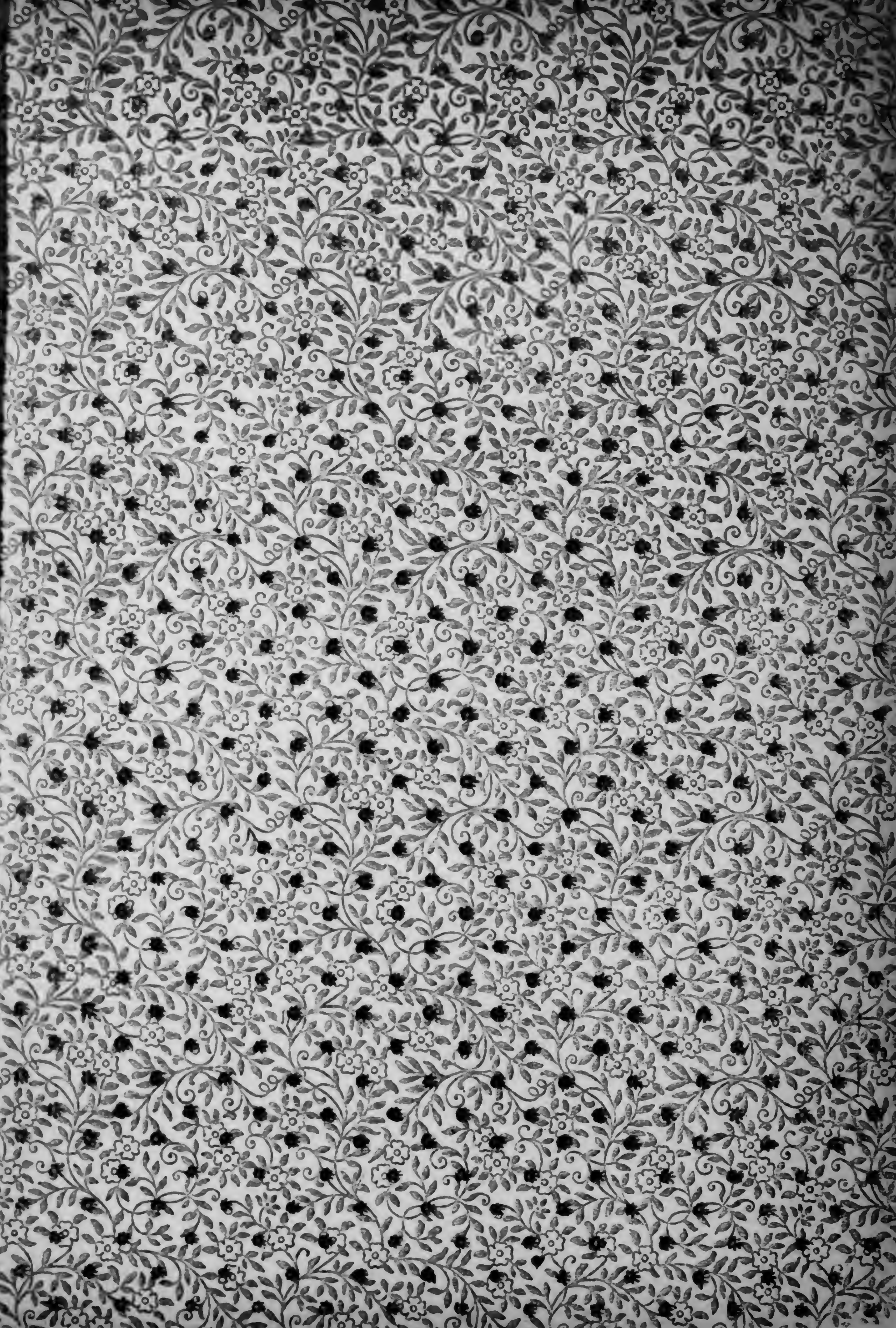




MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.







EL INGENIOSO HIDALGO

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Sucesos de su vida contados
por

FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA

Año 1905



2ª Ediᵒⁿ 1915

Con privilegio en España y Naciones convenidas

EN MADRID, Por los Sucs. de Hernando

Vendese en casa de Perlado, Paez y Compañia
Sucesores de Hernando, Calle del Arenal num.º 11

DEDICATORIA.

Al Señor Don José Ortega Munilla,

amparador generoso de todo esfuerzo intelectual,

su admirador y amigo muy obligado

F. Navarro y Ledesma.

Madrid 1.º de Marzo de 1905.

DOS PALABRAS AL LECTOR

Lector, si eres cervantista de oficio ó erudito de profesión, te aconsejo que no leas esta obra, donde nada ó casi nada nuevo podrás aprender. Pero si te contentas con amar á Cervantes y á la patria llanamente y sin ismos *comprometedores, yo te convido á que leas, porque, de seguro, los sucesos te interesarán, cuando no te guste la manera como, según mi humilde posibilidad, los he contado. El poema de la vida de Cervantes requería ser cantado por un gran poeta y no escrito por un pobre gacetero.* Verdad y poesía *pudieran llamarse estas narraciones, si de la verdad descubierta por tantos pacientes y beneméritos investigadores como en estos últimos tiempos han estudiado la vida de Cervantes me hubiera sido asequible sacar la poesía que de los documentos brota y en los hechos resplandece; pero aun cuando no lo he conseguido, confío en que, sabiendo la verdad, contada con buena fe, tú la engalanarás con la poesía que tu amor á Cervantes te inspire, la cual por ser tuya, íntima, callada y falta de aliño literario, te será grata y satisfará tus anhelos.*

Los testimonios en que se funda esta narración, donde nada hay fantástico ni siquiera improbable, á mi entender, han sido publicados no hace mucho por el insigne literato D. Cristóbal Pérez Pastor y algunos muy curiosos por el meritísimo profesor D. Julián Apraiz. Muchas de las noticias referentes á la estancia de Cervantes en Andalucía las debo á la bizarra liberalidad de mi querido amigo el ilustre poeta, crítico é historiador D. Francisco Rodríguez Marín. Sirvan estos prestigiosos nombres para acreditar la verdad del libro y por muy feliz me tendré si, al contártela, acierto á avivar en tu ánimo el afecto que todo buen español debe sentir por el Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.

F. N. L.

EL INGENIOSO HIDALGO MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA ✵ ✵ ✵ ✵ ✵

CAPÍTULO PRIMERO

PATRIA. — PADRES. — NACIMIENTO. — BAUTIZO

Sucedió, pues, que la ventura de los pobres, por otro nombre bendición divina, la cual consiste en tener hijos sin haber holgura para criarlos y mantenerlos, favoreció aquel año 1547, como ya lo había hecho en los anteriores de 43, 44 y 46, con un nuevo descendiente al honradísimo cirujano Rodrigo de Cervantes y á su mujer la cristiana señora doña Leonor de Cortinas, vecinos de la ilustre Alcalá de Henares, habitantes en la collación de Santa María.

El Otoño era entrado, estación de calma y sosiego en toda parte y más en la llanura alcalaína, donde el sol radia suave, el aire es sereno, los abundantes pajarillos de la tierra trigal hacen la salva á los amaneceres, y á los anocheceres forman hermoso concierto en álamos y acacias, cuando no tras los apretados terrones. Los labradores alzan y binan los barbechos, cachan las rastrojeras, no dejando reposar aquel suelo fertilísimo; los hortelanos del Henares abren las tierras migosas, aparan atalaques y caceras para regar sus hortalizas. Cruzan las llanas y anchurosas calles de la ciudad los cantantes carros de la vendimia, chorreando alegría báquica de los mostosos cestos, al restallar del látigo que anima á las mulas, cuyos campanillos destemplan y escandalizan la gravedad académica de las calles. Desde la viña al lagar siguen, requebrando á las

morenas vendimiadoras, nubes de estudiantes pardales del colegio mayor de San Ildefonso que fundó Cisneros. Van vestidos de buriel terroso aragonés, cuáles con espada, cuáles sin ella. Es domingo y la turba escolar se ha desparramado por la campiña riente; quién ha subido la cuesta de los Santos de la Humosa, quién ha corrido hasta Anchuelo ó Ajalvir donde se hospedan muchos pobres alumnos de Minerva á los que la pensión ó congrua paternal no alcanza para vivir en la angostura y carestía de la villa universitaria. Los dialécticos, que estudian Filosofía de Aristóteles en el colegio de Santa Balbina, se han ido, naturalmente, de excursión peripatética hacia Camarma ó hacia Meco. Los metafísicos del colegio de Santa Catalina se han alargado hasta el Jarama á probar la paciencia, como á un primerizo ontólogo conviene, echando la caña de pescar al barbo, ó á la trucha. Los del colegio mayor de la Madre de Dios, tomistas ó escotistas, han depuesto sus odios para poner teológicas ballestas ó tender de mancomún engañadoras redes á las alondras y á las terrericas del campo del Val. En fin, los alegres humanistas y gramáticos de los colegios de San Eugenio y San Ildefonso, tal vez, han llegado hasta los famosos viñedos de Santorcaz y vuelven coreando el chirriar de los carros cargados de uva, con el viejo himno, macarrónica salutación de la Universidad joven al grato y eternamente mozo don del vino:

Ave, color vini clari,
Ave, sapor sine pari
tua nos inebriari
digneris potentia

ó bien aquel otro más añejo y vulgar estribillo:

Gaudeamus igitur
juvenes dum sumus.....

cuyas estrofas resuenan al mismo tiempo en Salamanca y en París, en Heidelberga y en Bolonia.

La tarde es plácida. Tibia benevolencia otoñal parece descender del cielo para aquietar los ánimos exaltados de estudiantes y vecinos. No hay temor de que vuelvan á oirse á prima noche los temerosos gritos de ¡Favor al colegio! y ¡Favor á la villa! que en tiempos no lejanos ensangrentaron las calles de Alcalá. La división profundísima de ánimos con que las Comunidades rajaron á España entera en dos partidos y que en la Universidad formó el bando de los cismontanos, donde se agrupaban los estudiantes béticos, extremeños, murcianos y manchegos, y el de los ultramontanos ó comuneros que formaban y hacían burgaleses, valisoletanos, avileses, toledanos y segovianos, ha venido á términos más pacíficos. Con mano dura gobierna la villa y tiene á raya á la Universidad el arzobispo de Toledo D. Juan VIII Martínez Guijarro, hombre dogmático y vinagriento que malcontentó su hambre y cebó su curiosidad de mozo ardorosamente aplicado en las cátedras de la Sorbona parisiense; gran teólogo, matemático eximio, primer catedrático de Historia natural que hubo en Salamanca y después ayo y maestro del príncipe D. Felipe, hijo del César Carlos V; que tal discípulo seco y anguloso había de sacar un teólogo geómetra, naturalista y, con todo, tan lleno de pedantería que siendo su apellido en romance Guijarro, quiso apodarse á la latina *Silíceo*.

La villa y la Universidad de Alcalá, que supieron resistir á su incómodo pero espléndido huésped el arzobispo prócer compostelano D. Alonso de Fonseca, y después aborrecer al orgulloso y autoritario D. Juan Tavera, ya no resisten ni odian, pero temen á Silíceo. La villa y la Universidad olfatean que ha pasado el tiempo de las rebeliones y sobreviene el de la sumisión y el aquietamiento. A los rectores de ayer, enérgicos y celosísimos del fuero universitario, ha sucedido el doctor Fuentenovilla, amigo de las contemporizaciones. Sostiénese con dignidad en su puesto el cancelario Luis de la Cadena, abad de la iglesia magistral de Santos Justo y Pastor; pero el espíritu de rebeldía huyó años antes con el teólogo frustrado, luego jurisperito en Salamanca, y después pacificador del Perú, D. Pedro de la Gasca; con el valiente rector comunero Hontañón: con el famosísimo comendador griego Hernán Núñez Pinciano, á quien su condición de rebuscador de refranes no le hizo tan apacible y manso que no le fuera menester fugarse á Salamanca con un brazo estropeado por una estocada que le dió cierto ma-

tón, Alfonso Castilla, comprometido con él por causa de las comunidades. La Universidad va ablandándose y con esta blandura hay más alegría en rostros y palabras.

A la voz elocuentísima del omnisciente humanista toledano Juan de Vergara, que por tantos años supo hacer penetrar en las mentes españolas la sabiduría de Salomón, la de Jesús de Sirach y la de Aristóteles, ha venido á juntarse el claro verbo del sevillano Alfonso García Matamoros, para quien el Lacio no tiene secretos; gran escritor y gran patriota, primer español que aseveró y probó los méritos de España en todas las artes y disciplinas. Aún crujen día y noche incansables los tórculos en que Arnaldo Guillermo de Brocar imprimió la *Biblia Políglota Complutense*. Quizás se ve, de paso, cruzar la calle de Libreros ó la de Escritorios un robusto y sólido personaje, de corrida barba, recios cabellos y ojos sagacísimos, que se llama Benito Arias Montano; acaso va conversando con el médico del príncipe D. Felipe, Antonio de Morales ó con el hijo de éste, un mozo llamado Ambrosio, cuya juventud consume el estudio de la historia; quién sabe si no terciará en la conversación cierto sujeto de clásica fachenda, que se llama Gonzalo Pérez, el cual dice andar metido en la faena de traducir la *Ulixea* de Homero, y lleva de la mano á un muchachillo revoltoso de siete años, que responde al vulgarísimo nombre de Antonio Pérez.

La paz que anhela Alcalá de Henares, tras tantos años de pasión desatada, la ansían asimismo naciones y príncipes. Ha muerto Lutero. Carlos V ha logrado en Mühlberg uno de los días grandes á que puede aspirar un César. Se ha reunido la dieta en Augusta, que hoy llamamos Augsburgo; allí trabajan los teólogos romanos Sflug y Helding, y el teólogo protestante Agrícola, por buscar una componenda, un arreglo decente ó siquiera pasadero para suspender la lucha fratricida. El emperador ha ido á Augsburgo, desciñéndose el casco del airón blanco y rojo, soltando la pica y descabalgando el ligero trotón sobre el cual le retrató Ticiano. El emperador, que ya tiene la barba rucia y la sonrisa amarillenta, se ha calado el semi-eclesiástico bonete y ha vestido las luengas hopalandas doctorales..., más ¡ah! no cuente con italianos quien á vivir en paz aspire. La conjuración de Fiesco ha traído una cola trágica. Los Dorias, protegidos del emperador en Génova, y el virrey de Sicilia, Fernando de Gonzaga, han hecho apuñalar al duque de Parma y de Plasencia, Pedro Luis de Farnesio, hijo del papa Paulo III. El soberano pontífice, padre de la cristiandad, arde en deseos de venganza. El papa y Carlos V se enemistan una vez más. Sino parecía del cristianísimo emperador pasarse la vida enfoscado con el vicario de Cristo en la tierra.

En Alcalá se saben todas estas noticias rápidamente. No había entonces periódicos, porque era periodista todo el mundo, el mercader y el soldado, el fraile limosnero que recorría la tierra á pie mendigando y el pícaro del hampa, á quien convenía saber un punto más que el diablo. Y con saberse todo, no más abultado ni deslucido que se sabe hoy, la vida iba deslizándose más abundosa y más descuidada, el individuo no estaba sujeto á tantas cavilaciones, la lucha era más fácil, los cambios y vaivenes de la fortuna y del azar no menos súbitos. Acababan de abrirse á la curiosidad del dicho ó de la noticia y á la avidez del hecho dos inagotables arcanos que encerraban cuanto no pudo soñar la fantasía medioeval; el mundo nuevo de la conciencia libre, descubierto por el fraile de Witemberga y el Nuevo mundo del otro lado del Atlántico, inventado por el marino genovés; y digo que acababan de abrirse, porque ni Lutero ni Colón hicieron más que franquear las puertas, pues sólo ellos poseían esa llave que el destino da á sus elegidos. Todos los días, entonces más que hoy, era dable á todo hombre dirigir su pregunta á lo ignorado.

Por entre el bullicio y estruendo del domingo, un hombre joven, pero avejentado, caminaba llevando en brazos, abrigada con la capa, una criatura recién nacida. Era el cirujano Rodrigo de Cervantes, á quien acompañaba su amigo Juan Pardo. Marchaba derecho, con la cabeza alta, con ese aire entre distraído y retador que tienen los muy sordos. Parecía un hombre que no se hubiese enterado de la mitad de las cosas en el mundo existentes: no oía campanillear á las mulas, ni gritar á las vendimiadoras, ni cantar á los estudiantes. El compadre Juan Pardo, que iba con él, tampo-

co pensaba molestarse en hablarle á gritos, por excusar la rechifla de la gente moza. El sol doraba de través los tapiales de los caserones que se parecen á ambos lados en la calle de Roma, y envolvía en una caricia suave la puerta del templo á donde Rodrigo y Juan se encaminaban.

No era la iglesia de Santa María la Mayor, como es hoy, un vasto y redundante embolismo ojival sobrepuesto á otra más anciana construcción: era la antigua ermita de San Juan de los Caballeros, erigida á mediados del siglo XIII y recamada en el XIV y en el XV con prolijas labores de estuco y de piedra, primero por algún elegante alarife mudejar, después por no se sabe qué decoradores flamencos ó alemanes, discípulos de los Copines ó de los Egas. En la capilla de Santiago mostrábanse los bultos marmóreos de los fundadores, el caballero de la Banda D. Fernando de Alcocer, noble cortesano de Don Juan II, y su esposa doña María Ortiz, con talares ropas vestidos ambos, y el señor tocado con dantesco becoquín. Para entrar á la capilla del Oidor, donde se hallaba la pila bautismal, pasábase bajo un hermoso arco del noble y amplio estilo mudejar usado en Castilla, cuyas labores no son tan diminutas y empalagosas como las granadinas, aunque tampoco sean tan linajudamente arábigas. Leíase entonces entera la inscripción gótica trazada en una imposta, sobre las arquerías que franjean la pared junto al techo, y veíase claro el nombre del Oidor y refrendario Toledo, fundador de la capilla.

Revistiéndose, ayudado por el sacristán Baltasar Vázquez, aguardaba el Reverendo Bachiller Serrano, cura de Santa María y amigo muy afectuoso de Rodrigo de Cervantes, á cuyos hijos Andrés, Andrea y Luisa habia bautizado también.

La ceremonia fué breve, como de bateo pobre, aunque no tanto que no aguardase la muchachería en el ámbito y á la puerta de la iglesia en ademán pedigüeño. Terminado el acto religioso, el bachiller Serrano pasó con los demás á la sacristía, y por su mandado escribió Baltasar Vázquez lo que sigue:

«domjngo nueve dias del mes de otubre Año del señor de mil e quits e quarenta e siete años fué baptizado miguel hijo de Rodrigo de cervantes e su muger doña leonor fueron sus conpadres

ju° pardo baptizole el Rdo señor bre seRano cura de nra Señora ts° baltasar vazqz sacristā e yo que le baptize e firme de mj nōbre

El Bachiller
seRano»

No faltaron las naturales felicitaciones del párroco á su buen feligrés, quien melancólicamente satisfecho las recibía, como aquel que no sabe si agradecer al cielo un favor ó pedírselo en cuentas á la tierra. Malcontenta se fué la turbamulta muchachil con unos pocos cornados, chanflones y tarjas y un cuarterón de anises que Juan Pardo extrajo de sus faltriqueras. Como de costumbre, y más tratándose de un parroquiano tan asiduo para bautizar, el bachiller Serrano acompañó á Rodrigo á su casa, para pedir las albricias á su feligresa doña Leonor, tan conocida ya que ni era menester mencionar su apellido.

Vivían los Cervantes muy cerca de la iglesia, en una casita baja, contigua á la huerta de los Capuchinos.

El lujo y apaño de la casa no eran excesivos ciertamente. El oficio de cirujano ministrante á nadie ha hecho rico. Rodrigo, por su sordera, no pudo estudiar de la médica facultad, que entonces se explicaba muy por lo metafísico, otras partes sino las empíricas y prácticas. En suma, aprendió á tomar sangre, á gobernar con tablillas un brazo roto, á topiquear y cataplasmar aquí y allá, por mandato de los doctores. Las obras del insigne Andrés Laguna, del pediatra Pedro Díaz de Toledo, del divino Nicolás Monardes, no le hicieron quemarse las cejas. En la lucha constante entre la Universidad y la villa, el Hospital de San Lucas, que estaba fuera de la puerta de Santiago y lejos de las emanaciones tercianarias del Henares, se llevaba la clientela de estudiantes y profesores. Rodrigo de Cervantes vívia, pues, sacándoles la sangre, emplastando y bizmando á los alcalaínos, lo que era un oficio triste y de escaso lucro en un pueblo sano, donde sólo se padecían fiebres cuartanas, tercianas y cotidianas, que no han menester el auxilio del cirujano menor.

Entraron, pues, en la humilde casa el nuevo cristiano y sus

acompañantes. Retozando por los suelos estaba una niña de tres años, vivaracha y bella como un ángel; llamábase Andrea, y era la hija mayor del matrimonio. En brazos de la buena señora Luisa de Contreras, amiga de la casa y madrina de Andrea, se hallaba otra niña de catorce meses no cumplidos: Luisa, hija segunda de los Cervantes. Doctorando en un sillón frailero, mostraba su reverenda personalidad el licenciado Cristóbal Bermúdez, clérigo, padrino de la pequeña Luisa. Todos besaron al recién nacido y dieron á la madre los parabienes propios del caso. El niño se durmió pronto, al calor del lecho maternal.

Caía la tarde. La blanqueada habitación iba quedando á obscuras. En la huerta de los Capuchinos habían cesado de cantar los pájaros, al recogerse en la arboleda, y habían comenzado á chirriar los grillos y los alacranes. Lejanas iban apagándose las tonadillas estudiantiles. La noche llegó. Esquilones alegres de voces niñas, y graves campanas de voces viejas tañeron la oración. A su toque marcháronse los visitantes, gimió dulcemente la recién parida, despertóse lloroso el pequeñuelo, y Rodrigo de Cervantes, el padre, que no oía vagir á la criatura ni plañir á doña Leonor, quedóse mirando á ambos con sus escrutadores ojos de sordo enormemente abiertos, como si interrogase al porvenir obscuro.

CAPÍTULO II

EL ABUELO

El cuarto conde de Ureña, D. Juan Téllez Girón, hijo tercero de D. Juan Téllez Girón y de su esposa doña Leonor de la Vega, era, contra la costumbre de su época, un sabio y erudito caballero. Nació en Osuna hacia 1494 ó 95.

No pensaban sus padres que Don Juan llegase nunca á ejercer el gobierno de sus anchurosos estados, y por esto dejaron que el prudente joven se instruyera á todo su sabor en Cánones y Letras humanas y cultivase las Bellas Artes. Correcta y elegantemente escribía en latín, tañía y cantaba con primor, achaque de segundones y tercerones ricos y algo se le alcanzaba del divino arte de la pintura, que entonces comenzaba á cobrar autoridad en Andalucía, donde siempre repercutieron, antes que en otras partes del Reino, los ecos de la gran producción artística italiana. Murió en 1531 D. Pedro Girón, tercer conde de Ureña, hermano mayor de Don Juan, y casado con doña Mencía de Guzmán; y antes falleció, soltero, D. Rodrigo, el segundo hermano, por donde vino á encontrarse el humanista Don Juan al frente de la casa de Osuna, que, con la de Medina-Sidonia y la de Alcalá de los Gazules, eran lo más encumbrado en la nobleza de Andalucía.

Don Juan, no educado en las armas, era varón de ánimo pacífico, antes atento á edificar que á destruir, condición desusada en aquellos tiempos en que á la destrucción, y no á otra cosa, se tiraba. No menos piadoso que su hermano D. Pedro, el grande

amigo del clérigo Juan de Avila y del P. Fray Luis de Granada, era Don Juan mucho más ilustrado y emprendedor. Mientras Don Pedro Girón se contentaba con una devoción mística y quieta, Don Juan, no bien se puso al frente de su casa, dió en gastar las más saneadas y cuantiosas rentas de ella en fundaciones pías. Elevó á colegial la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Osuna, edificándola un magnífico edificio del estilo grecoromano, que á la sazón dominaba, y doce ó catorce años antes que Felipe II pensara en labrar un panteón bajo tierra para los Reyes de España, hizo el conde de Ureña un subterráneo sepulcro para los señores de su casa en el mismo templo por él construído. El pensamiento de la muerte comenzaba á invadir los más grandes ánimos españoles. En el sepulcro de los Ureñas había una capilla denominada *De Profundis*, y otra consagrada á *Nuestra Señora del Reposo*. Mientras, la nación vivía atropellada entre Pavía y San Quintín.

No contento D. Juan Téllez Girón con establecer la Colegial de Osuna, dotó, sólo en la misma cabeza de sus estados, un convento de observantes de San Francisco, otro de novicios recoletos del Calvario, otro de dominicos, con casa de estudio, otro de carmelitas calzados, otro de agustinos en la colina de Santa Mónica, dos de terciarios y otro de mínimos de San Francisco de Paula. La Excelentísima Señora Doña María de la Cueva, esposa del Conde, fundó, por su parte, un monasterio de monjas clarisas y otro de carmelitas calzadas. Y para que, teniendo los señores de Osuna tan rico sepulcro, no les faltase á los criados de la casa digno panteón, ambos consortes fundaron el convento de San Pedro para sepultura de la servidumbre.

Pero al cielo no sólo se llega por el camino de la virtud, sino también por el de la ciencia, y D. Juan Téllez Girón, inspirándose en unas discretas palabras de su virtuosa madre Doña Leonor de la Vega, pensó cuán conveniente era la sabiduría á las personas eclesiásticas para encaminar almas al cielo y, llevado de este designio, fundó la Universidad de Osuna, aquel gran establecimiento docente donde se graduaron los ilustres Pedro Chirino, Luis de Molina, Rodrigo Caro, Fray Hernando de Zárate y el ilustrísimo Doctor Pedro Recio de Tirteafuera y un no menos memorable loco de Sevilla que afirmaba ser el dios Neptuno.

Desprendido hasta tocar en manirroto, era D. Juan Téllez Girón digno hermano de aquel D. Pedro de quien cuenta el P. Roa que habiéndosele huído un criado suyo con ocho mil ducados en oro, hizo prender, pasado algún tiempo al pobre diablo ladrón y, llevándole maniatado á la capilla del Cristo, le echó de bruces en la bandeja que, para las limosnas á los pies del crucifijo estaba, y diciendo:—Ahí tenéis, Cristo mío, ocho mil ducados que os entrego de limosna para las ánimas del Purgatorio—dejó ir libre y perdonado al criminal.

Atento á salvar su alma y á los negocios intelectuales más que al gobierno de sus tierras, el cuarto conde de Ureña, confiaba esta misión á una Audiencia compuesta de tres «Magníficos señores jueces del audiencia del conde y gobernadores de sus tierras y estado del Andalucía», el cual formaban cinco pueblos: Osuna, el Arahal, Morón, Archidona y Olvera.

Estos tres señores, en los últimos meses del año 1545 y primeros del 1546, se llamaban el licenciado Bustamante, el bachiller Alonso de Villanueva y *el licenciado Juan de Cervantes*, padre de Rodrigo de Cervantes y abuelo de Miguel. Cinco veces figura la firma del licenciado Cervantes en las actas de la Audiencia de Osuna. Es la suya una letra alta, imperiosa, de rasgos perpendiculares, autoritarios, como de quien tiene en mucho su título y categoría. Debajo del apellido *Cerbantes* hay siempre una letra *S* con un rasgo que no puede ser casual ni meramente decorativo sino que, á no dudar, representa la *a* del apellido Saavedra, nunca abandonado por los Cervantes, por ser el de más nobiliario empaque entre los suyos. De la misma letra y con idéntica firma, hay otros dos elocuentísimos documentos: uno redactado en Córdoba á 9 de Octubre de 1555, y en el cual, el Señor licenciado Juan de Cervantes, vecino de Córdoba en la collación de Santo Domingo e Santiago «declara, entre otras cosas, ser de hedad de sesenta e cinco años»; y otro, aún más precioso que el anterior y al cual por primera vez se hace referencia aquí, gracias á la bondad de un ilustre escritor andaluz, el Sr. D. Francisco Rodríguez

Marín. Ese documento forma parte de una prueba testifical y aparece firmado en Córdoba por el licenciado Juan de Cervantes en el año 1511.

Este indubitable y señaladísimo documento, explica varios puntos obscuros todavía más importantes para la Estética y la Filosofía que para la Historia.

El licenciado Juan de Cervantes en 1511, ejercía de abogado en Córdoba; tendría ventiuno ó veintidós años. ¿Qué se debe inferir de aquí? ¿que era castellano? ¿que tenía algo que ver con Castilla? Abogado en Córdoba desde 1511, nada extraño es que en 1545 hubiese logrado la fama suficiente para que hombre tan discreto como el conde de Ureña D. Juan Téllez Girón, le eligiese juez de su Audiencia y gobernador de sus estados; ni es maravilla que, cesante á poco en este cargo, regresase á Córdoba y abriera de nuevo bufete, pues en él seguía diez años después.

¿Qué ocurrió para que el licenciado Juan de Cervantes abandonase el puesto que en Osuna desempeñara unos pocos meses? ¿Salió—pregunta un autor—malparado de la residencia especial y amplísima que Don Juan Téllez Girón encargó al licenciado Hernando de Angulo, de Granada, en 15 de Marzo de 1546? ¿Hubo algo en esa residencia—apunta otro—que ofendiese la dignidad del abuelo de Cervantes y le obligara á dimitir?

Ni enteramente ciertas ni completamente falsas parecen ambas suposiciones. Las letras hablan, como que son el gesto de la mano, donde rara vez cabe fingimiento ó disimulo, y las letras nos muestran que era el licenciado Juan de Cervantes hombre recto, altivo, nada inclinado á condescender ni á doblegarse. En 1545 llevaba treinta y cuatro años de abogar, dueño y señor de su bufete, como el rey de sus alcabalas. Cansado y aun harto de pedimentos y alegaciones, se le ofrece ejercer en Osuna más sosegada profesión, nada ajena á la suya, y allá va, dejando la independencia de su despacho y el tráfago de sus clientes. Acaso tropieza allí con el carácter de Don Juan Téllez Girón, que abría sepulturas para sus servidores, queriendo tenerlo todo seguro y afianzado en la vida y en la muerte. Acaso no se aviene bien con el bachiller Villanueva y con el licenciado Bustamante, ó con el corregidor licenciado

Alonso de Tebar, hechuras del señor de Osuna, tal vez recomendados por la nube de frailes que afluía al regoste de la desprendida piedad del señor. Luego, el licenciado Juan de Cervantes, que ha venido de Córdoba, y á quien se llamó á Osuna por su fama de jurisperito, se encuentra á los cuatro ó cinco meses de llegar con que el generoso príncipe fundador de conventos, Universidad y hospitales, desconfía de él y de sus compañeros y nombra un juez superior, Hernando de Angulo, para que les tome residencia y averigüe é indague todos sus procederes.

¿Quién, puesto en semejante situación, no hubiera saltado, como saltó el licenciado Juan de Cervantes? ¿Quién no se hubiera vuelto, como él lo hizo, á la fatiga del bufete en Córdoba, prefiriendo las impertinencias de los pobres litigantes á la desconfianza de los ricos y poderosos amos? ¿No véis en este arranque del abuelo, no habéis visto en su anterior sumisión dos movimientos de ánimo dignos de notarse? Fijadlos bien en la memoria, porque en el nieto los veréis reaparecer tarde ó temprano. Son el *sustine* y el *abstine* que gobiernan la vida española: los dos impulsos que aprovechaba Nuestro Padre Séneca, el Cordobés: la sumisión por cansancio, por hastío ó por repugnancia que inspiran las molestias del trato humano, y después de la sumisión, la rebeldía, la renuncia á toda comodidad, la vuelta al sufrir y al trabajar. Entre ambos polos pasó la vida Miguel. Veamos cómo aparecen también claros en este incidente, hasta ahora menospreciado, de la vida de su abuelo, digno precursor del Hombre grande que hubo en la familia.

Y ¿es indiferente, cual lo ha sido para tantos biógrafos y críticos como indagaron este asunto, el hecho de que el licenciado Cervantes viviese en Córdoba desde los veintiún años?

Puede ser que naciese en Córdoba, lo cual explicaría muchas cosas; pero si en Córdoba no nació, allí estuvo lo más de su vida, parece probable que se casara allí, que en Córdoba naciese alguno de sus hijos, que por las venas de estos corriese algo ó mucho de sangre cordobesa.

Córdoba es una ciudad dogmática, nieta de Séneca, hija de los califas; Córdoba es una ciudad fatalista y melancólica. Córdoba, en

fin, es una ciudad intransigente y acérrima. Existe un genio cordobés, como han comprobado los historiadores de nuestra literatura y lo hubieran probado aún mejor los historiadores de nuestra filosofía, si hubiesen nacido. La realidad, en Córdoba, es tan bella, que fantasía ó ensueño parece: y esta fantasiosa realidad medio ensoñada empuja á los espíritus hacia lo ideal y les induce á empeños románticos y á descabelladas empresas. Lucano el cordobés compone en *La Farsalia* el primer libro de caballerías que han visto ojos latinos y su Pompeyo tiene mucho del caballero andante vencido por la fuerza del número, por la perversa intención de los malignos encantadores y por su malaventura. ¿No os hace pensar el que Lucano cante á un héroe derrotado como lo canta Cervantes? ¿No véis en Pompeyo al Don Quijote de Roma? ¿No oís correr por entre los duros troncos de la selva mágica marsellesa, en *La Farsalia*, el mismo aliento épico misterioso que circula por los bosques encantados del *Amadís* y que orea las *selvas de Ardenia* en la comedia fantástica cervantina tan parecida por el ambiente á algunas de las comedias silvestres shakespearianas? Y si después os fijáis en lo que siguió á las imaginaciones un tanto enfermizas de Lucano, ¿es nonada el hecho de que vengan por Córdoba el *Antar* y las caballerías andantescas del Oriente?

Si el abuelo es de Córdoba, si es cordobesa la familia, podemos entrever hasta las más hondas raíces del espíritu del nieto. La sangre romántica y fatalista de Córdoba nos da el primer dato para ello: lo demás que sobrevenga, ya nos lo explicarán las circunstancias y vicisitudes de la vida, que moldean y reforman los temperamentos humanos; y más que esto nos lo harán comprender todos los años de Cervantes en Italia, en Argel y en Sevilla.

Ahora, venid á Córdoba conmigo, en 1547. En una casita baja, blanqueada, con un portalejo enladrillado, con un patiecillo umbrío, el licenciado Juan de Cervantes, en vísperas de ser sesentón y roída el alma por los desengaños, trabaja en su bufete. Es un aposentillo enjalbegado, con reja á la calle. Hay en él una mesa de renegrido nogal, de patas anchas trabadas por hierros

torcidos. Los apergaminados infolios de Derecho se apelmazan en dos alacenillas, cuyas portezuelas pintorreadas de almagre, parecen vociferar, desafinar en medio de la blanca pared. Dos ó tres cuadros viejos, de obscura tabla, donde apenas resalta la amarillez de un rostro, de un brazo ó de una pierna que entre la pátina emergen, autorizan y medio enriquecen la habitación. Entre los cuadros un reposterillo de damascos muy traídos, ampara á un crucifijo de anciana catadura. El rayo de sol que entra por la reja no alumbra nada que no sea grave y austero.

El licenciado inclina su rostro aguileño entre las dos hojas pajizas de las Ordenanzas reales de Castilla, que está releyendo con la displicente atención de quien recorre la vereda cotidiana. Luego, requiere la pluma de ganso que en el tintero de loza blanca y azul se erguía, la moja, va á escribir con su letra segura y señorial no sé qué cosa. Llaman á la puerta. El licenciado se detiene. Vuelven á llamar:—*¡Deo gratias!*—dice una voz.—A Dios sean dadas. Entrad,—contesta el licenciado. Y entra el cosario de Almodóvar, un manchego cariredondo, cazurro, afeitado, con guedejas apegotadas de polvo y de sudor, con una carga de tamo en cada ceja.—Traigo—dice—con licencia de su señoría, una carta para su señoría. Es un real el porte,—añade viendo la perplejidad del licenciado, que, por fin, se levanta y recorre los cajoncillos de un vargueño hasta dar con la moneda.—Dios guarde á su señoría—se despide el cosario recalcando el tratamiento, porque no es bien tratar de su merced á quien paga sin rechistar, caso poco visto, según están las cosas y los portes de correspondencia.

El licenciado se arrellana otra vez en su butacón, mira el sobrescrito, conoce la letra fanfarrona, un poco vacilante, de su hijo Rodrigo. Involuntaria y amarga sonrisa de compasión descaece en los labios finos del sagaz letrado. Aquel pobre hijo suyo no puede noticiarle más que desdichas. La lectura de la carta le anubla aún más el rostro. Rodrigo cuenta que le ha nacido un hijo más, que en Alcalá los negocios cada vez están peores, que él ya no sabe cómo hacer para sacar adelante á la familia. Tal vez inicia la idea de un viaje próximo á la corte ó á Andalucía...

Una gran compasión, la más triste de todas, la compasión del padre inteligente y activo por el hijo inhábil é irresoluto, se lee en la cara larga y fina del licenciado. Tiene un nuevo nieto, al que han puesto por nombre Miguel. El licenciado Juan de Cervantes hace con la lengua ese chasquido elocuentísimo que tan bien denota la contrariedad, se pasa por la oreja las barbas de la pluma y sigue escribiendo con su hermosa letra rectilínea de rasgos magistrales.

CAPÍTULO III

ALCALÁ DE HENARES.—VALLADOLID.—LOS PRIMEROS HÉROES

Tropezando y cayendo, á trancas y barrancas, un día de vos y otro de vuesa merced, vivía la familia del cirujano Cervantes en Alcalá por el año 1550. El número de estudiantes crecía, la incomodidad y estrechez de hospedajes y posadas iban en aumento, y no porque fuese mayor la población escolar había más abundancia en la villa. Dígase claro que si Alcalá siguió gozando crédito en Europa entera por lo selecto de sus estudios, y si, sobre todos, el famoso colegio trilingüe de San Jerónimo, que en 1528 fundara el ilustre Rector Mateo Pascual Catalán, era oficina incansable y colmena laboriosa de la ciencia, y en él todos los días laborables pasábanse en ejercicios de traducción y composición en los tres idiomas, griego, latino y hebraico, y los sábados se sostenían conclusiones públicas ó *sabatinas*, que eran como las conferencias de ahora, tal refinamiento y sutilidad científica no atraían á los estudiantes poderosos de España. Los nobles, los largos de bolsa, los que no se podían mover sin la autoridad de una caterva de ayos, pajes y escuderos, preferían ir á Salamanca, donde ya desde siglos antes se hallaba todo apercibido para la huelga, y las Musas blandas y apacibles, ofrecían sus brazos, más como seguidoras de Venus que de Apolo. Ved los libros de matrículas en Salamanca y tendréis una guía de los linajes famosos españoles. Allí fué donde se llegó á decir el refrán escolar *graecum est, non legitur*, con que los cuellierguidos estudiantes daban á entender que, desde la alfa á la omega, les estorbaba lo negro. A singular honra tenía Alcalá

el no conocerse en sus aulas tal frasecilla denigrante. Allí había dejado lo mejor de su alma el griego de Creta Demetrio Dukas, y si bajo las frondosas alamedas que conducen á la Virgen del Val camináis, recitando por gusto, que hoy parece y es pedantería, la despedida de Héctor y Andrómaca ó el convite de Alcinoo, rey de los Feacios, no creáis que aquellos venerables troncos seculares van á estremecerse de sorpresa.

Nunca la erudición y la riqueza fueron amigas, y así en Alcalá abundaba más el saber que los ducados. Estudiantes pardales, como se ha dicho, eran aquéllos. No resultaba caso poco visto, el de que los arrieros se retrasaran en el camino y los estudiantes hubiesen hambre y sed, ni el festivo Lope de Rueda inventó nada nuevo al pintar los apuros del licenciado Jáquima, cuando, metido en la fragancia del estudio, no acertaba á recibir á un señor de su pueblo, y de puro corrido, por no tener blanca ni bocado de pan para el convidado, escondíase bajo la manta, donde le descubrió su amigo y burlador el bachiller Brazuelos.

Con el no haber harina vino á juntarse la mohina que en Alcalá causó el destemple y rigorosidad del cardenal Martínez Silíceo, quien, prevalido del favor en que le tenía su regio discípulo el príncipe Don Felipe, y quizás aprovechando la ausencia de éste, que andaba con su padre el César Carlos V á las partes de Alemania, cambalacheando y aderezando con el elector de Sajonia y con otros pájaros gordos la magna cuestión del *interim*, prosiguió el pleito con la Universidad y vino á enfurecerse de modo que mandó poner presos al Rector Fuentenovilla y al abad y cancelario Luis de la Cadena. Resistióse éste y fué llevado al castillo de Almonacid con los canónigos Bernardino Alfonso y Alonso de Almenara, anciano y achacoso el último. Tan desatentado proceder encendió el ánimo de los estudiantes. Toda Alcalá era gritos de pendencia y rebeldía. Amotinados los pardales, acudieron á una sala baja del colegio mayor, en la que se conservaban, como gloriosos trofeos, las armas que el gran Fray Francisco Ximénez llevó á la conquista de Orán y un búzano, pequeña pieza de artillería cogida á los moros. Poco faltó para que la guerra civil estallase en la villa consagrada al estudio. Por fin, se aplacó la discordia, pero la intranquilidad y los malos pagos y la escasez subsistieron.

Para colmo de apuros, al pobre cirujano Cervantes le dió en aquel año su esposa Doña Leonor otro hijo varón que tuvo por nombre Rodrigo, á quien bautizó en Santa María la Mayor, á 23 de Junio de 1550 el bachiller Juan García, sucesor del bachiller Serrano. Fué padrino del reciennacido el Doctor Gil Verte, ¿médico? ¿eclesiástico? ¡Quién sabe! De todos modos no es indicio de mayor prosperidad en los Cervantes el que Rodrigo tuviese padrino doctor, porque en Alcalá había más doctores que moscas y cuenta que de éstas hay adunia.

Hacíase allí la vida imposible y no más cómoda y fácil era en lo demás de España. La desaforada y constante agitación de Carlos V, los enormes gastos de tanta empresa diplomática y militar como llevó de frente y el desasosiego moral en que la nación vivía, temiendo á cada instante nuevas aventuras de difícil salida, esperando siempre dinero de las Indias que á muy pocos en particular aprovechaba, viendo sucederse levas y aprestos belicosos y desaparecer de las casas los mozos útiles y no tornar ó volver á la bigarda con calzas y conciencia acuchilladas, hechos á la nómada vida del campar é inclinados á las artes de la picaresca, ponían á la nación recién soldada, ó mejor, zurcida, en estado de zozobra estéril y de inútil anhelo. No había ni siquiera ciudad que fuese capital de la monarquía; errantes el Rey y el Príncipe, gobernado interinamente el país, un hombre medio de oficio, medio de profesión, como Rodrigo de Cervantes, vacilaba, sin saber á dónde encaminarse en busca del sustento. No había corte, hablando con propiedad, ni existían aún los cuantiosos intereses que en toda corte se forman y que dan de vivir al menestral y á los que profesan artes liberales. Repartida la nobleza, poco ó nada ligados entre sí los antiguos linajes, pues ni los Palafox y Lanuzas de Aragón ni los Moncadas y Cardonas de Cataluña sabían apenas de los Pérez de Guzmán ni de los Girones de Andalucía, y exhausta además la tierra, perseguidos los industriosos descendientes de los judíos y en perenne recelo de la Inquisición cuantos eran capaces de sembrar ideas fructíferas, se vivía mal en todas partes.

Rodrigo de Cervantes y su familia se trasladaron, pues, á Valladolid entre 1550 y 1554. La interinidad perpetua de aquel reino sin corte no podía durar mucho tiempo, y los valisoletanos tenían esperanzas grandes de que allí se estableciera la capital de la Monarquía. Funcionaba en Valladolid, con gran actividad, la Inquisición, deseando limpiar la ciudad de toda inmundicia judaica y luterana, para que pudiese residir tranquilo el monarca, ya que no se viera libre de las pestíferas emanaciones del *señor Esgueva*. Lo importante era entonces mundificar el alma, aunque el cuerpo se pudriese; y si se pudría, mejor; pues para la gloria más almas salieron de los cuerpos podridos que de los sanos y lucios. Había, como es consiguiente, en Valladolid calenturas pestilenciales de todas las especies conocidas, carbuncos y bubas á manteniente, y la intervención del sangrador y sajador cirujano era á cada instante necesaria. Allí fué, pues, Rodrigo de Cervantes con el saco de sus bisturíes al cinto y el de sus desdichas y desengaños á la espalda.

Allí nació, hacia 1555, su sexta hija, Magdalena. Allí, de seguro, aprendió Miguel á leer y á tomar en la memoria los romances que, en pliegos de cordel, se ostentaban y vendían en la acera de San Francisco y junto á las tapias de la Antigua; y allí, escuchando la entonada habla de los tiesos ciudadanos y gallardos campesinos de Castilla, hidalgos en palabras y gestos entonces como ahora, se le pegó á la oreja el más sacudido y al par el más espeso castellano que se habla en el mundo, dicho sea sin ofensa de Burgos ni de Toledo.

Llegaba la feria de Medina del Campo, y cruzaban la ciudad marchantes y compradores de todos los lugares de España y de allende, por el camino francés; pero los que á Miguel embelesaban y seducían eran, sobre todo, los romancistas y oracioneros. El tropel de la vieja poesía épica de Castilla y el de los ciclos caballerescos del Norte y de Oriente le entraba en el alma y se apoderaba de ella, señoreándole el intelecto y aprisionándole la memoria. ¿Quién duda que á los ocho ó diez años soñaba el muchacho alcalaíno con el rey Artús y con el emperador Carlo-magno, con los Doce Pares de Francia y con los Caballeros de la Tabla Redonda? ¿Quién creerá que su hermana Andrea no tuviese algún gozque ó faldero que llevara el nombre de Amadís, cómo tantos que suelen verse en estatuas sepulcrales echados á los pies de las hermosas dueñas en algún apartado monasterio? Desde niño fué Miguel inclinado á recoger hasta los papeles rotos de las calles; y ¿dónde hallar más papeles rotos de romance é historia que en las calles de la gran ciudad castellana? Presentóse muy luego á su mente el cerrado escuadrón de los héroes antiguos, y, por dicha suyá y de la Humanidad, no eran aquellos tiempos muy distintos de los otros en que floreció la caballería. Aborrecido el emperador, cuando joven, por toda España, sus bizarrías homéricas fueron ganándole los ánimos. Aquí y allá iban saliendo nuevos paladines, tanto ó más hazañosos que los del Romancero, y nuevas Caballerías andantes llenaban el mundo con la gloria de España. Los caballeros de América, los de Italia, los de Flandes... Hernán-Cortés, el duque de Alba, el Sr. Antonio de Leiva, D. García de Toledo, Pescara, Navarro, eran los Amadises y los Esplandianes, los Rolandos y los Cides de la nueva Era; y en Valladolid, antes que en sitio alguno, resonaban y repercutían todos los gritos de gloria con que se desayunaba, comía y cenaba á diario el hambriento pueblo español. Para que nada faltase al gran libro de Caballerías, el héroe César, antes de envejecer, se retiraba á Yuste, y en pos suyo seguía una estela de consejas y cuentecicos poéticos que agrandaban su figura al dejarla esfumarse en la penumbra del bosque, bajo el sayal frailesco. Moría el emperador, y ocupaba el trono su enigmático hijo, á quien no habían querido los flamencos, á quien habían desechado los alemanes y á quien los ingleses no estimaron, tras haberle causado el desplacer de hacerle casar con la feísima reina María. Nuevas Iliadas se veían asomar por el Océano Atlántico, al saberse la enemistad de Felipe con la reina virgen Isabel I de la Gran Bretaña, y por el Mediterráneo, al sentirse cada vez más insoportable la osadía de los corsarios argelinos.

Pero Felipe II, el adusto discípulo del enjuto cardenal Guijarro, no era rey guerrero. A la exuberancia, entre homérica y rabelesiana, de la vida exterior de su padre el César, sucedió la hondura y la sutilidad de la vida interior de este hombre blanco y rubio, que

no tenía cejas, por lo cual le ofendía y enfadaba la luz: de este hombre que amaba á todas las mujeres muy en secreto, gozándolas confesionalmente: de este hombre que aprendió los encantos del misterio en una edad en que todos vivían hacia afuera: de este hombre que vestía de terciopelo negro y sabía callar y poner igual semblante á lo favorable y á lo nefasto. Un día, sin avisar á nadie ni hacer más prevenciones que las necesarias, allá por el año 1561, los señores que custodiaban el sello real, los cortesanos y la servidumbre de Palacio salieron del Alcázar de Toledo, en cuyas cuadras anchurosas pateaban aún los caballos de Carlos V, y yendo á dormir á Illescas, llegaron á la siguiente jornada á un gran lugarón de veinticinco á treinta mil almas, que entre olivares mustios, encinares y madroñales resecos, mostraba su recinto amurallado.

La corte se había trasladado á Madrid, y aquel año ó el siguiente llegaron á Madrid los Cervantes.

Había en Madrid un estudio costeado por el cabildo ó concejo de la Villa: se enseñaba en él gramática latina y castellana, y estaba dividido en tres secciones, con arreglo á la edad de los alumnos. En la de mocitos ó medianos debió de entrar Miguel, entre 1561 y 1562. Acaso oyó las lecturas y explicaciones del licenciado Vallés, quien se retiró de la clase en Octubre de 1562, «por haberle atacado la lepra», según se dijo en el cabildo, si bien era costumbre dar ese terrible nombre, cuando de personas graves se trataba, á la molestísima y vulgar sarna perruna, de que pocos seres elegidos se veían libres entonces.

Para sustituir á Vallés fué elegido el licenciado Jerónimo ó Hierónimo Ramírez, discreto y elegante poeta latino, de cuya patria y vida sólo se conoce una versión recogida por el docto Jorge Cardoso, que, en su *Bibliotheca Lusitana,* le supone hijo de Evora. El licenciado Ramírez, ayudándose con la gramática del maestro Elio Antonio Nebrisense y con el vocabulario de Maese Rodrigo Fernández de Santaella, imbuyó á Cervantes el conocimiento de los clásicos latinos. De ellos recordaba Miguel no pocos versos y pasajes sueltos, aunque no con tan feliz memoria, siéndolo mucho la suya, que no achacase á Catón el dístico *Donec eris felix multos numerabis amicos,* etc., que es de Ovidio, en la sexta elegía del

libro I de las *Tristes,* ni dejase de confundir á la ninfa Calipso de Homero con la Circe de Virgilio, ni se trascordara al citar el *Non bene pro toto libertas venditur auro,* que es de la fábula esópica *Canis et lupus,* y él atribuye á Horacio *ó á quien lo dijo.*

Probado y visto está, no obstante, que Miguel supo y entendió muy lindamente la lengua latina y si no compuso versos en ella, fué capaz de componerlos y aun quizás le indujera á ello el maestro Jerónimo Ramírez, á quien ya desde entonces le escarabajeaba en el magín cierto poema latino que publicó en 1592 con el título *De raptu innocentis Martyris Guardiensis,* donde en exámetros pulquérrimos cuenta la crucifixión del niño toledano Juanito por los infames judíos de la Guardia y de Dosbarrios Benito García de las Mesuras, Hernando de Rivera, Pedro y Juan Garci-Franco, Juan Gómez y otros que fueron quemados en Avila.

Por boca del licenciado Jerónimo Ramírez y envuelto en sus reposadas razones, apareció á Cervantes y le alumbró con extraña claridad el mundo clásico. Pronto le fueron conocidos y familiares la serena faz de Horacio, el bello semblante de Virgilio, atezado en la guerra y en el arate cavate, la contristada figura de Ovidio el enamoradizo. Cómo estos hombres y sus obras se mezclaron en el espíritu de Miguel, con los hombres y las obras de la heroica leyenda andantesca y del Romancero, y con los hombres y las obras que paría la realidad en su propio épico siglo, ¿quién podría puntualizarlo? Sólo se tiene por cierto que la humanidad amable de Horacio le hizo operación á la edad debida, porque es Horacio el poeta de los cuarentones: que las marrullerías amorosas y las plañidas tristezas de Ovidio le causaron menos efecto que los devaneos mitológicos de su *Metamorfosis;* por fin, júzgase como averiguado que quien se le quedó en el corazón reinando triunfal fué el mantuano Virgilio, cuyas huellas hondas, en el barro del camino que sube al Parnaso, sirvieron de horma á las plantas de todos los grandes creadores del Renacimiento. Como Dante pudieron todos ellos exclamar:

Tu duca, tu signor e tu maestro

y Cervantes pasó la vida entera entre los dos grandes amores vir-

gilianos, el campo y las armas, ya ensayando la silvestre avena como Títiro, *lentus in umbra*, ya cantando *egressus silvis*, los combates del errante, piadoso paladín que á Eneas y aun á Aquiles aventajó.

La revelación que el clasicismo es para todo espíritu mozo, llovió sobre mojado en el alma de Miguel. A veces se pasaba horas y horas luchando con las aventuras y los lances del piadoso Eneas, y, rendido por la fatiga, tornaba los ojos amorosamente al querido Amadís de Gaula, al incomparable, al único y sólo despertador de las grandes energías españolas; y sin saber que Ignacio y que Teresa le habían devorado también cuando mozuelos, sentíase grande y capaz como Ignacio y Teresa juntos. Lejos huían las borrosas imágenes de los héroes latinos y griegos, y la romántica estampa del Doncel del Mar crecía gigantesca. En una lejanía confusa se ensoñaba la gloria.

Miguel tenía quince años.

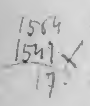
CAPÍTULO IV

DE MADRID Á SEVILLA.—EL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA. EL AMIGO MATEO

Triste y menesterosa era la vida madrileña por los años de 1561 á 1564. Los ensanches necesarios al establecerse la corte, se hacían sin orden ni concierto. No se derribaban del todo las murallas, sino que se apoyaba en ellas la balumba de los nuevos caserones, tan feos y mal perjeñados, que viejos parecían. Corríanse únicamente, como huyendo la invasión del ladrillo y la teja, las antiguas puertas de la villa. La puerta del Sol se mudaba, camino de Alcalá adelante, y en su antiguo lugar abríase una plaza esquinuda y poco espaciosa. La puerta de Balnadú escapaba también camino de Fuencarral, y dejaba en su puesto la Red de San Luis. La puerta de Atocha bajaba desde Anton Martín al arroyo y olivar del Angel, en lo que después se llamó cerrillo de San Blas. Los campos circundantes de la villa, al llegar el invierno veían desaparecer primero las ramas, después los tocones de las encinas y del olivaje para proporcionar leña á los cortesanos en el friísimo invierno de Madrid. Las alamedas, las olmedas, los acebales y pinares que, siguiendo el curso del río apretaban el recinto edificado, iban cayendo también para construir los nuevos palacios y casas vivideras. Como nadie creía que Madrid hubiera de ser en definitiva la corte, nadie hacía por procurar comodidades ni lujos en su residencia. La vacilación, propia del carácter de Felipe II, como de toda alma sutil, parecía comunicarse á cuanto le rodeaba, y sólo cuando fueron alzándose ingentes los murallones del Escorial, hubo la seguridad de que se había hecho algo duradero y macizo.

Por todas estas y otras razones, vivir en Madrid era caro y dificultoso. Rodrigo de Cervantes, á quien había nacido su séptimo hijo, Juan, vióse en nuevos y grandes aprietos. Fué necesario que la familia se partiese. Doña Leonor volvió á Alcalá de Henares, á la sombra del licenciado Cristóbal Bermúdez, padrino de Luisa, la cual ya tenía diez y seis ó diez y siete años. Parece muy probable, casi seguro, que Luisa no acompañara á la familia en sus andanzas, sino quedase en Alcalá, donde el licenciado Bermúdez, hombre piadoso y previsor, á quien no inspiraban confianza los arrestos ni los talentos del cirujano Rodrigo, inclinaría la voluntad de la niña hacia el claustro, haciéndola frecuentar los conventos y contraer espirituales y santas amistades. De esto debió de tratarse largamente en familia. Doña Leonor, discreta y sagaz señora, de muy otro temple y de muy distinta disposición que su marido, resolvió aprovechar tan buena coyuntura para procurar á su hija segunda la paz asequible en la tierra. Entretanto, por acuerdo de la misma Doña Leonor, Rodrigo y sus hijos Andrea, Magdalena, Miguel, Rodrigo y Juan, se trasladaron á Sevilla.

Quien no se haya fijado alguna vez en las llamas de curiosa y ardiente inquietud que brotan en los ojos de esos muchachos cuya familia anda errante de ciudad en ciudad, sin encontrar oportuno acomodo, no podrá imaginarse el estado de exaltación en que Miguel se hallaba cuando emprendió el camino de Sevilla entre 1563 y 1564. Un camino largo á pie ó á caballo y cuatro ó seis noches en posadas y ventas enseñan y ensanchan más el cuajo que siete cursos académicos. Paso tras paso, cruzó la caravana de los Cervantes la grave y cruel llanura manchega. Allí vió Cervantes por primera vez brotar el sol de la tierra como si de ella fuese fruto, y hundirse en ella, como si tras el horizonte no hubiese más mundo conocible; porque allí no nace el sol mandando como corredores y mensajeros de su venida haces de nubes doradas que cairelen los picos y dientes de los montes. No hay montes, parece que el mundo es llano y se acaba en las veinte leguas á la redonda, que alcanza la vista; y cuando la noche viene, el desamparo de la creación desolada es abrumador. La llanura cría los grandes valores, los arrojos ciegos, las fes inextinguibles. ¡Qué lugar limpio y



claro—pensaba Miguel—para un combate entre gigantes y caballeros! ¡Qué espaciosidad para una batalla entre ejércitos de innumerables combatientes! ¡Cuál se revolverían los hipógrifos clavando en el polvoriento terruño sus garras y meneando sus colas escamosas y batiendo sus alas ganchudas! Aquí, no hay temor de asechanzas, emboscadas ni trampantojos, como en terrenos quebrados ó en boscosos montes. Aquí la valentía del corazón y la fuerza del brazo triunfan sin otro artificio. ¡Oh, tierra de poema, oh, tierra de andantes caballerías! Y al cruzarla Miguel, repasaba en su memoria, no ya los latinados adalides de los poemas clásicos, sino los duros barraganes del romancero; y con la crudeza y asperidad del terreno le crecía el ya hambriento corazón.

Pasada Sierra Morena, imágenes nuevas, desconocidas, se le presentaban. Ya el rayo del sol era una halagadora caricia, ya el soplo del aire un aliento perfumado y puro y el sonreir de las mujeres, rayándoles de blanco el oro de la morena faz, alegraba la vida y su habla ceceosa, arrastrada, era música á los oídos. La hembra, como el sol y como el aire, se revelaba al ávido Miguel, quien iba atracándose de vida. Retozadora alegría le brincaba en el cuerpo al ver que en el mundo había más y mejor que la adustez valisoletana y que el oficial ajetreo de Madrid. Líneas interminables de esmaragdinas y agachadas chumberas partían las heredades. En procesión solemne formados á marco real ostentaban los olivos sus grandes cabezotas reflexivas. En vagos é indisciplinados pelotones trepaban por los oteros y alegraban las colinas los naranjos, dejando asomar entre el follaje arropadas sus promesas de oro. Las agudas pitas, como gitanas garbosas, dejaban desceñirse y caer al suelo en girones verdes y amarillos los faralaes de su graciosa vestimenta. A pocas jornadas, haciendo recodos, jugueteando con el paisaje apareció el rey de los ríos, el claro, el gracioso, el noble Guadalquivir, de corriente mansísima en la que naranjales y saucedas se miraban. Miguel corría de gusto, triscaba, bromeando con su hermana Andrea, moza de veinte años y de bonísimo parecer. Miguel sentía la virilidad victoriosa: era un hombre hecho y derecho.

Por fin, cierta hermosa mañana, en que el sol se repartía afable,

igualitario por cima de todas las cosas y los seres, vió en lo más lejano de una dilatada llanura, junto al río, amplio manchón blanco. Acercándose poco á poco, se veía señorear la ciudad, una cosa extraña, bella á no dudar, que de lejos semejaba un árbol de oro, y más cerca una hermosísima giganta desnuda, con todas las rosadas carnes al aire, y, por último, se conoció ser la Giralda, la torre que ríe. Mirando hacia la izquierda vió Miguel surcar la llanura, al parecer, pero en realidad el río, oculto entre las frondas; unos altísimos palos con unos blanquísimos lienzos blandamente agitados por la brisa. Eran galeotas, bergantines, falucas que en el Guadalquivir se ajetreaban. Las penas y pesadumbres se habían acabado. Miguel se encontraba en Sevilla.

Los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús habían comenzado once ó doce años antes la conquista de Sevilla. De puerta en puerta mendigaron, de casa en casa se metieron, de conciencia en conciencia fueron albergándose, y al llegar en 1554 á Sevilla el converso Marqués de Lombay, á quien hoy en los altares veneramos llamándole San Francisco de Borja, hubo de felicitar por su celo al Provincial y á los buenos padres el sevillano Basilio Dávila, el P. Bautista, el P. Luis Suárez y el P. Bartolomé de Bustamante, después Provincial. Habían comenzado los Padres por recoger en su cuestación diez maravedís y cuatro mendrugos de pan y héte aquí que á los cuatro años poseían un alojamiento espacioso para residencia y escuela, tan noble y bien prevenido que el santo Francisco mandó á los Padres trasladarse á otro más humilde en la collación de San Miguel, frente á la portería de Nuestra Señora de Gracia. No fué, pues, por los aumentos materiales por lo que Lombay congratuló á sus hermanos en religión, sino antes bien por sus espirituales triunfos. Gracias á la cautela y al talento por ellos desplegado pudo atajarse la pravedad herética del detestable doctor Constantino Pérez de la Fuente, magistral de la Santa Iglesia Metropolitana, el cual, con arrebatadora y diabólica elocuencia, traía soliviantados y enajenaba un día y otro los ánimos de toda Sevilla, apartándoles del único sendero de la verdadera religión. Día

hubo en que el P. Benito, de la Compañía, viendo el estrago que las proposiciones vertidas por el doctor Constantino causaban en el auditorio, subió lleno de celo y arrebato á la cátedra que el doctor acababa de dejar y refutó sus argumentos con gran victoria suya y descanso de los atortolados y confusos oyentes. En buenas llevaban ya los jesuítas la lucha contra el protervo defensor de la conciencia libre, cuando el santo Borja, al salir de oirle un sermón, dijo, meneando la cabeza, aquel conocido verso virgiliano:

Aut aliquis latet error: equo ne crediti, Teucri...

Y días antes se expresaba en parecidos términos personaje tan granado y sesudo como el magnífico caballero y cronista cesáreo Pedro Mexía. Luchaban los jesuítas desde su pequeña casa de la collación de San Miguel, y en la otra orilla del río les prestaba ayuda poderosa, desde el Castillo de la Inquisición de Triana, su grande amigo el inquisidor Carpio, sujeto de altas prendas y de gran penetración. Al doctor Constantino fueron abandonándole ó huyéndole sus partidarios; vendiéronle sus amigos del Cabildo. Murió en la cárcel de Triana y no abriéndose las venas como Séneca, ni rasgándose las heridas como Catón Uticense, pero haciendo cachos un vaso de vidrio y tragándoselo para que le desgarrase las entrañas, acción horrible y muy propia de hombre tan contumaz é intransigente.

Triunfantes los jesuítas en la lucha contra la herejía luterana, achicharrados además en el quemadero del campo de Tablada los más de sus secuaces públicos, entre ellos el noble D. Juan Ponce de León, segundón del conde de Bailén D. Rodrigo, y hombre tan extraviado por las malas ideas del doctor Constantino, que malrotó lo más de su fortuna en desatentadas limosnas á los pobres y en fundar un asilo para los innumerables niños perdidos que vagaban por Sevilla, el Colegio de la Compañía se vió pronto lleno de estudiantes de las mejores y más nobles familias sevillanas. Con esto y con ocho mil ducados, compraron los buenos padres en 1556, una gran casa en el barrio de Don Pedro Ponce, junto á

la iglesia de San Salvador y comenzaron á leer gramática en dos salas grandes. Eran de ver—decía muchos años después Cervantes en el *Coloquio de Cipión y Berganza*—«el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban». Era de considerar «cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura: y, finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes para que aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados».

Quien con tales persuasivas razones lo declara no fué sólo testigo de vista, fué casi de fijo uno de los discípulos á quien la lectura y enseñanza de los Padres aprovechó. Miguel asistía probablemente á una de las dos aulas. Sólo habiendo en ellas aprendido lo que de aprenderse fuera y obligado por la gratitud, sin premia ni fuerza de ningún género, pudo el perro Cipión decir «desa bendita gente que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan; son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y, finalmente, la humildad profunda, base sobre quien levanta todo el edificio de la bienaventuranza». Reflexión que no pierde nada por haberla puesto su autor en boca de un perro locuaz.

La suavidad y mansedumbre con que los Padres dirigían á la juventud, según aquí se ve, y acaso la sencillez de sus estudios, que á leer gramática por el texto de Antonio (como se llamaba al maestro Lebrija) se reducían, casaban tan bien con el clima indulgente y dulce de Sevilla, que no podían menos de llevarse en pos suyo á la gente. Contrastaba tanta benevolencia con la sequedad didáctica y la severidad doctrinal de los estudios en el antiguo Colegio de Maese Rodrigo, primer embrión de la Universidad sevillana, el cual, cercado por mármoles unidos con cadenas, enriquecido con una linda capilla y soleados alegremente

sus descubiertos patios, se hallaba junto á la puerta de Jerez. Acaso Miguel se acercó á veces al Colegio de Maese Rodrigo: acaso encontró ásperos y desabridos los estudios que en él se hacían, y volvió á la gramática y á los consejos de los padres ignacianos, en cuyo colegio hallaba, en confusión gustosa, junto á mozuelos pobres como él, otros hijos de las más pudientes familias de la ciudad.

Entre ellos conoció á un cierto Matihuelo ó Mateo, que era de los avispados del estudio: mocito despabilado, inventivo, fecundo en trazas. Contaba él de sí mismo haber nacido en el cautiverio de Argel, por hallarse su madre en prisión de los piratas berberiscos, sin que, una vez libertada la buena señora, volviese á tener noticias de su marido, que en la isla de Córcega quedó. A este propósito enredaba mil ingeniosas patrañas, con paz y contento de quienes le oían, porque en la hermosa indulgencia de la gran Sevilla poco más ó menos valor tienen la mentira y la verdad. Entre los otros muchachos se susurraba que Mateo, por apellido Vázquez, era hijo de un gran señor eclesiástico á quien llamaban don Diego de Espinosa. Mateo y Miguel se encontraron muchas veces camino del estudio. Miguel y su familia habitaban en el barrio del Duque, donde se alzaba el suntuoso palacio de los Medina-Sidonia, tan grande y rico, que al llegar Felipe II á Sevilla preguntó, si no era el palacio real aquél, cómo tenía él un vasallo bastante poderoso para gozar tan espléndida mansión. Los dos amigos solían encontrarse y pasear juntos; el uno hijo de un humilde cirujano, el otro que ni siquiera conocía á su padre, pronto se vieron ligados por esa estrecha amistad en que fanáticamente se cree antes de los veinte años. Miguel le recitó á Mateo los inmortales versos de Garcilaso; Mateo á Miguel los de Fernando de Herrera. Justamente por aquellos días se hablaba de que la bellísima señora doña Leonor de Milán, adorada por el poeta sevillano, había sido prometida en matrimonio al conde de Gelves, D. Alvaro de Portugal. El grande, al admirado vate, había de renunciar á sus únicos amores, retorcerse el corazón, hundirse en su pobreza, no volver á acordarse de la mujer idolatrada, porque no poseía el cuitado otros bienes que los de su inspiración divina.

El que subió por sendas nunca usadas (1), cayó en una desesperación profunda. El adolescente Miguel, que admiraba y reverenciaba á Herrera, aprendió entonces aquellos versos suyos, que por toda Sevilla circularon:

«Y lo que más me condena
es el bien de la memoria,
que quien más sabe de gloria
sabe más sentir de pena.»

(1) Cervantes. Soneto á la muerte de Fernando de Herrera.

CAPÍTULO V

LAS GRADAS DE SEVILLA. ESCUELA.—LOPE DE RUEDA. MAESTRO

Las *gradas* de la catedral sevillana en aquel tiempo eran lo que después fueron las gradas de San Felipe en Madrid, y mucho más que esto. En la acera ancha que rodea la catedral junto á los muros de piedra, formaban una costra de humanidad y de materias más ó menos vendibles, los vendedores de frutas y hortalizas, con sus tenderetes de madera adosados al paredón, los merceros, los pasamaneros ó cordoneros que trenzaban al aire libre, los percoceros ó plateros de martillo, que en un santiamén ponían graciosas iniciales de alambre en hebilla, sortija ó medallón, ó bien repujaban una chapilla de plata ó de oro con labores moriscas, dejándola desconocida para su legítimo dueño. Con estos medio industriales, medio hampones, alternaban en el disfrute de los poyos de fábrica arrimados á la catedral las almonedas, en donde se vendía y regateaba cuanto desperdicio innumerable da de sí una gran ciudad, los boneteros y medieros de lana, los bancos, cambiantes y banqueros al menudeo, con sus puntas de usureros y sus ribetes de ladrones. Apoyados en los marmolillos, que unidos entre sí por grueso cadenaje de hierro dulce venían á cerrar la acera, y también esparcidos por los cuatro ó cinco escalones que la alzan sobre el piso de la calle, lanzaban á los vientos sus caprichosos é inverosímiles gritos los pregoneros, oficio netamente sevillano que allí constituye una bella arte en que hay mucho de música arábiga para modular las voces del pregón, tanto más sugestivas é inci-

tantes cuanto menos inteligibles, mucho de escultura para colocarse en la facha y emplear el ademán que vaya bien con el grito, y muchísimo de literatura picaresca y de conocimiento del corazón humano.

Algunos días, en el mismo sitio donde el pregonero anunciaba ventas ó prometía galardones y hallazgos por joyas perdidas, plantificábase un peregrino de Roma ó de Santiago, un fraile llegado sabe Dios de qué sitio, y comenzaba á predicar contra todas las ostentaciones, vanaglorias y demoniacos lujos, que aquellos montones de venal miseria significaban, á su parecer. Arremolinábase la gente curiosa y baldía á escucharle, y entre el montón no faltaban ciertos venerables viejos de bayeta negra con anteojos ó con visera verde, á favor de la cual deslizaban miradas escrutadoras hacia los bolsillos, que muy luego eran visitados por las manos listas y por las ágiles tijeras de los ganchuelos y traineles por allí pululantes. Acababa el fraile ó el peregrino su sermón y venía tartaleando un ciego con su gozque á la cuerda, rezando y cantando girones de viejos romances aderezados á lo divino y devotas ensaladillas, ó proponiendo enigmas y adivinanzas que venían á parar en loores al Santísimo Sacramento. Al ciego, al fraile, al peregrino, al almonedero, rodeaban descuidadamente cuidadosos unos soldados sin compañía, con los bigotes encerados, que casi horadaban la tendida halda de los sombreros, unos guapos, jaques y majos de la fanfarria, de estos que entonces y ahora se llaman *hombres* en Sevilla. Ser *hombre* era ser bravo conocido, pregonero de cabezas, índice de matonerías, un poco rufián, dos pocos borracho y á todo ruedo ladrón.

El ladronicio reinaba é imperaba en Sevilla día y noche. Los ladrones en grande venían de Italia al tufo de las galeras de Indias, y habitaban provechosos despachos en la calle de Génova: eran los florentines y genoveses á cuyas manos vino á parar un tiempo todo el dinero que antes tomaba la senda de las bolsas judáicas. Ladrones al menudo eran los abonados á las Gradas, los concurrentes al Baratillo que se hacía junto al Arenal, los pupilos y pupilas del Compás, los pescadores de la Costanilla, los jiferos y sus comparsas del barrio de la Carne. Con estos *hombres* gustaban de

tratarse y conferir, como hoy con los toreros y cantaores, los señoritos de más rancia nobleza, á quienes el título de *hombres* parecía más razonado y meritorio que los heredados blasones de sus abuelos. Ladrones eran, por fin, todos los seres componentes de la gusanera que en torno á la Iglesia mayor se formaba. Gruñían los canónigos al ver la casa del Señor circuida por mercaderes peores que los del templo hierosolimitano; pero ninguno había tan virtuoso y horro de culpas que fuese capaz de alzar el azote contra ellos. Por su parte, el Ayuntamiento, la gran casa de corrupción que se pavoneaba orgullosa en la plaza de San Francisco, desafiando á la casa de enfrente, que es la Audiencia, su eterna enemiga, cobraba un fuerte arrendamiento por los poyos de las gradas, y no quería renunciar á él. Servidores del Cabildo municipal eran muchos de los ladrones, y sus encubridores y cómplices.

Cuando llegaba la noche, comenzaban á recorrer las calles desiertas y obscuras los animeros, quienes, pagados por el Municipio, iban tocando una lúgubre campanilla, para que el descuidado durmiente ó el regalón cenante se acordaran de las ánimas del Purgatorio y de sus padecimientos y quemazones. Al paso, los buenos animeros escrutaban por esta reja ó por aquel patio, hurgaban los goznes de una puerta, aplastaban una pelota de cera contra una cerradura, descuidaban unas calzas ó unas camisas á secar, olían el *negocio* por todas partes.

De estas y de otras muchas cosas iba enterándose Cervantes y en el alma le entraba la alegría y el garbo y rumbo de la picaresca, porque esto que narrado hoy nos parece triste y aun horrendo, era un regalo y un convite para los valientes ánimos de entonces. El quemadero del campo de Tablada para los perseguidos por la Inquisición, y la horca de la plaza de San Francisco para los condenados por la justicia civil, eran dos espectáculos gratísimos á la mocedad, y dos aulas al aire libre donde á grandes y chicos les daba casi diaria lección la muerte, no estimada en más ni en menos que la vida. Las muecas de un ahorcado, los gestos de un sambenitado, la paciente resignación de una alcahueta emplumada ó enmelada eran plato de gusto tan sabroso como las regocijadas

farsas y los pasillos del gran Lope de Rueda, que por entonces quitaba la amarillez y las ojeras á los tercianarios de toda España. Tanto como verle representar el bobo, el negro ó el vizcaíno, era interesante y curioso para los mozuelos como Miguel, metidos de hoz y de coz en aquella vida intensa y abundante, de que hoy, encanijados y temblones, no tenemos idea, salir á las afueras, ya hacia Brenes, ya hacia Castilleja ó la Algaba, y ver cómo se pudrían al sol implacable las enjauladas cabezas y los colgantes miembros de los descuartizados, á quienes por entretenerse, muchachos, arrieros y caminantes, solían tomar como blanco de sus hondas, saltándoles los ojos á pedradas; ó bien, junto á la riqueza que preñaba los vientres de las galeotas y al par de los fardos en donde Italia, Oriente y las Indias enviaban sus más ricos presentes, ver cómo perecían roídos por la miseria, carcomidos por la peste, agarrotados por las bubas, consumidos por el cáncer ó simplemente extenuados por el hambre, tantos y cuantos hombres á quienes casi todos los días se recogía muertos por las calles, sin que sesenta ó setenta hospitales y casas de caridad, repletos siempre, pudieran recibirlos.

La necesidad cotidiana, ya no era un secreto para Miguel cuando llegó á Sevilla, pero sólo en Sevilla pudo hacer el cotejo de las grandes opulencias con las miserias últimas; sólo allí entró en contacto diario con las asperezas del vivir y del morir, y se hizo á mirar con semblante animoso cuanto después presentársele pudiera. Los que no hemos visto un muerto hasta que teníamos treinta años, los que huimos de los hospitales y de los patíbulos, de las tascas y de los chamizos donde la miseria hierve, no podemos ni debemos alardear de que hemos visto vida ni darla de que conocemos á los hombres. Ved aquí al más grande ingenio que ha engendrado España, ya desde los diez y siete años hundido en la realidad, viendo todas sus lacerías, palpando sus llagas, oliendo sus pestes, oyendo sus ayes, paladeando sus amarguras. Seguid sus pasos por las angostas calles de Sevilla. Camina sin rumbo, como quien sabe que doquiera ha de encontrar algo que le importe y cautive. Es un mozo rubio, delgado, de abierta fisonomía, de ademán resuelto, terciada la gorra, prevenido el estoque. A los

pocos pasos ve encaminarse hacia la Iglesia de San Miguel un lucido cortejo, al que precede y sigue chilladora escolta de muchachos.

Es un bautizo de los de rumbo. En medio de la turbamulta descuella la vara alta, el sombrero á la chamberga, la blanca gorguera y el barbudo coramvobis del señor D. Sancho, Alguacil mayor de la ciudad, quien marcha á pie, sudoroso y embarazado con el embeleco de la capilla de velludo y del gorguerón, arambeles engorrosísimos en el día, que es de los calurosos del verano, el 18 de Julio de 1564. Acompañan á D. Sancho, su teniente mayor Alonso Pérez y la habitual ronda volante de alguaciles, porquerones y corchetes, unos con gorras, otros con sombreros, quién con vara, quién con espada, de ellos con dagas de ganchos al cinto, de ellos con el acero en la mano ó bajo el brazo por no tener cinto ni tahalí. Junto á D. Sancho van el rico sevillano D. Pedro de Pineda, á quien Miguel conoce por ser vecino suyo, y el respetable oidor Hernando de Medina, todos gente de suposición y de posibles. A Miguel no deja de sorprenderle tan gran aparato para un bateo; pero su sorpresa se cambia en admiración vivísima, al ver que el protagonista de toda aquella procesión es ¡quién lo pensara! el gran Lope de Rueda, «varón insigne en la representación y el entendimiento, hombre excelente y famoso». Sí, sí, Lope de Rueda es; aquellos son sus ojillos hirvientes de malicias, aquellas sus barbas cerradas y ya canosas, aquel su inquieto semblante. Miguel recuerda entonces que en el barrio se comentaba la alegría del gracioso representante al saber que iba ser padre y lo que se decía de su mujer Rafaela Angela, de quien aseguraban algunos que no se llamaba así ni era valenciana, como decía el propio Lope, sino que era una danzarina andariega á quien su marido conoció hallándose ella vestida de hombre, como paje, en el servicio del melancólico y entristecido señor D. Gastón de la Cerda, duque de Medinaceli, quien pasaba años antes sus hipocondrias negras en el palacio de Cogolludo, sin que nada le contentase ni le diera consuelo, sino los cantares, danzas, chistes y meneos de la endiablada mujer... Decíase también que la tal se llamaba Mariana ó algo así, y que, habiendo servido sabe Dios cómo

y en qué por más de seis años al duque, no cobró de él ni un maravedí, por lo cual hubo pleito que ella sostuvo, ya casada con Lope de Rueda. Como quiera que fuese, Lope de Rueda era el hombre más popular de Sevilla, el que mejor entretenía á sus conciudadanos, y aquel á quien estos debían sus más sazonadas horas de regocijo. «Fué admirable en la poesía pastoril, y en este modo ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja» (1). Y ¿qué diversión podía haber para las gentes de complicada y enérgica vida que poblaban la ciudad como aquellos sencillos y amorosos coloquios de Cilena y Menandro, y sus galanas frases de rebuscada y artificiosa simplicidad?

«Anday mi branco ganado
por la frondosa ribera,
no vais tan alborotado,
seguid hacia la ladera
deste tan ameno prado.
Gozad la fresca mañana,
llena de cien mil olores,
paced las floridas flores,
por las selvas de Diana,
por los collados y alcores....»

Oía Miguel, todo oídos, y veía, todo ojos, las tales farsas infantiles, donde está en esencia y embrión todo nuestro teatro: la comedia *Medora*, la *Armelina* y la *Eufemia*, reflejos de Italia con españoles cambiantes, y aún más que esto le cautivaban y seducían los *pasos* inmortales de este primer Lope, víspera del otro Lope y abuelo de Molière. En medio de la tiesura y almidonamiento que á la poesía de los grandes sevillanos y de los grandes castellanos agarrotaba, entre imitaciones de los clásicos latinos y griegos y sacras reminiscencias de la Biblia, con que empedraban sus versos y empañaban los rayos súbitos de su inspiración, á vueltas de esa literatura oficial y de oficio, ensalzada como cosa de escuela y consagrada como cosa de iglesia, la franca, la humana, la

(1) Cervantes. Prólogo de sus Comedias.

restallante carcajada de Lope de Rueda venía á sonar en los oídos de Cervantes como la primera fresca voz del verdadero genio español, que al sol andaba y por las calles se movía, mirando y copiando la realidad como ella es: y por ante sus asombrados y regodeados ojos cruzaban el burlón Salcedo y el bobo Alameda, el ladrón Samadel y el hidalgo tramposo Brezano, el pedante y mísero Doctor Lucio y el complaciente marido Martín de Villalba, su descocada mujer Bárbara y el agudo estudiante Jerónimo, la negra Cristina y el lacayo Vallejo, el rufián cobarde Sigüenza y su colérica coima Sebastiana, y por fin, las cuatro figuras eternas de *Las aceitunas*, donde sin acrimonia didáctica se muestra y castiga, entre risas y bromas, las ilusiones y vanas esperanzas de que nos mantenemos en el mundo.

Lope de Rueda, creador del diálogo teatral en cuanto á la técnica, fué el Bautista del humorismo español, del cual Cervantes había de ser el Mesías. El claro, risueño y generoso concepto de la vida que el afortunado batidor de oro poseyó y expuso en los *pasos*, era el positivo, el verdadero, el sano, el concepto copiado por Miguel en los entremeses, afinado en las *Novelas ejemplares*, magnificado y sublimado en el *Quijote*. Lope de Rueda fué el aguijón de Miguel y de todos los grandes conocedores de la realidad baja y de la alta realidad. Pero no penséis que hubiera sido indiferente el que Miguel escuchase y viese representar á Lope de Rueda, como se ha dicho, en Segovia ó en Córdoba ó en Madrid. No; donde hubo de oirle y admirarle y prendarse de su talento y de la especial manera de su genio, fué en Sevilla, donde Lope, ya viejo, sacaría todos sus más variados y hondos recursos para sorprender y agradar á sus paisanos, á los que le habían conocido pobre oficial, laminando panes de oro; en Sevilla, donde cielo y suelo, aire y habla regocijan el ánimo, y la muerte y la miseria son ocasión de burlas y nada hay absolutamente irreparable. No en otro sitio apreció y admiro Miguel á aquel hombre sin par, que «con cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamecí dorado, y con cuatro barbas y cabelleras metidas en un costal, y con cuatro cayados y una manta vieja tirada con dos cordeles de una parte á otra» iba con la fuerza de sus carcajadas despertando al es-

píritu español, que roncaba soñando caballerías guerreras y místicas aventuras. Siglos de pesadumbres y desdichas pasaron por cima de Cervantes, y el Manco sano, hallándose en conversación de amigos donde se trataba de comedias, y siendo el más viejo de los presentes, rumiaba gustoso la impresión que, muchacho, le causó el ver representar á Lope de Rueda. Bien claro está cómo se le quedó albergada en el corazón desde entonces para siempre la más alta cualidad literaria, la que sólo alcanzan los genios, la devoción y fidelidad á Nuestra Madre y Señora la Ironía, que salva á los hombres del olvido.

CAPÍTULO VI

LAS HERMANAS DE MIGUEL

El convento de Carmelitas descalzas de la Concepción, vulgo de la Imagen, en Alcalá de Henares, era un gran edificio, compuesto de varios caserones apiñados en diferentes épocas. Llegaban á él los últimos ruidos de la población escolar, que hasta la vecina calle de Santiago se extendía, y los ruidos primeros de la población solariega, que en el arranque de la calle Mayor empezaba. Cercano al palacio arzobispal, salpicaron el convento de la Imagen algunas de las finezas arquitectónico-escultóricas del gusto plateresco, prodigadas por Fonseca y por Tavera en los patios y salones de aquella mansión que Cisneros dejó á medio hacer. Esa arquitectura cortesana, elegante, hija de las *Loggie* de Rafael Sanzio y del refinado vivir del Vaticano; ese arte que trata grandiosamente lo pequeño y regresa á la imitación del natural sin despreciar el esfuerzo de la fantasía, irrumpe en la castiza severidad del convento trepando por una escalera palaciana que une los blanqueados claustros del piso bajo con los enlucidos claustros del piso principal. Puede ser que esa ostentosa balaustrada, digna de que en ella apoyen sus manos largas y exangües las princesas de Pantoja y Sánchez Coello, la pusiese allí aquel D. Juan Tavera del rostro delgado, de la perspicaz mirada, de la muceta color de vino, á quien retrató, vivo, el Greco, y muerto el anciano Berruguete, y de quien decía Carlos V que «en faltando D. Juan Tavera de su corte faltaba su mejor ornamento».

El día 11 de Febrero de 1565, el bello pasamanos de piedra rosácea, se ve acariciado por diez, por veinte, por treinta manos blancas, que por él van saltando al bajar la escalera, como bandada de palomas inquietas al posarse en los surcos de un algarrobal. Las monjas carmelitas descalzas van al coro y de allí al locutorio. Van vestidas sin igualdad en los hábitos, atento á su mucha pobreza, unas de jerga, otras de sayal burielado sin tintura, aparejo redondo y sin pliegues, el escapulario cuatro dedos más arriba del hábito, las tocas de sedeña ó lino grueso, no plegadas sino á su caer, el calzado, alpargatas abiertas, de modo que por bajo de la túnica, al andar, se ve rebullirse dos talones rosados que entre la jerga de la halda juegan al escondite. Sobre la túnica llevan grandes capas de coro, de jerga blanca. El manto de sedeña tapa el rostro de las profesas, no el de las novicias, que no llevan sino toca echada hacia atrás. Al llegar al claustro bajo, las monjas se forman militarmente en dos filas, la priora y superiora delante, asistidas de las clavarias, detrás la rectora y portera mayor, luego la sacristana con las demás profesas; en pos la maestra de novicias con su gorgeante grey. Por los desamparados claustros corre un viento frío que el blancor lúcido de las paredes devuelve y arroja á los rostros. Las monjas tiritan; de entre las encorvadas túnicas de las viejas salen carraspeos rebeldes y secas tosecillas. Una novicia estornuda y las otras mueven regular algazara para decirle que Jesús, María y José la ayuden. La maestra las reprende suavemente, que aquello frisa en juego, y bien claro dice la Regla sapientísima que la doctora de Avila dictó: «Juego, en ninguna manera se permita, que el Señor dará gracias á algunas para que den recreación á otras», y añade que «las burlas y palabras sean con discreción». El día es alegre para la comunidad. Se recibe como religiosa á una linda y honestísima joven, ahijada del devoto licenciado Cristóbal Bermúdez. Las monjas la conocen de haberla visto en el locutorio acompañada por el dicho licenciado y por una señora, Doña Leonor, madre de la novicia. Es una amable y tierna criatura, y parece, por su conversación, dotada de aquel punto de agudeza que es lícito á una monja y que tan bizarramente sazona las largas horas conventuales, y en particular aquellas dulces sobremesas en que «todas juntas—la Regla lo dice—pueden hablar de aquello que más gusto les diere, como no sean cosas fuera del trato que ha de tener la buena religiosa», porque—dice también—«la experiencia enseña que en la parlería no puede faltar pecado».

La joven neófita se llama Luisa de Cervantes ó de Carvantes, que esto las monjas no lo saben bien, pues no han de tener cuenta con las cosas del mundo. La priora ya conoce por informes respetables y fidedignos, que es recia y persona que quiere servir al Señor, con salud y entendimiento y habilidad para rezar el oficio divino, que escrupulosamente le ha sido enseñado; y demás de esto, posee un apacible y gratísimo genial. Otras, al conferir sus deseos con el confesor y la priora, arrebatadas por místicas exaltaciones, declaran que quieren llevar en religión un nombre terrible: Sor Jerónima de las Llagas, Sor Inés de la Expiración, Sor Angustias de la Agonía. Esta, en el nombre que ha de tomar demuestra la ternura de su genio y aficiones; quiere llamarse Sor Luisa de Belén, evocando con tan suave apelativo la más dulce imagen de la vida de Cristo, como quien ama y estima sobre todo el divino y alegre misterio del Nacimiento de Dios niño; como quien ha preferido quizá en sus lecturas las candorosas páginas del cartujano Ludolfo de Sajonia á las aterradoras y cortantes líneas del *Contemptus mundi*, cilicio del alma, al cual hoy llamamos Kempis. ¿No veis aquí la sangre de Cervantes y de sus hermanos y hermanas, gente alegre y sacudida, gente de alma joven que sólo á fuerza de pesadumbres continuadas se ha de avejentar?

Las monjas de la Imagen, y singularmente las novicias, están contentas de recibir en su gremio y comunidad á tan simpática y agradable hermana. Por eso van risueñas al coro en aquella fría mañana de Febrero y con amorosas y gratas expresiones la reciben, aunque siempre con esa distanciada frialdad y religiosa cortesanía que la Regla previene. «Ninguna hermana abrace á otra ni la toque en el rostro ni en las manos ni tenga amistad particular». Previas unas ligeras ceremonias, Luisa queda en el convento. Hasta el día 17 no ha de dársele el hábito con bendiciones. Aflojada un poco la severidad de la regla, se permite á veces entrar en la clausura á las que aún no han hecho votos.

El día 17, á pesar de la frecuencia de tales funciones, acude lo mejor de Alcalá á presenciar los votos y toma de hábito de Luisa. Curiosos y desocupados, personas de piedad notoria y ostentosa, clérigos, beatas y frailes llenan la pequeña iglesia y el encalado zaguán, amén de algunos estudiantes ganosos de ver si es guapa la novicia. En los rincones de los altares, apoyados contra confesonarios y pilastras, en actitudes dolientes, los galanes devotos de monjas, que en Alcalá abundan, como en Toledo y Sevilla, lanzan miradas de condenado en el purgatorio hacia lo que creen divisar tras los velos. Los hay ardientes fetichistas que están enamorados de unas manos, y no conocen el rostro que las manda; y las manos lo saben y sin dejar de atender al rezo de la boca, se pasean provocativas por el escapulario, tal vez suben audaces á componer el manto, cuya obscuridad las avalora y ponen con ello mil brasas en los corazones de sus penados amantes, adoradores de lo imposible, tataranietos de Platón, á quien no han leído.

Llega el momento solemne de pronunciar los votos. El sacerdote es un jovenzuelo primerizo en tales ceremonias. Acércase á la reja del coro, espesa red de barrotes negros, de cuyas cruces salen amenazadores y agudos pinchos de retorcido hierro. La iglesia está casi á obscuras. En cambio, del gran ventanal del coro desciende fría claridad inverniza, azota los velos y se detiene en la línea de oro formada por los cirios que las monjas mantienen en la diestra. Toda la luz parece afluir al rostro de la novicia. El sacerdote es un jovenzuelo primerizo que no sabe de memoria las fórmulas rituales. Un caballero, que ha tenido por honra hacer oficio de acólito, quizás por ver más de cerca las manos ó los ojos que le atormentan, alumbra con un cirio pequeño, la lectura. El sacerdote lee despacio, penetrando palabra por palabra el misterio de la Regla dada á Brocardo y á los ermitaños del Monte Carmelo en el siglo XIII. El sacerdote está muy emocionado, la voz le tiembla, los ojos azules de Luisa de Cervantes, abiertos con avidez, se le clavan entre ceja y ceja. Al concluir la lectura, el sacerdote advierte ó su acompañante echa de ver que el libro está manchado de sangre: sangre corre también por las vestiduras sagradas, sangre mancha los hierros de la red y chorrea al suelo. El sacerdote, embebido en lo que leía, se ha clavado uno de los pinchos en la frente. Muévese en la iglesia gran rebullicio; todos tratan de acercarse, comienzan á correr rumores absurdos, creídos instantáneamente por hombres y mujeres ansiosos de que lo sobrenatural aparezca. Las monjas se percatan de que alguna gran profanidad ha debido de ocurrir rejas afuera. La superiora, con un gesto, manda correr la cortina. Invisibles manos la cierran y en medio del coro lleno de luz, curiosos, espantados, entre el brillar de los cirios, los grandes ojos azules de Luisa de Cervantes Saavedra, miran por última vez al mundo. Su madre, Doña Leonor, cuyo ánimo no perturba el tumulto que se ha movido en la iglesia, llora, mitad de pena, mitad de alegría.

Entrado el mes de Marzo, llegan á Sevilla noticias de que Luisa ha tomado el hábito. No mejoraba entretanto la fortuna de los Cervantes. Ni los excelentes deseos del cirujano Rodrigo, ni los buenos oficios de su hermano Andrés, que de antiguo moraba en Sevilla, fueron parte á lograr comodidad ni holgura á la familia desdichada. Por aquel entonces le habían sido embargados y secuestrados á Rodrigo los bienes, á petición de un Francisco de Chaves, sin duda por esa tragedia vulgar y diaria que en el lenguaje judicial moderno se llama cruelmente *pago de pesetas*. Pero con Rodrigo seguía viviendo su hija doña Andrea, mayor de diez y siete años y menor de veinticinco, la cual se mostró parte en el pleito, alegando que entre lo embargado, como de su padre, había ciertos derechos y acciones á ella pertenecientes; por lo cual pedía que se le nombrase un curador *ad litem*, que primero se pensó fuera Alonso de las Casas y luego fué Alonso de Esquivel, escribano de Su Majestad. Aparece en este documento una valiosa firma de doña Andrea de Cervantes S. (Saavedra), trazada con grande y resuelta letra, que varonil parece por lo decisivo de sus rasgos, pero femenina por lo apasionado de su inclinación. Y he aquí que el comentarista, al examinar esta escritura, comprende, ya mirando á su contenido, ya á la letra de la firma, quién era y quién había de ser la hermana mayor de Cervantes. Siendo aún moza de

veinte años, alega ya derechos y acciones sobre los bienes secuestrados á su padre, con lo cual acredita poseer bienes propios. ¿De dónde proceden estos bienes y qué títulos podía invocar doña Andrea, menor de edad, para reivindicarlos?

Sin que al indagar esto demos oídos á la suspicacia ni asenso á la malicia, bien se puede afirmar que nacían entonces, para las mujeres listas y despejadas como doña Andrea, nuevos modos de adquirir sin deshonor, y desde su mocedad supo ella ponerlos en juego y aprovecharlos.

Doña Andrea era, en realidad, la cabeza de la familia. Faltaba allí la autoridad de la madre, y ella la recogió, mostrando, desde luego, una gran perspicacia y un extraño conocimiento de la vida, por los cuales su hermano la admiró siempre como á maestra y precursora. En Sevilla, todo, desde el aire que se respiraba y el sol que lucía, hasta la forma y colocación de casas y calles y las costumbres y hábitos de la alta sociedad y de la baja, estaba organizado para una vida fácil y placentera. Recordad cuán poco le aprovecharon, en aquella ciudad, al *celoso extremeño* Carrizales todas sus extremadas y rigorosísimas precauciones, y comprenderéis cómo doña Andrea, moza, y doña Magdalena, mocita, y ambas dotadas de hermosura, como se vió y probó después, hubieron de tener cortejantes asiduos, amadores generosos y liberales, á quienes no dolían dádivas ni promesas. No penséis que hay en esto nada malo ni deshonroso. Hoy mismo ocurre mucho de esto, sin consecuencias graves. La casa está sola, abierto el portal, como es de rigor en Sevilla. No hay madre, porque doña Leonor de Cortinas vive en Alcalá ó en Arganda, al cuidado de la suya, enferma. El padre anda en sus ocupaciones de cirujano. Los mozos Miguel y Rodrigo viven lo más del tiempo en la calle, aquél en sus estudios y paseos, éste arrimado á las barbacanas del Guadalquivir, viendo pelearse á los pícaros, jurar á los marineros, descargar de los barcos mercancías y cargar soldados para Italia y aventureros para las Indias. En la casa entran y salen diversas gentes. Algunos aposentos se hallan subarrendados á un Juan Mateo de Urueña, mercader, á quien ha sido preciso demandar para cobrarle ciento treinta y seis reales y treinta y dos maravedís por los alquileres.

A la husma de los buenos palmitos de las Cervantas no faltan galanes que sigan de día, que ronden y den serenatas por las noches. No hay en ello mal grave, ni las conciencias se han hecho aún tan pacatas y asombradizas como lo fueron, ó aparentaron serlo, sesenta años después. El concepto inhumano y anticristiano del honor familiar, tal como el teólogo Calderón de la Barca había de teorizarlo, ilustrándolo con sus dramas, ejemplos, teoremas y postulados de una Metafísica altisonante y huera más bien que sucesos del mundo, se estaba elaborando ya, pero aún no había aherrojado las conciencias ni ennegrecido las costumbres. Era menester que el tal concepto fuese alquitarado en El Escorial, consagrado en los confesonarios del P. Aliaga, acicalado y abrillantado en las alamedas del Buen Retiro, aplaudido por regias manos adúlteras. La comedia de entradas y salidas, de ruido y de revuelo, de capa y espada, existía ya; el drama trágico de los celos y de la venganza no se dibujaba claramente aún.

Comedia de entradas y salidas, de galanes y damas enamoradizas, de compromisos y promesas amorosas, sin llegar á mayores, debió de haber, desde luego, en casa de Miguel, puesto que en años posteriores la hubo, y ni doña Andrea ni doña Magdalena fueron tan torpes que en el juego salieran perdiendo cosa de estima, ni dejaron de aprovechar y de asirse á las palabras y promesas de sus galanes. Desde entonces, desde mucho antes quizás, era el *patio* de Sevilla escenario gustoso para estos enredos en que, si la mujer es discreta, nada hay que temer. Y de esta comedia sólo aprendía Miguel escenas sueltas, fragmentos de coloquio, graciosas frases y alegres galanteos. Sevilla, la indulgente, la bonachona y perdonera Sevilla, no pide en estas cosas más que un poco de gracia y delicadeza, y sin duda en casa de Cervantes la hubo.

Doña Andrea tenía bienes propios, derechos y acciones. Puede ser esto muy bien una añagaza curialesca urdida hábilmente por el procurador, tal vez por ella misma, que siempre tuvo maña y habilidad pasmosa para los pleitos, como la hubiese tenido para lo demás, si en España las mujeres pudieran hacer cosa mejor que ofrecer su mano y pleitear con sus rehacios ó remisos adoradores.

El caso este se repitió muchas veces, para que no veamos en la intriga la mano de la listísima doña Andrea. Antes que su hermano las escribiese, forjaba doña Andrea, con arte y sutilidad, novelas vivas y comedias reales.

A últimos de 1565 ó primeros de 1566, la desasosegada é inquieta familia tomaba de nuevo el camino de la corte.

CAPÍTULO VII

VUELTA Á MADRID.—LA MANCHA.—GETINO DE GUZMÁN.—EL MAESTRO LÓPEZ DE HOYOS.—EL DUQUE DE ALBA

Volver de Sevilla á Madrid, aunque se vuelva á los diecinueve años, cuando las esperanzas hinchen el pecho como el aire los pulmones mozos, siempre es volver. Tanto vale decir que es despertar, que es hacerse cargo, caer en la cuenta, desilusionarse. Para Miguel era tornar de la vida gustosa y llena de incitaciones, donde sus ojos tenían á diario pasto nuevo y sus nervios á cada instante inesperada sensación que los estirase, á la monotonía, angostura y tristeza de la naciente corte. Mientras su hermana Luisa se hallaba enclaustrada para siempre, renunciando á la ciencia del mundo para vivir en la soledad, donde, según decía entonces el rey de España, «se enseña sin hablar y se aprende sin oir», y mientras su hermana Andrea cursaba los primeros estudios de la facultad amorosa, en cuya cátedra nacemos y en cuyo aprendizaje no pocos perecen, Miguel llevaba ya hecha buena parte del noviciado en la escuela del vivir. Mal á gusto salía de Sevilla y aunque le contentase, como entonces alegraba á todo hombre despierto, lo inseguro del porvenir, le desagradaba el regreso á la corte fea y triste. Con todo, templábale este enojo la presunción de que en la corte se está más que en parte alguna en potencia propincua de llegar á todo y su espíritu se había hecho ya tan flexible y capaz, que ni el extremo de la opulencia, ni el horror de la miseria última le espantaban.

Sin que parezca verosímil que á los diecinueve años y des-

pués de pasar dos en Sevilla, tuviese Miguel concepto ni siquiera noción clara de las más de las cosas que veía, sí debe asegurarse que llevaba almacenado un cúmulo de impresiones cien veces superior al que hoy posee cualquier mozo de su edad. Había, además, reflexionado como reflexionan los hijos de padres incapaces, defectuosos ó blandos en el gobierno de su casa: como reflexionan los hermanos de muchachas casaderas y muy cortejadas. Una psicología de baratillo cree y afirma que los diecinueve años no son edad de reflexión. La experiencia acredita lo contrario. A esa edad, el espíritu está nuevo, tiene sed y le sobra tiempo. Luego viene la acción, y la reflexión ha de ser rápida, concisa, formulada entre dos hechos que la atropellan. Por último, sobrevienen los achaques y desmemoramientos de la vejez y ¡adiós reflexión!

Miguel debía de tener entonces unos ojos alegres, pues así los conservaba cuando viejo, pero la alegría de sus ojos y de su alma no empecía á la claridad de su visión. Mejor se ve con ojos rogocijados que con ojos lúgubres. Los tristes son miopes ó présbitas. Los ojos que ven bien, sólo al ver bien experimentan una satisfacción, y con ella, inconscientemente, ven mejor cada día. ¿Queréis representaros los ojos de Cervantes y aun toda su facha y apostura por aquel tiempo? Id al Museo, mirad el retrato famosísimo del Príncipe D. Carlos que Sánchez Coello, con factura italiana y con italiana intención, dejó pintado. Penetrad bien hasta el fondo ese retrato, cuya contemplación hiela los huesos y luego salid á la calle, á la luz caliente del Mediodía y confrontaos con un mozuelo alegre que por las calles del Retiro va requebrando á un corro de modistas, la risa pronta, la mano larga, el libro bajo el brazo.

Pronta la risa, larga la mano, bailando de curiosidad los ojos, vuelve Miguel con su familia á Madrid: maleta no tiene, pero en las faltriqueras lleva lo que ha menester. ¿Sabéis lo que es? Un *Amadís de Gaula* y una *Diana* de Jorge de Montemayor; ¿supondréis temerariamente si os imagináis que entre las hojas de estos dos libros no hay pedazos de papel escriborreados de versos y ennoblecidos por tales ó cuales declaraciones amorosas donde

los viejos conceptos de Platón aparecen alambicados en señoriles endecasílabos de acentuación imperativa y dura?

Miguel sigue otra vez el curso del olivífero Betis, quizás pasa por Córdoba, de seguro se espacía en la contemplación de la misteriosa Sierra Morena, cuyos dientes tajan en dos pedazos distintos y aun opuestos la vida espiritual de España. La llanura manchega se ofrece de nuevo á sus ojos, surcada por las reatas de la arriería, labrada por las yuntas, musicada por el cantar lento de los gañanes que roturan, binan y tercian sus bancales y por el campanilleo de las mulas. La gañanada, canto largo de moriscas cadencias que acompaña al labriego besana adelante resuena halagadora, medio poética, medio prosáica, como la vida, en los oídos de Miguel. Es una añeja cantinela de este lado de los olivos en la que se ve una punta de odio contra la corruptora Andalucía.

«La niña-á
que vino de Sevilla-á
y trujo-ó
un delantal de lujo-ó
y ahora-á
porque se le ha rompido-ó
la niña llora-á.» (1)

De los barbechos de trigo y cebada se pasa á las tierras donde el aurífero azafrán se cosecha. En medio de la llanura, impertérritos ó trepando en fila amenazadora por la pendiente de un gollizo, los molinos de viento aparecen, rechonchos y achaparrados los cuerpos, rebeldes é inquietos los brazos de loco; la boca, que es la puerta, de par en par; los ojos, que son las ventanas, avizores é insultantes. A ellos se encaminan otras reatas de arrieros y de mozos y mozas, aquéllos andando, éstas á sentadillas en las ancas del burro, el cual, si va mohino, volverá rucio con el espolvoreo de la harina, que emblanquinará los cabellos de las muchachas. También el molino canta, pero no la gañanada grave y honda, sino la seguidilla liviana y loquesca, en versicos fáciles, picardeados de imáge-

(1) Véase la música al final de este libro.

nes lascivas referentes á la tolva, al picado de las piedras y á otras palabras y usos de la maquila, donde hormiguean las metáforas de cazurra intención. Un estribillo panaderil desgarra el aire con lascivo ritmo de zaranda:

Cuatro panaderos
entran en tu casa,
que el uno lo cierne,
que el otro lo amasa,
que el otro lo coge y
lo mete en el horno
que el otro lo saca...
y yo me lo como,
mi bieeen... (1)

La dilatada estepa, que desierta pareció á Miguel, y por desierta muy al caso para una lucha de gigantes y poemáticos campeones, se halla poblada por una vida menudita, picante, maliciosa, que reluce en los ojillos de los enharinados molineros, de los sudientos gañanes, de las andariegas mozas, de los arrieros ladinos y hasta en el meneo garboso y femenil de las ancas de las mulas y en la cómica tiesura de las asnales orejas. Miguel contempla, con jovial atención, los molinos de viento, que gigantes le parecían, y sale de su cavilosidad y suspensión aparentes soltando una extemporánea y sonora carcajada, prima hermana de las que le arrancó en Sevilla su admirado Lope de Rueda, contrahaciendo el rufián cobarde y dejándose pegar por su oíslo unos pasagonzalos en las narices.

Esta risa de Miguel ante los molinos es su primera creación, quizás de todas la más grande: los ojos, rebosantes de alegría, ven ya claro. El que vuelve de Sevilla, por muy mozo que sea, si no es un bausán, se hace cargo, después que Miguel, quien nos lo ha enseñado á todos, de que el mundo entero es un molino de viento al cual muchos toman por gigante, y sólo tardan en ser hombres de veras el tiempo empleado en volver de su error. Miguel mira el ancho desierto de la Mancha, ve la mansedumbre de la tierra, en-

(1) Véase la música al final de este libro.

tra en los pueblos cercados de tapias terrosas, con bardales de tobas y de cambroneras, que al sol se tornan de verdes en cárdenas. Apoyados en las paredes toman el sol los hidalgos macilentos, á cuyos pies lebreles barcinos, no más flacos que sus dueños, se acurrucan bostezando. Apenas hay aldea sin convento ó casa de religión; apenas hay morada grande sin cuatro ó seis ó veinte cuerpos de libros que tratan de cosas nunca vistas, de estupendas y ensoñadas aventuras. En la sacristía ergotizan dos estudiantes hambreados, que piensan oponerse á una capellanía ó á un beneficio de diez maravedís diarios, como dos canes á una taba seca y sin tuétano. En la plaza, los muchachos pasan mañana y tarde apuntando al cielo con la vara de derribar vencejos ó cernícalos. En los escalones del rollo, el tonto del pueblo deja sosegadamente que las moscas le paseen á todo su beneplácito la cara mocosa y babosa, mientras alguien pasa propicio á darle un cantero de pan á cambio de cualquier simpleza cruel y divertida. El barbero tiene cátedra abierta todo el día, á ratos desollando á sus convecinos ó arrancándoles las muelas, ó abriéndoles una fuente por donde mane la podrición heredada ó adquirida; á ratos punteando la vihuela, otras veces comentando la bajada del turco, inagotable y principal cavilación de todos los habladores. A la tertulia barberil no falta un soldado viejo, á quien mancaron en Cerinola, según él, en la taberna de Alcocer, según otros, ni un soldado nuevo que asomó las narices á Cartagena, vió las galeras cargadas de gente de armas, y estimando que no era de importancia su ayuda allí, donde acudía tan buena tropa, dió la vuelta al pueblo, coronado de bizarras plumas, vendiendo vidas y espurriando reniegos.

Miguel ve todo esto, nota, recoge, guarda, sin pensar que pueda aquel gusto y curiosidad suya servirle de algo, pasado el tiempo. El camino amaestra, el camino adoctrina y agudece. ¡Bien haya el camino!

Llega la familia á Madrid. Doña Elvira de Cortinas, madre de Doña Leonor y abuela de Miguel, se hallaba en grave trance de muerte. Doña Elvira murió. Nada sabemos de esta señora, sino que dejó herencia que recoger. Pero entonces se llamaba herencia á

cualquier cosa. Como el testamento se hacía más por el alma que por los bienes, heredaba todo el mundo y todo el mundo andaba pobre después de heredado. Así ocurrió á los Cervantes, quienes, llegados á Madrid necesitan vender uno de los pocos y magros bienes que tenían: una viñica de quinientas tristes cepas en el término de Arganda, por la cual les dió el vecino Andrés Rendero siete mil quinientos maravedises, que hoy decimos doscientos veinte reales y unos *mais*. Con estos dineros se estableció en Madrid la familia.

28 a 30 duros

En dos ó tres años, Madrid había cambiado mucho. Madrileños y residentes en la corte iban habituándose á la idea de que la estancia regia había de ser definitiva. El concejo, con el aumento de población y el poco ó ningún cuidado que se tomaba en mejorar la villa, andaba bien de dineros á temporadas y podía permitirse lujo y ostentación en fiestas y funciones ya que no en cosas de provecho. Pero lo que más variaba el carácter y aspecto de la villa era el ambiente moral que en ella venía formándose, la murmuración y el chichisbeo constante que salían del Palacio real ó de las salas del Consejo de Castilla ó de los confesonarios y locutorios é iban desparramándose por mentideros y juntas de gente ociosa, abultándose en los patios de los mesones, encogiéndose para entrar en las casas particulares. Las desazones que á Felipe II le daba su hijo, el príncipe D. Carlos, transcendían pronto á la calle. Como el príncipe era endeble y estaba lleno de cicatrices en la frente y en los ojos, causadas por las operaciones que fué menester hacerle en Alcalá cuando rodó la escalera de Tenorio persiguiendo á la joven doña Mariana de Garcetas, á quien metieron después monja en el convento de San Juan de la Penitencia, la gente, que no amaba al príncipe, decía de él:—Está señalado; no puede ser bueno.—Un día, el gracioso representante Alonso Cisneros, se ufanó ante nutrido concurso de haber sido él causa para que el príncipe amenazase con un puñal al presidente del Consejo don Diego de Espinosa. Otro día se dijo, que D. Carlos y su tío natural, D. Juan de Austria, habían metido mano á las espadas en un aposento del palacio, y fué menester que los cortesanos les desarmasen. Susurrábanse también desazones y malestares de la hermosa y garrida reina doña Isabel de Francia, motivados por la ardiente y enamoradiza condición de su marido, tan callada por los historiadores como sabida por el pueblo, quien veía renacer en Felipe II la leyenda de misterio amoroso con que los romancistas habían poetizado ya la historia de D. Pedro de Castilla.

De todas estas y de otras muchas cosas sabía Miguel, no sólo por sí mismo, sino por los conocimientos y amistades de su familia. Frecuentaba su casa un Alonso Getino de Guzmán, alguacil de la villa, hombre de treinta y tantos años, de buenas partes y de sutil ingenio. En tal opinión era tenido por los señores del ayuntamiento, quienes le encargaban, confiados, todo el barullo y máquina de arcos, colgaduras, iluminaciones y demás muestras de público regocijo que entonces se daban por cualquier ocasión ó pretexto.

Getino de Guzmán era un buen amigo de la familia y, sin duda, estimó grandemente el ingenio de Miguel, sus salados prontos y la soltura con que versificaba. No era entonces el levantar un arco ó poner una colgadura, mera faena de carpintero y tapicero, sino que para ello se necesitaban singulares dotes retóricas, gran conocimiento de la mitología pagana y todo lo demás concerniente á la elaboración de simbólicas cartelas y de alegóricos figurones, en cuya consideración pasaban los cortesanos horas y horas y los poetas y críticos tenían pie para burlas y sátiras. Probable es que Miguel compusiera algunos de los versos que adornaron los arcos alzados en 1567 por el feliz alumbramiento de la Reina; casi seguro que acompañó á Getino de Guzmán, su buen amigo, en todo el atareo de holgorios y diversiones oficiales con que andaba siempre afaenado.

Miguel iba de día en día creciendo en ingenio y fertilidad de pensamiento y palabra. Asistía al estudio de la villa, donde recibió primeramente las lecciones del licenciado Francisco del Bayo, quien por 25.000 maravedís de sueldo y dos reales mensuales que pagaban los alumnos pudientes, leía gramática. Hacían la contra al estudio de la villa los teatinos, quienes intentaron llevarse los 25.000 maravedís y enseñar gratis; pero la villa acordó sacar á oposición la plaza, y en ella fué proveído, tras cuatro días de lec-

ciones y argumentos el maestro Juan López de Hoyos, protegido del omnipotente D. Diego de Espinosa y varón de gran prudencia y de singular doctrina.

Las relaciones cortesanas, por López de Hoyos escritas, no nos permiten imaginarnos su figura y persona, en realidad, como algo distinto de lo que entonces solían ser los maestros y preceptores de gramática, y, sin embargo, veneramos y reverenciamos á este maestro con harta razón, pues sabemos que fué la suya una vida clara y provechosa, y nos conmueve y nos lleva á alabar su memoria el hecho de haber sido él quizá, después del avisado alguacil Getino de Guzmán, el primero en calar y conocer lo que de Miguel podía esperarse; y, en medio de la ingratitud y del despego con que tantos hombres, al parecer ilustres, abrumaron á Cervantes, vibran conmovedoras y dulces en nuestros oídos aquellas palabras del venerable clérigo de San Andrés á Miguel referentes: *mi caro y amado discípulo.* Poco amará á Cervantes, quien no ame al maestro López de Hoyos y no sienta un escalofrío de gratitud y de filial afecto, al recordar esos dos bienhechores y elocuentes adjetivos *¡Mi caro y amado discípulo!* ¿Qué honor más grande que éste podía soñar el honrado maestro, como premio á su vida laboriosa?

Era entonces la clase de Gramática lo que hoy se llama en todos los planes de estudios *composición.* No iban los alumnos tan sólo á escuchar inconscientes la lectura y á repetir la lección con mecánico sonsonete. Componían todos, cuál en prosa, cuál en verso, temas que el maestro señalaba. Ninguno en aquel tiempo lo hizo mejor que Cervantes. Oyéndole hablar, leyendo sus versos primerizos, Juan López de Hoyos sentía la santa complacencia del maestro á quien sus discípulos honran en vida y prometen gloria después de la muerte.

Miguel adquiría poco á poco, en esa edad perturbadora de los veinte años, lo que más necesita el hombre, la conciencia de su propio valer, que desde entonces no le abandonó jamás, ni en medio de las mayores tristuras y adversidades. Así, desde muchacho, crió la serenidad y altura de pensamiento, la clareza y precisión de palabra que habían de salvarle la vida y hacerle admiración de los siglos.

Un día Miguel, saliendo del estudio, vió subir la Cuesta de la Vega un tropel de caballeros, bizarramente engalanados. En medio de ellos, bajo un sombrero con pocas, pero muy ricas plumas, unos ojos acerados, cortaban el aire con su mirar. Miguel, creyó releer en aquella mirada infinitas cosas que había leído en libros y poemas; pero ¡qué diferencia del poema escrito y enterrado ó embalsamado en las páginas del libro, al poema que aquel mirar trazó en los campos de batalla! Presentáronse al azorado espíritu de Miguel, en dos pasos de terreno, las dos sendas que á la gloria conducían. Volvió la cabeza al viejo caserón del Estudio de la villa, miró después con ojos abrasados de curiosidad á los gallardos caballeros que trotaban ya por la calle Mayor. Miguel quedó sumido en una meditación grata y penosa al par. El señor de los acerados ojos salía de Palacio, donde se había despedido é iba camino de Flandes. Era el duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo.

CAPÍTULO VIII

LOS ITALIANOS EN MADRID: LOCADELO.—MURMURACIONES CORTESANAS.— DON CARLOS.— DOÑA ISABEL DE VALOIS.— PRIMEROS VERSOS DE CERVANTES

Desde que Madrid fué corte, y á medida que iban afluyendo á ella las casas grandes de toda España y las riquezas que en pasados tiempos se desparramaban por la nación ó se escondían, temerosas de las inconsideradas peticiones del César, una nube de italianos cayó sobre la villa. No hacía un siglo que los moros fueron arrojados de España, y la tierra intranquila, faltos de seguridad los caminos y aun las calles, ocupada la grandeza en las guerras constantes ó en la ociosidad, que llegó á ser una ocupación verdadera, malviviendo pobremente el pueblo mísero, toda la balumba de los negocios que en una poderosa y agitada nación se desenvuelven, no encontró una burguesía activa y despierta, capaz de consagrarse á ellos. Comenzaba entonces la industria del dinero á sobreponerse á todas las demás industrias. Expulsados los judíos, y con ellos todas las malas y buenas artes de la finanza, pronto ocuparon sus sitios los sagaces, los astutos, los amorales comerciantes y banqueros venidos de las plutocráticas señorías y de los opulentos ducados de Italia, y en particular, de Génova, de Florencia y de Milán. Italia era un Argos que tenía cien mil ojos abiertos en España; nos chupaba el dinero, nos intervenía los negocios de toda clase, nos perturbaba la política, nos husmeaba los secretos domésticos y suavemente, desfigurados, según su conveniencia particular, los difundía en pérfido susurro

por toda Europa. Los florentinos y genoveses de Sevilla, de Valencia, de Barcelona manejaban á su gusto y desviaban á su placer las canales maestras, los alcorques, las tornas, por donde circulaba el dinero de España y de América.

Entre tanto, los embajadores acreditados en la corte y los secretos ministros y agentes que en ella mantenían los Estados de Italia, entremetíanse y deslizábanse como escurridizas sierpes por todas partes. El astuto y dúctil carácter de los italianos, la facilidad de su idioma y la maña y buena gracia que se dan para todos los oficios de la destreza mundana y social y hasta para todas las artes de manual habilidad, les abrían las puertas, y cuando uno de ellos veía una puerta abierta ante sí, en breve era dueño de la casa ó por lo menos de la parte explotable y aprovechable de ella. Medio jesuítas, medio masones, los italianos de Madrid se entendían muy guapamente unos con otros, y el regatón ó el percancero que vendía baratijas en una batea junto al atrio de San Pedro ó de San Andrés, sabía muy bien ser útil y entenderse pronto con el embajador veneciano cargado de joyas y revestido de recamados ropones. A cambio de esta especie de constante y dilatada inspección policiaca, nos traían los italianos un poco de literatura de que ellos estaban hartizos y unas migajas de su riqueza pictórica y escultórica para aderezar las frías enormes paredes del Escorial. Hombres de una actividad pasmosa y de increíble aguante, se avenían á ser hoy pasteleros y mañana secretarios áulicos de algún príncipe á quien el día anterior raparon las barbas ó prestaron cien florines. Los graves hidalgos madrileños les miraban por cima del hombro. Los grandes de España aparentaban no sospechar su existencia siquiera, y así ellos vivían, crecían, se enriquecían y una mañana tomaban el portante, hecha la pacotilla, y no se les volvía á ver.

De estos italianos conocía muchos la familia de Cervantes, ya fuera por el oficio del cirujano Rodrigo, ya por sus relaciones con los de Sevilla. Concurrían á la casa un Pirro Boqui, romano, un Francisco Musaquí, florentín ó milanés, un Santes Ambrosi, florentín, que siempre miró con ojos codiciosos la hermosura de doña Andrea.

Un día del 1567 ó del siguiente año presentóse, por indicación de alguno de esos amigos, otro italiano, un tal Juan Francisco Locadelo, comerciante rico y generoso, que se hallaba enfermo por la desigualdad del clima de Madrid, ó que tal vez necesitaba curarse alguna herida, pústula ó llaga, de las que entonces se padecían por lo inseguro del vivir y el general desaseo. Más parece que debía de ser esto último y que Locadelo necesitó ayuda de hilas, parches ó vendas, algo que requiriese la blandura y mimo de las manos femeninas. Había probado ya el doliente italiano diversos remedios; se había aplicado los famosos tópicos del Pinterete, un moro valenciano que con un ungüento blanco *repercusivo* y otro negro caliente, decía curar todas las llagas y postemas del mundo; pero lo que más falta le hacía al buen Locadelo era lo que médicos y medicinas no procuran, asistencia cariñosa, cuidado y vigilancia. De nada le servía su riqueza en este hosco Madrid, donde, como extranjero, no había quien le consolase y aliviara su espíritu, pues para ello no le bastaban sus relaciones mercantiles. Doña Andrea de Cervantes fué, para Locadelo, hermana de la Caridad, enfermera, amiga y consoladora en sus pesadumbres. Con nobleza italianesca lo declara Locadelo bajo su firma. «Estando yo ausente de mi natural en esta tierra me ha regalado y curado algunas enfermedades que he tenido assi ella como su padre e hecho por mi y en mi utilidad otras muchas cosas de que yo tengo obligacion a lo remunerar y gratificar... por las causas susodichas e por otras muchas buenas obras que de ella he recibido e porque tenga mejor con que se poder casar e honrar e para ayuda al dicho su casamiento, sin que en ello otra alguna persona, ni sus padres ni hermanos ni alguno dellos tenga ni haya cosa alguna contra la voluntad de la dicha doña Andrea, la qual los tenga e posea, goze y emplee como ella quisiere e por bien tuviere e los gaste e distribuya a su voluntad...»

Este regalo del agradecido italiano es más que un regalo de boda: treinta y seis piernas de tafetanes amarillos y colorados, una saya de raso negro bordada, cuatro basquiñas de rasos y terciopelos, una ropa de tafetán y terciopelo, tres jubones, seis cofias de oro y plata, dos mantos de burato de seda, dos escritorios, diez lienzos de Flandes, ocho colchones de Ruan, sábanas, alfombras,

escribanías, bufetes, sillas, almohadas, platos, fuentes, jarros, mantelería, colchas, frazadas ó mantas, braseros, candeleros, espejos, botones, rosario, una caja de peines, una vihuela y trescientos escudos de oro en oro; en suma total, el ajuar de una casa de entonces alhajada con lujo, excepto la cama. Bien se ve que Locadelo, contento y curado, regresó á su patria y quiso dejar á doña Andrea todo cuanto en casa de él había, añadiendo al regalo aquello que más puede estimar una mujer, vestidos de coste y de moda nuevos y tela para cortar otros muchos, un devoto rosario y una guitarra quitapenas.

Doña Andrea, presente al acto de la donación, dice y confiesa «que recibo de mano del dicho señor Juan Francisco Locadelo los dichos treszientos escudos de oro en oro y todos los bienes y joyas de suso declarados y que acebto la merced y donacion que de todo ello me haze e le beso las manos».

¿Queréis ver en ese espléndido presente algo más que el justo pago de los desvelos de una enfermera? ¿Sospecháis en las tiernas expresiones de Locadelo un sentimiento que no sea simple gratitud? No seré yo quien os induzca á hacer un malicioso comento ni á formular un juicio aventurado. Cierto, que no se ve todos los días regalo de tamaña entidad; cierto que doña Andrea era de muy buen parecer, como lo prueba el hecho de que tres veces se casó, no siendo nunca rica, pero sin suspicacia ninguna; me parece que será bastante á explicar tal largueza de Locadelo algo que debía de haber en doña Andrea, como reflejo de lo que sin duda había en su hermano Miguel, por lo cual fué de éste la hermana más querida; un incentivo misterioso, una inefable atracción que encadenaba las voluntades y les granjeaba el amor dondequiera. Necio es adoptar el criterio corriente, según el cual hombres vulgares son los que tomamos por genios y como tales hombres comunes proceden y hay que estimarlos en su particular existencia. Desconocimiento de la realidad acusa el no creer en la oculta y arcana influencia del hombre genial, desde niño comunicada á cuantos le rodean. Cortejos donantes tuvo doña Andrea en Sevilla y no lo hemos de achacar sino á su gracia y donosura.

Donante cortejo fué también Locadelo el italiano; pero no hay

precisión de que en nada toquemos á la honestidad para suponer que la dulce compasión dispensada al enfermo y en hechos conmovedores manifestada pudo interpretarla el paciente, acaso en horas de fiebre y desvarío como un sentimiento más hondo, que, siendo imposible llevarlo á términos de boda, mereciera ser recompensado ó indemnizado con mano liberal. Si pudiéramos preguntar á las hermanas de la Caridad y ellas hablasen, ¡cuántos secretos amorosos como el de Locadelo no veríamos revolar en derredor de las tocas! Pero no es verdadero amor el nacido entre los sudores de la fiebre y con la flaqueza del mal; por eso no fué amor verdadero el del italiano á doña Andrea. Repuesto de su dolencia, volvió á su país, con un poco de melancolía en el alma, pero con la conciencia tranquila de haber cumplido su deber. De fijo muchas veces en Italia recordó á aquella tierna y agradable criatura que le sacó de las agonías de la soledad, y evocó su avispado semblante, sus prontos dichos, su ingenio y su amorosa condición. Al marchar, pagó también su cuenta Locadelo á Rodrigo de Cervantes, de seguro la más cuantiosa que el humilde cirujano cobró en su vida; ochocientos ducados, que Rodrigo tuvo el desacierto de prestar á su amigo el licenciado Sánchez de Córdoba, de quien no los recobró jamás, después de haber andado muchos años en pleito con él.

La liberalidad de Locadelo mejoró la existencia de los Cervantes y engendró en Miguel la simpatía entusiástica más tarde, que siempre tuvo á Italia y á los italianos. Posible es, que, en las conversaciones con los que á su casa concurrían, aprendiese de la lengua toscana lo bastante para regalarse el oído con las marciales octavas del Ariosto, á quien de por vida adoró. Ariosto, era el último gran poeta de las Caballerías andantes, como Lucano había sido el primero. Bien se le alcanzaba á Miguel cómo el *Orlando* era la cumbre y desde ella no se podía hacer sino bajar rodando y despeñarse ó bajar paso á paso riendo, manera de bajar que vale más que subir.

El trato con los italianos, por otra parte, adobó y acicaló su ingenio. Veía y notaba en ellos una ligereza y soltura de que en su conversación y trato carecían los españoles. El carácter alegre de

Miguel se avenía mal con la gravedad felipesca de la corte. Por ella habían comenzado á circular negras historias. Desde el mes de Enero, el desmandado y tontiloco príncipe D. Carlos había sido preso en Palacio secretamente. El Rey, á quien muchos de sus fieles vasallos comparaban con el patriarca Abraham, forzado por mandatos del Señor á sacrificar á su hijo, había participado la nueva á todas las Cortes de Europa y á todos sus Reinos propios. En ninguna de las cartas que dictó se echa de ver la amargura paternal, salvo en la que dirigió al duque de Alba, es decir al hombre de temple más afine al suyo. Después de anunciada al mundo la terrible noticia, el Rey quiso que el mundo callase; pero ni Felipe II ha logrado que las lenguas abandonen su oficio.

Sabíase que el príncipe Don Carlos, reincidiendo en su locura, cometía nuevas necedades, que ponían en riesgo su vida y destrozaban su menguadísima salud. Decía el pueblo lo que el Rey y los cortesanos nunca quisieron declarar, que el príncipe estaba loco, á causa de la descalabradura de Alcalá. Nadie ignoraba que la herida de la cabeza fué tan grave, que hizo menester legrarle el cráneo, y aun así quedó materia por dentro, como atestiguaron los doctores Chacón, Colmenares y Gutiérrez, presente el eminentísimo Andrés Vesalio. A nadie extrañó, pues, que el príncipe macilento y extenuado que desde niño padeció cuartanas, muriese en el palacio de Madrid, á 24 de Julio de 1568. Sólo la poca diligencia de los historiadores españoles y, hablando claro, la falta de patriotismo propia de nuestros siglos XVIII y XIX, pudieron consentir que se formase la estúpida leyenda del príncipe Don Carlos, en la cual nadie creía en 1568. Por no declarar que su hijo estaba loco, ha cargado Felipe II con las maldiciones y execraciones que acaso por otros motivos mereciera.

A los dos meses y medio de muerto el príncipe, murió también la joven Reina Doña Isabel de Francia, mujer de Felipe II, á quien éste recibió en sus brazos siendo casi niña y se la devolvió al cielo cuando ella aún no había cumplido veintiún años.

Ambos tristísimos sucesos, no sólo dieron mucho que hablar al vulgo, pero también no poco que hacer á la Musa oficial del buen Maestro Juan López de Hoyos, á quien su protector el ya

Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal D. Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, Presidente del Consejo Real, Inquisidor apostólico general, etc., etc., encargó una *Relación de la muerte y honras fúnebres del S. S. Príncipe D. Carlos, hijo de la Majestad del Católico Rey Don Felipe II, Nuestro Señor,* en la que el Maestro pasó trabajando todo aquel verano, y que se acabó de imprimir en casa de Pierre Cosin, tipógrafo francés, que habitaba á espaldas del convento de la Victoria, donde hoy es la calle de Espoz y Mina, á 5 de Noviembre de aquel año. Aprobó la obra Fray Diego de Chaves, dominico confesor del príncipe Don Carlos, á 9 de Octubre. Declara el Maestro López de Hoyos que él compuso los epitafios, hieroglíficos y versos «en el poco tiempo que de mis ordinarias lecciones y estudio me queda, con harta brevedad de tiempo (lo cual deseo advierta mucho el pío lector)», y manifiesta que «ultra de lo sobre dicho en nuestro estudio, los estudiantes hicieron muchas Oraciones fúnebres, Elegías, Estancias, sonetos muy buenos con que dieron muestra de sus habilidades». No se imprimieron los versos de los alumnos y por ello no conocemos las primeras obras de Cervantes que en público fueron leídas, pero, indudablemente, dieron tanto gusto á quien las conoció y, en particular al Maestro López de Hoyos, que al llegar, muy en breve, la triste ocasión de la muerte de la Reina, el maestro y aun todo el estudio (que entonces no se hacía nada en clase sin contar con los discípulos), acordaron fuese Miguel quien escribiera los versos castellanos lamentando la regia desgracia.

Figuran estos versos en la *Historia y Relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España Doña Isabel de Valois nuestra señora. Con los Sermones, Letras y Epitafios á su túmulo, etcétera, etc.,* impresa en la muy noble y coronada villa de Madrid en casa de Pierre Cosin, año 1569. «Ha hecho discretamente el Maestro López—dice Fray Diego de Chaves en la aprobación del libro—en poner aquí algunos Sermones de los que á este propósito se han predicado, porque son de muy buena doctrina y *aunque están en vulgar,* ninguna ocasión tomará dellos el pueblo para hacerse bachiller, como de algunas cosas semejantes él se la suele tomar...»

Tanto han repetido unos cuantos majaderos, faltos de finura crítica y de todo olfato artístico, la ridícula opinión de que Cervantes no era poeta en verso, que desde este primer instante en que sus poesías salen al mundo es menester fijarse en ellas, estudiarlas, analizarlas, considerar los pocos años del autor, tener en cuenta su índole de obras de encargo y de tema impuesto... y luego compararlas con todo cuanto se escribía en su época, por ejemplo, con la elegía que por aquel mismo tiempo compuso el Maestro Fray Luis de León á la muerte del Príncipe Don Carlos:

Quien viere el sumptuoso
túmulo al alto cielo levantado.....

y su famoso epitafio:

Aquí yacen de Carlos los despojos.....

que por andar tan citado y repetido en todos los librucos de Retórica, es familiar y suena bien á las orejas habituadas á él. Los versos de Cervantes en sus veinte años no son mejores ni peores que los del Maestro León, entonces y ahora príncipe de la poesía lírica, cuarentón y en todo el vigor del estro, y estoy por decir que el propio Homero no los hubiese escrito más hermosos con motivo semejante, si se le hubiera exigido que elaborase un soneto, una *redondilla* ó sean dos quintillas del sistema antiguo, cuatro quintillas dobles y una elegía en tercetos, dirigida, en nombre de todo el estudio, al cardenal D. Diego de Espinosa, la cual por cierto, comienza con estos tres versos de gran poeta

¿A quién irá mi doloroso canto,
o en cúya oreja sonará su acento
que no deshaga el corazón en llanto?....

El triunfo de Miguel fué, á no dudar, grandísimo, cuanto podía serlo en ocasión tan famosa. Se hombreaba aquel poeta principiante con su propio Maestro, con el gravísimo doctor Francisco Núñez Coriano y con otros escritores de nota y autoridad. Justificado era ya el orgullo del Maestro López de Hoyos. Su caro y

amado discípulo daba seguro y firme el primer paso, tratando «cosas harto curiosas con delicados conceptos» y «usando de colores retóricos». Reparad en este singular elogio. Entonces, no había elegía ni canción buena si el autor no ponía en ella *conceptos* y *colores retóricos*. Recorred las obras mejores, las más celebradas y populares de Fray Luis de León, apartad las estrofas en que sentís arder la misteriosa llama y hallaréis en lo demás *conceptos* y más *conceptos*.

Así, pues, no erró ni exageró en sus alabanzas el maestro López de Hoyos: Miguel de Cervantes era ya un gran poeta que á los veinte años saltaba á la más alta cima del Parnaso. Y bueno será que ahora, pasados tres siglos y medio, hagamos memoria de sucesos más recientes y, pues Miguel se reveló como gran poeta con motivo de un funeral, no olvidemos á aquel otro poeta grande del siglo XIX, que brincó á la celebridad también á los veinte años y en un entierro. Y no será malo que comparéis la elegía de Zorrilla, del gran Zorrilla, á la muerte de Larra, con la elegía de Cervantes, de nuestro gran Cervantes, á la muerte de la Reina Doña Isabel de Valois. Nació Cervantes, como Zorrilla, gran poeta en verso, pero el discurso de su vida y la superioridad de su genio le forjaron gran poeta en prosa. Parad siempre la atención en esos adolescentes pálidos que leen ó escriben versos al borde de las tumbas de poetas desventurados ó de princesas muertas en la juventud, y no os fijéis mucho en lo que dicen, que acaso no valga nada, sino en cómo lo dicen y en cómo lo sienten. Un verso solo que en esa primera obra febril haya bueno tal vez es la llave que les abre la puerta de la inmortalidad.

CAPÍTULO IX

ENCUENTRO CON EL AMIGO MATEO.—LA CANCIÓN DE LA REINA MUERTA.—MONSEÑOR JULIO AQUAVIVA.—LA PRIMERA SALIDA DEL INGENIOSO HIDALGO

Llegado á la cima del poder civil por ser Presidente del Consejo Real, á la del poder eclesiástico por su investidura de Cardenal de la Santa Iglesia Romana, título de San Esteban de Monte Celio y á la del poder más misterioso y temible de entonces, por ser Inquisidor Apostólico general en los reinos y señoríos de España contra la herética pravedad y apostasía, el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Diego de Espinosa, que por su prudencia y discreción fué además en extremo apreciado del Señor Don Felipe II, á quien gustaba mucho que sus servidores tuvieran algo que callar y estuviesen hechos á callarlo, recordó el tiempo en que moceaba en Sevilla y pensando, pensando, vínole á la memoria cuán conveniente le sería recoger al joven Mateo Vázquez, con quien algunos lazos le ligaban, el diablo sabía cuáles. Trájole, pues, á la corte y quedó satisfecho de su estampa y maneras. Mateo Vázquez, medio paje, medio secretario del Presidente, supo desde el primer momento guardarse toda su agudeza y chancería sevillanas en lo más oculto del pecho y, al verse zambullido en la negra masa de togas, garnachas y lobas pomposas de terciopelo que rodeaba, por lo común, á su protector ó lo que fuere, acertó á fingir un conti-

nente de gravedad y modestia que decía muy bien con sus cortos años. El que andaba holgadamente por Sevilla en aquellos tiempos, desembarazadamente podía entrar en palacios reales. Se revistió, por tanto, Mateo Vázquez de la obscura capa de hipocresía, sin la cual era imposible dar paso acertado; compuso el burlón semblante, atildó la vestidura, se cuidó las manos, puliéndolas y afilándolas, como las vemos en los retratos de Teotocópulos: manos ociosas, pero manos duras que obedecen muy bien á los rostros impasibles en apariencia, mas en los cuales brillan ojos de calentura amorosa ó de fiebre mística, áspera como cuartana de león.

Mateo Vázquez era ya maestro en fingimientos y disimulos cuando un día topó en la calle una cara conocida y unos brazos que se le abrían amistosos; era su amigo Miguel, es decir, la alegría y la franqueza juveniles personificadas. Tendió el cortesano Mateo los brazos con deferencia mesurada. Tras los primeros momentos de azorante reserva que á toda conversación preceden, cuando uno de los interlocutores ha mudado de condición y fortuna, el coloquio se deslizó bullente, rebosando esperanzas. Miguel habló de versos; Mateo sintió, al pronto, vaga tristeza; tiempo hacía que con nadie osaba comunicar su afición á las musas. Habíanle desertado del oído los retumbantes endecasílabos herrerianos, había olvidado tal vez las estrofas de Garcilaso que Miguel le enseñara; gustaba un tanto de ciertas odas y canciones de un fraile agustino, llamado Luis de León, que en manuscritos y copias circulaban por entre las damas y la gente canosa, pero bien sabía que al tal fraile no le miraba con muy buenos ojos la Suprema. En resolución, Mateo tenía ya su camino trazado: había oído respirar al presidente Espinosa algo, mucho acerca del clérigo D. Gonzalo Pérez, el traductor de la *Ulixea*, el cual, entrando en la corte un día con un niño de la mano, sin decir si era hijo ó pariente suyo, logró dejar al chico allí, en la Secretaría real, y el muchacho, Antonio Pérez, que salió despierto y agudo, estaba ya tan consentido y autorizado en palacio, que no se le quitaba la gorra ni al duque de Alba, y aun se contaba que, faltando á todo precepto de etiqueta, le había ocurrido levantarse de la mesa real antes que nadie lo hiciese. Aunque Mateo no era vizcaíno, Mateo tenía un misterio en su existencia y contaba también el presidente Espinosa con esta feliz circunstancia para hacerle mucho lugar en la corte del Sr. D. Felipe II. Podían, pues, vagar las musas.

Miguel, un si es no es melancólico, aprobó tan cuerda resolución. Algo le pesaba ese desengaño que á todos nos causa ver zampuzarse en cualquier covachuela á un amigo á quien, teniendo quince años, prometimos la gloria más alta de la poesía. Miguel sospechó entonces por vez primera que los versos solos no eran camino para llegar á ningún sitio provechoso, y comunicó este recelo á su amigo. En tal sospecha iba medio velada la gran vacilación de su vida. Dos eran los caminos, las letras y las armas. Los veinte años habían llegado. Fuerza era decidirse por uno ó por otro, mayormente quien no contaba con bienes de fortuna.

Paseando y hablando, los dos amigos habían llegado á las orillas del Manzanares, entonces orladas de carrascas, acebuches y sauces. Era una tarde amarilla de Otoño. Las hojas de los árboles jaspeaban el primer término donde se detenía á reposar la vista; las había de color de manzana, de color de naranja, de color de calavera vieja, de color de yesca, de color de canela, de color de concha. Las pendientes crines de los sauces parecían pintadas por el Ticiano con su famoso tinte rubio de Venecia; otras semejaban el cabello y la barba del rey D. Felipe.

Cervantes habló á Mateo de la reina que acababa de morir; él no la había visto nunca. Mateo, sí. Era una reina de cara ovalada, de tez blanquísima, bajo la cual apenas debía de correr un hilo de rosácea sangre, los labios finos y pálidos, los ojos pardos, casi negros, las cejas sutiles y muy separadas, el pelo castaño obscuro, rizado suavemente á tenacilla, la expresión de rostro y cuerpo tímida y asustada. Era una reina que amaba las perlas y las rosas y temía á la muerte: que no osaba reir ni llorar: que no se resolvía á manifestar preferencias por esto ó por lo otro. Por caso raro—secreteó Mateo al oído de Miguel—no se sabía que hubiese en la corte ningún señor joven ni viejo enamorado de ella, cosa que, declarada ó embozadamente, ocurre con todas las reinas en todos los palacios.

En aquel pie de confianza, Miguel mentó á su amigo los versos

que él estaba fraguando en nombre de todo el estudio y señaladamente la canción en tercetos dedicada al cardenal Espinosa. Le recitó algunos de ellos, que á Mateo le supieron á mieles:

Alma bella, del cielo merecida,
mira cuál queda el miserable suelo
sin la luz de tu vista esclarecida.....
. . . .
El vano confiar y la hermosura.....
Aquel firme esperar, santo y constante.....

Mateo Vázquez se hacía todo oídos. Aquellos conceptos tenían la graciosa gravedad, el señoril y humano estilo de Sevilla. Derretido de gusto, Mateo ofreció servir á su amigo en cuanto él pudiera. Reanudóse la antigua amistad con nuevas mutuas promesas. Miguel volvió á su casa contento, pero no menos caviloso que antes. ¿Cuál sería su camino? ¿Las armas? ¿Las letras?...

Una vez más comunicó esta duda con alguno de los italianos que frecuentaban la casa. Para el italiano, la cosa no ofrecía duda. Fuese en armas ó en letras, poco ó nada podía lograr en este suelo duro, ingrato. En cambio, para los mozos como él, Italia, la turbulenta Italia, cuya sangre no envejece, abría con amor sus brazos de hembra placentera, nunca harta de juventudes. Flandes ofrecía la gloria militar solamente. Italia acogía con el mismo amor y favorecía con igual entusiasmo á las valerosas espadas que á las ágiles plumas. Miguel soñaba ya con Italia.

Pronto se ofreció la ocasión para lograr sus deseos.

A los pocos días llegó á Madrid monseñor Julio, hijo del duque de Atri Juan Jerónimo Aquaviva, con una misión oficial y otra confidencial para el Sr. Don Felipe II. Este Julio Aquaviva, camarero y refrendario del papa Pío V, y «mozo muy virtuoso y de muchas letras», según avisaba nuestro embajador en Roma D. Juan de Zúñiga, era un joven de la rancia nobleza napolitana. Su hermano Claudio entró en la Compañía de Jesús y llegó en ella á general: espíritu audaz é innovador, á él se debe la *Ratio Studiorum*, que es la Metodología de los estudios jesuíticos, y que á ratos la ortodoxia ha traído entre ojos. Julio Aquaviva era uno de aquellos jóvenes aristócratas italianos á quienes no cautivaba el estruendo y desorden de las armas, y que por su riqueza y buen porte parecían nacidos para ornamento de la corte de Roma. Eran éstos los herederos de los Mecenas, de los Mesala y de los Agrippa del Imperio: y así como de los Pontífices á los antiguos Césares la diferencia, en lo exterior, no era grande, tampoco era mucha la de sus respectivos cortesanos. La vida vaticana, fastuosa y magnífica, necesitaba y consumía á diario los talentos, las riquezas y el boato de todos estos grandes señorones de Italia, que tal vez se acogían á Roma huyendo el comprometerse en las guerras y parcialidades italianas y extranjeras. En Roma se disfrutaba de reposo y magnificencia. Los jóvenes apasionados no echaban de menos ningún goce de los paganos tiempos: los estudiosos allí encontraban mejores y más abundantes medios que en parte alguna para satisfacer su gusto. Julio Aquaviva era de estos últimos: uno de tantos platonizantes como se pasearon por las galerías rafaelescas. Le estimaba el Papa, seguro de que sería uno de los más discretos y elegantes cardenales jóvenes que sirviesen á sus designios, y para probarle, sin duda, le confió una misión diplomática delicadísima: dar el pésame á Felipe II por la muerte de su hijo Don Carlos y tratar en reserva con el Rey y con los señores del Consejo Real las diferencias, ya graves y hondas, surgidas entre la jurisdicción eclesiástica y la civil, representada por los ministros del Rey en Milán, Nápoles y Sicilia. El Estado no cedía entonces la más leve prerrogativa suya en obsequio de la Iglesia. Vulgar es ya entre quienes han saludado la Historia, y solamente los gobernantes y oradores de oficio lo ignoran, que el católico Felipe II era un hijo sumiso de la Iglesia, pero un hijo mayor de edad y emancipado.

Cayó mal en Madrid, oficialmente hablando, monseñor Julio Aquaviva. Al llegar á la corte, se encontró con la novedad de que la Reina había muerto. Nadie, y quizás menos que nadie Felipe II, se acordaba ya del príncipe D. Carlos, á quien no hubo quien quisiese de veras. En cambio, era general el luto por la gentil joven tímida, que sin ruidos ni sobresaltos había ocupado el trono y que, anémica y pobre de espíritu, acababa de abandonar el mun-

do. La situación de ánimo del Monarca no era tampoco la más á propósito para resolver con sosiego y paz, conflictos de jurisdicción. Aquaviva, comprendió pronto que su viaje y embajada iban á resultar inútiles, y deseando, como buen italiano, aprovechar el tiempo en cosas de gusto, ya que en las de utilidad no podía, dió en tratar con los más ingeniosos caballeros de la corte, buscó la compañía de los poetas y los regaló y convidó cuanto pudo, teniendo con ellos largas y sabrosas sobremesas, que le servían para perfeccionarse en el conocimiento y uso de la lengua castellana, ya por él conocida, como de todos los diplomáticos de entonces, pero que aún no llegaba á dominar.

En estos coloquios, ó en los descansos de sus oficiales entrevistas con el presidente del Consejo Real, D. Diego de Espinosa, hubo de sacarse á conversación la corona poética tejida por los ingenios de la corte en honor de la Reina malograda. Casi seguro es que el cardenal obispo de Sigüenza, prevenido é incitado por su Mateo Vázquez, hablara á monseñor Julio del joven que había escrito la canción y las redondillas ofrecidas por el Estudio de Madrid. Espontáneamente ó cediendo á los deseos de Espinosa, prometió Aquaviva llevar consigo á Italia á tan sazonado ingenio. Criados poetas italianos tenía ya algunos en su servidumbre monseñor; no parecía mal añadirles la compañía de un camarero español que versificaba tan lindamente.

Desacertado sería conceder á esta decisión de Aquaviva, más importancia de la que en realidad tiene, ni guardarle gratitud por la exigua protección que prestó á Miguel, tomándole como criado por recomendaciones y deshaciéndose de él tan pronto como llegara á Roma ó poco después. El servicio que prestó Aquaviva á Cervantes, ha de justipreciarse como el que hoy nos hace quien nos proporciona billete barato para ir de un lugar á otro, y nada más.

El viaje de Aquaviva á España, resultaba para él un fracaso, por lo cual no tardó en hacer sus preparativos y como el frío comenzaba á arreciar en Madrid y en esta corte había poquísimo ó nada que ver para un habitante del Vaticano, monseñor Julio antecogió sus maletas y servidumbre y salió, un tanto corrido, hacia el reino de Valencia, antes que terminara el año 1568.

En pos de él, con su espada al cinto, medianamente aderezado de ropa y con su *Amadís* y su *Diana* en las faltriqueras; amén de unos cuantos papeles con borrones y versos, salió Miguel, espaciado y contento el ánimo, de risueña esperanza henchido el corazón. Aquella era su primera salida á ser hombre, á buscar ventura, á probar el mundo. Poco le hacía el ir como criado, que no era entonces deshonroso el servicio, por cuanto se tenía muy otro concepto de la dignidad que hoy. Infiérese, no obstante, que él nada hizo por halagar á su amo, y que monseñor Julio, que no debía de ir de muy buen talante, no le otorgó tampoco gran atención.

No se pone aquí la despedida que á Miguel hizo su familia, porque de ello nada se sabe. El irse un mozo á extraña tierra, era entonces corriente y usual. Viajábase mucho más que en estos apoltronados tiempos y de los viajeros nada se sabía en meses, ó en años y sus familiares no se apenaban por ello. Eran las almas, sin duda, más grandes que ahora y abrían un crédito mucho más liberal á lo imprevisto.

Pocos viajes tan hermosos y tan educadores como este primer viaje de Miguel. Fué la primera gran ciudad á donde llegó la bella Valencia, y allí quedó admirado, según dice en el *Persiles*, por «la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de su contorno y finalmente por todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades no sólo de España, sino de toda Europa, y principalmente por la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable». Fué Valencia la ciudad de que Miguel conservó siempre un recuerdo exento de amargura: el lugar donde primero vió ante sus ojos la inmensa esperanza verde del Mediterráneo; la ventana por donde se asomó á las mayores hermosuras del mundo; la canastilla de flores vivas en que una y otra y otra y todas las mujeres le parecían bellas y apetecibles y, en fin, el grato asilo en cuya suavidad y dulzura, gozó los primeros y más sabrosos días de libertad, tras el triste cautiverio.

Quien haya recorrido la costa del Mediterráneo desde Valencia

á Niza podrá formarse noción clara de cómo iba cargándose de alegría y de sano contento del vivir el alma de Miguel, de cómo le brincaba y le retozaba el corazón descuidado. Villarreal, Castellón, Tarragona, fueron descansos para llegar á la cabeza del principado catalán. Acercábanse á Barcelona la activa, la poderosa, y contempló Miguel «el mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, la multitud de galeras que estaban en la playa, el tráfago incesante del puerto, los cañonazos del Monjuich» y le admiró el hermoso sitio de la ciudad y la estimó «por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, terror y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de caballería, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo».

Dejada Barcelona, pisó Cervantes la gaya tierra provenzal, suelo y cielo de poesía, tan semejante á la tierra andaluza por sus naranjos y olivos que Miguel se encontró allí como en su casa; pero no era ni fué nunca el paisaje lo que se apoderaba desde luego del espíritu de Miguel, sino la humanidad viviente y corriente, andante y agente la que le cautivaba. En un mesón de Perpiñán aprendió Cervantes cómo se pierde la libertad por un golpe de dados, y en otro mesón á pocas leguas de allí, en el Lenguadoc, supo el capricho del duque de Nemours, que tenía por toda Francia mensajeros buscándole mujer bella y solamente bella con quien casar. Confirmó que en Francia ni varón ni mujer dejaba de aprender la lengua castellana, y sintió patriótico orgullo. Una fría mañana de Enero le pasmó la blanca é imponente grandeza de los Alpes, cuyas cumbres al sol ostentaban su vieja blancura eternamente nueva.

Pensad ahora en esta preparación espiritual, tan propia de un grande hombre y reconoced que el hado no existe, sino que la vida es quien cría y educa á los seres superiores. Cervantes á los veintiún años ha conocido lo que llenaría una de nuestras prosaicas existencias: y luego su vista se ha tendido por la llanura mediterránea y después han ascendido hasta las nieves alpinas sus ojos

inquietos. Ya están preparados para verlo todo: ya miran desde una cumbre del Piamonte, la tierra de promisión. Italia sonríe á Miguel, con la amplia, bella, humana sonrisa con que siempre recibió á todos los grandes creadores de ávidos ojos y corazón audaz: y Miguel mira á Italia, que á sus pies se tiende, con una mirada que ni es la ardiente mirada de Aníbal, ni la mirada fría de Bonaparte, sino la suya, que entonces aprende á ver las cosas desde lo alto.

CAPÍTULO X

LA VIDA LIBRE DE ITALIA.—MILÁN.—ROMA

Si uno de los psicólogos modernos, á quienes tanto hace cavilar el culto del yo y la autodisciplina, hubiese podido excogitar un plan para la eficaz ordenación de sus impresiones juveniles, muy probable es que su método no difiriese mucho del marcado por el itinerario de Cervantes en Italia.

Cuando Cervantes llega á Italia, es ya en ese bendito país cosa vieja, arraigada y que ha criado corteza lo que en las demás naciones se halla á la sazón alboreando. Italia es, para las cosas del espíritu, la perfecta ama de casa, vigilante y madruguera, que despierta á la familia de Europa cuando ya ella tiene hecho lo más valioso de la labor. Los demás países la siguen ó la imitan hasta que en ellos aparece una potencia creadora con raíz en el sentimiento popular, y constituye una originalidad literaria ó artística apreciable. Pero Italia amanece antes que nadie, Italia guía, Italia aguijonea.

Cuando Cervantes llega á Italia, por lo mismo que todavía no tiene un temperamento artístico claro, puede darse cuenta con exactitud y provecho de las impresiones que la tierra, los hombres y las ciudades le producen. No lleva ánimo resuelto de que las cosas le parezcan de este ó del otro modo, ni lecturas prolijas y enfadosos comentarios de pedantes han raspado los cristales de sus ojos ni los han embadurnado con ningún color previsto. Miguel es un mozo algo leído, pero no un erudito: es un curioso, pero sépase y dígase claro que lo interesante para él es lo que

vive, lo que palpita, lo que en vivo puede ser estimado, sin anhelo de copiarlo, sin intención de meterlo en la alquitara literaria y sacar espíritu, destilar esencia ó licor. Más que las catedrales y los monumentos le seducen de Italia, como á su queridísimo y casi inseparable licenciado Vidriera, «las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías, el *aconcha patrón*, *pasa acá manigoldo, venga la macarela*, *li polastri e li macarroni*, la vida libre, *la libertad de Italia*». Ved aquí una hermosa, una franca y noble confesión, *¡la vida libre de Italia!* Ved aquí la frase encomiástica de más fuerza que sobre Italia se ha escrito. Aquí no llegaron ni llegan los escritores modernos, y aquí es donde hemos de reconocer la más grande y bella expansión del alma de Cervantes. *La vida libre de Italia*, es decir, el contento, la suavidad del cielo y del ambiente, la dulzura del idioma, la lenidad y blandeza de las costumbres, la humanidad y cortesía del trato, la desaprensión y jovialidad de las maneras, como de país sin dueño que la tiranice, ó con dueños temporales á quienes despide, á lo mejor, entre carcajadas, infamándoles con los más graciosos y crueles dicterios.

Considerad ahora á este joven de veintiún años, á quien sólo durante dos de su vida ha oreado el corazón la inmortal alegría sevillana, y que ha pasado los demás viviendo en menguada estrechez en la corte de Felipe II, que es cuanto decirse puede para encarecer lo tétrico y negruzco de una existencia; ya viendo como sus compañeros de muchachez, cual Mateo Vázquez, iban tornándose esquivos, reservones y tiesos, encapotando su mocedad con la negra librea de palacio; ya padeciendo bajo la férula odiosa de los *conceptos* y de la retórica empalagante que comenzaba á invadir todo brillo de ingenio y todo fulgor y chispeo de espontaneidad, y ved las ansias de Miguel al irrumpir en Italia, aplaciéndose y regalándose con su amplio vivir y con su perenne felicidad.

Allí la vida es libre, y no hay más exacta ni más elocuente ponderación. Háblase como se quiere, sin temor á que de reojo y á pico de oreja haya un alma pía que se fije en las palabras y las denuncie en cualquier cámara negra. Las mujeres italianas halagan

y miman la oreja con su hablar, propio de dioses niños. De ellas aprendió Miguel lo más dulce de su vocabulario, y si os fijáis, notaréis que en él hay algunos términos guerreros y marítimos de usanza italianesca; pero más rebosan y os acarician los italianismos en todos los pasos de amor y de ternura. Ya antes que Miguel, había recurrido el maestro Fray Luis, para templar la bronquedad de nuestro idioma, á los místicos y almibarados requiebros de Petrarca; pero Miguel hizo más y mejor, puesto que la dulzura del idioma petrarquesco le fué puesto en los labios por otros labios femeninos, y vió manar las palabras tiernas tembloreando en las bocas sensuales y rojas de las mujeres, en aquella edad en que la mirada merodea errante derritiéndose de gusto, desde los ojos ojerosos que ríen, á la lengüecilla provocadora que entre los rojos labios se mueve.

Calló Miguel, como discreto, por desgracia nuestra, sus amoríos de los veintiún años; pero en el apresuramiento y zozobrosa pasión con que pinta otros amores mozos en sus novelas, bien se da á conocer que no desaprovechó las ocasiones, harto frecuentes, de aprender esa ciencia y de balbucir, deletrear, hablar por fin ese deleitoso idioma en la libre escuela de Italia.

Triunfales y fogosos ímpetus debieron de empujarle por la campiña milanesa, donde las abejas zumban, vagando desde los morales verdes á las cepas y parras, el campo muestra su túnica florecida y joyante, y porque la fertilidad y abundancia del suelo no parezca vulgar y monótona, á mano derecha la claridad vespertina alumbra la gigantesca crestería blanca de los Alpes, como una hilera de enormes nubes quietas, según el símil de Taine. El país es risueño y rico. Bordean los caminos ociosas y repuestas hosterías, donde Miguel conoció y cató la más incitante diversidad de vinos, «la suavidad del treviano, el valor del monte frascón, la ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candia y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora garnacha, la rusticidad de la chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped (dice *El Licenciado Vidriera)* la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí sin usar de tropelía, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, á Madrigal, Coca, Alaejos y á la imperial, más que real ciudad, recámara del Dios de la risa; ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Rivadavia y de Descarga María». Este párrafo entusiasta es uno de los pocos en que el genio español muestra con franqueza la visión rabelesiana de la vida, rasgando los velos negros de misticismo y ascetismo en que se envolvía y arrebozaba por lo común. Aquellas—pensaba Miguel—sí que eran las verdaderas humanidades, gustosas de aprender, amables de recordar; y con su intuición de gran conocedor del vivir, presentía acaso el regodeo con que en la vejez remembraría los dulces tragos de Italia.

Entró con esto en Milán, la grande y riquísima «oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad, en fin, de quien se dice que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo y su maravillosa abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias». Satisfizo y colmó los gustos de Miguel aquella patria del placer y de la buena hombría, donde se estima el trabajo y las graves cavilaciones (Beyle lo dice) como una penitencia que es necesario aliviar, en lo posible, y lo esencial es reir, divertirse, ir de merienda y de excursión campestre y estar siempre, joven ó viejo, enamorado, no á la manera lánguida y suspirona de los españoles, sino á la divertida y solazante usanza de los paganos.

Tres siglos después de pasar por allí Cervantes, varios hombres casados le decían al gran Taine:—«Tengo la desventura de estar casado. Es cierto que me casé por amor, que mi mujer es linda y buena, pero, ¡ay de mí!, ya no tengo libertad, ya no soy libre.»—Ved, pues, cuán hondo había calado nuestro mozo, humilde camarero de un personaje pontificio, al adquirir el concepto famoso que, ya viejo, había de esculpir en esa famosa frase: *la vida libre de Italia.* Por eso no da lo mismo que abriese los ojos á la vida italiana en Milán, ó en otra parte: no, fué en la noble y jocunda Milán, donde las mujeres son bellas y andan alegres por las calles, oyendo los requiebros con un airecillo habitual y donde el idioma tiene cierta vibrante sonoridad elástica propia para la ter-

neza y el chicoleo rápido, pero también para la sabrosa réplica. Cervantes las veía cruzar, activas y ufanas, las calles sombreadas de palacios marmóreos, divisaba sus cabezas descarnadas y finas, avizorando por entre las tocas negras, sujetas al pelo con un rosario de agujas de plata, que diadema parecía, y coreando su argentina voz, escuchaba el marcial repique de los machos en la fragua, de donde salían brillantes como preseas de novia, repujadas y nieladas, incrustadas de oro y adobadas con plumas y sujetas por crujientes correones aquellas armaduras que en todo el mundo eran preferidas; los cascos cerrados, las borgoñotas, los bacinetes, las corazas, las grebas, los quijotes y también las valientes y aceradas hojas que en vano intentaban competir con las de *me fecit Joannes*, con las del inmortal Julián del Rey, con las de Alonso de Sahagún, el padre, el hijo y el nieto, con las de Domingo el tixerero y toda la caterva ilustre de los espaderos que en las aguas del aurífero Tajo templaban, al ruido de la tradicional canción, las rojas ánimas. Todo Milán le apareció á Miguel como un chisporroteo de forja, y los mismos complicados y mareantes florones, agujas, ménsulas, doseletes, pináculos, estípites y gárgolas de la Catedral parecían ebullir de un activísimo horno subterráneo, donde se forjasen mármoles en vez de aceros.

La visión amorosa y la visión marcial le embargaban las potencias. Quizás no tuvo tiempo de advertir cómo por las iglesias y palacios de Milán corría aún el espíritu infatigable, calenturiento, de Leonardo, el gran sabio y el gran artista. No parece probable que tuviera ocasión de ver en el refectorio de Santa María delle Grazie la *Cena*, que ya entonces había comenzado á perder el vigor de sus colores. En cambio, ¿no es casi seguro que, al revolver de un esquinazo, tras el cortinaje de una ventana, tropezaran sus ojos con unos ojos inquietantes, con una boca llena de misteriosa ironía, con unas mejillas sensuales que contrastaban con la castidad y lisura de la frente limpia, sombreada por liviano velo? Reflexionad despacio si esas mujeres medio veladas que asoman á lo mejor por entre la frondosidad de la producción cervantina, esas mujeres de perfiles fugitivos, de las que sólo se entrevé el rostro un instante ó la sonrisa medio cándida, medio maliciosa, como la

de la hija del oidor en el *Quijote*, ó de las que se escucha el timbre y halago del cantar y del hablar, como Feliciana de la Voz en el *Persiles*, fueron creadas por un hombre á quien no ha sugestionado siquiera una vez el semidivino encanto de la ensoñada *Gioconda*. Pensad en la contextura italianesca de las mujeres del *Persiles* y de algunas novelas ejemplares y de algunas comedias, contextura que en estas obras teatrales nos ha hecho recordar á Shakespeare, quien de la cantera italiana las sacó asimismo, y decidme si no son estos finos perfiles y estos cernidos ojos y estas manos adorables y estos perturbadores hoyuelos copias de las mujeres de Leonardo, de la Gioconda, de Lucrecia Crivelli ó de sus demás modelos, ó de las hijas y nietas de sus modelos vivos.

Con estas imágenes en la memoria, sigue Cervantes su camino, atraviesa las montañas de mármol de Carrara, detiénese en Lucca, «ciudad pequeña, pero hermosa y libre que debajo de las alas del Imperio y de España se descuella y mira exenta á las ciudades de los príncipes que la desean. Allí, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar á mostrar su condición tenida por arrogante». Ya en los alrededores de esta ciudad salta á la vista de Miguel un primer testimonio de la antigua grandeza romana; el anfiteatro, cuyas graderías de mármol carcomen y derrumban los siglos. Tal vez tiene tiempo de extasiarse ante una Madona de Fra Bartolommeo, ante unos frescos de Ghirlandajo; quizás, más bien se fije en que la risueña campiña va tomando un aspecto grave y adusto. Emanaciones lacustres descomponen la luz y excitan los nervios. La Naturaleza ha hecho que no se pueda ni se deba llegar á Roma sin hallarse poseído de la exaltación febril necesaria para dar á tanta grandiosidad el valor sentimental debido. ¿Cómo decirlo mejor que él mismo lo dice al comenzar el libro IV del *Persiles*? «Ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos brillan en las almas, ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesión esperada». Una jornada antes de llegar, topa con el gallardo viandante

que le enseña el libro *Flor de aforismos peregrinos*, primer álbum d pensamientos que la Historia recuerda.

Acércase á Roma, y viéndola «alegrósele el alma, de cuya alegría redundaba salud en el cuerpo y alborozósele el corazón, viendo tan cerca el fin de su deseo». Entró en Roma por la puerta del Pópulo, si no besando, deseando «besar una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa». Entonces pudo componer Miguel aquel soneto no superior ni inferior á cuanto había escrito antes:

¡O grande, ó poderosa, ó sacrosanta
alma ciudad de Roma! á tí me inclino,
devoto, humilde y nuevo peregrino
á quien admira ver belleza tanta.....

Entonces pensó aquel magnífico elogio de Roma, reina de las ciudades del mundo. «Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así se saca la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo rio que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes que parece que se están mirando unos á otros y por sus calles que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Appia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó y puso en su pensamiento.» Y nosotros también convendrá que notemos aquí cómo entran en el espíritu de Miguel las sensaciones de la cesariana grandeza de Roma, no cual en otros grandes poetas, por lecturas de Tito Livio ó de Tácito, sino por propia vista de ojos; cómo es

la suya desde antes de penetrar en Roma y todavía más al recorrer sus calles y templos, un alma del Renacimiento, hija de la melancólica y dulce alma de Tasso, cuyos laudes comenzaban á recorrer á la sazón todas las bocas.

Llega á Roma Miguel, cuando, rota Florencia, desde que los Médicis sentaron en la silla de San Pedro á su León X, Roma ha adquirido y empuñado el cetro de la inteligencia de Italia. Alboreó el esplendoroso día del Renacimiento en Florencia, pasó con el sol en el cénit á Roma y cuando á ella aportó Cervantes, el dia iba declinando: tenía veinticinco años Torcuato Tasso, el gran poeta crepuscular, en cuyos versos el artificio cortesano inicia la decadencia, las armas ceden al amor y los guerreros vestidos de férreas mallas se quedan dormidos, mientras las ninfas les atan con guirnaldas de rosas y los amorcillos silvestres les hurtan la espada vencedora. Los ayes terribles del dolor se trocaban en dolientes plañidos femeniles y las carcajadas brutales del goce en leves sonrisas.

Llega Miguel á Roma y, con el séquito de Aquaviva, entra en el Vaticano, donde lo ve todo de cerca, lo nota todo y lo justiprecia todo. Recordad que en el Vaticano entró también y en aquel descomunal hervidero de pasiones sazonó y adobó su alma nuestro gran humorista de la Edad Media, aquel satírico Juan Ruiz, arcipreste de Hita que, ¡misterios de la historia!, también había nacido en la culta Alcalá de Henares.

Miguel, desde el tinelo y cámara de Aquaviva, conoce el Vaticano por dentro, y á la fresca risotada con que saludó la gracia fuerte y el sensual alborozo de Milán, sucede una risita de viejo, un fruncimiento de labios plegados finamente, como los de algunos cardenales de Rafael. El corazón de Miguel se enfría un poco entre los mármoles del Vaticano. Miguel reflexiona. A los pocos meses, ya está enterado y al tanto de todo. Un día, se cansa de tinelo y de servidumbre eclesiástica. Oye que á su amo van á nombrarle cardenal y no le agrada ser camarero ni seguidor de un señorón de vida quieta, suavemente intrigadora. Sabe que la guerra con el turco ó con quien fuese, se avecina, y Miguel, que ya ha visto á Roma, requiere su espada y sienta plaza de soldado.

CAPÍTULO XI

EL TERCIO DE MONCADA.—VENECIA.—LA ALEGRÍA DE ITALIA

El maestre de campo D. Miguel de Moncada era un noble caballero, vástago de uno de los más ilustres linajes de Cataluña: hijo de D. Guillén Ramón de Moncada, señor de Villamarchant, y de su esposa doña Constanza Bou. Su vida fué una vida heroica y prudente, que es cuanto puede alabarse á un buen militar. Sirvió al rey desde la primera mocedad hasta la extrema vejez; sagaz en el consejo, pronto en la resolución, y en todo momento fuerte y valeroso, no hemos de imaginárnosle como uno de aquellos militares fanfarrones, de rojas mejillas, que pintó Velázquez, cuando ya Marte era un soldado borrachín, digno compañero de Menipo y del bufón D. Juan de Austria, sino como uno de los personajes de pálido rostro, de negro justillo, de aguda y voluntariosa barba, á quienes saludamos todos los días en los cuadros del Greco. Ocurre aquí la reflexión de que probablemente el error en la manera de considerar á Cervantes y á su vida, parte de esta confusión pictórica.

el 2º el hijo de Felipe IV

De Lope, y más aún de Calderón, podremos hablar recordando á nuestros amigos los caballeros velazquinos, pero de Cervantes no diremos pictóricamente nada acertado si no retrocedemos unos cuantos años hasta fijar nuestra imagen de las fisonomías, de los gestos y aposturas, inspeccionando los personajes que Teotocópulos dejó allí vivos en sus telas. Rara vez son linfáticos y adiposos estos señores: por su mayor parte son hombres espirituales, dotados de aquella finura atildada, que cuando se hermana con la valentía y la resolución, forman el carácter distintivo de los grandes

períodos de la Historia; son caballeros tristes que miran al cielo con ojos extáticos, pero que si los abaten á la tierra, serán capaces de revolver en ella hasta meter en un puño á la humanidad. Y para que os representárais la vida militar de Cervantes y el empaque y estampa de las personas que en torno suyo anduvieron durante estos años, bueno sería imaginaros aquella fiera y arrogante figura del Centurión, que en el cuadro del *Expolio de Cristo* (sacristía de la Catedral de Toledo) recibe en su coraza bruñida el reflejo, semejante á una llamarada roja, de la veneciana túnica del Redentor; y luego, el armado y pesante cuerpo del conde de Orgaz, D. Gonzalo Ruiz de Toledo (Toledo, iglesia de Santo Tomé), cuya armadura milanesa es madre de la del conde de Benavente, velazquino: y por fin, el tropel, un poco fantástico, de soldados que rodean (en el cuadro del Escorial) al centurión Mauricio, y en cuyos ojos brilla la fe, aquella fe que no escrupulizaba en absolver de todos sus pecados y delitos á la picaresca.

Son esos soldados de flaco rostro, de aceradas y firmísimas piernas, de anchos pechos y atléticos biceps, donde no hay sino músculo y vena, los soldados que conoció Cervantes, los que habían vencido en San Quintín con Pescara y con Leiva, los que tomaron á fuerza de sangre las crestas de las Alpujarras; y D. Miguel de Moncada, á cuyo cargo corría uno de los cuatro tercios que en pie de guerra se hallaron prontos en Nápoles (siendo los otros tres el de D. Lope de Figueroa, el de D. Pedro de Padilla y el de D. Diego Enriquez), era un caballero de aquella raza fina y fuerte que tan poco duró. Peleando en San Quintín, había sido prisionero y rescatado por sus deudos, pertenecientes á la casa real de Francia. En la guerra de Granada ganó el ascenso á maestre de campo, y desde allí pasó á Italia con su tercio de soldados viejos y aguerridos, más valioso por la calidad que por el número, pues á poco fué menester reformarle, agregándole dos compañías de bisoños.

Formaban el tercio de Moncada diez compañías cuyos capitanes eran Jerónimo de Gis, Marcos de Isaba, Pedro de Torrellas, Rafael Puche, Rafael Luis Terrades, D. Enrique Centellas, Rodrigo de Mira, Melchor de Alveruela, Jerónimo de la Cuadra y Diego de

Urbina. De los apellidos se infiere que los más eran catalanes, valencianos y aragoneses, gente brava y dura, caudillos indomables para quienes las fatigas del pelear eran un recreo y las tremolinas y rebullicios del campamento un descanso. El tercio iba con banderín alto, muy mermada la gente, como se ha dicho. No debía de haber dificultad en que Miguel se alistase, entre otros tantos que á lo mismo acudieron.

Era el capitán Diego de Urbina, alcarreño, *un famoso capitán de Guadalajara*, como dice su inmortal soldado. Las gentes de Guadalajara y las de Alcalá de Henares se estiman como más parientas y paisanas que las de Alcalá y las de Madrid. Nada tiene de extraño que desde un principio el capitán Diego de Urbina conociese al animoso mancebo y se le aficionara, casi en concepto de conterráneo. Y ahora que ya tenemos á Cervantes dejando el hábito de camarero cardenalicio por el arreo bizarro y los colorines y plumas del militar, pensemos lo que sería para él hallarse metido en la vida de la soldadesca, cruzando Italia de parte á parte como, sin duda, entonces debió de recorrerla, gustando libremente todas las dulzuras que antes apenas le llegaran á los labios, siendo un hombre que de su ánimo y de sus fuerzas lo esperaba todo.

Entonces quizás atravesó el corazón de Italia, desde Roma hasta Ancona, y embarcando allí pasó por Ferrara á Venecia, «ciudad que á no haber nacido Colón en el mundo no tuviera en él semejante: merced al cielo y al gran Hernán Cortés que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades—prosigue lleno de admiración—se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres y, finalmente, toda ella en sí, y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras con otros bajeles que no tienen número». Fuera yerro pensar que Cervantes, á sus años, hubo de absorber en su espíritu cuanto Venecia ofrece al turista de hoy, rebuscador de exquisitas y casi enfermizas emociones; pero aún más erróneo sería creer que no le quedó en los ojos la sensación del color y de la luz de Venecia y dudar que, pintor, él hubiera pertenecido á la escuela veneciana, madre de la madrileña, que es decir, lo más español de la pintura española: y de cuadros venecianos, de suave y descompuesta luz, que sobre unos terciopelos ó damascos rojos cae, señorial, están llenas las partes cortesanas de sus obras; y sus damas nobles son damas de Tintoretto y de Tiziano, bellas damas de cabellos rubios, rizosos, de ojos entre pasmados y burlones, de alma sutil y antojadiza. Venecia era además, entonces, señora de sus laberínticos pensamientos y dueña de sus enrevesados designios; casa y albergue de la perfidia, más temible que Florencia, á pesar de Maquiavelo, porque en Florencia sólo hubo uno y en Venecia cada ciudadano era un Maquiavelo pequeño ó grande. Venecia, que tanto dió que hacer años después á Quevedo, mucho debió dar que pensar á Cervantes. Contábase entonces ó no se contaba con los venecianos para todo, y singularmente para las empresas marítimas; lo que no se hacía era prescindir de ellos, en favor ó en contra. El genio solerte de Venecia, nacido en sus umbríos y húmedos palacios y en sus canales, donde el silencio mora y la más endeble voz hace estremecerse á los nervios de punta, puso en la mente de Miguel lo que la luz de los canales le había puesto en los ojos. Fijaos en que habla él de Venecia con admiración, pero no con el entusiasmo que derrama al mentar á Milán la bonachona. Esta era una impresión corriente en su época. A Venecia se la consultaba, se la temía.

Pero Miguel era, como español, amigo de visitar casas devotas, reliquias y monumentos de piedad y hallándose en Ancona, no dejó de hacer el breve camino hasta Loreto y visitar la casa santa. Viejo y devoto, para sí ó para los demás, recordaba con placer, cómo «en aquel santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera y de pinturas y retratos que daban manifiesto indicio de las innume-

rables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios por intercesión de su divina madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron y no entendieron todos los cielos y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas». No se ha de creer que este pedazo de sermón incrustado por Miguel entre sus apotegmas escritos en *El licenciado Vidriera* refleje la situación de su ánimo al visitar la Santa Casa de la Virgen que se conserva en Loreto y contemplar la chimenea donde Nuestra Señora guisaba y adorar la escudilla en que servía las sopas á su esposo el Carpintero de Nazaret; sí que la Santa Casa llenó de emoción placentera á Miguel, y quizás le recordó su hogar lejano, del que no tenía noticias sino muy de tarde en tarde, ó tal vez le llevó al magín la remembranza de la paz y sosiego en que, á tales horas, su buena y dulce hermana Luisa hilaba despaciosa y beata el hilo de la existencia en la rueca conventual.

Ni hemos de pensar que sólo en recorrer ciudades y visitar iglesias se ocupaba Miguel, á quien las obligaciones de soldado, á la verdad, muy poco estrechas en tiempos pacíficos, traían y llevaban de una parte á otra en ocasiones, mientras que á veces, le dejaban correr al filo de su capricho, las abundantes hosterías, las regaladas casas de placer con que una Providencia pagana sembró el suelo itálico para hacer en él sabrosa y cara la vida.

Como siempre sucedió, no andaban las pagas de los soldados tan corrientes que no pasasen ellos por terribles alternativas de escasez y comodidad. Una temporada, apenas podía valerse el menesteroso militar que tiritaba de hambre y de frío dentro de su coleto acuchillado y no por gala, sino por necesidad, y la siguiente se le veía pavonearse orgulloso, muy erizado de mostachos y muy abierto de faltriqueras, porque había cogido unas cuantas pagas de una vez. Siendo la compañía de Urbina compuesta de soldados viejos y conchudos, pronto aprendió Miguel todas las tretas y trazas de que se valían para conllevar estos perdurables

vaivenes de la fortuna: y aquí admiramos algo de lo que ya habíamos notado en Sevilla y es cómo nuestro hidalgo tocó cien veces en los linderos del hampa y de la picardía y en todas ellas supo conservarse digno y entero, sin que de él se pudiera decir nada manchoso, lo que es tanto más estimable cuanto que las ocasiones de embarrar nombre y manos eran muchas, los aprietos grandes, la libertad sin límites y el temor que los soldados infundían bastante á asegurarles impunidad en todo caso. Leed las vidas de soldados que, sin ficción novelesca ni apresto imaginativo, nos quedan por ahí: la de Alonso de Contreras, la de Miguel de Castro, por ejemplo, y hallaréis en ellas mil pormenores que, aun cuando estéis por cima de la moral y profeséis la religión de los fuertes, de fijo os asquearán el estómago. De estas cosas veía Miguel un día y otro en la soldadesca, pero él sabía apartarse á tiempo y jamás sus manos llegaron á donde llegaban los ojos, más movidos de sana curiosidad que de torpe concupiscencia. ¿Y sabéis por qué supo siempre contenerse? Porque él poseía lo que á los otros faltaba, el ideal que á los genios conduce y que en tantas ocasiones les saca del fango, antes de hundirse en él, como á Cervantes, ó después, como al Canciller Bacon.

Este ideal de Miguel, no satisfecho aún con el peso del arcabuz ó de la pica en los hombros, le hacía penetrar cada vez más en el encantado jardín de la poesía italiana, que ya huerto propio le parecía. Aquí y allá topaba con sus fieles amigos los gigantes y los caballeros de ventura, hablando en bellos endecasílabos toscanos: ya en los interminables cien cantos del *Amadís de Gaula,* donde el viejo Bernardo Tasso ponía al servicio y en alabanza de los españoles su menesterosa inspiración, mal pagada por los franceses, ya en el *Morgante,* de Pulci, que entonces comenzaba á alborotar con sus berridos jayanescos á Italia, ya en el finústico *Orlando enamorado,* del caballero Boiardo. Comenzaban á correr de boca en boca las melosas octavas de Armida y de Herminia, de Reinaldo y de Tancredo, según iba componiéndolas el eterno adolescente Torcuato Tasso, cuyo *Reinaldos de Montalbán* se escuchaba también, aunque sin tanto gusto. Hacíase un poco vieja la pastoril *Arcadia,* de Sannazaro, y todavía no era

nuevo el *Aminta*. Aún no habían pasado sino dos años desde que se apagó la blanda voz del grande amigo de Garcilaso de la Vega, Luis Tansilo, á quien Cervantes admiró excesivamente. Circulaban por donde quiera, y no menos que en libros, en tertulias y en pláticas de *trattoria* y de cuerpo de guardia, los cien mil sabrosos cuentecillos de los *novelieri*, las graciosas é inocentes narraciones de Massuccio Salernitano, las profundas y venustísimas del gran Boccacio, los licenciosos relatos del descocado fraile Agnuolo Firenzuola, los sangrientos dramas narrados por el obispo Bandello y por Luis da Porto, las cien fábulas terroríficas ó *Ecatommiti* de Giraldo de Ferrara, llamado *Cinthio*.

De los salones del Vaticano y de los palacios cardenalicios había saltado á la calle la comedia desvergonzada y procaz, en que se pintaban al desnudo todos los vicios de la sociedad italiana: la *Lena*, ó Celestina de Italia, que compuso el desmandado Ariosto; la *Calandra*, del proto-impudente cardenal de Bibbiena; la *Cortesana* y la *Talanta*, del obscenísimo Pedro Aretino, y la bella, la amplia, la graciosa y la única *Mandrágola*, del secretario Maquiavelo. Cachos de escenas picantes y de satíricos diálogos de estas comedias andaban ya por calles y plazas sazonando las antiguas groseras burlas de Colombina, Arlequín y Casandro, nietos del *Maccus* y del *Bucco* latinos, que corrían la tunesca vida por todos los campos, villas y aldeas del Papa y de los príncipes y señores italianos.

Embebecido en tan gustosas contemplaciones andaba Miguel cuando, con voces más fuertes que nunca, resonó por toda Italia el cansado y repetido tema: —¡El turco baja, baja el turco!— y toda Italia miró hacia Venecia, sabiendo que los venecianos poseían el secreto del porvenir. Afligióse el Papa, santísimo varón á quien hoy se venera en los altares; Felipe II compartió la zozobra y temor de la cristiandad. Cada uno dispuso las galeras y fuerzas que pudo. Nombró el Papa á Marco Antonio Colonna; Felipe II á Juan Andrea Doria y á Don Alvaro de Bazán á las órdenes de éste. En los últimos días de Mayo de 1571 súpose en todas partes que se había formado la Liga contra los turcos. Los sagaces mercaderes de Venecia habían pesado y comedido sus intereses, y ayuntaban sus fuerzas á las del Papa y á las de los españoles. Al frente de ellas venía, no ningún Doria ni ningún Colonna, sino el propio hermano del Rey, á quien los soldados llamaban, con filial y cariñosa confianza, *el señor don Juan*.

Entre Mayo y Junio se completó el tercio de Don Miguel de Moncada. Rumores de guerra corrían por todos lados, y con ellos escalofríos de contento. Mar y tierra se aprestaban para el combate; el cielo primaveral miraba y parecía oir, azuleando benigno, el estridor de los mosquetes y el golpear de los remos. Miguel sentía su alma poseída de impaciencia heroica. La esperada puerta se abría de par en par.

CAPÍTULO XII

EL SEÑOR DON JUAN EN GÉNOVA.—LOS HÉROES DE VERDAD. LA ESCUADRA EN MESINA

¿Conocéis personalmente al Sr. D. Juan de Austria? Existe en el Prado un admirable retrato suyo, de mano italiana, torpemente atribuído á Sánchez Coello. El Sr. D. Juan es un hermoso mancebo sonrosado y rubio, de larga y fina pierna, de pie femenil, que trenzados borceguíes aprisionan. Las manos son descarnadas y agudas: en la izquierda y en su dedo índice, un anillo de mujer con un rubí, un diamante y un berilo tallado en forma de corazón, acredita y publica lo que dijo el Sr. de Brantôme, «que fué D. Juan muy amado y bien avenido con las damas». Así lo declara también el brazal rojo que la diestra manga ciñe. Así lo corroboran los ojos audaces, pardos, con claras irisaciones y la apasionada expresión del entrecejo, mucho más humano que el de Felipe II, y la tembladora vibración de las alillas de la nariz. Pero hay en la planta y en otras partes y señas de la figura algo marcial que se sobrepone al no sé qué amoroso emanado de su persona. Los cabellos de Don Juan son castaños, no del rubio frío que encrudelece el semblante de su regio hermano; el empinado bigotillo juvenil y el asomo de barba que en la barbilla se espesa ligeramente, el alto frontal un poco fugitivo y el tupé rizoso que descuella entre el pelo cortado militarmente al rape, si casan bien con los gregüescos de seda roja y oro, entre cuyas cintas se parece un puñalillo, buído y damasquinado tal vez por Benvenuto, y con las calzas de color salmón, no parecen mal sobre la coracina milanesa y sobre la menuda ma-

lla de las mangas de acero, ni contradicen al bastón de general y almirante ni á la bella espada de combate, larga de defensas, dorados los gavilanes rectos. No era sólo D. Juan querido de las damas: mejor le querían aún sus soldados, porque hay en la soldadesca, como en toda reunión de hombres movidos hacia un fin, y máxime cuando á ese fin ha de sacrificarse vida y sosiego, un acierto instintivo pero seguro para conocer quién es el hombre digno de ser seguido y acatado. Prestigios militares más grandes que el de D. Juan los había entonces. Entre los mismos generales que á sus órdenes se aprestaban estaba el gran Juan Andrea Doria, en cuya frente aún no se habían ajado los laureles de Trípoli, y con otras divisiones de la Liga marchaban Marco Antonio Colonna, D. Alvaro de Bazán, un Venier y un Barbárigo, venecianos, hombres de mar y de guerra, fuertes y capaces. ¿Quién duda que la empresa era ardua y difícil? ¿Quién no comprende que Felipe II, al designar para el mando á su hermano lo hizo, impasible y frío, pensando que si D. Juan salía adelante sería un gran bien para la cristiandad, pero si salía mal, la lección resultaría severa y bienhechora para el orgullo del animoso joven?

Por eso hemos de representarnos á D. Juan en aquella misma disposición en que el retrato nos le pinta: rojo de emoción y de alegría, poseído de cuán formidable era la misión que había de cumplir, pero no desconfiado en sus propias fuerzas: bajo la dulzura de los ojos garzos, inscritos en los arcos finísimos de las cejas, el bigotillo ralo, pero indómito, se hispía y la quijada saliente de los Austrias, fuerte y voluntariosa, mostraba indomable decisión.

Con estos ánimos, entró D. Juan en Génova al frente de cuarenta y siete galeras, en las que iban los tercios de D. Lope de Figueroa y de D. Miguel de Moncada, el 26 de Junio de 1571.

Se había reforzado en Nápoles el tercio de Moncada con dos compañías. A allegarlas asistió Miguel, donde pudo notar «la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de la boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes

más de los necesarios, y finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía». Corrió entonces rápidamente, vestido de papagayo, como él dice, las anchurosas vías de Nápoles, gustó la dulzura de su clima y la esplendidez de su cielo, en términos que de Nápoles quedó prendado para toda su vida, y este enamoramiento, recrecido en época no muy posterior, se le albergó en el alma, de suerte que, viejo y falto de ilusiones, aún conservó siempre la muy halagüeña de volver á Nápoles, y como desterrado de Nápoles se estimó en la edad madura y en la anciana.

Cuando el tercio salió de Nápoles, ya había embarcado Miguel para viajecillos y excursiones cortas; pero, sólo en la jornada de Nápoles á Génova, viéndose apelmazado con otros muchos cientos de hombres, en las bodegas y sollados de las galeras, pudo sorprenderle «la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas». Dando bandazos y corriendo borrascas navegaban las galeras á lo largo del mar Tirreno. Como la travesía era corta, habían amontonado en ellas cuanta tropa inhumanamente cabía y más, así que, «trasnochados, mojados y con ojeras llegaron á la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido Mandrache, después de haber visitado una iglesia, dió con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente gaudeamus...» Génova se ofrecía, en aquel comienzo del verano, «llena de adornados jardines, blancas casas y relumbrantes chapiteles, que, heridos por los rayos del sol, reverberan en tan encendidos rayos que apenas dejan mirarse».

Génova es, para Miguel, una visión de oro y de gloria: es de esas ciudades anfiteatros que miran al Poniente, y á las que el sol obsequia con sus más gratas, largas y amantes caricias: como Lisboa, como Oporto, como Nápoles. Estas ciudades hablan á los espíritus que las interrogan, no ya de risueñas esperanzas, cual las ciudades que miran á Oriente, sino de inmediatas y ricas realidades. Estas ciudades son la promesa á punto de cumplirse, son la víspera, que es el día más feliz de la existencia. Nuestro Miguel llega á esta ciudad ya hecho soldado, con la viveza y osadía del bisoño, sin las camándulas del soldado viejo. Ha comenzado á entrever, pero aún sabe poco, «del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas...» Y Génova es entonces, como ahora, un punto de partida para empresas arriesgadas. Entonces, como ahora, pisan, afanados, sus muelles, miles de soñadores pálidos, sueltos, milites en el eterno batallón de la miseria, que es de donde salen los héroes y los santos. Entonces, como ahora, junto á sus muelles, abren las fauces los navíos, inconscientes y fatales portadores de ilusiones al porvenir desconocido. ¿No os habéis parado nunca á considerar, en un muelle de puerto ó en una estación de partida, las caras ansiosas de los que se marchan? Mal podréis entonces figuraros lo que para Miguel era aquella primera salida hacia la gloria ó hacia la muerte.

Esa indecible afinidad que hace paralelos los afanes del príncipe y los del humilde proletario, emparejaba en aquellos días los anhelos de Miguel y los de D. Juan. Ved aquí las dos almas grandes de la jornada futura viviendo en la misma ciudad, cruzándose ó rozándose acaso un día y otro, sin saberlo, como tantas veces pasa uno al lado de la ventura ó del amor que una mujer rebosa, y por azar, y caso de fortuna, las dos paralelas no llegan á juntarse jamás. El general y el soldado eran dos grandes hombres, casi de una edad: veintiséis años tenía D. Juan; veinticuatro no cumplidos Miguel. A ambos les nimbaba la color del rostro, antes blanca que morena, la naciente barba rubia ó taheña; ambos tenían alegres y esperanzados ojos, brincadores nervios, corazón resoluto; ambos eran soldados por inclinación y por necesidad, pues Don Juan, si no lo hubiera sido, habría tenido que encapuzarse en una veste eclesiástica y pasar la vida holgona en arzobispado ó colegio cardenalicio; ambos eran amantes y amados de las mujeres; ambos llevaban el mismo decisivo y máximo interés en la empresa.

En Génova esperaron más de un mes que volviese D. Miguel de Moncada con recaudo de que los venecianos remolones se hallaban apercibidos, y, con el calor de Agosto, vuelto D. Miguel, marcharon todas las tropas á Mesina.

Los viñedos, los granados y los olivares de Sicilia recibieron á Miguel con la verde fragante sonrisa de su frondosidad fecunda. Las olas hirvientes del estrecho cantaban estruendoso himno de guerra. El ancho puerto iba tragándose galeras y más galeras, cuyas bocas vomitaban hombres y más hombres. El Sr. D. Juan iba y venía de un lado para otro, la faz enrojecida por la faena y el calor, la vista certera, la lengua pronta, el oído atento á la murmuración del jefe como á la queja del más mínimo soldado. A mediados de Agosto llegaron las galeras de España mandadas por el genovés Juan Andrea Doria y pudo Cervantes contemplar la egregia figura de este probado general, que tan de cerca había visto la muerte y la inmortalidad, y qué había sabido domeñar á aquélla para lograr ésta.

Grave, altanero y silencioso, Juan Andrea parecía uno de aquellos venerables y sabios paladines que, hartos de guerras y amores se retiraban á los umbríos bosques ó á los encantados palacios en los libros de caballerías. Traía Doria en sus galeras dos compañías viejas de su dotación, que hoy llamaríamos de desembarco ó de infantería de marina: hombres bragados y barbudos, á quienes nada quedaba por ver en mar ni en tierra, viejos héroes de Trípoli, curtidos en la faena belicosa. Miguel contemplaba aquellos semblantes de cordobán, aquellas barbas entrepeladas, aquellos ademanes calmosos y despreciativos: unos eran italianos, alemanes otros, alguno portugués, muchos españoles de la costa levantina, pero todos ellos parecían pertenecer á una misma nación entrevista en pergaminos viejos, en el Romancero ponderada, en las vagas relaciones de América engrandecida y cuya progenie en los libros caballerescos parecía con toda su sangre y su verdadero color. Ni el lenguaje ni el sentimiento, ni lo que por dentro tenían, ni lo que por fuera revelaban, les hacía parientes de Amadises y Esplandianes, ni tampoco de Héctores y Ulises: sí la robustez de sus hombros, la imponente fiereza de sus bigotes, lo denegrido de su cuero, las cicatrices de rostro y manos.

Distribuyéronse, conforme iban llegando las tropas, las fuerzas que habían de embarcarse en cada nao. Tocaron á las galeras de Juan Andrea Doria, dos compañías del tercio de Moncada: la

de Rodrigo de Mora y la de Diego de Urbina. Fué Miguel destinado á la galera *Marquesa*, que mandaba un italiano, Francisco de Sancto Pietro. Pronto se vió Miguel mezclado con aquellos héroes cuyas trazas le llenaron de admiración. Ingenioso como era, luego supo, sin hostigarles con preguntas impertinentes de novato, sondearles al alma. Quejábanse todos de su vida y, entre reniegos y blasfemias, juraban dejarla en cuanto pasase aquella función naval que prometía ser buena de ver: mostraban en sus dichos hallarse dominados por instintos bajos y groseros, brutales impulsos de pendencia estúpida, incoercible amor á la borrachera, crueldad incomportable y endémica fullería en materia de juego. En su trato, aprendía Miguel lo que son los héroes vistos de cerca, en los pasos de la vida corriente y lejos del trance épico ó histórico. No había tanta diferencia entre aquellos bravos efectivos y los guapos, jaques y *hombres* de la fanfarria de Sevilla. Quizás las compañías de Juan Andrea Doria, transportadas al Compás de la Laguna ó á las oliveras de Aznalfarache, no valdrían más que los mozos de la *heria* y del pendón verde. ¿Qué era, pues, el valor; qué el heroísmo?

El 25 de Agosto escribía Don Juan á Don García de Toledo, diciéndole haber visto á Marco Antonio Colonna con las doce galeras de Su Santidad, «que están bien en orden». Así como las galeras de Doria eran las del tronido y la furia, las galeras del Papa, mandadas por Colonna, eran las de la holgura y la riqueza: bien proveídas de todo, bien estivadas de armamento y municiones, bien pagadas sus tropas y mandadas por un príncipe de la casa más ilustre de Italia en armas y letras. Vió Miguel á Marco Antonio Colonna, y retiñéronle en el oído los divinos sonetos platónicos de aquella bellísima y honestísima, sabia y dulce marquesa de Pescara, *Madona Vittoria Colonna*, que mereció los brazos del vencedor de Pavía, la amistad de Miguel Angel y los laudes del cardenal Bembo. Espléndidamente pagados por los Reyes de España los servicios de los Colonnas, aún tuvieron como recompensa más rica y apetecible la admiración de Cervantes.

Poco después llegó la armada de los venecianos, al mando de

Sebastián Venier, con cuarenta y ocho galeras, seis galeazas y dos naves. «Estas—decía Don Juan—no están tan en orden cuanto yo quisiera y fuera necesario al servicio de Dios y beneficio común de la Cristiandad. Hame certificado el dicho general—añadía—que muy en breve se esperan otras sesenta galeras que tienen en Chipre.» De nuevo aparecía aquí á los ojos de todos, á los de Don Juan como á los de Miguel, el espíritu rebelde é insubordinado de Venecia, su independencia mal disimulada, la doblez y desgana con que acudió á la Liga. «Las galeras de venecianos—escribía Don Juan, ya un poco amostazado, en 30 de Agosto—comencé á visitar ayer, y estuve en su capitana. No podría creer vmd. cuán mal en orden están de gente de pelea y marineros. Armas y artillería tienen, pero como no se pelea sin hombres, póneme congoja ver que el mundo me obliga á hacer alguna cosa de momento, contando las galeras por número y no por cualidad. *Con todo esto procuraré de no perder ocasión en que pueda mostrar que por mi parte he cumplido con mi obligación.*» Palabras que, siglos después, y en daño nuestro, copió, sin saberlo, el vencedor de Trafalgar. Y dictadas éstas, añadía de su puño y letra Don Juan: «Quiero añadir al mal recado en que vienen venecianos otro peor, que es no traer ningún género de orden, antes cada galera tira por do le parece; vea vmd. qué gentil cosa para su solicitud en que combatamos.»

Impertinentes y altivos los venecianos, como hombres sin dueño ni señor, no se dejaban dirigir ni dominar por la autoridad de Don Juan; quizás su espíritu burlón forjaba epigramas contra el gallardo mancebo que ostentaba en las manos anillos mujeriles con corazones de esmeralda; acaso pensaban ellos y otros muchos que no era lo mismo vencer por tierra á unas cuantas falanjes de foragidos moriscos, como los de la Alpujarra, que acometer por mar contra la temida escuadra del turco, á quien toda la cristiandad tenía por invencible. Resistíanse, además, los venecianos á recibir en sus galeras á los soldados españoles, diciendo que ellos se habían obligado á pelear con sus navíos, no á servir para el transporte de tropas. Había, acaso, entre las galeras venecianas mucho barco mercante, que la muchedumbre de soldados podía averiar ó inutilizar. Por fin, después de cabildeos y consejos entre sus jefes, «estos señores venecianos—escribió con una punta de ironía Don Juan, en 9 de Septiembre—á la fin se han acabado de resolver en tomar en sus galeras cuatro mil infantes de los de Su Majestad, dos mil quinientos españoles y mil quinientos italianos». Antes habían llegado las sesenta galeras venecianas de Creta.

El anchuroso puerto de Messina era un bosque de mástiles y una Babel de gentes de todas las castas y lenguas. Miguel estaba excitado, alborozadísimo. En igual situación se hallaba Don Juan, viendo cómo iban zanjándose las dificultades. Pensaba salir con la escuadra el 9 ó 10 de Septiembre, «tan á punto y en orden de pelear como si oviese de encontrar la del enemigo á la boca del puerto».

El 15 de Septiembre se hizo á la mar la escuadra, dividiéndose en tres armadas de combate, una de descubierta y otra de reserva. En la tercera escuadra de combate, que ocupaba la izquierda, al mando del proveedor general de Venecia, Agustín Barbárigo, navegaba la galera *Marquesa*. A popa, viendo huir las olas verduzcas y blancas, un soldado español, recitando como si cantase las heroicas estrofas del *Orlando*, soñaba los tiempos de las viejas Caballerías:

> Ben furo avventurosi i cavalieri
> ch'erano a quella età.....

CAPÍTULO XIII

LA ISLA DE ULISES.—EL DÍA DE LEPANTO

Como naves cargadas de flores y frondas, al aire esparciendo los desmayados olores setembrinos, espesos del mosto que reventaba en los dorados parrales, las islas Jónicas parecían navegar de Albania á Sicilia, dudando entre la belleza de una y de otra costa. Caliente soplaba el aire de la Gran Sirte, hinchando las velas hacia el Adriático. Las galeras venecianas recorrían el mar Jónico y se acercaban al canal de Otranto, como quien abre la puerta de su casa para entrar en ella. El turco había doblado la costa de Morea; se le había visto desde Cefalonia y desde Zante. Prudentes los venecianos, aconsejaron á Don Juan tomar un reposo antes del ataque, y se encaminó la escuadra á Corfú, donde la gran ensenada ó laguna de Govino podía abrigar á la escuadra mientras se disponían los últimos apercibimientos.

La galera *Marquesa* navegaba alegremente por aquellos sitios. Entre los marineros y los hombres de guerra que llevaba, pronto escuchó Miguel un idioma que canto dulce parecía: certificó ser griego, y aun cuando él no lo entendía, luego, evocadas por tal música las bellas imágenes de la poesía antigua, le llenaron de contento. Divagando por entre una y otra isla, no tardaron las naves en llegar á la de Corfú. Inefable emoción inundaba el alma del joven soldado; no vayáis á pensar que era la misma ansia que siglos más tarde guió por aquellos sitios al gran poeta inglés, soldado también, contra la tiranía. No: Miguel era un poeta muy otro que Lord Byron. No hemos de poner en su alma ni un grano de roman-

ticismo circunstancial y de ocasión. Miguel va en la galera *Marquesa* mareado, asfixiado, comido de pulgas y piojos, asqueado por las groserías de la chusma, lleno de todas las aprensiones posibles, menos de miedo. Los héroes de leyenda, los bravos de atezado rostro, despiértanle un interés grande, pero que pronto, con el trato, se amengua y disminuye. Un héroe á diario es un ser insoportable.

En la galera, que tiene escasísimo tonelaje, van cientos de forzados, de marineros y hombres de armas. Miguel va deseando saltar á tierra, lavarse cara y manos, lujo imposible en aquellos recintos de tortura, y mover brazos y piernas. En estos pensamientos, la costa corfiota le aparece como una de las riberas del Paraíso terrenal. Acércanse á ella, y un pormenor, en que los demás no se fijan, extasía á Miguel. Junto á la desembocadura de un manso río, solas mirándose en las aguas, dos olivas, una silvestre ó acebuche, de afiladas hojas, y otra machote, sin injertar, de acarrascada pinta, parecen dos amigos que se confían algún secreto. El paraje es tan sugestivo, que á Miguel le asalta un recuerdo clásico: el de la llegada de Ulises á la tierra de los Feacios, en el canto V de la Ulisea; y ya que no en griego, rumia en la traducción latina que le enseñó el Licenciado Jerónimo Ramírez, ó que acaso leyera en Sevilla con algún alumno de la casa de Maese Rodrigo, los consoladores versos homéricos:

..... duo autem inde subiit arbusta
ex uno loco enata, hoc quidem, oleastri, illud autem oleæ.....

Y Miguel, con el estómago levantado y la cabeza vacilante, recuerda las fatigas del héroe griego, y como él considera providencial asilo la playa de Corfú. Después hace memoria, y cae en la cuenta de que su imaginación no era vana. Aquella playa es la playa misma de los Feacios, que acogió benéfica á Ulises el errante. Aquel río es el río donde lavaba Nausicaa, la virgen de los brazos cándidos... Allí, en un recuesto, se divisa el sagrado bosque de álamos blancos que los ascendientes del Rey Alcinoo advocaron á Minerva, la diosa de la sabiduría. La imagen del aventurero, del prudente Ulises alboroza el corazón de Miguel. Pronto, tripulacio-

nes y soldados saltan á tierra, y Miguel se regala el oído oyendo hablar el dialecto jónico, tal como en el banquete de Alcinoo lo cantaba ó declamaba Demódoco, el vate del viejo poema. La suavidad del clima jónico le baña el espíritu á Miguel, y las aguas del rio caro á Nausicaa bañan su cuerpo.

Pero, por desgracia, los hombres del día no son como los héroes de la Iliada. La isla de los Feacios, Corfú en lenguaje moderno, es una bella isla donde se padecen continuamente cuartanas. Miguel cae enfermo con la calentura, y se traslada á la galera *Marquesa*. Allí se acurruca en un rincón, tirita, se abrasa, delira, se encuentra solo entre una muchedumbre de soldados que juran, gritan, beben y á quienes no se les da nada que haya entre ellos un enfermo, ó dos, ó ciento, porque están hechos á beber y vivir entre montones de cadáveres, y no tienen olfato ni cutis para las miserias ajenas ni para las propias. Sólo hay entre aquellos basiliscos un hombre humano y compasivo. Llámase Mateo de Santistéban: es de Tudela, en el reino de Navarra, hombre franco y de animoso corazón, alférez de la compañía aumentada en Nápoles al tercio de Moncada, la cual manda el capitán Alonso de Carlos. Santistéban atiende á Miguel á ratos; tal vez avisa á su capitán, Diego de Urbina, y este valiente alcarreño anima á su medio paisano el de Alcalá de Henares, cuya fisonomía no le es desconocida, entre las otras doscientas de los soldados á sus órdenes. Mas tanto Urbina como Santistéban tienen mando, y con él mil cuidados é incumbencias. Cervantes pasa lo más recio de la calentura solo y desamparado en su rincón, mal envuelto en una frazada, por donde las chinches pululan, y defendiéndose de las ratas, que de noche, y aun de día, en la obscuridad de la bodega, acuden á roerle las botas.

La fiebre y la impaciencia abrasan á Miguel. Un día y otro oye noticias de los movimientos de la Armada. Los soldados viejos hablan poco de esto y mucho de vino y de pendencias. Los bisoños disparatan lindamente, y mal disimulan el miedo que va invadiéndoles al sentir acercarse la acción. Miguel no sabe en qué día vive ni qué hora es. Amodorrado y enflaquecido, le sostiene la esperanza, la fuerza misteriosa que guía las escuadras y los mundos.

Una mañana, la del 7 de Octubre, tremenda algarada se escucha á bordo. Como de costumbre, los soldados dejan solo á Miguel en su rincón, pero pronto los ve tornar apresurados, pálidos unos, rojos los otros, llameantes las pupilas, los pasos trémulos, las manos torpes. ¡Arma, arma! son los gritos que suenan. El ataque ha llegado. De pronto las cuadernas del barco crujen, todo el maderamen tiembla y un rosario de estampidos anuncia que la *Marquesa* acaba de disparar su primera andanada. Miguel, suelta la manta, se encasqueta el acerado morrión, va en busca de su arcabuz. Las piernas le flaquean, la cara tiene amarilla como un desenterrado.

Sobre cubierta, tropieza con su capitán, con el alférez Santistéban, con otro alférez montañés que Gabriel de Castañeda se llama. Todos, al ver aquel soldado amarillento y ojeroso, desencajada la faz y turbia la vista, le dicen que se resguarde y ampare bajo cubierta, pues no está para pelear. Pero Miguel, ha visto ya el fuego, ha respirado el humo, ha olido la pólvora. La ocasión es única, la muerte nada importa. Caen acá y allá muertos y heridos. Gritan á una *¡a-vante! ¡bo-ga!* los forzados en sus bancos. Estampidos que no se sabe de dónde salen aturden las orejas y enardecen los ánimos. Miguel, no quiere volverse á su rincón. Miguel es un hidalgo, tiene vergüenza, osadía le sobra. *¡Qué dirían dél, que no hacia lo que debía!* Son sus mismas palabras. Miguel, excitado por la fiebre y por el peligro, endereza á sus amigos y jefes un pequeño discurso que nos ha transmitido el alférez Gabriel de Castañeda con la calmosa puntualidad de los montañeses:—«Señores—dice el Ingenioso hidalgo de Alcalá—en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á Su Majestad y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de Su Majestad y morir por ellos, que no bajarme so cubierta. Póngame vmd., señor capitán, en el sitio que sea más peligroso y allí estaré y moriré peleando.» Con estas generosas palabras, Miguel muestra el gesto y ademán de los héroes antiguos, que no deja lugar á réplicas. El capitán, Diego de Urbina, que ya iba aficionándose á su medio paisano, menea la cabeza pesaroso y, como

quien abandona á la destrucción una valiosa prenda que aún podría servir de mucho, manda á Miguel colocarse en el lugar del esquife con doce hombres. ¿Por qué se distingue á este soldado de los otros y en el momento del combate se le confía un mando, siquiera sea tan pequeño? ¿Qué hay en sus ojos, en sus palabras, ó en su apostura y planta?

Cumpliendo sin vacilar las órdenes de Urbina, va Miguel á ocupar su puesto. Desde allí se otea y divisa el lugar de la batalla y por entre los girones que en nubes de humo se abren á ranchos, se ven las tajantes proas, los amenazadores espolones, los ganchos y puntas de fierro con que unas galeras tratan de engarrafar á otras para el abordaje. Miguel ve pasar, envuelto en un nimbo de fuego y de humo, volando en ligero esquife sobre las aguas, mensajero de la victoria, el colorado y rubio rostro surgiendo bajo el casco argentino, un hermoso mancebo semejante al arcángel San Miguel, que adorna como una llama de oro, de sangre y de plata los retablos góticos. Es el Señor Don Juan, la espada desnuda cuyos gavilanes de oro relumbran al sol en la diestra, y en la siniestra el crucifijo de marfil y ébano. Va gritando oraciones ó blasfemias, va incólume, impávido, sereno, presentando el pecho á las balas que cruzan el aire y centellean en las bandas ó se hunden silbando en las aguas verdosas, pesadas del golfo. Todos los hombres de guerra le miran, todos tienen fe en él, y su arcangélica aparición les excita y les embravece.—¡Víctor, víctor el Señor Don Juan!—gritan enronquecidos y fieros los españoles. Los aguerridos venecianos callan absortos. Nunca vieron tanta audacia en tan pocos años.

Pronto la visión desaparece y el mar pare nuevas y nuevas bandas de galeotas turcas que, en cerrado escuadrón, van acercándose. Ya se oyen distintos y claros en ellas los gritos de los cristianos que van al remo. Son griegos, italianos, españoles que reman con furia, sin que hayan menester en tal sazón los rebencazos crueles del cómitre. Más de lo que los turcos quisieran quizás, se acercan sus naves á las cristianas. De los bancos ocultos salen hacia la escuadra de la Liga voces angustiosas de ánimo y de súplica. —Aquí estamos, cristianos somos, sacadnos del cautiverio.

¡Por Cristo! ¡Por la Virgen María! *por la Santa Madona*—y al compás de los gritos los pechos jadean, fatigosos.

Los ávidos ojos de Miguel ven entonces «embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales, enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado (y este soldado es él mismo, que treinta años después lo contaba) más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que, apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. ¡Bien hayan—seguía pensando Miguel, al verse en este trance que, como quien por él ha pasado, contó—, bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería... la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos!»

Y así, como él mismo lo contaba y nadie mejor que él, sucedió punto por punto. Con la extraña acuidad y lucidez que la fiebre alta y el peligro y cercanía de la muerte comunican á todos los espíritus, recorrió Cervantes en aquella alta y memorable ocasión, la mayor que han visto los siglos, todo cuanto había discurrido, proyectado y soñado en su corta vida; cruzaron por su men-

te las ilusiones de la gloria, los halagos de la fama poética, tal vez se acordó del estudio de Madrid, tal vez le aparecieron juntas á la fantasía la tierna imagen de la reina Doña Isabel y el bonachón semblante del maestro López de Hoyos, la bella é incitante figura de su hermana Andrea y el monástico perfil de su hermana Luisa. En medio de estas imaginaciones, un golpe recio y un intensísimo frío le paralizaron la mano izquierda. Miró Miguel y vió que de ella le manaban chorros de sangre; pero aquello era poco. Sin retorcer labio ni ceja, sufrió el dolor de la herida. La calentura y el orgullo le sostenían en su puesto, no menos que la curiosidad y el ansia de ver cómo terminaba, si terminaba el combate.

Sin duda no vió que frente á él, en la galera turca que á la *Marquesa* acometía, dos pares de ojos traidores acechaban á aquel soldado, á quien herido en la mano veían é impertérrito en su lugar. Dos balas al mismo tiempo disparadas de sendos mosquetes buscaron el pecho de Miguel, y casi le derribaron por tierra... Roja nube le cubrió la vista y un rato le privó del sentido.

Escuchad cómo lo cuenta él mismo:

«...En el dichoso día que siniestro
tanto fué el hado á la enemiga armada
cuanto á la nuestra favorable y diestro,
de temor y de esfuerzo acompañada,
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho
y de bárbara gente y de cristiana
rojo en mil partes de Neptuno el lecho.
La muerte airada con su furia insana
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose á quién tarda, á quién temprana.
El son confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo.
Los profundos sospiros lamentables
que los heridos pechos despedían
maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían
cuando en el son de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conocían.
Con alta voz de vencedora muestra,
rompiendo el aire, claro el sol mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazón, yo triste estaba,
con la una mano de la espada asida
y sangre de la otra derramaba.
El pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano
que á mi alma llegó viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento
que á veces me quitó todo el sentido...»

Aunque muy engolfado en el combate, bien le vió en una de estas veces el capitán Diego de Urbina, y, sin acercársele, creyéndole muerto, movió triste la cabeza, y tal vez, entre orden y orden, musitó un *pater noster* por su pobre compatriota. La galera *Marquesa* había sufrido mucho en el combate. Su patrón, Francisco de Sancto Pietro, cayó muerto, y con él muchos hombres de la tripulación y no pocos soldados de los viejos y de los bisoños. Miraba Cervantes, herido, caer aquellos hombres atezados que parecían fortalezas, y él mismo no se creía vivo. Quizás todo aquello era un sueño de la fiebre. Asordado por el tronar de la artillería, y medio cegado por el humo y el fuego, veía, insensible, pasar, como fantásticas sombras, las grandes masas de las galeras, y los contornos de los soldados peleantes le parecían empequeñecidos, como figurillas de retablo. Todo debía de ser mentira, una bella y épica mentira como los combates de la Iliada.

De su estupor y eretismo nervioso le sacaron los ecos triunfales de los claros clarines que proclamaban por donde quiera la victoria; la gritería de los cinco ó seis mil forzados que en las galeotas turcas remaban, y que al verlas invadidas y abordadas por cristianos prorrumpían en voces de júbilo y de alabanza á santos y

vírgenes. Por cima de todos los gritos sonaba, ronca ya, honda, vibrante, la voz española, proferida por españoles é italianos:—¡Vítor, el Señor Don Juan! ¡El Señor Don Juan, vítor!

La alegría pudo con Miguel más que el sufrimiento y le derribó en tierra, exhausto, aniquilado, medio muerto.

Dos frailes que iban á bordo repitieron, inspirados, las palabras santas, extrañamente proféticas, que después recordó la Europa entera, desde el Pontífice Pío V hasta el último sacerdote de aldea: *Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes*... Hubo un hombre enviado por Dios y cuyo nombre era Juan...

CAPÍTULO XIV

EL SABOR DE LA GLORIA.—VICTORIA INÚTIL.—MESSINA. EL HOSPITAL

El sabor de la gloria no es dulce ni salado, ni amargo ni acedo, ni deja ser gustado á tenazón y de improviso. Sus puntos y sazones requiere para ser paladeado. ¿Qué diremos del sabor de una gloria tan grande cual la de Lepanto, aquel combate en que las naves enemigas fueron todas presas ó aniquiladas, salvo unas pocas del rey de Argel que pudieron escapar; en que fué muerto el almirante turco y prisioneros sus hijos, y en que por fin, al concluir la acción, se vió la trabajada escuadra de los cristianos repuesta con lo mejor de la armada turca? Triunfo tan completo no recordaba nadie y por eso en años y años no fué menester nombrar á Lepanto, sino decir únicamente *la batalla naval* para dar á entender de cuál se trataba. Cervantes paladeó orgullosa y golosamente años y años aquel gusto sabrosísimo del triunfar, y ya casi moribundo se envaneció de haberse hallado en ella, de haber tenido *aunque humilde, parte en la victoria*. El día glorioso de Lepanto fué el mejor de su vida. Así hay que estimarlo y comprenderlo, como él quiso que constara cien veces á los siglos, y no otra intención llevan sus repetidos razonamientos sobre la ventaja que hacen las armas á las letras. No nos engañe el aprecio en que hoy tenemos á la literatura y al arte. Cervantes, como su adorado Garcilaso, como sus admirados Aldana y Ercilla, fué ante todo y sobre todo un soldado, y es-

timó la profesión militar, según el pensar de su época, por la más honrosa ocupación humana. Cervantes, como el mismo Lope, amó la acción más que el pensamiento, y sus meditaciones fueron activas y afanosas, entre dos hechos grandes ó chicos, ya en los baños de Argel, ya en las posadas y ventas de Sierra Morena, ya en la cárcel de Sevilla. No se contaminó, en ningún respecto, del genio pasivo y quieto que engendró el misticismo estático y tras él la decadencia de España. Si hubiera dado en místico, lo habría sido activamente, infatigablemente, como Santa Teresa, mística de camino y de posada, tan atenta á las obras de albañilería como á la construcción de su castillo interior: ó como San Ignacio, místico y general, conquistador de las almas, organizador y jefe de la más temible milicia que se ha conocido. Fué Cervantes un soldado que, joven escribió versos, como tantos soldados, por gala y bizarría los compusieran: el resto de su vida robusta lo consagró preferentemente á la acción, y sólo al declinar su vigor físico se acogió á la literatura en exclusivo, como á un asilo de ancianos inútiles para empuñar la espada. Las dudas que antes de Lepanto se habían ofrecido á su alma, disipáronse completamente después de Lepanto.

Con la mano rota por mil partes, con el pecho pasado por dos balas, agazapado en un rincon, al salir poco á poco del heróico delirio, fué Miguel dándose cuenta de lo que había él hecho y de lo que en torno suyo había pasado. El héroe no conoce que es héroe hasta que el tiempo corre y los demás se lo dicen. La conciencia de su heroicidad no se había aún abierto paso en la mente confundida y espantada de Miguel y, como sucede siempre, conservaba en los oídos aún el rimbombar de la batalla, y por entre los ojos y los cerrados párpados le estallaban fogonazos terribles que se resolvían ya en estrellas ya en nubes doradas, azules y verdes. Ya sabía él que la función de guerra había sido grande: no sospechaba quizá, como repetidamente afirmó después, que hubiera sido la mayor que vieron los siglos pasados ni verán los venideros. Ni podía figurarse que el nombre sonoro de Lepanto pudiera llegar á ser, como fué, el gran bálsamo de su vida y que, pobre y mal apreciado, perseguido por la necesidad y por la estúpida y ciega justicia, desconocido de sus contemporáneos y relegado en ocasiones á una segunda fila por quienes valían menos que él, ó metido en la cárcel ó azacaneado por trochas y veredas, en el nombre de Lepanto se refugiase como en la más alta cumbre de su vida y, menospreciando toda otra vanagloria, templara sus fatigas y pesadumbres diciendo con la frente alta: —Pobre y viejo soy, mal me estiman los que no me conocen, de precarios recursos y viles empleos vivo, pero ¡yo estuve en Lepanto!— Lepanto fué el mediodía de Miguel, que siguió á una corta y espléndida mañana.

Según iba mejorando de sus heridas y conociendo por relatos inconexos y entreverados de fanfarronadas y mentiras todo el valor de la victoria, nuevas alegrías se levantaban en su pecho juvenil. Aquello era la vida.

En la noche del 7 al 8 de Octubre, repuesta y medio ordenada la escuadra vencedora, costeando por el golfo de Patras, vino la galera *Marquesa*, con otras, á anclar en la isla de Petala, que junto á la costa de Acarnania emerge del mar. Las agonías y trasudores de Miguel en aquella noche, ni él mismo acertó á pintarlos. Navegando los buques, y no muy abundantes los cirujanos, sólo una primera cura sumarísima, acaso un simple vendaje, vino á aumentar, que no á aliviar, sus angustias. En la mañana del 8 se hallaba Miguel doliente y lánguido, escalofriado y descaecido, cuando, como una aparición de imaginería flamenca, vió presentarse ante sus ojos, siempre rubio y sonrosado, la audaz sonrisilla en los labios, al cinto la espada de los gavilanes de oro, firmes las ágiles piernas, elocuentes y amorosos los brazos, al héroe de la jornada. Era el señor D. Juan de Austria, que visitaba á los heridos y enfermos y repartía palabras dulces y honrosas recompensas. Llamaba hijos á sus soldados, casi todos más viejos que él, y, por Dios, que parecía una fianza de nuevas victorias y de inmortalidad segura aquel oirse llamar hijo por un padre tan joven y de tan hermosa lozanía.

Junto á D. Juan venía otro personaje cuarentón, de gran bigote entrecano y picuda barba, de morenas mejillas, de duro entrecejo: sobre la coraza traía el lagarto de los caballeros santia-

guistas. Si D. Juan parecía el Arcángel de las batallas, aquel otro personaje, que bastón de general llevaba también, semejaba la más exacta imagen del Dios de la guerra, con algo de Marte y algo de Neptuno. Era el primer Marqués de Santa Cruz, D. Álvaro de Bazán, el héroe de Muros, de la Gomera, de Malta, «el padre de los soldados».

Con ojos llenos de admiración los vió Miguel acercarse; con sorpresa hondísima é indecible placer los miró pararse ante su lecho. Allí, en breves palabras, de entonación ruda, el capitán alcarreño Diego de Urbina contó á los generales lo que Cervantes había hecho el día anterior. Los ojos pardos de D. Juan, los claros ojos de D. Álvaro, enseñados á desafiar la muerte, cayeron con atención profunda sobre el maltrecho soldado. Miguel no entendió claro lo que aquellos ojos y aquellas lenguas le decían. Puede ser que le preguntaran su nombre y patria. Miguel nunca lo supo. Sólo oyó claro que D. Juan tornaba la cabeza á alguien que en pos suyo llevaba una colodra con tinta y un papel con notas, y le decía: —«Aventájese á este soldado con tres escudos sobre su paga ordinaria, y cuídesele y atiéndasele muy bien, dándome noticias de su curación.» También el Marqués de Santa Cruz dijo algo: palabras de ánimo y de esfuerzo, sinceras y valiosas por ser de hombre muy habituado á ver enfermos y heridos. Luego los dos generales siguieron su marcha, volviendo sus acorazados torsos, la mano en el puño de la tizona. No vió D. Juan, sin duda, en Miguel á un hombre vulgar. Las dos paralelas de la vida del general y del soldado estuvieron entonces próximas á juntarse, y juntádose habrían á no venir en contra los sucesos que á entrambos guiaban, no por el camino que ellos apetecieran.

Al día siguiente de la victoria, mal podía D. Juan imaginarse que de ella no iba á sacar ningún fruto. Lo ya logrado constituía lo más importante de su plan, pero no era, ni con mucho, todo él. Repartida la escuadra en las islas atenientes á la costa, pensaba rehacerla en breves días, tomar la vuelta de Morea, atravesar el Archipiélago, subir á los Dardanelos y allí establecer el bloqueo de los turcos, invernando él en el cómodo resguardo de Corfú. Según iba recorriendo las naves, que más bien hospitales flotantes parecían, se les representaban las grandes dificultades que la enorme cantidad de enfermos y heridos originaba. Sería menester diputar una parte de la escuadra para transporte de tantos hombres inútiles, cuyas llagas y fiebres amenazaban infestar ó apestar todo el ejército. Por otra parte, los venecianos, seguros de haber contribuído muy poderosamente á la victoria y á la destrucción de los turcos, comenzaban á temer las futuras represalias de éstos, ó acaso á contar en moneda lo que el triunfo les había costado. Finalmente, D. Juan se hallaba como se halla y se ha hallado siempre todo español en el día de su mayor gloria: falto de víveres, de dinero, de medicinas.

Pasaban en esto los días de la primera quincena de Octubre; los soldados sanos iban dándose cuenta de su gloria y dulcísima galbana se apoderaba de sus ánimos. Todos eran relatos de particulares hazañas, todas esperanzas de futuros premios ó quejas por no haberlos alcanzado, ó envidias de los ajenos. El frío se echaba encima y D. Juan comprendió que se habían enfriado también las almas combatientes. Una helada carta del Escorial acabó de apagarle todos los ardores.

Además, aunque D. Juan fuese el hombre escogido y providencial, *missus á Deo*, que entonces se pensaba y aun hoy pensamos, no dejaba de ser español. Poseemos los españoles el hoy y perdemos el mañana, ó como dijo quien mejor nos conoció, nunca mañanamos. No mañanó D. Juan después de Lepanto, y el hoy se hizo ayer sin que él lograra sus frutos. De ello no le pesó á su hermano, quien, tal vez, secretamente, negramente conducía estos sucesos desde las heladas faldas del Guadarrama azul y blanco. No se lo demandemos á D. Juan que, para su edad, sobrada prudencia demostró. No se lo demandemos, y pensemos que era mozo y pasada la hora roja del triunfo había de llegarle, ¿cómo no? la rosada hora del amor.

En la última decena de Octubre, las galeras se dividieron. Marcharon los venecianos Adriático adelante; salió D. Juan con las suyas para Mesina; poco después Marco Antonio Colonna para Civitavecchia y D. Alvaro de Bazán para Nápoles. Iba D. Juan perplejo, como el hombre que acaba de derribar, con todo su es-

fuerzo, una pared y se encuentra con otra más sólida que le estorba la luz y el aire; pero al mismo tiempo, sus veintiséis años ansiaban el suave premio de sus fatigas.

Salió, pues, la *Marquesa* de Petala. Miguel, acongojado por la calentura y por la pestilencia que bajo cubierta se padecía del acumulo de tantas enfermas y sanas, pero sucias humanidades, rogaba que algunas horas del día le subieran ó él mismo subía á respirar al aire libre. A pocos nudos de navegación desde Petala, divisó las costas de una hermosa isla donde el otoño amarilleaba los árboles. Al saber su nombre, suave y confortativa emoción corrió por sus venas. Aquella era la isla de Itaca, donde reinó feliz y á donde volvió tras mil desventuras, en el fértil otoño de su vida, Ulises el Prudente. Entre las moreras, los romeros y los olivos que de lejos se divisiban, debía de hallarse la repuesta y agradable gruta de las Nereidas. Aquel puerto, formado por dos escarpadas costas que en el mar se internan y convergen, es el puerto consagrado al viejo nauta Forkynos. Los dulces ojos de la fiel Penélope conservaron su mirar casto contemplando el ir y venir y el zumbar oficioso de esas castas abejas. Ante la costa del reino de Ulises, Miguel, herido, va penetrando un poco más en los grandes secretos de la vida. Aquel es el primer otoño que aprovecha. La juventud rara vez sabe sacar del otoño y de su blandura, en que muestra que fué estío, y de sus súbitas frialdades, que amenazan ser invierno, todo cuanto en el otoño hay. Pero Cervantes, para algo es un hombre superior á los demás, y acierta á estimar en su valor el otoño cuando los demás sólo aman aún la primavera, y no ha concluído de ser Aquiles, cuando ya tiene mucho de Ulises en el temperamento.

Andando, andando, las naves doblan Tarento, penetran en el Estrecho, ven el faro de Mesina, la ciudadela, San Salvador, el brazo de San Reniero. Mesina es como Génova, ciudad anfiteatro, ciudad de brazos abiertos, pero, al revés que Génova, Mesina, abre sus brazos hacia Oriente y recibe las esperanzas realizadas ha poco, las ilusiones triunfadoras.

Desde las galeras van divisándose los grandes edificios góticos, moriscos, románicos, renacientes que embellecen la ciudad, los

mármoles blancos y negros de Santa María la Nueva, los arcos de herradura de la Annunziata. Todas las naves del puerto y todas las torres de la ciudad están empavesadas. En terrazas y tejados, en camones y galerías, ondean al viento gallardetes, cortinas y colgaduras de todos colores. D. Juan, manda también que se engalanen sus galeras con grímpolas y flámulas. A remolque y con las nalgas, que son la proa, hacia adelante, para mayor escarnio, vienen amarradas y prisioneras las galeotas turcas. Los ricos estandartes del Profeta, bordados de colores y recamados de oro y plata, la antes vencedora media luna del blasón del Gran Señor colgadas hacia abajo, barren las aguas sucias del puerto. Retumban los cañonazos de la ciudadela, aclaman los aires los clarines de la escuadra: en tierra, gaya trompetería alborota á las gentes que gritan, tomando gustosas parte en el triunfo sin haber trabajado para conseguirlo. Atracan, por fin, las naves al puerto. Todos los ojos se fijan en la galera real, de donde sale á poco la más bella imagen de la victoria, el Señor Don Juan, alegre y ansioso, buscando á lo lejos los ojos femeniles, petulante y gallardo. Los patricios de la ciudad le reciben y le prestan homenaje. Han acordado erigirle una estatua de bronce y desde luego le ofrecen y entregan un presente de treinta mil coronas. Don Juan las acepta y las destina á sus soldados heridos. El hombre de la colodra de tinta y el papel toma nota de esto y de todo.

Pasado el estruendo del triunfo, los heridos bajan, ó son bajados, á tierra. Ya las calles no rebosan de gente. Al pueblo le interesa la victoria, no el saber á qué costa se ha logrado. Miguel entra, con otros muchos heridos, en el hospital de Mesina. Las heridas mal curadas y el frío y necesidad que ha pasado tiénenle en malísimo término. Es el día 31 de Octubre.

En los primeros días, Don Juan se ocupa en revistar y recontar sus tropas. En 11 de Noviembre escribe al Rey, su hermano, diciéndole que pasan de 2.000 los infantes españoles que hay en Nápoles, y que desea que el cardenal Granvela le avise cuántos soldados le faltan de las fuerzas que ha de haber en Nápoles para dárselos del tercio de Don Miguel de Moncada. «Fuera muy necesario—añade—reformar buen número de capitanes que tienen poca

gente, y enviarles á España á levantar más soldados; pero el quitarles las compañías después de haber vencido una batalla tan importante sería darles justa causa de se desdeñar, y á enviarles á España sin licencia y orden de Vuestra Majestad *no me atrevo, porque no sé cómo se tomará.*» Ved aquí al héroe que no temió á las balas, temblando ante los palaciegos de Felipe II.

Lo demás del invierno lo pasa Don Juan en preparativos. Muchos días visita los hospitales; regala para los enfermos treinta mil ducados suyos, y muestra gran interés en que todos sus heridos sean curados pronto, para que asistan á las fiestas preparadas por Mesina en celebración de la victoria. Una ó varias veces Don Juan ve á Cervantes, recuerda su cara, le pregunta cómo va de las heridas. Va mal: adelanta poco. La mano izquierda la tiene gangrenada y á punto de perderse. Don Juan encarga especialmente al doctor Gregorio López, su médico de cámara, que vea y asista á aquel herido, por ser un hidalgo de quien Su Majestad puede esperar mucho.

Un día llega el doctor Gregorio López, con sus hopalandas negras y su gorra plana doctoral, sin plumas. Le siguen fámulos con botes de ungüentos y tópicos, otro con la bolsa de operar. A Miguel se le tuerce algo la vista al mirar todo aquel matalotaje. Las heridas en las manos son siempre dolorosísimas. El doctor desata los vendajes, lava la herida, la examina despacio, con las antiparras puestas. Miguel se muerde los labios transido por el dolor. El doctor Gregorio López le mira el rostro pálido, y le dice:

—No temáis. Estas manos que os curan, ¿sabéis á quién curaron?... ¡Dios le tenga en su santa gloria!, á nuestro amado Señor el César Carlos V.

CAPÍTULO XV

EL MANCO, SANO.—DON LOPE DE FIGUEROA.—NAVARINO. MODÓN.—EL FINAL DE UN POEMA

Después del camino y de la nave, del cuartel y del campo de batalla, el hospital es una buena, santa y provechosa escuela. Miguel había de seguir todos los cursos y disciplinas del vivir y no podían faltarle ni el aprendizaje hospitalero ni el carcelario.

Quienes visitan los hospitales hoy día y los ven limpios, apañados, bien abastecidos y gobernados por amables médicos y por virtuosas mujeres con tocas blancas, mal se formarán noción de lo que era el hospital de Mesina, donde Miguel pasó en curarse, ó mejor, entre si moría ó no, seis meses, desde el 31 de Octubre de 1571 al veintitantos de Abril de 1572. Preferido Miguel, como soldado aventajado, para la asistencia médica, en lo demás era uno de tantos; y no pensemos que aquellos hombres heroicos de la batalla naval eran sujetos piadosos y compasivos después del instante épico. Al contrario: en el hospital de Mesina, como en todos los de entonces, había quien se moría de hambre por falta de recursos y de caridad ajena; había, como en los hospitales de ahora, *calandrias*, que son enfermos fingidos que se pasan en la cama dos ó tres ó quince días á la husma de lo que puede perdérseles á los enfermos de veras; sólida y tácitamente estaba organizado el robo á vivos, moribundos y muertos. Ese beato sosiego que hoy día se apodera del hombre hospitalado, que no tiene que pensar sino en su curación y para nada en los afanes del mundo, no existía entonces.

Al que no tenía dinero abundante, el hospital le era víspera de la sepultura y no asilo de esperanzas. No le faltó, por fortuna, di-

nero á Cervantes, de quien el Señor Don Juan ó alguien que cerca de él se hallase hacía memoria con gran frecuencia y singular aprecio. En 15 de Enero se le dieron á Miguel veinte ducados de ayuda de costa, para acabar su curación, por una libranza suelta de gastos secretos y extraordinarios de Don Juan. En 9 de Marzo se le dan otros veinte ducados por cuenta del pagador Juan Morales de Torres, y en 17 de Marzo, entre otras varias libranzas sueltas á favor de personas beneméritas en la batalla de 7 de Octubre, figura una de 22 escudos á nombre de Miguel.

No le faltó, pues, probablemente, lo necesario para la mantenencia. Las heridas del pecho debieron de curar pronto, puesto que ninguna herida grave en tal sitio dura mucho tiempo sin acabar ella ó acabar con el paciente. Más fatiga y pesadumbre le daba la de la mano, que, á no dudar, desaparecida la gangrena, vino á quedarle seca y anquilosada, en forma que no le era de utilidad alguna, como él mismo hizo que le dijera Mercurio en el *Viaje del Parnaso:*

> Bien sé que en la naval dura palestra
> perdiste el movimiento de la mano
> izquierda, para gloria de la diestra.

La manquedad, por ser de la izquierda, no debió de afligir gran cosa á Miguel, quien, según iba entrando la primavera, cobraba nuevo ánimo y esfuerzo y no abandonaba sus propósitos de ser alguien muy sonado en la militar profesión. Hacia el 20 de Abril debió de salir del hospital, rehecho, contento y con el alma joven y ductilizada por lo que en aquel recinto del dolor y de la escaseza había visto. No se sabe que en toda su vida volviese Cervantes á entrar en hospital ninguno; sí se asegura que de éste salió muy ilustrado acerca de las mayores y más terribles miserias de la humanidad. Los hechos iban depositando, indiferentes, en su alma grande, la filosofía resignada y el alegre y hondo concepto de la vida que le acompañaron lo más de ella. El *sustine* y el *abstine*, de Córdoba heredados, comenzaba á sostenerle en las grandes tribulaciones y necesidades, como un espigón de hierro mantiene firme y enhiesta una estatua desde que, recién modelada y fresco y joven

el yeso parece fácil desmoronarse al menor golpe, hasta que vieja y maltrecha la creeríamos pronta á hacerse añicos.

Formábase de este modo un carácter y un temperamento, resumen y tipo de todos los de su época: cual los de aquellos hombres capaces de alternar con dignidad en las aulas regias y de no perder el decoro en las ergástulas de los cautivos ni en los bancos de los forzados. Nos hemos achicado hoy de tal suerte que el llevar la levita raída ó risueñas las botas nos cohibe para la acción fecunda y nos cierra las puertas, tras las cuales se alberga la esperanza. Entonces no era así. Un soldado á quien la espada sirve de báculo y que sale del hospital con el rostro amarillo y flacas las piernas, haciendo pinitos y dando traspiés como convaleciente, á la manera del alférez Campuzano, lleva en su almario energía bastante para conquistar un mundo. Dícese que es la nuestra la edad de los advenedizos, donde á nadie se piden cédulas ni informaciones para llegar á todo y yo digo que es mentira, antes todo está tan trabado, encerrojado y retenido que menos sirven la buena voluntad y la inteligencia clara en estos nuestros sosegados siglos que en aquellos de ríos revueltos y grandes turbulencias.

Como quiera que sea, Cervantes salió del hospital con grandes ánimos, curtido en el padecer, hechos los ojos y el corazón á ver tristezas grandes. La primavera había entrado en la hermosa tierra de Sicilia: en las colinas blanqueaban los almendros y verdeaban los toronjiles. En la hermosa estación, la isla palpita, como quien lleva en sus entrañas fuego de volcán: tal vez, sin que lo noten sus habitantes, se mueve el suelo todos los años con la eflorescencia y la germinación primaverales. Enardecidos una vez más los españoles y deseoso Don Juan de seguir la empresa comenzada y derribar la nueva pared que estorbaba su paso triunfador, negoció la continuación de la campaña. Dificultades de todo género le salían al paso. En 25 de Abril, nuestro embajador en Roma D. Juan de Zúñiga, le decía no ser probable que la armada de Su Santidad pudiera moverse de Civitavecchia antes del 15 de Mayo, porque el Papa andaba en demandas y contestaciones con el duque de Florencia sobre el enviar éste sus galeras, pues decía que no se

había cumplido con él conforme á lo capitulado con Su Santidad. Zúñiga añadía que él, de su cosecha, trataba de recurrir á los buenos oficios del cardenal de Médicis y del cardenal Pacheco, para que el duque se allanase. Por su parte, los venecianos no estaban seguros ni mucho menos. D. Juan de Austria se exasperaba, pero aún no creía perdido el fruto de su hazaña gloriosa. De la corte madrileña recibía cartas y de los agentes secretos que andaban por París y por Constantinopla, avisos que le inducían á recelar una activa intervención de los franceses en favor de los turcos, no directamente, sino distrayendo hacia Flandes é Italia la atención, las fuerzas y el dinero de los españoles, dando tiempo á que el turco se recobrase. El Pontífice, además, se hallaba gravemente enfermo y su muerte próxima aumentaría las dificultades.

Por eso Don Juan se apresuraba á tener todas sus fuerzas apercibidas. Examinó y recontó sus tercios, pensó reformar el de Moncada y completar con él la guarnición de cuatro mil soldados que había en Nápoles. En esto se estaba cuando Miguel salió del hospital y se presentó á sus jefes. En 29 de Abril se dió orden á los oficiales de la Armada para que asentasen en los libros de su cargo á Miguel tres escudos de ventaja al mes en el tercio de D. Lope de Figueroa y en la compañía que se le señalase, la cual fué la de D. Manuel de León.

Recién salido del hospital, entraba Miguel en el tercio de los héroes. Catorce compañías le formaban, con capitanes de hazañosa fama, aguerridos en Africa, en Flandes, en Italia y en las Alpujarras: de ellos vizcaínos, de ellos andaluces, de ellos italianos. Entre todos debía distinguirse, por su antigüedad, pericia y valor el capitán Don Manuel, que así le llamaban á veces las relaciones de proveedores y comisarios, sin duda, porque su popularidad y reputación en el ejército, eran tan grandes que, en diciéndose *Don Manuel,* sabido era que de Ponce de León se trataba.

Quizás fuera éste pariente de aquel famoso caballero D. Manuel de León, á quien tanto admiraba D. Quijote por su memorable hazaña de haber sacado de entre las uñas de un león fiero el guante arrojado por su dama adrede para probar el valor del paladín. Mas por cima de sus capitanes sobresalía como el cedro

sobre las encinas, el gran D. Lope de Figueroa y Pérez de Barradas, famoso entre los famosos, bravo entre los bravos.

En D. Lope de Figueroa y en su conocida y honrosa historia militar contempló Miguel algo que le alentaba é inducía á perseverar en el ejercicio de las armas. D. Lope de Figueroa había nacido en Guadix, de familia hidalga, pero no rica: como soldado sirvió en Lombardía y por sus méritos y servicios llegó á capitán. Quedó en la rota de los Gelves cautivo y tres años remó forzado en las galeras de Constantinopla. Rescatado en 1564, se halló en la jornada del Peñón de Vélez, en Italia, en Malta: pasó á Flandes y allí le recrió para general el gran duque de Alba. En Frisa, junto al río Jama, tuvo la gloria de cobrar siete piezas de artillería de Nassau con solos trescientos arcabuceros. Cómo se hacían estas cosas, nadie se lo explica: leyenda parece. Maestre de campo en la guerra de las Alpujarras, peleó como bueno y le alcanzó un balazo en el muslo, de que toda la vida quedó renqueante y dolorido. A la jornada de Lepanto asistió en la galera Real con el Sr. D. Juan, que grandemente le estimaba, fué de los primeros que saltaron al abordaje á la capitana turca y, muerto Alí-bajá, D. Lope en persona cobró el estandarte que los turcos defendían valientemente á popa.

Era D. Lope de Figueroa el más prestigioso jefe del ejército de Don Juan: su vida, un claro espejo en que los militares mozos se miraban, deseando emularla, y al par, un ejemplo de cuánto puede el valor por sí solo. Cuarentón cuando Cervantes le conoció, tenía ya la cabeza llena de canas, el genio agrio, las palabras cortas. Hoy llamaríamos á un hombre semejante *un profesor de energía.* Despreciador de la vida y gran sufridor de sus dolores y molestias, era además muy devoto, cuando se ofrecía la ocasión, y tenía en mucho las reliquias santas, pareciéndole muy naturales los milagros divinos, pues que él había dado fin al húmano milagro de tomar cañones con arcabuces solos.

Si bien se examina, era mayor la fe de estos hombres de batalla que la de los hombres de iglesia, por lo mismo que en aquéllos predominaban la voluntad y la energía y en éstos la meditación y el estudio ó la negociación y el cálculo. Don Lope de Fi-

gueroa, con su barba gris, sus chispeantes ojos y su pierna arrastrando, cruza por ante la imaginación de Miguel como uno de los héroes antiguos ó de los andantes caballeros, reducido á proporciones humanas y á términos contemporáneos. Ya no ve Miguel á los héroes envueltos en los nimbos de oro y de humo que les ocultaban en el gran día, sino tal como son, en su verdadero tamaño y con su valor cierto. Los seis meses de hospital le han aclarado y humanizado la vista.

Otro tanto ha sucedido con los recientes héroes de la Liga cristiana. Tiene el heroísmo, como el amor, su cuarto de hora. No se aprovechan, á veces, los minutos, y pasa el de la fecundidad. Esto sucedió allí. Nunca segundas partes fueron buenas, y pasada la fiebre de la victoria, no hubo manera de recalentar los ánimos. Por fin, llegó en Junio á Mesina Marco Antonio Colonna con las esperadas galeras papales. Don Juan, que era quien únicamente conservaba el entusiasmo, le auxilia con muchas naves de vituallas y municiones y le presta las treinta y seis galeras de Don Alvaro de Bazán, que ocupan el tercio de Moncada, y dos compañías del de Figueroa. Surca de nuevo Cervantes las aguas del mar Jónico, llega á Corfú, donde se revistan las tropas y se hace un simulacro de perseguir á algunas galeotas turcas que rehuyen el combatir. Hasta entrado Agosto no recibe Don Juan, que ya estaba en ascuas, la orden de salir con su escuadra para Corfú. Llega allí, y no encuentra las galeras de Colonna, quien, persiguiendo á los turcos, se había alargado á Zante. Júntanse en Cefalonia las escuadras, pero un error de los pilotos, ó de quienes fueren, hizo que saliesen vanos todos los esfuerzos. Dejémoslo contar al propio cautivo.

«Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los levantes y genízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mismo puerto, y tenían á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habían cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ó descuido del general que á los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí (que era el ex-rey de Argel, héroe de Lepanto) se recogió en Modón, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto y estúvose quedo, hasta que el señor Don Juan se volvió.»

Inútil fué el ataque á Navarino, aconsejado por la gente de Venecia. Tomó en él parte Miguel con la infantería y artillería de desembarco, que hubo de ser retirada por la noche, al abrigo del fuego de la escuadra, y vió entonces de cerca á un general joven como Don Juan de Austria, y bravo en tal extremo que, años antes, según los mismos soldados referían, no pasaba tarde ni noche sin acuchillarse con alguien en las calles de Madrid por el más fútil pretexto. Aquel desmandado é impetuoso caballero, cuyo denuedo estimó Cervantes tanto más cuanto más seguro era que de nada servía en aquella ocasión, era el Príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, el campeón de la gloria.

Pero, por mal que se pongan los sucesos, cuando se anda entre personajes que llevan nombres, cuyo eco sigue por siglos resonando en la historia, siempre hay manera de ver cosas grandes. Tal sucedió entonces.

«En este viaje—sigue narrando Miguel por boca del cautivo—se tomó la galera que se llamaba la *Presa,* de quien era capitán un hijo (algunos historiadores dicen que nieto) de aquel famoso corsario Barbarroja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la *Loba,* regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán Don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz. Y no quiero dejar de decir lo que pasó en la presa de la *Presa.* Era tan cruel el hijo de Barbarroja, y trataba tan mal á sus cautivos, que, así como los que venían al remo vieron que la galera *Loba* les iba estrechando y los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen á proa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron

tantos bocados, que á poco más que pasó del árbol, ya había pasado su ánima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el odio que ellos le tenían.»

Ahora, decidme; los que no habéis visto nunca un hombre muerto á mordiscos por sus esclavos, los que no conocéis generales que de jóvenes se hayan acuchillado con quienquiera por las calles todos los días, en guisa de gusto y deporte, cómo sin estos antecedentes podremos hacernos cargo del temple y ánimo de Miguel, ni comprender con exactitud y claro juicio las partes restantes de su vida; porque si hemos de juzgarla cual si fuera semejante á la nuestra, prosaica y apañada de burgueses que saldan sus cuentas morales y económicas con toda puntualidad, y que tiemblan leyendo la cotización de la Bolsa, no haremos sino disparatar.

Poca cosa era, para tan grande armada, coger una galera y matar á un corsario más. Día de mucho, víspera de nada, pensóse, pero no se dijo en alta voz por muchos capitanes y soldados. Perdiendo el tiempo se pasó Octubre y entró Noviembre. Mohinos y aburridos de no haber realizado cosa de provecho, separáronse los barcos de la Liga. D. Juan volvió á Sicilia triste y pesaroso. Entonces comenzó á conocer Miguel las dilaciones y fatigas de la guerra, las penalidades del servicio diario: la prosa cotidiana invadía también la gloria de la milicia. Revelósele el aspecto de oficio que hay hasta en las más espirituales profesiones. Había visto de cerca á los héroes cruzarse de brazos sin saber por qué á punto fijo. ¿Qué misterio era, pues, el que guiaba á los hombres á la victoria y los amodorraba y baldaba después?

Todo el invierno pasó en Sicilia, gozando su clima apacible, sus arcádicos paisajes, el suave trato de sus moradores; puede ser que escribiera versos pastoriles. Muchos de los que hay en la Galatea quizás son de este tiempo baldío para el militar.

En tanto, Felipe II, el nuevo Pontífice Gregorio XIII y Don Juan, preparaban la expedición del año próximo, pensando llevar trescientas galeras y sesenta mil soldados. Extraños rumores comenzaron á circular por Italia. Hacia Marzo se supo que, mediante las negociaciones del obispo de Aix y el embajador de Francia

Noailles, los venecianos habían firmado paces con el turco, pagándole 300.000 ducados anuales. Curiosísimo es ver á este prelado católico poniéndose de acuerdo con el Gran Turco en contra de la Santa Sede.

Al saberlo Don Juan, quitó de la galera real el estardarte de la Liga y puso el suyo, bramando de rabia. Felipe II rechinó los dientes. La Liga era otra gran ilusión deshecha. El poema había terminado.

CAPÍTULO XVI

LA GLORIA Y EL HAMBRE.—LOS PORTOCARREROS.—LA JORNADA DE TÚNEZ.—LOS ENCANTOS DE CERDEÑA

El victorioso D. Juan y su humilde soldado Miguel, cubiertos de gloria, hallábanse á los primeros meses de 1573 sin tener que llevar á la boca, como quien dice. Miguel no cobraba sus pagas y vivía precariamente: otro tanto les sucedía á los demás soldados. El Señor Don Juan pedía casi á diario recursos á España para atender á aquel ejército famélico: recurrió también á Nápoles con el mismo fin, y el cardenal Granvela se callaba prudentemente y no soltaba un cuarto. Con esto era menester á los soldados llevar una vida franca y diablesca: abrían la mano los capitanes y la tropa se esparcía por los pueblos, viviendo sobre el país, no declarada sino disimuladamente. Al poema épico sucedía sin interrupción, la novela picaresca. Aquiles y Héctor se trocaban en pocos meses en Guzmán de Alfarache y Estebanillo González. Estos continuos tumbos de la vida española, este perenne pasar de la excelsitud á la miseria fueron los que engendraron el *Quijote*.

Pero la necesidad, que á un pobre soldado no le inspira sino recursos de momento, á un general como D. Juan de Austria le despierta ambiciones y codicias, en las cuales tonto será quien no columbre un principio, si no de rebeldía, de protesta. Mucho le importó que los venecianos abandonasen la liga, pues de tal manera ya no era él dueño absoluto del mar. Si se movía hacia Oriente con sus propias fuerzas, dejaba desguarnecidas las costas

de Sicilia y Nápoles y expuestas á alguna asechanza de los turcos, favorecidos por Venecia. Su papel de paladín de la cristiandad no le halagaba ya cosa mayor, puesto que el mismo rey cristianísimo de Francia le iba en contra y trataba con los turcos. Falto de medios para proseguir abatiendo el poder otomano en sus propios mares, la vecina costa de Africa le sonreía. En su alma heroica renacían los impulsos heredados de su padre el emperador, el caballero andante que conquistó á Túnez por sus propios puños; saboreaba ya por anticipado la elogiosa dulcedumbre de alguna futura relación en que cualquier historiador pintara sus proezas con el macizo y latinante estilo con que el doctor Illescas contó las de su padre. Don Juan iba dejando de ser un arcángel de espada flamígera y haciéndose hombre. Se acercaban los treinta años, época en que todo ser humano mira para sí. A D. Juan le tentaba el reino de Túnez.

Con su perspicacia hondísima de confesor, que veía al través de tierras y mares y penetraba en el fuero de las intenciones, conoció D. Felipe II los anhelos y propósitos de su hermano é intentó desviarlos en bien suyo y de su monarquía. Bastaba—le decía—por el momento destronar al terrible Uluch-Alí y poner en su lugar á Muley Mahamut, sin intentar mayores empresas en la costa de Berbería. Así iba empequeñeciendo el resultado del triunfo de Lepanto la titubeante y suspicaz alma felipesca, demasiado fina para mandar en tan vasto imperio como el suyo, que requería á su frente un poco ó un mucho de la brutalidad pantagruélica de Carlos V. Y no contento con procurar distraerle en tan duro empeño, tuvo D. Felipe buen cuidado de poner junto á su hermano fieles y prudentísimos testigos de vista que le aconsejaran y dirigiesen.

De ellos, el principal fué el duque de Sessa, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, nieto del gran capitán, caballero valentísimo, gobernador prudente del Estado de Milán, héroe en las Alpujarras y con esto, delicado poeta, cantor del desengaño que quizás antes de tiempo iba apoderándose ya hasta de las más firmes y enérgicas almas españolas. La sangre bullente del Gran Capitán había aplacado su hervor en las venas de su nieto, no tanto que

no cumpliera éste muy bien su obligación como caballero en todo caso, sí lo bastante para que le faltara aquel punto de locura que arrastra á los héroes de verdad y engrandece á los pueblos.

Discreto, calló D. Juan, obediente á las órdenes de su hermano que, además, no contrariaban sus designios. En aquel invierno había recibido un rico presente de la hija del desventurado Alí-Bajá, la mora Fátima, á cuyo hermano Mahomed Bey, prisionero de Lepanto, dió D. Juan libertad. D. Juan devolvió el presente acompañándole con una carta caballeresca, cuyos conceptos corrieron de boca en boca de los soldados, como los versos de un buen romance fronterizo. «El presente que me embió dexé de rescibir y lo hubo el mismo Mahamut Bey, no por no preciarle como cosa venida de su mano, sino porque la grandeza de mis antecesores no acostumbra recibir dones de los necesitados de favor, sino darlos y hacerles gracias.» Pero como no es todo poema ni romance fronterizo, ello era que los soldados habían hambre y D. Juan escribía un día y otro sin conseguir recursos.

Esta sensación general de necesidad, que iba apoderándose de todo el ejército, se agravaba todavía respecto de Miguel, con las noticias que de tarde en tarde recibía de su familia. En el ejército de Don Juan había comenzado la novela picaresca y en casa de Rodrigo de Cervantes, en Madrid, un poco de ella, y otro poco de la comedia de capa y espada. Lentamente, la corte iba siendo corte, es decir, se desembarazaba de la vestidura negra que sobre su vida echaron las tristezas del monarca y, acudiendo á Madrid jóvenes y galanes de todas las familias ricas españolas, muchos habituados á los cortejos nocturnos propios de los pueblos donde vivieran, otros que acaso habían conocido la vida libre de Italia y catado la suavidad y gusto del devaneo amoroso, surgió en la corte el tipo del Don Juan de oficio y comenzó á llenar las calles de Madrid la aventura galante, que había de dar asuntos eternos y múltiples á los autores cómicos y dramáticos. Como en las comedias de Lope y de Tirso y en los enredos calderonianos se ve, ocurría que familias enteras de jóvenes sueltos se dedicaban á contraer deudas, perseguir tapadas, fingir promesas matrimoniales, reñir y promover pendencias y, en suma, á hacer

el calavera, no tan á lo burdo como los bravos, jaques y virotes de Sevilla, ni tan á lo cortesano como los galanes petrarquescos de Italia. De este tipo y traza eran los hermanos Portocarrero, hijos del respetable Sr. D. Pedro Portocarrero, que se hallaba de general en el ejército de Italia y perteneciente á una antigua y linajuda familia de origen italiano, sin duda, pero establecida en España y fincada en Extremadura.

El mayor de estos disolutos mancebos, D. Alonso Pacheco de Portocarrero, ofrece en 27 de Agosto de 1571 pagar á doña Andrea de Cervantes quinientos ducados, precio de un collar de oro grande con sus piedras y perlas finas de rubíes, esmeraldas y diamantes y un *Agnus Dei* de oro y un rosario de cristal. Por el mismo tiempo otro de los hermanos estaba empeñado con Juan Martínez, gorrero, con Maese Pedro, sastre de la caballeriza de S. M. y con Jácome Trezo, el famoso lapidario, quien le había demandado ante el Consejo de las órdenes militares. Por fin, el menor de ellos era D. Pedro Portocarrero, de quien no hay que decir sino que sus compañeros de orgías y escándalos le pusieron el mote de *La Muerte*. Qué proezas serían las suyas no lo sabemos: sí que por ellas fué condenado *La Muerte* á galeras, no obstante la nobleza de su apellido y los empeños de su padre D. Pedro, que ya era á la sazón gobernador de la Goleta. No es hoy tan raro el tipo del señorito linajudo entregado á la huelga y al vivir rufo y picaresco, que no podamos, con los datos constantes, reconstruir la vida de estos personajes con quienes años seguidos estuvieron relacionadas las Cervantas: primero, doña Andrea y doña Magdalena después ó quizás ambas á un tiempo.

Eran ellos de esos señoritos que comienzan por andar en amoríos con cuantas mujeres topan, comprométense después en préstamos y malos asuntos de dinero, distribuyen sablazos y peticiones entre los individuos de su familia, recurren después á banqueros y prestamistas (á los Fúcares recurrió en varias ocasiones Don Pedro *La Muerte*), bajan, agotado esto, á tratos y cambalaches de caballos, arneses y joyas, ropas y vestidos con chalanes, cambiantes y fiadores y concluyen, ya apurado el crédito personal y deslustrado ó enfangado el nombre, por cometer desmanes y trope-

lias que les llevan á presidio ó, como sucedió con éste, á galeras. Entonces se alborota la familia, todos los que llevan el apellido se creen deshonrados, recúrrese á la recomendación y al soborno, pero el escándalo ya no hay quien lo evite.

No quiere el narrador saber cuáles fueron las relaciones de los Portocarreros con las Cervantas, ni mencionaría este incidente si no hubiera tenido más largas consecuencias en posteriores tiempos. Sí debe consignar que, entrado el año de 1573, y mientras ellas seguían pleitos con D. Alonso de Portocarrero para cobrarle su deuda ó hacer efectiva su promesa, si de ello se trataba, como es presumible, las cosas de la familia de Rodrigo no iban bien en Madrid. El buen cirujano había tenido que pedir dinero á préstamo; recurrió en cierta ocasión, que conocemos, á uno de aquellos Bárcenas, medio vizcaínos, medio montañeses, que ya entonces acudieron á Madrid á comerciar en telas y en otras cosas. La cantidad pequeña y el corto plazo de la devolución muestran más claro que no era grande el crédito y sí muy apremiante el apuro.

Corrían, pues, parejas, como hasta ahora, la suerte del señor Don Juan y la de su soldado Miguel. Faltábales á entrambos dinero, y no veían manera de sacarlo. Las noticias de España que ambos recibían no eran para servirles de reparo en tal situación. Por fin, Don Juan, sin dinero, pero nunca falto de ánimos y resolución, formó como pudo su escuadra y su ejército, en el que iba no poca chusma allegadiza y aventurera. Dejó en Sicilia á Juan Andrea Doria, con cuarenta y ocho galeras, y salió él de Mesina el 24 de Septiembre con ciento cuatro de éstas y muchas fragatas y naves, donde iban las tropas regulares y otras de advenediza formación reclutadas en Italia, y es de suponer que no de gente santa y devota: en total, veinte mil hombres. La flota, despacio, se acerca á la orilla africana, siempre codiciada por los ojos españoles. Nueva esperanza sonríe á Miguel, como á su glorioso general. En breve divisan las costas doradas: aquel es el sitio donde estuvo la rica y triunfante Cartago. Miguel recuerda, mirando las pesadas olas, los inmortales hexámetros de la Eneida, que de memoria repite. Aquellos son los lugares de Eneas, aquella la gran Sirte. Más

allá... las olas parecen repetir las palabras airadas de Neptuno á la tempestad:

Jam coelum terramque meo sine númine, venti,
Miscere et tantas audetis tollere moles?
Quos ego..... Sed motos praestat componere fluctus.....

Ya llegan al seno, cuyas orillas son rocas ingentes que amenazan al cielo; á su resguardo, las olas callan. La selva umbrosa se mira en las aguas y las ensombrece. Poco más adelante es el lugar donde Eneas salta á tierra con su fiel Acates, y donde su madre Venus se le aparece disfrazada, sueltos los cabellos de oro, desnuda hasta la rodilla, el arco á la espalda, en guisa de bella cazadora. En pos de ella preséntase á la fantasía de Miguel la imagen amorosa y cálida de la reina Dido, abrasada por la pasión, como tipo ó símbolo de la mujer de Oriente, á quien el aire y el sol del desierto africano entregan sumisa é imbele, sudando de emoción á los brazos del conquistador venturoso. Y nótese cómo estas imágenes de amor satisfecho y ardiente que Africa tiene para Miguel en sus veintiséis años, al acometer la jornada de Túnez, difieren de aquellas otras puras imágenes que antes de Lepanto le ofreciera Corfú, la isla de los Feacios, tanto cuanto difiere la virgen Nausicaa de la enamorada y ardorosa Dido; cuánto el puro deseo platónico de la posesión epicúrea; cuánto deben diferenciarse la víspera de la gloria y el día siguiente á poseerla. Miguel y Don Juan, estas dos almas paralelas, se acercan á Africa, ya conscientes de lo que sus fuerzas y arrestos valen, ciertos de lograr cuanto se proponen: acaso dudan sólo de la utilidad de conseguirlo.

Seguros de sí mismos, se acercan ya, desembarcan, llegan á la Goleta el 8 de Octubre. Fuerte posición es aquella, que domina el golfo y defiende á Túnez. Ocúpanla, y D. Juan saca de allí dos mil quinientos veteranos, entre ellos cuatro compañías del tercio de Figueroa, *que hacían temblar la tierra con sus mosquetes*, según la repetida ponderación de Vander Hámmen. Entre ellos va Miguel, firme y robusto, al hombro el arcabuz, colgante la siniestra mano, no tan inútil, según se infiere, que no le permitiera sostener el

arma y ayudarse para disparar. La empresa resulta un paseo militar lleno de encanto y alegría. El alma de D. Juan se ensancha al recorrer los campos donde su padre ilustre se cubrió de gloria. Al llegar á Túnez hallan abiertas las puertas. El alcaide moro entrega la Alcazaba, en nombre de Muley Hamet. Allí hay de todo, cuarenta y cuatro piezas de artillería, municiones, vituallas. El ejército halla mantenimientos abundantes; pero los veteranos piensan, y con ellos Miguel y también acaso D. Juan, que no parece fácil cosa conservar la plaza entregada tan á la buena de Dios. Aquella sumisión de los moros poco bueno arguye. Encarga D. Juan al ingeniero milanés Gabrio Cervellón construir un fuerte junto al estanque para defender la ciudad.

Al verse en posesión de ella, tremenda lucha se entabla en su ánimo. La ocasión es única para coronarse Rey de Túnez. Ocho días no más duran sus vacilaciones. Buen soldado y obediente general antes que todo, se limita á cumplir las órdenes de su hermano el Rey D. Felipe. Comenzados los cimientos del fuerte, regresa D. Juan á la Goleta con las tropas. Miguel dirige una melancólica mirada á las blancas azoteas de Túnez, pensando no volver allá. Queda en la Goleta como gobernador, con guarnición no grande, el Sr. D. Pedro Portocarrero, padre de Don Alonso y de Don Pedro *La Muerte*, buen caballero, poco soldado para ocupar sitio tan peligroso. El 24 de Octubre, la escuadra y las tropas están de vuelta en Palermo. A primeros de Noviembre, las catorce compañías del tercio de Figueroa son trasladadas, por orden de D. Juan, á la isla de Cerdeña, para que, atendiendo á la guarnición de dicha isla, pudieran prestar auxilio en Africa, si la ocasión se ofrecía.

Miguel pasa aquel invierno en Cerdeña; quizás allí traba conocimiento con el ridículo poeta Antonio de Lofraso, cuyos disparates comentó graciosamente en ocasiones varias. Era Lofraso un soldado grafómano, lo que hoy solemos llamar un chiflado, y sus *Diez libros de Fortuna de amor* los elogia el cura del *Quijote* como libro único y mejor de cuantos *deste género* han salido á luz en el mundo. Pero si allí no conoció al original Lofraso, conoció, en cambio, las raras y arcadianas costumbres de la isla de Cerdeña, en donde pudo tomar y de fijo tomó notas y apuntes para la *Galatea* y para los bellos trozos pastoriles que le agradó intercalar en el *Quijote*.

La estancia de Miguel en Cerdeña durante seis meses nos explica algo que notamos leyendo la parte bucólica de sus obras. Cerdeña es una isla de costumbres sencillas y silvestres, de hermosos paisajes, de bosques umbríos, aprisionados entre montañas rocosas. Hasta el siglo XVII y aun después, Cerdeña conservó la simplicidad de sus hábitos y en la esquivez de sus bosques penetró mal la religión católica, ó, si logró entrar, no arrojó multitud de ceremonias paganas que aun en tiempo de Miguel solían celebrar labradores y ganaderos. El culto de Hermes ó Mercurio, mezclado con el terrible culto de Pan, se conservaba entre aquellos sencillos campesinos, de alma dura y vengativa, como los corsos, pero quizás por lo mismo, inocentes en su brutalidad. Nos sorprende en la *Galatea* y nos causa extraño efecto teatral ver aparecer de vez en cuando un sacerdote de no sabemos qué culto ó religión, dirigiendo extrañas y poéticas ceremonias, á las cuales concurren pastores que hablan del Tajo y del Henares y que han estado en Toledo y en Alcalá. No basta, á mi entender, para explicar esto, decir que Cervantes lo copió de las demás obras pastoriles. Hay en esas descripciones mucho visto en la realidad y puede asegurarse además que en el *Quijote* y, particularmente, en su segunda parte, no hubiera interpolado Miguel escenas pastoriles si hubiese creído que todas ellas eran cortesana ficción de poetas.

Lo que en Virgilio primero, y después en Montemayor y en Sannazaro había leído, lo vió ó algo muy semejante en la hermosa tierra de Sicilia, y más aún, en la misteriosa isla de Cerdeña. Descanso al ajetreo y fragor de las armas fué para él aquella temporada de paz y de reflexión. Comenzaba ya á saborear la vida campestre: gustaba con deleite las aromáticas y generosas malvasías de Quarta y de Bosa, el *giro*, el *bernacho*, el *murago* de Caller, vinos melares que parecen elaborados por abejas. Desde entonces, nunca la gota de miel de la poesía pastoril dejó de regalarle los labios.

CAPÍTULO XVII

LA ESPERA DE D. JUAN.—PÉRDIDA DE LA GOLETA.—CAMPAÑA INÚTIL.—VUELTA Á NÁPOLES.—PROMONTORIO

Dos partes de igual entidad han de estimarse en la vida del héroe: una es el hecho, que dura poco, y en el cual pueden mucho la ocasión y el súbito arrebato; otra es la espera, cuya longura prueba el ánimo y le engrandece. Siguió á Don Juan su soldado Miguel en el hecho y, según su humilde posibilidad, le siguió asimismo en la espera. Uno y otro pensaban, sin pecar de interesados ni codiciosos, que en alguna manera se les debía recompensar por los hechos pasados y por la decisión de los futuros. A Miguel se le dieron tres escudos mensuales de ventaja, que cobraba tarde, mal y nunca. A Don Juan se le prometió algo, tal vez, y en las promesas confiado vivía. Aguijábale, intentando hacerle perder la calma, su secretario Juan de Escobedo, hombre en quien la sagacidad hermanaba con la osadía.—¿Quién sois vos, Don Juan?, le insinuaba sin palabras, con italiana sorna en el mirar y en el gesto. ¿Habéis pensado que, tras una tan grande victoria, aún no podéis ufanaros, como el duque de Sessa ó como el marqués de Santa Cruz, de la claridad y ranciedad de vuestro linaje? ¿Habéis comedido lo que os alcanzará de botín en esta batalla de la vida si vuestro regio hermano se os desazona ó si se muere? Infante de España debe ser, por lo menos, quien de nacimiento lo ha: soberano de Túñez quien por su propio esfuerzo lo ganó y pudo mantenerlo. Túnez es como una finca abandonada. Su dueño la adquirió en un envite de fortuna, poniendo á las tablas lo mejor de su caudal, que era su vida. Ganada y al

parecer, segura, Carlos V la olvidó, por atender á otros azares del juego. Más avisado el turco que el español, no quisiera dejarla de la mano, y mientras Don Juan vacila, como todo héroe en espera, el turco se prepara.

Negociaba el activo Escobedo en Roma la concesión del título de Infante á Don Juan, y la autorización para alzarse con la monarquía de Túnez. El Papa, atento, sí, al interés de la cristiandad, pero temeroso de un desabrimiento de Felipe II, no se resolvía á aconsejar ni pedir nada. Trasladóse Don Juan á Gaeta, con intención de pasar á España, porque sabía que no era cosa de perder tiempo. En Gaeta recibio cartas del Rey, ordenándole que pasara á Lombardía, para atender á los disturbios ocurridos en Génova, y estar al tanto de las intenciones de Francia. En Spezia encontró á Marcelo Doria, con catorce galeras, las cuales iban á Cerdeña, para sacar de allí y poner á sus órdenes el tercio de Figueroa. Volvió, pues, en primeros de Mayo, Miguel á Génova, descansado el ánimo y pronto á nuevas y mayores aventuras.

D. Juan no estaba allí. Ocupado en una misión investigadora y diplomática, ajena á su carácter; escribía, desde Begeben, á 16 de Mayo: «Yo, señor, soy tan aficionado á las cosas de mi cargo, que holgara harto más andar trabajando en la mar que no estar aquí no teniendo que hacer más de lo que agora, y creo que no fuera tiempo mal gastado, según veo que se va muy flojamente en la preparación de la armada, y lo que convendría que se pusiese en muy buena orden para poner freno á los enemigos... y aunque yo he cumplido con esto, no basta para dejar de darme infinita pena los inconvenientes que de no haberse hecho podrían suceder. El parecer sobre lo de Túnez espero con mucho deseo, y así le pido muy encarecidamente que en caso que al recibir desta no se me haya enviado, se haga en hallándose en disposición para ello, que demás del servicio que á S. M. se hará, yo recibiré singular contentamiento.»

Todas las prevenciones y advertencias de D. Juan resultaron inútiles. El principio político más claro de Felipe II era el refrán que dice: «ojos que no ven, corazón que no siente». Se hallaba él muy lejos material y moralmente, de Túnez, y sólo veía claro cómo

crecía con estas cosas la gran figura de su hermano y amenazaba hacerle sombra más pronto ó más tarde. Si á cualquiera de las grandes empresas que por entonces se ofrecieron hubiese dedicado Felipe II el cuidado, la atención y amorosa vigilancia que puso en alzar el Escorial, otra suerte nos hubiera lucido: pero tal vez aquel hombre, mal comprendido y peor estudiado, se hallaba por cima del bien y del mal que los monarcas de ordinario conocen y distribuyen, y creía más dignas de atención las piedras mudas que los hombres.

Desesperábase D. Juan en los primeros días de aquel verano por lo despacio que iban los aprestos y armamentos, cuando supo que el valeroso y temible marino turco Uluch Alí había salido de Constantinopla con doscientas treinta galeras, treinta galeotas, cuarenta bajeles de carga y cuarenta mil soldados. El cuitado gobernador de la Goleta D. Pedro Portocarrero, que, sobre ser muy poco hombre de armas, sólo contaba allí con una menguada guarnición, avisaba, por su parte, que, según las noticias recibidas por él un día y otro, en toda Berbería se notaba gran movimiento y rebullicio de cábilas. El turco iba completando por tierra, con las feroces tribus berberiscas, nómadas y ávidas de botín, los preparativos hechos por mar, Conociendo su fin próximo, el sinventura D. Pedro Portocarrero, otorgó su testamento, el día 20 de Junio, en favor de sus hijos, que estaban á la sazón en Madrid esperando tranquilamente á que los turcos acabasen con la existencia del noble anciano para repartirse ellos sus bienes, á cuyo olor acudían ya nubes de usureros; y reparad cómo las desdichas grandes de un pueblo se enlazan con las pequeñas desventuras de una familia, y todo en la historia es drama ó tragicomedia, cuyo hilos rara vez se encuentran, pero una vez hallados enrédanse del modo menos esperable.

De la resistencia de la Goleta y del valor y fortuna de su defensor pendían los anhelos todos de Miguel. Si Don Juan llegaba á tiempo y derrotaba una vez más al turco, sobre alcanzar nueva gloria y coronarse tal vez por rey de Túnez, cual sus soldados tanto como él deseaban, Miguel no había de perder ocasión para señalarse en la pelea, siquiera le costare la diestra mano, y ceñirse otra vez los

laureles del triunfo, y lograr, de las dos glorias del mundo, la más apetecida por él. Y sin saber esto, allende el mar, en la corte madrileña, las hermanas de Cervantes aguardaban, como agua de Mayo, que el pobre defensor de la Goleta sucumbiese, lo cual sería señal de que ellas cobraran cuanto les debían el perdido D. Alonso Portocarrero y su hermano *La Muerte*, á quien no menciona para nada en su testamento el desgraciado padre. Hilos como éstos, cruzados y encontrados, forman la trama de la vida, mayormente en épocas agitadas, y es gran tontería pensar que no somos nosotros los factores de la Historia tanto cuanto los grandes personajes.

Sino era de Don Juan y mala estrella de D. Pedro Portocarrero lo que había de suceder, sin que en este sino y mala estrella dejasen de entrar por mucho culpas humanas, ya hoy pesadas y medidas. Intentó Don Juan socorrer á la Goleta; pero, ni D. Juan de Cardona, desde Nápoles, ni D. Bernardino de Velasco, desde Sicilia, le enviaron fuerzas ni recursos á tiempo. Atacada la Goleta por tierra y por mar, tuvo que rendirse. Con palabras sencillas y conceptos de honda perspicacia política y militar cuenta el cautivo Rui Pérez de Biedma en el *Quijote* lo que Cervantes pensó después de lo que había visto ó entrevisto en aquella ocasión.

«Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil y de moros y alárabes de toda la Africa más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra y con tantos gastadores, que, con las manos y á puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheras en aquella desierta arena, *porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas.*» Y al llegar aquí, ¿no reconocéis la vieja imprevisión española? ¿No se fiaron aquellos hombres de una mal hecha probatura, y ya por eso consideraron imposible el ataque? ¿No percibís la ironía con que Miguel habla del asunto, su honda convicción de la torpeza

que á todo aquello había presidido? «Y así—añade,—con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaron las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero (es decir, desde altura mayor que la de las murallas), ninguno podía parar ni asistir á la defensa.» ¿No se inicia ya aquí un poco del desconcierto y barullo que lleva á todos los pueblos decadentes á no estudiar sus plazas fuertes ni lo que en torno de ellas hay? Pero ved cómo discurre Miguel acerca de esto: «Fué común opinión que no se habían de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarco; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apenas había siete mil soldados, ¿cómo podía tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? *¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos resueltos y porfiados, y en su misma tierra?»* ¿Qué me decís vosotros los estrategas de las recientes campañas, qué me decís de estas proféticas y axiomáticas palabras de nuestro soldado, si se os acuerda el nombre de Santiago de Cuba y el más reciente de Puerto Arturo? Verdades de sentido común, ó de Pero Grullo, como éstas, se le escondían entonces á quien dirigió la campaña, y un joven soldado raso las proclamaba tal vez sentado en una caja, en el muelle de Trápani, en corro de militares y marinos que aguardaban á que la tempestad amainase para socorrer á la Goleta, mientras de allí se recibían noticias desoladoras.

Ya se ve cuán grave error sería hablar de Cervantes como de un soldado vulgar ó pintar los hechos de su vida bélica al estilo stendhaliano, cual si Miguel, metido en las filas del tercio de Figueroa, que de día en día iban engrosándose y cubriéndose de gente hasta formar casi un Cuerpo de ejército, hubiera sido uno de tantos soldados inconscientes, sólo benemérito por su bravura en tal ó cual ocasión. «Perdióse también el fuerte—dice;—pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinticinco mil enemigos los que mataron, en veintidós asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos; señal cierta y clara de su esfuerzo y valor y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño (estanque), á cargo de D. Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Portocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron asimismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta... Rendidos, pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden de desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo qué poner por tierra; y para hacerlo con más brevedad y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo volar lo que parecía menos fuerte, que eran las murallas viejas...»

Todo esto que escribió Cervantes razonándolo en la prudencia del cincuentón, lo sintió en lo más hondo de su alma veinticinco ó treinta años antes. No era él un soldado que no se enterara de los sucesos ó á quien no le afectaran como propios suyos. Lo que en las palabras del cautivo nos sabe á amargura y tristeza y nos hace rumiar otros malos bocados que nos hemos tragado por fuerza en tiempos recientes (generales muertos de pesar, como D. Pedro Portocarrero, fuertes volados, plazas entregadas, soldados cautivos) debió de ser rabia y cólera en su corazón cuando tales desventuras tocaba de cerca. Furioso y encolerizado escuchó los relatos de lo ocurrido en la Goleta. Encolerizado y rabioso debió de embarcarse como embarcó Don Juan, ya á la desesperada, con los mejores soldados del tercio de Figueroa y del de Padilla en las naves que á mano hubo, y su furia, cual la del propio D. Juan, debió de aumentar al hallarse entregado á la procela de las ondas bravas y siendo juguete de ellas, amenazado de morir estúpidamente sin gloria ni provecho en una borrasca del Mediterráneo.

Perdiéronse en aquella inútil salida muchos hombres. Miguel miró con ojos espantados cómo se los tragaba el mar. Miguel sufrió

las fatigas y pesadumbres innumerables de la tormenta á bordo: vió deshecha y dispersa la escuadra en varias ocasiones, perdidos los barcos en medio del turbulento mar. Lograron, por fin, reunirse en Trápani, en el extremo de Sicilia, y cuando se reunieron, ya se había rendido la Goleta. De la melancolía y pesadumbre del cautivo inferimos la desilusión de Miguel, reflejo del desengaño de D. Juan. No bastaban para todo, el brío y la decisión. Algo, mucho, lo más quedaba pendiente del acaso y de las malas voluntades ajenas.

El Ejército y la Armada, inútilmente agotadas sus fuerzas, volvieron á Nápoles el 29 de Septiembre de 1574; ¿pensáis que á descansar? No, sino á pasar nuevos apuros. A las catorce compañías de Figueroa se les debían 50.000 escudos, según la relación del contador Sancho de Zorroza. La eterna figura española del soldado menesteroso, roto, descalzo y hambriento, que azota las calles,

> cansado del oficio de la pica,
> mas no del ejercicio picaresco

volvió á verse más abundante que nunca de un lado para otro en Nápoles y Sicilia.

No era Miguel hombre á quien los tartaleos de la fortuna militar acoquinasen. Eran aquellas, como él mismo dijo, *sus horas frescas y tempranas*. La pesadumbre de la inútil jornada no había de turbarle el espíritu mucho tiempo. Pronto, los soldados de Figueroa disemináronse por Sicilia y Nápoles. D. Juan volvió á España para tratar de su infantazgo y de su nombramiento de lugarteniente de S. M., acaso también para pesar y medir las causas verdaderas de las dificultades que en la pasada empresa se le habían puesto y podrían ofrecérsele en las futuras. Aguijado cada vez con más fuerza por los insoportables dolores que le daba la herida del muslo, regresó también á España D. Lope de Figueroa, en busca de alivio. Quedó el ejército á cargo del Duque de Sessa, y al de D. Martín de Argote el tercio de Figueroa.

Tan sobrado de libertad, como falto de dineros, Miguel se

dió á la vida alegre de la ancha, risueña, grandiosa y descuidada Nápoles.

> Esta ciudad es Nápoles la ilustre
> que yo pisé sus ruas más de un año.....

Ya se ha dicho que fué Nápoles la ciudad italiana que más amó Miguel. En ella pasó los más felices y solazantes cuartos de hora de su vida. «Sonábale bien aquel *ecco li buoni polastri, piccioni, presutti e salciccie*, con otros nombres de este jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquella parte vienen á estas y pasan por la estrecheza é incomodidades de las ventas y mesones de España.» Pero no era solamente la abundancia y gusto de las hosterías lo que le alborozaba y le hacía proclamar á Nápoles «ciudad á su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo», la ciudad

> ..... donde echó el resto
> de su poder naturaleza amiga
> de formar de otros muchos un compuesto.
> Vióse la pesadumbre sin fatiga
> de la bella Parténope, sentada
> á la orilla del mar que sus pies liga.
> De castillos y torres coronada,
> por fuerte y por hermosa en igual grado
> temida, conocida y estimada.....
> de Italia gloria y aun del mundo lustre,
> pues de cuantas ciudades él encierra
> ninguna puede haber que así le ilustre,
> apacible en la paz, dura en la guerra,
> madre de la abundancia y la nobleza,
> de elíseos campos y agradable sierra.....

Dilatóse en Nápoles el espíritu de Miguel y en aquella plétora de vida que á todas horas arroja á los ciudadanos de sus casas á la calle y de la calle á la campiña, siempre bien humorados, burlones, pendencieros, disfrutadores del hoy, desconocedores del mañana, recobró y templó la serenidad que de niño adquiriera en

Sevilla, la Nápoles de España. Como las calles de Sevilla, y más en grande, las calles de Nápoles y sus muelles y sus alrededores, eran una perpetua fiesta; cantes, bailes, amoríos, sabrosos coloquios, interesantes patrañas, pendencias notables, caminatas notabilísimas á la busca del buen tiempo y de la huelga, generosidad en pobres y en ricos, esplendidez en el cielo bonachón y en el aire amigo que favorecen al menesteroso dejándole dormir al relente y soñar á toda hora. El cielo napolitano es azul de turquesa á la mañana, azul de zafiro á la tarde. Miles y miles de prójimos y prójimas se levantan todos los días resueltos únicamente á vivir sin saber cómo, ni de qué. Naturaleza allí es madre y aun más que madre, abuela, que mima y agasaja á sus nietos y les perdona las picardías y mocedades.

Lozano y jarifo andaba Miguel por aquellas rúas y por aquellos campos, á ratos en pos de una bermeja Nísida, «que gustaba en extremo de sus desenvolturas», á ratos conociendo y estudiando las artimañas de los judíos que pululaban por la ciudad, tal vez tratando de cerca á los *lazzaroni* desocupados y á los bandidos calabreses, ya entonces famosos, como aquel Pirro del *Persiles*, «hombre acuchillador, impaciente, facineroso, cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos y en los engaños de su Hipólita (su coima), y en la diligencia de sus pies que los estimaba en más que las manos... que nunca faltan á estas palomas duendas, milanos que las persigan ni pájaros que las despedacen»; ora en cortejo y seguimiento de otras tales como esta Hipólita, «dama cortesana que en riquezas podía competir con la antigua Flora y en cortesía con la misma buena crianza»; ora ruando por Nápoles del brazo de su grande amigo

..... llamado Promontorio
mancebo en días, pero gran soldado.

El trato y amistad de Miguel con este ignorado personaje, de quien nada sabemos, debió de ser tan íntimo y frecuente que, ya sesentón, al enjugarse el ánimo abatido con el dulce recuerdo de Nápoles, aún se imaginaba encontrar en la calle á Promontorio y...

Mi amigo tiernamente me abrazaba
y, con tenerme entre sus brazos, dijo
que del estar yo allí mucho dudaba.
Llamóme padre y yo llaméle hijo,
quedó con esto la verdad en punto,
que aquí puede llamarse punto fijo.
Díjome Promontorio:—Yo barrunto,
padre, que algún gran caso á vuestras canas
las trae tan lejos ya semidifunto.
—En mis horas tan frescas y tempranas
esta tierra habité, hijo, le dije,
con fuerzas más briosas y lozanas,
pero la voluntad que á todos rige,
digo, el querer del cielo, me ha traído
á parte que me alegra más que aflige.....

¿Qué arcano ocultan los versos subrayados? ¿Quién era ese soldado joven, que podía llamar á Miguel padre, dejando con ello la verdad en su punto? ¿Tenía algo que ver con la rubia napolitana Nísida, de la *Galatea?* nada se sabe. Pero es seguro que no eran sólo las hosterías, los pichones y las salchichas lo que en Nápoles deleitó y regocijó el alma de Miguel. Nápoles fué, sin duda, el lugar de sus gratos y felices amores. Nápoles se le apareció siempre en sueños, hasta en sus días ancianos, *semidifunto*, como él mismo dice, burlándose con urbanidad y sin bajeza, de sus propias canas. En Nápoles se hizo hombre del todo. Quizás allí le sonó la hora misteriosa del amor fecundo.

CAPÍTULO XVIII

LOS HÉROES DESENGAÑADOS. LA CORTE VENCEDORA.
EL DUQUE DE SESSA.—ADIÓS Á NÁPOLES.
ADIÓS Á LA LIBERTAD.—CERVANTES CAUTIVO

Entre Nápoles y España la comunicación y noticia eran frecuentísimas por aquellos años. Apenas pasaba semana ni decena sin que se supiese y comentase en las hosterías de Pozzuoli ó de Portici cuanto se mentía en la calle Mayor de Madrid. Curioso y amigo de saberlo todo, no dejaba Miguel día sin acudir á la playa, en particular cuando había desembarco de nave española, que rara vez faltaba. Cada español desembarcado era una gaceta viviente, preñada de verdades y mentiras. De las cosas de la corte y del rey contaban y no acababan; de las cosas de Flandes y Francia, otro tanto. Un día supo Miguel que Antonio Pérez, aquel muchacho revoltoso hijo del Dr. Gonzalo Pérez, había sido nombrado secretario de Su Majestad, y en breve tiempo logró captar la voluntad del monarca, apoderándose de sus secretos, quizás ser temido por el Hombre del Escorial, por aquel que eligiendo un lema para los jetones que le servían de fichas en el juego mandó grabar en torno de su escudo esta leyenda: *Nec spe, nec metu*, es decir, ni por la esperanza ni por el miedo. No obstante, con Antonio Pérez había encontrado el Sr. D. Felipe II la corrección que á todo carácter altanero é indomable impone la compañía é intimidad de otro carácter escurridizo y seductor. Fué Antonio Peréz el Maquiavelo de España. Como al Secretario florentino, le ha perseguido al Secretario español una ciega y sorda malevolencia de la Historia. Dígase de paso, que ambos fueron grandes hombres y

grandes escritores; y si no llegaron además á ser hombres buenos (puesto que en la política fuese la bondad valor cotizable), cúlpese á que no tuvieron buenos amos.

Poco después de saber que su conocido Antonio Pérez andaba junto á la cara del Rey, supo también Cervantes que asimismo había sido nombrado secretario de Su Majestad su íntimo amigo Mateo Vázquez de Leca, el avispado mozo sevillano hijo de la esclava y Dios sabía de quien más. Por suposiciones é inferencias, bien se le alcanzaba á Miguel que el nombramiento de Antonio Pérez había sido algo ineluctable y traído por la necesidad, mientras que el de Mateo era obra de las recomendaciones. De todas suertes, el saber tan avanzados y favorecidos á aquellos dos hombres á quien conocía desde muchachos, le hizo pararse á contemplar su estado, que no era, por cierto, nada próspero, y reflexionar hondamente. Como á los demás soldados, se le debían en Noviembre no pocas pagas y las esperanzas de cobro antes menguaban que crecían. Andaba Miguel, como tantos otros soldados, azotando calles y hollando caminos, entreteniendo con el amor y la alegría el hambre y la escasez. Nada inclinado su espíritu á la hipocondría, poco le bastaba para contentarse y mostrarse risueño; pero tampoco fué jamás su distracción tan profunda y absorbente que le privara de ver las cosas de la vida con toda claridad.

Llegaban los veintisiete años, y mientras los jóvenes de su edad habían hallado cabida en Palacio y privaban ya en el recinto obscuro desde donde se malograban ó alcanzaban frutos las heridas y el espanto de las batallas, Miguel no era sino un pobre soldado, que hacía temblar la tierra con su mosquete y las pampanosas paredes de las hosterías de Nápoles con sus risas, pero sin blanca lo más y lo mejor del tiempo y sin asomos de más lucida fortuna. No era envidia lo que sintió Miguel, sino visión precisa de su situación presente y de la venidera. Había probado ya le grandeza del poema épico, el picante interés de la novela de aventuras, la sal de la picaresca y la dulzura de la pastoril. La ocasión era venida de no narrar ni oir narrar más cosas, sino salir del coro anónimo para entrar á hacer algún papel en el drama de la existencia.

El viaje de Don Juan á España le hizo también meditar mucho. Más enseña una campaña malograda que una campaña triunfal. Las dos almas paralelas de Don Juan y Miguel se habían curtido y adobado en las inútiles marchas y contramarchas del año 1572; habían recibido un duro y saludable golpe con la defección y apartamiento de los venecianos; habíanse fatigado vanamente en 1573, destrozándose en luchar contra tempestades del cielo y del agua y contra malquerencias ó tibias y flojas voluntades de los hombres.

Más desembarazado y libre en sus movimientos, por ser el amo, Don Juan habíase hecho cargo al fin de que le era menester acudir al horno donde el rayo se forjaba; por eso se había marchado á la corte, deseoso de hablar con su hermano y con las gentes que le rodeaban y más que de hablarle, de verle, de interrogar á sus enigmáticos ojos fríos y de husmear, por entre las hablillas de la corte, cuáles eran al presente sus preferencias ó los secretos influjos á que obedecía su vacilante voluntad.

Sin saber cómo, la vida española había sufrido el más grande y transcendental cambio, uno de esos que la Historia suele cuidarse bien de no registrar, porque á la Historia no le interesan sino las habladurías y no los hechos silenciosos y constantes de que nadie habla: así como los pintores antiguos no habían adivinado, hasta que Velázquez lo enseñó, que no es tan importante pintar los contornos precisos de las figuras como pintar el aire que entre ellas hay y que nadie ve.

Antes de Felipe II, no solamente la corte influía poco en la vida española, sino que no había corte. Regiones enteras de la Península vivían por sí, y en muchos pueblos, hasta el nombre del Rey se ignoraba. Fijó Felipe II la corte en Madrid, y este hecho cambió la faz de las cosas. No se creó unidad, imposible en tan vasto imperio, pero sí poder central que, inconsciente y sujeto á influencias mezquinas, dirigió mal, pero dirigió con fuerza, infiltrándose loyolesco, suavísimo en la vida de la nación y de los particulares. Algo que hoy, á pesar de nuestras flamantes conquistadas libertades, sentimos, y que no se ve pero se siente y adivina, como el aire en los cuadros velazqueños, se notaba entonces, envolviendo á los hechos grandes y chicos. El primer tirón de este algo misterioso, cuyo origen erraba entre Madrid y el Escorial, lo percibió Don Juan de Austria al día siguiente de Lepanto.

No eran los venecianos solos quienes procedían solapadamente, y la sangre ardorosa de Don Juan se heló un punto en sus venas. Nueva corriente fría le invadió al ver que para los misteriosos moradores del Alcázar de Madrid ó del Escorial significaban lo mismo las inútiles jornadas de Modón y de Navarino que el gran día de Lepanto. La corte dirigía los sucesos desde su butaca frailera, pasando beata entre los dedos las cuentas del rosario. Llegaba el decisivo ataque de los turcos á la Goleta, que era el desquite de Lepanto, ardía en impaciencia Don Juan, rabiaban los soldados como Miguel, viendo perderse tan buena ocasión, y la corte, allá muy lejos, ensayaba una frase piadosa ó heroica, ó que á tal sonaba, para decirla en alta voz en ocasión más grande:—Dios lo ha querido. Envié las galeras á pelear con los turcos, no con las tempestades.—Por cima del mal éxito y del buen éxito, más allá de las fuerzas humanas, Felipe II contemplaba, como en panorámica visión, el espectáculo de intensa y formidable lucha desarrollada en torno suyo, y veía moverse las galeras de D. Juan, desde muy lejos, como piezas de ajedrez. ¿Ganaba? Daba gracias á Dios. ¿Perdía? Daba gracias de igual modo. La vida era un eterno juego de tablas; perdiérase ó ganárase, era cuestión de pagar ó cobrar quien ni de pagar ni de cobrar sentía deseos. En los jetones de su bolsillo había escrito el lema terrible, el lema de su alma escogida: *Ni por la esperanza ni por el miedo.*

Poco á poco, por lo que en los sucesos de la campaña veía y por lo que en los dichos de los españoles recién llegados traslucía, iba Miguel penetrándose de la situación, después de partir Don Juan. Al general victorioso le había sido indispensable presentarse en la corte á que le refrendaran y pusieran el visto bueno á su heroísmo. A la corte era, pues, necesario acudir para lograr algo.

Estaba ya en Italia, no se sabe desde cuándo, el hermano menor, Rodrigo de Cervantes, soldado también. Acaso por él había

confirmado Miguel las tristes noticias de la situación de su casa. Proseguía su hermana Andrea el pleito con los Portocarreros, en el que también llevaba no sabemos qué parte ó interés la hermana menor, Magdalena. El primogénito del héroe de la Goleta, D. Alonso Pacheco de Portocarrero, que trataba su matrimonio ó se había casado ya con una dama andaluza, resistíase como podía á pagar sus deudas y cumplir sus compromisos, fueran los que fuesen. Intervenía en todos estos incidentes el padre, Rodrigo de Cervantes, á quien su profesión seguía produciendo muy poco. No eran los sentimientos familiares de entonces, particularmente en un hogar donde los hijos servían como soldados, tan tiernos y exigentes cual son hoy día, pero, de todas maneras, Miguel sentía deseos de tornar á su casa. Procuró, pues, acercarse al duque de Sessa D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que, ya en Nápoles, ya en Palermo, se hallaba al frente de las tropas.

Ya se ha dicho que era el duque de Sessa un culto y elegante caballero, sagaz conocedor de la política, por él aprendida prácticamente cuando gobernaba á Milán, gran aficionado á los versos y muy amigo de D. Diego Hurtado de Mendoza, de Gregorio Silvestre, de Lomas Cantoral, de Gutierre de Cetina y de otros buenos poetas andaluces. Tenía el duque de Sessa un espíritu melancólico y delicado. De sí mismo decía:

Yo me perdí por aprender el arte
de cortesano, y he ganado en ello,
pues he salido con desengañarme.....

Había gustado la corte y el retiro, y una y otro le habían prestado una amable y confiada filosofía, no temerosa de la muerte. Así lo expresaba en rimas atildadas hablando con su propia vida:

Ya no más, vida, que es cansada cosa
tener el alma atenta á conservaros;
andáis, triste de vos, por acabaros
y aún presumís de fuerte y valerosa.
La muerte viene airada y rigurosa,
combate cada día por entraros;
la larga enfermedad quiere entregaros;
cualquier defensa es flaca y perezosa.

Querida amiga y dulce compañera,
prestad paciencia al fin que se apresura,
que yo dispuesto estoy á la jornada.
Que el tiempo de la eterna primavera
vuestra larga aflicción os le asegura
con mi fe firme y mi esperanza osada.

Lo que á Cervantes dijese este general, que había nacido para poeta, no lo sabemos, pero nos lo figuramos. Baste afirmar que el duque de Sessa conoció á Miguel y que aun pasados los años, le recordaba. Quizás por la agudeza y elegancia del decir, infirió el Duque el ingenio de Miguel, y de seguro recordó sus hazañas en Lepanto, á todo el ejército notorias, y por la rota mano atestiguadas. Tal vez Miguel pudo hablar de poesía con el duque, plática para éste muy gustosa, y le dijo, como el otro:

Poeta soy también y estimo el sello
más que un oidor reciente, su garnacha.

Este afable y templado filósofo, nieto del Gran Capitán, fué, sin duda, otro de los que supieron conocer en Miguel ese algo que le diferenciaba y hacía independiente de los demás hombres de su posición. Como á muy buen soldado le recomendó en cartas para el Rey y para algún cortesano influyente, y es posible que le aconsejase esperar á la vuelta de Don Juan y no regresar á la Corte sin letras de él.

Pasaron fáciles y livianos los meses de la primavera. Miguel comedía las palabras del duque de Sessa, y confirmaba lo ya presentido. Los tiempos heroicos, asomados apenas, comenzaban á declinar. Nada podía hacerse de provecho sin contar con la corte. Las palabras de aquel cortesano desesperanzado de la corte y del mundo, en medio tan propicio á la desilusión como el dulce clima de Nápoles, según poco después lo dejaba notar el famoso *desengañado* Diego Duque de Estrada, pesaron mucho en el ánimo de Cervantes.

A mediados de Junio regresó Don Juan á Nápoles. Por medio

del Duque, ó dirigiéndose rectamente á él logró verle Cervantes. Como todo gran caudillo, tenía Don Juan la memoria pronta, y recordaba bien las caras de sus veteranos, mayormente de los distinguidos por él entre el humo aún no disipado de la batalla. Aprobó Don Juan la resolución de Miguel, y es casi seguro que en sus palabras se notase un ligero sabor ó melancólico dejo como el que envolvía todas las del duque de Sessa. Don Juan venía de la corte y acababa de apreciar cómo iban cambiando las cosas desde los tiempos de Lepanto. Don Juan se hallaba ya en los treinta años, en esa clara cumbre de la vida que permite ver las altas cimas y los anchurosos valles, sin tanta cólera ni tanta ambición como antes, sin tanta calma y tanto escepticismo como después.

Don Juan dió á Cervantes una carta para el Rey, su hermano, tan honrosa y halagüeña, que fué después la perdición de Miguel. Decía en ella, que bien podía dársele á Miguel el mando de una compañía, por ser hombre muy capaz para ello. No era raro, pero no era muy frecuente saltar de soldado aventajado (soldado de primera ó cabo de los de ahora) á capitán. No fué Miguel alférez, como han supuesto algunos, por lo dicho en la relación del cautivo Rui Pérez de Biedma, ó lo fué poquísimo tiempo, ya que en 15 de Noviembre de 1574 consta que era soldado y nada más.

La carta de Sessa y la de Don Juan abrieron el pecho de Miguel á la esperanza y quizás más aquélla que ésta, pues la perspicacia de Miguel era suficiente para advertir cómo, si aún no podía decirse que las cosas fuesen mal para Don Juan, ni que su hermano disintiera de él, sí se habían aflojado un poco los entusiasmos despertados en el mundo por la pasada victoria. Si había sido difícil en la corte proporcionar recursos á Don Juan para seguir la provechosa y gloriosa campaña, no parecía excesivamente llano el atender á sus recomendaciones en favor de un obscuro soldado. Por otra parte, la simpatía del duque de Sessa, poeta de sentimiento y hombre curtido en el vivir, es seguro que impresionó harto más á Miguel que el aprecio militar puramente que de él hizo Don Juan. Las armas y las letras, los dos grandes amores de su vida, le aparecían una vez más representadas en el caudillo de Lepanto

y en el poeta de Nápoles. Y en la situación actual de su ánimo, las letras tal vez recobraban su imperio.

Conseguidas la licencia y las cartas, se avistó Miguel con el patrón de la galera *Sol* que, mediado Septiembre, había de zarpar con rumbo á España. El 18 ó 20 de aquel mes salió la galera para Nápoles. No podía pensar el animoso Miguel cuando, apoyado en la borda, miraba con ojos de despedida el anchuroso golfo, la blanca inmensa ciudad, la mole cónica del Vesubio con su humeante airón y los campos amigos donde al sol dorado maduraban los racimos, que hubiese de ser aquella la postrera vez que viese á Nápoles. Muchas veces en el largo discurso de su vida recordó los colores y las luces de que en aquella mañana parecía revestirse la hermosura eterna de Nápoles por la que él perpetuamente suspiró. Acaso echó de menos la hartazga que hubiese podido dar á sus ojos en tan grata contemplación, á haber previsto los sucesos posteriores.

Iban en la galera *Sol* personajes tan considerables como el general Pero Díez Carrillo de Quesada, viejo soldado, expertísimo artillero, maestre de campo en la jornada de la Gomera, y que había prestado grandes servicios en Nápoles, Sicilia y Lombardía, al frente de tres mil soldados españoles; el ilustre caballero de Vitoria D. Juan Bautista Ruiz de Vergara, del hábito de San Juan, y otros muchos señores de respeto. La galera navegaba tranquila, cuando, en el golfo del León, cerca de la costa de Marsella, por donde desemboca el Ródano, y á la vista del puertecito de las Tres Marías, en la Camarga, se vió perseguida por una flotilla veloz de tres ó cuatro galeotas, que mandaba el renegado albanés Arnaute Mamí, capitán de las galeras turcas de Argel. Más ligera que las otras, acostó á la galera *Sol* una de veintidós bancos, mandada por Dalí Mamí, renegado griego, á quien llamaban el *Cojo*, por serlo y por haber costumbre entre los turcos de mentar los defectos de sus capitanes (así llamaban á Uluch Alí *el Fartax*, que es el tiñoso). Pelearon como buenos los españoles, y en el abordaje perdió valerosamente la vida el caballero D. Juan Bautista Ruiz de Vergara.

Necio sería querer contar el encuentro, cuando lo hace el mismo Miguel con todo espacio en la *Galatea* y en *La española in-*

glesa, y á él se refiere en el relato del cautivo. «Sucedió—dice—que á la sazón que el viento comenzaba á refrescar, los solícitos marineros izaban más todas las velas... Uno dellos, que á una parte de la proa iba sentado, descubrió, con la claridad de los bajos rayos de la luna, que cuatro bajeles de remo, á larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa hacia la nave se encaminaban y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar: «Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren.» Esta voz y súbito alarido puso tanto subresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban, mas el capitán della (que en semejantes ocasiones algunas veces se había visto), viniéndose á la proa, procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran, y... conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir; pero disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería y cargar las velas todo lo más que se pudiese, la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podía entrarse entre ellos y jugar de todas bandas de artillería. Acudieron luego todos á las armas y repartidos por sus postas, como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban... Acudí á ver lo que el capitán ordenaba, el cual, con prudente solicitud, todas las cosas necesarias al caso estaba proveyendo, y... encomendándome á mí el (castillo) de popa, él con algunos marineros y pasajeros por todo el cuerpo de la nave á una y otra parte discurría. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto menos en calmar el viento, què fué la total causa de la perdición nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos. Hiciéronlo así, y el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran (quince) bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitán ni alguno de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios hacían, los cuales, luego como vino la mañana, echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y más que eran todos los mejores de Argel, amenazándole de parte de Arnaut Mamí, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le había de colgar de una antena en cogiéndole, y añadiendo á éstas otras amenazas, el renegado le persuadía que se rindiese; mas no queriéndolo hacer el capitán, respondió al renegado que se alargase de la nave, si no, que le echaría á fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego, cebando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde lejos el artillería, con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mesmo, tan venturosamente, que á uno de los bajeles que por la popa le combatían, echó á fondo, porque le acertó con una bala junto á la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos, apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo y no con poco nuestro. Mas por no iros cansando... sólo diré que después de habernos combatido dieciséis horas y después de haber muerto nuestro capitán y toda la más gente del navío, al cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último entraron furiosamente en el navío...»

Bien se nota la parte de poesía y la de verdad que hay en esta descripción, la más cercana al suceso, y, por tanto, la más prolija y fidedigna. Combatió Cervantes en el castillo de popa, con no menor brío que en Lepanto; dirigió la artillería hombre tan experto como el general Pero Díez Carrillo de Quesada. Fué adversa la suerte, muchos los contrarios. Lleno de pesadumbre y cargado de cadenas se vió Cervantes en el breve espacio de la mañana á la tarde. Cautivo también veía á su hermano el mozo Rodrigo. Lo peor que Miguel pudiera pensar había sucedido. ¿Se abatió su ánimo en aquel trance? Él mismo noblemente lo declara. «Paso y punto fué este que desmaya la imaginación cuando dél se acuerda la memoria...» «¿Quién podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazón tenía, viendo con tanta celeridad turbado mi contento?...»

Iba muriendo la tarde. Al fragor de los cañonazos había sucedido el ancho silencio misterioso del mar. Caía el sol en el Medite-

rráneo y las olas de color de esperanza trocábanse paso á paso, de color de oro y después de color de sangre. Disputaban los turcos en su algarabía y jadeaban en los bancos los pechos hondos de los galeotes. Mirando al mar con desconsolados ojos, Miguel lloraba sin lágrimas su libertad perdida.

CAPÍTULO XIX

ENTRADA EN ARGEL.—PRIMEROS INTENTOS DE FUGA Y DE RESCATE.—LA VIUDEZ DE DOÑA LEONOR

«En Africa no hay más que dos puertos, que son Junio y Julio.» Estas palabras del viejo marino Andrea Doria al Emperador, las había confirmado Miguel con harto dolor de sus huesos y de su alma en las inútiles intentonas marítimas hechas por D. Juan para salvar á la Goleta, y nuevamente las certificaba ahora, mientras los cabeceos y bandazos de la galeota que mandaba el griego Dalí Mamí le arrancaban de su dolorosa meditación.

El mar en la costa de Argel era entonces la mejor defensa de la plaza. Siempre alborotado y fosco, era menester para tomarle y acercarse con bien á la bahía haberle domado y haber sufrido sus zarpazos hartas veces, como le pasara al dicho arraez griego y á su jefe el capitán de la mar, Arnaute Mamí. De éste sabía algo Cervantes, pues su fama y reputación de marino, de hombre cruel y de resuelto capitán eran grandes en el Mediterráneo. Arnaute Mamí era albanés, como se ha dicho, y renegado, que es cuanto puede ponderarse su inhumanidad y su fiereza. Gobernando á Argel, por el Gran Turco, Arab Amat, en 1572 ó 73, fué Arnaute capitán de la mar, nombrado por su pericia de navegante: pero Arab Amat se desabrió con Arnaute y le depuso, siendo necesario que éste empleara todas sus influencias en Constantinopla para verse restablecido en su cargo y lograr la destitución de Arab.

Arnaute estuvo en la Goleta con Uluch Alí y, fuera del aprecio en que oficialmente se le tenía, era muy estimado de los corsarios á sus órdenes, porque no reparaba en el reparto de la gálima, que era el botín y esclavos que se cogían, en la cual por juro de su cargo le pertenecía una parte por cada quince. Arnaute Mamí, sin dejar de hacer su negocio, conocía que con gente maleante y codiciosa como los arraeces y corsarios á sus órdenes, no se había de extremar la exigencia ni de apurar el derecho.

Mientras las galeotas navegaban, se había repartido la gálima y tocó á Miguel caer en manos del cojo Dalí Mamí. Manos expertas le registraron y pronto dieron con las cartas de Don Juan de Austria y del duque de Sessa. La firma de Don Juan era tan conocida que verla y llenarse Dalí Mamí de contento fué todo uno. Sin duda, aquel cautivo, como su presencia acreditaba y argüía su valor, patente en la señal honrosa de la seca y destrozada mano, era un caballero de suposición y de gran rescate, á quien convenía tener á buen recaudo. Los ojos codiciosos del griego recorrían de pies á cabeza á su esclavo, justipreciándole ya desde el primer momento. Pronto, por orden suya, dos argollas aprisionaron sus muñecas, y sendas ajorcas de hierro sus tobillos: quizá el odioso y humillante piedeamigo oprimió su garganta y le forzó á mirar al cielo cuando más gana tenía de clavar los ojos en tierra, pidiéndola que, piadosa, le tragase. No contento con semejante alarde, el renegado Dalí Mamí puso á Miguel guardas de vista, conociéndole acaso en el brillo é imperio de la mirada que con ella podría dominar á sus compañeros de cautividad y comunicarles sus pensamientos.

No caía todos los días en manos de los corsarios argelinos un caballero de quien dijese Don Juan bajo su firma lo que de aquel. Y véase cómo el paralelismo de ambas vidas heroicas siguió en la adversidad cual en la fortuna. Fué la sombra de Don Juan desde entonces funesta á Miguel, sin que éste lo conociera hasta pasados muchos años. Hubiéranse perdido las cartas y quizá él no habría sufrido lo que sufrió: de fijo su rescate hubiera sido más fácil y pronto.

Miguel reflexionaba todo esto, midiendo el mar alborotado, con sus ojos tristes. Los forzados cristianos que iban al remo le

miraban hoscos y encoraginados, pues calculaban ser Miguel un señor principal que en breve volvería rescatado á la patria. Como ya le había ocurrido, como ocurre á todas estas grandes almas pensadoras, recordó Miguel en aquel nuevo y terrible trance de la fortuna, no por común y habitual entonces, menos temeroso, una gran parte de su vida anterior. El sonsonete de cierta remota cantinela de camino, escuchada en la Mancha le rondó por los oídos, primero confuso y jironado, después claro y completo. Era la tonadilla de *la rama del laurel*, que aún se canta en las siegas y en las parvas, al encerrar el trigo y al llevarlo á la aceña:

De laurel es la ra-ama
de verde laurel
de laurel siempre ve-erde
como mi querer,
la rama del laurel;
prisionerito
mi amante en Argel,
¡Jesús qué dolor!
prisionerito,
cautivo está mi amor... (1).

La música lánguida y perezosa del cantar le arrancó de su meditación. Miró al mar, como si quisiera adivinar tras él la vasta llanura manchega, surcada por las pacíficas mulas y por los valientes asnos de ojos benévolos. Después miró á la costa, que iba acercándose. Al caer la tarde manchó las negras ondulaciones de la tierra una gran ciudad blanca, blanca, blanca. Divisáronse pronto las terrazas sin tejados: luego la gran mole de la Alcazaba, acrópolis, palacio y fortaleza de los turcos, después el alminar de la mezquita vieja de Sidi Abderrahman, gallardo y esbelto como una gran palmera blanca, fajado de azulejos relumbrantes verdes y amarillos, al fondo, hacia Sidi Ferrux, una cordillera de montes rojos como los cerros de alcaén que á ranchos cortan el horizonte manchego. Sobre el tono rojo ladrillo de las montañas, verdeaban las copas de las palmeras y azuleaban los bosquecillos de oloro-

(1) Véase la música al final de este libro.

sos áloes. Acercándose á la ciudad se veía hormiguear por cima de las terrazas una muchedumbre de blancas figuras femeniles que en la hora del crespúsculo se asomaban á aquellos sitios, únicos por donde comunicaban con el mundo. Con celos parecían mirarlas, surgiendo entre los blancos tapiales, como cabezas de monstruos, la palmeras obscuras, ya cargadas de su fruto verde que á dorar comenzaba.

Aquello era «la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios y amparo y refugio de ladrones que deste pequeñuelo puerto salen con sus bajeles á inquietar al mundo, pues se atreven á pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules y á acometer y robar las apartadas islas que, por estar rodeadas del inmenso mar Océano, pensaban estar seguras, á lo menos, de los bajeles turquescos». Y al escribir esto Miguel en el *Persiles,* muchos años después, dejaba traslucir algo que no ha sabido notarse, y es la secreta admiración que sentía por aquellos audaces nautas, héroes y ladrones quienes, sin estar sino muy á la ligera sujetos á poder ó fuerza organizada, sin obedecer casi ley alguna, eran dueños del mar, espanto de las naciones más poderosas y coco de todos los poderes, desde el espiritual del Papa hasta el comercial de los venecianos y genoveses, sin excluir el inmenso é incontrastable poder español que abarcaba el mundo entre sus brazos.

Miraba Miguel á su amo el griego Dalí Mamí, y aun odiándole, como odia, por ley natural, todo esclavo á su señor, encontraba en él no sabemos qué rasgos del prudente Ulises, su paisano, maestro de andanzas y marítimas caballerías. Dalí Mamí, Arnaute y todos los demás corsarios, mezcla de caballeros de ventura y de jefes de bandidos, eran la fuerza irregular y revolucionaria que trastrueca las normas y los órdenes aceptados y establecidos universalmente, que subvierte la propiedad, amenaza el sosiego de los pacíficos comerciantes y perturba la calma de las familias burguesas de entonces, pues sólo en España había á la sazón treinta mil hogares que lloraban otros tantos hijos, hermanos ó esposos cautivados en Argel y no quedaba pueblo ni aldea en que alguna moza no repitiese llorando el triste estribillo:

Prisionerito
mi amante en Argel
¡Jesús que doloor!.....

Tales hombres, en pugna con toda la cristiandad, no eran de fijo unos hombres vulgares, y Miguel, que había visto á uno de ellos, al nieto de Barba-rroja (en el memorable ataque de *La Loba,* de D. Alvaro de Bazán), cortar de un golpe el brazo derecho al espalder que iba á popa marcando la marcha con su remo y empuñar el brazo sangriento y caliente aún, como si fuera rebenque y empezar con él á latigazos en las espaldas de los otros galeotes; Miguel, que ya presenciaba otros hechos como este de ferocidad y de codicia inauditas, comprendió desde aquel instante que entraba en un infierno de pasiones primitivas llegadas al salvajismo, en un mundo nuevo para él, en donde no se conocía la piedad ó tal vez en donde no se manifestaba que existiese, pues ya iba Miguel percibiendo cuán poco humana cosa es la compasión. Si en todos lados valía poco la vida, según Miguel había aprendido en la batalla, lo que es en aquel reino de la brutalidad y de la injusticia, convenía desde el principio, no estimarla en nada y estar resuelto á desprenderse de ella por la más fútil ocasión. Perdida, sabía Dios por cuánto tiempo, la libertad, no quedaba en el juego más envite que el de la existencia, y quien mejor supiera arriesgar esta sola baza posible, sería el que más pronto recobrase lo que anhelaba.

Entre juramentos y golpes del arraez y de los cómitres que le obedecían y entre gran algazara de la chusma, se efectuó el desembarco. Siempre que volvían galeotas de caza, y mayormente si eran las del capitán de los bajeles, bajaba á presenciar el desembarco la muchedumbre desocupada que en Argel había.

Aunque habituado á la cosmopolita algarabía del puerto de Nápoles, no había visto Miguel jamás tan variados tipos de gentes ni escuchado tan distintas y conturbadoras voces como las que allí se veían y oían. Había esclavos, militares, marinos y comerciantes de todas las razas; mercaderes de todas las mercaderías; renegados de todas las religiones; vendedores y vendedoras de todos los placeres y vicios; judíos haraposos, turcos sucios y ro-

zagantes; griegos dicharacheros y alegres, caballeros de Malta, frailes de la Merced y de la Trinidad, ricos y lujosos banqueros florentinos, barceloneses y valencianos y multitud indefinida y curiosa que acudía á ver á los cautivos como á una parada ó procesión. Todos los ojos reparaban más atentos en quien más cadenas arrastraba, pues era costumbre infligir mayores afrentas á quienes se suponía ser personajes de elevada condición. Todas las miradas, pues, se dirigían á Cervantes que, forzado á erguir la cabeza por el piedeamigo que le sujetaba el cuello, tenía que afrontarlas sin remedio; y había entre ellas miradas frías y calculadoras, las de los judíos que tasaban el valor del prisionero y le consideraban codiciosos; y otras de curiosidad, las de los cristianos que pensaban reconocer á un amigo ó á un pariente; y otras procaces y livianas, las de las mujeres del partido, armenias, egipcias y turcas que, descubierta la cara y pintados los labios de bermellón y de alheña las mejillas, imaginaban cómo pudieran darse buen tiempo con el gallardo cautivo; y otras miradas, en fin, las más, indiferentes y sólo abrillantadas un momento por la curiosidad pasajera, y otras, porque nada faltase, hondas é inquietantes que negreaban misteriosas entre la blancura de las tocas de alguna mora principal encerrada que, por casualidad, había salido á solazarse á la marina.

El primer nombre que en tierra argelina escuchó Miguel fué el nombre de Don Juan. Gritábanle, haciendo cucamonas y gestos horribles y plantándose delante del cautivo inerme, escupiéndole á la cara, tirándole de las cadenas, arrojándole pelotillas de barro unos moritos de siete á doce años, negros, sucios, astrosos, procaces y entrometidos como micos, que, en coro y con extraña cancamurria, solían repetir á cuantos cautivos veían la misma desalmada muletilla:

Don Juan non venir,
Don Juan non venir,
Non rescatar, non fugir.
Acá morir, perro, acá morir,
Don Juan non venir.....

En Lepanto aprendió Miguel la primera lección de la bravura: en Argel la primera de la paciencia. Templóse, desde el primer instante, en tal horno el acero de su alma.

Fué aquella la adversidad grande que antes le salió al paso. Para colmo de desventura, volvía con trabajo la cabeza y veía en pos suyo, aherrojado también, á su hermano el mozo Rodrigo, á quien alcanzaba la pena sin haber catado la gloria. En tal punto, su alma creció como la de un cristiano de los primeros tiempos de la Iglesia. Resuelto á ser mártir, como ellos, entró Miguel en la prisión, donde como á cautivo muy principal se le tuvo sujeto con cadenas en las manos, con grillos en los pies, vigilado por guardias constantes.

La codicia de los corsarios aguijoneaba su fantasía de hombres de azar y les hacía imaginarse duques, príncipes y generales á los simples soldados, ó cardenales y arzobispos á los humildes sacerdotes, como veremos que sucedió con el Doctor Antonio de Sosa.

En aquella primera época de cautiverio debió de sufrir tanto Miguel que, muy probablemente su amo, temiendo que se le muriese de melancolía tan valioso esclavo, hubo de darle mayor holgura y suelta. Quizás aprovechó Miguel las necesarias ausencias del corsario Dalí Mamí, quien por entonces andaba siempre ocupado en el mar, ganoso de adquirir un puesto de los tres de capitanes de los bajeles que poseían Arnaute Mamí y otros dos renegados. Ello fué—el mismo Miguel lo declara—«que llegado cativo en este Argel, su amo Dalí Mamí, arraez renegado griego, le tuvo en lugar de caballero principal y como á tal le tenía encerrado y cargado de grillos y cadenas, y no obstante todo esto, deseando hacer bien y dar libertad á algunos cristianos, buscó un moro que á él y á ellos llevase por tierra á Orán y habiendo caminado con el dicho moro alguna jornada, los dejó y ansí les fué forzoso volverse á Argel, donde el dicho Miguel de Cervantes fué muy maltratado por su patrón y de allí en adelante tenido con más cadenas y más guardia y encerramiento».

Esta fué su primera tentativa para recobrar la libertad. Por lo que de ella declara se colige que el encerramiento primero no debió de ser largo y esto se explica bien, no sólo por las razones dichas, sino también por la escasa comodidad que las moradas

argelinas ofrecían para guardar en ellas cautivos. No era Dalí Mamí hombre para gastar mucho dinero en la custodia ni en la alimentación de sus esclavos, ni tenía por casa un palacio, sino un miserable bochinche donde apenas podía almacenar las riquezas que de sus gálimas iba reuniendo, las cuales muchas veces eran armas, tapices y objetos de bulto robados en las cámaras de las galeras cristianas y que él no vendía á los regatones judíos pronto por no dejarles prevalerse de la ocasión. Pronto Miguel hubo de verse, como los otros cautivos, andando á ciertas horas por las tortuosas y pinas callejuelas de Argel, buscándose trabajosamente la pitanza, entrando en tratos y relaciones con los otros cautivos, quienes, según muchos de ellos declaraban, desde que le conocieron tuviéronle en estima de hombre superior y muy capaz de las mayores empresas.

De ellos fueron los alféreces Diego Castellano y Gabriel de Castañeda; de ellos el malagueño Juan de Valcázar; de ellos el escribano de Valencia, Antonio Marco; de ellos, señores tan nobles y linajudos como los caballeros sanjuanistas D. Antonio de Toledo, hermano del duque de Alba y D. Francisco de Valencia, noble zamorano, que á las órdenes de este gran general había servido; de ellos, en fin, el joven capitán talaverano D. Francisco de Meneses, héroe de la Goleta y bonísimo amigo de Cervantes.

En la cautividad se borraban por completo las diferencias sociales, no tan marcadas y hondas en aquellos tiempos, al menos exteriormente, como en el día de hoy. Ante la común desgracia, no había gentileshombres y plebeyos; agrupábanse en un lado las almas nobles y honradas, fuese cual fuera su extracción, y al otro se amontonaban, confusas, las vacilantes y flojas, prontas al cobardeo, y de las cuales salían tantos y tantos perjuros y renegados de su fe. Era este el gran peligro que los amos de esclavos temían. El siervo renegado era un ser sin provecho, sin energía para trabajar ni para nada útil; el renegado renunciaba á la idea de que le rescatasen; se hacía, por lo común, perezoso, tímido, harón, y lo que sobraba en Argel era gente desocupada.

En la banda de los buenos y valerosos se distinguió pronto Cervantes, por cuanto en tal situación, no bastaba ser resuelto y

decidido, si no se era además mañoso y hazañero. Por hombre hábil se fiaron de él y á sus arbitrios y recursos acudieron muy luego otros cautivos de mayor posición social, de más ilustre nombre y de más años y fama. La seducción que, por el prestigio de su palabra, ó por el arte de su discurso, ó por el imperio de su acento y de su presencia, ó por lo que fuese ejercía Miguel, sugestionó á todos aquellos hombres que esperaban su rescate y les empujó á seguirle y á obedecerle desde que le conocieron. Ved aquí al grande hombre puesto á prueba y notad el efecto que sus palabras y sus actos causan en quien cabe él se halla. Todos tienen fe en su talento, en su serenidad y en sus recursos. Poquísimo tiempo ha menester para señalarse y descollar él solo, entre otros treinta mil hombres que se encuentran en su misma condición. Un día y otro ocurren, naturalmente, en Argel fugas y rescates, un día y otro por recursos arriesgados ó habilidosos se libertan ó perecen en la intentona no pocos esclavos, pero sólo de las fugas emprendidas y organizadas por Miguel ***pudiera hacerse una particular historia,*** según testimonio fidedigno. No se crea que ensalzamos á Miguel como cautivo, mirando á Miguel como escritor; esas palabras son del P. Haedo á quien las obras de Miguel, si alguna conoció, no debieron de impresionar gran cosa; de seguro escribió todo lo relativo á Cervantes sin saber si era poeta ni ceder á ninguna influencia de la opinión. Es que Cervantes cautivo es un cautivo único, así como Cervantes soldado fué un soldado digno de que el propio Don Juan le conociera y protegiese. Para caer en la obscuridad y trivialidad prosaicas de la vida y hacer á diario cosas vulgares, fué preciso que muchos años de angustias y pesadumbres le obligasen á doblar la raspa.

En los primeros meses de 1576, el alférez Gabriel de Castañeda logró escapar á Orán. Llevaba una carta de Miguel para sus padres contándoles dónde y cómo se encontraban él y Rodrigo. La carta debió de llegar á Madrid mediado el año. En casa del pobre cirujano Rodrigo de Cervantes no había blanca de sobra. La pena ensombreció los rostros y atarazó los corazones. El cuitado Rodrigo no sabía qué hacerse; recordó la deuda del licenciado Sánchez de Córdoba y procuró cobrarla. Pidió una información del cautiverio

de sus hijos para que el Rey hiciese merced de algún dinero destinado al rescate. Estos recursos eran insuficientes, pesados, dilatorios. Mientras tanto, Miguel y Rodrigo podían ser víctimas de la ferocidad de sus amos.

Por fortuna, seguía concurriendo á la casa el ingenioso alguacil y grande amigo de la familia Alonso Getino de Guzmán, hombre fértil en trazas y arbitrios. Imaginó, llevado de su buen deseo, un recurso teatral, que él había leído en algún viejo librillo de retórica ciceroniana. Hizo que doña Leonor de Cortinas se vistiese las tocas negras de viuda y, como si lo fuese, comenzara á solicitar en la corte alivio á la triste situación de sus hijos, cautivos en Argel y únicos sostenes de la familia; y aquella mujer, resuelta y varonil, que por algo era madre, y madre de tal hijo, se rebozó en su manto y mató moralmente á su marido. Getino de Guzmán, satisfecho de su invención, reía por anticipado al pensar cómo se reiría también su amigo Miguel, cuando se viese libre por arte de comedia é industria de dramaturgo.

CAPÍTULO XX

ARGEL POR DENTRO.—MULEY MALUC.—EL JARDINERO JUAN. MIGUEL, REDENTOR

Todo lo que era animación y batahola en la marina y puerto de Argel, era silencio de muerte en la ciudad. Lentas pasaban las horas en ella, sin el ruido de campanas que en los pueblos cristianos comparten la vida. Lentos trepaban por los retorcidos callejones los borriquillos de la azacanería que abastaba de agua al sediento vecindario. Lentas caminaban, por raro caso, á pie las mujeres, «cubierto el rostro con una toca, un bonetillo de brocado en la cabeza y una almalafa que las cubre de los hombros á los pies». Lentas sonaban mañana y tarde al cantar las azalas plañideras las voces de los muecines, repercutiendo de uno en otro alminar. Con mortal lentitud la carcoma iba royendo las maderas; el esclavo, limando los hierros en la mazmorra; la podredumbre, trabajando los cuerpos. Falta de aguas la ciudad y habitada por una muchedumbre de esclavos míseros, por batallones de infectos mendigos y por piaras de cerdos y escuadras de perros vagabundos, siempre había en ella peste blanca ó peste negra, bubones, disentería, sarna y todas las variedades de morbos infecciosos que el desaseo y la incuria crían. Los cadáveres, abandonados en las calles y putrefactos por las aguas del arroyo, eran festín á los perros y á los buitres y grajos que en bandadas acudían de los montes vecinos. En las plazas, formábanse charquetales y madrejones de aguas pútridas en donde cantaban sapos negros y por entre cuyo fango se escurrían sierpes verdosas. Parecía Argel una ciudad he-

cha de fábrica para la muerte, y las casas, con sus altos tapiales encalados, sin fenestras ni agujeros á la calle, y con sólo una angosta puerta cerrada, parecían grandes sepulcros ó panteones que sólo esperasen recibir á sus muertos y guardarlos eternamente.

Como en todas las ciudades mahometanas, y más que en las de Oriente aún, los moradores vivian hacia adentro, procuraban huir de la deletérea calle y zambullirse en la casa, desquitándose con perfumes violentos de la tortura impuesta á sus narices. El pestífero olor de Argel en el verano era tan penetrante, que en ocasiones, atrajo á las lejanas fieras. Los centinelas de la puerta de Babazón, de la de Ramdán y del fuerte de las Veinticuatro horas habian oído muchas noches de estío, el llanto y grito de las hienas; aseguraban algunos haber escuchado también rasgar el silencio nocturno, el bronco rugir del león.

Contrastaba con la miseria advertida en las calles, la opulencia y boato en las casas de los moros y renegados principales. Había entre ellos algunos propietarios ricos, pertenecientes á antiguas familias de Argel, á quienes molestaba sobremanera el predominio y autoridad allí conseguidos por la gente de mar, capitanes corsarios y gobernantes enviados de Constantinopla, casi todos fugitivos de Italia, de Grecia y de Iliria, gente desmandada é infame que lograba los puestos á fuerza de dádivas, vivía de la explotación inicua y del cohecho, y moria siempre de mala manera. Los moros poderosos y los renegados principales, no se trataban con semejante gentuza, análoga á toda la que los gobiernos corrompidos han enviado siempre á saquear las colonias.

Pero no ha de creerse que todos los habitantes de Argel fueran, como los capitanes de la mar, hombres zafios y facinerosos, injustos y crueles. Había también personas de cultura y de fino sentir, mayormente entre los renegados ricos. Eran estos, hombres que habían perdido la fe por azares ó exigencias de la vida, muy discretos y aficionados á los placeres espirituales. Entre ellos se distinguía el esclavón Agi Morato, cuya casa era de las más suntuosas de la ciudad. Casó con su hija Zara ó Zorayda, el moro Muley Maluc, á quien diversos autores de la época llaman moro famoso, discreto y muy instruído que hablaba turco, español, alemán, italiano y francés, y era de muy gentil juicio y disposición, hábil calígrafo y dibujante de curvas y trazos que constituyen todo el arte gráfico de los moros, y con esto, gran cantador y danzarin y tañedor de laúd, monocordio y vihuela.

Era Muley Maluc uno de esos hombres suaves, de esos delicados artistas que la decadencia pare. Virrey de Fez y destronado por un hermano suyo más guerrero que letrado, su gentileza y cultura consiguieron que al presentarse al Gran Señor, éste mandase á Ramadán bajá, Rey de Argel, que organizara una expedición guerrera para reponer á Muley Maluc en su vacilante trono. En 1576, hallábase en casa de su suegro Agi Morato y allí le conoció Cervantes quien habla de él diciendo:

Muley Maluco.....
el que pretende ser rey
de Fez, moro muy famoso
y en su secta y mala ley
es versado y muy curioso.
Sabe la lengua turquesca,
la española y la tudesca,
la italiana y francesa;
duerme en alto, come en mesa,
sentado á la cristianesca.
Sobre todo es gran soldado,
liberal, sabio, compuesto,
de mil gracias adornado.....

Quizás Muley Maluc supo que había entre los cautivos cristianos uno gran poeta y recitante y, sin duda, Miguel aprovechó la ocasión para conocer por dentro la vida y costumbres de aquellos palacios cuyas blancas paredes por fuera eran iguales á las de los más miserables tugurios. Parecióle bien lo que desapasionadamente había de parecer así á quien lo mirase, la cortesía y caballerosidad de los moros, la belleza de las moras, su recatado vivir y el candor de aquellas almas femeninas á quienes el encierro aniñaba para siempre. Posible es que á algunas de ellas le cayese en gracia la gallardía del cautivo español, la viveza de sus ademanes ó la alegría un poco descompasada y soldadesca de su charla.

No cabe negar que en ***El gallardo español***, en ***La gran sultana*** y en ***El trato*** y ***Los baños de Argel***, tanto como en la relación del cautivo y en ***El amante liberal***, si hay mucho de lo imaginado que entonces corría primero en lenguas y después en libros, hay mucho también de lo real y visto y palpado. Coinciden con las pinturas y descripciones de Cervantes las del P. Haedo y las del P. Zúñiga y otras contemporáneas, y no difieren esencialmente de las curiosísimas que un siglo después manuscribió el trinitario Fr. Bartolomé Serrano, versificador detestable, pero hombre sagaz, devoto, alegre, cuyo libro merecía ser impreso; mas claro está que en éstas no hay, fuera parte del genio que á las de Miguel anima, un reflejo tan fiel y animado de lo descrito. Compárense con las descripciones del Cautivo en la Goleta ó con las narraciones del ingenioso Cristóbal de Villalón y sirvan estas verdaderas relaciones como piedra de toque para conocer cuán poco soñó Cervantes al referir muchos años después lo que entre los moros viera ó al forjar, pasado poco tiempo, las escenas dramáticas de ***El trato de Argel*** y de ***Los baños de Argel***.

Pensar que Cervantes se pasó la vida en la cautividad gimiendo y llorando, es desconocer su carácter. Sin perder de vista ni un punto el propósito de la fuga y del rescate, aprovechó el tiempo, y con la actividad propia de sus veintiocho ó veintinueve años, alternó con toda clase de gentes, conoció y trató á moros ricos y pobres, á renegados altos y bajos, á rastreros y miserables judíos y á moras secretas y escondidas, que no se recataban de los cristianos, y aun muchas se daban buen tiempo con ellos, sin dejar de llamarlos perros, como tal vez las cortesanas viciosas de Alejandría buscaban las carantoñas lúbricas de los hediondos negros esclavos suyos, y aun de perros y monos.

Perros eran para las moras los cristianos, por lo mal que olían generalmente: olían á calle, con ese hedor de las ciudades de Oriente, tan notorio á quien ha viajado por China y la India, mientras que ellas, las moras, con sus cuerpos bañados y ungidos á diario y sus cabellos empapados en esencias, despedían por la casa embriagadores y mareantes perfumes. Algo de esto pueden percibir los olfatos finos en las páginas más regaladas en que

Cervantes habla de las moras, con una blandura y melosa añoranza, que se concibe perfectamente en quien pasó lo más de su vida entre mesoneras y maritornes, á quienes no podía acercarse quien no fuese arriero.

¿No es chocante y pasmoso el que nadie se haya fijado en esto? Como todos los hombres de genio, poseía Miguel agudísimos sentidos, y muy en particular el del olfato. ¿No os acordáis cómo Don Quijote interroga á Sancho si al acercarse á Dulcinea notó un olor sabeo ó una fragancia aromática, cual si se hallase en la tienda de algún curioso guantero? ¡Con cuánto regalo menciona el ámbar y los buenos olores cuando se le ofrece caso para ello, y con qué repugnancia pondera todos los pestilentes y desagradables tuhos ó tufos de Dulcinea ahechando y de Maritornes en la venta! El perfume oriental de las moras quedó en los escritos de Miguel disimulado bajo la ficción poética, pero bien se deja conocer que hubo en su vida argelina de cautivo una parte amorosa, condensada en los bellos tipos de moras, en sus dulces palabras, en su hermosura resignada ó rebelde y varonil. Arlaja, Zara, Fátima, Zorayda, Alima, dentro del patrón general usado por él para concebir y representar las moras en el teatro y en la novela, son algo más que meras fórmulas ó expresiones literarias de un pensamiento en una obra.

Digno de notarse es también que rara vez expresa Cervantes antipatía ni odio contra los moros en general, mientras que las acerbidades de su pluma suele reservarlas para los judíos y los renegados. Distingue con claridad á los corsarios crueles, codiciosos y feroces de los señores y galanes moros, enamorados y corteses, como Agi Morato y Muley Maluc, que murió peleando como bueno frente al desventurado rey Don Sebastián, en la jornada de Alcázarquivir: porque desde que se vió cautivo, comenzó Miguel, no sólo el aprendizaje de la paciencia en las adversidades, sino el de la tolerancia en toda ocasión, y quizás granjeó esta tolerancia en el trato con los espíritus escépticos de los renegados, ó la adquirió en los dulces labios de las mujeres moras. De todos modos, él anduvo suelto por todas partes, recorrió la ciudad en todos sentidos y entró en relaciones y tratos con todo el mundo. Algún so-

corro esperaba de España, no mucho, pues harto comprendía la mala disposición de su familia. Pensaba, no obstante, que D. Juan y el duque de Sessa responderían por él, siendo preguntados, y así aprovechó cuantas ocasiones tuvo para escribir y enviar cartas, solicitudes y peticiones.

Mientras él escribía, su madre y sus hermanas, con tierna actividad, solicitaban en la corte empeños y echaban mano de todas sus relaciones para que Su Majestad ayudara al rescate. No sin trabajo, lograron que el Rey mandase dar cincuenta escudos, que el Receptor de Cruzada, San Juan de Eyzaguirre, libró á Doña Leonor, tras algunas dilaciones. Se trataba, es verdad, de un soldado heroico de Lepanto, pero muchos otros había en caso igual. Escaso era el dinero, de todos modos.

Convencida de que es menester buscarle en mayor cantidad y por otras partes, Doña Leonor averigua que ha sido elegido general de la orden de la Merced Fray Francisco Maldonado, el cual, como nuevo en el mando, y ganoso de prestigiarse, piensa emprender con gran diligencia la redención de cautivos. Ya tiene designados para ello á Fray Jorge del Olivar, comendador de Valencia, á Fray Jorge de Ongay, comendador de Pamplona, y al mallorquín Fray Jerónimo Antich. Ya ha comenzado las gestiones para buscar recursos, á fin de que la redención sea numerosa y lucida. La orden mercenaria tiene su orgullo puesto en la noble competencia con la orden de la Trinidad.

Para conseguir sus fines, los mercenarios penetran en el Palacio real y en todas las casas grandes y chicas, recaban limosnas, lo mismo del rey y de la reina que de los soldados rasos, y más de los que pasaran algún tiempo cautivos y conocieran las penalidades de Argel. Los tres frailes elegidos para la redención son tres santos varones, prudentes, avisados y astutos: hombres de mundo y de trato, conocen todas las artimañas y flaquezas de los piratas y dueños de esclavos, saben sus costumbres y se aprovechan de sus debilidades. Además, Fray Jorge del Olivar es un varón evangélico, de alma generosa y pronta al sacrificio.

La madre y las hermanas de Miguel visitan con frecuencia á estos buenos frailes mercenarios en el convento cercano á la casa

de la Latina; les confían sus apuros, logran interesarles en la libertad de aquellos dos soldados cautivos, de quienes todo lo espera la familia; píntanse como viuda y huérfana desamparadas, y viuda es, en efecto, doña Andrea, por haber muerto poco antes su primer marido Nicolás de Ovando, dejándole una hija, doña Constanza de Figueroa, y algunos bienes de fortuna, quizás revueltos en la trama de una testamentaría. Las tres mujeres, con sus tocas negras, parecen tres imágenes del dolor y del desconsuelo. El blando corazón de Fray Jorge del Olivar se conmueve al verlas, un día y otro, con su petición y su menesterosa quejumbre. Todo el invierno de 1576 y los primeros meses de 1577 se pasan en estas diligencias y peticiones.

Miguel, entretanto, espera vanamente contestación á sus memoriales y solicitudes. No puede persuadirse de que sus servicios hayan sido absolutamente olvidados; conserva un concepto poético, grandioso de la realidad; no se le alcanza que la prosa, ya en aquellos instantes, gobierna la vida de los hombres y de los pueblos. Desconoce la situación de Don Juan, su ídolo. Pero si aún conserva estas poéticas ilusiones, tampoco abandona los proyectos prácticos de fugarse.

Un día, paseando por la marina, á la parte oriental de Argel, ve un jardín bien cuidado, propio, al parecer, de algún moro rico. Tras las tapias bajas suena una voz alta, fina, atenorada, que canta, cortando rápidamente las cadencias, con el sonsonete morisco de la antiquísima jota de Aben Jot, la vieja copla:

> Si mi madre fuera mora
> y yo nacido en Argel,
> me olvidara de Mahoma,
> sólo por volverte á ver,
> blanca y hermosa paloma... (1)

Miguel se acerca al cristiano que canta. Es navarro, cautivo del renegado griego Hazán y jardinero muy hábil. Con francas y recias frases convida á Miguel á ver el jardín. En el fondo, sobre un recuesto, se hace una cueva entre los peñascos, medio oculta por la

(1) Véase la música al final de este libro.

maleza. Parece un antiguo refugio de bandidos ó de pastores. Cabe allí bastante gente. Miguel concibe, rápido, un plan salvador.

—¿Cómo te llamas?—pregunta al cautivo jardinero; y antes de recibir contestación, por una de esas corazonadas frecuentes, prevé qué nombre va á decir el otro: un nombre que en la vida de Miguel ejerce extraña influencia. El jardinero responde:

—Me llamo Juan.

El nombre del Precursor incita y persuade á Miguel, en lo más íntimo de su alma, de que todo tiempo es bueno para la acción evangélica. Al separarse de Juan, va Miguel en busca de su reciente amigo el doctor Antonio de Sosa, presbítero, esclavo de un judío. Malísima cosa es ser esclavo, pésima ser esclavo de judíos; pues, como nadie ignora, puede con ellos tanto el interés que no deja lugar ni á un resquicio de compasión humana.

Por sí lo experimentó y con paciencia cristiana lo sufrió el mayor amigo de Cervantes en Argel, ó sea este clérigo y doctor Antonio de Sosa, quien, navegando en la galera de Malta, *San Pablo*, fué cautivo del alcaide judío Mahamet, junto á las costas de Cerdeña. Como siempre que caía en manos de corsarios un sacerdote, no bien llegado el Dr. Sosa á Argel, varios renegados y cristianos, por hacerle mala obra ó por congraciarse con Mahamet, comenzaron á decir que aquel presbitero era hombre de gran importancia y de mucho rescate: quién le hizo camarero secreto de Su Santidad, quién cardenal arzobispo; para unos era castellano del Castilnovo de Nápoles, para otros confesor de la reina de España. Cual sucedía con Miguel, la grandeza de alma del Dr. Sosa, en sus dichos y hechos revelada, le perjudicó grandemente.

Por ley de naturaleza, era lo más común en los cautivos desesperarse y hacer fieros en los primitivos días de la adversidad y, pasados estos repentes, caer en un estado de comático descaecimiento, amohinarse, humillarse, claudicar, disponerse al reniego, ablandarse, por fin, y al cabo someterse al yugo y á la cadena con la resignación pasiva propia de la habitualidad. No era raro ver hombres, que, al ser cautivos, peleaban como leones y llevaban el pecho galardonado por cruces y veneras, pero que, al pasar el primer ímpetu y á los cuatro ó seis meses de esclavitud, iban agachando el ánimo y contemporizando con su desgracia y decayendo de su decoro hasta trocarse en sumisos canes, al palo obedientes.

Los casos de ecuanimidad y entereza, como el de Cervantes y el del doctor Sosa, eran poco frecuentes y por lo mismo, hacían encarecer su rescate. El arraez que estaba hecho á apalear grandes de España, ¿cómo no había de juzgar príncipes y hombres de excepcional valía á los que no mostraban desmayo en ninguna ocasión?

Mas dígase, por honra de la humanidad, que si había hombres tan impíos y perversos como aquellos turcos y renegados mentirosos que declaraban sin empacho haber sido sirvientes y cocineros del pobre doctor Sosa en el Castilnovo de Nápoles y otros que dijeron ser Miguel un caballero de Malta ó de San Juan, pariente de toda la grandeza española, también había no sé qué instinto en las almas de aquellos arraeces ladrones y asesinos, que les guiaba á reconocer el valor y temple de sus cautivos y á estimarlos y, sin ceder en sus malos tratos, no dejarles morir ni matarles por sus propias manos, lo cual era singular merced.

Hambriento, desnudo, cargado de traviesas, atado á un pedrusco y preso en la más honda mazmorra, que era un silo ó sótano á tres ó cuatro estados debajo de tierra, donde la humedad rezumaba en paredes y suelo, pasó el Dr. Antonio de Sosa los primeros días de cautividad. Tres veces le sacaron de allí por muerto y por fin le trasladaron á una mazmorra menos profunda, en compañía de varios moros facinerosos y salteadores de caminos. No sabemos cuándo ni cómo saldría de allí, ó cuándo y cómo le conoció y trató Cervantes: sí que el Dr. Antonio de Sosa, fué la persona más culta con quien comunicó sus proyectos y el cautivo que más apreció á Miguel. Quizás le conoció por intermedio de una muchacha de Alcalá de Henares, cautiva en Argel, que se llamaba Mariana Ramírez, cuyo rescate pagó el doctor en 1581. Lo cierto es que Sosa y Cervantes hablaron largamente, que hubieron tiempo para comunicarse sus obras literarias y aliviar con su lectura ó recitación las penas del cautiverio.

Pero no fué el Dr. Sosa el único hombre de letras con quien Cervantes conversó en aquellos días: conoció entonces al escritor

y soldado piamontés Bartolomé Rufino de Chambery, que, cautivo, se ocupaba en escribir una relación ***Sopra la desolazione della Goleta e Forte de Tunisi***, á la que preceden dos sonetos laudatorios de Miguel, en el cautiverio escritos; y poco después entró en relación con el Dr. Domingo de Becerra, presbítero sevillano, que había andado no poco en la corte de Madrid y en la de Roma. Con la gravedad mística y el ascético sufrir del Dr. Sosa, contrastaba la alegría del cortesano doctor Becerra, que en los días más penosos de la prisión andaba ocupado en traducir cierto librillo italiano, titulado ***Galateo,*** donde se comparaba la urbanidad y cortesía de Italia con la torpeza y rustiquez de la canalla turquesca. De este sabio doctor cantó en ***La Galatea,*** Caliope:

> No se desdeña aquel varón prudente
> que de ciencias adorna y enriquece
> su limpio pecho, de mirar la fuente
> que en nuestro monte en sabias aguas crece;
> antes en la sin par clara corriente,
> tanto la sed mitiga, que florece
> por ello el claro nombre acá en la tierra
> del gran doctor Domingo de Becerra.

Con uno y otro confirió Miguel su proyecto de fuga y después lo confirió al capitán Meneses, á D. Antonio de Toledo, á D. Francisco de Valencia y á otros cautivos principales, de cuyo ánimo y valor esperaba mucho.

Desde el mes de Febrero ó Marzo comenzaron á refugiarse en la cueva, de acuerdo con el jardinero Juan, aquellos nobles señores que por la libertad arriesgaban la vida. Miguel les aconsejaba y dirigía á todos, y ellos le amaban ya como á señor y maestro. Pobre y sin recursos, pues su amo era tan codicioso que ni siquiera le daba para comer y vestir, supo Miguel industriárselas para vivir él y para que fuesen viviendo los encerrados en la cueva.

Cómo se hizo este milagro en aquella ciudad hostil y maldita donde, por no haber, ni había ventanas que se abriesen á la calle para echar una limosna, ni casi puertas á donde llamar, ningún historiador lo ha puesto en claro, ni el mismo Cervantes lo dijo: estas son páginas olvidadas del libro en blanco de las grandes abnegaciones.

Cuando los refugiados en la cueva, que no tenían allí otro oficio sino el más ingrato y duro de todos los oficios humanos, que es el de esperar, viesen aparecer por allí á Cervantes ¿cómo hemos de pensar que le recibirían y que oirían sus palabras llenas de fe, sino como acogían y escuchaban al Divino Maestro los discípulos amados? Hay en esta parte de la vida de Miguel pasos que no dejaron huella, como los de los seres sobrenaturales. Él andaba de un lado para otro, él intrigaba, él pedía, él agenciaba, procuraba, percanceaba y si los momentos no daban más de sí, murciaba para sus amigos de la cueva. Si hubiese robado para ello ¿qué robo más santo y digno de alabanza? En aquella constante rebusca de recursos y medios conoció los tratos de moros y judíos, exploto sus debilidades, engañó como pudo, corrió el muelle y las playas, frecuentó á los peores pícaros que entonces pudieran conocerse, y un día y otro y todos, arriesgó la cabeza, y al verlo y palparlo con peligro de su vida, lo vió y lo palpó con la intensidad necesaria al artista que ha de labrar hondo. Por eso, después no necesitaba atormentarse como se atormentaron Flaubert y otros artistas modernos para lograr una visión sintética de los sucesos del mundo y una plácida indiferencia al transcribirlos. Su concepto de la serena vida se iba ensanchando: la humanidad iba revelándole sus secretos, y cada uno de ellos le costaba á Miguel sangre, sufrimientos, humillaciones, hambres y padeceres de todo género, pero—ya lo había dicho el santo—el más puro padecer trae y acarrea el más puro entender. Al cumplir los treinta años, entendía el padecido Miguel el lenguaje de la vida, cuyos vocablos todos se aprenden en el diccionario del dolor y de la necesidad.

CAPÍTULO XXI

RESCATE DE RODRIGO.—PASIÓN DE MIGUEL.—PREDICACIÓN.
TRAICIÓN DE JUDAS.—PRENDIMIENTO

A primeros de 1577 llegaron á Argel Fray Jorge del Olivar, Fray Jerónimo Antich, y Fray Jorge de Ongay, resueltos á hacer una redención de la cual quedase memoria y que fuese envidiada por los trinitarios. Pronto se avistó con los buenos padres Miguel y por ellos tuvo noticias de su casa.

Contóle Fray Jorge del Olivar haber visto á Doña Leonor y á Doña Andrea con tocas de viudas, de que mucho le pesó á Miguel, no sólo por el natural dolor de ver muertos á su padre y á su cuñado Ovando, sino por saber con certidumbre que su familia seguía, como antes, necesitada. Confirmóle en esta creencia lo escaso de la cantidad que á Fray Jorge entregaron para hacer el rescate las atribuladas mujeres. Desde lejos seguían á Miguel en su pasión su madre, con el manto caído sobre el triste rostro y aquellas tres mujeres bellas y llorosas Doña Andrea, Doña Magdalena y Doña Constanza, cuyos semblantes se imaginaba él de luto como sus ropas.

Pero no era el alma de Miguel la que había de abatirse al pensar en aquellas lejanas pesadumbres. Quiso tratar su rescate muy luego con su amo: mas Dalí Mamí no se hallaba en Argel y Cervantes sabía muy bien que á sus oídos habían llegado ya las conversaciones de su esclavo Miguel con el supuesto confesor de la reina, ó con los nobles y conocidos caballeros ya mencionados, y también la estima y predicamento en que ellos le tenían, por lo cual no era fácil que se contentara con la exigua cantidad que los

mercenarios podían ofrecerle. Tocaba ya Miguel la libertad, teníala al alcance de su mano y de nuevo se le escapaba. Resuelto, sin embargo, aprovechó los dineros en rescatar á su hermano Rodrigo, como lo hizo en los primeros días del verano.

Sabían los frailes de la Merced que en breve había de llegar de Constantinopla el nuevo rey de Argel, Azán-bajá, renegado veneciano, cuya crueldad y codicia, según fama, excedían á las de todos sus predecesores en el puesto. Diéronse, toda la prisa posible, temerosos de que, si llegaba Azán, subiese las tallas y rescates, al saber que entre los cautivos librados los había de tanta suposición como el caballero sanjuanista D. Sebastián Arist, el canónigo valenciano D. Miguel de Villanueva y D. Juan de Lanuza, hijo del Justicia mayor de Aragón.

Prontos estaban ya para volver á España con sus cautivos libertados cuando, sin perder tiempo, presentóse en Argel Azán-bajá con sus galeras, trayendo de capitán de la mar á Dalí Mamí, el renegado griego amo de Cervantes. El demonio sólo sabría lo que el nombramiento de Rey de Argel y el de Capitán de los bajeles pudieron costar al uno y al otro, puesto que no había memoria de que, en Constantinopla, se hubiese hecho, desde luengos años antes, más diligencia para proveer tales cargos que la de venderlos al mejor postor. Así es menester hacerse cargo de que quienes llevaban los títulos de reyes y capitanes en Argel no lo eran ya por sus hazañas guerreras, como sucedía cuando aún los temidos barcos de Don Juan corrían los mares; podía ocurrir y acontecía que fuesen tan sólo, como Azán-bajá, unos negociantes, usureros y mercaderes para quienes reinar en Argel constituía negocio de corta dura y de bastante riesgo, que era preciso explotar sin perder tiempo ni malgastar compasión. Al empalar ó desorejar á un cautivo desmandado y al cometer sus famosas crueldades, no era Azán-bajá un capitán y un gobernante que creyese necesario aquel rigor, como el gran duque de Alba: era más bien un negrero á quien importaba tener á punto su mercancía: y después de cometer cualquier desmán se quedaba tan tranquilo y sereno como hoy se queda un propietario de minas pasada una explosión de grisú, ó un armador y due-

ño de transportes tras una peste á bordo de un buque de emigrantes.

Llegó Azán-bajá, vió malogrados los primeros frutos de su negocio, con los rescates hechos por los mercenarios y, como quizás contaba con sus productos para pagar los cohechos y sobornos á que debía su nombramiento ó las deudas para ello contraídas, montó en cólera, en una cólera de usurero criado en Venecia y por cuyas venas corría la sangre negra de Shylock. Pidió que le entregasen al canónigo Villanueva y al caballero Zamora para vengar en ellos ciertos insultos inferidos á unos moros. Procuraron los buenos mercenarios acallar sus exigencias dándole más dinero, cuando ya Azán había jurado que aquellos dos señores remarían en sus galeras y luego serían quemados vivos. Los prudentes frailes hicieron salir de Argel á ambos gentileshombres para ponerles en salvo, pero al enterarse de esto los otros cautivos que aguardaban su rescate, pensando que allí todos eran iguales y no habían de marcarse diferencias entre caballeros y villanos, amotináronse y amenazaron, como solían, con renegar para mover á piedad á los frailes y conseguir que éstos gastasen hasta el último maravedí y empeñaran su palabra y el crédito de la Orden en hacer más y más rescates.

Entonces, vió Miguel y vieron todos un acto de caridad sublime y sin ejemplo. Un día presentóse á Azán-bajá el buen religioso fray Jorge del Olivar y se ofreció á quedar él cautivo y en rehenes por aquellos cristianos. Aceptó el trato Azán-bajá, seguro de que la poderosa Orden no había de dejar mucho tiempo en esclavitud á un comendador suyo, hombre de tan gran valía. Fray Jorge del Olivar fué, cargado de cadenas, al baño del rey. Entretanto, el 24 de Agosto, salió fray Jorge de Ongay para España con ciento doce cautivos libertados.

Iba entre ellos Rodrigo de Cervantes, quien llevaba orden de su hermano Miguel para fletar en Mallorca ó en Ibiza una fragata armada que recalase en aguas de Argel y donde pudieran huir los refugiados en la cueva. Llevaba además cartas de D. Antonio de Toledo y de D. Francisco de Valencia para los virreyes de Valencia y de las islas Baleares, con el fin de que favoreciesen el apresto

del bajel. Con el barco que llevaba á Rodrigo iban las esperanzas mejores de su hermano.

Desde la playa mirando su blanca estela, cantaba por dentro Miguel.

A las orillas del mar,
que con su lengua y sus aguas,
ya manso, ya airado, lame
del perro Argel las murallas,
con los ojos del deseo,
están mirando á su patria
cuatro míseros cautivos
que del trabajo descansan,
y al son del ir y volver
de las olas en la playa,
con desmayados acentos,
esto lloran y esto cantan
¡Cuán cara eres de haber!
¡oh dulce España!
Tiene el cielo, conjurado
con nuestra suerte contraria,
nuestros cuerpos en cadenas
y en gran peligro las almas.
¡Oh, si abriesen ya los cielos
sus cerradas cataratas
y, en vez de agua, aquí lloviese
pez, resina, azufre y brasas!
¡Oh, si se abriese la tierra
y escondiese en sus entrañas
tanto Datán y Birón,
tanto brujo y tanta maga.....
¡Cuán cara eres de haber!
¡oh dulce España!

Tal vez, algún día, desesperado intentaba huir solo ó con cualquier compañero de cadena á la suspirada Orán: y pintaba la malaventura del camino en estrofas admirables que no parecen de cosa contada, sino de cosa sufrida y que en boca de un cautivo pone en *El trato de Argel:*

Este largo camino
tanto pasar de breñas y montañas
y el bramido contino

de fieras alimañas
me tienen de tal suerte
que pienso de acabarle con la muerte.
El pan se me ha mojado
y roto entre jarales el vestido,
los zapatos, rasgado
el brío consumido
de modo que no puedo
en pie del otro pie pisar un dedo.
Ya la hambre me aqueja
y la sed insufrible me atormenta;
ya la fuerza me deja
y espero desta afrenta
salir con entregarme
á quien de nuevo quiera cautivarme.
He ya perdido el tino;
no sé cuál es de Orán la cierta vía;
ni senda ni camino
la triste suerte mía
me ofrece, mas ¡ay, laso
que, aunque le hallase, no hay mover el paso!
....
¡Virgen bendita y bella,
remediadora del linaje humano,
sed vos aquí la estrella
que en este mar insano
mi pobre barca guíe
y de tantos peligros la desvíe!
Virgen de Monserrate
que sus ásperas sierras hacéis cielo,
enviadme rescate,
sacadme deste duelo,
pues es hazaña vuestra
al mísero caído dar la diestra.....
Entre estas matas quiero
esconderme, porque es entrado el día.
Aquí morir espero.
Santísima María,
en este trance amargo,
el cuerpo y alma dejo á vuestro cargo.

A vueltas de estos ratos de flaqueza y descaecimiento, había otros en que Miguel se confortaba á sí mismo con su propia

energía, ó bien contemplando la paciencia del Dr. Antonio de Sosa, la alegre resignación del buen Dr. Becerra y el hermoso ejemplo cristiano de fray Jorge del Olivar.

Muy hondo labraron en el alma de Miguel estas contemplaciones. Cada vez sentía más fuertes anhelos de redentor. Comenzaba á estimar y comprender cuántas cosas hay en el mundo dignas de que por ellas se dé la vida. De estas cosas platicaba á diario con gentes humildes, con pobres esclavos, con humildes pescadores, con los barqueros del muelle y con los negros del barrio de la Alcazaba y con las mujerzuelas pecadoras de los estrechos suburbios. Sus palabras caían dulces en oídos hechos al restallar del látigo: los acentos de su fe vibraban amorosos en las almas de los renegados que la habían perdido. Y con ser un hombre que así hablaba, cual los apóstoles del Evangelio, era además chancero, gracioso, afable y humano.

Entre los renegados á quienes comunicó su plan de fuga había uno natural de Melilla, por mote el *Dorador*. De él solía servirse Miguel para aprovisionar á los encerrados en la cueva y comunicarles instrucciones. Vivíase de tal modo en Argel que era imposible aun para la sagacidad más penetrante conocer y distinguir en absoluto á los hombres buenos de los malos. El ambiente moral, como el material, era tan deletéreo que originaba y criaba las mayores degradaciones y perversidades. Entre catorce hombres tenía que haber un Judas y le hubo.

Decidido ya Miguel á esperar en la cueva con sus compañeros, algunos de los cuales llevaban allí más de seis meses, el arribo de la nave libertadora, fué á visitar por última vez á su amigo el doctor Sosa, y trató de persuadirle á que también se fugara. El pobre clérigo estaba lleno de dolores y casi baldado por el reuma adquirido en la humedad de la mazmorra: no se decidió á salir por no malograr con su torpeza de movimientos el buen resultado del albur. Despidiéronse tiernamente los dos amigos y Miguel se escapó de casa de su amo el 20 de Septiembre de 1577, yendo á refugiarse en la cueva.

Macilentos, enfermos y tristes se hallaban los cristianos en aquel montuno albergue. Algunos de ellos pensaban que, pasado

el verano y próxima la estación de lluvias, les iba á ser difícil sostenerse en semejante asilo. La palabra de Miguel cayó sobre sus contristados corazones como el rocío en las siembras. Con sus pláticas les entretenía, con el ejemplo de Fray Jorge del Olivar, contado elocuentemente, les confortaba. Para ellos, no será ocioso repetirlo, era Miguel un semidivino maestro, paciente, valeroso, agenciador, próvido, benigno.

A los ocho días de estar con ellos, atalayaron en el mar los palos de una fragata que se mantenía tirando bordadas lejos de la costa. Por la noche, atentísimas las orejas y avizores los ojos, sintieron acercarse el barco á la marina; tal vez divisaron un bulto negro. La desventura quiso que hubiesen salido á pescar, con la luna, unos moros, quienes viendo el cauteloso barco que intentaba atracar en silencio, amigos como son de armar siempre algazara, comenzaron escandaloso griterío. La fragata huyó, pero quizás los pescadores habían avisado, por la esperanza de una propina, á la gente de Azán-bajá.

A la siguiente noche, ardiéndoles de ansiedad el pecho á los cautivos de la cueva, atracó la fragata á la marina: saltaron á tierra prestos, los tripulantes. Ocultos entre las chumberas les aguardaban los soldados de Azán, quienes cayeron sobre ellos, les aseguraron, les aprisionaron á mansalva. Todo esto miraban, más bien presentían los cristianos escondidos en la cueva, y sus almas anegaba el desconsuelo.

Entoncos Miguel se retrajo con ellos á lo más hondo de la caverna: les habló, como quien sabe su fin seguro y, recordando las palabras del Maestro, según San Lucas, les dijo:—*Cuando os envié aquí sin bolsa y sin alforja y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?*—Y ellos dijeron:—*Nada*—y añadieron:—*Aquí tenemos espadas*. Pero Miguel les dijo:—*Basta. Y se retiró de ellos un poco, así como un tiro de piedra* y, quizás de rodillas, quizás sentado en el suelo, mirando á la luna, oró y meditó largo rato *y fué su sudor como gotas de sangre, que hasta la tierra corría*. En las oliveras lindantes cantaba su canción amorosa el ruiseñor africano.

Cuando Miguel se levantó, halló á los otros amodorrados de tristeza, y les dijo:—Menester será que estemos todos prontos y que ningún ánimo decaiga. Yo solo—añadió—echaré sobre mí toda la culpa deste negocio, y si alguno ha de perecer sea yo que aquí os traje.

Y hablando así, vino la luz del alborada y pasó un día y á la mañana del siguiente, entraron en el huerto y se asomaron á la cueva hasta treinta hombres, de ellos á pie y de ellos á caballo con lanzas y escopetas y alfanjes: mandados iban por un capitán. Acompañábales el Judas que delatara y traicionara á sus amigos, el *Dorador*.

Miguel solo y sereno se adelantó á los soldados, esperó el beso de Judas, declaró con altas y serenas voces que era él autor de todo aquello y él solo el culpable. Maniataron á los demás, maniataron á Miguel, despacharon un correo á caballo para que diese á Azán-bajá la noticia. La triste comitiva se puso en marcha. Miguel, en medio de cuatro soldados turcos de la guardia del Rey, vestidos con blancas fustanelas, calzados con rojos borceguíes, armados con ricos mosquetes, marchaba con la cabeza baja, recordando las palabras del Maestro: *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum*. Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

CAPÍTULO XXII

LA CALLE DE LA AMARGURA.—JUICIO.—MIGUEL ANTE PILATOS. MIGUEL RESUCITA Y ESCRIBE UNA CARTA

Llegada á Argel, con el correo de á caballo, la noticia de haber sido sorprendidos muchos cristianos prontos á fugarse en un barco fantasma, que había huído por la noche, pronto cundió por la ciudad, movió á los azotacalles, en ella tan numerosos, y alborotó á la chiquillería. Relamiéronse de gusto muchachos y ociosos, como lo hacían los de cualquier ciudad española entonces al anunciarse que había ladrón ahorcado, bruja empalada ó auto de fe y relajación al brazo secular. La crueldad sanguinaria, en aquellos tiempos, era tan propia de cristianos como de moros. Viendo verter ajena sangre, se perdía el miedo á derramar la propia: viviendo entre miseria pestilente, no se temían contactos ni se recelaban promiscuidades que hoy nos repugnan. De la sangre y de la miseria corporales nació quizás el desprecio de la vida. La crueldad fué, si no la madre, la nodriza del ascetismo y de la mística.

Atadas las manos, serena la frente, el justo Miguel de Cervantes, recorría entre los fieros sayones de Azán-bajá su calle de la Amargura. Hasta la Alcazaba todas eran cuestas pedregosas, retorcidas, tan estrechas algunas, que los dos guardias habían de apretarse contra el cuerpo de Miguel para pasar por ellas. Las puertas que no se abrieron para la limosna, se abrían para la sañuda curiosidad. Hondo frescor perfumado salía de las casas, y con él rumores de risas y de cantos femeniles. En algún raro ajimez, tras la espesa celosía, se adivinaban dos ojos llameantes. El día

era el último de Septiembre: templado y amable calor circulaba por las venas. Asomando sus cabezas, de un verde insultante, por cima de las tapias, dejaban pender sus racimos de oro las palmeras, ó bien permitían las higueras graves que hasta los ojos del cautivo llegara el halago de su frondosidad, recoleta en patios y huertecillos, y hasta las narices la fragancia de los higos negros, en cuya piel de color de tinta temblaba una gota de olorosa miel. La vida era amable, aun dentro del cautiverio: perderla era gran lástima y extraña locura...

Al pasar por algunas plazas, la chusma berberisca, arremolinada en torno al encantador de serpientes ó escuchando al juglar, que gangueaba cuentos y leyendas al son del tarabuk, volvía hacia el cortejo de los cautivos cien cabezas interrogadoras. Pronto se sabía, entre verdad y embuste, de qué se trataba, y el alborozo de los moros era grande. Movíase entre ellos chillona greguería de insultos y ultrajes á los perros cristianos: prometíanse el grato espectáculo de ver empalar en el Zoco grande á aquel grave hidalgo español de la ancha frente, los alegres ojos y la barba taheña. Algún judío astroso, de nariz picuda, chillaba como una rata los más complicados y crueles denuestos, gozándose en la saña del viejo vocabulario castellano de los tiempos del Cid, para echárselo al rostro á los españoles. Los chiquillos, sin que les contuvieran los latigazos de los chaúces ó alguaciles, se metían por entre las piernas de los prisioneros, escupiéndoles, arrojándoles inmundicias al rostro, gritando, entre brincos y morisquetas, el eterno bordoncillo:

Don Juan no venir,
non escapar, non fugir
acá morir, perro,
acá morir,
Don Juan no venir.

Largo fué el camino y, como largo, doloroso. Con suplicantes voces rogaban los otros cautivos á Miguel, como á padre y maestro, que no los desamparase ni los entregara á la cruel venganza de los turcos. Procuraba Miguel esforzarles, ofreciéndose á permanecer constante en la tortura y á perder la vida por salvarlos. Al

fin llegaron todos á la presencia de Azán-bajá, más muertos que vivos.

Azán-bajá los miró con el ojo experto del mercader que aprecia una buena compra: y aunque, por haber pasado tantos meses en la cueva, sin ver la luz del día ni tener con qué remediarse, estaban todos ellos barbiluengos y uñicrecidos, sucios y rotos, el astuto comerciante conoció en diversas señales, y más que en nada, en la apostura y gallardía que bajo los harapos conservaban, que eran buena presa, y desde luego los marcó por suyos, sin más averiguación. El capitán de los guardias dijo á su amo, señalando á Miguel, cómo aquel caballero se había declarado autor único y ejecutor principal de toda la trama urdida para huir.

Con esto, Azán-bajá interrogó á Miguel en la lengua franca ó germanía, hablada en los puertos del Mediterráneo, mezcla de griego, veneciano, napolitano, provenzal y mallorquín, y amasijo de otros idiomas y dialectos.

Las palabras y la actitud de Miguel, certificaron á Azán-bajá ser este cautivo un hombre de gran importancia y de noble y esforzado ánimo. Con la clarividencia que presta la codicia, le preguntó, y, aun cuando ya sospechaba que el miedo á morir no le había de hacer mella, con muerte cruelísima y despiadada le amenazó. Puso Miguel los ojos en el cielo y dió á entender al tirano que nada le importaba perder la vida, pues de salvar su alma estaba seguro. Pensó entonces Azán si acaso aquel hombre sería un místico ó un mártir iluminado de los que había visto algunas veces buscar el martirio y morir gozosos, como se cuenta que sucedía en los tiempos de Nerón. Los ojos brillantes y alegrísimos de Miguel le salvaron, absolviendo esta duda de Azán.

Siguió el interrogatorio, y Miguel conoció que del más tremendo peligro se había librado. En las tortuosas insinuaciones y en los enrevesados raciocinios de Azán-bajá, vió Miguel claros los ya por él conocidos repliegues y recobecos de la perfidia veneciana, los procederes sólitos de aquellos comerciantes habituados á escurrirse sin ruido por los silenciosós canales con el asesinato y el robo en la mente y la pérfida sonrisa en la boca. Adivinó, en suma, sus pensamientos. Para Azán-baja, el prisionero Miguel era de

interés, pero el fin que él iba persiguiendo en aquel negocio era más lucrativo y trascendente, como que se proponía enredar en él á Fray Jorge del Olivar, porque pensaba, con acierto, que encarcelando estrechamente al pobre fraile mercenario como culpable en una tentativa de fuga, podría doblarle y aun triplicarle la talla, poniendo á la Orden de la Merced en el caso de pagar cuanto él pidiera.

Repitióse entonces la eterna escena dramática de la lucha entre la serpiente y el león. Deslizaba Azán-bajá entre las palabras de amenaza y las de benignidad é indulgencia su pensamiento, y Cervantes, rotundo, categórico, fuerte, insistiendo heroico en despreciar la vida, iba poniéndole vallas para que no resbalara más adelante de donde á su interés propio y al de los otros cautivos convenía.

En este juego en que se envidaba la existencia, conoció Azán, más aún que los mismos cristianos, con quién se las había, y por eso con mucha discreción ha dicho alguien que en la lista de los grandes admiradores de Cervantes debemos incluir ante todo á Azán-bajá, pues desde la primera entrevista comprendió que no era Miguel un hombre cuya vida pudiera despreciarse neciamente, entregándola sin más averiguación á la horca. Y aún diré más, á saber, que necio y vano me parece todo el ludibrio que sobre la memoria de aquel prudente renegado quieren echar historiadores indiscretos, como si á un mercader de carne humana pudiera exigírsele más de lo que él hizo. ¿Cuántos de los civilizados, progresivos y suaves jueces que hoy se gastan se dejarían persuadir, por los largos razonamientos y por la entereza de un reo procesado por delito de los que tienen pena capital, como entonces la tenía el cometido por Cervantes? ¿Cuántos fiscales de los de ahora se meten á indagar si el reo á quien interrogan es un hombre de ánimo valeroso y de talento profundo, capaz de realizar empresas grandes que en el presidio se han de malograr para siempre?

Mucho influyó en el ánimo de Azán-bajá, para no matar á Cervantes, la avaricia, el deseo de conservar á un cautivo de tan altos pensamientos; pero, en un caso análogo, ¿evaluaríamos hoy esta cifra moral, etérea de la altura de los pensamientos y la grandeza

de ánimo para no sentenciar á muerte á quien por la letra de la ley fuese condenado? Veamos lo que el mismo Miguel dice, hablando de la justicia de los moros y turcos: «Las más causas despachó el cadí sin dar traslado á la parte, sin autos, demandas ni respuestas que todas las causas (si no son las matrimoniales) se despachan en pie y en un punto, ***más á juicio de buen varón que por ley alguna, y entre aquellos bárbaros (si lo son en esto)*** el cadí es el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña y las sentencia en un soplo, sin que haya apelación de su sentencia para otro tribunal.»

Atento al interés suyo, sí, pero también considerando la valía de Miguel, sentenció Azán-bajá en provecho propio quedándose con todos los cristianos como cautivos y guardando en su poder y en su propia casa á Miguel, sujeto con muchos hierros y cadenas. Miguel respiró tranquilo y las lágrimas de los demás cristianos al despedirle, atestiguaban su gratitud.

Dígase ahora si es hiperbólica ponderación y encarecimiento propio de un biógrafo apasionado la aseveración de que, en aquel caso, el alma de Miguel igualó á la de los mayores héroes de la historia. Forzábale, es cierto, la necesidad y le impelía el instinto de legítima defensa, pero ¿quién no se hubiera turbado y perdido toda su elocuencia al verse en tan apretado trance?

Fueron, pues, los treinta años de Cervantes, viriles y fecundos. No llegaban los desengaños á su alma, cuando ya nuevos y admirables sucesos en que á prueba la ponía, le hacían recobrar la confianza y robustecer la fe que en sí mismo poseyó siempre, y mantener y criar ilusiones más grandes. Era Miguel á los treinta años, un hombre completo, un aprovechado estudiante de la vida, aunque de ella había de recibir aún muchas y severas lecciones.

Encerrado en el calabozo de Azán-bajá, comedía consigo mismo las causas de haberse malogrado su bien urdido proyecto, y en vez de entibiarse su fe, al ver que de catorce cristianos á quienes pensara salvar le había salido un Judas perverso, aumentaba la seguridad que de su salvación tenía. De nada le habían servido al *Dorador* sus arteras delaciones, puesto que Miguel estaba

vivo y su alma indomable seguía trabajando y tejiendo la tela de su próxima libertad.

No se sabe cómo, ni por dónde, pero aprovechando, sin duda, el encanto sugestivo que de su persona emanaba, supo pronto Miguel la suerte de los demás cautivos. Averiguó también que el santo Fray Jorge del Olivar, temiendo verse envuelto en nuevas asechanzas de Azán-bajá, había enviado al doctor Antonio de Sosa las vestiduras, vasos y ornamentos con que decía misa, para que no cayesen en poder de los infieles, si le echaban en alguna mazmorra. A los tres días de estar preso Miguel en casa de Azán-bajá, sacáronle de la prisión y le llevaron á presenciar un bárbaro y cruento suplicio: el del pobre jardinero Juan, á quien su amo el otro Azán, renegado griego, por congraciarse quizás, con el Rey de Argel, había querido castigar por su participación en la frustrada fuga.

Por espantar y sobrecoger con una brutalidad tan grande el ánimo de Miguel, lleváronle al jardín de Azán el griego y allí vió, aún vivo, pero sin sentido ni vista ya, al pobre navarro que días antes cantaba alegre con su franca y brusca voz la copla vieja de Aben Jot:

Si mi madre fuera mora
y yo nacido en Argel.....

Su amo, Azán el griego, le había ahorcado por sus propias manos, colgándole de un pie al tronco de una palmera y entreteniéndose después en jugar al tira y afloja con la cuerda que al cuello le atara para que durasen más el padecimiento y la agonía. El pobre jardinero tenía la cara negra con vetas azules: sangrienta le colgaba la lengua fuera de la boca; hilos de sangre le corrían de la nariz al suelo y bordeaban los párpados morados, entre los que blanqueaban, fuera del casco, los globos de los ojos, ya sin brillo. De vez en cuando, unos esclavos negros sacudían la palmera y el cadáver se zarandeaba con macabras contorsiones, y sobre él caían y rebotaban los dátiles maduros. Miguel miraba aquello y entreveía esa parte misteriosa del vivir que, por ser superior á las fuerzas con que habitualmente arrastramos nuestro carro, nos parece un pedazo de la región ignorada del sueño.

No hemos de pensar que el espectáculo truculento amilanase á Miguel. Volvió á su prisión y á sus reflexiones, y con ellas á sus esperanzas. Pronto supo que el Rey Azán-bajá había pagado por él á su amo Dalí Mamí, una cantidad importante, como quinientos escudos de oro, y esta noticia no le disgustó, pues prefería habérselas con hombre de sagacidad y perspicacia como Azán-bajá, á depender de un simple usurero como Dalí Mamí. El drama de la vida iba complicándose á sus ojos, pero sin que la confusión de los hechos anublase ni empañara su visión poética de la realidad, visión que hoy nos parece romántica, porque no nos hacemos cargo de que en aquel tiempo los sucesos daban pie á que los hombres marcharan y procedieran románticamente.

No podía persuadirse Miguel de que la poesía no tuviera en la vida ajena tanta parte como en la suya. Por entonces supo que su antiguo camarada Mateo Vázquez de Leca, había ascendido á ser ***archisecretario***, ó sea el que despachaba lo más de la correspondencia y relaciones de Felipe II, mientras Antonio Pérez se reservaba la parte secreta y grave y, quizás, olfateaba ya la tempestad que se le venía encima. Sabedor de algo de esto é insistiendo en su error, Miguel escribió á Mateo Vázquez una carta en tercetos.

Esta carta á Mateo Vázquez fué meditada muy despacio y escrita con mucho tiempo y no poca lima. Meses debió de pasar Miguel en pensarla y componerla hasta lograr convertir sus propias cuitas personales en patrióticos dolores y hacer, como pedía el Poeta muerto ha poco, una cuestión general, casi universal, del caso privado y personalísimo suyo. Pensó Miguel que el alma de Mateo Vázquez se había ensanchado y engrandecido, como la suya propia, y la de Felipe II, cual la de su hermano Don Juan. Principiaba cantando las alabanzas de su antiguo amigo. Narraba después su desventura:

En la galera *Sol*, que escurescía
mi ventura su luz, á pesar mío
fué la pérdida de otros y la mía.
Valor mostramos al principio y brío,
pero después con la experiencia amarga
conocimos ser todo desuarío.

Sentí de ageno yugo la gran carga
y en las manos sacrílegas malditas
dos años ha que mi dolor se alarga.
Bien sé que mis maldades infinitas
y la poca attrición que en mí se encierra
me tiene entre estos falsos Israelitas.
Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,
no pude al llanto detener el freno,
que á mi despecho, sin saber lo que era
me vi el marchito rostro de agua lleno.
Ofrecióse á mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Carlos tuuo
leuantada en el ayre su uandera,
Y el mar que tanto esfuerço no sostuuo,
pues mouido de embidia de su gloria
ayrado entonces más que nunca estuuo.
Estas cosas boluiendo en mi memoria,
las lágrimas truxeron á los ojos
mouidas de desgraçia tan notoria.
Pero si el alto Cielo en darme enojos
no está con mi ventura conjurado
y aquí no lleua muerte mis despojos,
cuando me vea en más alegre estado,
si vuestra intercesión, señor me ayuda
á verme ante Philippo arrodillado,
mi lengua balbuciente y quasi muda
pienso mouer en la Real presencia,
de adulación y de mentir desnuda.
Diciendo: «Alto Señor, cuya potencia
sugetas trae mill bárbaras Naciones
al desabrido yugo de obediencia,
á quien los Negros Indios con sus dones
reconocen honesto vassallage
trayendo el oro acá de sus rincones;
despierte en tu Real pecho el gran coraje,
la gran soberbia con que una vicoca
aspira de continuo á hazerte ultraje.
La gente es mucha, mas su fuerça es poca,
desnuda, mal armada, que no tiene
en su defensa fuerte, muro ó roca.

Cada vno mira si tu armada viene
para dar á sus pies el cargo y cura
de conseruar la vida que sostiene.
Del'amarga prisión triste y escura,
adonde mueren veinte mill cristianos
tienen la llave de su cerradura.
Todos (qual yo) de allá, puestas las manos,
las rodillas por tierra, solloçando,
cercados de tormentos inhumanos,
Valeroso Señor, te están rogando
bueluas los ojos de misericordia
á los suyos, que siempre están llorando.
Y, pues te dexa agora la discordia
que hasta aquí te ha oprimido y fatigado,
y gozas de pacífica concordia;
Haz ó buen Rey que sea por ti acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto
fué por tu amado padre començado.
Sólo el pensar que vas pondrá vn espanto
en la enemiga gente que adeuino
ya desde aquí su pérdida y quebranto.»
¿Quién dubda que el Real pecho begnino
no se muestre escuchando la tristeza
en que están estos míseros contino?.....

Llegó esta carta á Madrid en sazón malísima. Todos los días pasaban por manos de Mateo Vázquez cientos de epístolas, memorias, planes y proyectos para llevar á buen fin los asuntos de Flandes y otros de importancia. La fantasía española se echaba á volar mucho más que hoy en tiempos como aquellos, cuando todo parecía posible y llano, hasta los mayores dislates. Al rey no solía darse cuenta de tales desatinos. Con ellos solían venir mezclados secretas delaciones contra el secretario Antonio Pérez, contra la princesa de Éboli, contra Escobedo, secretario de Don Juan, contra el mismo Don Juan, que peleaba en Flandes. Suponíanse negociaciones de Don Juan con los luteranos flamencos y de éstos con Inglaterra, tratos secretos del duque de Alba con los principales portugueses ó con Francia, comentábanse las amistades de Requesens, los menores dichos del príncipe de Parma Alejandro Farnesio.

Mateo Vázquez había de leer y enterarse de tan intrincados y revueltos asuntos y dar cuenta al monarca de los que á su parecer revestían mayor gravedad. Mateo Vázquez hacía todo esto tembloroso y azorado. No era un carácter enérgico el suyo, como el de Antonio Pérez. Sin haberlo podido sospechar ni prever, se veía envuelto en un laberinto de insidias y asechanzas, que sólo un hombre tan frío como el rey era capaz de contemplar sin pavor.

En medio de esta turbación suya, recibe Mateo Vázquez un día la carta de su antiguo amigo; se pasa la mano por la frente, remembrando los días felices en que gustaba de versos y aventuras. La imponente rotundidad de los tercetos fija un instante y detiene la errátil inconsistencia de su embrollado cacumen. Brava carta es aquella, por Dios. Mateo Vázquez, aunque el tiempo no le sobra, la relee y diputa á su autor por un gran poeta.

Cuando está enjuagándose la boca con los versos, un ujier anuncia al secretario que Su Majestad le espera. Mateo Vázquez recoge sus papeles apresurado. Ábrense puertas, álzanse cortinas. Mateo Vázquez se halla en presencia del soberano. De pie, junto á un bufete, al que sirve de escudero una gran mesa cargada de papelorios sujetos por muestras de mármoles y jaspes empleados en el Escorial, el monarca, todo negro, salvo la cara y las manos, que otros pedazos de mármol blanco veteado de amarillo parecen, espera, contesta al saludo, interroga, conciso y autoritario, una pierna algo contraída por fuertísimo dolor que no revela su semblante. Mateo Vázquez va volteando sus papeles. El monarca aparta unos y deja otros, inclinándose á veces. El secretario guarda para lo último la carta de Cervantes.

Antes de concluir el examen de documentos, Felipe II habla bajo á Mateo, sin que nadie sea capaz de oir su voz sino el secretario, del oído fiel y agudo, ni penetrar su intención, á no ser Dios que todo lo sabe. Habla de Escobedo, de Antonio Pérez y, sin nombrarle, de Don Juan. Mateo Vázquez queda confuso, alelado. Felipe II contempla orgulloso aquella confusión y alelamiento, como Tiziano contemplaría una de sus más amadas pinturas. ¡Si él pudiera producir aquel mismo efecto en el ánimo de Antonio Pérez!...

Resuelto ya á no decir al rey nada de otros asuntos, la perplejidad le desata la lengua: Mateo Vázquez habla de la carta, de Miguel, soldado que en Lepanto se portó como héroe; quizás insinúa que Miguel fué, cuando mancebo, quien escribió los versos laudatorios de la difunta reina Doña Isabel de Francia, que esté en gloria, y que el también difunto cardenal Espinosa leyó á Su Majestad. El rey no lo recuerda; pregunta el contenido de la carta, y, al saber que es un proyecto relativo á Argel, frunce los arcos ciliares, en los que antaño no se veían cejas y ahora se ven dos líneas finas de plata desdorada. No obstante, coge el papel de manos de Mateo Vázquez. Mira los desiguales renglones y pregunta si está en verso aquello.

—En verso está, señor—contesta Mateo Vázquez poniéndose colorado, al comprender que acaba de incurrir en una ligera necedad. El rey nada dice; pero devuelve el papel á Mateo Vázquez con una mano desdeñosa. ¿Cuándo—piensan el rey y el secretario, aquél un poco molesto y éste un poco mohino—, cuándo se ha visto que se trate en verso de asuntos hondos y graves de la nación? ¿Hay paciencia que sufra el atrevimiento de tanto y tanto loco proyectista, y á ello añada la audacia y sinrazón de los poetas? Mateo Vázquez conoce haber dado un paso en falso. El rey está en lo firme. Si fuera á hacerse caso de las ideas que les pasan por la cholla á todos los copleros cautivos ó libres, buenos andarían los reinos de Su Majestad. La carta se queda, pues, como era natural y justo, sin contestación.

CAPÍTULO XXIII

MIGUEL ESCRIBE OTRA CARTA QUE NO LLEGA Á SU DESTINO.—SE ADIVINA LA APARICIÓN MISTERIOSA DE UNA MANO BLANCA Y DE UNOS OJOS NEGROS.—EL DUQUE DE SESSA SE ACUERDA DE UN VIEJO SOLDADO SUYO.—DE LA MERCED Á LA TRINIDAD.—LOS HÉROES MUEREN.—«DON JUAN NO VENIR...»

Como había sabido otras tantas cosas en el apartamiento y soledad de su prisión, supo Miguel ó recordó entonces que el general de Orán en aquellos días era D. Martín de Córdoba, hijo del conde de Alcaudete, y después marqués de Cortes. Contaba la fama que este ilustre caballero, hallándose cautivo en Argel con otros diez y seis mil españoles prisioneros de la jornada de Mostagán, se propuso alzarse en rebeldía con todos los forzados (pues eran ellos mucho más numerosos que la guarnición turca del rey) y apoderarse de la ciudad, regalándosela al monarca de España. Sabíase y repetíase en Argel que, descubierta la conspiración, D. Martín de Córdoba había sido encerrado en una torre lejana, y costó á su familia el rescate veintitrés mil escudos de oro. Decíase que el traidor había sido un valenciano llamado Morellón y que, con este motivo, fueron numerosos y cruelísimos los suplicios de los cristianos mezclados en la rebelión, muriendo entre ellos aquel famoso corsario y audaz navegante Juan Cañete, á quien llamaban el terror de Berbería.

En los relatos de esta malograda proeza, que ocurrió diez y

nueve ó veinte años antes, había mucho de leyenda fantástica: no así en el fondo, cuya solidez y verdad Miguel calculó y dedujo, pesando y midiendo todos los inconvenientes y dificultades que en la práctica podía ofrecer un plan por el estilo. Al mismo tiempo, imaginaba cuán grato podía ser para un caballero de tanto valor y fama como D. Martín de Córdoba el realizar, en la edad madura y con los medios y fuerzas de que disponía entonces, aquella empresa con que soñó en su juventud. Muy despacio y con gran calma pensó Miguel en la posibilidad del proyecto: con palabras cuya eficacia y elocuencia hemos de inferir por la precisión y acierto con que habla siempre al emitir juicios en materia militar, escribió lo que pensaba.

Mucho más que en ello debió de tardar en arbitrar un medio de que la carta llegase á manos de D. Martín de Córdoba. Cómo se las industrió Miguel para conquistar y seducir á un moro que llevase la carta con otras dirigidas á varios caballeros y jefes militares residentes en Orán y á quienes conocía y le debían de conocer á él por haberse hallado quizá en Lepanto y en Navarino, es cosa que las historias callan; pero si Miguel, preso con los moros acusados de varios delitos, en el baño de Azán-bajá, no es probable que hallara medios para sobornar ni pagar al mensajero ¿será tan disparatado suponer que de este plan formó parte ó á él coadyuvó alguna intriga amorosa y femenina de las que hizo figurar en todas las obras suyas donde trata asuntos como este?

No han buscado ni investigado los historiadores cuáles fueron los modelos vivos de aquellas moras enamoradizas y complacientes que en las comedias argelinas y en las novelas de cautividad puso Miguel. ¿Es lógico pensar que tales seres y semejantes intrigas son obra de la ficción literaria ó elementos meramente poéticos é imaginativos con los que Miguel aderezó sus historias? ¿Por qué había de ser esto fingido y lo demás verdadero?

No es una hipótesis folletinesca, sino una opinión autorizada por cien hechos semejantes que la historia registra, la de que en este asunto del moro, manos femeninas intervinieron, proporcionando recursos ó dando órdenes inapelables.

Miguel era *el gallardo español* del baño de Azán-bajá. Ponderaban su ingenio y desenvoltura cuantos le conocían de cerca: su figura era interesante y simpática: los hechos recientes y la antigua manquedad pregonaban su temeraria valentía. Azán-bajá, que como enamorado y hombre de erótica violencia aparece en *El amante liberal*, lo cual nada insólito parece en un hijo de las lagunas venecianas, tenía, sin duda, en su harem mujeres sensibles, renegadas unas, moriscas y griegas otras, alguna cristiana en secreto. El algo de verdad que haya en la protección de estas bellas é interesantes moras de las comedias cervantescas á los cautivos cristianos, no sabemos cuál es, pero algo de verdad hay, sin duda, siendo lo demás, como es, pintura fiel y justa de la realidad. *El gallardo español* contó, pues, con que unas manos blancas y suaves le quitasen algunas piedrecillas del camino.

Salió el moro con las cartas de Miguel, pero tan mala fué su estrella que en el camino le cogieron otros moros, espías ó soldados: le registraron, le encontraron los papeles, lleváronle á Azán-bajá. ¿Quién supondrá la indignación y furia del taimado veneciano al ver la firma de Cervantes al pie de aquellos sediciosos escritos?

Por lo visto, el malhadado cautivo de la mano manca era el hombre más contumaz y terrible que en Argel había. Era menester descubrir todo cuanto en el plan hubiese ya de realizado y de peligroso. Para ello comenzó por atormentar al moro; después le hizo empalar y en el palo murió sin decir palabra que á Miguel comprometiese.

Este hecho que repetidamente se ha consignado, ¿es tan vulgar é insignificante que no merezca atenta consideración? ¿No revela á las claras cómo los medios por Miguel empleados, para ganarse el ánimo del moro fueron tan poderosos y enérgicos, que llegó hasta á comunicarle la constancia cristiana y la estoica fortaleza de su corazón? ¿Qué juramentos y qué compromisos mediaron entre Miguel y el moro para que éste muriese sin declarar? Juzguen ahora tal hecho los que estiman que la vida de Miguel puede contarse como la de un hombre cualquiera y que nada hubo en ella de maravilloso; y asimismo, los que prescinden por completo de toda intriga amorosa y de todo empeño femenino en algunos sucesos de ella.

Nuevamente se halló Miguel cara á cara con Azán-bajá. Ya sabía el renegado que poco podían con su cautivo las amenazas. No obstante, púsole grillos en manos y pies y mandó atarle una cuerda al cuello. Ordenó que le diesen dos mil palos en la barriga y en las plantas de los pies, como era costumbre, para matar lentamente á los cautivos desmandados. Miguel no pestañeó al oir la cruel sentencia; acaso detrás de las cortinas que en la sala de justicia de Azán vestían las paredes ó entre los enrejados de un ajimez vió lucir unos ojos negros brillantes que le devoraban el rostro...

A Miguel, no sólo no le dieron los dos mil palos, pero ni siquiera se alzó una mano para ultrajarle.

¿Por qué fué esto? Fuera por lo que fuese, el alma de Miguel, pasados los instantes en que el heroísmo la sublimaba, vivía en constante vacilación y perplejidad. Los dos momentos cordobeses, el *sustine* y el *abstine* se sucedían en ella. Pinta esta situación un diálogo entre el soldado triste *Saavedra* y su alegre camarada Leonardo (en *El trato de Argel).* Dice Saavedra, declarando el primer pensamiento triste de Miguel:

—En la veloz carrera apresuradas,
las horas del ligero tiempo veo
contra mí con el cielo conjuradas.
Queda atrás la esperanza y no el deseo
y así la vida dél, la muerte della
el daño, el mal aumentan que poseo.
¡Ay, dura, inicua, inexorable estrella!
¡Cómo por los cabellos me has traído
al terrible dolor que me atropella!

Y replica su alegre compañero Leonardo, en quien no hemos de ver sino al propio Miguel dejándose llevar por el segundo pensamiento alegre y descuidado, como de quien se crió en Sevilla:

—El llanto en tales tiempos es perdido,
pues si llorando el cielo se ablandara,
ya le hubieran mis lágrimas movido.

A la triste fortuna, alegre cara
debe mostrar el pecho generoso
que á cualquier mal buen ánimo repara.

Más triste aún replicaba Saavedra:

—El cuello enflaquecido, al trabajoso
yugo de esclavitud amarga puesto,
bien ves que á cuerpo y alma es peligroso.
Y más aquel que tiene prosupuesto
de dejarse morir antes que pase
un punto al modo de vivir honesto.

Y con el mismo tono se plañía Miguel á Mateo Vázquez, en los memorables tercetos de su carta:

Yo, que el camino más baxo y grosero
he caminado en fría noche escura,
he dado en manos del atolladero.
Y en la esquina prisión amarga y dura,
á donde agora quedo, estoy llorando
mi corta infelizísima ventura.
Con quexas tierra y cielo importunando,
con sospiros al ayre escuresciendo,
con lágrimas el mar accrescentando.
Vida es esta, Señor do estoy muriendo,
entre bárbara gente descreída
la mal lograda juventud perdiendo.
No fué la causa aquí de mi venida
andar vagando por el mundo á caso
con la vergüenza y la razón perdida.
Diez años ha que tiendo y mudo el passo
en servicio del gran Philippo nuestro,
ya con descanso, ya cansado y laso.....

Sollozaba de este modo el cuitado Miguel, viendo otra vez por tierra sus intentos de libertad. A los treinta años, lloraba su juventud perdida y por perdida ha de tenerla irremisiblemente quien alcanza aquella suave filosofía que sabe convertir las penas en versos. Si alguna intriga amorosa ó por lo menos algún trato femenil hubo en su cautiverio y en la malograda intentona de la carta, no era Miguel hombre que se aviniese á la candonguería y molicie de la mujeril protección con que algunos despiertos esclavos se ali-

viaban, como aquel desenvuelto y poco aprensivo Leonardo, que dice:

> A mi patrona tengo por amiga
> Trátame como ves: huelgo y paseo.
> «Cautivo soy» el que quisiere diga,

pero Miguel tenía prosupuesto de dejarse morir antes de pasar un punto al modo de vivir honesto, y así como no claudicó su fe divina, tampoco cedió á la satisfacción de ímpetus y anhelos momentáneos el propósito de lograr la libertad, primero que ocupaba su alma.

Atento á este fin, supo que el capitán talaverano D. Francisco de Meneses había logrado convencer al amo en cuyo poder estaba cautivo, de que le dejase partir á España bajo su palabra, prometiéndole pagar, por este medio, su rescate que subía á mil ducados de oro. Trato igual habían hecho, con buen resultado antes dos caballeros portugueses, Sosas de apellido, y lo hizo por aquel tiempo ó después D. Fernando de Hormaza y Herrera, noble señor de un antiguo solar de Extremadura.

Cómo desde su prisión comunicó Miguel con el caballero Meneses, no lo sabemos; pero es seguro que este noble talaverano, al ser aceptada su libertad bajo palabra, trató con Miguel y le prometió visitar á su familia en Madrid, y procurar recursos para su rescate. Dos años larguísimos había pasado ya en el cautiverio: no decaía su ánimo, pero sí iba transformándose su carácter y sufriendo un tanto su buen humor con tan repetidos reveses de fortuna.

Partió de Argel D. Francisco de Meneses á principios del año 1578. Antes de partir firmó un contrato con dos mercaderes valencianos, estantes en Argel, Hernando de Torres y su cuñado Juan Fortuny ó Fortunio, para que, en cierto plazo, pagasen la cantidad estipulada, la cual D. Francisco devolvería en España. Llegado á Madrid, ratificó la obligación en 27 de Febrero; pero desconfiado Azán-bajá, retuvo como rehenes y garantía de los mil ducados al erudito sevillano Dr. Becerra. Qué trazas se daría este ingenioso doctor para lograr que Meneses pagara los mil escudos y además su propio rescate, el cual, como de un pobre escritor, no subía sino á doscientos cuarenta ducados, no lo sabemos; pero

sí que ambas cosas logró más adelante, verificando el pago Baltasar de Torres, hermano y socio de Hernando, y el banquero veneciano Jerónimo Zuma.

Estos banqueros Torres, como otros que tenían casa abierta en Argel y en constante tráfico y comunicación con otras casas suyas de Valencia, Barcelona y Mallorca, eran hombres mañosos y listos que habían logrado implantar un activo comercio de mercaderías y de dinero á la sombra de los rescates. Muchos cautivos se rescataban por manos de ellos, sin intervención de los PP. mercenarios ó trinitarios, y ambas Órdenes solían recurrir á la ayuda de los mercaderes en sus apuros ó cuando, por las brutales y anticristianas exigencias de los turcos, no podían acabar con ellos trato. Explotaban asimismo el negocio á que daba margen la concesión de licencias para sacar *mercaderías lícitas* (según la fórmula oficial) de un puerto con destino al de Argel, licencias que el rey concedía para auxiliar, sin soltar un maravedí, á las mujeres de cautivos ó á las viudas menesterosas como doña Leonor, que pedían á S. M. para rescatar á sus hijos.

Al llegar á Madrid D. Francisco de Meneses, vió á la familia de Cervantes, y, excitados, sin duda, el cirujano Rodrigo, doña Leonor y sus hijas por las cartas de Miguel y por la patética pintura que de su situación y sucesos hizo Meneses, comenzaron otra vez sus empeños y diligencias.

Pidió Rodrigo de Cervantes nueva información de los méritos de Miguel ante el licenciado Ximénez Ortiz en 17 de Marzo de 1578. Por indicación del capitán Meneses, ó por avisos del mismo Miguel, acudieron á declarar sus antiguos camaradas de Lepanto, el buen navarro Mateo de Santisteban y el puntual montañés Gabriel de Castañeda, quienes contaron las gloriosas hazañas de Miguel en la batalla naval. Informó también el sargento Antonio Godínez de Monsalve, uno de los veteranos de Túnez que hacían temblar la tierra con sus mosquetes. Declaró además el caballero D. Beltrán del Salto y de Castilla, quien, así como Godínez, había visto á Miguel en el cautiverio y sabía cuánto perjudicó al soldado de Lepanto el habérsele descubierto las cartas del duque de Sessa y del señor Don Juan.

No contento con la información, de cuyo resultado no podía menos de dudar, recordó una vez más Rodrigo de Cervantes la añeja deuda que con él tenía el licenciado Pedro Sánchez de Córdoba. Fué esta deuda en la familia de Cervantes uno de esos señuelos engañosos en que suelen confiar las gentes cándidas ó las que no cuentan con recursos habituales y regulares para vivir. Se espera el cobro de la deuda como se aguarda el premio de la lotería, la herencia del pariente lejano ó cualquier otro recurso fantástico y casi inmaterial que nunca llega. En el año de 1578 se sabe que estuvo Sánchez de Córdoba en Madrid; pero, sin duda, no hallaron los Cervantes medio alguno de hacerse pagar, ó quizás ni siquiera vieron á su insolvente deudor. Tan desgraciado era en todo Rodrigo de Cervantes que ninguno de los procedimientos empleados por él obtuvo ni sombra de éxito.

Mientras tanto, su mujer y sus hijas se daban toda la prisa y ponían en ejecución todos los recursos posibles para sacar adelante su propósito. En Mayo, Doña Magdalena daba poder á cierto Alonso de Córdoba para que fuese á la ciudad de Jerez de los Caballeros, donde residía D. Alonso Pacheco de Portocarrero, ya casado y en posesión de su patrimonio, para reclamarle, requerirle y apremiarle al pago de los quinientos ducados, ya famosos en la familia y casi tan ilusorios é imaginarios como los ochocientos del licenciado Sánchez de Córdoba. Por su parte, Doña Andrea, á quien debieron de quedar bienes de su difunto Nicolás de Ovando y que tal vez estaba casada en segundas nupcias ó en preparativos de boda con el florentín Santes Ambrosi, se comprometió á aprontar doscientos ducados de su bolsillo.

Todas las mujeres de la casa menudeaban sus visitas al convento de la Merced, sin que aquellos buenos padres pudieran decirles palabras muy halagüeñas y consolatorias respecto de rescates, pues aún se estaba en Argel sin rescatar, viejo y enfermo y casi á punto de muerte, el santísimo Fray Jorge del Olivar, por falta de recursos en la Orden ó por otros motivos. No obstante, un fraile del convento de Madrid, el comendador Fray Jerónimo de Villalobos, apremiado y compadecido por las súplicas de las llorosas mujeres, les dió algunas esperanzas de posible redención.

Sirviendo como intermediario el padre Villalobos, entraron los Cervantes en relaciones con Hernando de Torres, el mercader valenciano de quien, sin duda, les había hablado ya D. Francisco de Meneses: así que en 29 de Junio se comprometió toda la familia á pagar, sobre los doscientos escudos ofrecidos por Doña Andrea y los mil setenta y siete reales entregados ya al comendador Fray Jerónimo, para que se los enviase á Torres, todo el resto de la cantidad bastante á completar la suma del rescate de Miguel.

Nótase en este documento la personalidad que había cobrado ya Doña Magdalena y cómo, estando soltera, comprometía su firma y sus bienes. Adviértese además cuán grande era la unión de toda la familia y cómo la ausencia no había entibiado el afecto que al hijo y hermano tenían. Trataban, todos unidos, de hacer un supremo esfuerzo para salvarle, y comprendiendo que al poder material del dinero convendría añadir la eficacia moral de un testimonio en que se acreditara nuevamente lo que valía Miguel, quizá escribieron á Flandes para pedir una certificación al Señor Don Juan, y de fijo que la petición halló ya al héroe acechado por la calentura y en malísima disposición de espíritu. Lo seguro es que acudieron al duque de Sessa, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que se hallaba á la sazón en Madrid. Trabajo debió de costar á las Cervantas entrar en la casa del desengañado prócer, mas consiguiéronlo por fin, y en 25 de Julio de 1578 firmó el Duque la nueva certificación que se le pedía.

Si alguna prueba hiciese falta de la extraña fascinación que la persona de Cervantes ejercía en derredor suyo, la tendríamos en las justas y elocuentes palabras del duque de Sessa. Habían pasado siete años casi y habían caído sobre el melancólico espíritu del Duque no pocas lluvias, nieves y escarchas de desilusiones, que blanquearon su cabeza y entumecieron su corazón, cuando he aquí que se le presentan unas mujeres enlutadas á preguntarle por un soldado de tantos como hicieron proezas memorables en la batalla naval... Cuando el Duque recordaba tan particularmente las de Miguel, ¿cómo no atribuir esto á la honda impresión que le causara ver, conocer y tratar después en Nápoles á aquel soldado

raso? ¿cómo no creer, según ya se ha dicho, que debió de hablar, con él de versos ó de amores, de esperanzas y desengaños?

Soldados heroicos había tenido muchos á sus órdenes: soldados poetas y de tan fino y hondo intelecto como el que Miguel en sus palabras revelaba, ningún otro. Seca ya el alma, como de la aridez de sus frases se infiere, el recuerdo de Miguel persistía en ella.

Cuenta el Duque en términos concisos, sin ninguna fórmula de elogio, lo que le vió hacer á Miguel y lo que de él se le quedó en la memoria. El certificado es tanto más honroso cuanto que en ninguna línea de él se traduce la más leve chispa de afecto. Pedidles afección y dulzura á los caballeros del *Expolio* ó á los soldados del *San Mauricio* del Greco: pedídsela á aquellos hombres de las negras ropillas y de las manos afiladas. La hora de la blandura aún no había llegado. Las fórmulas aritméticas y los teoremas geométricos del cardenal Martínez Silíceo, infiltrados en el alma del rey para toda su vida, parecían rezumar de la suya á la de sus cortesanos y generales. *Peleó muy bien y cumplió con lo que debía,* eran ponderaciones y elogios exagerados en boca de un general, hablando de un simple arcabucero.

Despacio, muy despacio iban, pues, las diligencias de doña Leonor y de sus hijas. Todo el estío se les pasó llamando á diferentes puertas. En muchas ocasiones, el fiel amigo Getino de Guzmán acompañaba á las tristes solicitantes y les facilitaba el entrar en las covachuelas y oficinas donde, entre bostezos de tedio y de apetito, se recibían á diario centenares de solicitudes análogas.

En Diciembre se logró una cédula real autorizando á doña Leonor á sacar de Valencia con destino á Argel dos mil ducados de mercaderías lícitas, con cuyo beneficio pudiera atender á los gastos del rescate; pero estas licencias, dadas más para tapar la boca á los peticionarios, que para satisfacerles de verdad se concedían muy á menudo y costaba trabajo revendérselas á los mercaderes que habían de aprovecharlas. La otorgada á doña Leonor caducaba á los seis meses y por mucho que corrió y se afanó la pobre señora no encontró hasta el mes de Marzo mercader que diese por ella más de sesenta ducados.

Generoso el monarca, en apariencia al menos, para hacer estas concesiones que nada valían, era ó eran sus empleados los contadores y receptores de Cruzada muy exigentes en pedir cuentas de cualquier dinero que se hubiera librado para los rescates. Repetidas veces reclamaron á doña Leonor que justificara la inversión de los sesenta escudos que se le dieron para rescatar á sus dos hijos, sin que las contestaciones de la buena señora pareciesen convencer á aquellos covachuelistas. En Febrero de 1579, cuando más esperanzada se hallaba de obtener nuevos recursos, recibe un pliego en que el receptor de Cruzada la manda restituir los sesenta ducados que se le libraron dos años antes y amenaza con ejecutar al fiador que era el alguacil Getino de Guzmán.

Por intervención de éste se logra en Marzo parar el golpe, hablando al secretario Juanes, quien dice á los otros señores del Consejo de Cruzada que, en efecto, él ha visto rescatado á Rodrigo. Aquellos señores se fían del dicho de Juanes, por ser de la casa y suspenden la ejecución, atendiendo más á las recomendaciones é influencias, como sucede y sucedió siempre en España, que á las perentorias y justas razones expuestas por doña Leonor.

En los primeros meses de 1579 se sabe que la Orden de la Trinidad prepara una nueva redención que deje memoria y achique y oscurezca á la realizada últimamente por la Merced. Las Cervantas dirigen ahora sus implorantes pasos y sus repetidas súplicas al convento de la calle de Atocha.

Ya muy entrado el año, conocen y tratan á un santo varón de grandes luces, de singular dulzura que oye á las enlutadas mujeres con amable interés. Entrando en confianza con él, acaba doña Leonor por confesarle la inocente mentira en que ha incurrido para inspirar compasión, diciendo ser viuda. Le cuenta los apuros de la familia, la incapacidad de su marido Rodrigo, motivada por su sordera, los arbitrios de que viven ella y sus hijos, el constante ir y venir suyo á Alcalá de Henares donde aún conserva amigos y parientes. Fray Juan Gil es, además de fraile, un discreto hombre de mundo, que rápidamente se hace cargo de todo. Con las mejores palabras que sabe y él las posee bonísimas, procura quitar del alma de las pobres mujeres la pesadumbre que las abate.

Fray Juan Gil es un hombre alegre, animoso, optimista. Su lucio y redondo semblante inspira confianza. Doña Leonor, con instinto de madre, presiente que sus asuntos van, por fin, á encaminarse bien.

En tanto Miguel, que, por su ingenio y recursos ha logrado otra vez mayor holgura y menos rigor en la prisión, vuelve á tratarse con los más principales cautivos de Argel. Andando por las calles ó entrando en los baños reconoce á su antiguo amigo y paisano el capitán Jerónimo Ramírez, natural de Alcalá de Henares, á quien había conocido en Italia; al caballero sanjuanista don Antonio González de Torres; al noble señor aragonés D. Jerónimo de Palafox, á quien Azán-bajá tiene por el cautivo de mayor rescate entre todos los suyos. Acaso va Miguel con frecuencia á visitar al doliente anciano fray Jorge del Olivar, que lleno de achaques y tendido en un camastro, aguarda tranquilo la muerte.

La fe que en los dichos y hechos del casi moribundo religioso resplandece, inspira á Miguel admirables versos místicos que intercaló en sus comedias argelinas y en cuya inspiración y belleza casi nadie se ha fijado; pero no se limita á escribir versos. De acuerdo con él, con el Dr. Becerra y con los otros caballeros cautivos, hasta veintinueve de los más significados de Argel, redacta el Dr. Antonio de Sosa un mensaje ó memorial, en latín, cuyas copias dirigen al Papa Gregorio XIII y al Rey D. Felipe y á otros príncipes y grandes señores de la cristiandad, exponiéndoles el tristísimo estado en que fray Jorge del Olivar se encuentra, y el poco ó ningún caso que de su heroico sacrificio se hace por quien más debiera interesarse en ello y piden que sea rescatado, cueste lo que cueste, y que se quede en Argel para bien y consuelo de los demás cautivos, pues todos como á padre le aman y reverencian.

La tristeza que le causa el ver cuán pronto se olvidan los libres de los cautivos, aun siendo estos tan considerables cual Fray Jorge del Olivar, vienen á aumentarla los tropiezos que para su propio rescate encuentra Miguel en Hernando de Torres.

Lentos van pasando los días y los meses sin que la esperanza luzca en el horizonte lejano. En todo el estío y en los comienzos

del otoño no corre por Argel otra noticia sino la de haber llegado á Africa un formidable ejército mandado por el propio Rey de Portugal, D. Sebastián el *animoso*. Piensan los cautivos que va á repetirse por tierra un hecho de tal importancia como el de Lepanto. Sábese que es D. Sebastián un Rey caballero andante, que sueña con dominar y poseer toda Africa, correr la Arabia, pasar á la India. La audacia de los navegantes portugueses necesita y requiere ser completada y confirmada con la osadía de los portugueses soldados. De aquel pequeño reino saldrá tal vez el dominio de Europa en todo el mundo. La empresa de D. Sebastián es el comienzo de un poema como la *Gerusalemme*, ó de un libro de caballerías como el *Orlando*. Miguel presta oído atento, desde su prisión, al lejano rumor de las armas.

A primeros de Agosto, la noticia de haber sido aniquilado el ejército de D. Sebastián en Alcazarquivir, corre súbita y terrible por Argel. La derrota ha sido más grande aún que la de los turcos en Lepanto. Del rey nada se sabe. El poema ha quedado roto en el primer canto: el libro de caballerías, anegado en sangre en el primer capítulo. Van pasando los días y Miguel conoce nuevos pormenores de la catástrofe. En ella ha perecido peleando como bueno aquel delicado poeta filósofo que se llamó el capitán Francisco de Aldana. Con él, la flor de los caballeros portugueses y muchos españoles.

Entrado Noviembre, otra noticia más triste aún hiela la sangre en las venas de Miguel. Cristianos venidos de España dicen que á primeros de Octubre murió en Flandes, y no en el campo de batalla, sino en un lecho de hostería, como un soldado cualquiera, el Señor Don Juan de Austria. Miguel contempla rotas las figuras de los dos bravos paladines y llora la muerte de su general, en quien ponía sus esperanzas todas. Andando por las calles, los moriscos repiten el sonsonete lúgubre:

Don Juan no venir,
Don Juan no venir,
acá morir,
acá morir.

El día 12 de Diciembre de 1578, Azán-bajá, presentes todos sus

esclavos, mata en su casa, por sus propias manos, á fuerza de darle palos en la barriga, al cautivo mallorquín Pedro Soler, que había intentado huirse á Orán. A Miguel le retiñen en las orejas las agrias voces de los moricos:

Acá morir,
acá morir,
Don Juan no venir.....

Ya no podía venir Don Juan. Las esperanzas iban apagándose.

CAPÍTULO XXIV

EL BAÑO GRANDE DEL REY.—DOS RENEGADOS ESPAÑOLES.—CERVANTES, POETA MARIANO.—LOS APUROS DE UN MERCADER.—RENACE LA CALMA

El baño grande del rey Azán-bajá era una espaciosa cuadra ó aposento de setenta pies de largo por cuarenta de ancho, en el que se amontonaban á veces centenares de cautivos, á veces millares. Tenía dos pisos y estaba rodeado de aposentos para los cautivos que lograban la dicha de hallarse solos. En el centro del piso bajo había un aljibe de claras aguas. En un extremo se mostraba un altarcillo de fábrica, sin retablo ni imágenes para que los sacerdotes dijeran misa, lo cual hacía cada cual con los ornamentos que pudo salvar de su desventura y con un crucifijo propio ó prestado: á veces se celebró sin más imagen que una estampa de escapulario, una hoja de misal, una Virgen pintada en un naipe ó un Cristo arrancado de un rosario. Los días de misa, que eran muchos, unos cautivos avisaban á otros, y de los demás baños acudían á cumplir con la devoción y á comunicarse entre sí.

Hay que pensar hasta qué punto aquellos hombres se hallarían hambrientos de conversación y sedientos de nuevas, y cómo aprovecharían las ocasiones de reunirse y contarse luengas mentiras con que nutrían su decadente esperanza. ¿Cómo podremos representarnos el estado del alma de casi todos los cautivos sino recordando que muchos de ellos habían olvidado los sucesos anteriores á la cautividad, y algunos, hasta sus apellidos paternos? Así había tanto Juan Vizcaíno, José de Cuenca, Antonio Montañés.

Quizás algunos disfrazasen su nombre verdadero por vergüenza de la miserable vida que arrastraban.

Con todo, como sucede siempre en reunión de hombres á quienes aflige común desgracia, no era raro que por el baño del Rey pasase una ráfaga de alegría. Sábese que en aquel sitio, se representaron comedias. ¿Quién nos dice que no fuese Miguel uno de los intérpretes ó directores de ciertos pasos y coloquios de Lope de Rueda, que de fijo fueron allí ejecutados? Afligida y contristada su alma no podía estar mucho tiempo, pues sabemos que las mayores tribulaciones no le robaron su buen humor. Además, el organizar y dirigir una fiesta semejante era para él medio de imponerse á la admiración de los otros cautivos, de poner en movimiento aquella masa amorfa y sufrida, quizás de requisar entre ella el hombre ó los hombres que necesitaba para sacar adelante sus perpetuas imaginaciones y sus no abandonados proyectos de fuga.

Azán-bajá y los turcos poseedores de cautivos, por su parte, no ponían dificultad á estas fiestas, con las cuales tenían á sus esclavos contentos por unos días. Como había entre los cautivos españoles é italianos muchos hombres de ingenio y donaire, decidores y faceciosos, acudían á las representaciones, á más de los esclavos, algunos cristianos libres, ricos mercaderes de Argel, renegados de suposición y moros, y á veces hasta moras, que muy bien velado el rostro no habían inconveniente en codearse con los perros cristianos, á quienes por su ley y costumbre, no estimaban siquiera como hombres. Acaso no faltaban en la representación un veneciano que supiese cantar lindos rondeles y *fiorini* con voz de varón y voz engolada de hembra, un francés que tuviese amaestrado á su perro á saltar por el rey de Francia y volver el hopo por el puerco judío, dos napolitanos ó griegos luchadores y un español que entonara al son del guitarrillo ó de castañetas, largos y lindos romances de *La bella mal maridada* y del *Conde Claros*, de *Don Bueso* y de *Delgadina*. ¿Quién sabe si este español que con voz acordada y suave y con muy gracioso juego de ojos recitaba era Miguel de Cervantes? Y si lo fué, ¿quién duda que, no bien abriese la boca, tuviera por suyos todos los ánimos, no ya

sólo de los cautivos, sino también de los renegados y turcos que entendían el castellano y adivinaban el donaire del que había de entretener gratamente á los siglos venideros?

Aquellos hombres que habían renegado, ó eran seres de alma baja y cobarde en quienes no podía menos de causar admiración la sabida entereza de Miguel, ó eran hombres, como el propio Miguel, juguetes de la desgracia y que en ella habían ganado una dosis de escepticismo bastante á hacerles verlo claro todo.

Entre estos renegados, á quienes Miguel conoció y trató, había dos que pronto ganaron su confianza. Al uno le llamaban Abderramán y, según dijo á Miguel desde sus primeras conversaciones, su verdadero nombre era el licenciado Girón, granadino, hijo de un hidalgo de Osuna. El otro era un alegre y simpático murciano, hombre de riesgo y ventura y de desgarrado vivir, arraez que fué ó que era al presente de alguna galeota á quien los moros llamaban Morato y los cristianos por apodo *Maltrapillo*.

Estos dos tipos tan diferentes fueron pronto grandes amigos de Miguel. Reservado y taciturno el de Granada, Cervantes conoció pronto que hondos combates interiores trabajaban su corazón. Alegre y descuidado el levantino, supo Miguel llevarle el genio, con sus donaires y ganarse toda la simpatía de su alma ligera.

Si el cordobés siempre es un dogmático y el sevillano casi siempre un escéptico, el granadino es siempre un hombre de fe profunda, pero intranquila, un hombre de conciencia alborotada. El licenciado Girón, que no sabemos por qué causa había renegado, estaba hondamente arrepentido de ello. En hábiles conversaciones supo Miguel sacar á flor de labio el alma perturbada de su amigo. «Entendiendo—dice el mismo Cervantes—que dicho renegado mostraba arrepentimiento en lo que había hecho de hacerse moro y su deseo de volverse á España, por muchas veces le exhortó y animó á que se volviese á la fe de Nuestro Señor Jesucristo.»

Pero no vaya á creerse que Miguel se metió á predicador y catequista solamente por conseguir una ayuda para su libertad. No. Precisamente este año de 1579 es decisivo en el alma de Cervantes. Las conversaciones y pláticas devotas con el doctor Sosa, con el doctor Becerra y con el doliente mártir Fray Jorge del Oli-

var y los mismos arranques de abnegación que un día y otro hacían estremecer su espíritu, influyeron sin duda en el ánimo de Miguel, y en él crearon una devoción varonil y robusta, una adhesión fuerte á la fe cristiana que en sus andanzas de soldado no había tenido ocasión de manifestarse, salvo en la visita á Loreto. Un Garcilaso sin comento y unas *Horas de Nuestra Señora* le habían acompañado por Italia, como libros de sus devociones íntimas. Porque en todo fuese española pura su construcción espiritual, quizás ningún santo ni persona de la Santísima Trinidad le inspiraba tanta fe como la Virgen María. No se suele colocar á Cervantes entre los poetas marianos, porque no estaría bien al par de tanto chirle y ebene como anda con este título; pero quizás después de Petrarca y de Fray Luis de León, no hay ningún poeta comparable con Miguel en fervor por la Virgen, y sus mejores versos juveniles son versos marianos. Si no las compuso en Argel, en Argel sintió y pensó las admirables estrofas del fugitivo á Orán en *El trato de Argel*:

Virgen bendita y bella
remediadora del linaje humano,.....

y las otras que reza Aurelio, el protagonista de la obra, es decir, el propio Miguel.

En vos, Virgen santísima María
de Dios y de los hombres medianera.....
en vos, Virgen y Madre, en vos confía
mi alma, que, sin vos, en nadie espera.....
Bien sé que no merezco que se acuerde
vuestra eterna memoria de mi daño,
porque tengo en el alma, fresco y verde
el dulce fruto del amor extraño:
mas vuestra alta clemencia, que no pierde
ocasión de hacer bien, mi mal tamaño
remedie, que ya estoy casi perdido
de Scila y de Caribdis combatido.....

y, en fin, el magnífico soneto que está en la comedia *Entretenida* y que no han leído aquellos hombres de pésimo gusto para quienes Cervantes nunca fué poeta:

Por ti Virgen hermosa, esparce ufano,
contra el rigor con que amenaza el cielo
entre los surcos del labrado suelo
el pobre labrador el rico grano.
Por ti surca las aguas del mar cano
el mercader en débil leño á vuelo
y en el rigor del sol, como del hielo
pisa el soldado alegre el risco y llano.
Por ti infinitas veces, ya perdida
la fuerza del que busca y del que ruega
se cobra y se promete la victoria.
Por ti, báculo fuerte de la vida,
tal vez se aspira á lo imposible y llega
el deseo á las puertas de la gloria.
¡Oh esperanza notoria,
amiga de alentar los desmayados
aunque estén en miseria sepultados!

Fué la devoción de Cervantes arranque poético propio de una juventud malograda, pero ni estos versos ni los demás que á la Virgen dedicó en sus primeros años de poeta, son un tema retórico ni una ficción lírica. El sentimiento que los dictó estaba bien arraigado desde los años de la adversidad y poseído por él, acertó á comunicárselo al licenciado Girón y á convencerle de que sus luchas interiores no podían ni debían tener otro término que la vuelta á la patria y á la fe de sus abuelos.

Persuadido ya, hablaron Miguel y el licenciado Girón con cierto mercader valenciano de los residentes en Argel, llamado Onofre Exarch ó Exarque, amigo ó pariente de los Torres y de Juan Fortuny. Onofre Exarque, era, como los otros mercaderes que hacían sus negocios á costa de la cautividad, un hombre alegre y bonachón, de amplias tragaderas, tan amigo de moros como de cristianos, pues con unos y con otros vivía. No obstante, los ardorosos razonamientos del licenciado Girón y la comunicativa elocuencia de Miguel fueron parte á convencerle de que podía ser negocio para él adelantar más de mil trescientas doblas, para adquirir una fragata armada, «persuadiéndole—declara Cervantes—que ninguna otra cosa podía hacer más honrosa, ni al servicio de Dios y de S. M. más acepta: lo cual así se hizo, y el dicho

renegado compró una fragata de doce bancos y la puso á punto, gobernándose en todo por el consejo y orden de Miguel de Cervantes». La persuasión de Exarque al soltar las mil trescientas doblas para una empresa tan descabellada, semejante á otras muchas que se habían malogrado, es una de las obras maestras de Cervantes.

No se dice por chiste ni ironía, pero en verdad, que mucho más admirable que componer la *Galatea*, nos parece, mirándolo bien, convencer á un comerciante de piel curtida en los negocios y muy hecho á los tratos de moros y cristianos, igualmente perjuros y fementidos, según se estaba viendo todos los días, de que realizaba una magnífica explotación soltando su dinero y poniéndole en manos de un renegado y de unos cuantos cautivos, cuya responsabilidad no era muy superior á la del pobre soldado Miguel, para facilitarles un medio de evasión.

Maravilla causa además el considerar que Miguel no podía concebir nunca un proyecto mezquino. Con el talento y la industria que empleó para esta y las anteriores intentonas de huída, si los hubiese empleado en fugarse él sólo, hubiera podido hacerlo cien veces, pero á él no le satisfacía su propia libertad si no hacía participar de ella á sus buenos y desdichados camaradas. Corrió, pues, secretamente, la voz de la proyectada fuga por entre lo más florido de la cautividad. Hasta sesenta caballeros de hábito y de título, sacerdotes, frailes y cautivos de menor cuantía estaban enterados y de acuerdo. El mes de Septiembre avanzaba y el otoño iba acercándose. Notemos la fecundidad de los otoños para Miguel. Siempre entre Septiembre y Octubre concibe y acomete las grandes hazañas, desde su adolescencia hasta su vejez. La primavera suele serle adversa, el otoño propicio. No es un cándido de los que en la primavera confían: es un experimentado, de los que en el otoño creen: y así en el otoño de su vida fué cuando produjo sus frutos más sazonados.

Causa admiración asimismo comedir la confianza de Miguel, su fe inextinguible. Nos asombra que Don Quijote acometiera á los molinos de viento y hostigara á los leones, porque no reflexionamos que Miguel acometió á renegados y moros y hostigó repetidas veces á Azán-bajá, de quien sabía que era hombre con fiereza de tigre. Nos sorprende que Don Quijote salga tantas veces apaleado y no se nos representa que, al año de ser vendido por el *Dorador*, Miguel pone un secreto idéntico al que el *Dorador* rompió, no ya en manos y lenguas de los catorce ó quince hombres metidos en la cueva, sino en las de sesenta cautivos desparramados por Argel. Como Don Quijote, su creador no escarmentaba: su osadía era mayor cuanto más adversa la suerte.

Conocida la psicología de Cervantes ¿cuesta algún trabajo explicarse la psicología de Don Quijote?

Dos días ó tres antes del señalado para la fuga, supo Cervantes que el caso del *Dorador* se había repetido. Sabidas las diligencias de Miguel y conocida la compra de la fragata, el rey Azán-bajá calló para coger á los fugitivos en flagrante delito, castigarlos proporcionalmente, apoderarse de los cómplices y sobre todo, echar mano de Onofre Exarque, de cuyas riquezas sabía.

El Judas había sido un fraile dominico extremeño, natural de Montemolín, junto á Llerena, el cual se hacía llamar el doctor Juan Blanco de Paz y decía ser comisario y familiar del Santo Oficio. Este hombre execrable, que ya tiene bastante castigo con que su nombre le conserve la Historia, delató el plan de Miguel, confiándoselo á un renegado florentino llamado Caibán, el cual se le dijo al rey Azán-bajá.

Supo Miguel la delación y una vez más se ensanchó su alma. La humanidad le mostraba de nuevo los escondidos inagotables tesoros de su maldad y perfidia. Indignóse consigo mismo por haber puesto en autos de su proyecto á un hombre desalmado y sacerdote perverso como aquel Blanco de Paz, cuyas malas mañas conocía, pero pensó que para huir de Argel, no era hacedero que le acompañaran arcángeles y serafines, sino hombres de toda traza y disposición. Meditando qué remedio podría haber al desastre, huyó del baño del Rey y se ocultó en una *banda* ó escondrijo dispuesto por su amigo el alférez Diego Castellano, que era uno de los dispuestos á evadirse. Comunicó Cervantes la traición por medio del alférez Castellano y de su noble y franco amigo Alonso Aragonés á los demás conjurados. Súpolo Onofre Exar-

que, y un miedo inconcebible, el miedo del capitalista, que ve sus dineros, su libertad y tal vez su cabeza en peligro, invadió su ánimo.

Conocedor Onofre Exarque por su oficio y manera de vivir, de las miserias y flaquezas humanas, su temor era justificado. Si, descubierta la trama, cogían á cualquiera de los comprometidos y en el tormento, declaraba la participación del mercader valenciano, ya podía darse por perdido. Lleno de terribles congojas fué Exarque en busca de Miguel y le comunicó sus temores. El rey Azán-bajá, en tanto, mandó buscar á Miguel, pregonó su cabeza, decretó pena de muerte contra quien le hubiese escondido. Al hablar Exarque con Miguel, le ofreció toda su fortuna ó, al menos, lo necesario para rescatarle y que huyese en unos navíos que en el puerto estaban.

Miguel lo pensó todo y le dijo á Exarque cómo él iba á presentarse á Azán-bajá y á echar sobre sí la culpa de todo lo concertado. Al decir esto, aseguraba Miguel, con la mano sobre el corazón, que ni amenazas ni tormentos bastarían para hacerle delatar á su amigo el generoso comerciante. Cómo daría su palabra Miguel, apenas podemos imaginarlo: sí sabemos que Onófre Exarque creyó en ella, como los apóstoles creían en la palabra del Redentor, y se marchó á su casa tranquilo y ni siquiera pensó huir en aquellos navíos que iban á levar anclas. ¿Se quiere más prueba del encanto que Miguel ejercía sobre quien hablaba con él y de la confianza que sus dichos inspiraban?

Salió Miguel del escondrijo, despidiéndose del buen alférez Castellano y fué en busca de su amigo el arraez Morato Maltrapillo, quien gozaba mucho predicamento con Azán-bajá. Le contó el caso por menudo y su pensamiento de presentarse á que el Rey hiciese de él lo que quisiera. Maltrapillo, asombrado, apenas quería dar crédito á semejante hatajo de disparates cometidos por hombre á quien juzgaba tan discreto: no obstante, prometió echar mano de toda su influencia con Azán-bajá para que el castigo no fuese irreparable, aunque dudando mucho de que tanta reincidencia hallase piedad en hombre tan cruel.

Por tercera vez fué presentado á Azán-bajá, Miguel, con el ya

conocido cortejo de chaúces ó alguaciles, sayones y soldados. Mandó el Rey que se le echase una soga al cuello y se le atasen las manos á la espalda. Lleno de cólera le interrogó, sin que toda su astucia veneciana lograse obtener otra respuesta más de que él, sólo Miguel, era el autor y ejecutor de aquella traza, en la que intervinieran también cuatro caballeros que ya estaban libres, pues la demás gente que había de ir en la embarcación, aún no lo sabía.

Consideraba Azán-bajá la audacia inconcebible y la serenidad nunca vista de Miguel, gozando sibaríticamente el espectáculo, con aquel refinado placer que los antiguos déspotas de Oriente disfrutaban al ver retorcerse á los siervos á quienes mandaron envenenar. Aunque muchas figuras de esclavos y de fugitivos habían pasado por ante sus ojos, contractos y amarillos los semblantes por el terror, bien recordaba Azán-bajá la cara serena de aquel cautivo suyo con quien nada podían las amenazas. También Miguel sabía que en la indiferente gravedad de su rostro y en la dureza y decisión de sus palabras era donde estaba la salvación de su vida. Puede ser que ya le hubiesen hablado á Azán-bajá, á más de Maltrapillo, que era gran admirador de Miguel, otros renegados y moros que le conociesen por hombre resuelto ó por gracioso poeta y recitante. Como quiera, Azán-bajá no podía persuadirse de que no fuese aquel un hombre de ignorada casta, superior, sin duda, á la de los demás cautivos y por ello se resolvió á perdonarle aún la vida, si bien con gravísimas amenazas.

Con el rostro radiante, Miguel volvió á las mazmorras y después á la cárcel de los moros, arrastrando cadenas y grillos, pero sin que nadie osara tocarle al pelo de la ropa.

¿Creéis que puede atribuirse su perdón á que Azán-bajá hubiera cedido en sus crueldades? Pues sabed que, dos meses después de haber perdonado á Cervantes, uno de los conocidos de Miguel, un tal Juan Vizcaíno intentó fugarse á Orán. Cogiéronle los guardias del Rey y lleváronle á su presencia. Era el día de Nochebuena de 1579. Los cristianos del baño grande y los que, como Miguel, estaban en el baño de los moros, procuraban celebrar como podían, dentro de su inopia, la fiesta de Navidad. Cuál rezaba, cuál cantaba, cuál castañeteaba las cadenas, por hacer ruido.

De repente, los chaúces entraron en la prisión y mandaron á los cautivos subir al patio de la Alcazaba. De allí algunos, casi de seguro Miguel entre ellos, subieron á la sala donde estaba Azán-bajá y vieron cómo entre el Rey y sus verdugos mataban á palos al pobre Juan Vizcaíno.

Pasó el invierno Miguel en sus imaginaciones, quizás repensando la traza para alzarse con Argel, pues á cada plan fracasado, surgía en su inteligencia otro más vasto y grandioso. Llegó la primavera. Un día tibio de últimos de Mayo, mandó Azán-bajá de nuevo que los cautivos acudieran á ver la ejecución de un español llamado Lorenzo. Era un montañés recio y membrudo. Cansáronse Azán y los verdugos de apalearle, sin que aquel hombre hercúleo entregara la vida. El espectáculo de tan fiera lucha entre la crueldad y la robustez y resistencia de un reo, pocas veces se había visto. A los cautivos les rechinaban los dientes, de temor á unos, de rabia á otros.

Al salir de la Alcazaba para volver al baño, escuchó Miguel gritos de júbilo.—¡La Trinidad viene! ¡Viene la Trinidad!—vociferaban algunos cristianos por las calles.

Aquel mismo día llegaban á Argel los redentores fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella.

CAPÍTULO XXV

«EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA».—FRAY JUAN GIL.—EL DRAMA DE D. JERÓNIMO DE PALAFOX.—EL DÍA DE LA LIBERTAD

La primavera de 1580, alegre para muchos cautivos de Argel, fué para Cervantes triste y angustiosa. Con su argolla al pie y arrastrando la cadena, escuchaba un día y otro noticias de redenciones hechas por los buenos trinitarios. Oía encarecer y exagerar las cantidades de dinero que habían traído y las muchas mandas y limosnas pías con que habían visto aumentado el acervo de lo que aprontaran las familias y diera el Rey. A creer á algunos cautivos, los baños de Argel iban á quedar desiertos. No era así, pero, con todo, el ver rescatar á uno ó dos cautivos, les parecía á los otros agüero de que todos serían libres.

Desesperábanse algunos, los más tomaban la espera con sosiego, apacienciados por la adversidad. El que salía libre marchábase ufano, presuroso, sin volver la cara, ni acordarse de sus compañeros de cadena, con el desperezo egoísta de quien despierta de un mal sueño, sin dar las gracias á Dios ni á los hombres. Los padres de la Trinidad, ya acostumbrados á ver todos los extremos del egoísmo y de la ingratitud de los hombres, no hacían caso, comprendiendo hasta qué punto aquellos desventurados padecían de inconsciencia dolorosa que les privaba de toda nobleza en los sentimientos; así iban haciendo rescates, desembrollando lo más llano y fácil de su faena, atraillando, como un rebaño de corderos modorros á todos los cautivos para cuyas rendenciones contaban con recursos suficientes.

Notábase un día y otro, cómo iba habiendo bajas en el baño del Rey. Miguel contaba los rescatados y su espíritu yacía en una soñolencia penosa. Lentamente iban desmoronándose en su pecho las romancescas ilusiones, los sueños de andanzas bélicas, el libro de caballerías que forjó suponiendo posible alzarse con Argel, como Don Quijote pensaba conquistar ínsulas y ganar imperios sin más que el denuedo de su corazón y el esfuerzo de su brazo.

Poco á poco, iba comprendiendo su error, pensando que quienes le rodeaban no eran como él ó que él no era como los demás. Hombres corrientes y molientes eran, con todas las cobardías y bajezas que el título de hombres implica. Pocos había capaces de sacrificio; los más, como los galeotes, pagaban bien con mal y se mostraban desde el primer instante que seguía al favor, ingratos para sus bienhechores.

No oía Miguel, con su argolla al pie, con su cadena arrastrando en el baño de Azán-bajá, el bien que de él decían algunas almas buenas, y sí veía las pasiones que le circundaban; caíansele de los ojos las escamas y pensando ser imposibles las soñadas caballerías y viendo cómo la humanidad se daba prisa á vivir bien ó mal, pero á vivir ante todo, fuera como fuese, recordó la misteriosa muerte de Don Juan de Austria, sobre la cual se oían los más peregrinos comentarios, pensó también en los muchos cautivos, algunos de ellos caballeros ilustres de muy rancia nobleza que, en el cautiverio, habían sido como hermanos suyos y que, libres, no volvieron á acordarse de Miguel, ni á darle señales de vida siquiera...

Todo esto merecía meditarse largamente, y meditándolo se hallaba un día Miguel cuando, tal vez en un cacho de espejo roto, tal vez en un bacía de agua clara, vió reproducida su figura, larga, amarilla y ojerosa, con una expresión melancólica y desengañada que jamás antes tuvo, y rompiendo en una bella, en una heroica y homérica risa, se le ocurrió llamarse á sí mismo *el caballero de la Triste Figura*, en memoria del *caballero de la Ardiente Espada* y de los demás sobrenombres y altísonas apelaciones de los hijos y descendientes de Amadís.

Esta segunda risa de Miguel, consecuencia y repercusión de

aquella gran carcajada que soltó ante los molinos de viento al volver de Sevilla, fué otro salto hacia la inmortalidad. La risa después del llanto ó de la tristeza, redime á los hombres del cautiverio del olvido y hace sus nombres eternos. Muerto estaría Homero, á pesar de todos los arrestos de Aquiles, si no tuviese en lo más sangriento y encarnizado de sus estrofas un poco de aquello que él con divina sencillez puso en los labios de Andrómaca, al ver el espanto de Astianax que se atemoriza de su padre Héctor; aquél *dakruóen guelásasa* (entre lágrimas riendo), es el secreto de los grandes. La creadora llanura de la Mancha, el fecundo baño de Argel, pusieron en los labios de Cervantes la risa redentora que de las lágrimas emerge, como la misteriosa nereida de las aguas hondas de la gruta.

Y habiéndose reído de sí mismo, en lo que mostró más que en todas sus hazañas anteriores la grandeza de su alma, procuró Miguel avistarse con el Reverendo Padre Fray Juan Gil, para redimirse de la manera más vulgar y menos quijotesca, á cambio de dinero contante y sonante, como todos los Juanes, Pedros y Diegos que en los baños de Argel gemían, ya casi decididos á renegar, dándolo todo al diablo. Pero la dificultad gravísima de ello estaba en hallarse Miguel encerrado y con guardias y centinelas, mayormente desde que llegaron los PP. trinitarios á Argel, pues entonces extremó Azán-bajá los rigores con los cautivos á quienes reputaba de gran valor para subirles las tallas y lograr que los redentores, movidos á compasión, pagasen rescates de gran cuantía. Lo mismo que con Cervantes mandó hacer con el noble caballero aragonés D. Jerónimo de Palafox, que era el cautivo de mayor importancia.

Por otra parte, los dos buenos trinitarios no se ocuparon en estas redenciones difíciles y costosas mientras pudieron realizar las fáciles. Los meses de Junio y Julio pasaron en hacer éstas, y en los primeros días de Agosto, salió de Argel Fray Antonio de la Bella con ciento ocho rescatados, que llegaron á Valencia el día 5 sufriendo gran borrasca.

Quedó, pues, solo en Argel, para la parte más difícil de la misión, Fray Juan Gil, como hombre de larga experiencia, de suma

perspicacia, muy ducho en tratar con moros y tan habituado á pasar riesgos y trances de fortuna, que muchas veces había visto en peligro su cabeza, lo cual era parte á tenerla más segura cuanto más viejo.

Sin que viese ni hablase á Miguel, la fama de sus virtudes heroicas y de sus cristianas caballerías había llegado á Fray Juan Gil desde el primer momento. Consultando sus papeles, confirmó que aquel cautivo era uno por quien diversas veces fueron á implorar en el convento de la Merced, de Madrid, una anciana señora y tres bellas enlutadas. Recordó también Fray Juan Gil la inocente superchería de que Doña Leonor se declarase viuda á fin de excitar más la compasión de los donantes para las redenciones. Todo esto lo tuvo presente, y, relacionándolo con las buenas palabras por él oídas á otros cautivos, llegó á interesarse en extremo por la libertad de Miguel.

Acaso á estos motivos de compasión cristiana vinieron á añadirse nuevas razones aducidas por el doctor Antonio de Sosa, con quien Fray Juan Gil comunicaba frecuentemente. Mostró el doctor Sosa al buen trinitario algunos de los versos devotos compuestos por Miguel, y que en varias ocasiones le había leído, copiándolos el doctor con mucho gusto, y por ellos conoció Fray Juan Gil ser tal cautivo, á más de un hombre valiente, un muy discreto poeta, lo cual si no había de influir gran cosa en su ánimo de hombre de acción, sí le blandeó un tanto, por ser caso poco frecuente entre los cautivos de Argel.

Decidido se hallaba ya Fray Juan Gil á emprender con la mayor diligencia las gestiones para el rescate, cuando se le presentó el doctor Juan Blanco de Paz, fingiendo ser Comisario del Santo Oficio, mostrando algún documento falso que lo acreditase y requiriendo su ayuda para levantar testimonios contra algunas personas y en especial contra Miguel de Cervantes. El inesperado caso puso en el ánimo de Fray Juan Gil extraña perplejidad. Blanco de Paz era hombre untuoso, de insinuantes y suaves palabras; los títulos que presentaba parecían estar en regla. La maquinación contra Cervantes, movida por aquel mal hombre sola y exclusivamente por quitar fuerza al testimonio de Miguel, cuando éste, al salir libre, intentara poner en claro la traición del desalmado fraile dominico, estaba muy bien urdida.

Por desgracia suya, Blanco de Paz, se pasó de listo ó llegó al límite de la osadía presentándose con idénticas pretensiones al doctor Sosa. Este varón prudentísimo rechazó las insidias del malvado fraile y puso en autos de todo á Fray Juan Gil. Nunca los trinitarios se entendieron muy bien con los dominicos, y acaso esto contribuyó á que la tormenta fraguada contra Miguel se disipase y aumentara el aprecio en que Fray Juan Gil, sin haberle aún visto, le tenía.

Comenzaron, pues, las negociaciones para redimir á Cervantes, al caballero Palafox y á otros varios personajes de cuenta. Ya esperaba algo impaciente Azán-bajá, deseoso de cobrar la mayor cantidad posible en estas redenciones, porque, además, aquellos eran los últimos días de su gobierno en Argel, pues había recibido orden de partir para Constantinopla de donde iba á salir muy en breve su sustituto Jafer-bajá. Al tratar del rescate de Miguel, ponderó Azán-bajá cuanto Fray Juan Gil ya sabía, con el fin de aumentar la talla y, por fin, salió pidiendo mil escudos españoles de oro.

De largo tiempo antes conocía el trinitario lo amigos que los moros y renegados son del regateo; sabía, que, sobre esto, Azán-bajá era veneciano, mercader hasta la punta de las uñas; pero aún teniendo en cuenta esto, consultó la cantidad que para el rescate de Miguel había recibido en Madrid, la cual ascendía á trescientos ducados solamente, añadió lo que más podía dar la Orden, por tratarse de un cautivo de tanto mérito, y halló que solamente le era dable añadir cincuenta doblas. Sumó todavía otras cincuenta del legado de Francisco de Caramanchel, que era una de las mandas piadosas que solían ofrecerse á las Ordenes redentoras para dote de doncellas y rescate de cautivos. Aún así faltaba mucho dinero, casi otras tres partes más para llegar á los mil escudos.

Arduo y difícil se presentaba este rescate y más aún el de Don Jerónimo de Palafox. Fray Juan Gil, aun tomándolo con paciencia, dudaba del buen resultado. Si le dieran tiempo, ya sabía él cuánto puede el tiempo en los tratos de la gente mahometana; pero ya los

rescates urgían. Azán-bajá estaba para marcharse de un momento á otro y, naturalmente, procuraría llevarse á Constantinopla los cautivos de mayor precio para hacerlos valer más allí.

Vanos eran los esfuerzos de Fray Juan Gil para convercer al veneciano de que estaba en un error, pues Cervantes no era sino un pobre hidalgo grande sólo por su ánimo y rico por su denuedo. Es muy probable que Azán-bajá dejase á Fray Juan Gil comunicar con el cautivo manco alguna vez, no muchas, porque siempre sospechaba de Cervantes alguna nueva trama. No debe olvidarse que Azán-bajá había dicho uno ó dos años antes de esto que, como él tuviera sujeto al estropeado español, contaba por seguros la ciudad, los esclavos y los bajeles.

Vió y habló brevemente y ante inoportunos testigos, el redentor á Miguel, y desde el primer instante debieron de comprenderse ambos. Supo entonces Cervantes que el buen trinitario se llamaba Juan y de nuevo abrió el pecho á la esperanza, aunque no con la ilusoria y entusiástica alegría de los tiempos pasados, pues si ya tenía en su cuenta de los Juanes bienhechores á su abuelo Juan de Cervantes, al maestro Juan López de Hoyos, al Señor Don Juan de Austria y al mártir Juan el Jardinero, Juan se llamaba también el maldito doctor Blanco de Paz, de donde infería Miguel que este nombre ya encubría los extremos de la bondad, ya los de la maldad humana.

Miró Fray Juan Gil atentamente al caballero de la Triste Figura y, aunque su corazón se había endurecido en el roce cotidiano con la desdicha, compadecióle en gran manera. No se entretuvo Miguel en comunicarle proyectos fantásticos, ni disparatadas proezas, sino más bien le dijo quiénes eran sus buenos amigos en Argel y á cuáles de ellos podía pedirse adyutorio para su rescate: nombró á los comerciantes valencianos que tan bien se portaron siempre con él y con cuya liberalidad podía contarse. De todos modos, era difícil llegar á la cifra de mil escudos castellanos.

Miguel se hallaba en la más angustiosa situación de la existencia, en la del hombre á quien falta un poco de dinero para salvar su vida y no halla por dónde poder lograrle.

Con hábil y calculadora crueldad, tomó Azán-bajá una determinación que vino á agravar la negra desesperanza de Miguel y casi á desvanecer sus ilusiones. Los bajeles en que había de volverse á Constantinopla estaban ya prontos á levar anclas á la primera orden. El mes de Agosto había pasado. Cervantes sabía que ya se hallaban libres, después de vencidas no pocas dificultades, varios amigos suyos íntimos, como Andrés Gutiérrez, Francisco de Aguilar, Rodrigo de Chaves y otros.

Septiembre entraba y con él á las últimas tardes rojas del estío iban á sustituir las primeras tardes doradas del Otoño. Miguel pensaba en sus Otoños anteriores y creía ya tocar la fecundidad bienhechora del presente, cuando un día se vió con el caballero Palafox y con otros de su baño en la galera de Azán-bajá, arrastrando las cadenas que de ambos pies les colgaban, sujetas con grillos las manos, arrojados en un banco, delante el duro remo. Las nuevas eran que los bajeles de Azán-bajá tenían que zarpar al punto. De allí ya no saldría ningún cristiano. ¿Cuál corazón que de acero no fuese, no se hubiera roto en esta terrible prueba? La buena amiga risa iba acaso para siempre abandonando los labios de Miguel: la divina alegría desamparando su alma.

El día 19 de Septiembre por la mañana, el movimiento de la marinería, los gritos, blasfemias y zurriagazos de los cómitres, el término de las operaciones de estivar la bodega del barco, en las cuales se habían pasado los días últimos, porque Azán-bajá no quiso dejarse en Argel ni riqueza ni pobreza aprovechable, y otras muchas señales, dieron á entender que había llegado el momento de la partida. Ya los forzados, Miguel y Palafox entre ellos, estaban en sus bancos, suelta la saltaembarca, encasquetado el gorro, remangados los brazos, afianzados los pies en la traviesa. Sólo faltaban las voces sacramentales de ¡Avante, boga! cuando, como una santa figura nimbada de oro, púsose ante los ojos de Miguel Fray Juan Gil, orondo, alborozado y sonriente, con su hábito rozagante y su cruz azul y roja en el pecho. Le seguía, negro, autorizado y grave el notario Pedro de Ribera, con su colodra llena de tinta y sus sobados papelorios.

Tendió los brazos Fray Juan Gil al asombrado Miguel, y enton-

ces de todo punto pensó éste que se le abrían las puertas del cielo, por mano de algún santo fraile de los que en los retablos de Italia suelen diputar los pintores para tan alto menester. En pocas palabras dijeron el fraile y el notario cómo se habían hallado entre los mercaderes doscientos veinte ducados que faltaban, y cómo Azán-bajá, tras muchos regateos, se avino á recibir la mitad de lo pedido, contentándose con quinientos escudos de oro por el rescate de Miguel, los cuales, como los exigía en moneda española de la que en aquellos tiempos corría con honra y facilidad por el mundo entero, desde lo más occidental de las Indias hasta las apartadas tierras del Catay, hubo mucho trabajo para reunirlos entre moros, cristianos y judíos de Argel y sólo á última hora pudo juntarse la cantidad.

Daban el fraile y el escribano prisa á Miguel para que se saliera de la nave, pero su alma generosa no podía olvidar á un tan gran compañero de infortunio como el infeliz D. Jerónimo de Palafox. Volvió Miguel la cabeza y tropezaron sus miradas con las de unos ojos hondos, negros, hundidos en sus cuencas y vió cómo por las mejillas pálidas del caballero más noble de Aragón corrían dos lágrimas amarguísimas. Allí, amarrado al duro banco de la esclavitud, quedaba el sinventura, y Miguel le miraba sin saber cómo consolarle ni qué decirle, sin querer que á su propio rostro saliese la alegría por no amargar más la pena del pobre caballero, su amigo, destinado quizás á perecer en la esclavitud miserable.

No—pensaba Miguel—no hay dichas completas en la vida. Conmovidos y cabizbajos también Fray Juan Gil y el escribano Pedro de Ribera, guardaban silenciosos el trágico secreto, que Miguel no supo hasta que el tiempo pasó.

Aquel mismo día tratando en última entrevista Fray Juan Gil con Azán-bajá, se habló de la redención de los dos cautivos. Azán-bajá consentía en ceder á Cervantes por quinientos escudos, pero no rebajaba ni un áspero en la talla de mil escudos en que tenía á D. Jerónimo de Palafox. Apuró el fraile cuantas razones halló en su ingenio y caridad para salvar al linajudo caballero aragonés, que hubiera sido la mejor presea de aquella tan sonada redención.

Mostró á los codiciosos ojos de Azán-bajá las quinientas monedas de oro que llevaba. Chalaneando, como había visto hacer á los gitanos en el Zoco de Argel y en la heria de Sevilla, arrojó sobre el tapiz las quinientas piezas relucientes y amarillas. Azán-bajá no se dió á partido, y el redentor hubo de contentarse con rescatar á Miguel y dejar cautivo á D. Jerónimo de Palafox.

De este modo, las suertes de ambos cautivos quedaron ligadas por un lazo que sólo Fray Juan, Azán-bajá y Pedro de Ribera supieron. Estos son los reales melodramas de la vida.

Pintar aquí lo que Miguel sintió al pisar la tierra como hombre libre, sólo pudiera hacerse copiando los numerosos párrafos en que él habla de este goce, el más grande de cuantos el mundo puede ofrecer. Si el día de Lepanto había sido de mayor gloria, el día 19 de Septiembre de 1580 lo reputó Miguel toda su vida como de mayor felicidad y de más honda fruición.

Los treinta y tres años se acercaban, y á la prudencia y conocimiento de la vida que esta edad procura siempre se unían en Miguel tales sumas de experiencia y tantas memorias de casos desastrosos y de peligros inminentes, de muertes vistas y de apuros pasados, que pocos hombres de su edad podían alardear de conocer mejor el mundo. Mas de cuanto había conocido hasta entonces ninguna cosa le fué tan gustosa y grata como aquella libertad de que disfrutaba á la sazón. ¡Qué extremos de alegría no serían los suyos! Si en todo tiempo fué chistoso y ocurrente, ¡qué donaires, gracias y diabluras no se le ocurrirían en tal ocasión! Miguel se palpaba, estrechaba manos, abrazaba aquí y allá, contaba historias y lances inauditos almacenados por él en las horas larguísimas de la soledad y del cautiverio, forjaba nuevos proyectos, ya no tan quijotescos como los anteriores, y sobre todo, reía, reía, reía... Y con él reían cuantos le escuchaban: y en aquel punto se engendró y comenzó aquella sana y redentora risa que sigue al nombre y palabras de Cervantes al través de los siglos, sin cansancio ni hastío de la humanidad riente.

Al ver á Miguel libre, arremolinábanse en torno suyo tantos y tantos cautivos como le debían favores, conversación, consejos ó atenciones. Desde luego se acogió Miguel á la posada de un caba-

llero de Baeza, amigo suyo, rescatado en 3 de Septiembre, y á quien llamaban D. Diego de Benavides. Conoció á éste por medio de su antiguo amigo el alférez Luis de Pedrosa, cuya familia estaba relacionada con la de Miguel cuando el licenciado Juan de Cervantes tuvo autoridad en Osuna. Andaluces eran muchos de los íntimos amigos de Miguel: de Córdoba, Alonso Aragonés; de Cádiz, el carpintero de ribera, Hernando de Vega; de Málaga, Juan de Valcázar; de Osuna, el alférez Luis de Pedrosa, vecino de Marbella, y de Baeza, D. Diego de Benavides. Toledanos, el fraile carmelita Feliciano Enríquez, natural de Yepes y Fernando de Vera y el alférez Diego Castellano; extremeño, de Badajoz, Rodrigo de Chaves; valisoletano, Cristóbal de Villalón y natural de Cerdeña el capitán Domingo Lopino.

Todos ellos declararon haciendo los mayores elogios de Miguel en la información que éste pidió á Fray Juan Gil acerca de su conducta en el cautiverio para deshacer los calumniosos é infames enredos de Juan Blanco de Paz. En sus declaraciones habladas y en la escrita por el excelente doctor Antonio de Sosa, como en la firmada por el propio Fray Juan Gil, que elocuentísimamente confirma los anteriores testimonios, hay algo más que la conciencia de que se declara por atestiguar una verdad sabida; hay una admiración, un respeto y un amor á Cervantes, que difícilmente volveremos á encontrar en sus contemporáneos. Casi ninguno de aquellos sujetos de buena fe, soldados, oficiales de ocupación manual y religiosos sabía si Cervantes era ó había de ser escritor. Todos, sin embargo, le amaban *como hombre*, sin ninguna otra consideración y se tenían por muy honrados en confesar que aquel *Hombre* era el más grande que ellos habían conocido.

Este es un documento de tremenda y conmovedora eficacia, en el que no cabe engaño. No es posible leerle sin que el alma se llene de la bella y humana satisfacción que nos causa el ver confirmado por hombre buenísimo á quien teníamos ya por genio.

Terminada, firmada y fechada en 22 de Octubre la información, Cervantes no tenía qué hacer ya en Argel. Iban volviendo á la patria todos los rescatados. El 24 de Octubre embarcaron para España en el navío de maese Antón Francés seis cautivos, por cuyo pasaje pagó Fray Juan Gil quince doblas. Estos eran dos, cuyos nombres no conocemos y además D. Diego de Benavides, Rodrigo de Chaves, Francisco de Aguilar y Miguel de Cervantes Saavedra.

La navegación no fué larga. Un amanecer, el sol, dando en las espaldas á los ansiosos navegantes sonrosó, primero y enrojeció después las costas verdes del reino de Valencia. Los palmares y y los viñedos ópimos, cargados de dulcísimo fruto, recrearon los ojos de Miguel. La hermosa ciudad de Denia con su linajuda y antigua sonrisa helénica le abrió sus brazos amorosos.

CAPÍTULO XXVI

MIGUEL EN VALENCIA Y EN MADRID.—LAS AGONÍAS DE LA CORTE COMIENZAN.—LOS AMIGOS POETAS: GÁLVEZ DE MONTALVO, JUAN RUFO.—LA CONQUISTA DE PORTUGAL.—LISBOA.—COMISIÓN Á ORÁN

Al pisar alegre las calles de Valencia, al regalar la vista contemplando de nuevo la hermosura de sus mujeres, al conferir libremente con sus buenos y antiguos amigos los mercaderes valencianos, al conocer que había llegado el momento de reanudar y rehacer su vida truncada por el cautiverio, cayó Miguel en la cuenta de que la juventud, ó al menos lo mejor de ella, había pasado. En Valencia hubo de tratar con alguno de aquellos comerciantes, banqueros ó comisionistas de Argel, con los Torres, con Juan Fortuny ó con su muy obligado Onofre Exarque, y con ellos anduvo en arreglos para revender las mercaderías otorgadas á Doña Leonor, y pagar lo que dejó debiendo en Argel por el resto de pago de su rescate. Ocupado en estos negocios, y en gozar del bien de la libertad en pueblo tan apto para ello como Valencia, donde pregonan libertad el cielo, la tierra y el aire, pasó allí los fines de Octubre, todo el mes de Noviembre y los primeros días de Diciembre de 1581, en que tomó la vuelta de Madrid.

El que Miguel se percatara de que la juventud había huído y era llegada la edad seria y razonadora en que se aprovechan los minutos y se crea y asegura la tranquilidad para el porvenir, hay que entenderlo de muy otra manera que si se tratase de un hombre vulgar. La juventud de Cervantes, según se ha visto, desde

que embarcó en la malhadada galera *Sol*, fué una vejez anticipada, durante la cual adquirió más triste y dolorosa experiencia que en su restante vida. La cautividad de Argel ponía á muchos hombres en este caso de hallarse á los treinta años en posesión de todas las malicias y desesperanzas propias de los setenta y verse constreñidos, si querían gozar de la vida, á fingirse una segunda juventud artificial, como lo sería la de un resucitado. No podemos fácilmente hacernos hoy cargo de este peregrino estado espiritual: sí, por lo que hace á Miguel, afirmar que la lucha propia de semejante situación no fué larga, y que la perplejidad en su ánimo no fué grande.

Antes que partiese de Valencia, sabiendo que marchaba á la corte su amigo y compañero de cautividad el valenciano Juan Estéfano, le dió cartas para que se presentara en su casa y viera á su padre Rodrigo de Cervantes, indicándole ya desde luego ser urgente una información de sus servicios y cautiverio, como base para pedir que fueran remunerados en alguna manera. Como cosa confiada al bueno de Rodrigo, la información fué breve y mal hecha, y no dió resultado. En ella declaran el mismo Juan Estéfano, un corso llamado Mateo Pascual y el portugués Francisco de Aguilar, llegado también de Valencia por aquellos días.

No vaciló, pues, ni un momento Miguel, á quien la necesidad, por otra parte, acuciaba, en pedir recompensas de sus servicios. Acaso creía, quijotescamente, que de ellos debía tenerse ya particular y elogiosa noticia en la corte. Ya sabía él, como Don Quijote, que las hazañas en que los caballeros prueban el ardimiento de su corazón y la fortaleza de su brazo, ofrecen galardones de imperios y coronas: ya sabía, como Sancho, que la obra hecha la paga espera, y que por pan ó por al baila el can. Años habían de transcurrir antes que se persuadiera de que en España tan iluso es Don Quijote aguardando coronas, como Sancho esperando ínsulas: años habían de pasar antes que se contentase con alguna bacía de barbero, con algunas alforjas de fraile, con algún olvidado maletín de loco por toda ganancia y botín de sus andanzas en el mundo.

Este apresuramiento suyo en pedir informaciones y acreditar

servicios, lejos de rebajar la grandeza de su alma como algunos inician, muestra más claramente su nobleza y candidez. Acababa de salir de un mundo negro, donde predominaban y arbitraban sólo la injusticia y la parcialidad, mezclándose con la crueldad y el odio al género humano, y porque se hallaba en Valencia, donde cielo y suelo y aire le sonreían, y las mujeres se le antojaban trasunto de la arcangélica y celestial tropa de los retablos flamencos, ya forjaba en su interior nuevas ilusiones y se creía entrado en el reino y asilo de la justificación y de la equidad, donde se premia al que lo merece y se paga con buena vida al que la hubo mala y desastrosa por el procomún. Fértil campo donde nunca faltaban flores era el alma de Miguel: no bien se agostaban y marchitaban unas ilusiones verdes, cuando nacían otras más gayas y lozanas rojas, azules ó de tornasol. Quizás no tiene mérito más grande que éste, el de saber sostener un tono de igual alegría en el fondo de cuanto dice y revela.

Ligera el alma, y más ligera aún la bolsa, llega á Madrid á primeros de Diciembre y entra en su casa. Por ella, no en balde ha pasado el tiempo.

El pobre cirujano Rodrigo de Cervantes, cada vez más inútil y achacoso, apenas de vez en cuando halla medio precarísimo de ayudar al sostenimiento de la familia. Son muchos los días en que á nadie se le ocurre llamarle para que haga sangrías ó aplique emplastos. Junto á la reja que da á la calle, una docena de sanguijuelas se mueren de tedio en su redoma.

Doña Leonor de Cortinas está vieja, cansada de tanto luchar, intrigar y no conseguir. Doña Andrea y su hija doña Constanza de Ovando ó de Figueroa, que viven aparte de la casa paterna, son el único apoyo y consuelo de quienes la habitan. Doña Magdalena, la moza cuya lozana bizarría cautivaba diez años antes, va marchitándose y perdiendo la frescura: encuéntrase en el terrible paso de los primeros años de solterona. Anda en amores con un vizcaíno, empleado en Palacio, que se llama Juan Pérez de Alcega, y ya conoce cuán difícil va á ser retenerle y cuánto más lograr otro si se pierde aquél.

La casa es la perfecta imagen del quiero y no puedo, que ya

entonces comenzaba á advertirse en casi todos los hogares de la corte, y que se ha quedado en los más de ellos como enfermedad incurable y crónica. Se vive malamente al día, se tapan los huecos de unas deudas con otras mayores, se espera la muerte ó el cansancio del acreedor ó el momento feliz en que éste se vuelva á su tierra. Lo que hoy llamamos tener ingleses podía llamarse entonces tener florentines ó genoveses. La dolencia es la misma, idénticos los medios de irla conllevando. Un día se empeña ropa: otro muebles, al otro se suprime comida ó almuerzo, al de más allá se acepta con ansia un convite, y en todos se alaba á Dios, que permite vivir á tanta gente buena sin saber cómo ni de qué.

Miguel, hecho á pasar por tragos mucho más acedos, ve y nota cuanto en su casa ocurre, y conoce la urgencia de remediarlo. Acaso tiene largas explicaciones con su hermana Andrea, maestra en los recursos y manejos provechosos de la vida, y conviene con ella en la necesidad de ir tirando. ¿Cuándo se habrá visto que dos españoles reunidos para resolver un problema económico ó, cuando menos, para abordarle, no hayan quedado de acuerdo en que ir trampeando es la única solución?

En tanto, Rodrigo el mozo se ha incorporado á su antiguo tercio y está en Portugal con el gran Don Lope de Figueroa. La corte madrileña, que en diez años ha crecido considerablemente, encareciéndose con tal motivo el precio de todas las cosas necesarias para vivir, se encuentra ahora llena de nerviosa inquietud.

Hace meses que el rey está en Badajoz, esperando sazón oportuna para entrar en Portugal, para ceñirse la corona que acaban de agenciarle el duque de Alba con sus tropas y D. Cristóbal de Moura con los fecundísimos recursos de su diplomacia y con las admirables artes de la corrupción. La duquesa de Braganza, que aún se obstinaba en resistir, ha sido vencida, enterrando en oro á su marido: los demás pretendientes á la corona portuguesa puede afirmarse que no existen. Sólo se teme aún al prior de Ocrato, personaje fantástico, de novelescos recursos, quien nunca se sabe por dónde se oculta ni qué maquina. De todos modos, el triunfo es magnífico, halagüeño, Portugal es de los castellanos. El rey va á coronarse en Lisboa, en cuanto pase la peste que diezma la ciu-

dad y en cuanto él mismo acabe de curar las calenturas infecciosas que el divino Vallés, contra la opinión de todo el protomedicato chapado á la antigua, quiere curar con purgantes enérgicos, como si presintiese la naturaleza de las infecciones.

No necesitaba Cervantes saber más para hacerse cargo de que en Portugal era menester buscarse la vida. Así, vista la poca eficacia de la floja información hecha en 1.° de Diciembre por iniciativa de su padre, pide él otra nueva, que se hace en 18 de igual mes, y en la cual declaran su grande amigo y compañero de penas Rodrigo de Chaves y Francisco de Aguilar, diciendo cuál era la situación de Cervantes y las obligaciones en que por causa de su rescate se hallaba con los mercenarios y cón los mercaderes que adelantaron el dinero. Esta misma información hace para sí Rodrigo de Chaves, siendo testigos Miguel y Aguilar.

Andando por la corte en estos días, avizora Miguel cómo han variado las cosas, cómo ha caído desde la más alta cumbre del poder el osado Antonio Pérez, á quien perdió su sobra de talento y de audacia, y cómo, en cambio, goza ó gozaba mejor que nadie el lado del rey su secretario Mateo Vázquez de Leca, á quien se habían concedido prebendas y canonicatos sin exigirle más sino que vistiese los hábitos á ellos pertenecientes. Escarmentado Miguel, no confió gran cosa en la protección de Mateo Vázquez, quien ni siquiera contestó á su epístola famosa, pero el ambiente frío de la corte le explica muy luego lo que tal vez no comprendió en la cálida atmósfera de Argel. Conviene, de todas maneras, acercarse á Mateo Vázquez, ver por dónde caminan las cosas, derribar por unos medios ó por otros la pared que nuevamente se opone al que pasar adelante en la vida quiere. ¿Sabéis el nombre de esta pared? Se llama la incuria, la rutina de España.

En el poco tiempo que pasa Miguel en Madrid, encuentra medio de hablar con algunos famosos escritores á quienes las hazañas del soldado poeta, contadas por sus labios elocuentes, llenan de curiosidad y regocijo.

De ellos se distingue por su aprecio á Miguel un delicado vate de Guadalajara, que anda metido en la faena, corriente y común por entonces, pero no menos estimable, de hacer una Diana

nueva ó una segunda Arcadia que deje tamaños á Jorge de Montemayor y á Sannazaro. Llámase este culto ingenio Luis Gálvez de Montalvo, grande amigo de la poesía italiana y elegante traductor de Tansilo. A las desiguales quintillas de Gálvez de Montalvo, unas excesivamente duras, otras un tanto flojas y desmayadas, contestaba Cervantes con las poesías devotas y los trozos de poesía descriptiva que en Argel compuso y de los cuales hizo los parlamentos de sus comedias. Complacíale á Miguel la fluidez de algunas estrofas de su amigo:

Estaban los aires graves,
con una niebla inhumana
y las avezadas aves
á saludar la mañana
con sus cantos tan süaves,
tristes callando en sus nidos,
su desconsuelo mostraban
y en sus cuevas escondidos
los buhos se querellaban,
los lobos daban aullidos.....

Pero Miguel era mucho más poeta que Gálvez de Montalvo, aunque no lo creyeran así los de su tiempo. Oyendo al cantor del Henares leer, medio recitar, las prosas y versos del *Pastor de Filida,* que así se llamaba la narración pastoril y arcádica con que tenía en pensamiento obscurecer la fama de los grandes bucólicos, recordaba y rumiaba Cervantes la paz de aquellos tiempos felices que pasó en la isla de Cerdeña, asistiendo á las arcaicas ceremonias de los pastores y remembró los versos que entonces compusiera y que se le habían quedado en la memoria.

Mucho le incitó y animó Gálvez de Montalvo á darse á luz como poeta. Entonces era caso frecuente que un escritor fuera conocido aun sin haber publicado ó impreso ninguna obra, por cuanto de la poesía que en la lectura gustaba se sacaban muchas copias y en breve era conocida de las personas á quienes tales asuntos podían interesar. No mucho antes de estos tiempos, las poesías de Garcilaso y las de Fray Luis de León, andaban de mano en mano y de copia en copia manuscritas sin que nadie las viese impresas. Co-

rrieron, pues, de boca de Luis Gálvez de Montalvo á las de otros poetas y aficionados las alabanzas de Cervantes por sus versos y pronto llegaron, mezcladas con los elogios de sus méritos y proezas como soldado, á oídos de otro excelente escritor, que conoció á Cervantes en Italia y asistió á la jornada de Lepanto y acaso trató un poco en Nápoles á aquel soldado á quien sabía protegido de D. Juan y del duque de Sessa. Como fué Homero el poeta de Aquiles y de Ulises, el cordobés Juan Rufo Gutiérrez fué el poeta de Don Juan y de sus hazañas inmortales.

Era Juan Rufo un hombre de nobles y generosas ideas, torpemente expresadas casi siempre. Su poema *La Austriada* es más de estimar por la buena fe y la intención laudable, que de admirar por el mérito de la ejecución.

Ya lo conocía así Miguel, para quien las dificultades del metro y de la rima no tenían secretos, por lo mismo que muchas veces luchaba con ellas y pocas vencía, cual les sucedió á todos los poetas de su tiempo. Ni Garcilaso, ni Fray Luis, ni Herrera, habían domeñado por completo el endecasílabo: traíanle sujeto con freno y filete, como á caballo de raza, y á veces, le hacían marchar sumiso al paso castellano, pero si querían ponerle en chazas ó hacer corvetas ó sacarle á galope levantado, rebelábase el generoso corcel italianesco y se avenía mal con los sofrenazos y con la espuela.

No comprendieron aquellos grandes poetas que era preciso italianizar el lenguaje para hacer endecasílabos acabados. Presintió esto Miguel é italianizó lo que pudo, mas no tanto que dejase de seguir el régimen de freno y espuela, creyendo que el endecasílabo era una cabalgadura de las comunes y no un verdadero caballo con alas, como el Pegaso de los poetas. A casi todos los nuestros les han faltado los bríos requeribles para dejarle explayar sus alas, porque no las tenía el lenguaje criado al ras de tierra en Castilla el cual caminaba al paso con que herían el duro terral los bridones cargados de armaduras resonantes en que marchaban los paladines del Romancero.

Conociéndolo así, traducía en quintillas Gálvez de Montalvo las *Lágrimas de San Pedro*, escritas por el italianísimo Tansilo, y cometía Juan Rufo el error de no cantar en romances las castellanas proezas del garzón de Austria. Había de llegar más tarde Lope de Vega á enseñar á los otros que los asuntos nacionales y populares (como el de *San Isidro Labrador)*, pedían metros populares y castizos.

El poeta de Don Juan y Miguel, su soldado y protegido, se entendieron muy pronto y toda la vida se estimaron. Era Rufo Gutiérrez uno de los buenos Juanes con quienes Miguel había de tropezar en su vida. Juan Rufo comunicó á Miguel sus tristezas. No era de buen barrunto en la corte presentarse como antiguo amigo de Don Juan de Austria. Apenas había pasado el tiempo y ya todos los cortesanos, siguiendo la costumbre iniciada por el Rey, tomaban gusto en olvidar al *rayo de la guerra*. El haberse hallado en la batalla naval no se consideraba casi como un mérito apreciable. El mismo Juan Rufo, después de consagrados muchos tiempos y fatigas á cantar á Don Juan de Austria, se encontraba con que no convenía dedicar el poema al Rey y contentábase con dirigirlo á su hermana la reina de Bohemia y emperatriz de Romanos.

Por estas y por otras palabras iba conociendo Cervantes las dificultades que había de encontrar en la corte. Pero como su sino le llevaba á ella, partió á primeros de 1581, en compañía de su amigo Rodrigo de Chaves, que regresaba á su ciudad natal, Badajoz.

A primeros de Diciembre, Felipe II y la corte habían pasado de Badajoz á Yelves, que hoy decimos Elvas, y convocado Cortes en Thomar, porque la peste seguía haciendo estragos en Lisboa.

Por el camino, las esperanzas, un tanto decaídas con las palabras de Juan Rufo, iban renaciéndole á Miguel y cobraron nueva vida al entrar en Portugal, siguiendo el curso del padre Tajo, y ver las márgenes del hermoso río florecidas de huertas, donde no se parecía el invierno y contemplar la satisfacción de que los portugueses daban muestras, por el feliz término de las discordias y sangrientos lances de guerra, aún menos terribles para ellos que las tropelías de todo género cometidas antes y después de pacificados los bandos, por las tropas del duque de Alba y de Sancho Dávila, á quienes faltaba cuerda no ya para ahorcar rebeldes portugueses, sino para castigar á sus indómitos capitanes y á sus des-

comunales soldados, quienes tomando el conquerido reino por suyo, no cesaban ni un punto en sus saqueos y rapiñas.

Cuando Miguel llegó, ya todo esto había terminado. Se estaba en tiempo de satisfacciones y recompensas. El mismo Felipe II mostraba la cara alegre y lisonjera á sus nuevos cortesanos los grandes portugueses, ganados todos por las dádivas del gran don Cristóbal de Moura, á quien, como premio á sus impagables servicios, iba el Rey á hacer merced del condado de Castel-Rodrigo. Todo el mundo estaba contento y alborozado. Hasta el duque de Alba se permitía bromas de buen gusto, como su famosa entrevista con la duquesa de Braganza, en la cual esta señora no le llamó excelencia, ni señoría, ni alteza, sino mucho más, pues, según él decía: Llamóme siempre *Jesús*. ¡Jesús, señor duque, tanto favor en esta visita! ¡Jesús, qué poco tiempo gocé tan buena conversación!..., etc., etc.

Yerran gravemente los historiadores portugueses y castellanos (á excepción de Oliveira Martíns entre aquéllos y de A. Danvila entre éstos) que han pintado la ganancia de Portugal por Felipe II como una empresa taimada y tenebrosa. En primer lugar, el derecho de Felipe II á la corona era evidente: la intervención del duque de Alba resultó pronta, eficaz y felicísima, sólo empañada por algunos desmanes de la soldadesca; y, finalmente, el proceder de D. Cristóbal de Moura fué propio de un sagacísimo político y de un profundo conocedor de la humanidad. El mismo Felipe II, tan parecido en carácter y procedimientos á su privado, según nota con acierto Danvila, se mostró en aquella ocasión, fino, sagaz, contento, amable, propicio á todas las mercedes y concesiones; quitóse la negra ropa y la severa golilla que tantos años había usado y se vistió muy bizarramente, de ricas telas y alegres colores, á la portuguesa. En aquella excursión, la más feliz de su vida, gozó, rió, bromeó, como nunca lo hiciera de muchacho. Su elegantísima presencia y su noble y mesurado lenguaje causaban el mejor efecto en los nobles y en el pueblo portugués.

Al entrar en Lisboa, la primavera siguiente, el grito general de los portugueses era este: ¡Oh, buen rey, qué mal empleado en los castellanos! Las regatonas y placeras de la Rúa Nova expresaron el sentimiento popular, diciéndole que ellas le recibían y juraban por Rey mientras no volviese el Señor Don Sebastián, en cuya muerte el pueblo no creía, pero que si Don Sebastián tornaba D. Felipe ya estaba allí de más y podía irse enhorabuena.

Antes de pasar el Rey á Lisboa, cuando se hallaba en Thomar concediendo á nobleza y pueblo portugueses cuanto le pedían, llegó á aquel lugar Miguel.

Pronto logró ver á Mateo Vázquez, quien seguía gozando la confianza de Felipe II para los asuntos privados y pequeños. Allí vió también á su antiguo compañero y amigo de la cautividad el hermano del duque de Alba D. Antonio de Toledo, que era figura muy principal en la corte. Allí tuvo muy buen cuidado Miguel de ocultar ó disimular la protección de Don Juan de Austria. Allí, en fin, vió pasar varias veces, la altiva y aviejada figura seca del gran duque de Alba, hundidos los ojos, aplastadas las sienes, pálida la tez, blanca la barba y todo el aspecto antiguo y temible.

El personaje principal de la corte, sin embargo, no era él, era D. Cristóbal de Moura, el *factotum* y el lazo de unión, el corruptor elegante, el gallardo repartidor de mercedes. Era un elegante, delicado y enfermizo caballero, de altanera presencia, cuarentón ya, con grandes ojos rasgados, bella y limpia frente, voluntariosos labios, descollada y autocrática nariz, huesosas mejillas, ganchudos bigotes y barba corta. Bien se dejaba conocer que no era la autoridad de D. Cristóbal de Moura como la de Antonio Pérez, ni aun como la de Ruy Gómez de Silva en tiempos pasados. Al lado de D. Cristóbal, Mateo Vázquez temblaba como un doméstico, haciéndose cargo de su medianía.

La corte, gracias al influjo del noble portugués, parecía haber cambiado completamente. Inusitada alegría se notaba en ella. Luego, era aquel tiempo de primavera y del inmenso jardín que forman las orillas del Tajo hasta Lisboa, los perfumes llegaban gratos á regalar el ambiente. Un cortejo de hermosas damas y de poetas aristocráticos cercaba y seguía al Rey. El amor, con santa alegría moviéndose, hacía de las suyas.

El mismo Cervantes lo decía: para galas Milán, para amores Lusitania. Tiempo tuvo y ocasión de solazar y endulzar su cora-

zón reseco por las pesadumbres y por los trabajos. Pero no fueron más que amoríos, no amores como sospecharon algunos biógrafos, porque el 18 ó el 20 de Mayo había conseguido una comisión reservada y secreta.

Tratábase de llevar unos pliegos ó algún recaudo á Orán y de traer unas cartas del alcaide de Mostagán, y para esta sigilosa misión se designó á Miguel, dándole cien ducados de ayuda de costa. En los últimos días de Julio estaba de vuelta con las cartas. No pisó la tierra de Africa más tiempo del preciso, pero en aquel poco tiempo tal vez tropezó con un amigo suyo, que hoy lo es nuestro, tan desdichado como gracioso; el alférez Campuzano, en cuya boca puso el *Coloquio de los perros*.

CAPÍTULO XXVII

EL POEMA DEL TAJO.—LA GALATEA.—LA EXPEDICIÓN Á LAS TERCERAS.—EL AMOR QUE PASA

El 29 de Julio de 1581 entró solemnemente en Lisboa Felipe II, y con él los cortesanos españoles que le habían seguido en la campaña y los que se le habían reunido en Thomar, y los aristócratas portugueses catequizados por D. Cristóbal de Moura, que ya eran casi todos.

La gran ciudad palpitaba de alegría, no tanto por la llegada del nuevo amo, cuanto por la terminación de la guerra y de la peste, plagas que á un tiempo la habían combatido.

Aun para quien, como Cervantes, había entrado por mar en Génova y era familiar de los muelles napolitanos, Lisboa es una bella y noble ciudad de brazos abiertos y de ojos fijos en el Occidente: una ciudad dorada por el sol y por la riqueza que de las Indias aportaban á ella los abarrotados galeones. *Rúa do Ouro* y *Rúa da Prata* se llamaban sus dos calles principales.

Pero si Miguel encontró en ella la hermosura y grandiosidad de las ciudades que amó en Italia y que dan la cara al Poniente y conoció en ella la alegría un tanto facticia y pasajera, propia de una entrada ó visita real, lo que más honda huella trazó en su alma no fué tanto la misma ciudad, como sus alrededores y lo que hasta llegar á ella había visto.

No se ocultaba á Miguel que era aquel regocijo cosa del momento, ni que el carácter lusitano es de suyo grave y melancólico: no dejaba de notar la diferencia entre los amoríos italianos y los

amores portugueses. Amor era en Italia asunto de juego y de burlas honestas ó de las otras: la gravedad platónica había pasado: Petrarca y su idealismo habían cedido el paso, primeramente al vividor y gozador Ariosto, después á Tasso el decadente. Al contrario, en Portugal era el amor devoción sutil, de principios trovadorescos, que en la égloga se apaciguaba y deleitaba. Portugués fué el mayor poeta pastoril de todos, Jorge de Montemayor y su libro es un libro nacido de los jardines de Lisboa y de las riberas del Tajo.

Este gran río, músico é historiador, que en mansos períodos de cristal, cortados como estrofas por mil revueltas, meandros, remansos y madrejones, cuenta á los siglos una historia mal oída y peor interpretada, fué el padre de la novela pastoril española y con ella de lo mejor y más elocuente que en nuestra habla se ha escrito acerca del campo, el cual no muchas veces ha sido motivo de inspiración para nuestros poetas. Miguel pasea las orillas de este armonioso y mayestático río, cuyo cantar imitó Garcilaso y en cuyas sombras envolvió los cuerpos de sus blancas ninfas, y en cuyas aguas se miraban las copas de los álamos, do las aves sembraban sus querellas. Miguel procura rimar, con los consonantes que el río cantando le ofrece, su propia inspiración.

«Quien ha visto como yo—dice—las espaciosas riberas del nombrado Betis y las que visten y adornan al famoso Ebro y al conocido Pisuerga, y en las apartadas tierras ha pasado las del Santo Tíber y las amenas del Po, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sebeto, grande ocasión había de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas... Encima de la mayor parte de estas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor parece que convida á regocijo y gusto al corazón que dél está más ajeno: y si ello es verdad que las estrellas y el sol se mantienen como algunos dicen de las aguas de acá abajo, creo firmemente que las deste río sean en gran parte ocasión de causar la belleza del cielo que le cubre ó creeré que Dios, por la misma razón que dicen que mora en los cielos, en esta parte halla lo más de su habitación. La tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable, y el dorado río como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente entretejiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas que á cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricos caseríos que por ellas se ven fecundados. Aquí se ve en cualquiera sazón del año andar la risueña primavera con la hermosa Venus en hábito sucinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores: y la industria de sus moradores ha hecho tanto que la Naturaleza encorporada con el arte es hecha artífice y connatural del arte y de entrambas á dos se ha hecho una tercia naturaleza á la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcinoo pueden callar, ó de los espesos bosques de pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos: de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, arroyos y fuentes que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga más sino que si en alguna parte de la tierra los campos Elíseos tienen asiento, es sin duda en ésta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo río y humedecen abundantemente la eras que por largo espacio están apartadas? Añadase á todo esto criarse en estas riberas las más hermosas y discretas pastoras, que en la redondez del suelo pueden hallarse»... y no se dudará que en tan repuesto y regalado sitio nació el pensamiento y la obra de *La Galatea*, primicias del ingenio de Miguel, donde si se conservan y archivan mil remembrazas de Italia, en el habla y en la inspiración manifiestas, y se ven reminiscencias claras de los umbrosos valles de Cerdeña y de las grutas de Nápoles y de los jardines de Corfú, más, mucho más es lo que se debe á ese gran creador que Tajo llaman.

Pensemos las cosas tal y como iban ocurriendo. Miguel había vuelto de Africa, despachada y bien su comisión. Aguardando que

le encargasen otras, y poseedor de algunos ducados y de varias amistades, remozadas unas y otras nuevas, siguió á la corte, á aquella corte, por virtud mirífica y poder no imaginado del Tajo y de sus verdes riberas, transformada y vuelta de tétrica y lúgubre en alegre y reidora, como una corte italiana. La jocundidad y apacibilidad del ambiente y del suelo, habían enlozanado hasta el espíritu triste del monarca. Hombre de gusto fino siempre, Felipe II comprendió que su ropilla negra, tan propia del Escorial y del Palacio de Madrid y de la austeridad encinosa del Pardo y del azul grave del Guadarrama, no casaba con los rosales, los laureles y los mirtos de las riberas del Tajo. Cuando el mismo Felipe II se vestía de colores, bien podía Cervantes, con el espíritu regocijado, seguir á la corte de España.

Quizás por su amigo D. Antonio de Toledo, ó por Mateo Vázquez, ó por D. Juan de Silva, ó por otros cortesanos, supo una intriga amorosa entre una dama de la corte y un caballero que vanamente la solicitaba, parte por desdenes de ella, que mal encubrían una afección segura, parte por miramientos de familia y de corte ó por oposición del mismo monarca, según con claridad manifiesta en el curso de la novela se hace notar, y de ahí arrancó el dato generador de la *Galatea*, en quien no hemos de ver á Doña Catalina de Palacios, después mujer de Cervantes, ni en el enamorado Elicio á Miguel, aun cuando los demás pastores sí representen á sus amigos y compañeros Gálvez de Montalvo, Francisco de Figueroa, Pedro Láynez, Ercilla, Rey de Artieda, etc.

La ficción ó pequeño conflicto semidramático que forma el nudo de la *Galatea*, alude á algún hecho ocurrido en la corte, quizás entre dama portuguesa y caballero español, ó al contrario. No era raro, sino muy frecuente, y esto lo da de sí por necesidad la artificiosa naturaleza del género bucólico, encubrir una verdadera historia de altos personajes bajo la traza y apariencia de la acción pastoril y, por si de ello se dudase, el mismo Cervantes lo declara en el prólogo de *Galatea*. Así ocurrió con la *Arcadia* de Lope, quien contaba en ella los amores de su amo el duque de Alba.

Que hay en la *Galatea* algunas partes, singularmente las composiciones en verso, anteriores al resto de la obra y aun, casi de

seguro, escritas mucho antes de venir Miguel á España, debe tenerse por seguro; que hay también trozos descriptivos y otros en que se propuso *enseñorearse del artificio de la elocuencia*, como él mismo dice, intercalados y zurcidos con lo demás de la composición, es indudable. Los elementos principales para la obra ya los tenía en la memoria ó por escrito, pero esa condensación y aposamiento, sin los cuales de nada servirían tales miembros disyectos y desparramados, no hubo de verificarse hasta que Miguel volvió á verse en un medio bucólico y pastoril como el de Lisboa, y en una sociedad cortesana cual aquella, donde había á diario veinte conflictos semejantes al indicado en la *Galatea*. Más adelante se verá cuán poco verosímil resulta, dada la especial naturaleza de las relaciones amorosas entre Miguel y Doña Catalina su mujer, pensar que á ella aludiese el asunto central de la *Galatea*. Los altibajos de la vida de Miguel nunca fueron de la índole fingida y pastoril que esto supondría, ni era él hombre que tratase de cosas llanas y vulgares de pueblecillo ó aldehuela en otros términos que los á ellas pertenecientes, pues si para lo metafísico tenía á Don Quijote y á otros cien personajes de su casta, para lo villanesco se las componía muy bien con Sancho y con Juan Haldudo y con los alcaldes de Daganzo.

Fuera de esto, si se lee atentamente el prólogo de la *Galatea*, no cabe dudar que lo más de ella fué compuesto en época muy anterior á las relaciones de Miguel y Doña Catalina. Bastante tiempo hubo de tenerle guardado para sí solo, según declara y se decidió á publicarlo, «pues para más que para mi gusto sólo lo compuso mi entendimiento». «La edad que habiendo apenas salido de los términos de la juventud, parece que da licencia á tales ocupaciones» parecía disculpar á Miguel de haber perdido el tiempo en este ejercicio de escribir églogas, atento á educar el idioma y allegar elocuencia «para empresas más altas y de mayor importancia y abrir camino para que á su imitación los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tiene campo abierto, fácil y espacioso por el cual con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia puedan correr con libertad, descubriendo la

diversidad de conceptos agudos, graves, sutiles y levantados que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido y cada hora produce en la edad dichosa nuestra: de lo cual puedo yo ser cierto testigo...»

Muy otro y muy más alto fin que el mero entretenimiento de contar sus amores con Doña Catalina y los de sus amigos Láynez, Montalvo, Figueroa y otros, da á entender Miguel que se proponía.

Llegado á Portugal, con el alma llena de la poesía de Italia y de la prosa trágica de Argel en la mente, y alternando y tratando con los personajes de más cuenta en la corte, presentóse al intelecto de Miguel perfectamente clara su misión de renovar el lenguaje, remozándolo y reforzándolo con lo que en la escuela de Italia había aprendido, desde los salones del Vaticano hasta las *trattorias* de Génova y los suburbios de Nápoles, y con lo que la vida guerrera y marinera le enseñó y con lo que el cautiverio y sus afanes le dejaron incrustado en el alma. Ya pensaba y consideraba ser el suyo un ingenio suelto y señero, único, libre, desaprensivo y descollante entre todos los demás; pero no había de comenzar por lo último, sino por lo más fácil, por lo que antes pudiera llegar á donde él se proponía, y hallándose en una corte donde el género pastoril gozaba de boga y favor, y viéndose además arrullado el oído por el blando susurro de la lengua portuguesa, que él amó tanto como la italiana y que tan bien hace el contrapunto al rumor grave y sonoro del Tajo, y dejándose, por fin, llevar de una cierta inclinación arcádica, que ya en él hemos notado y que de vez en vez prevaleció en su alma, ya mozo, ya viejo, no vaciló en juntar todo cuanto había escrito, sentido y pensado, y formar aquella primera obra de la juventud, buscando con ella el halago y favor de la corte y la benevolencia de los demás escritores y poetas.

¿Qué podían importarle á la corte sus amores, aún no nacidos, con una hidalga de Esquivias ni las supuestas ó verdaderas dificultades que á ellos quisieran poner unos tíos de la interesada? ¿Por qué aludir tan claramente á la intervención del Rabadán mayor de todos los aperos en el fin feliz ó desgraciado de aquella aventura amorosa? Por otra parte, la razón cronológica, la más grande y positiva en este asunto, crece en eficacia si se examina bien el prólogo y la dedicatoria, y se acierta á entrever un cierto ligerísimo asomo de desdén que hacia su misma obra revela Cervantes. Aquellas son sus *mocedades*, aquellos son sus ensayos, poco más que un ejercicio retórico de escuela para *hacerse la mano*, pero él está destinado á mayores empresas y en breve las dará á conocer. Son probaturas de escritor principiante, no de un literato hecho, derecho y temible ya. Son cosas compuestas mirando á la corte: reparemos que, al dejarse llevar de su tendencia ó inclinación bucólica en el *Quijote* y en otras partes, lo hace por darse gusto en este punto y también por solazar al poderoso caballero á quien dirige la obra y de quien espera protección: y advirtamos que pasa los últimos años de su vida ofreciendo al conde de Lemos, como una obra propia de un cortesano y de sus gustos, la segunda parte de *Galatea* que no llegó á escribir aunque de ello conservara intención toda su vida.

Poco caso han solido hacer quienes han escrito acerca de Cervantes, de esta época en que debió de seguir á la corte y, no obstante, es seguro, fijo, que trató en este tiempo con los personajes más elevados y aprendió su lenguaje y los vió de cerca andar, hablar, moverse y proceder como andan, hablan, se mueven y proceden siempre que en sus obras salen. Aquella cortesanía amplia y ceremoniosa de Don Quijote en casa de los Duques y en todo su trato y comercio con personas elevadas no es cosa que se inventa, ni que se imita, ni tampoco podía haberla aprendido Cervantes en el cuartel, ni en la mazmorra argelina, ni en las galeras, ni en los hospitales, ni en su corta estancia en el Vaticano. En tratos y conversaciones anduvo, sin duda, con los caballeros espirituales y elegantísimos que Teotocópulos retrató: conoció sus gustos, midió sus inteligencias, tanteó sus corazones y no tardó mucho en convencerse de lo que después con tanta amargura dijo que *él no servía para la corte*.

¿Cómo había de afirmar esto con la convicción y firmeza con que lo afirma si no hubiese estado en la corte y en sus tratos? Y

si en alguna corte estuvo fué en la de Lisboa, á donde era más fácil el acceso que en el temeroso Alcázar de Madrid ó en el espantable Escorial.

En Lisboa fué donde más humano se mostró el Rey triste. Quizás también alcanzó á probar la dulcedumbre de los amores de Lisboa al mismo tiempo que la cató Cervantes. No hay que olvidar que el Rey era, por lo menos, tan enamoradizo como su vasallo. No hay tampoco gran osadía en suponer que de estos amores suyos cantó Miguel antes de abandonar Lisboa, su desconocido poema ó romance que con placer recordaba ya viejo: la *Filena*, de la cual dijo:

También al par de Filis, mi *Filena*
resonó por las selvas, que escucharon
más de una y otra alegre cantilena:
y en dulces varias rimas se llevaron
mis esperanzas los ligeros vientos
que en ellos y en la arena se sembraron.....

Esas selvas y esas arenas fueron las alamedas y las orillas doradas del Tajo.

En tanto, pasaba el tiempo y no eran todas alegrías pastoriles en la corte de Felipe II. Subleváronse las islas Azores contra el poder de España, negáronse á reconocer á Felipe II como Rey, apoyadas por una escuadra con que Francia é Inglaterra querían sostener la ya casi perdida causa del prior de Ocrato y aprovecharon la coyuntura también para saquear piráticamente los galeones de las Indias, en la primavera de 1582. El Rey mandó reunir la escuadra y puso á su frente ¿á quién había de poner? al padre de los soldados, al siempre victorioso y jamás vencido D. Alvaro de Bazán, cuyas canas aguardaban ya nuevos laureles. El 29 de Junio se pasó revista en Lisboa á las naves. En ellas iban el viejo tercio de D. Lope de Figueroa y el de D. Francisco de Bobadilla. Apaleaban los remos belicosos las pacíficas aguas del Tajo. Miguel contemplaba con ojos de envidia retrospectiva á aquellos militares viejos, entre los que iba su hermano Rodrigo de Cervantes, siempre soldado de pro.

Grata y honda emoción le causó ver de nuevo, ya todo canoso y envejecido, arrastrando su pierna casi inútil, al bravo D. Lope de Figueroa. Lágrimas de entusiasmo corrieron por sus mejillas al divisar la enjuta y armígera figura del inmortal D. Alvaro, gloria de España.

El 10 de Julio salió la escuadra de Lisboa y con ella las mejores esperanzas de los españoles. El 21 descubrió la isla de San Miguel y el 25 vió á los enemigos á sotavento, en las cercanías de la isla Tercera. Trabóse el combate y en él fué el más denodado para pelear el galeón *San Mateo*, donde Rodrigo de Cervantes iba: cinco veces incendiado por el fuego de las naves francesas, otras tantas veces se repuso y echó á pique á varios navíos enemigos. En aquella jornada memorable los barcos de Villaviciosa, los de Miguel de Oquendo y el mandado por el mismo D. Alvaro se cubrieron de gloria. Quedó la escuadra en San Miguel y á primeros de Septiembre regresó triunfante á Lisboa. El otoño de 1582 traía á Miguel la alegría de abrazar á su hermano y ver de nuevo victoriosos á D. Lope de Figueroa y á D. Alvaro de Bazán.

Pasado el invierno, al regresar á Castilla el Rey, dejó aprestada otra escuadra al mando de D. Alvaro y en ella entraron veinte banderas ó compañías del tercio de D. Lope de Figueroa, que formaban á la sazón tres mil setecientos soldados veteranos, muchos de ellos amigos y conocidos de Cervantes.

Volvió á repetirse la expedición en el verano de 1583. El 26 de Julio desembarcaron los hombres de Figueroa en la ensenada del puerto de las Muelas, á dos leguas de Angra. El alférez Francisco de la Rua se arrojó al agua valientemente con su bandera. Siguiéronle, luchando valerosos con la resaca y los peligros de la orilla, el capitán Luis de Guevara y el soldado Rodrigo de Cervantes; á quien por su denuedo aventajó D. Alvaro. A nado llegaron á la playa aquellos valientes y atacaron con tal furia que sin escalas ni brechas tomaron las trincheras enemigas, á pecho descubierto, y se apoderaron de los fuertes. Capitularon los franceses y el pabellón de Castilla coronó las fuerzas puestas por el enemigo. El 15 de Septiembre volvió D. Alvaro á Cádiz. El triunfo había sido completo.

En Madrid, á donde, con la corte, había vuelto, supo Miguel la nueva victoria, y con ella se le alegró el corazón, harto entristecido por los apuros interminables que en su casa veía. Florentines y genoveses proseguían en relaciones con la familia de Cervantes más de lo que fuera menester. En Septiembre fué el mismo Miguel á empeñar en casa de un italiano llamado Napoleón Lomelino ó Lomelín, cuyos parientes tenían casas de comercio y de préstamos en Madrid, Barcelona y Sevilla, los paños que aquel otro bueno y agradecido italiano Locadelo dejó á Doña Andrea por mercedes y favores de ella recibidos. Se ve claro que Doña Andrea, aunque no vivía con sus padres y con su hermana Doña Magdaleña, seguía siendo el paño de lágrimas de la familia. Acudieron á ella, en uno de tantos apuros, y no teniendo dinero á mano, dió á Miguel, y él empeñó, las telas ricas que Locadelo la dejara para revestir su sala de Estrado. Se columbra también que ni las relaciones cortesanas de Miguel ni el crédito que por sus versos iba ganando le producían especie contante y sonante.

Por este tiempo trataba Miguel con muchos escritores y poetas. Por Juan Rufo conoció á su paisano D. Luis de Góngora, mozo noble de buena familia, que venía de estudiar en Salamanca, y de cuyos versos se esperaba mucho. Acaso trató asimismo á un brioso y resuelto soldado que volvía de las Terceras echando por la boca interminables bravatas, todas en versos de nunca vista fluidez; andaba por los veinte ó veintiún años, pasaba lo más de su tiempo en sabrosos enredijos de amor y en forjar planes de poemas, comedias y todo linaje de obras de poesía, y se llamaba Lope Félix de Vega Carpio, huérfano, y sobrino del inquisidor Carpio, de quien Miguel oyera hablar en Sevilla.

Más amigo que éstos era de Miguel un bachiller nacido en Linares, á quien llamaban Pedro de Padilla, hombre de extraña y felicísima disposición para improvisar versos de romance y glosar otros conocidos. De él era la glosa famosísima del romance de *Don Manuel:*

¿Cuál será aquel caballero,
de los míos más preciado,
que me traiga la cabeza
de aquel moro señalado.....

cuyas copias corrieron todas las ferias y puestos de España. Andaba por entonces Padilla reuniendo versos suyos de varias clases: unos para formar el *Romancero*, elogiado por Cervantes en un soneto que va al frente de su edición; otros para componer un libro de *Églogas pastoriles*, y otros, en fin, para reforzar las nuevas ediciones de su ya conocido *Thesoro de varias poesías*.

Acompañando á su amigo Padilla en estas andanzas editoriales, entabló Miguel relación con el librero Blas de Robles, quien no tardó en reconocerle por paisano suyo y recordar á su familia y los tiempos en que vivían en Alcalá de Henares. Padilla, Láynez, López Maldonado y otros amigos animaban á Miguel para que publicase la *Galatea*, de la cual habían leído algunos trozos. Blas de Robles quizás insinuó que si Miguel lograba el privilegio, él lo compraría en una cantidad decorosa. Todas eran esperanzas, que ya iban tardando eu realizarse.

En este año, al volver Miguel de Lisboa, henchido el pecho de aire amoroso y llenos los labios de dulces conceptos, conoció á Ana Franca y tuvo con ella los amores más gratos á su corazón. El tiempo y la desidia española nos han privado, crueles, del gusto de conocer algo más que el nombre de esta mujer, á quien amó Cervantes como á otra ninguna, y de quien tuvo á su única hija Doña Isabel de Saavedra.

Sólo sabemos que los amores duraron poco: que Ana Franca se casó con un Alonso Rodríguez, y Miguel con una Doña Catalina de Palacios. El amor de Miguel pasa, misterioso, por nuestro lado, nos deja en el oído este claro y bello nombre de *Ana Franca*, y se pierde en las sombras del olvido.

CAPÍTULO XXVIII

LAS PRIMERAS COMEDIAS.—MIGUEL, PRECURSOR DE LOPE.—MIGUEL, POETA FAMOSO.—SUS AMIGOS.—MIGUEL BUSCA NOVIA

Escritores que habían sido soldados y escritores que habían sido cautivos no faltaban en Madrid; pero ninguno de ellos podía contar tantos y tan bizarros sucesos de la vida soldadesca y de la cautividad como Cervantes. O no sirve de nada el indagar la psicología de los caracteres, ó será lógico suponer que Miguel contó de palabra y con muchísima gracia y animación lo que después narró por escrito en cuantas ocasiones se presentaron, y no tanto por ponderar sus propios méritos, aunque de los militares le gustaba jactarse con toda justicia, cuanto por persuadir á quienes le oyeran y á la más gente posible del engaño en que se vivía con respecto á las cosas de la guerra y de la criminal pereza con que se miraban los asuntos de Argel y de los piratas argelinos.

Es indudable que al contar estos sucesos y al hacer estas consideraciones, Miguel era elocuente, persuasivo, eficaz, conmovía á ratos, entusiasmaba á veces y, como sabía variar sus relatos y aderezarlos cada vez con nuevos donaires y picantes y sabrosos giros de pensamiento y de habla, muy luego se hacía con el auditorio, ya se compusiera de gente ignara ó de personas de letras y de mundo. Cuando él removía los posos de sus recuerdos, frescos y recientes, no hay que pensar si señoreaba los ánimos, inspirando al par lástima y admiración, tristeza en los pasos y trances de tragedia y alborotado regocijo en los lances de alegría.

Repasando cuanto le había ocurrido y contemplando la emo-

ción que sus relatos producían, no pudo menos de caer en la cuenta y comprender que de aquellos sucesos (como acaso ya lo pensara en Argel) pudieran componerse y aderezarse muy lindas historias. Sus amigos le animaban á ello. Él mismo veía el ansia con que el público, indiferente en general para libros de ficción ó de verso, acudía á los recién abiertos corrales de Madrid; no bastó que se abriese uno, sino que en breve fueron menester dos, el de la Cruz y el de la Pacheca.

A la gente iba complaciéndole cada vez más ver hechos representados.

Era esta una transformación consecuente y explicable del carácter nacional. Mientras un pueblo se entrega con alma y vida á la acción, según había sucedido en España bajo los Reyes Católicos y bajo Carlos V, y en tanto vivió Don Juan de Autria, nuestro último hombre de acción útil y gloriosa, para nada necesita que le representen en las tablas lo que él ve, oye ó sabe que ocurre á diario en el teatro grande de la realidad. Decae el valor y se afloja la continuidad de la acción verdadera y positiva en los mares, en los campos de batalla, en los puertos y mercados y en los gabinetes de la diplomacia y de la política, y entonces ó se cría ó aumenta el gusto y deleite que el pueblo toma en contemplar representaciones de hechos fingidos, grandiosos y memorables primero, refinados y aristocráticos después, vulgares imitaciones de la vida corriente á lo último. Hónrase Inglaterra hoy con no tener teatro nacional ni autores dramáticos que valgan la pena. Sus dramas los forjan sus generales, sus almirantes, sus diplomáticos, sus industriales y sus mercaderes. No requiere la imaginación inglesa fantasmagorías mayores que las de su intensa y potente vida. Así nos sucedió á nosotros hasta Lepanto.

Precisamente cupo á Miguel la honra de presenciar y tomar parte en el último acto de nuestro gran drama guerrero y político y de penetrar las causas que á la representación pusieron término, dispersaron la compañía y mataron al primer actor. Epílogo de toda aquella teatral historia fué el combate de la Tercera, y para que más claro se vea el cambio de la acción hecha en acción representada y menos dudas haya en este punto, Cervantes presen-

cia este glorioso epílogo desde Lisboa, y Lope, el gran transformador, toma parte en él. ¿Creéis que Miguel estuvo en Lepanto y Lope en la Tercera por un simple acaso de la fortuna? Pues en verdad que pensadas parecen estas casualidades y obedientes á un plan lógico que admiración nos infunde.

No vamos á suponer que cuanto ahora *á posteriori* vemos lo apriorizasen Cervantes y Lope; sí que obedecieron á esos ciegos impulsos que guían á los grandes autores y á los pueblos, cuándo aquéllos delante y éstos detrás, cuándo al revés, para hacer las revoluciones ó las evoluciones del pensar y del sentir engendradas por los hechos y á su vez preñadas de otros hechos nuevos y nunca vistos.

Ni las comedias italianescas, plautinas y terencianas castellanizadas por Lope de Rueda, por Torres Naharro, por Alonso de la Vega: ni los arreglos de la tradición clásica hechos por Mal-Lara, por Villalobos y Fernán Pérez de Oliva: ni el teatro medio pastoril medio cortesano de Juan del Encina, Lucas Fernández y Gil Vicente: ni tampoco las representaciones devotas, breves é informes contenidas en el famoso *Códice de autos viejos* de la Biblioteca Nacional, que, gracias á la ilustración del insigne hispanista Rouanet conocemos, y en el que se ve cómo fué formándose y forjándose el lenguaje teatral y apareciendo siempre en él la figura del donaire, el bobo ó simple, del cual sintió constante necesidad nuestro pueblo, grave y estirado, sí, pero, cuanto más orgulloso, más amigo de burlarse de alguien que esté bajo y más aficionado á que haya en escena quien se fastidie, según observación de los más castizos autores cómicos que hoy aplaudimos... nada de esto bastaba á un público habituado á haber *hecho* con manos y pies en la guerra y á recorrer todo el mundo antiguo y el nuevo mundo *haciendo* bien ó mal, y que se hallaba en un estado tal de cólera, según notaba Lope, que no era posible templarla si no se le representaba, en tres horas, desde el *fiat* hasta el juicio final.

Para cumplir estos anhelos del público fueron forjándose aquí y allá truculentos comediones é informes tragedias, hijas del Romancero y de la Crónica general, como *Los siete infantes de Lara*, *El reto de Zamora*, *La libertad de España por Bernardo del Carpio* y otras obras del fecundo sevillano Juan de la Cueva de Garoza. Sacó el bravo capitán Virués á escena los personajes más monstruosos y épicos de la historia, *La gran Semiramis*, *Atila furioso*, *Elisa Dido*. El mismo Cueva y el valenciano Micer Andrés Rey de Artieda, dieron en el clavo y lanzaron á las tablas las criaturas más perfectas del romanticismo español teatral: Cueva, *El infamador*, primer borrón de D. Juan Tenorio: Rey de Artieda, *Los amantes de Teruel*, y este mismo osó hacer moverse en los tableros de la escena, la noble, la bella y arrogante persona de *Amadís de Gaula*. Soldado y poeta como Cervantes, fué Virués grande amigo suyo, y con él sin duda comunicó Miguel sus proyectos de teatro.

Para Miguel no eran desconocidos ya los mineros de donde había de fluir la vena dramática española. Aún no se había alzado con la monarquía cómica Lope, y así no cabe negar ni dudar que si Lope fué el Enviado, Cervantes fué el Precursor.

No hay en todo el teatro de Lope ningún género de obra dramática que en el de Cervantes no esté como en embrión y esbozo. Si acertó Lope á desgajar de la tradición épica española contenida en las gestas antiguas que se prosificaron en la Crónica general y en sus copias innumerables todo su teatro histórico, Cervantes lo hizo antes que él. Gran pena es que no se hayan conservado sino dos comedias de las veinte ó treinta de Cervantes que él vió representadas al mismo tiempo ó poco después de salir á luz *La Galatea:* pero estas dos obras nos hacen suponer cómo serían las demás, y de una de ellas, *El trato de Argel*, corren las alabanzas mayores en diversos libros populares de su tiempo.

La *Numancia* es la mejor y aun pudiera decirse que la única tragedia patriótica española. Salida de un viejo romance, magnificó y sublimó Miguel de tal modo el asunto de ella, que no se encuentra en nuestro riquísimo teatro nada tan vigoroso y grandilocuente. Todo es en ella anchuroso, todo está pensado con amplitud: las ideas, los caracteres, las solemnes palabras de los héroes, el trágico ambiente en que se mueven los personajes, la interven-

ción de figuras alegóricas, cómo España y el rio Duero, la evocación del cuerpo muerto, la escena del conjuro... Este concepto amado como un sentimiento íntimo, esta imaginaria y querida figura que llamamos España, nadie antes que Miguel se atrevió á hacerla andar y hablar. En la *Numancia* se resume y compendia con fuerza épica irresistible la eterna historia del heroísmo español. La *Numancia* de Cervantes es la madre fecunda de Gerona, de Zaragoza, de Bilbao. Obra sin protagonista como *Las suplicantes* de Esquilo, como *Fuente Ovejuna* de Lope, en ella se siente moverse, accionar y morir á un pueblo entero. Cervantes fué el primer dramaturgo español que supo manejar muchedumbres en el teatro.

Pero no había sólo de beber en la fuente de la tradición épica española. Para buscar dramas tenía presente en el corazón y en la cabeza, fresca aún la sangre de las heridas, el drama de su triunfo y el de su cautiverio, y de él sacó dos obras, primero *La batalla naval*, que no conocemos, pero que sólo por su título nos da á entender la audacia teatral de Miguel, ni siquiera por el osadísimo Lope superada: en ella quiso representar el día grande y glorioso de Lepanto; cómo lo hizo, no lo sabemos. Que la comedia gustó, es indudable.

En cambio podemos saborear el mejor drama de los cuatro que de su cautiverio compuso, y fué el primero representado, *El trato de Argel*, de cuyo carácter autobiográfico en gran parte no cabe dudar. Habrá y hay en el teatro posterior obras más cuerdamente compuestas, no más interesantes que *El trato de Argel,* cuadro completo y vivo de la existencia de los cautivos cristianos. Hay allí trozos de elocución dramática no superados después, ni aun por el mismo Lope, como la relación del corsario Mamí, verdadero modelo de lenguaje teatral, rápido y fogoso:

Nosotros á la ligera,
listos, vivos como el fuego
y en dándonos cara, luego
pico al viento y popa fuera..... etc.

y escenas trágicas como el tormento del cristiano español:

Español, que en su pecho el cielo influye
un ánimo indomable, acelerado
al bien y al mal continuo aparejado.....

y fragmentos líricos, como el monólogo de Aurelio en la segunda jornada:

¡Oh, santa edad, por nuestro mal pasada
á quien nuestros antiguos la pusieron
el dulce nombre de *la edad dorada!.....*

y en la jornada cuarta:

Este largo camino,
tanto pasar de breñas y montañas.....

En posteriores tiempos, aleccionado con la experiencia de Lope, compuso Miguel otras comedias de que ya se hablará; pero este primer arresto dramático suyo es de un valor inapreciable en nuestra historia literaria, pues acredita el certero instinto, la soberbia seguridad con que, recién llegado á España, y después de tantos años de vida turbulenta, se hizo cargo Miguel de lo que el público pedía, y supo servirle y satisfacerle. Gran indiscreción sería suponer que él pensó todo esto; pero mayor sería negar que, al hacerlo, pensado ó no, le empujó á ello la fuerza incognoscible de los sentimientos y los gustos populares por él presentidos antes que por el mismo Lope.

Cómo y cuándo se representaron estas comedias, entre las que también recordó siempre Cervantes, como su mayor éxito, la *Confusa*, que debió de ser una comedia de ruido ó de capa y espada en el tipo de la *Entretenida*, no lo sabemos de fijo. Sí que debió ser entre los años de 1583 á 1585.

Abandonada en definitiva la corte, para la cual no servía, y quizás desabrido para siempre con Mateo Vázquez y con los demás cortesanos, de quienes no vuelve á hablar hasta muy posteriores tiempos, era ya entonces Miguel conocido y amigo de casi todos los literatos de su edad.

Los que más íntimamente se relacionaron con él fueron el toledano López Maldonado, el leonés de origen ó nacimiento, pero madrileño por su crianza Pedro Láynez, el ya citado Pedro de Pa-

dilla y un saladísimo rondeño, cuatro años más joven que Cervantes, y á quien llamaban Vicente Espinel.

Pedro Láynez, á más de poeta, era ó quería ser empleado de Hacienda, y se hallaba en relaciones amorosas para casarse con una bella y noble señora llamada doña Juana Gaitán. López Maldonado andaba muy afanoso coleccionando poesías para su *Cancionero*, que publicó en 1586. Pedro de Padilla, el improvisador linarense, después de haber pisado la corte y acaso movido por algún desengaño amoroso, estaba pasando por grave crisis espiritual, entonces muy frecuente. Los romances y glosas en que antes fuera maestro los tenía abandonados, y en cambio habíase dado á un modo nuevo de poesías devotas, que formaban parte de lo que luego llamó su *Jardín espiritual*.

Pero ninguno de estos buenos amigos influyó en el ánimo y en la manera de ser de Cervantes, como el rondeño Vicente Espinel.

Era éste famosísimo músico y así como López Maldonado encantaba por lo dulce y melodioso de su voz, entonando las canciones que él mismo componía, el gran Espinel no reconocía rivales tañendo la vihuela, á la cual aumentó la cuerda quinta, que tan necesaria es para la transición melódica desde las cuerdas finas al grueso bordón.

Nacido Espinel en aquella tierra honda de la Andalucía y en aquel pueblo semiárabe que ha creado la copla más melancólica y sugiriente de todo el canto andaluz, la rondeña, venía á Madrid á pretender un beneficio eclesiástico, más prevenido de vihuela, coplas alegres y chistes desgarrados que de ciencia teológica. Pintábase en él la España de entonces y la de siempre, donde se hace canónigo á quien toca bien la guitarra y canta con salero las rondeñas, mientras se deja abandonado ó se confía un cargo subalterno de Hacienda al poeta más grande de la nación. La originalidad y chispa observadora de Espinel debieron de ser muy gratas á Cervantes, quien toda su vida conservó un recuerdo alegre de aquel extraño y burlón personaje, en cuya conversación pasara deliciosos ratos. Pero si algo le debe, mucho más debe Espinel á Cervantes, y no puede negarse que el rondeño quiso

emular y obscurecer á su amigo, pasado el tiempo, creando en el *Escudero Marcos de Obregón* un Sancho Panza, que en vano se empina para llegar á Don Quijote.

Tuvo, pues, Cervantes, á los treinta y siete años, su momento de popularidad. Se le comprendía entre los mayores poetas de España, se buscaban sus versos para autorizar nuevos libros, se le aplaudía en el teatro. El representante y autor de comedias Pedro de Morales era su grande amigo, y lo fué toda su vida. Veneremos la memoria de este buen cómico, de quien no sabemos casi nada: él fué quien representó las comedias de Miguel; quien tuvo fe en la vocación y en el talento teatral tan bizarramente manifestado: quien prestó auxilios y ayudas de las que no se olvidan al autor *suyo*, siempre menesteroso y necesitado. Hablando de Pedro de Morales, se conmueve el viejo Cervantes en el *Viaje del Parnaso*, y de sus ojos, que ya por entonces parecían enjutos para siempre, corren dos lágrimas de gratitud:

> Este que de las musas es recreo,
> la gracia y el donaire y la cordura
> que de la discreción lleva el trofeo.
> Es Pedro de Morales, propia hechura
> del gusto cortesano y es *asilo*
> *adonde se repara mi ventura.....*

Y allí, al mismo tiempo que el recuerdo de Morales le asalta el de Espinel, amigo de ambos, y le rememora en estos versos:

> Este, aunque tiene parte de Zoïlo
> es el grande Espinel, que en la guitarra
> tiene la prima y en el raro estilo.....

Y más adelante, el recuerdo de Luis Vélez de Guevara, el grande y el injustamente colocado en segunda fila, evoca de nuevo en su alma desengañada y anciana la imagen de aquel que representó sus obras y dice:

> Topé á Luis Vélez, lustre y alegría
> y discreción del trato cortesano
> y abracéle en la calle á mediodía.
> *El pecho, el alma, el corazón, la mano*
> dí á Pedro de Morales y un abrazo
> y alegre recibí á Justiniano.....

Leídas ya á casi todos estos autores y por ellos aprobadas y aplaudidas las prosas y versos de *La Galatea* y conseguido el privilegio real para publicarla, en 22 de Febrero de 1584, pasaron algunos meses hasta que Miguel logró hacer efectivas las pasadas ofertas de su paisano el librero Blas de Robles, quien le compró el libro en 14 de Junio del mismo año, por mil trescientos treinta y seis reales, cantidad nada despreciable, como puede comprobar quien examine otros contratos de esa clase en dicha época.

Los que estiman un mal negocio editorial la venta de *La Galatea*, no conocen á los editores españoles de aquellos tiempos ni á los del actual siquiera. Sin que citemos nombres propios, bien sabido es que todos los novelistas principiantes del día, para publicar su primera obra, aun teniendo ya sus firmas acreditadas en la prensa, han tenido que regalarla, y muchos poner dinero encima.

Titubeó mucho Miguel antes de resolverse á quién había de dedicar las primicias de su ingenio. Se le alcanzaba lo que podía esperar de los señores de la corte y, ya impreso el libro, un suceso que en ella fué muy comentado, le hizo acordarse de alguien que quizá sabría apreciar su obra.

Había llamado Felipe II á la corte al general Marco Antonio Colonna, virrey de Sicilia. Venía el viejo soldado de Civita-Vecchia á Barcelona y desembarcó en este puerto. Desde Barcelona á Madrid había de atravesar todo Aragón, con prisa y escasa comodidad. Estaba el buen general harto más grueso y pesado, por la molicie y descanso de Sicilia, que en los tiempos de las pasadas campañas. Era en el mes de Julio, y el calor fatigaba los cuerpos. Al llegar á Medinaceli Marco Antonio Colonna, rendido, el 1.º de Agosto, le tomó una calentura tan fuerte que, sin remedio que le valiera, entregó brevemente su alma á Dios, en el palacio de los duques, quienes no se hallaban allí entonces. Asistióle solamente Hernando de Durango, secretario del consejo del duque, y con él los beneficiados y presbíteros de la iglesia.

Sabiendo esta triste nueva, pensó Cervantes en Ascanio Colonna, abad de Santa Sofía, hijo del recién muerto general, bajo cuyas banderas, siendo soldado, militó Miguel en la marcha de

Corfú á Zante y á Cefalonia: y creyendo que una obra pensada á la italianesca en parte y en la cual había él hecho un esfuerzo para ensanchar la estrechez y ablandar la tiesura del castellano, italianizándole, no podría menos de ser gustosa á un personaje tan culto, le dirigió la dedicatoria, que no sabemos si fué agradecida, y de seguro no fué pagada en ninguna forma.

Realizaba ya Cervantes, con la publicación de *La Galatea* y el aprecio en que consiguientemente iba siendo tenido su nombre, los primeros ensueños de su vida; y como nunca fué hombre que olvidara del todo la realidad por el ensueño, pensó que le convenía casarse y establecerse, que habían concluído las errantes andanzas del soldado aventurero, y que, por lo de escritor, no le sería difícil encontrar colocación y ayudar á las endebles é inseguras ganancias de las letras. Ni siquiera quiso pensar en el matrimonio con dama ó mujer de la corte, pues en su propia casa había visto los peligros que la corte ofrece.

Hablando en familia de este asunto, saltó á conversación el nombre de unos parientes, hidalgos acomodados de Esquivias, en la Sagra de Toledo. Los Cervantes eran deudos ó parientes cercanos de los Salazar. En Sevilla y en otras partes anduvieron los dos apellidos mezclados. Cervantes de Salazar hubo que fueron discretísimos filósofos, como Francisco, y poetas delicados, como Juan, del cual presumimos que era primo de Miguel, á quien conoció en Sevilla.

Los hidalgos de Esquivias eran dos, uno D. Francisco de Salazar y otro su hermano Hernando de Salazar Vozmediano. Este tenía una hija llamada Catalina. Hablábase también de un tío ó primo, que era Salazar de segundo apellido. ¿Sabéis el otro apellido y el nombre? Era un hidalgo conocido por Alonso Quijada.

CAPÍTULO XXIX

ESQUIVIAS.—LOS SALAZAR, LOS PALACIOS.—MIGUEL BUSCA Y ENCUENTRA NOVIA.—SE CASA.—MUERE RODRIGO DE CERVANTES. MIGUEL SALUDA Á LOPE Y LOPE NO LE CONTESTA

Las márgenes del Tajo, en cuanto se sale de Aranjuez hacia Toledo, pierden el aderezo y abrigo de los árboles que refrescan y ensombrecen las aguas, y éstas vuelven á correr, abrasadas en estío, heladas en invierno, por en medio de unos campos adustos, donde nada sonríe ni halaga la vista ni convida al descanso. La tierra, junto al río y en larga extensión á él ateniente, es honda y de mucha miga. Casi todo el año chirrian en las riberas las cantuérganas de las azudas, que vierten el agua espumosa en los altos atalaques y la distribuyen y reparten por las eras, donde el regador, azadón en mano, deja sorber á la tierra, y después vuelve las tornas. Allí se crían los mejores melones y sandías que en el mundo existen. Siguiendo la orilla derecha, se empina en un cabezo cortado el famoso pueblo de Añover.

Trepáis por la cuestecilla y veis que el cabezo, ó que tal parecía, no es sino una llanura, ó mejor dicho, una serie de suaves ondulaciones amarillentas, manchadas aquí y allí por matojos de retamas, calvos cornijales de esparto y gollizos de aulagas. Domina

la llanura una torre que desde muchas leguas se divisa: es el campanario de Illescas, una Giralda en pequeño, tan gallarda y elegante como la torre jacarandosa de Sevilla. Mas hay una diferencia absoluta. La Giralda de Illescas no ríe, antes parece, en medio de la desolada grandeza de los campos, llorar por las palmeras ausentes y por los lejanos naranjales. Aquella torre es triste como un musulmán converso á viva fuerza.

Pero no es menester llegar á Illescas, villa noble y grave, donde reposó el espíritu enjuto del gran político Cisneros, galga envuelta en manta de jerga, como le llamaba con exactitud admirable Don Francesillo, el bufón del Emperador. Antes de Illescas tropezamos con una loma, coronada por cierta ermita donde se venera, no se sabe por qué, á la virgen Santa Bárbara. Recostadas en la halda del morro, unas cuantas casas de labor se agrupan al lado de una vieja iglesia. Todas ellas son casas anchurosas, redundantes, envueltos los cuerpos en muchos refajos de tapias y zagalejos de bardazos, como envuelven las aldeanas de aquella tierra en sobrepuestas y cebollientas capas de bayetas de colores sus flacos cuerpecillos. Casi todas las casas tienen una gran puerta falsa cubierta con un tejaroz para entrada de carros, y una portada principal con entablamento de piedra más ó menos lujoso, y escudo encaramado orgullosamente entre el arco y el balcón saledizo. En los pisos principales alternan con los balcones, grandes rejas voladas de monástico aspecto, que engendran la sospecha maliciosa de escalamientos posibles.

En Esquivias hay mucha gente hidalga. El lugar es famoso por sus ilustres linajes, y más aún por sus ilustrísimos vinos. En primavera y verano templa y enlozanece la aridez de la campiña el pampanoso viñedo, si bien las cepas no son alegres parrones como los de Sicilia, Nápoles y Grecia, en donde los pámpanos envuelven los cuerpos de las vendimiadoras y acarician sus cabezas soleadas. Las cepas de Esquivias son cortas, cenceñas, achaparraditas, que apenas les llegan al tobillo á las vendimiadoras, y para coger la uva es menester agacharse, combar el cuerpo, doblar la raspa como para segar.

Además, no consentiría la severidad de los espíritus criados en

aquella desolación, que hubiese cepas solas. La cepa es demasiado alegre, gusta de retozar, trabando amigable sus brazos de sarmientos con los de sus compañeras, como si fuese á emprender una danza desenfrenada. Para corregir y moderar su báquica alegría, se planta entre las cepas un olivar, y así ya tienen los alocados arbustos una tropa de austeros pedagogos, siempre verdes grisáceos, que son los olivos, los cuales, en doctoral pasividad, parecen aconsejar juicio y prevenir ascéticamente que la pompa y verdor de los pámpanos perecerá con los fríos hiemales y la cepa, convertida en muñón, tiritará engurruñida y cárdena, pensando en la muerte.

Una familia de estos hombres serios y tristes que plantaban olivas entre las cepas, no por granjería, pues la experiencia dice que la oliva de majuelo prevalece poco y no tarda en morir, sino porque les molestaba el verdor juvenil de los pámpanos, es la familia de Doña Catalina de Salazar Palacios y Vozmediano. Los Salazares son gente de rancia hidalguía, que han vivido en Toledo; acaso proceden de una familia andaluza; de seguro, en Andalucía tienen parientes. Los Palacios son toledanos, avecindados en Esquivias desde muy antiguo; gente seria, ordenada y devota. Los varones, todos clérigos ó frailes; las hembras, muy mujeres de su casa, calladas, ahorrativas, madrugueras. Saben poco de amor unos y otros. No es tierra aquella de amores, menos de amoríos; ni suelen oirse de noche otros cuchicheos que los de la perdiz en celo que besa y da de pie en los sembrados de algarrobas y de alcarceñas.

Cuando Miguel va á Esquivias por primera vez, hondo pavor se apodera de su ánimo. No basta haber estado en la batalla naval, ni haberle visto tantas veces la cara á la muerte, para no temblar ante la tiesura y empaque de uno de estos caserones toledanos do viven estas familias solariegas, terribles en su hosquedad, como si el mundo entero no les importase nada.

Miguel es un pariente lejano de los Salazares. Ambos Salazares han muerto: Hernando, padre de Doña Catalina, y D. Francisco, su tío, que la educó muy bien, y la enseñó á escribir y á leer libros devotos, entre los cuales, tal vez, deslizó á hurtadillas alguno de caballerías. Quedan tiesos, enhiestos, duros é incomportables los Palacios: Catalina, viuda de Hernando de Salazar, una mujer de estas del pelo estirado y reluciente, de raya en medio, de higa en el moño, de justillo apretado, indiferente, asexual, y su hermano, el clérigo Juan de Palacios, santo varón atento á la ganancia y supremo negocio del cielo, sin descuidar los de la tierra. Juan de Palacios es teniente cura de la iglesia de Santa María de la Asunción, parroquia de Esquivias; la patrona del pueblo es Santa Bárbara, que está en la ermita.

Esquivias es una villa del cabildo de Toledo, al que ha de pagar dos tributos irritantes: el *onzavo* por las fanegas de trigo y de cualquier otro cereal y el *alajor* que son tres *mais* y medio por cada aranzada de viña.

Es muy posible que los clérigos y gente influyente con el cabildo retrasen sus pagos ó los supriman sin peligro. El cabildo es rico aún y puede permitirse estas liberalidades. El cura Juan de Palacios se las arregla muy guapamente para redimir tales cargas, yendo con frecuencia á Toledo y nunca deja de llevar en sus viajes orza de arrope, olla de aceitunas aliñadas ó pichel de vino añejo. Los canónigos le estiman como á hombre de pro. Saben además que posee y cobra rentas de una casa de Toledo, contigua á Santa Ursula.

En la familia se nota la diferencia entre los Palacios y los Salazares. Los Palacios son tipos puros toledanos: el clérigo Juan ha criado y hecho á sus mañas á su sobrino Francisco de Palacios, después cuñado de Cervantes. Francisco de Palacios es también un clérigo administrador como cien que había y hay en Toledo. Con mano maestra los ha pintado nuestro gran Galdós.

Estos buenos presbíteros, fieles cumplidores de sus deberes eclesiásticos, tienen una devoción que va muy bien con la aritmética. Dios—piensan ellos—es el creador de todos los bienes del mundo. Nosotros, ministros del Altísimo, estamos aquí para administrar con pulso y conciencia esos bienes. Y lo hacen á las mil maravillas y en ello nada pierden. No se les hable á estos hombres de Teología, ni de otras puras especulaciones. La moral práctica es su única ciencia, cuyos preceptos se les ofrecen precisos,

indiscutibles é invariables como la tabla de multiplicar: viven así felices.

Véase, como contraste, al otro hermano de doña Catalina: no ha querido tomar el apellido de Palacios, sino el paterno, y se llama Antonio de Salazar. No ha querido ser clérigo administrador, sino fraile contemplativo. Ha despreciado la tabla de Pitágoras y se ha dado á la lectura de libros. Cuando su hermana Catalina otorga testamento, al acordarse dos veces de Fray Antonio de Salazar, le manda cantidades para que compre libros, y hay en esta manda suya una previsión afectuosa que enternece tanto cuanto molestan los legados hechos á la codicia del clérigo Francisco de Palacios.

¿Quién es, pues, esta doña Catalina de Salazar Palacios y Vozmediano, á quien Cervantes pretende por esposa? Téngase por cierto que no es una mujer fría, calculadora y atenta á los intereses mundanos, ni tampoco una devota á la usanza de su tiempo. Doña Catalina de Palacios es una doncella de diecinueve años, enterrada en un lugar triste, por donde jamás pasa la alegría. Como ella, hubo entonces y hay ahora en todos los pueblos de Castilla millares, millones de muchachas que en sus pechos martirizados por los justillos guardan corazones ardientes, á los que atormenta la espera de algo que no viene nunca en la mayoría de los casos. La energía femenil en España no se ha manifestado más que en las reinas ó en las monjas, pero ¡qué reinas y qué monjas hemos tenido! Pensemos en las innumerables almas femeninas fértiles y jóvenes que en esos secos pueblos de Castilla y de León y de Andalucía se han mustiado sin provecho ni amor para nadie y reconozcamos un grande error de nuestra historia y de nuestra educación, el cual no lleva trazas de ser corregido.

Doña Catalina es una de estas pobres muchachas que á los diecinueve años columbran y otean el panorama de la vida insípida y estólida que les aguarda. El caserón donde vive tiene una porción de aposentos y salas friísimos en invierno, calentísimos en verano. Hay un estrado, con unas sillas de moscovia, un bufete, unos paños franceses de figuras muy traídos en las paredes, de donde cuelgan también una imagen de nuestra Señora con un

niño Jesús de alabastro, puesta en su caja de nogal con molduras, otra imagen de Nuestra Señora de Loreto, de plata, puesta en tabla y otra imagen de San Francisco al óleo, sin duda uno de esos San Franciscos pardos y amarillos que hoy se achacan sin vacilar al Greco, y que á centenares pintaron su hijo Jorge Manuel, Luis Tristán y otros discípulos.

En sendas mesas de pino de patas torneadas, tienden, aburridísimos, sus brazos dos niños Jesús, con sus ropitas y sus camisitas labradas. En el estrado y en todas las habitaciones de la casa se arrima á los muros innumerable familia de arcones, arcaces, arcas, arquetas y arquillas, cuáles forrados, cuáles claveteados, cuáles barreteados de hierro, y todos ó casi todos llenos de chucherías inservibles, de paños viejos, de apolillados pergaminos, de restos y rebojos de hierro que irán á la fragua para pagar al herrero las aguzaduras de las rejas en tiempo invernal, cuando la tierra se aterrona y gasta reja y reja sin medida.

Para el conforte de los helados cuerpos en aquellas salas frías como páramos, hay un braserillo pequeño de azófar, que sólo se enciende los días de visita ó solemnidad familiar. En el suelo se ponen unas esteras de pleita, tejida en los temporales lluviosos por los gañanes y mozas de la casa. En las alcobas, inmensas y desamparadas, con un ventanillo de pie á la calle ó al corral por toda ventilación, se tirita muy bien, bajo unas frazadas de lana de Sonseca, que ya sirvieron como capotes ó como mantas de mulas; pero la cama es muy señoril, de columnas, con su paño azul con rodapiés para cobertor y su cielo de angeo colorado: una cama hecha para morir con dignidad, como en los cuadros de historia. Por allí, ya se ve que el amor no anduvo nunca; y si intentó acercarse huyó, espantado y patidifuso, al ver la colcha azul y el cielo colorado de angeo.

Saliendo de las habitaciones vivideras, se recorren los inmensos corrales, á donde caen caballerizas, pajares, trojes y otros aposentos. En los corrales y establos picotean cuarenta y cinco gallinas. En un rincón de la cuadra cacarea por la noche, cantando las horas, un hermoso gallo relojero. En los pesebres mascullan paja corta, con muchos granzones y ligeros indicios de

cebada, algunos cuartagos, mulas y burros de largo pelo. Como en toda casa regular, no falta el horno de pan cocer, un cuarto para la harina y el salvado, un cajón para la recentadura, una tabla para heñir, cedazos y cernederos: ni tampoco la alquitara de cobre, la serpentina y el refrigerante para destilar los espíritus del vino: ni un lagar pequeño, con su viga de apretar y sus tinajones, tinajas, tinajitas y candiotos. Allí se elaboran los famosos vinos de Esquivias, vinos serios, tristes, alevosos, que enajenan los cerebros, ó dulzarrones y embocados que hacen arder los estómagos: el vino del hidalgo imaginativo, el del místico que piensa ascender al cielo, desvariando entre flatos y pirosis, con el estómago llameante y el hígado acorchado.

Todo esto y lo otro que se calla es hostil al poeta. Comienza en aquellos tiempos á formarse el duro bloque de la burguesía propietaria, en el que no han entrado ni penetrarán nunca las ideas. Presentaos hoy en una casa burguesa de provincias ó de Madrid, sin más títulos que la gloria literaria incipiente: intentad por todos los medios ablandar la roca, y no lo conseguiréis. Considerad ahora la diferencia que va de tiempos á tiempos, y caeréis en la cuenta del trabajo que á Cervantes le costó llegar hasta donde se proponía.

Los Palacios ¿qué sabían de novelas, de comedias ni de proyectos, á su ver poco inteligibles y disparatados, que Miguel traía en el magín? Quiere una tradición infundada que fuese aquel tío de Doña Catalina, llamado Alonso Quijada de Salazar, quien se opusiera á los amores de ella con Miguel. No es creíble tal aserto. Bastaba el espíritu mezquino de los Palacios para oponerse, si hubo oposición, como lo hace pensar la desconfianza mostrada por Catalina, la madre, respecto de su yerno el soñador Miguel, puesto que dejó pasar dos años del matrimonio de éste sin cumplir la promesa de dote. Y sí parece probable y verosímil, en cambio, que el D. Alonso Quijada fuese, como de la familia de Salazar, un hidalgo dado á la lectura de caballerías, y un tanto alucinado por ellas, quien sirvió de primer boceto ó de dato sugestivo á Miguel para su más grande creación. Es ridículo é imbécil suponer que Miguel no amaba á Don Quijote, y creer que se propuso

construir una figura grotesca para burlarse de un pariente que se opusiera á su boda. No es, en cambio, desatinado imaginar que en tal ó cual parte de la figura recordase al bueno é iluso hidalgo Alonso Quijada de Salazar, pariente suyo, muerto ya cuando se publicó el *Quijote*, y, no movido por ruin afán de sátira personal, sino, al contrario, deseoso de fijar un grato y amable recuerdo.

El triunfo de Miguel en Esquivias no fué sobre Alonso Quijada, sino sobre aquellos cicateruelos de los Palacios, ánimas chicas, que hubieran preferido casar á Doña Catalina con otro hidalgo del mismo Esquivias, de Seseña ó de Borox, con alguno de los Ugenas, que eran grandes amigos de la familia, ó con otro por el orden. Aquel Miguel que á los treinta y siete años no tenía sobre qué caerse muerto ni hallaba otro medio de vivir sino el negro ejercicio de la poesía: aquel Miguel que no había sabido aprovechar sus triunfos de soldado ni salir lucio y rico de la corte, donde tenía amigos: aquel poeta decidor y atropellado, que trataba á diario con representantes, cómicas y gente de mal vivir, y cuya familia, por añadidura, andaba siempre empeñada y viviendo sabe Dios de qué recursos, no era novio conveniente y proporcionado para una doncella tan apañada y tan señora como Doña Catalina.

Pero al discurrir así los Palacios no contaban con la propia doña Catalina: quizás no sabían que la recatada y silenciosa doncella había leído á escondidas el *Amadís:* de seguro no evaluaban el irresistible atractivo de las palabras de Miguel, el encanto indecible de sus relatos de proezas y desgracias, de los peligros y ocasiones en que se había visto: ni tampoco la elocuencia de aquellos ojos alegres, la hermosura de aquella blanca frente soñadora y el marcial y fiero continente del soldado barbirrubio, gallardo y hasta la honrosa gracia de su mano izquierda, muerta... Como Desdémona á Otelo, como todas las mujeres de este linaje aman á todos los hombres de esta condición, amó doña Catalina á Miguel *porque le vió desgraciado*, por la compasión que infundían en su pecho juvenil las desdichas contadas y el entusiasmo que le produjeron las proezas y bizarrías de su novio.

Vanas fueron la hostilidad y reserva de los Palacios. El 12 de Diciembre de 1584 se desposaron Miguel y doña Catalina en la

iglesia de Santa María de Esquivias. Dió la bendición el teniente cura Juan de Palacios, ya anciano. Fueron testigos Rodrigo Mejía, Francisco Marcos y Diego Escribano. De las dos familias no asistió, al parecer, nadie. Los Palacios habían transigido por no dar que hablar, pero es casi seguro que los Cervantes no pudieron ó no quisieron asistir á la boda. Pronto hubo, sin embargo, un acuerdo amistoso entre una y otra familia.

Se ha exagerado mucho lo de que Cervantes se casó con una mujer rica. La riqueza de doña Catalina, según se ve en la dote, era menos que mediana y casi de seguro inútil para quien no viviese en el mismo lugar de Esquivias, con los ojos puestos en la cepa y en el gañán, levantándose á media noche para abrir el arcón de la cebada y volviendo á levantarse al pintar el día para dar las migas á los hombres del campo, como de seguro hacía la viuda de Hernando de Salazar. Miguel, por su oficio, había de vivir en la corte, y en Esquivias dejaba á su suegra y á su cuñado el clérigo administrador, que le irían muy á la mano en lo de enviarle dinero. No contó, pues, Miguel con lo que las fincas de su mujer produjesen y, llegado á Madrid, volvió á sus representantes y á sus comedias.

Supónese que el matrimonio vivió con la familia de Miguel, siendo éste el verdadero jefe de la casa. El viejo Rodrigo de Cervantes, que siempre fué muy poca cosa, estaba lleno de alifafes y lañas. En la primavera de 1585 se puso muy malo y el 8 de Junio otorgó testamento, *estando echado en la cama*. Asistian como testigos dos buenos padres de la Merced, Fray Antonio de Avila y Fray Alonso de Zurita y un Alonso de Vega, clérigo, lo cual prueba que la familia de Cervantes siguió en grande amistad con los mercenarios y que en aquella casa iban entrando ya más bien gentes de iglesia que caballeros galanes, como en los pasados tiempos. En el testamento nombra Rodrigo albaceas á su mujer doña Leonor y á su consuegra doña Catalina de Palacios, viuda de Hernando de Salazar, lo cual demuestra la armonía que entre ambas familias hubo á esta sazón: é instituye herederos á sus hijos Miguel, Rodrigo, Juan, doña Andrea y doña Magdalena. ¿Qué había sido de este Juan de Cervantes, á quien sólo en la partida de bautismo y en un

par de documentos sueltos vemos aparecer? Nada se sabe; se supone que murió poco después.

A los cinco días de testar, murió el pobre cirujano Rodrigo de Cervantes y se le dió sepultura, según sus deseos, en el convento de sus amigos los mercenarios. No debió de ser inconsolable el dolor que su muerte produjo á la familia. Ni la de Rodrigo de Cervantes es, como se ha dicho, una noble y hermosa figura, ni en toda la obra de Miguel se ven como cosa sentida hondamente y personalmente grandes vestigios de amor filial. Rodrigo de Cervantes fué siempre un pobre hombre, cuya escasez espiritual aumentaba y remachaba la sordera. De él no aprendió Miguel gran cosa y no es tan insignificante como parece el hecho de que cuantas veces nombra á los cirujanos, los llame de una manera despreciativa y hamponesca *sacapotras*, reservando en cambio toda su admiración y su respeto para los médicos de facultad. Bien se ve que al hablar de los cirujanos se acordaba de su desdichado padre y al hablar de los médicos le venía á las mientes la bella figura magistral del sabio doctor Gregorio López, que le sacó de la muerte en el hospital de Mesina.

Muerto el padre y aumentados los cargos y responsabilidades de Miguel como cabeza de familia, procuró estrechar sus relaciones con quienes podían auxiliarle en sus proyectos. Para ello, entró en la intimidad y trato del famoso representante y autor de comedias Jerónimo Velázquez, á quien propios talentos y favor de la corte habían levantado al oficio de primer actor y empresario de teatros, desde la ínfima clase de albañil y solador de pisos á que pertenecía. Las ganancias logradas como representante debieron de ser cuantiosas, por cuanto Velázquez hizo abogado á su hijo, el cual, con el orgullo propio de los advenedizos, no dejó nunca de firmarse *el doctor Damián Velázquez*, á hizo brillante carrera, llegando á ser Fiscal de la Inquisición en Cartagena de Indias.

Tenían además Jerónimo Velázquez y su mujer Inés Osorio, una hija llamada Elena, que gozaba la reputación de ser una de las más bellas mujeres de la corte. Siendo casi una niña casó con Cristóbal Calderón, de quien nunca hizo el menor caso: y apenas

casada entabló relaciones con un guapo mozo, al que aún no le apuntaba el bigote, pues no contaba sino diecisiete años, pero que en tan temprana edad daba ya muestras de que llegaría á ser uno de los ingenios mayores de España.

Las relaciones de Elena y de su amante llegaron á ser la comidilla y el escándalo de la corte. Los Velázquez vivían en la calle de Lavapiés, al comienzo de la cuesta, en piso bajo; una reja del piso daba á la calle y estaba tan baja que formaba como un escalón sobre las losas de la acera; era además honda, de modo, que en su hueco muy bien cabía un hombre delgado, cual el que solía allí esconderse, ocultándose á las miradas de los curiosos.

Los favores de Elena Osorio fueron tan grandes y la pasión de los dos amantes tan incendiaria que, con durar varios años, no se extinguían en el pecho del enamorado los fuegos de amor ni los de celos. Un día, hacia 1585, habiendo elogiado Elena á un caballero que justó lindamente en la Plaza Mayor, el amante celosísimo, hecho una furia, olvidó que era caballero y cruzó el rostro de su amiga con una colérica bofetada.

Elena merecía tan loca pasión: era hermosa, morena de rostro, blanca de hombros y pecho, el pelo castaño tirando á rubio, los ojos claros y habladores. Todas las partes y beldades de su cuerpo conocemos y conocía la corte por infinitos romances, silvas y canciones en que Belardo ponderaba los primores de Filis. Particular y detenida historia, que algún día se hará, merecen estos amores. Pronto la murmuración fué tan grande que, aun cuando Jerónimo Velázquez era hombre duro de cutis, su mujer Inés Osorio no lo pudo soportar: maltrató á Elena, arañó su rostro, acardenaló sus carnes, arrancó sus cabellos cruelmente. Por casualidad llegó Miguel y se interpuso entre la enfurecida madre y la enamorada moza. Al entrar en la casa había visto Cervantes al galán rondador que fingió no verle.

A los pocos días, volviendo Miguel á casa de su amigo Velázquez, vió á Elena que, por la reja, daba á su amado un trenza hecha con los cabellos que su madre le arrancó. Como eran tantos los rondadores de Elena, quiso Miguel fijarse en si aquél era el mismo de días pasados. El mismo era. Miguel le vió y le hizo

con la mano un breve, amistoso y discreto saludo. El otro volvió la cara, como quien no quiere bromas ni tratos en ocasión semejante. Miguel calló y entró en la casa. El galán de Elena era el secretario del marqués de las Navas. Belardo (ya lo sabe el mundo entero) era Lope Félix de Vega Carpio.

Lope y Miguel se miraron entonces y no se entendieron... ni entonces ni nunca.

CAPÍTULO XXX

LA FARSA DE LOS ROMANCES MORISCOS.—MIGUEL SE HARTA, TIENE OTRAS COSAS EN QUÉ OCUPARSE. VUELVE AL CAMINO

Hay en la poesía española castas y géneros cuya fecundidad parece eterna, como la de algunas antiguas familias prolíficas de los priscos solares. Así es la casta ilustre del Romancero. De él sacaron primeramente Cueva y Virués, luego Cervantes, y en fin Lope, comedias innúmeras y de éstas chisporrotearon nuevos romances que durante siglos han pasado plaza de populares y para el pueblo escritos, siendo así, que en realidad se compusieron por deporte y ejercicio de la pluma en los ratos ociosos y para significar intrigas amatorias y cortesanas en las que tomaban parte unos cuantos poetas amigos ó enemigos, quienes se alababan, se denostaban ó referían sus chismes y cuentos ó las alternativas y los lances de sus amores, tomando para ello nombres moriscos, arcádicos y aunque menos veces, sacados de la vieja tradición épica.

Poco ha tenido que trabajar la crítica en estos tiempos para descubrir nombres relacionando hechos y averiguar quiénes eran los moros fingidos y los pastores disfrazados. De ellos, los había poetas y autores dramáticos conocidísimos, como Lope, Cervantes y Góngora: de ellos, no tan conocidos, pero no menos inspirados, como Pedro de Padilla, el licenciado Pedro Liñán de Riaza, Juan Bautista de Vivar y otros muchos. El romance puramente épico se dejaba la parte de acción al pasar por las tablas del teatro, y salía más pomposo y hojarascudo, pero lírico por completo, amoroso, y descriptivo de las manos de los poetas. En los labios

de las damas y los galanes del teatro fué dulcificando su rudeza y doblegando su rigidez, trabajadas ya con el golpeteo del diálogo.

En manos de Cervantes, Lope, Góngora y Quevedo, que eran grandes poetas, había de conservar, no obstante, una energía, rapidez y vibración que perdió muy luego en la pluma de los poetas menores, como Padilla y señaladamente el príncipe de Esquilache, poeta de indudable decadencia.

Estos romances, conviene mucho advertir que nacían de una ocasión cualquiera, del más fútil pretexto: eran la moneda fraccionaria del ingenio, como hoy lo son las frases graciosas y los chistes de Ateneo, de saloncillo y de tertulia literaria; sólo hay la diferencia de que, siendo entonces el ingenio oro, para el cambio y comercio de entre horas se usaba moneda de plata por lo menos, y la de hoy es calderilla. Pero su uso era tan corriente y diario que, por ejemplo, Lope tenía que salir de la corte unos días acompañando á su amo D. Pedro Dávila, Marqués de las Navas, y antes de salir improvisaba con el pie en el estribo el romance que dice:

El lastimado Belardo,
con los celos de su ausencia
á la hermosísima Filis
humildemente se queja.....

Recordaba entre sueños que su amada Elena era esposa de Cristóbal Calderón, y componía, entre dos prisas, aquella obra maestra que en los Romanceros se ha llamado *El nido de tórtolas*:

El tronco de ovas vestido
de un álamo verde y blanco
entre espadañas y juncos
bañaba el agua del Tajo.....

Pintaba el famosísimo Felipe de Liaño, el retrato de Elena, por los mismos días en que andaba pintando el de D. Alvaro de Bazán, para el emperador Rodulfo II de Alemania, y al verse Lope en posesión del retrato, lanzaba, como exclamaciones de asombro y de gusto, unos cuantos romances de

El mayor Almoralife
de los buenos de Granada,
el de más seguro alfanje
y el de más temible lanza.....

en donde no hay morisco nada sino los nombres.

Era tan sabido y vulgar ser Cervantes de los poetas que por entonces forjaban romances á todo evento, que, en el proceso formado á Lope de Vega dos años después de éste de que se habla, un desconocido, Amaro Benítez, estante ó residente en esta corte, declara haber oído decir en el corral del Príncipe á D. Luis de Vargas, comentando el romance ó sátira de Lope contra los Velázquez, estas curiosas palabras: «Este romance es del estilo de cuatro ó cinco que solos lo podrán hacer: que podrá ser de Liñán y no está aquí, y *de Cervantes y no está aquí*, pues mío no es, puede ser de Vivar ó de Lope de Vega.» Ved aquí un testimonio fehaciente del aprecio en que á Miguel se tenía, y de cuán cierto es que Cervantes se hallaba metido en los tratos y sociedad de los más conocidos y estimados poetas jóvenes de entonces. El estudio de los romances de esta época podrá algún día suministrarnos nuevas obras de Miguel, puesto que él mismo dice que compuso innumerables, de todo género y asunto. De ellos sólo se tienen por seguros hasta ahora el de *Los celos:*

Yace donde el sol se pone
entre dos tajadas peñas
una entrada de un abismo,
quiero decir, una cueva.....

el de *El desdén:*

A tus desdenes ingrata,
tan usado está mi pecho
que dellos ya se sustenta
como el áspid del veneno.....

y los dos tan sabidos de *Elicio* y *Galatea.*

No tiene quien esto escribe autoridad, y bien lo siente, ni pruebas irrebatibles para dar por de Cervantes algunos, no pocos romances, que suyos le parecen. De todas maneras, la declaración de Amaro Benítez y las palabras de otros muchos escritores

acreditan que Miguel tomaba parte un día y otro en aquel tiroteo, y que su nombre sonaba en Madrid junto á los de lo más florido. Habiéndose representado, como parece casi seguro, por los años de 1584 á 1585, las comedias de Miguel, ya por Pedro de Morales, ya por Jerónimo Velázquez ó por sus compañías, y logrando éxitos como el de la *Confusa*, que

pareció *en los teatros* admirable,

lo cual prueba que se hizo en varios y en muchas ocasiones, y como aquella otra *La bizarra Arsinda*, citada con elogio grande, no sólo por su autor, sino por otros como el fecundo Matos Fragoso, y en fin, *El trato de Argel*, cuyo excelente éxito está probado, parece un caprichoso é inverosímil concepto el de quienes aseguran haberse desengañado Cervantes del teatro, que abandonó al ver lo poco que el público estimaba sus obras y cómo crecían, en cambio, cada vez con más fama, las de Lope.

Mentira parece que se haya hecho tan poco caso de las palabras del mismo Cervantes, tan claras, sinceras y explícitas. «... se vieron—dice—en los teatros de Madrid representar *Los tratos de Argel*, que yo compuse; *La destrucción de Numancia* y *La batalla naval*, donde me atreví á reducir las comedias á tres jornadas de cinco que tenían; mostré ó, por mejor decir, fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro; con general y gustoso aplauso de los oyentes, compuse en este tiempo *hasta veinte comedias ó treinta*, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritos ni baraundas; TUVE OTRAS COSAS DE QUÉ OCUPARME, DEJÉ LA PLUMA Y LAS COMEDIAS *y entró* LUEGO el monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes...» etc., etc.

¿Es posible decir las cosas más claras? Por su mérito, por la energía y el vigor popular que en sus comedias había y por las amistades de Miguel con Velázquez y con Morales, farsantes á quienes aún no había avasallado Lope de Vega, representáronse

veinte ó treinta comedias de Miguel en los teatros de la corte, y en el breve espacio de dos ó tres años. Ciego hace falta estar para decir que Miguel fracasó en el teatro ó que abandonó la pluma porque no le daba para vivir; injusticia monstruosa es tachar de ingrata á la patria y de desconocido al público que aplaudió todas las comedias de Cervantes y concedió á *La Galatea* el más alto galardón y á sus romances la mayor popularidad.

Sin rencor alguno, como cosa natural y corriente, lo dice él: *Tuve otras cosas de qué ocuparme, dejé la pluma y las comedias.* Y pocos párrafos después añade, recalcando este concepto: «*Algunos años ha que* VOLVÍ YO Á MI ANTIGUA OCIOSIDAD, y pensando que *aún duraban los siglos donde corrían mis alabanzas*, volví á componer algunas comedias, pero no hallé pájaros en los nidos de antaño... etc.» ¿Se quiere más clara explicación?

Cervantes, cuando habló de sí mismo, fué siempre absolutamente sincero, como que era la suya un alma clara y sin doblez. Amargura indudable hay en el prólogo de las *comedias* que publicó un año antes de morirse, pero no se ve arrepentimiento grave de haber dejado el teatro. Era la cosa más natural del mundo y el concepto más corriente en aquella época. Las comedias y la poesía eran fruto de la ociosidad, y cuando un hombre tenía *otras cosas de qué ocuparse*, tiraba la pluma y se iba á los negocios serios y de entidad, en donde podía ganar la vida ó hallar esperanzas de lograr comodidades futuras. ¿Cuántos escritores hay, hoy mismo, en España que, sin ser ricos por su casa, no sean otra cosa que escritores y vivan solamente de sus comedias y de sus novelas, sin tener oficio ni cargo ó empleo público, *cosas en qué ocuparse*? Si se descuenta á algunos autores de piececillas á quienes, con toda propiedad, sería excesivo llamar escritores, no llegarán á media docena, y me corro mucho. Pues si España hoy, con tanta cultura como tenemos, no mantiene á sus poetas, ¿había de mantenerlos en tiempo de Cervantes? Algunos años después, y cuando reinaba un escritor como Felipe IV, ¿no sabemos que Velázquez, el gran pintor, cobraba un sueldo en Palacio en la nómina de los barberos y de los ayudas de cámara?

No vivía entonces el artista sólo de su arte, ni la literatura, á

pesar del gran empuje que ya comenzaba á darse al teatro, era medio de vivir para nadie. ¿Queremos conceder además que en la resolución de Cervantes al tirar la pluma y dejar las comedias influyesen también deseos manifestados por su mujer Doña Catalina que, si amaba á su marido, no podía gustar de verle envuelto en intrigas de cómicas livianas y en lances de mocitos alocados y sin seso, como Lope de Vega y sus amigos los de la sala de armas del maestro Paredes? Pues concedámoslo también, pero reconociendo que este fué un motivo secundario para la resolución de Cervantes, puesto que las nuevas *cosas* en que tuvo que ocuparse antes le alejaban de su esposa que le unían con ella.

La principal razón que hubo era la ya dicha. Ni estaba bien, ni era posible en aquel tiempo, como no lo es aún hoy, sino en excepcionales casos, que un hombre viviera decentemente y sin faltar al arte ó á su propia estima y dignidad, de la merced de los cómicos y del favor del público. Por andar en amistad y trato con Jerónimo Velázquez, ya se había ganado Miguel la antipatía de Lope. ¡Quién sabe por qué humillaciones tuvo que pasar para ver representadas sus veinte ó treinta comedias en los teatros de Madrid! Quien no haya entrado hoy mismo en uno de ellos con su drama ó su comedia bajo el brazo á someter lo que pensó y meditó quizás años enteros al juicio de un empresario, que lo es de teatros como pudiera serlo de toros ó de abastos de cerdos y vacas para el Matadero, y al dictamen de un histrión afortunado ó halagado por sus compinches, quizás no comprenderá por qué Cervantes dejó el teatro cuando vió que le salían otras cosas en que ocuparse. Que sean francos los hombres que hoy día se dedican á llevar comedias y dramas á los representantes, y si lo son, no se maravillarán de que Miguel, que no había servido para la corte, no sirviese tampoco para el trato de los cómicos.

El hombre de acción se rebeló entonces contra el hombre de pensamiento. Mucho había pensado él en su vida, pero mucho más había hecho y como sus pensares se asientan y afirman y arraigan sobre sólidos y graníticos cimientos de hechos por él vistos y palpados, por eso vale más que todos los pensadores de España juntos, cuanto vale más un árbol secular de raíces hundi-

das veinte estados en el suelo que otro más frondoso y lozano, pero sin raigambre firme. El hecho le atraía en sus treinta y ocho años, la vida le halagaba, el aire del camino le cosquilleaba el rostro y el corazón, el mundo parecía abrirse de nuevo ante sus ojos, lleno de curiosas y risueñas incitaciones. ¿Merecía la pena de seguir viviendo en aquel otro mundo ruin, pintado y fingido de las tablas, el colorete y el papel dorado? ¿No era acaso un entretenimiento casi infantil todo aquel matalotaje amanerado y falso de los Belardos y las Filis, los Zaides y las Zulemas, las Galateas y los Elicios? Sus ojos criados y educados en la anchura de la vida soldadesca, sus ojos que habían visto tantas tragedias de verdad y alimentado tantos idilios reales en los sitios que para la tragedia y para el idilio parecían creados, veían ahora claro el apresto, la inconsistencia de las ficciones en que los poetas todos de España andaban metidos. Aquel tiempo de los romances moriscos y pastoriles primeros fué un paso de peligro para la robustez y realidad de la Literatura española.

Por fortuna, lograron salvar el riesgo, primeramente el monstruo Lope, después el mismo Miguel, cuando volvió á las letras, cuando sobre los hechos acumulados en su alma se alzaron las más gallardas y fuertes torres de pensamientos que en nuestra patria han sido: la cabeza picuda y huesosa de Don Quijote y la redonda cabeza de Sancho.

Vanas son, pues, las lamentaciones usuales al llegar á este punto de la biografía de Miguel; necio, maldecir ó tachar de estériles los años en que se ocupó en otras cosas que no eran literatura; inocente, pensar que sin estas cosas hubiéramos tenido el *Quijote* ó que le habríamos gozado si esas cosas hubieran empinado á su autor á los más altos puestos.

En tanto él volvía al tráfago del mundo, su grande amigo Pedro de Padilla se apartaba de éste por completo y tomaba el hábito de carmelita calzado,

porque llevado del cebo
de amor, temor y consejo,
se despoja el hombre viejo
para vestirse de nuevo,

como dijo Miguel en unas quintillas adoloradas *al hábito* del nuevo fraile.

Mientras tanto, en casa de Miguel seguía padeciéndose necesidad, puesto que en Septiembre de 1585 sus hermanos Rodrigo y Magdalena se veían obligados á vender al prestamista Lomelino en 523 reales los paños de Locadelo. Por entonces, había nacido ya la hija de los amores de Miguel con Ana Franca y se le había bautizado con el nombre de Isabel de Saavedra. Por esta razón, si la supo ó la presumió, ó quizás por la mala situación en que la familia de Miguel se hallaba, doña Catalina tornó á su casa de Esquivias, con su madre y su hermano el clérigo administrador, Francisco de Palacios.

Miguel no había de llevar en Esquivias la vida holgona del casado con mujer pudiente. Estuvo allí algunos meses, quizás sólo algunos días. Pronto le salió una comisión para hacer ciertas cobranzas en Sevilla.

Volver á Sevilla es algo con que sueña todo el que allí ha estado una vez. No hay que decir el gusto con que Miguel volvía, ganoso de paladear lo que, siendo casi niño, le rozó los labios apenas. No hay tampoco manera de ponderar el placer con que tornaba á la vida sabrosa del camino, después de haber corrido por tantas y tan diversas vías, ni el buen humor y alegre talante con que volvía al hato de los arrieros y á la risueña estrechez de las posadas y mesones.

Aquellos venteros gordos y pacíficos cuyas hijas miraban medio serias, medio burlonas al estropeado hidalgo que las requebraba gracioso: aquellas mozas del partido que iban camino de Sevilla incesantemente para pasar á las Indias próvidas donde faltaban mujeres: aquellos muchachos que machacaban el camino, con los zapatos al hombro y la media espada al cinto, cantando la vieja copla:

A la guerra me lleva
mi necesidad.....

aquellos ladrones en cuadrilla que llevaban en el pecho la S y la H de los cuadrilleros de la Santa Hermandad y en el alma todas las raterías sabidas en el mundo y otras muchas nuevas: aquellos go-

losos de uñas de vaca que parecían manos de ternera ó manos de ternera que parecían uñas de vaca: y las mozas retozando y pisando el polvico á tan menudico ó pisando el polvó á tan menudó, y los frailes de San Benito caminando en mulas grandes como dromedarios y los escuderos vizcaínos y los negros pegajosos y los estudiantes capigorrones de las Universidades chicas, dándola de esgrimidores y ergotizantes y toda la inmensa é indisciplinada masa popular que al través de España se movía, sin saber de cierto por qué ni para qué, aquello sí que era la verdadera imagen del mundo. En cada hombre y en cada mujer podían hallar los ojos sagaces una novela ó un drama harto más interesantes que cuantos se escribieran hasta entonces. El mundo era el grande y el único teatro, la vida la única gran novela.

Miguel notaba cuán lejos se hallaba todo ello de la corte y de su vida engañosa y artificial, mezquina y limitada. Al cruzar la llanura manchega, los molinos de viento le saludaban con sus aspas andrajosas, le sonreían con sus puertas-bocas abiertas, le guiñaban con sorna uno de sus ojos-ventanas. A un arriero ó á un caminante le oyó cantar el antiguo son de *La niña*, con letra más apicarada y graciosa que nunca:

La niñá
cuando me ve, me guiñá:
la llamó
se me viene á la manó:
la cojó
debajo del embozó
la digó
cara de sol y lunaá
vente conmigó.....

y la voz ronca y hamponesca añadía, tras una pausa, la coletilla:

que no eres la primeraá
que se ha venidó... (1)

¡Oh, vida alegre, canciones del camino, con qué ansia os sorbía Cervantes y cómo le hacíais recordar primero las negruras de su cautividad, después, los hermosos días de Italia!

(1) Véase la música al final de este libro.

La comparación no era halagüeña para nuestro país. Aquí era malo y pobre cuanto allí rico y sabroso. En estas imaginaciones, apareció á los ojos de Miguel la antigua, la buena y graciosa amiga Giralda, con su cuerpo de mujer lozana y halaguera. Y Miguel añoró su juventud que ya se había alejado.

Pasó en Sevilla pocos días, ocupado en las cobranzas que le cometieron; pero en estos pocos días conoció y trató á uno de sus mejores amigos, al mejor que tuvo en aquella ciudad. Era un cómico pobre, pero de gentil disposición y de alma generosa. Se llamaba Tomás Gutiérrez. Fué testigo y fiador de Miguel en distintas ocasiones. Fué mesonero, cuando se cansó del teatral ejercicio. Tomás Gutiérrez y Pedro de Morales, dos actores, fueron acaso y sin acaso, los hombres que más se interesaron por Miguel y á quienes más estimables favores debió.

No tardó mucho en este su segundo viaje á Sevilla: pronto cobró una cantidad importante y recibió un encargo de cierto Gómez de Carrión, así como una letra de los banqueros Diego de Alburquerque y Miguel Angel Lambias, expedida el 5 de Diciembre de 1585 y cobrada en Madrid el 19 del mismo mes. Poco tiempo estuvo Miguel en Sevilla, pero el sabor sevillano se le quedó en el paladar y él se juró á sí mismo volver pronto.

CAPÍTULO XXXI

INTERVALO LÚCIDO Y MOMENTO DE PRUDENCIA.—LOS DISCRETOS: LUPERCIO LEONARDO. ALONSO DE BARROS.—DOS AMIGOS: PEDRO DE ISUNZA. D. ESTEBAN DE GARIBAY

En los lúcidos intervalos de su casi crónico desvarío, ha tenido España cien ocasiones de rehabilitarse y salir con bien y prósperamente de la mala situación á que la habían conducido su exceso de generosidad y su escasa constancia. Según iba acercándose Miguel á los cuarenta años, comprobaba esto día por día. Permanente era aquí la demencia inútil, epidémico y pasajero el raciocinio provechoso. En un punto surgía alborotada una floración lozana y espléndida de buenos propósitos, nacidos para agostarse en breve espacio; á la tarde, los buenos propósitos huían con el sol á otros climas, tras haber durado justamente lo que los razonamientos cuerdos de Don Quijote.

Abandonado estaba de nuevo el Mediterráneo á la piratería turca, sin que nadie se acordara, poco ni mucho, de los cautivos de Argel, ni de los males infinitos consiguientes á la inseguridad en el mar Nuestro.—¿Para qué perdí yo esta mano? ¿Para qué estuve cinco años en el cautiverio?—pensaba entre sí Cervantes muchas veces. Y luego, acordándose de Portugal y de la reciente gloria de las Azores, pensaba en la angustia y sobresalto que había visto en los rostros de los nautas regresantes de Indias á Sevilla, porque el Océano estaba asimismo abandonado á la piratería inglesa. Miguel se acordaba del señor Don Juan, ya difunto, y le tenía por bien muerto, puesto que su heroísmo había resultado infructuoso; luego, acudía á su memoria la imagen del admirado y

temido Marqués de Santa Cruz, y aún abría el pecho á la esperanza.

Como ya había visto por su personal experiencia que nada valen las glorias si no acarrean un poco de tranquilidad, no le persuadían gran cosa los ruidosos triunfos que en Flandes lograba un día y otro aquel bravo capitán parmesano Alejandro Farnesio, á quien conoció en el desembarco de Navarino. ¿Qué era lo más que en Flandes podía ganarse comparado con lo que el mar nos llevaba un día y otro? Y Miguel, quizás antes que ningún otro político español, miraba á España como lo que es: una nave que tres mares azotan y que ha menester muy expertos navegantes que sepan conducirla y no dejarla escorar de un lado ni de otro.

Así lo entendía Don Alvaro de Bazán, aquel gran político y gran guerrero, mal pagado y peor agradecido, como todos los hombres ilustres de su época. Y si no pensaba como él, como él sentía el pueblo, para quien no era dudable la necesidad de fuerte y poderosa escuadra que combatiera á los turcos en el Mediterráneo y en el Atlántico á los ingleses. Mayor era, si cabe, el odio contra el hereje inglés que contra el mahometano. Ya no escandalizaba los pueblos el pasado grito de: «¡El turco baja! ¡Baja el turco!», sino aquel otro más temible, que aún se conserva en algunos pueblos de España como voz de coco y espantachicos: «¡El inglés viene! ¡Viene el Drake!»

No había entonces periódicos que comunicasen las noticias políticas y guerreras; mas, por lo mismo, la curiosidad era mayor y las nuevas corrían aumentadas. El malestar que la inseguridad de los mares producía se notaba en todas las casas, corría por ventas y mesones, penetraba hasta en los lugares más apartados. Hoy sale de San Petersburgo un hombre cargado de ideas y de informaciones, se mete en el tren, atraviesa Europa en cuatro días, y en ese tiempo, recluído en la celda del *sleeping-car,* no comunica á nadie la parte más mínima de su cargamento espiritual. En tiempo de Cervantes salía el personaje más reservado y secreto de Madrid á Sevilla, y eran tantos los incidentes, las paradas y los lances del camino, que con dificultad llegaba á su fin sin haber hecho por ventas y mesones una desparramadera de noticias suel-

tas, ideas y propósitos que pronto prendían en la yesca de la curiosidad.

Así se comprende que hasta en los pueblos más apartados de la Mancha y de Extremadura fuera creciendo inconsciente, pero terrible, el odio á los ingleses, y que en la Mancha el nombre de Ana Bolena ó *Nabolena* fuera popular símbolo de las más horrendas liviandades, y nombre que se dió en Toledo y en toda catedral ó iglesia donde hubiese tarasca para salir en la procesión del Corpus Christi, á la figurilla alegórica de la Lujuria que, cabalgando el horrible espantajo, se muestra. Curas y frailes, con sus predicaciones, encendían más en el ánimo de la gente ignara el odio contra los ingleses, y el pueblo, que no distinguía de colores, aborrecía á Isabel tanto como Felipe II mismo, y creía tal vez que la Reina virgen era otro monstruo de perversión, no ya semejante á la trivial *Nabolena*, sino á la horrenda tarasca, y, como ella, se tragaba y engullía hombres, barcos, dinero, todo aquel inagotable vellocino de oro que la imaginación española supuso había de venir de las Indias en pago á nuestro acierto de descubrir y cristianar tan remotos continentes.

Volvían de allí algunos indianos ricos y otros muchos pobres pelgares, en ellas se quedaban muertos ó vivos, pero de éstos no se sabía nada, pues no estaban los tiempos (como tampoco lo están hoy), para repatriar á los miserables. Naturalmente, quien regresaba de Indias contaba los peligros que corriera, hiperbolizaba los robos de los ingleses y acrecía en su auditorio la inquina contra Inglaterra.

Llegó un momento en que, condensándose todos estos odios y coincidiendo en sentirlos Rey y pueblo, cada cual por sus razones ó motivos, se volvieron todos los ojos á Don Alvaro de Bazán, quien durante este tiempo no había dejado de hacer cálculos y sumar cifras. Cuando el Rey se dirigió á él, ya Don Alvaro, el noble y admirable viejo, tenía todo proyectado para la reunión de una escuadra que Rey y pueblo, llenos de escurialense fe, bautizaron con el nombre de *la Invencible*. Quijotesco era el nombre y también lo era el intento.

Miguel, al saber estas noticias, se acordó un rato de los molinos de viento, pero su fe en el general que había de dirigir la empresa se impuso á sus dudas. Aunque humilde, también él había de tener parte en la victoria, puesto que ya estaba recomendado y casi seguro de conseguir una plaza de comisario para la provisión y abastecimiento de las flotas que en Andalucía se reuniesen. La nueva locura tenía visos y vislumbres de gran prudencia. Felipe II poseía esa convicción que muchas veces embarga nuestro ánimo cuando vamos á jugar una carta decisiva en nuestra existencia y que nos impulsa á poner en la suerte una confianza que para mejor empleo debíamos diputar.

Cerca de los cuarenta años, Miguel no pensó ni un momento en volver á las armas, por mucho que le halagase el verse de nuevo á las órdenes de su querido Don Alvaro. La época heroica había terminado para él. Las letras, donde había conseguido cuanto renombre podía esperar, no satisfacían del todo los anhelos de su vida. Tenía aún en el corazón sobrada energía para avenirse á vivir como hidalgo de pueblo en el solar de su mujer doña Catalina, pero no cabe desconocer que, al mismo tiempo, hallándose en Esquivias, el sentir bajo sus pies tierra que alguna vez pudiera llamar suya, debió de influir un tanto en su ánimo.

Quien no ha sido propietario nunca y lo es de repente, adquiere, con la sensación de la propiedad, una porción de espirituales y portentosos dones de discreción y mesura, de calma y clarividencia mundana que jamás alcanzarán los simples azotacalles, los meros poetas que no tienen más que su lira ó los soldados rasos que no han sino su espada al cinto. No quiere esto decir que las ideas de Miguel fuesen haciéndose conservadoras, como diríamos hoy. No: Miguel siempre amó el camino, el viaje, la variedad de la vida ambulatoria. Pero Miguel, en este tiempo en que ganó dinero con sus comedias y en que vió su nombre respetado y alabado y en que pudo algún día, no muchos, dormir la siesta en Esquivias, á la sombra del huerto de los perales, que había de ser suyo, formó, no para siempre, sino para algunas temporadas, un ideal de vida horaciana, sosegada y prudente de la que son arquetipos el caballero del Verde Gabán y su familia.

Junto á su mujer doña Catalina, junto á su cuñado Francisco

de Palacios, sus ideas fueron modificándose, ahormándose y no diré que aburguesándose, por horror de esta palabra. El clérigo administrador Francisco de Palacios fué uno de los precursores de la burguesía rural moderna: su cuñado Miguel, no, ni acaso doña Catalina de Palacios, aunque hubo en la vida de ella instantes de titubeo y de mezquindad, momentos de rebelión contra las quijotescas salidas que siempre tuvo su impenitente marido.

Gozaba Miguel á ratos, en las cercanías de la cuarentena, el blando y dulce halago hespérico de la tranquilidad de los campos silenciosos y de la relativa seguridad del mañana, goce antes por él no catado, pero de repente el alma del héroe que había estado en Lepanto se rebelaba, oliendo el aire y el tamo del camino y se encabritaba, briosa y alegre y ¡adiós propósitos de horaciana ventura campesina! ¡adiós, églogas de Virgilio y versos de Garcilaso!

En esta temporada de prudencia y sosiego, su suegra y su cuñado, que nunca hasta entonces tuvieran gran confianza en aquel militar poeta cuyas palabras ellos muchas veces no entendían, comenzaron á apreciarle como hombre prudente y de un razonar práctico y profundo y entonces se hizo efectiva la promesa de dote, en Esquivias, ante Alonso de Aguilera, el 9 de Agosto de 1586. Tal documento prueba que la confianza iba estableciéndose entre la tiesa familia de los Palacios y Cervantes, quien supo ganarla con sus razonamientos, tan atinados y sensatos como los de Don Quijote cuando no le tocaban al asunto de las caballerías.

Casi seguro es, que por esta época se había desengañado un tantico Miguel del trato de los escritores á quienes poco antes conociera: enteramente desazonado con Lope el mozo, separado de Pedro de Padilla por la reserva que el hábito de éste imponía, un poco aburrido de las bromas del maldiciente Espinel, que, á la verdad, aunque muy amigo de Cervantes, siempre tenía no poco de *Zoïlo*, acogióse Miguel á nuevas amistades de más graves sujetos, no porque fueran más ancianos todos, sino por su temple y condición.

De estos fueron cierto Lupercio Leonardo de Argensola, caballero aragonés, que andaba por la corte, en muy aristocráticos tratos, enamorado sin locura, agudo sin demasía, elegante sin pretensión, poeta latinizador y moralista, como un Horacio, pero como el Horacio que cabía en la estrecha grandeza ó en la cohibiente anchurosidad del Escorial. Lupercio Leonardo fué desde luego amigo de Miguel, aunque no le contentasen á ratos los que él juzgaba sus excesos: toda su vida le tuvo buena voluntad, pero claro está que una voluntad horaciana, también, sin pasión ni sacrificio.

Era Argensola un académico anterior á todas las Academias y por la amistad, más que por la afición, parecen dictados los elogios de Miguel á las tragedias altisonantes y hueras que Lupercio escribió: *La Isabela*, la *Alejandra* y la *Filis*. Este Lupercio, aunque muy joven, era de esos mozos á quienes gusta lucirse ante los de su edad, mereciendo de paso las alabanzas de las personas mayores. Concurrió á la *Academia Imitatoria*, establecida en Madrid en 1586, á imitación de algunas de Italia y en ella usó el nombre arcádico de *Bárbaro*, que era el de su novia, después su mujer, doña Mariana Bárbara de Albión. Los veintidós ó veintitrés años de Lupercio Leonardo parecían más viejos que los treinta y nueve de Cervantes. Quizás á alguna reunión de la tal Academia, donde se leían epístolas y sátiras en tercetos endecasílabos, se forjaban sonetos y glosas y se murmuraba discretamente sin ultrajar á nadie, asistió Miguel con su amigo Juan Rufo, que era asiduo concurrente á ella.

Allí debió también de tratar á otro templado y mesuradísimo ingenio, nacido en Palacio, como quien dice, pues su padre Diego López de Orozco era de la cámara del Emperador Carlos V, y su madre doña Elvira de Barros le crió y educó para palaciego, llegando á hacer que fuese nombrado aposentador de Felipe II: ingenio devoto de las damas y de la religión, autor de un libro *Perla de proverbios morales*, que gustó mucho á los señores y señoras de edad de su época. En los días de la Academia Imitatoria andaba Alonso de Barros corrigiendo las pruebas de su *Filosofía cortesana moralizada* y, al conocer á Cervantes, le pidió un soneto de elogio para su libro. El soneto es como de Cervantes, que en toda ocasión supo hablar el lenguaje conveniente al sujeto que trataba.

Decidme qué mayor elogio podía pedir un caballero de la corte sino estos versos.

> El que navega por el golfo insano
> del mar de pretensiones verá al punto
> del cortesano laberinto el hilo.
> Felice ingenio y venturosa mano
> que el deleite y provecho puso junto
> en juego alegre, en dulce y claro estilo.

Lupercio Leonardo de Argensola y Alonso de Barros eran en la Literatura los representantes del intervalo lúcido español y por eso quizás los apreció tanto Miguel en aquella corta sazón de sus prudencias y en sus primeros días de propietario.

Es muy probable que también entonces conociese Miguel á un hombre que después había de ser grande amigo suyo, y cuyas ideas conviene apuntar. Era un hidalgo cuarentón, nacido en Vitoria, hijo de Juan Martínez de Isunza y de Doña Ana de Lequeitio.

Llamábase Pedro de Isunza. Su padre, Juan Martínez de Isunza, es el primer tipo claro y genuino de la burguesía adinerada española, especie de segunda aristocracia del dinero, criada en las oficinas de los señores grandes, recriada en las pingües covachuelas de la nación, enriquecida en las contratas de suministros para el ejército en tiempo de guerra ó en las de servicios públicos arrendados en tiempo de paz. Juan Martínez de Isunza y su hijo Pedro, por muchos estilos, parecen hombres del siglo XIX. Son dos bascongados listísimos, allegadores, grandes amigos de sus amigos y de la ganancia, francos, generosos y calculistas á un tiempo. En su troquel se han acuñado los grandes capitalistas españoles, venidos casi siempre del Norte positivo, y tal vez de las tierras de Andalucía, donde quedó sangre de judíos y más aún de genoveses y de florentines. Jamás salió un hombre de estos en la mística tierra de Castilla, donde nacían los guerreros y los santos.

Juan Martínez de Isunza había sido Contador general de la casa del Duque de Alba, quien, conocedor de sus talentos administrativos, le empujó á prestar sus servicios al Estado. Fué luego proveedor de los ejércitos de Flandes. En esa tierra comerciante é industrial por excelencia, se espació el ánimo y se repletó el bolsillo de Juan Martínez de Isunza. La riqueza y el mercantilismo de Amberes le entusiasmaron. Llevóse allí para conocer prácticamente los secretos todos del comercio marítimo, á su hijo Pedro. Desde muy mozo, Pedro de Isunza estuvo al tanto de cuantos riesgos, eventos y probabilidades de ganancia ofrecían el mar y los barcos. Allí aprendió á conocer el comercio del mundo, del que los muelles de Amberes eran el emporio. Allí se desarrolló enormemente el talento de Pedro de Isunza y se acendró su patriotismo, puesto que nunca dejó de ser vecino de Vitoria, á donde venía con frecuencia.

Desconfiado de todo arranque súbito amoroso y sabedor de la ligereza de las mujeres de carnes rosadas y rubias crenchas, á quienes conoció tal vez como las pintó Rubens, se casó con su sobrina Doña María, hija de su hermano Martín, á la cual fué á buscar en el recato y sosiego de Vitoria. Hacia 1580 se trasladó á Madrid, donde estableció su casa de comercio. En 1585 ó 1586 debió de conocerle Cervantes, y no cabe dudar que Isunza, con el golpe de vista y conocimiento de la humanidad, propios de un hombre de mundo y de negocios, comprendió cuán útil podía serle aquel hombre, cuyos servicios aprovechó después.

En Amberes había conocido Isunza á un hidalgo de Mondragón, en Guipúzcoa, llamado D. Esteban de Garibay, el cual iba allí á imprimir un libro suyo, muy voluminoso, la *Crónica general de España*, en la imprenta del memorable y escrupulosísimo Plantino. Allí se encontraba también el omnisciente varón Benito Arias Montano, levantando con calma y con la ayuda de Plantino el formidable monumento de la *Biblia Políglota*, gloria de España y Escorial de nuestra erudición.

Garibay é Isunza se hicieron grandes amigos, como paisanos y hombres de semejante condición, si bien el talento que Isunza consagraba á los números lo dedicaba por entero Garibay á las fechas y á los hechos de la Historia Universal y de España, siendo no menos reparón y minucioso Garibay en sus cuentos que Isunza en sus cuentas. Establecidos ambos en Madrid en 1585, de co-

nocer Miguel á Isunza, conoció también á su amigo y cliente el cronista y quizá á su mujer la señora doña Luisa de Montoya.

Garibay era hombre rico y trabajaba, porque su espíritu curioso le impelía á ello. En aquel año 1585, y gracias á la amistad y protección del secretario Juan de Idiáquez, que había sustituído á Antonio Pérez en la cámara del Rey, logró Garibay considerables auxilios y grandes atenciones del Monarca, bien poco pródigo en una y otra cosa. Dígase con toda sinceridad que no tenía D. Esteban de Garibay talento ninguno de escritor, ni más dote apreciable que la de ser hombre curioso hasta la exageración y un tanto amigo del orden, como protesta contra el barullo y enmarañada frondosidad que en las precedentes Crónicas de España advertía; pero esta cualidad de hombre de orden que le hizo componer una Crónica más, por donde no pasa ni el bravo aliento épico de las antiguas, ni la elevada filosofía del gran Padre Mariana, para quien los hechos ofrecían el desarrollo de un plan providencial y dejaban entrever superiores leyes históricas, valió á D. Esteban de Garibay el aprecio de la manada de sesudos que acababa de sálir como en un paréntesis de nuestra historia.

Admiraba Garibay á su amigo Isunza *por ser muy cuerdo y sin vicio y exceso alguno*, y estimaba grandemente Isunza á Garibay por estas mismas cualidades, tan propias de la raza eúscara, y además porque para los hombres de negocios no hay ocupación más útil y agradable, fuera de las Matemáticas, que la Historia, donde se saben los casos pasados y se adquieren experiencias útiles para la vida y aprovechables en tratos y contratos. Nos imaginamos muy bien que Miguel de Cervantes, llegado á un punto de juicio y formalidad que nunca esperó de sí mismo tal vez, tratase con verdadera estima á sus dos amigos bascongados. Es muy posible, y aun probable, que por recomendación de alguno de ellos lograse el nombramiento de comisario que en los últimos días de 1586 le fué otorgado por comisión del Proveedor general de la flota don Antonio de Guevara, á quien representaba en Sevilla, mientras él se trasladaba desde Segovia, donde tenía su casa y bienes, el alcalde de la Real Audiencia sevillana D. Diego de Valdivia.

El informe ó relación que el Marqués de Santa Cruz presentó al rey enumerando los recursos necesarios para poner en movimiento la Armada Invencible, insistía repetidamente y con mucho pormenor en la necesidad de acopiar gran cantidad de trigo para elaborar enorme provisión de galleta ó bizcocho, pues no se podía prever cuánto tiempo había de pasar la escuadra en los mares. El tiempo urgía, y como D. Antonio de Guevara, anciano y achacoso, habituado á la calma remolona del Consejo de Hacienda, tardaba en hacer sus preparativos para trasladarse al atareado y trafagoso puesto de Proveedor general, y, por otra parte, no veía claro cómo iban á arbitrarse en poco tiempo tan grandes recursos, cual requerían aquellas extraordinarias compras de trigo y otros víveres, tuvo el licenciado Valdivia que comenzar á hacer los acopios bajo palabra y sin dinero, ni esperanzas de tenerlo hasta Dios sabía cuándo. No ignoraba nadie que las provisiones se cobrarían tarde, mal y nunca, según costumbre añeja en los pagos del Estado español. En estas condiciones recibió Miguel su nombramiento para el cargo más odioso, difícil é ingrato que había de desempeñar en su vida.

En los primeros días de 1587 llegó á Sevilla. La Giralda seguía sonriendo á su prudencia presente, como había sonreído á su pasada locura.

CAPÍTULO XXXII

PSICOLOGÍA DEL RECAUDADOR DE IMPUESTOS.—MIGUEL EN ÉCIJA. «CON LA IGLESIA HEMOS TROPEZADO».—PROSA, PROSA, PROSA

El oficio de recaudador de contribuciones y tributos y el de agente ejecutivo para la cobranza de ellos, son ejercidos generalmente por personas vulgares y de poco fuste, á lo cual debe atribuirse en gran parte el mal estado crónico de nuestra Hacienda. No es, sin embargo, general esta regla, y hay entre los que se dedican á recorrer los pueblos, sacando la sangre á los propietarios, industriales y terratenientes, algunos grandes ingenios ignorados.

Las psicologías de casi todas las clases sociales de España están por estudiar, y nada fuera más curioso que investigar la psicología del recaudador de contribuciones, la del inspector del timbre, la del comisionado de apremios: en ellas podría verse un reflejo de la antigua picaresca y un retrato de la actual: con ellas podría conocerse también á fondo los muchos ignorados y recónditos repliegues del alma rural española, tan compleja y rica cuanto ignorada por escritores y gobernantes.

Los ciegos y sordos y memos que hablan de Cervantes sin amarle y sin haber pensado en él y en las circunstancias de su vida, sino sólo por darse pisto ellos y echárselas de literatos, suelen maldecir la temporada larguísima que pasó Miguel arbitrando trigo y aceite para la escuadra y cobrando atrasos de alcabalas y tercias. Los que tal piensan, no comprenden que la ciencia de la

vida, ella misma la enseña y no ningún maestro, y que sin estos años de ires y venires, de malandanzas y venturas de Miguel por los pueblos, aldeas, cortijos, ventas y caminos y trochas de Andalucía, no tendríamos *Quijote*, de igual modo que no tenemos hoy otros literatos dignos de estimarse por hijos de Cervantes sino los que han andado en su juventud ó andan ahora por trochas, caminos, ventas, cortijos, aldeas y pueblos. La vida es una peregrinación: quien no camina, ¿qué sabe de ella?, y quien no sabe de ella, por mucho talento que haya, ¿podrá hablarnos de algo que nos interese?

Miguel había conocido ya la humanidad heroica en Lepanto, la humanidad alegre y libre en Italia, la humanidad trágica y feroz en Argel, la humanidad cortesana y culta en Lisboa y en Madrid; pero aún no había hecho sino entrever la humanidad corriente y moliente, la de todos los días, la que formaba y forma la cantera grande de la nación, y también esa pequeña, retirada, angosta y engurruñida humanidad que vive recoleta en el rincón de un pueblo y que no sale jamás de él; pero, sin salir de él, como la carcoma en su viga, roe, trabaja, comunica á los de fuera sus aprensiones, egoísmos y cicaterías.

Allá en los últimos rincones de la miseria tuvo que meterse el comisario de provisiones de la Armada, huronear y fisgar hasta el más mínimo grano de trigo, sorber y chupar hasta la más escondida gota de aceite en el más obscuro condesijo ó alacena. Mandábasele clara y terminantemente que lo husmease todo, que rebuscase, inquiriera y requisase hasta las más defendidas moradas, que recogiese hasta los rebojos de todo bien privado y público, que se entrometiese hasta en los bienes sagrados de la Iglesia. Preveníasele que había de *ir con vara alta de justicia*, visitar á los cabildos ó Ayuntamientos y corregidores de cada pueblo, exigirles un repartimiento entre los vecinos; si no le tenían hecho, hacerlo él y procurar, percancear, lograr y arramblar con todo trigo, cebada y aceite que hubiera útil para el servicio de Su Majestad.

¿Tenéis claro concepto de lo que era *ir con vara alta de justicia?* Ir con vara alta de justicia era presentarse á caballo y con un bastón ó junco de mando en las aldeas, como alguacil que va per-

siguiendo un delito ú olfateando criminales: era llevar consigo cuatro ó cinco ó más corchetes ó porquerones, que, naturalmente, serían individuos de lo más abyecto y zarrapastroso del hampa, gente hecha al remo y al azote, exayudantes de alguacil y de verdugo, despedidos y echados de tan honestos oficios por la longura de sus uñas, borrachos, rufos y jaques: era presentarse con todo este tranquilizador aparato y santa autoridad en un pueblecillo pacífico donde los hombres andaban al campo á arar cantando la gañanada y las bestias *estudiaban* apaciblemente en el prado ajeno y las mujeres hilaban, hacían pleita, labraban ropa ó cosían ó rezaban horas en la iglesia ó convento, y los frailes y clérigos se paseaban al sol y los alcaides y regidores preparaban con reverenda calma sus cohechos y granjerías: era entrar en este pueblo sosegado, en donde cada cual iba trampeando su existencia como mejor podía, sembrar la intranquilidad y el desasosiego, romper la monotonía de las horas, requerir á los concejales y alcaldes á que tomasen resoluciones que lesionaban sus intereses y les indisponían con sus convecinos, amigos y parientes, imponérseles, si resistir osaban, en buena ó mala forma, acudir á la cilla ó pósito donde se guardaban los granos y á los graneros y cámaras de los particulares, mandar que se abriesen las puertas y si no las abrían de buen talante, echarlas abajo, forzando cerraduras ó rompiendo tablas, entrar en el granero ó en la almazara ó en el almacén de aceite y, obligando y conspuyendo á los medidores del pueblo, envasar el aceite en corambres traídas de otro lugar, porque allí no se encontraban, y el trigo en jerga prestada por los molineros lejanos, sacar á los tremulentos y llorosos labradores aquellos pedazos de su corazón y frutos de sus entrañas y logros de sus sudores que hanegas de trigo y arrobas de aceite se llamaban, dejándoles, por todo consuelo, un papel donde el comisario en nombre de otro, y éste en nombre del Proveedor, y éste en nombre de Su Majestad, que todos tenían merecida y justa fama de malos pagadores, prometían pagar por aquellos frutos cuando fuera posible la cantidad que ellos mismos habían fijado. Era, después de todo esto, ó antes, buscar por los alrededores, si los había, arrieros ó carromateros que acarreasen lo sacado y lo llevasen hasta Sevilla.

En pos de las reatas y de los carros iban las lágrimas y las maldiciones de todo un pueblo despojado de su riqueza, los ayes de las mujeres, las excomuniones de los clérigos: y el blanco de todas las iras era el maldito comisario, angel malo que había traído al pueblo la destrucción y la rapiña.

De aquí se sigue que en muchos pueblos, en los más, el comisario no encontraba cama para dormir, cena que comer, ni aun casa donde albergarse. El inspector del timbre, el investigador de la riqueza oculta, el ingeniero de montes que hoy andan recorriendo España en cumplimiento de sus deberes, saben algo de esta terrible y medrosa hostilidad con que el pueblo recibe siempre al forastero, cuya cara desconoce, cuyo lenguaje no entiende bien, porque le falta el peculiar acento de la tierra. Esos únicamente podrán conocer é inferir lo que pasaba á Cervantes en los pueblos á donde iba *con vara alta* y no á anunciar un peligro más ó menos lejano, sino á llevarse en el acto y sin dilación y sin pagar las esperanzas y las realidades del pueblo.

El pequeño propietario rural es siempre y de juro tiene que ser un hombre desconfiado y aprensivo: más entonces, cuando á más de terrateniente era un hidalgo, lleno de pretensiones y de orgullo. Solía ser además un hombre de escasa cultura, de cortas luces, á quien lo mismo daba hablarle del Rey, de las empresas guerreras acometidas por honra y necesidad de la nación y de la reunión de la escuadra Invencible contra el poder y soberbia de los ingleses, que cantarle las coplas de Calaínos. ¿Qué sabía él de si había barcos ni qué le importaba lo que hiciese Inglaterra?

Para llegar hasta el pueblo aquel de las sierras sevillanas ó granadinas, mucho tenía que andar el inglés. En cuanto al Rey, el hidalgo no le debía más favor sino habérsele llevado los hijos á la guerra, haber subido las alcabalas, las tercias, el chapín de la Reina y todas las tallas y tributos y quizás haber enviado por el pueblo una compañía de soldados que entre sus plumas y sus correajes se llevaron enredadas las mejores gallinas del corral y el honor de la hija moza...

Pongámonos en el caso de este hidalgo, y pensemos que este hidalgo vive en Écija y se llama Don Gutierre Laso. ¿Quién sabe

lo que es llamarse Don Gutierre Laso, y no haber para la manutención de tal nombre y de tal apellido más de noventa y seis fanegas y media de trigo en la troje, extraídas trabajosamente de la tierra árida y avara de Écija, donde todos los veranos los trigos se asuran con el excesivo calor que hace llamar al pueblo *la sartén de Andalucía*? ¿Quién imaginará la pena y la rabia que se apoderarían de D. Gutierre Laso al ver á aquellos caifases que con Miguel de Cervantes iban, entrar en su granero y llevársele las noventa y seis fanegas y media de trigo, á la tasa puesta por el proveedor de Sevilla, de diez reales y medio la fanega? Por muy ignorante y apartada vida que Don Gutierre Laso hiciera, llegó hasta sus oídos la especie, que en aquellos tiempos no necesitaba casi nunca confirmación, de que el licenciado Diego de Valdivia, encargado por el Proveedor de las galeras de recoger el trigo y la cebada, no tenía un maravedí para pagarlo, ni se veía medio de que lo abonase en manera alguna. Aquello, pues, llevaba trazas de no cobrarse jamás, y el cuitado hidalgüelo preveía una serie larga de días y meses en que habría de ayunar, y no por santidad ni devoción, y sus macilentas facciones, á pura necesidad, se maceraban y ennoblecían, y sus mejillas se enflaquecían, y se aguzaba su mentón y sus manos se afilaban, hasta tomar todo él ese espiritado aspecto de los señores de la época, que, entre desmayos de hambre y vértigos de debilidad, les conducía á las altezas del más acendrado misticismo.

Igual situación ó peor que la de D. Gutierre Laso, creó la visita de Cervantes en Écija á otros varios vecinos de aquella ciudad, terratenientes harto castigados ya en sus predios y posesiones por la tradicional subversión del concepto de la propiedad que desde muy antiguo han notado en Écija los más respetables autores y que tanta reputación dió á los siete famosos *niños*. Aquellos buenos señores, habituados y todo á sufrir despojos y hurtos, se arrancaban los cabellos y se daban á discurrir, con ecijano ingenio, los medios de que se valdrían para ocultar sus bienes, como si robados fueran y no propios, á los escrutadores ojos del comisario Miguel.

Llegó éste, sin embargo, á sitio y punto donde por primera vez hubo de exclamar:—Con la Iglesia hemos tropezado.—Tratábase

de embargar ciento veinte fanegas de trigo pertenecientes á don Francisco Enríquez de Ribera, maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral sevillana, y pariente muy próximo de los poderosos duques de Tarifa, grandes señores universalmente acatados y respetados en Andalucía entera. El mayordomo de aquel prócer eclesiástico, un tal Damián Pérez, requerido por Cervantes, le entregó el trigo, pero no sin advertirle que lo embargado eran bienes de la Iglesia, y podría seguírsele perjuicio espiritual por atacarlos. Al mismo tiempo avisaba á su amo, y éste hacía que reunidos el deán y el cabildo hispalenses, á quienes competían derechos también sobre otras especies embargadas, fulminasen excomuniones contra Miguel de Cervantes, por haberse apoderado de aquel sacratísimo trigo. ¡Cuál no sería el placer de los vecinos de Écija y de su vicario cuando vieron el nombre del odioso recaudador en tablillas á la puerta de la iglesia y leído ó arrojado desde la tribuna con saña y sorna por el sacristán!

Como todo pueblo seco, donde casi nunca llueve, y el sol achicharra las seseras, Écija es un pueblo archicreyente y ultrarreligioso. Los ecijanos tenían ya cuanto podían apetecer. El comisario de las galeras, á más de sacarles su trigo y depredarles su trabajo, era un excomulgado, de quien convenía apartarse. Negándole el agua y el fuego, la casa y el yantar, no sólo se defendía el pueblo de sus exacciones, sino que, además, se cumplía lo que manda Nuestra Santa Madre Iglesia.

No hay que exagerar, sin embargo. Las excomuniones y paulinas eran cosa corriente en aquellos tiempos. A Miguel no le debió de acongojar demasiado el acuerdo del Cabildo de Sevilla, pero no dejó de pedir protección á su principal. Pasados algunos meses, D. Antonio de Guevara escribió á los señores del cabildo, comunicándoles que ya no se podía deshacer lo hecho; pues se trataba de obtener recursos para el servicio de Su Majestad y para guerrear contra infieles. No parecieron muy atendibles las razones de Guevara, cuando todavía, en Febrero de 1588, no le había sido levantada la excomunión á Cervantes. Debió de serlo poco después, quizás al recibirse los dineros para pagar el trigo embargado, es decir, en el verano de 1588.

Supo y cató entonces Miguel lo que es la odiosidad de todo un pueblo que defiende su interés y el de la religión, hermanados por la casualidad ó por el cálculo. En tales trabajos tuvo que mostrar la grandeza y habilidad de su ingenio, y sábese de cierto que la mostró, pues no sólo cumplió muy bien la comisión que se le confiara, pero además realizó el milagro de crearse amigos en Écija, que más adelante habían de exponer su crédito y prestar sus fortunas y bienes en favor de Miguel. Tan señalada é increíble proeza nos trae á la memoria cómo los héroes de las caballerías españolas, si tienen bríos y valor sobrado para las batallas, suelen ser cautos y mañosos en el negociar: con el mismo denodado corazón con que hizo frente Miguel á las fieras de Lepanto y á los piratas argelinos, acometió la aventura de Écija. Así el héroe de la independencia castellana, Fernán González, ganaba reinos á los moros con las armas en la mano y lograba separarse de la obediencia á León, prestando á su Rey un azor en gallarín ó á interés compuesto. Así el Cid Ruy Díaz, invencible en el combate con los infieles, era sagaz urdidor de tratos con judíos y sacaba dinero de un cofre lleno de piedras y avalorado con su palabra.

¿Quién ha pensado y dicho que fueron menesteres vulgares los que Miguel ejerció sacando trigo, cual lo hizo en 1587, de Écija, Castro del Río, Espejo, la Rambla y otros pueblos? No fueron sino ocupaciones muy propias de un héroe que, después de haber probado su ardimiento matando hombres, sabía probar su destreza tratándolos y haciéndolos servir al fin que él llevaba. Cumplió muy bien Miguel en estas primeras comisiones y logró reputación de excelente empleado y de hombre á quien no faltaban las cualidades psicológicas que hoy echamos de menos en los cobradores de contribuciones y en otros hombres de trato y de camino, indispensables á la buena marcha de las repúblicas.

La grave dificultad que la excomunión hubiera significado para cualquier otro hombre propenso á apocarse, la salvó Miguel con maña, que más nos sorprende considerando ser Écija una ciudad levítica, donde aún no se había extinguido el perfume de aquellas santas mujeres, Doña Ana Ponce de León, condesa de Feria y Doña Leonor de Hinestrosa, memorables heroínas de la fe, despreciadoras del mundo y de todos sus amores y estimas que por seguir á Cristo habían abandonado.

En los oídos de los ecijanos resonaban aún las palabras de fuego que predicaron allí el Apóstol de Andalucía Juan de Ávila y el Cicerón cristiano Fray Luis de Granada. Conventos, iglesias y casas de religión ensombrecían las calles de Écija: rezos perennes rasgaban el silencio de sus siestas y de sus veladas... y en este pueblo fanatizado y ascético, sin perder su alegría natural, logró Cervantes romper la costra, crearse amigos, volver muchas veces y hallar posada y buenas caras y hasta enterarse de las ardientes historias amorosas que circulaban por la calenturienta villa y por sus alrededores.

Estimado el mérito de estos eminentes y difíciles servicios, no bien terminaba una comisión Miguel, le encargaban otra, y así anduvo y recorrió todas las partidas y veredas de los reinos de Córdoba, Sevilla, Jaén y Granada. En 22 de Enero de 1588, dándole otra comisión para sacar cuatro mil arrobas de aceite en Écija, dice D. Antonio de Guevara que «conviene nombrar una persona de diligencia y cuidado que vaya... y que la de Miguel de Cervantes, residente en esta ciudad (Sevilla) es tal como se requiere para ello por la práctica y experiencia que tiene de semejantes cosas y por la satisfacción que tengo de su persona». En Junio (12) del mismo año prestan fianza en favor de Miguel el licenciado Juan de Nava Cabeza de Vaca, vecino de Sevilla en la collación de la Magdalena y su convecino Luis Marmolejo, respondiendo de que «hará é usará bien, fiel, é diligentemente del oficio é cargo de comisario del Proveedor general Antonio de Guevara». En 15 de Junio manda Antonio de Guevara á Miguel que vaya á Écija con la mayor prisa posible á recoger el trigo embargado el año anterior y molerlo á todo escape. Algún alma piadosa ha dicho al Proveedor, que en el trigo embargado, y sin balear ni remover en tanto tiempo ha entrado la polilla (la *paula* ó *paulilla* decían entonces) como era natural, en llegando los calores veraniegos. Y como no había fondos para pagarlo, ni era bien que se apolillase del todo, Miguel había de sacarlo sin dar un maravedí, llevarlo á las moliendas y compeler á los molineros para que lo hiciesen harina aun contra

su voluntad, y por último, buscar quien quisiese acarrearlo á Sevilla: todo lo cual había de hacerse á presencia, ciencia y paciencia del corregidor y autoridades de Écija, á quienes tan arbitraria y cruel exacción tenía que sentar como puede suponerse.

Para esta dificilísima comisión llega Miguel á Écija el 18 ó 19 de Junio, ve á las autoridades, éstas le piden fiadores que abonen su persona y firma y garanticen su promesa de pago. La Historia ha conservado los nombres ilustres de estos desconocidos que en tan críticas circunstancias demostraron su confianza en Miguel. Se llaman Fernán López de Torres, Francisco de Orduña, Juan Bocache y Gonzalo de Aguilar Quijada.

Si no son estos nombres memorables de la familia española pura de Don Quijote, merecen serlo. Reservemos lo más delicado de nuestra gratitud para esos cuatro nobles vecinos de Écija, que, por fe que tenían en nuestro Hombre, fueron capaces de arrostrar las iras de todos sus paisanos y de comprometer su caudal en beneficio de quien nada poseía y con nada podía responder. Sin saberlo, esos cuatro buenos ecijanos pertenecen al glorioso ejército de los soñadores, á la falanje de los creyentes en un ideal. Quizás les indujo á ello el poeta Fernando de Cangas, corregidor de la ciudad y amigo de Cervantes, que le había elogiado en la *Galatea*.

Abiertas las cillas y graneros, las dificultades aumentan. Es menester ensayar y repesar el trigo para saber las mermas que sufrió; además hay que zarandearle y desempolvarle, apaleándolo, baleándolo, dándole una vuelta de harnero. Luego hay que llevarlo al molino, procurar que la harina salga buena y separar granzas y ahechaduras. Para esto hace falta embargar los molinos, no consentir que hagan sus moliendas urgentes los particulares; en resumen, molestar y perjudicar á todo el mundo. En fin, los acarreos han de concertarse ante justicias y escribanos, y de todo ello es necesario llevar cuenta y razón muy al por menor en libros de asientos, que deben presentarse con su cargo y data justificados.

Todo lo más del año 1588 lo pasa Miguel en Écija, llevando á cabo tan complicadas y engorrosas funciones como su encargo comprendía. Por fortuna, ya en 28 de Junio comenzó el pagador

Agustín de Cetina á remitirle libramientos para que fuese abonando el trigo y los gastos de traslación y molienda. Cervantes paga y esto apacigua y tranquiliza los ánimos, hasta el punto de que en Octubre la ciudad de Écija ofrece servir á Su Majestad con dos mil quinientas fanegas más de trigo. Guevara escribe á Miguel, llamándole de vuestra merced y encargándole que procurase juntar toda la cantidad que pudiese, sin rigor y sin tratar de querer sacarlo de quien no lo tuviera: que todo se haga sin ruido ni queja; que no se zarande el trigo bueno, y que saque de la ciudad mil quinientas arrobas de aceite superior, que serán pagadas.

Miguel cumple excelentemente su cometido, y cada una de las operaciones que la venta, molienda y acarreo del trigo y del aceite exige, es para él ocasión de nuevas conquistas en el conocimiento de la humanidad. En la obra se ve al obrero. Miguel va cobrando y apuntando lo que cobra, pagando y apuntando lo que paga. De ello tiene que comer y vivir, pues su jornal de doce reales ha de ser la última partida que figure en el cargo. Durante este tiempo, va algunas veces á Sevilla. Tal vez está allí el día 24 de Octubre, en que la ciudad celebra con grandes alharacas y regocijos la subida de la campana grande á la Giralda. Quizás entonces, y yendo á casa del maestrescuela D. Francisco Enríquez de Ribera, conoce á un clérigo listo y avisado, que se hace grande amigo suyo: el licenciado Francisco Porras de la Cámara. Miguel no está descontento de su carrera. Ya goza reputación excelente de funcionario. Algunas veces piensa que ha encontrado su camino verdadero.

CAPÍTULO XXXIII

LA ARMADA INVENCIBLE

El secretario Mateo Vázquez de Leca se levantó cierta mañana, de bonísimo talante. Dos motivos poderosos tenía para ello: uno, que había acertadó, por fin, á rematar felizmente ciertos versos latinos que andaba forjando para ponerlos como lema ó empresa del gracioso jeroglífico de sus armas. Los versos decían así:

Anima nostra, sicut passer
erepta est de laqueo venantium:
laqueus contritus est
et nos liberati sumus.

El jeroglífico representaba, á tenor de los versos, no un pájaro, pero un águila real que soltándose de un lazo puesto por los cazadores, subía con vuelo caudaloso hacia una corona y una palma, donde rezaba *In domino laudabitur*, que es el segundo verso del salmo XXXIII de David:

In domino laudabitur anima mea. Audiant mansueti et lætentur.

El hijo de la esclava, el paje del presidente Espinosa, asistía al lado del rey mucho tiempo ya y no era bien que no tuviese blasón nobiliario. Poco trabajo le costó convencerse á sí mismo y persuadir á los demás de que eran sus ascendientes los condes de Leca, valerosos militares de Córcega. El pájaro rompía sus ligaduras y se mudaba en águila caudal. Tiempos eran venidos en que muchas águilas caudales nacían ya en los humildes nidos de las azorragas y las terreras. El padre común de los cristianos era Sixto V, que subió á pontífice desde una pocilga.

El otro motivo de alegría para Mateo Vázquez era haber visto un tanto mohino y humillado el día anterior al cejijunto y berroqueño secretario D. Juan de Idiáquez, con quien Mateo tenía grandes y añejos reconcomios. D. Juan de Idiáquez era un bascongado seriote, adusto, reservón, gran conocedor de la voluntad del monarca: no era un político genial, como Antonio Pérez, porque le faltaba aquel punto de audacia que á Antonio Pérez perdió: pero su exactitud y clarividencia y hasta su falta de osadía le ganaron el ánimo de Felipe II. Mateo Vázquez, que pensó ser el hombre necesario cuando cayera Antonio Pérez, se vió suplantado, postergado á su vez por Idiáquez. Por eso, al llegar una ocasión en que Idiáquez disintiera del rey, Mateo se congratulaba infinito.

Hallábase en pie la gran cuestión de la proyectada guerra con la Gran Bretaña. El Papa Sixto V, recordando la época dichosa en que, al sonar su caracol, acudían de los encinares de Montalto las piaras gruñentes, quería sujetar y atraer al gremio de su iglesia á los muchos seres que descarriados andaban. Por su parte, Felipe II no olvidaba su antigua inquina contra los ingleses ni dejaba de sentir los insultos que el corsario Sir Francisco Drake infería, ya á las naves, ya á los puertos de España.

Con el posible sigilo comenzaron, mucho tiempo antes, los aprestos marítimos en los astilleros y arsenales de Amberes, de Dunquerque y de Nieuport; recogióse mucha artillería naval de los puertos de Italia: hiciéronse grandes levas en España, Alemania, Lombardía, Nápoles, Córcega, Borgoña: se reforzaron los tercios de Flandes. A las cosas de tierra atendía Alejandro Farnesio: á las de mar, el marqués de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazán, ya viejo, pero todavía animoso y esforzado.

Cumplían con su deber, como siempre, estos dos gloriosos caudillos, pero sin que el entusiasmo les agitara. Luchar en los mares con Inglaterra no les parecía una bicoca. Hacer frente al terrible Drake, á Forbisher, á Hawkins, corsarios de larga navegación, era muy otra cosa que atacar á los piratas del Mediterráneo.

No veían claro, como ahora lo vemos, pero probablemente

presentían aquellos ilustres generales que lo conseguido entonces por Drake y sus piratas ingleses, era la transformación más grande y radical de la Marina. Practicar el corso en el Mediterráneo, requería solamente denuedo, temeridad y experiencia de los golfos y puertos; para ejercer la piratería en el Océano se necesitaba sobre esto una gran tenacidad, una inverosímil resistencia y singularmente una férrea disciplina á bordo; no servían para esto los fantasiosos renegados griegos, italianos é ilirios, ni los crueles y avarientos capitanes y arraeces de las galeotas turcas, cuyas tripulaciones eran lo peor de lo peor. Drake organizó, disciplinó, dispuso de gentes pacientísimas, absolutamente faltas de imaginación, ciegas en el obedecer, y así logró hacerse dueño del Atlántico.

Bien claro veía esto con sus bascongados ojos D. Juan de Idiáquez, y en cortas razones se lo dijo un día al mismo Felipe II cuando el Rey estaba más chocho con los aprestos de la Armada. Con gusto inexplicable vió Mateo Vázquez de Leca, presente, asomar á los labios del Rey una heladora sonrisilla de plata sobredorada, que muchas veces le cortó el paso al propio Mateo. D. Juan de Idiáquez había arriesgado mucho, por oir las voces de su patriotismo y de su experiencia. El Rey estaba seguro de que la Armada en preparación sería la Armada *Invencible*.

Con toda verdad y precisión puede marcarse éste por el primer día de la decadencia española. Ese petulante, ese fachendoso adjetivo, nos perdió. El viejo valor castellano comenzaba á trocarse en fanfarria de perdonavidas que va vendiendo muertes y pregonando hazañas antes de emprenderlas. A nadie se le había ocurrido calificar de *Invencible* á la escuadra de Lepanto ni á la flota de las Azores.

Cuando oyó ese dictado el gran marqués de Santa Cruz, movió pesaroso la cabeza. Poco había de tardar en doblarla para siempre sobre el generoso pecho. Tan grande en los preparativos de la acción, como en la acción misma, el inmortal Don Alvaro llevaba muchos tiempos trabajando en tenerlo todo prevenido, listo y corriente, desde los armamentos más precisos de la artillería naval hasta los más nimios pormenores de abastos y fornituras. Iba despacio en esto, según su costumbre, según el hábito de todos los ilustres capitanes de la Historia. Su calma irritó y exasperó á Felipe II y le inspiró entre las frialdades del Escorial, esta saeta de hielo jesuíticamente envenenada:—Por cierto que me correspondéis mal á la buena voluntad que siempre os tuve.

Tan inicuas y crueles palabras asestadas contra un viejo de sesenta y tres años, que todo lo posponía al servicio del Rey y en él estaba dejándose las tiras del pellejo, fueron bastantes para acabar con la mayor gloria viva de la nación.

Al despachar aquel día la correspondencia, Mateo Vázquez tropezó con un parte de Lisboa en que se contaba que el señor marqués de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazán, había fallecido «apretado—indicaba algún informe confidencial—por el mucho trabajo y los cargos que se le hacían de la pérdida de la empresa».

El Rey, sin inmutarse, dictó al secretario esta losa de hielo para tapar el cadáver de su mejor general:

«*El Rey*. Por vuestra carta de 9 de este he entendido el fallecimiento del marqués vuestro padre, que lo he sentido mucho por las causas que para ello hay. Sus servicios tengo muy presentes y de vos quiero creer que habéis de procurar parecerle y que correspondáis á vuestras obligaciones. De mí podéis esperar que en lo que se ofreciere terné con vos y vuestros hermanos y las cosas que os tocaren la cuenta y memoria que merecen los servicios de vuestro padre. De Madrid, á 15 de febrero de 1588. *Yo el Rey*. A Don Alvaro de Bazán.»

Ocurrió después de esto lo inesperado, lo absurdo, lo increíble. Felipe II había puesto el pie en el vacío y ya iba despeñándose y despeñando á su pueblo. Tras la primera fanfarronada, venía el primer envite del polaquismo. Era menester nombrar un almirante para la Armada Invencible, cuyas fuerzas mayores se habían juntado ya en el puerto de Lisboa. Llegaba la época nefasta en que los hombres dejaban un hueco y no había otros hombres capaces de taparlo dignamente.

Volvió Felipe II la cabeza y al punto tropezaron sus ojos con la figura desmedrada y raquítica, las zambas piernas y los crespos cabellos del Sr. D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno Manrique de Zúñiga, etc., etc., séptimo duque de Medina-Sidonia, grande hom-

bre de á caballo y conocidísimo por su destreza en rejonear y acosar reses bravas, y también por su avaricia y por su incapacidad para cuanto no fuese allegar dinero ó correr toros.

¡Ved cómo los sucesos se repiten sin que escarmienten los hombres! ¡Al frente de la escuadra que había de perderse iba un gran conocedor de los toros de lidia! ¡Recordad otros nombres semejantes en épocas menos lejanas! *Parece que fué ayer* cuando comenzó la marina española á verse en manos de rejoneadores y caballistas.

El duque de Medina-Sidonia, cuya ineptitud y poltronería propalaba su misma esposa en la corte, era hombre de treinta y siete á treinta y ocho años. Veintiséis ó veintisiete contaba su mujer la bella señora doña Ana de Silva y de Mendoza, hija de la princesa de Éboli, y de su marido Ruy Gómez de Silva ó de quien fuere. Felipe II, que tenía á la princesa de Éboli presa aún en el palacio de Pastrana, sentía grandísimo, casi paternal amor por doña Ana de Silva, tan hermosa como discreta. No vaciló, pues, en dar á su marido el mando de la Armada Invencible.

Antes de morir D. Alvaro de Bazán, ya había escrito D. Juan de Idiáquez por parte del Rey al duque y este pobre diablo había contestado con la carta siguiente, cuya importancia justifica la latitud de la copia:

«Iré satisfaciendo á las cartas de vuestra merced, con que me hallo, todas de 11, y en la primera que vuestra merced me escribe por orden de S. M., tocante á la nueva que ahí se ha tenido del aprieto del mal del marqués de Santa Cruz y la poca esperanza que se tenía de su vida, y la falta que haría su persona en esta ocasión estando la Armada tan adelante, para poder partir mediado este mes y no sufrirse por mil razones dilatar su salida, Su Majestad ha puesto los ojos en mí para encargarme esta jornada y la haga, y á Dios y á S. M. tan gran servicio como se espera de la empresa que con ella se ha de hacer, dándome la mano con el duque de Parma y las fuerzas que él tiene y volviendo las unas y las otras contra Inglaterra, y que esta Armada que aquí se hace se junte con la de Lisboa, y yo vaya en ella y me junte con ese en aquel reino y seguir y obedecer sus órdenes.»

«A todo lo que es esta materia responderé en lo primero besando á S. M. sus Reales pies y manos por haber echado mano de mí nuevo en negocio tan grande, para cumplir con el cual quisiera tener las partes y fuerzas que para el mismo servicio eran forzosas. Estas, señor, yo no me hallo con salud para embarcarme, porque tengo experiencia de lo poco que he andado en la mar que me mareo, porque tengo muchos reumas.»

«Demás desto sabe vuestra merced, como muchas veces se le ha dicho y escripto, que estoy en mucha necesidad, y que es tanto que para ir á Madrid las veces que lo he hecho, ha sido menester buscar el dinero prestado y parte del adovio. Mi casa debe novecientos mil ducados, y así por eso no me hallo en posibilidad ni tengo un real que gastar en la jornada.»

«Juntamente con esto, ni por mi conciencia ni obligación puedo encargarme deste servicio, porque siendo una máquina tan grande y empresa tan importante, no es justo que la acepte quien no tiene nenguna experiencia del mar ni de guerra, porque no la he visto ni tratado.»

«Así, Señor, por lo que es el servicio de S. M. y amor que yo tengo á él represento esto á vuestra merced para que se lo diga, y que no me hallo con sujeto ni con fuerza ni salud para esta jornada, ni con hacienda, que cualquiera cosa de éstas eran muy excusables, cuanto más concurriendo todas juntas en mí al presente.»

«Demás de desto, entrar yo tan nuevo en la Armada, sin tener noticia della ni de las personas que son en ella y del servicio que se lleva, ni de los avisos que se tienen de Inglaterra, ni de sus fuertes, ni de la correspondencia que el marqués en esto tenía los años que ha que esto se trata, sería ir muy á ciegas, aunque tuviera mucha experiencia, poniéndome á la carrera tan á la improvista, y así, Señor, todas las razones que hago son tan fuertes y convenientes al servicio de S. M., que por el mesmo no trataré de embarcarme por lo que, sin duda, que he dar mala cuenta, caminando en todo á ciegas y guiándome por el camino y parecer de otros, que ni sabré cuál es bueno ó cuál es malo ó quién me quiere engañar ó despeñar. S. M. tiene quien con experiencia le podrá ser-

vir en esta jornada, y sobre mi conciencia, la fiara del Adelantado mayor de Castilla con los consejeros que el marqués tenía, y él podría sacar esta Armada y llevarla á juntarla con la de Lisboa, y tengo mucha certeza que el Adelantado será ayudado de Nuestro Señor, porque es muy cristiano y amigo de que se haga razón, y tiene noticia mucha de mar, y se halló en la batalla naval, y de tierra tiene mucha plática.»

«Esto es lo que puedo responder á vuestra merced á su primera carta, con llaneza y verdad que debe tractar quien tiene las prendas que yo. Y así entiendo que Su Majestad, por lo que es su grandeza, me hará merced, como humildemente se lo suplico, de no encargarme cosa de que ciertamente sé que no he de dar buena cuenta, porque no lo sé ni lo entiendo, ni tengo salud para la mar ni hacienda que gastar en ella...»

«Entiendo que con lo que represento á S. M. no se servirá que yo lleve la jornada, porque estoy imposibilitado de hacerla por tantas causas como he dado, y así no respondo lo que vuestra merced me pregunta del abrigo desta costa, pues quedaré yo en ella para esto y lo que se ofreciese del servicio de S. M., como siempre lo he hecho.»

«El secreto se ha guardado como vuestra merced me manda y encarga, y despacho este correo luego porque se entienda lo que digo en todo este caso, habiéndole encomendado mucho á Nuestro Señor, que guarde á vuestra merced. De Sanlúcar, 16 Febrero 88. El Duque de Medina-Sidonia.—A D. Juan de Idiáquez, Comendador de Monreal, de los Consejos de Estado y Guerra del Rey Nuestro Señor.—En su mano.»

No es justo, leído esto, achacar al Duque de Medina-Sidonia las culpas mayores de la gran pérdida que se sufrió. Cobarde, torpe y codicioso, el Duque se mostraba tal cual era. La parte que á los hombres pertenecía en el desastre debe ser imputada principalmente á la tenacidad de Felipe II, quien había llegado ya á esa situación de espíritu en que el grande hombre voluntarioso y caprichudo quiere imponerse á la realidad y hacer triunfar sus veleidades propias á todo evento. Desde entonces marchó España cuesta abajo, tropezando y cayendo.

El 25 de Abril se entregó el estandarte real al Duque de Medina-Sidonia. El 14 de Mayo avisó éste que la escuadra estaba á punto, pero que el tiempo era malo. «En el convento de San Benito—añadía—que es de Loyos, pasado Xobregar, está un santo fraire que se llama Antonio de la Concepción. Con éste he tratado estos días los ratos que he podido y está muy asegurado de que Nuestro Señor ha de dar gran victoria á V. M. Díjome escribiese á V. M. esto y que le suplicaba no tomase esta empresa por venganza de las ofensas que á V. M. le han hecho los infieles ni por extender V. M. sus reinos, sino solamente por la gloria y honra de Nuestro Señor y por reducir á su Iglesia estos herejes que han salido del gremio de ella.»

Por la gloria y honra de Nuestro Señor, salieron de Lisboa 130 navíos con 57.868 toneladas y 2.431 piezas de artillería. En ellos iban 19.295 hombres de guerra, 8.050 de mar y 2.088 de remo. Acompañaban al Duque de Medina-Sidonia é iban junto á él el Príncipe de Asculi, el Conde de Gelves, D. Bernardino de Velasco, los Zúñigas y otros muchos nobilísimos caballeros. Como aventureros iban en la Armada los hijos y hermanos de los más grandes señores de España, el mayorazgo del Conde de Aytona, D. Bernardo de Velasco, hermano del Condestable de Castilla, los hijos del Marqués de Aguilafuente, del Mariscal Noves, del Conde de Medellín, del de Orgaz, del de Lemos, D. Pedro Portocarrero, que había tenido que ver con las Cervantas, y D. Tomás Perrenot de Granvela, quien quitó á Lope de Vega lo que él más estimaba, el amor de Elena Osorio ó Filis. *Entretenidos* no tan nobles como éstos, iban 228 con 163 criados. En fin, para cuidar las almas de los que en la empresa pereciesen, llevaba el Duque de Medina 180 frailes de diferentes colores, y para curar sus cuerpos solamente *cinco médicos y cinco cirujanos.*

Quería el Rey prevenirlo todo y hasta dió á Medina-Sidonia una instrucción secreta con las condiciones de la paz, caso de victoria. «Que se permita en Inglaterra libre uso y ejercicio de nuestra fe católica», era lo principal que se exigía. «La primera (condición)—decía el Rey—es la que sobre todo pretendo... en ella se ha de hacer la mayor fuerza.»

Ved aquí esta escuadra compuesta de naves pesadísimas, tripulada por nobles y devotos caballeros que van á servir á un ideal, dirigida por un alanceador de toros, asistida por ciento treinta frailes y cuyo único ó primario fin es un triunfo puramente espiritual y religioso... ¿Qué había de suceder? ¿Ha habido otra nación sino España que en los tiempos modernos arme navíos y provoque guerras por fines semejantes y en tan disparatadas condiciones? El hidalgo manchego, con su rota celada y su quebradizo lanzón, osaba combatir á los molinos de viento, provocar á los leones.

A las primeras noticias que hacia fines de Julio ó principios de Agosto se recibieron, y en las cuales se decía que la Armada encontró á los buques ingleses cerca de Plymouth y el Duque no osó atacarlos y tuvo que desbandarse, refugiándose al cabo en Calais, Miguel compuso la primera de sus dos interesantísimas *Canciones á la Armada Invencible.* Tituló ésta *Canción nacida de las varias nuevas que an venido de la cathólica Armada que fué sobre Inglaterra,* y en ella pintó el estado de su alma, que era el de la nación. No es tan conocida que no merezcan ser copiadas sus estrofas principales.

Vate, fama veloz, las prestas alas:
rompe del Norte las cerradas nieblas;
aligera los pies, llega y destruye
el confuso rumor de nueuas malas,
y con tu luz desparce las tinieblas
del crédito español que de ti huye;
esta preñez concluye
en un parto dichoso que nos muestre
un fin alegre de la illustre empressa
cuyo fin nos suspende, alibia y pessa,
ya en contienda naual, ya en la terrestre,
hasta que con tus ojos y tus lenguas
diziendo agenas menguas
de los hijos de España el valor cantes
con que admires al cielo, al suelo espantes.....

Di, que al fin lo dirás, allí volaron
por el ayre los cuerpos impelidos
de las fogosas máchinas de guerra;

aquí las aguas su color cambiaron
y la sangre de pechos atreuidos
humedezieron la contraria tierra;
cómo huye ó se afierra
este y aquel navío; en quántos modos
se aparecen las sombras de la muerte;
cómo juega fortuna con la suerte
no mostrándose igual ni firme á todos,
hasta que por mill varios embarazos
los españoles brazos,
rompiendo por el ayre, tierra y fuego.
declararon por suyo el mortal juego.....

Después desto dirás: en espaciossas
concertadas hileras va marchando
nuestro cristiano exército inuencible
las cruzadas banderas victoriosas
al ayre con donaire tremolando,
haciendo vista fiera y apacible;
forma aquel son horrible
que el cóncavo metal despide y forma,
y aquel del atambor que engendra y cría
en el cobarde pecho valentía
y el temor natural truec y reforma;
haz los reflexos y vislumbres bellas
que, qual claras estrellas,
en las lúcidas armas el sol haze
quando mirar este esquadrón le plaze.

Esto dicho, rebuelbe presurosa,
y en los oydos de los dos prudentes,
famossos Generales, luego enuía
una voz que les diga la gloriosa
estirpe de sus claros ascendientes,
cifra de más que humana valentía;
al que las naues guía
muéstrale sobre un muro un caballero
más que de yerro de valor armado,
y entre la turba mora un niño atado
qual entre ambrientos lobos un cordero,
y al segundo Abraham que dé la daga
conque el bárbaro paga
el sacrificio horrendo que en el suelo
le dió fama ynmortal, gloria en el cielo.

Dirás al otro, que en sus venas tiene
la sangre de Austria, que con esto sólo,
le dirás cien mil hechos señalados,
y en quanto el ancho mar cerca y contiene,
y en lo que mira el uno y otro polo
fueron por sus mayores acabados;
estos ansí informados
entra en el esquadrón de nuestra gente
y allá verás mirando á todas partes
mill Cides, mill Roldanes y mill Martes,
valiente aquel, aqueste más valiente,
á estos solo les dirás que miren
para que luego aspiren
á concluir la más dudosa hazaña:
hijos, mirad que es vuestra madre España.....

No podía Miguel ni nadie contar con más méritos del Duque de Medina-Sidonia, sino los que suponía heredados de su noble ascendiente Guzmán el Bueno. Pero, de todos modos, en esta canción, donde ya hay un poco de fanfarronería y *españolada* quijotesca, se ve el primer paso hacia la total pérdida y degradación de nuestro carácter. Pónense en duda las malas nuevas, mas, por si resultasen confirmadas, se anticipa un grano de resignación. ¿Cuándo antes de esto se conoció en almas españolas resignación y conformidad?

La segunda *Canción de la pérdida de la Armada que fué á Inglaterra*, es el reflejo de lo que llamamos ahora *un estado de opinión*, cien veces repetido en otros desastres. Se echaba mano de todas las razones ó sombras de razones, pretextos y paliativos para justificar las derrotas. El vencedor es un pirata, el mar y el viento *han respondido al justo de su intento*, etc., etc. Las fanfarronadas é invocaciones teológicas se hinchan y abultan más y más:

Madre de los valientes de la guerra,
archiuo de cathólicos soldados,
crisol donde el amor de Dios se apura,
tierra donde se vee que el Cielo entierra
los que han de ser al Cielo trasladados
por defensores de la fee más pura,

no te parezca acaso desventura
¡o España, madre nuestra!
ver que tus hijos buelben á tu seno
dejando el mar de sus desgracias lleno,
pues no los buelbe la contraria diestra,
buélbelos la vorrasca yncontrastable
del viento, mar, y el Cielo que consiente
que se alce un poco la enemiga frente
odiosa al Cielo, al suelo detestable,
porque entonces es cierta la cayda
quando es sobervia y vana la subida.

Abre tus braços y recoge en ellos
los que buelben confusos, no rendidos,
pues no se escusa lo que el Cielo ordena
ni puede en ningun tiempo los cauellos
tener alguno con la mano asidos
de la calva occasion en suerte buena,
ni es de acero o diamante la cadena
con que se enlaça y tiene
el buen suceso en los marciales cassos
y los mas fuertes brios quedan lasos
del que a los braços con el viento biene;
y esta vuelta que vees desordenada
sin duda entiendo que ha de ser la buelta
del toro, para dar mortal rebuelta
a la gente con cuerpos desalmada,
que el Cielo aunque se tarda no es amigo
de dejar las maldades sin castigo.

A tu león pisado le han la cola;
las vedijas sacude, ya rrebuelbe
a la justa vengança de su ofensa
no solo suya, que si fuera sola
quiça la perdonara; solo buelbe
por la de Dios y en restaurarla piensa,
único es su valor, su fuerza inmensa,
claro su entendimiento,
indignado con causa, y tal que a un pecho
christiano, aunque de marmol fuese hecho
mouiera a justo y vengativo intento,
y más que el Gallo, el turco, el moro, mira
con vista aguda y ánimos perplexos
quales son los comienços y los dejos

y donde pone este leon la mira,
porque entonces su suerte está loçana
en cuanto tiene este leon quartana.

Ea, pues (o Phelipe), señor nuestro
segundo en nombre y hombre sin segundo
coluna de la ffe segura y fuerte,
buelbe en suceso más felice y diestro
este designio que fabrica el mundo
que piensa manso y sin coraje verte
como si no vastasen a mouerte
tus puertos salteados
en las rremotas Indias apartadas
y en tus casas tus naues abrasadas
y en la ajena los templos profanados;
tus mares llenos de piratas fieros,
por ellos tus armadas encogidas
y en ellos mill haciendas y mill vidas
sujetas á mill bárbaros aceros
cosas que cada qual por sí es posible
a haser que se intente aun lo imposible.

Pide, toma, Señor que todo aquello
que tus basallos tienen se te ofrece
con liueral y valerosa mano
a trueque que al Inglés pérfido cuello
pongas al justo yugo que merece
su injusto pecho y proceder insano;
no solo el oro que se adora en vano,
sino sus hijos caros
te darán, qual el suyo dio Don Diego
que en propia sangre y en ajeno fuego
acrisoló los hechos siempre raros
de la casa de Córdoua, que ha dado
catorce mayorazgos a las lanças
moriscas, y con firmes confianças
sus obras y su nombre an dilatado
por la espaciosa redondez del suelo,
que el que asi muere viue y gana el cielo.....

A pesar de esto, triste, hondamente triste, se quedó Miguel cuando supo toda la enorme extensión de la catástrofe. Habían perecido miles y miles de soldados, unos en el combate, otros de

vergüenza y de pena, como el bravo capitán general de la Armada de Vizcaya Juan Martínez de Recalde, como el valiente general de las naves de Guipúzcoa, Miguel de Oquendo, como el esforzado Alonso de Leiva. El duque de Medina llegaba á Santander con los buques destrozados, destrozado él mismo, lleno de canas, entontecido é inconsciente. Al pasar por Valladolid y por Medina del Campo la indignada muchedumbre le perseguía silbándole y denostándole; los chiquillos le tiraban piedras y pelotas de barro. Sólo el Rey tenía para el imbécil vencido, y para el vencimiento una frase de zarzuela, que los historiadores se obstinan en presentar como arranque poemático.

Las Iliadas que se soñaron trocábanse en Batracomiomaquias: el siempre vencedor Amadís en el casi siempre apaleado Don Quijote.

Miguel á ratos lloraba, á ratos reía, y cuando reía pensaba llorar, y cuando lloraba creía reir.

CAPÍTULO XXXIV

LOS POETAS DE SEVILLA.—EL HAMPA SEVILLANA. LOS RUFIANES DICHOSOS

A todo grande, y aun á todo pequeño poeta, le conviene darse de cuando en cuando una buena zambullida en la prosa, mucho más cuando el poeta es de tal rejo, que de la más vulgar y chabacana sabe sacar jugo artístico, y así era Cervantes. Además, en esta tierra de España, la poesía brota y surge hasta de los incidentes más rastreros de la vida. Ganivet, con una ó dos conversaciones suyas, convirtió en poeta lírico de grandes vuelos á un tenedor de libros que en su vida había hecho más que apuntar cifras y llevar la partida doble. De poetas tenemos hoy llenas las oficinas del Estado: poetas malos y buenos sirven, ya en ferrocarriles, ya en Correos, ya en los arrendamientos de consumos, ora en las contadurías de fábricas é industrias. Barberos y mancebos de botica, raros serán los que no cultiven el trato de las Musas. No hay, y menos había en tiempo de Cervantes, impedimento para que un poeta se dedique á los oficios más alejados de su condición, pues la poesía en España, y mayormente en Andalucía, es compatible con todo otro menester y desempeño.

Algunos años antes de llegar Miguel á Sevilla, según testigos de la época, eran poetas en la hermosa ciudad desde el Asistente, conde de Monteagudo, que ejercía allí la suprema autoridad local, hasta el verdugo, y además dos pregoneros, cinco escribanos, tres oidores, dos de los Grados y uno de la Contratación, dos abogados en ejercicio, seis médicos, cuatro plateros, dos fundidores, un sayalero, tres perailes y otra porción de sujetos de oficio y ocu-

pación no confesables ni confesados; poetisas eran también, y notables improvisadoras, la Cariharta, la Gananciosa y la Escalanta. Ofrecían las fértiles orillas del Guadalquivir y sus repuestos mesones y ventorros grato asilo á la Musa castañetera de las seguidillas, y las gradas de la Catedral á la inspiración entre sagrada y bobalicona del carirredondo coplero Miguel Cid, y de otros tantos como él, que forjaban gozos y laudes á la Virgen y á las Santas Justa y Rufina, con inspiración más baja, pero semejante en algún punto á la del gran poeta castellano, padre de la poesía *de santos*, aquel bendito y alegre clérigo de la Rioja, que al comenzar la devota vida del más estimado santo de su tierra, exclamaba, relamiéndose de gusto, por anticipado:

Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.....

Poetas y copleros á manta de Dios había en Sevilla y en toda Andalucía hartos para que Miguel, ocupado en sacas y moliendas de trigo, no echase de menos la conversación y trato de los poetas de la corte. Poesía era también, y de la más hondamente castellana, la devoción de aquellos grandes santos predicadores y de aquellas discípulas suyas venerables, que en Écija, en Córdoba, en Montilla y en otros lugares se hallaban sucumbiendo de amor divino, ó habían muerto ya consumidas en las más puras llamas ascéticas, al conjuro del verbo urente del maestro Avila, que por todos aquellos sitios fué sembrando fuego en almas de yesca. Ardía asimismo con resplandores de otro mundo la mística hoguera de San Juan de la Cruz, quien echaba pedazos de su corazón para alimentarla, y en todas las bocas, y más en las bocas femeninas, andaban sus versos, que con igual pasión pudieran ser recitados por un vidente de mundos mejores y por un loco y desenfrenado amador en el cálido silencio de la alcoba.

No se había, pues, refugiado la poesía en las grandes ciudades: no había huído del campo, como hoy sucede, ni hacía falta ir en busca de ella, antes ella, liberal y pronta, se aparecía á quien quisiera toparla.

Había, no obstante, en Sevilla muchos y grandes poetas á quienes Cervantes pudo conocer de fama cuando pequeño, y á quie-

nes sin medida elogió en el *Canto de Calíope*, que para ganarse voluntades intercaló en la *Galatea*. Quizás Miguel solicitó el trato de aquellos insignes varones en las temporadas que por obligación tenía que pasar en Sevilla. Y sin duda al primero á quien buscó fué al que todos estimaban como príncipe y maestro, al divino Fernando de Herrera. Si trató de acercarse á él, pronto debió de ser grande su desengaño.

El que subió por sendas nunca usadas,

el firmísimo enamorado platónico de doña Leonor de Milán, estaba pobre, avejentado, retraído, y su condición áspera y grave le apartaba del trato de las gentes. Era lo que hoy decimos con palabra intraducible un *raté*, un agriado, un insoportable, que no había sabido poner entre lo acedo de su corazón el dulce necesario para hacer pasar por poéticas las penas amorosas, ridículas cuando no tienen remedio, cuando la amada se casó con un hombre digno de ella, y harto hace aguantando sin protesta el abejoneo de los endecasílabos donde se le recuerda la pasión que inspiró á un poeta pobre y triste, á quien no sacan de su melancolía empalagosa más que los trompetazos épicos de las victorias de las Alpujarras y de Lepanto, ó la derrota y pérdida del rey Don Sebastián.

Fernando de Herrera, en 1587 y 1588, debía de estar muy desengañado de la poesía, y hasta cansado él mismo de lanzar siempre idéntico insistente quejido. Como todos los poetas puramente líricos, cuando no llegan á la ensoñada altura, resultaba, y más resulta hoy, un poco antipático y fastidioso, pues no había logrado hacer que su causa fuese la causa universal, como pide y consigue Campoamor cuando quiere, ni que sus personales cuitas apesadumbrasen á todo el mundo, porque todo el mundo reconociese en ellas los propios pesares.

Esta manera de ser lírico, que tanto tiene de épica, y á la cual llegaron Fray Luis y San Juan de la Cruz, no la alcanzó nunca Herrera, y sobrado talento tenía para conocerlo y para morderse los puños de rabia, como en efecto lo hacía, mientras preparaba, por distraer sus fatigas amorosas, la publicación de un libro ó librote, cuyo título espanta: *Historia de las más notables cosas que han sucedido en el mundo*. No ha llegado este libro hasta nosotros y no es de lamentar, puesto que para Herrera lo más notable que en el mundo había ocurrido fué el haberle querido un poco doña Leonor de Milán y haberle dejado para casarse con el conde de Gelves, que sería más guapo que Herrera, desde luego más rico, y también sabía en sus ratos ociosos componer unos versicos como el más pintado.

De todas suertes, recibiese ó no á Cervantes, pudo Miguel notar que también el divino Herrera se hallaba asido á la prosa, y tanto como él ó más lo estaban los otros miembros del Parnaso, que se crió en casa del maestro Mal-Lara.

Sueltos andaban y ocupados en administrativos menesteres, como el grande y alegre Baltasar del Alcázar, quien hasta en sus últimos años conservó el humor marcialesco y siguió disparando sus fáciles gracias en las más bien arreadas redondillas que hasta entonces y después se han compuesto fuera del teatro. A este gran poeta de epicúreo rostro colorado, de blancas barbas y de alegres ojos, debió de admirarle mucho, pero tratarle poco ó nada Miguel, y no es de extrañar, puesto que Baltasar del Alcázar ocupaba alta posición y era hombre enemigo de incomodarse por nadie, y menos por poetas menesterosos.

En cambio, el propio Miguel declara que conoció á D. Juan de Jáuregui, y que este insigne pintor y poeta le hizo un retrato. Amigos debieron de ser ambos ingenios desde el momento en que se pusieran á hablar de poesía italiana, en que los dos eran tan versados. Amaba más Cervantes á Ariosto: prefería el suave y cortesano Jáuregui á Tasso; pero los endecasílabos de uno y de otro debieron rebotar de los labios de Don Juan á los de Miguel, y sin duda que Don Juan persuadió á Miguel con ejemplos tomados de su traducción del *Aminta*, de Tasso, tan celebrada hoy, y de su magnífica versión de la *Farsalia*, de Lucano, cómo no siempre era cierto que las traducciones resultasen tapices vueltos del revés.

Y nótese aquí, de pasada, esta otra coincidencia chocante: el único literato conocido de quien sabemos que trató á Cervantes en Sevilla y le estimó, al punto de hacerle su retrato, por desgracia perdido, *también* se llamaba Juan.

De los demás escritores sevillanos se ignora hasta si conocieron á Miguel: su efigie no figura en el *Libro de los verdaderos retratos*, donde el curioso artista Francisco Pacheco dibujó las imágenes de todos los escritores notables de Sevilla ó habitantes en ella, ó que por allí habían pasado, y hasta los de los copleros, cantantes y guitarristas. ¿Había de olvidar Pacheco á un hombre como Cervantes si le hubiese conocido?

Lógico es pensar que si Miguel trató á algún escritor fué por una casualidad. Amigos suyos eran entonces su ayudante y compañero de cobranzas y requisas Miguel de Santa María, el pagador Agustín de Cetina y su dependiente Juan de Tamayo y otros hombres de semejante trapío, sin olvidar al cómico Tomás Gutiérrez, con quien siempre tuvo cuentas de dinero y de gratitud. Parece casi seguro que en compañía de tales sujetos no visitase Miguel las aulas de los grandes señores, ni fuese á buscar en el palacio del duque de Alcalá á Baltasar del Alcázar, ni á Pacheco entre los próceres y personajes de cuenta que visitaban su estudio. Quien había entrado en la corte de Felipe II y se había cansado de andar por ella, no iba á tener interés en ver caras nuevas de señores grandes, que de fijo eran más chicos que los ya conocidos. Quien había alternado con los hombres de más valer de España, no andaría muchos pasos en pos de otros semejantes á ellos.

Más que las riquezas y boatos que en Sevilla deslumbraban á los recién llegados, interesó á Miguel la intensa variedad de la vida popular en tan alegre y hermosísima metrópoli. Sevilla era entonces el camino de las Indias y allí acudían todos los desocupados de España y de otras partes de Europa. Hablábanse en sus muelles y calles todas las lenguas conocidas y otras que ahora comienzan á conocerse. El Arenal era escuela de perdidos y academia de rufianes. Mezclábanse en él los infelices á quienes la dorada leyenda de las Indias comenzaba ya á sacar alucinados por las esperanzas de un nuevo Vellocino, los pícaros y ganapanes de toda España, que pensaban allí ejercitar sus uñas, los regatones y cicateruelos que seguían á los de la mano larga para aprovechar lo murciado recomprándolo y revendiéndolo en el Baratillo, que era un paraje inmediato al Arenal y donde había algunas casas madrigueras de

los *peristas* ó encubridores de la mercancía robada. Había cortabolsas listos y despiertos que trabajaban individualmente por su cuenta, pero pronto se acabó con este desorden, porque, sabedores del caso los amos y maestres de la banda picaresca que tendía sus redes sobre toda Sevilla, presto cogían á los rinconetes y cortadillos y los transportaban al patio de Monipodio, sujetándolos allí á sus ordenamientos y codificaciones.

El Arenal, tan visitado y recordado por Miguel como por Lope de Vega y en donde podía catarse y conocerse toda la castiza alegría española, en la cual no hay colmo ni entera satisfacción si no se le mezcla un poco de crueldad y un mucho de burla de la miseria, del dolor y de la muerte, era por las tardes un hormiguero, una gusanera mejor dicho, de gentes de dudosa vida.

Un puente de tablones, sostenido por barcas donde se albergaba y dormía la espuma de lo malo, esa gentualla sin ley ni rey que, por aquel mismo tiempo acechaba los puentes de París y merodeaba en los de Constantinopla, comunicaba el Arenal con Triana, por frente al puerto de Camaroneros. La risa picaresca que las casas trianeras, vestidas de sol y semejantes á una fila de dientes jóvenes, lanzaban al Arenal todas las mañanitas, se la devolvía el Arenal por las tardes, corregida y aumentada con muecas del rostro gordo de la Torre del Oro y con espejeos y garatusas de la Giralda. Por entre las dos risas, todo un mundo que sólo Cervantes comprendió y reflejó, circulaba mañana y tarde, ya desde Sevilla á hundirse y deslizarse entre las polvorosas callejuelas de Triana, escurriéndose por el arco de la Fortaleza hacia los alfares y de allí al campo de Aznalfarache, ya desde Triana á Sevilla, pasando de las Atarazanas á la Madera, deteniéndose en la Resolana, donde á la tardecita las ninfas de las tasqueras y chamizos tendían el pobre y traqueteado fardo y se rascaban la sarna y los piojos, cuando no otras más terribles lacras y otros más picones parásitos. Otras veces se corrían desde la Resolana, pasaban la muralla, entraban en el famosísimo Compás, se hundían en el fangal de la Laguna á donde iban á parar todas las aguas sucias y todas las hediondas pasiones de la gran ciudad cosmopolita. Allí á la busca y al explote de las pobres mujeres del partido andaban sus

galánes, los *hombres* de Sevilla, seguidores del bravo Ahumada, á quien mataron á hierro sin que se averiguase quién, en 1587.

Eran unos jayanes de grandes bigotes caídos, de insultante copete, reparados de un ojo, señalados de cuchillada ó de la mano del verdugo. Entre ellos se comentaban, con los lances amorosos, las noticias de robos y pendencias. Aguardábase con ansiedad la llegada de otros famosos valientes de Castilla como el memorable maestro Campuzano, que,

de espada y daga diestro á maravilla,
rebanaba narices en Castilla
y siempre le quedaba el brazo sano.
Quiso pasarse á Indias un verano
y riñó (1) con Montalvo el de Sevilla;
cojo quedó de un pie de la rencilla
tuerto de un ojo, manco de una mano.....

De cómo se vivía en aquel almacén de pestilencias que se llamaba el Compás, apenas podemos juzgar hoy. Una casa queda, sin embargo, por la cual inferimos cuáles serían las otras. En torno á la Laguna de aguas infectas había trece casas del Ayuntamiento, trece del cabildo catedral y cuatro ó seis de particulares, todas ellas dedicadas á mancebía pública. Eran unos tabucos casi sin fachada. Una puerta estrecha y enverjada abría paso á un corredor cubierto, largo y angosto. Siguiendo el sistema celular de las antiguas mancebías griegas y romanas, había un corral largo y estrecho, empedrado de *chinos* ó guijarros, y á ambos lados, miserables aposentos con una puerta y una ventana: en cada uno de ellos vivía una mujer, más valdría decir un almacén de podredumbre, pues el contagio era universal é inevitable, como lo prueba el hecho de haberse practicado en 1593 una visita de inspección la cual dió á los médicos tanto trabajo, que el Ayuntamiento acordó pagar 50.000 maravedises de propina á cada uno para resarcirles de los horrendos espectáculos que habían visto.

Todos aquellos seres sin ventura vivían sujetos á la autoridad

(1) *Vino* dicen ridículamente casi todas las ediciones.

de la *madre*, jefa y directora de la mancebía, y no será malo hacer notar, para inducir cuál sería el estado espiritual de aquella sociedad, que hoy creemos tan cristiana y devota, esta infamante y aterradora acepción de la palabra más sagrada en todas las lenguas. *Mentar la madre*, se dice aún en Sevilla como el mayor insulto de todos. La *madre Celestina* eran dos palabras juntas siempre sinónimas. Y desde Sevilla, desde el Compás de la Laguna pasó esa consternante significación de la palabra al Nuevo Mundo, y aún hoy, cuando en Buenos Aires ó en Montevideo se dice *madre* en reunión de jaques y bravos, todos se apresuran á decir: ¡La suya, la de él!...

Era, pues, aquel un mundo diferente de cuanto Miguel había visto, con haber visto tanto: un mundo que había de causar grandísimo trastorno en sus ideas y en sus sensaciones, porque no creáis que tan repugnante levadura social vivía apartada del movimiento y comercio con las demás clases, sino muy al contrario. Las mujeres de la mancebía andaban á todas horas solas y sueltas por la ciudad y sus alrededores. Para que no se mezclasen con la gente buena, se les mandó llevar tocas azafranadas sujetas con un prendedor ó imperdible de latón dorado... y al poco tiempo, muchas mujeres que no eran públicas, sino tenían fama y estimación de muy buenas, dieron en usar las tocas azafranadas, y el broche de latón, como hoy las señoras más honradas é ilustres de Paris aguardan á que las mozas del partido les señalen la moda en las carreras de Longchamps.

El tráfico de la vida mala que traían aquellas mujeres no les quitaba de ser muy devotas y creyentes. Llegaba la Cuaresma y el *padre* y las *madres* de la mancebía llevaban á las mujeres en corporación, como un colegio, vestidas de obscuro y con medio manto á la cabeza, á confesar y comulgar, á hacer ejercicios espirituales y á oir sermones y pláticas piadosas. Algunas se convertían, pasaban una temporada ociosa en las Arrepentidas y volvían después al trato de las godeñas sus compañeros y de los socarras y corchapines sus amigos.

Entre ellos, y en su trato, conoció Miguel á Chiquiznaque y Maniferro, y supo los milagros y reputación del famoso *Cristóbal*

de Lugo, de quien hizo su bellísima comedia *El rufián dichoso*, una de las primeras, si no la más antigua de la larga serie de obras teatrales, cuyos protagonistas son grandes criminales ó grandes libertinos y calaveras que se arrepienten y retraen á la vida santa. Más todavía que en *Rinconete y Cortadillo*, donde estos asuntos se rozan por incidencia, hallamos en *El rufián dichoso*, muestras y trazas abundantísimas de las ciencias y disciplinas que, ya cuarentón, aprendió Miguel en la Academia del Compás de la Laguna.

Es la mal estudiada y peor estimada comedia de Cervantes madre de toda la poesía jacaresca de Quevedo y de los que le imitaron. En *El rufián dichoso* hallamos la cantera primitiva de lo más desgarrado de la jácara quevedesca y un felicísimo intento de trasladar al teatro los tipos y escenas de pícaros ya vistos en la novela. *Librija,* la *Salmerona*, el *Ganchoso*, *Lobillo*, *Terciado* y el famosísimo *Patojo,* no son invenciones de Miguel: personajes tan verdaderos son como aquel verdugo llamado *Lobato* que fué padre de la mancebía, esto es, director general y *tuautem* de toda la hampesca máquina y á quien fué menester relevar del cargo, porque era tan feroz en el dar tormento que á todos cuantos sujetaba á esta prueba judicial los dejaba perniquebrados, mancos, tuertos ó inútiles para toda su vida, en atención á lo cual y á los muchos inocentes que había tullido semejante sanguinoso fantasmón, le sustituyó un tal Francisco Vélez.

Ahora figurémonos qué vida sería la de tantos centenares de mujeres y de hombres en aquel barrio, de donde salían al mismo tiempo todas las pestes y epidemias que asolaban á la ciudad. Huyendo de tales horrores, aunque á él ya nada podía sorprenderle ni le espantaba, cruzaba Miguel el puente y con sus amigos Gutiérrez y Tamayo ó solo, pasaba á Triana: allí, junto al puerto de Camaroneros, donde amarran las barcas del pescado, estaba la Fortaleza: pasando bajo el arco se entraba á una callejuela de casitas bajas. Se percibía y se percibe penetrante mal olor de un albañal que vierte de allí al río. Una casita blanqueada, con puerta chica y reja en el piso bajo y con otra reja y balcón en el principal, parecía, medrosa, esconderse entre las demás. Un portalito pequeño, un pequeñísimo patio con suelo de ladrillos contrapeados, una sala baja, una galería con balcones... aquello era el patio de Monipodio.

De Cristóbal de Lugo á Monipodio, del Compás á Triana pasó Miguel centenares de veces, entre las gentes más desalmadas y los más desvergonzados pícaros del mundo.

Leed ese primer acto de *El rufián dichoso;* pintura aún más vibrante, más sangrienta y mejor que las de *Rinconete y Cortadillo* y las del *Coloquio de los perros*, y para pensar y comprender cómo Cervantes pisó tanto fango y tan varias inmundicias sin mancharse, no encontraréis explicación lógica alguna. Cómo y por qué milagro el genio español, sin salirse de los términos del arte ha tocado en tamañas bajuras, sólo os lo explicaréis si habéis visto cómo la Naturaleza enseña á las aves y singularmente en las palomas blancas á retozar y picotear en el limo y en el estiércol sin mancharse las pulidas rosas de sus picos, ni sus albos calzones de plumas. Porque para ello les dió alas.

CAPÍTULO XXXV

MALANDANZAS Y FORTUNAS.—MIGUEL QUIERE PASAR Á LAS INDIAS. PEDRO DE ISUNZA LLEGA.—UN SANTO, UNA BRUJA, UN PERRO

La ocupación de los negocios de Cervantes desde 1588 á 1590, fué tan grande, que apenas le dejó tiempo para acordarse de que años atrás era literato y poeta. No se ha de creer, sin embargo, que en sus estancias en Sevilla se limitara á tratar con rufos y valentones, socorridas y godeñas. Sus visitas hacía al caballero Jaúregui, al licenciado Porras de la Cámara, y quizás á su admirado Fernando de Herrera, quien acaso le comunicó, entre dos acritudes y despegos, algo de su *Historia de todas las cosas del mundo* ó de su poema *La Gigantomachia*, donde, sin duda, pensaba tratar tan formidable asunto á trompetazo limpio en el rimbombante estilo de *La victoria sobre los moriscos de la Alpujarra*. Pero, de todas maneras, más atento que á otra cosa había de estar Miguel á que le pagasen sus sueldos, lo cual, como en España acaece siempre, era mucho más difícil que devengarlos.

Tarde y con daño, en cachitos y retales, iba el activo comisario, á pesar de sus relaciones con el contador Cetina, percibiendo parte de lo que gastado había y de lo que proseguía gastando en sus viajes y sus estancias en Écija, en Carmona y en otros puntos. Ocupado en estos menesteres, no se acordó de que escribía versos cuando por toda España corrieron los carteles ó avisos de los certámenes y fiestas que Alcalá de Henares celebraba por la canonización de San Diego. Miguel era ya mucho más andaluz

que castellano. Los sucesos variadísimos que ante sus ojos pasaban día tras día, le tenían sujeta el alma y la iban transformando y modelando como la rueda del alfar modela el pellón de barro sin darle tiempo á engrumarse ni apelotarse.

Excelente fué esta disciplina y, tal, que colocó á Miguel por cima de todos los ingenios de entonces. El genio español es muy propenso á espesarse y á formar pegotes y gurullos apretados de pensamiento, como vemos en Quevedo, en Gracián y hasta en el alegre Espinel, y hasta en el sacudido autor de *Guzmán de Alfarache*. La reflexión y la consideración se encostran sobre los hechos y pronto los hacen desaparecer; el raciocinio consume y absorbe todo el jugo de la realidad, y cuando se va á buscar lo que de ella hay en lo escrito, no se encuentra. Pero como Miguel era un hombre de hechos, y de hechos rápidos y terminantes, pungientes y olientes, si bien es creíble que cada uno le sugiriera centenares de reflexiones, como ellos se iban sucediendo con la prisa de la vida económica y el ajetreo de la urgente comisión, las reflexiones habían de ser asimismo concisas, volantes y ajustadas al paso y compás de los sucesos.

El año de 1590, no obstante, Miguel pudo hacer un breve alto en el desenfrenado correr de su vida. Quizás se acordó de su mujer, Doña Catalina de Palacios, que en Esquivias quedara á la sombra de los perales del huerto y al cuidado de las cuarenta y cinco gallinas y del gallo y de los majuelos que su hermano Francisco administraba con puntualidad, haciendo para sí lo que podía como buen cristiano que sabe por dónde ha de empezar la caridad bien ordenada.

Es un hecho curioso este de que los historiadores no hayan reparado cómo Cervantes pasó lo mejor de la vida separado de su mujer, sin que esta excelente señora pareciera estremecerse ni afectarse por ello. ¿Qué esperaba Doña Catalina de Miguel? ¿Le consideraría aún como el calavera hecho á andar entre cómicos y danzantes, y por eso le dejaba á su antojo vagar por Andalucía en dudosas comisiones? ¿Pensaba que Miguel estaba allí haciendo una carrera provechosa y de porvenir? Y creyese lo uno ó lo otro, ¿dónde se ve el amor de la buena señora Doña Catalina á su ma-

rido? ¿Dónde la solicitud y el interés por los sucesos de su vida? Conviene mucho fijarse en este punto para determinar con claridad los cambios en el carácter de Miguel.

Es cierto que los hombres de aquella época y del temple de Cervantes, eran mucho más duros y fuertes que nosotros, y no adolecían de esta flaqueza casi femenil de nuestros tiempos, la cual nos induce siempre á buscar un báculo de cariño en que apoyarnos por la carretera del vivir, y unos ojos que amorosos nos animen á seguir la caminata y un hombro en que con dulce calor apoyemos la cabeza; pero ¿había de eludir el más humano de todos los escritores españoles la ley de humanidad que á los cuarenta años pide abrigo familiar y calidez íntima, que apacigüen nuestros dolores y remienden los desgarrones de nuestro corazón? Sabemos muy bien (casi paso á paso le seguimos, gracias á la paciencia y sagacidad de los eruditos), los lugares por donde Miguel anduvo todos los años que se ocupó en el cargo de la comisaría; podemos decir con toda seguridad que en tales y cuales días sacó de tales y cuales sitios estas fanegas de trigo y de cebada ó aquellos pellejos de aceite. Sabemos también que el espectáculo de la vida era para él siempre incentivo y agradable regalo, y por puntos, bastaba á distraerle de sus faenas, pero no hemos de pensar que con saber todo eso tenemos averiguada la vida de Miguel en estos años.

Ni él era un simple cobrador de arbitrios ó requisador de granos, como su buen amigo y compañero Diego de Ruy Sáenz ó como sus ayudantes Miguel de Santa María y Nicolás Benito, ni un hombre es sólo una máquina de hacer literatura ó de transformar en materia novelable los hechos que ve. Lo que los documentos numerosísimos que de esta época de su existencia tenemos no dicen es las congojas y pesadumbres que afligieron su espíritu y, por ser éste de tan noble y alta calidad, se transformaron transcurrido el tiempo, en dulces gracias y en suaves conceptos y en amplia y benigna visión del vivir. Mientras semejante decantación iba realizándose, el alambique sufría, se calentaba, se enfriaba después, que no es el hombre alquitara insensible.

El picaresco trasiego, constante del Arenal á Triana y de Triana al Arenal, que pudo interesar como curioso dato de la vida á nuestro comisario, resultó pronto cansado y repugnante para su nativa finura. La atmósfera que en los barrios bajos de Sevilla y en los pueblos á donde iba á requisar, le envolvía, llegó en breve á hacérsele insufrible. En torno suyo no veía más que hombres de baja estofa, como Tamayo, Santa María y Benito, sujetos de buen corazón, pero de escasa delicadeza, como Tomás Gutiérrez y gentualla rústica, desconfiada y maliciosa, como la que tropezaba en los pueblos.

La odiosa función de la comisaría le pesó y en la primavera de 1590, al volver de Carmona, donde había estado sacando y embargando aceite, supo por alguien de la Contratación, que había tres ó cuatro oficios vacantes en las Indias, uno la contaduría del nuevo reino de Granada, otro la de las galeras de Cartagena de Indias, otro la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala y finalmente, el corregimiento de la ciudad de la Paz. La dorada leyenda de las Indias espejeó ante los ojos de Miguel, como el dorado sol que hacia ellas caminaba, reflejábase por las tardes con resplandores deslumbrantes en la torre del Oro y en la de la Plata y enviaba sus últimos amorosos adioses á la Giralda desde las oliveras de Aznalfarache.

Miguel escribió un breve y conciso memorial, recordando sus servicios y los de su hermano Rodrigo, que á la sazón era alférez en Flandes; contaba, sin exagerar, sus desgracias y suplicaba humildemente que se le concediera alguno de los empleos citados. No creemos que Miguel pensara en tal ocasión, como Don Quijote, que iba á conquistar el reino de Candaya, ni á hacerse señor de la ínsula Malindrania, ni á allegar las riquezas del Catay; pensamos, sí, que conocido lo presente y lo pasado por él, juzgaba ser las Indias *otra cosa*, mejor ó peor, pero distinta de lo ya visto y probado. Acompañaba al memorial la famosa certificación del duque de Sessa y la del cautiverio, ya mentadas antes.

Como Miguel no tenía recomendaciones, ó no supo emplarlas, no tardó mucho en ver chafada su pretensión. A 21 de Mayo de 1590 está fechado su memorial dirigido al presidente del Consejo de Indias. A 6 de Junio del mismo año, escribió el ponente

Dr. Núñez Morquecho, su frase acerada, castiza, cortante, que no deja lugar á esperanza alguna: *Busque por acá en qué se le haga merced.*

Bien claró se ve cómo fué despachada la petición. Sumariamente leyó el Dr. Núñez Morquecho los méritos y servicios de Cervantes. Memoriales parecidos á aquél se recibían á diario muchos en el Consejo de Indias. Sin duda, aquel Cervantes había sido buen soldado en la batalla naval, como tantos otros: como tantos otros había estado cautivo en Argel. Abonábanle el difunto Don Juan, de quien ya nadie se acordaba para cosa buena, y el duque de Sessa, á quien se tuvo siempre por un poeta, que en el lenguaje de la corte, y de la política y de la administración, equivale á chiflado. No era cosa de dar una de las sinecuras pingües de las Indias á hombre de tan escaso valimiento. Agradezcamos al Dr. Núñez Morquecho, en vez de baldonar su memoria, la vulgaridad burocrática de su respuesta. Sin ella, si Cervantes hubiese pasado á las Indias, quizás tendríamos otros libros, no el *Quijote*.

Quedó, pues, nuevamente Miguel desesperanzado y pobre, pero no triste, paseando el Arenal de Sevilla, reconociendo tipos y apuntando gestos y frases. En 14 de Julio, tras haber recibido noticias de su casa, que, sin duda, le comunicaban el mal resultado del memorial y le ofrecían algún auxilio, enviaba un poder á su mujer y á su hermana doña Magdalena para que cobrasen cualquier cantidad de dineros que se le debiesen.

Hallóse durante este terrible año 1590 Miguel en malísima situación. No se le nombraba para nuevas comisiones mientras no formalizase las cuentas de las pasadas, y como en ellas se había de justificar todo con el escrúpulo y puntualidad que son tan tradicionales en nuestra Hacienda cuanto su descuido y desaprensión para pagar sus débitos, había Miguel de reunir todos sus datos y cifras, sumarlos y resumarlos, acreditar hasta las más leves partidas, presentar recibos y descargos de todo gasto hecho. Referíanse estas liquidaciones á sacas y ensayes de trigo hechos en los años anteriores de 1587, 1588 y 1589 en Écija y otros lugares. La relación jurada relativa al trigo de Écija, la cual firmó Cervantes en 27 de Agosto de 1590 contiene un cargo de 43 arrobas y 5 libras de harina y de 14.594 maravedises que Miguel no pudo justificar. El alcance y cargo contra él son evidentes y fuera inocencia negarlos, pero asimismo sería malicia punible el culpar á Miguel, quien al mismo tiempo que confiesa este alcance y se muestra dispuesto á pagarlo, declara que se le debían 112.608 maravedises por el salario de doscientos setenta y seis días que se ocupó en la Comisión, á razón de doce reales diarios.

Es decir, que cual sucede hoy mismo, aquella Hacienda exigía honradez escrupulosa y cuentas claras á empleados á quienes no pagaba sus sueldos. Lo maravilloso y sorprendente es que el alcance no hubiera resultado mucho mayor. Hágase la cuenta y se verá que con esos 24.594 maravedises y con esas 43 arrobas y cinco libras de harina, vivió Cervantes nueve meses en una ciudad hostil, á donde iba á sacar los redaños del pobre labrador. ¿Qué comió en este tiempo? ¿Dónde se albergó? ¿Cómo se vistió? Lógico parece inferir que debió la existencia y la subsistencia al amor con que le trataron aquellos cuatro quijotescos amigos suyos de Écija que salieron por fiadores y tan bien se portaron, cumpliendo como caballeros andantes sus palabras, pues por un recibo y carta de pago que firma Juan de Tamayo en nombre de Cetina, en Sevilla á 18 de Agosto de 1592, sabemos que Fernán López de Torres, Francisco de Orduña, el licenciado Acuña en nombre de Juan de Bocache y María de Aguilar, madre de Hernando de Aguilar Quijada, vecinos de Écija, pagaron, como buenos fiadores, el alcance que resultaba contra Miguel y algunos maravedises más. Véase si había razón para nombrar con gratitud á estos cuatro generosos hidalgos é inscribirlos en el libro de oro de los amigos de Cervantes.

El verano y el otoño de 1590 pasaron sin que Cervantes hiciese cosa de más provecho que presentar un día y otro en la Contaduría los descargos y justificaciones de sus cuentas. En 8 de Noviembre, contra lo acostumbrado, el frío se había entrado en Sevilla y Miguel se encontraba tan mal de ropa que le fué menester recurrir á su amigo el cómico Tomás Gutiérrez, que ya no debía de ser cómico, sino mesonero, para que le saliese fiador con los comerciantes Miguel de Caviedes y Compañía, quienes

le vendieron cinco varas y media de raja de mezcla á veinte reales vara.

Esto quiere decir muchas cosas, pero entre ellas, las principales, que Miguel no tenía crédito en Sevilla si no le abonaba un hombre como Tomás Gutiérrez, que no disponía de diez ducados, ni había esperanza de tenerlos en bastante tiempo, y que vestía de raja de mezcla, que era, por cierto, un paño bien humilde, algo como lo que hoy llamamos jerga, cheviot ó cualquier otro mote con que los roperos disfrazan el tejido burdo hecho en los presidios.

Probable es que al mismo tiempo viviera Miguel con Tomás Gutiérrez, pues ambos se dicen vecinos de la collación de Santa María. La generosidad sevillana es tan grande y hospitalaria que no suele negarse allí el montañés ó el mesonero á tener en su casa á algún escritor ó artista desgraciado, y aun hoy se ve esto y de ello podrían citarse casos. Se vive con poco y el favor no es muy grande, pero agradecido debe ser de todos modos. Acaso Miguel aprovechó la hospitalidad del buen Tomás Gutiérrez durante todo el año 1590 y los primeros meses del 1591. No debieron de nombrarle por entonces para nuevas comisiones; quizás le desacreditó un poco el alcance de Écija. Es posible que el lío de las cuentas no se dilucidase tan pronto como creemos. En Diciembre de 1590, apoderó Miguel á Juan Serón, secretario de D. Antonio de Guevara, para que asistiese en nombre suyo á las cuentas que le tomaban los contadores Agustín de Cetina y Cristóbal de Ipenarrieta. En 12 de Marzo de 1591, aún no había conseguido cobrar los 110.440 maravedises que se le debían por los 276 días de estancia en Écija, y daba poder á su amigo Tamayo para que se lo pidiese á Su Majestad y al contador Agustín de Cetina. La situación de Miguel no podía ser más apurada.

La primavera de 1591, trajo á su ánimo la esperanza. En Abril de aquel año fué nombrado Proveedor general de las galeras de España Pedro de Isunza, el sagaz negociante vitoriano á quien Miguel conoció antes en Madrid. En Abril ó Mayo, Isunza se trasladó con su familia al Puerto de Santa María, desde donde en los primeros meses hizo varios viajes á Barcelona por haber dejado pendientes allí algunos asuntos.

No dejó Miguel de visitar á Isunza, á su paso por Sevilla, ni Isunza de reconocer en Cervantes una de las personas que podían serle más útiles para su misión. Como hombre que había aprendido en las escuelas de los grandes comerciantes de Amberes, no era Isunza de los que se paran en nimiedades, ni hubo de hacer caso alguno del alcance, que sin duda, en años anteriores, había perjudicado á Miguel. Desde un principio nombró cuatro comisarios «hombres honrados y de mucha confianza», según él mismo escribía al Rey en 7 de Enero de 1592; eran Gaspar de Salamanca Maldonado, Bartolomé de Arredondo, Diego de Ruy Sáenz y Miguel de Cervantes Saavedra.

Con esto volvieron para Miguel los días de ajetreo y correrías. Entonces fué cuando recorrió los lugares y villas andaluzas más notables. Consta que estuvo en Jaén, Ubeda, Baeza, Teba, Ardales, Linares, Martos, Monturque, Aguilar, Porcuna, Arjona, Estepa, Marmolejo, Lopera, Pedrera, Arjonilla, las Navas, Begíjar, Alcaudete, Alora y Villanueva del Arzobispo. Entonces fué cuando acabaron de entrar en el gremio de su habla los infinitos modismos andaluces y no puramente sevillanos que pueden notarse en las *Novelas ejemplares*, en el *Quijote* y en el *Persiles*, aunque en éste menos. Entonces, cuando aprendió y supo las historias de andaluces amoríos que en todas sus obras intercaló.

Pedro de Isunza, hombre de administración y de mundo, era muy otro sujeto que el viejo D. Antonio de Guevara. Pedro de Isunza pagaba á sus comisarios con la puntualidad posible, los defendía de las malas voluntades que en el ejercicio de su antipática misión hallaban en los pueblos, las cuales á veces llegaban en son de queja y protesta á la corte: presentaba y hacía presentar sus cuentas á tiempo, y lograba que fuesen aprobadas como era debido. Tal vez por esta misma rapidez y expedición suya no era muy querido de los oficinistas pesados y chinchorreros de la Contaduría y del Consejo de Hacienda, tan amigos de dilaciones y de reparos. A las órdenes de Pedro de Isunza, Miguel tuvo esperanzas propincuas de mejorar su suerte. De juro habían de entenderse bien dos hombres tan sueltos y probados en la vida.

De los demás personajes que en esta época vemos relaciona-

dos con Miguel, descuella su amigo y compañero de comisión, Diego de Ruy Sáenz, protegido de Pedro de Isunza, quizá paisano ó pariente suyo. Diego de Ruy Sáenz se portó siempre como bueno con Cervantes. Recordemos un incidente. El 15 de Octubre de 1591 llegan á Estepa los dos comisarios á pedir quinientas fanegas de trigo y doscientas de cebada, que habían de serles entregadas en cuarenta y cinco días de término. Se reúne el Cabildo municipal, azorado y medroso por aquella inesperada requisa. A la reunión del Ayuntamiento acude y asiste desde muy temprano Diego de Ruy Sáenz, quien firma las actas con los regidores. La firma de Cervantes aparece tres veces entrerrenglonada. Esto ¿qué prueba? Que Miguel llegó tarde á la sesión, y su amigo Diego de Ruy Sáenz le dejó en la posada, en grato coloquio con un vecino ó vecina de Estepa, quienes le contaban quizá la historia de *Las dos doncellas* ó la parte de ella que pasó entre Osuna y Estepa. ¿No se nota en estas historias amorosas andaluzas, como en la de Cárdenas ó Cardenio y la cordobesa Luscinda y en otras muchas, algo de ese apresuramiento y de esa vaguedad con que referimos lo que hemos escuchado como narración de camino ó de venta? ¿No se advierte cómo contrasta esta impresión con la firmeza y certidumbre del rasgo, en las historias tomadas directamente y por observación propia del natural, en *Rinconete y Cortadillo* y en el *Coloquio de los perros*?

En esta época, ambulando diariamente por caminos, veredas y trochas, conoció Miguel y vió de cerca toda Andalucía. La brava, fecunda y múltiple realidad, que entonces se ofrecía harto más generosa que en estos días de uniformidad y de sosiego, le presentaba á cada instante sucesos dignos de atención.

Llegaba á la devota ciudad de Úbeda, famosa por los cerros donde se refugia la fantasía de todos los españoles, y el pueblo entero consternado contaba cómo á los catorce días de Diciembre de 1591 se había apagado allí la *llama de amor viva* y se había hundido para siempre en la *noche escura* el alma del serafín carmelita Juan de la Cruz,

con ansias en amores inflamada.

Decíase que del santo cuerpo muerto del divino poeta se exhalaba una fragancia suavísima, que á todo Úbeda había transcendido. Veía Cervantes las imaginaciones exaltadas de aquellos buenos vecinos explayándose y perdiéndose por los legendarios cerros, en pos del Caballero de la Cruz, á la conquista del espiritual y secreto reino de Dios.

No eran tales aventuras muy diferentes de las andantescas para que no hiriesen con fuerza la imaginación de Miguel. Sancho, aún no creado, le decía que el beato Juan de la Cruz había muerto de calenturas pestilentes, y que su cadáver exhalaría un olor infecto como los de todos los tíficos: pero Don Quijote levantaba el vuelo y declaraba en altas voces que aquello no era hedor de cadáver, sino suavísimo aroma y olor sabeo y fresca y deliciosa exhalación de rosas y manzanas.

Camino adelante, pasaba por Montilla y, como su conversación atraía é incitaba á la de los demás, hablábanle de las hechicerías de dos famosas brujas llamadas la Camacha y la Cañizares. De la Camacha se contaba que había convertido en caballo á D. Alonso de Aguilar, hijo del marqués de Priego, mozo á quien la Inquisición de Córdoba tuvo preso por haberse sujetado á tan increíble metamorfosis.

La Camacha puede que hubiese muerto ya: pero Miguel no dejó de ver á la Cañizares, hablar con ella y presenciar sus conjuros y sortilegios, en los cuales creía entonces toda España, hasta las personas más cultas y sabias, con gran beneplácito de la Inquisición, que sin semejantes trampantojos no hubiera vivido.

En el aposento estrecho, obscuro y bajo de la hechicera, solamente esclarecido por la débil luz de un candil de barro, vió Miguel aquella figura «toda notomía de huesos cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; la barriga que era de badana, tapándole las partes deshonestas, y aun colgándole hasta la mitad de los muslos; las tetas, semejantes á dos vejigas de vaca, secas y arrugadas; renegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgreñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos...» Al lado de tan tétrica visión, vió Cervantes saltar, haciendo dia-

blescas cabriolas y contorsiones, á un perro negro, con habla y espíritu humanos, ó satánicos. A ese fantástico perro, que aparece en el *Coloquio de Cipión y Berganza* no le volveremos á encontrar si no subimos á otra cumbre del arte: al laboratorio del doctor Fausto.

CAPÍTULO XXXVI

SIGUEN LAS MALANDANZAS.—MIGUEL SE OBLIGA Á ESCRIBIR SEIS COMEDIAS.—LE PONEN PRESO.—VIENE Á MADRID.—SE QUEDA SIN AMO

El oficio de comisario para el aprovisionamiento de la Armada iba poniéndose cada vez más malo: empeoró aún desde que el Proveedor Pedro de Isunza, muy celoso del cumplimiento de su deber, como educado en la sociedad comercial de los grandes negociantes, quiso llevar las cosas un poco á punta de lanza. Ya en Barcelona había tenido sus diferencias con las autoridades gubernativas, quienes llegaron á poner preso á su dependiente principal Diego de Ruy Sáenz y á otros comisarios suyos. Como Pedro de Isunza pagaba y cumplía bien, sus comisarios se hallaban contentos y se mostraban exigentes, seguros además de que aquel buen hombre les defendería, en caso de ocurrirles algún tropiezo.

Pedro de Isunza, según ya se ha dicho, era un hombre de claro talento y de extraordinario sentido práctico, al revés de lo que solían ser los hombres á quienes en aquellos tiempos se confiaba los asuntos de Hacienda y Administración pública. Fué (y creo que ninguno de nuestros economistas lo ha notado) el primer librecambista español, gran partidario de unificar los principales fenómenos comerciales, entonces tan intermitentes, desparramados y sujetos á eventualidades, y propuso la celebración de tres ferias de á un mes cada una, en Valladolid ó en Medina del Campo: abogó por la creación de Bancos en Sevilla, Lisboa, Zaragoza, Valen-

cia y Barcelona, por la multiplicación y solidaridad de las operaciones de estos Bancos, y por la fijación de un descuento ó interés legal y moralmente aprobado por Su Santidad para los giros y libranzas.

Ya se comprende la diferencia que había entre este hombre sagaz y dispuesto, á quien la vida y la práctica de las grandes metrópolis mercantiles habían adoctrinado y los cicateros y ridículos personajes á quienes por recomendaciones ó por empeños de sus familias nombraba el Rey para los cargos de Hacienda. Compréndese también que la exactitud fuese la norma de Isunza en sus tratos oficiales, mientras los meros oficinistas se atenían á la contemporización y la condescendencia, y temían más que nada las quejas y pleitos.

La diligencia de Pedro de Isunza y de sus comisarios les acarrearon disgustos y reclamaciones de los pueblos, amparados en sus quejas por los oficiales reales y contadores, entre quienes había de tener enemigos Isunza, por lo mismo que no era un hombre de pluma en la oreja y lengua de hacha como ellos.

Así, á fines de 1591, con motivo de la protesta que formuló Fuente Ovejuna por los abusos del comisario Andrés de Cerio, Pedro de Isunza, muy templado, escribió al Rey, diciéndole que los comisarios suyos Ruy Sáenz, Cervantes, Arredondo y Salamanca eran muy buenas personas y nadie se querellaba de ellos. Se repitieron las quejas, particularmente suscritas por las personas y cabildos eclesiásticos, á quienes las sacas de trigo dañaban en sus intereses, y entonces hubieron, sin duda, de intrigar mucho en la corte las gentes de sotana, por cuanto el Rey encargó al corregidor de Écija que visitase los pueblos y oyese cuantas declaraciones se quisieran dar contra los comisarios reales, mandando además que no se sacase trigo sin pagarlo.

Con esta disposición, la autoridad de los comisarios y el temor que inspiraban eran casi nulos. Miguel de Cervantes y Diego de Ruy Sáenz, que tenían á su cargo la saca y conducción de trigo desde los obispados de Jaén y Guadix, para la provisión de la escuadra del Estrecho de Gibraltar, escribían á Pedro de Isunza manifestándole cómo no servía de nada que ellos se presentasen á

los pueblos con vara alta y con el fuero por sus nombramientos concedido, si los pueblos sabían que cuando ellos se marcharan, ó antes, iría en su seguimiento, como una sombra protectora de los graneros, cillas y pósitos, el juez de comisarios, quien con todas las prerrogativas y solemnidades de la justicia ordinaria, deshacía lo hecho por los comisarios, detenía los embargos, paraba las sacas, moliendas y acarreos, y de esta manera lograba fácil popularidad entre las gentes de los pueblos, alardeando además de haber prestado un gran servicio á Su Majestad y de haber desfecho entuertos y satisfecho agravios.

Como franco y sincero bascongado, enemigo de enredujos y sutilezas, se plañía al rey Pedro de Isunza en 22 de Febrero de 1592, sin comprender aquel ten con ten y aquellas una de cal y otra de arena con que Felipe II inauguró la política de connivencias y arreglitos y el sistema de trampa adelante que seguimos aún. Las gentes de covachuela, los agentes de negocios, correpapeles y gusanos de oficina que los pueblos y los cabildos tenían en Madrid, influían para que á cada momento se molestara y hostigase al proveedor y á sus comisarios exigiéndoles cuentas y liquidaciones, acumulándoles cargos, abrumándoles á preguntas y amenazándoles siempre. Costaba entonces poquísimo trabajo meter á un hombre en la cárcel, y menos aún hacer que no saliese de ella en mucho tiempo. Así, Miguel, cual los demás comisarios, perseguido por la inquina de los pueblos, molestado y vejado con peticiones continuas para que rindiese cuentas, amagado constantemente por la negra sombra del juez de comisarios, que había de residenciar hasta sus más mínimos pasos en cada pueblo, arrastraba por las partes de Jaén, de Granada y de Málaga una existencia aperreadísima, y de cuyas molestias y sinsabores no se puede formar cabal cuenta quien no haya tenido que rendirlas en las actuales delegaciones ó administraciones de Hacienda, cuyos empleados, salvo rarísimas excepciones, son legítimos descendientes de aquellos covachuelistas.

Había dos contadores, llamados Pedro Ruiz de Otálora y Francisco Vázquez de Obregón, que hubieran sido capaces de pedirle al Sumo Hacedor una justificación detallada de los gastos hechos

para acondicionar el Paraíso terrenal. A la imaginación de Miguel, estos dos personajes debían de aparecerse como dos gigantescos y desaforados jayanes de los libros de caballerías; pero aún éstos se hallaban lejos y no eran tan inmediatamente espantosos como el maligno encantador que á los comisarios perseguía por donde quiera. Este era el corregidor de Écija, D. Francisco Moscoso, el que deshacía todos los cálculos y estropeaba todas las previsiones de Miguel y de sus compañeros. Probable parece que ese caballero fuese ecijano, y en tal caso nada de particular tiene que, entendiendo la justicia distributiva de un modo semejante á como la entendió el Tempranillo José María,

el que á los ricos robaba
y á los pobres socorría,

y á como siempre, hasta hace poco, se ha entendido por aquellas tierras, fuese detrás de los comisarios desbaratando cuanto ellos hicieran y ganándose con ello el aplauso y la gratitud de los despojados lugareños.

Aprovechándose de esta situación, cierto vecino de Teba, llamado Salvador de Toro Guzmán, recaudador mayor de las tercias reales, se querelló ante la justicia porque Nicolás Benito, ayudante de Miguel de Cervantes, se había presentado en Teba, y negándosele autoridad, llegó á la cilla, forzó las puertas y sacó mil ciento treinta y siete fanegas y media de trigo y quinientas ocho y media de cebada, que, según Salvador de Toro, pertenecían á las tercias. Con este motivo se siguió un pleito, cuyos tiros iban dirigidos desde Madrid, no ya contra Nicolás Benito, que era un simple criado, ni contra Cervantes, sino contra Pedro de Isunza, á quien se trataba de enredar en un asunto desagradable para quitarle la Proveeduría. Si alguna falta hiciera demostrar la nobleza y los honrados sentimientos de Miguel, bastarían sus certificaciones y declaraciones en este asunto. Ellas son lo único claro y formulado sin aviesa intención que en estos documentos se halla. Con ellas dejaba á salvo perfectamente á su inferior Nicolás Benito y á su superior Pedro de Isunza.

Para responder á los cargos formulados con este motivo, se hallaba Miguel en Agosto de 1592 en Sevilla. Encontrábase también allí el famoso representante toledano Rodrigo de Osorio, con su compañía; quizás posaba en el mesón de Tomás Gutiérrez, el cómico retirado. Al verse Miguel en la cercanía de la farándula, al charlar con Rodrigo Osorio de los adelantos que el teatro iba haciendo en todas partes del Reino, y de cómo un día y otro se abrían nuevos corrales y la afición aumentaba hasta en los pueblos donde nunca hubo sino un mísero auto para el Corpus á cargo de ñaque ó gangarilla, todas las pasadas glorias se le vinieron á las mientes al cansado y aburrido comisario de bastimentos.

Recordó Osorio, ó se lo advirtió Tomás Gutiérrez, que Cervantes en tiempos no lejanos había sido uno de los famosos autores, cuyas obras representadas en Madrid y en otros teatros corrieron su carrera sin silbos, gritas ni baraúndas, y sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza. Mentarle á Cervantes las comedias era como darle pie á Don Quijote para que se engolfara en el asunto de sus caballerías.

Fué aquel un momento de duda y vacilación en su espíritu. Pensó de nuevo si se habría equivocado y si, por ventura, en las comedias encontraría su salvación y redención de las negras andanzas en que estaba metido. Rodrigo Osorio le ofreció representar media docena de obras que Miguel compusiese. A 5 de Septiembre firmaron Miguel y Osorio ante el escribano Luis de Porras un contrato, por el que Cervantes se obligaba á componer desde aquel día, en el tiempo que pudiese, seis comedias de los casos y títulos que á él le pluguiesen, y á entregárselas á Osorio escritas en letra clara y una á una. Por su parte, Osorio se comprometía á representar cada una de ellas á los veinte días de haberla recibido, y á dar y á pagar por cada una 50 ducados, que son 550 reales, con tal que «pareciese que era una de las mejores comedias que se habían representado en España», la cual cantidad debía de abonar Osorio dentro de los ocho días posteriores á la representación, y si á los veinte días de recibida no la representaba, se daba por supuesto que le parecía bien, y estaba obligado á pagarla como si la hubiese representado. Estipulaba también el contrato que, si había

pleito ó diferencia, Cervantes debía ser creído bajo su juramento, sin alegar prueba ninguna, y su palabra tenía fuerza para obligar, y compeler y ejecutar á Osorio, si no pagase en los plazos fijos. Para Miguel sólo había una restricción, la de que no recibiría nada si la comedia no pareciese de las mejores que en España se habían representado.

Este interesantísimo documento prueba cuán injustas y arbitrarias son todas las apreciaciones relativas á la mala suerte de Cervantes, como autor, y á la ingratitud de sus contemporáneos. Un cómico, y no de los de primera fila, se obligaba de una vez á representar seis comedias de él, justipreciándolas como las de los autores de más fama y pagándolas más caras que las del monstruo Lope. ¿Escribió Miguel las comedias prometidas á Osorio? No sabemos que lo hiciera, ni parece probable, pues no tuvo tiempo para ello. Económicamente, no resultaba tampoco buen negocio tan favorable trato, pues, no teniendo Cervantes la facilidad prodigiosa de Lope para hacer *en horas veinticuatro pasar de las Musas al teatro* una comedia, es casi seguro que no pudiese escribir seis obras dramáticas en cuarenta y tantos días, mientras que los 50 ducados podía ganarlos en ese tiempo, sin esfuerzo ninguno de imaginación ni compromiso de su fama, siendo comisario y siguiendo al servicio de Pedro de Isunza. Las comedias, aun asegurando el buen éxito de todas, eran cosa eventual y de escasa dura. Ni el mismo Lope vivía de ellas. Hubiera logrado Miguel la secretaría ó el servicio de algún grande como los que á Lope protegieron, y no habría sido comisario de Isunza; pero estaba ya muy escarmentado para dejar lo cierto por lo dudoso. En estos términos tristemente prosaicos se le planteaba el problema.

Comprendiéndolo así y aunque tal vez pensara en escribir algún día las comedias, volvió pronto á sus comisiones. Tan pronto que, á los pocos días de firmar el contrato con Osorio, la sombra negra del juez de comisarios y corregidor de Écija don Francisco Moscoso, le alcanzó en Castro del Río y se le echó encima con un auto de prisión. Preso Miguel, un par de días ó poco más, el tal Moscoso le condenó por haberse apoderado contra derecho de trescientas fanegas de trigo que estaban en poder del de-

positario del pósito de Écija y por haberlas vendido sin su permiso. Le intimaba á que restituyese el trigo y lo depositase de nuevo en el pósito de Écija ó á pagar su importe á catorce reales la fanega y le imponía una multa de seis mil maravedises para gastos de guerra y las costas del proceso.

La prisión de Miguel debió de durar muy poco y no ser excesivamente rigurosa. En aquel pueblo donde era refrán corriente la frase de *donde no haya naranjas ¿qué comerán?*, no debe de ocurrir nada riguroso ni extremado y menos en el mes de Septiembre. Por otra parte, Miguel contaba con el amparo de Isunza y con su propio ingenio y simpatías. Pronto halló fiadores, salió de la prisión, siguió sus caminatas. No es creíble que el estar tan poco tiempo preso y en tan risueña y bonachona villa como Castro del Río engendrara en su espíritu ideas negras. Cierto que el hallarse preso por la justicia ó el padecer persecución por ella era lo único que le faltaba á quien ya había conocido el cuartel y la galera, el hospital y el cautiverio, pero no parece justo pensar que á Cervantes le afligiera ni le espantase mucho su prisión.

Peor asunto que este era el de Teba, que en Madrid y por oficios ó influencias de Salvador de Toro Guzmán iba enconándose. La intriga tramada contra Isunza prosperaba, gracias á los manejos y chanchullos de la corte y el fiscal de S. M. pedía ya que el Proveedor general pagase de su bolsa el importe del trigo indebidamente tomado por Nicolás Benito en Teba. Tantos eran los documentos con que la curia fiscal abrumaba á Isunza y á Cervantes que, exasperado por fin, el buen vitoriano, decidió trasladarse á Madrid á deshacer el nefando enredo que fraguaron sus enemigos, y para mejor lograrlo llevó consigo á Cervantes.

A mediados de Noviembre, encontrábanse ya en la corte Isunza y Miguel. En 1.º de Diciembre pedía Miguel á Su Majestad que se subrogasen en su persona todos los cargos que se achacaban á Isunza por el asunto de Teba.

Este quijotesco documento, publicado por el Sr. Apraiz, prueba que en el corazón de Cervantes seguía ardiendo la llama de la generosidad, á los cuarenta y cinco años lo mismo que cuando en el

cautiverio de Argel sacaba la cara y ofrecía su cabeza por salvar á los demás cautivos ante Azán-bajá.

Los que aman la belleza de la actitud y la nobleza del gesto tienen mucho que aprender en este humilde pedimento judicial, en el que Cervantes, grande y resuelto como su Ingenioso Hidalgo, escribe, con soberbias palabras, dirigiéndose á Felipe II y á sus altivos dependientes y magistrados: «Yo me he hecho cargo dello que tengo de dar cuenta de todo con lo demás que es de mi cargo y no es justo que del dicho Proveedor (Isunza) ni de mí se diga cosa semejante como la que se opone ni que dicho Proveedor sea injustamente molestado. Y para que se entienda esta verdad, me ofrezco á dar cuenta en esta corte ó donde V. M. fuese servido y de dar fianzas para ello legas y abonadas, demás de las que tengo dadas á dicho Proveedor... y V. M. sea servido que dando yo las dichas fianzas y la cuenta como la ofrezco, el dicho Proveedor ni sus bienes sea molestado, pues él no debe nada y sobre ello pido justicia.» Y juzgando que aún esto era poco, después de la firma añadió: «Otrosí suplico á V. M. mande que el juez sobresea hasta que se sepa la verdad de este negocio *porque no es justo que por una simple petición del delator, sin otra información alguna sea creído y más contra tan fiel criado de V. M. como lo es el dicho Proveedor Pedro de Isunza.*»

Con palabras como estas que, figurando en un documento judicial, parecen ecos de aquellas del Romancero:

Tengo yo de replicarvos
y de contrallarvos tengo.....

hablaba á los Reyes quien, cual Don Quijote, se sentía por dentro capaz de sostener en sus sienes una corona.

Fijémonos bien en esto para asegurar que no se mostraba el ánimo de Cervantes abatido ni amilanado por las contrariedades diarias de su cargo y oficio. Como Don Quijote, Cervantes se halla seguro de que la justicia ha de imponerse al fin y al cabo y por eso habla con tan serena, segura y confiada entonación. Está él por cima de los manejos é intrigüelas de cuatro chupatintas. Por algo ha llegado á los cuarenta y cinco años, pagando siempre con

su cabeza y arriesgando su pellejo. La situación del alma de Miguel en esta visita á Madrid no es la de un hombre desengañado y vencido, como quieren algunos á quienes convendría presentarle como un romántico prematuro. No. Miguel es un funcionario que defiende sus derechos y un hombre noble que arriesga su persona y bienes por Isunza, su amigo, quien se ha hecho acreedor á todo sacrificio.

No hay rastro alguno de que en esta corta temporada se ocupe Miguel en nada literario ni reanude sus antiguas amistades con los poetas de la corte. El momento de vacilación que en Sevilla tuvo y le hizo comprometerse á lo de las comedias con Rodrigo Osorio, ha pasado. Por otra parte, Pedro de Isunza le está agradecido y Miguel no va de repente á cambiar de favorecedor, teniéndole tan bueno y tan poderoso. Ni es tampoco el suyo un carácter versátil, como el de Lope, en quien se reconoce un poquillo al mozo de muchos amos que había entonces dentro de todo español ingenioso.

Por desventura ó sino, está de Dios que Miguel tampoco logre nada por este medio. El honrado y prudente Pedro de Isunza ha visto en la corte cómo habían trabajado y cómo seguirían trabajando contra él sus enemigos, y al tocar con sus manos tanta mezquindad é injusticia, los humores se le han revuelto en el cuerpo; ha caído en una profunda melancolía; en pos de ella ha venido la fiebre. Pedro de Isunza se encuentra en Madrid gravemente enfermo. Su amigo, D. Esteban de Garibay, dice que «pensaron que se moriría» á principios del año 1593. En Mayo mejora un poco y se traslada al Puerto de Santa María, esperando reponerse con la buena temperatura, los aires del mar y el cuidado y esmero de su casa y familia. Por desgracia, no fué así.

El 24 de Junio, después de brevísima dolencia, murió Pedro de Isunza, en brazos de su esposa y sobrina Doña María.

Cervantes se encontraba de nuevo en la calle, como perro sin amo. Ya sólo en su propio ingenio podía confiar y esperar.

CAPÍTULO XXXVII

LOS TRES CORRALES DE SEVILLA.—LA ALEGRÍA QUE PASA.—LAS FIESTAS DEL CORPUS.—LA ZARABANDA.—MUERE DOÑA LEONOR DE CORTINAS

El corral de los Olmos, junto á la Catedral, era uno de esos lugares de holgorio donde se reúne gente de toda laya y alternan caballeros con ladrones y gente principal con perdigachería ambulante. Recinto cerrado, pero de entrada llana y de puerta abierta á todas las horas del día y entreabierta por la noche, siempre había sido punto de cita para los famosos mojones de Andalucía que por el olor, á cierra ojos, diferenciaban el mosto de Alanís del de Guadalcanal; para los blancos y negros jugadores de las dos, de las cuatro y de las doce, alzadores de muertos y corredores de la raspa; para los valentones y matantes que pregonaban cabezas y rebanaban narices, sin más tretas que las de la esgrima vulgar y común, así apellidada con menosprecio por los tratadistas que ya empezaban á salir, teorizando la práctica de las espadas negras; y, en fin, para chalanes, belitres, bergantes, corchapines, bujarras y gentualla como la que denotan tales y otros muchos nombres conocidos y desconocidos por Juan Hidalgo, el lexicógrafo de la germanía.

En tres corrales venía entonces á reunirse lo mejor y lo peor de Sevilla: uno, este corral de los Olmos; otro, el corral de los Naranjos, único que aún existe y no es sino un patio de la Catedral al que se entra por la puerta árabe del Perdón y en donde aún se ve el púlpito á que tantos predicadores y maestros su-

bieron para evangelizar á aquella sociedad más corrompida que la presente, ó lo mismo, por lo menos; y otro, era el corral de D. Juan, donde se representaban las comedias, sitio de muy reciente boga.

Sevillano de veras no se podía ser si no se visitaban con frecuencia los tres corrales: el de D. Juan, para predisponerse al pecado con el ejemplo de las comedias de enredosas damas y galanes infamadores; el de los Olmos, para pecar á todo ruedo y sin apremios ni dificultades, y el de los Naranjos, para arrepentirse del pecado y preparar la absolución. En un puño de terreno, como quien dice, tenían los sevillanos resueltos los principales problemas que la vida ofrece. Gustan las grandes ciudades de facilidad y prontitud para sus solaces y para sus devociones; como en aquéllas se lleva una vida ajetreada y nerviosa, es agradable perder poco tiempo en idas y venidas para echar á perder el alma ó para rehabilitarla y mundificarla después.

De uno á otro de los corrales iba Miguel desocupado, mientras aguardaba que el nuevo Proveedor de las galeras, que lo era interinamente y después lo fué en definitiva, el contador Miguel de Oviedo, le encargase algunas comisiones. En el corral de los Olmos ó á sus tapias, se habían refugiado desde el anterior año de 1592, en que se derribaron los poyos de las Gradas, muchos de los baratilleros, cantadores, tenedores de tablas y de naipes, que antes se encostraban en la Catedral. En sus tiempos ociosos vivía Miguel, en cierto modo, la vida de esta gente, para la cual no había horas fijas, comida segura, ni sueño suelto y sin aprensiones.

Sentado en un banquillo ó apoyado en la pared, dejaba que su gran espíritu divagase en la atmósfera tibia y aromosa de la primavera sevillana. Examinando su vida en aquellos momentos de laxitud, los más fecundos para el artista que en ellos entrevé los indecisos contornos de sus creaciones, iban formándose, de una manera misteriosa y arcana en el alma de Miguel, ya en procesiones graves y pausadas, ya en desenfrenados aquelarres, las estantiguas y soñaciones de las figuras que bajo su pluma habían de adquirir vida inmortal. La verdad sangrienta y desgarrada se le ofrecía en el Corral de los Olmos, roncando porvidas y ceceando

valentonescas ponderaciones: la honda verdad humana que es de todos los tiempos, iba desentrañándola en la consideración de su agitada existencia, en el recuerdo de sus muertas ilusiones y de sus desvanecidos embaimientos.

Mentiras y ficciones eran, en realidad, como las tretas de los matantes y como los floreos de los tahures y como las borracheras de los mojones y como las gachonerías de las daifas del Compás, los demás alicientes que en competencia con el Corral de los Olmos, ofrecían el de los Naranjos y el de D. Juan. La verdad habitaba en el interior del hombre, según el dicho santo, y allí era forzoso buscarla: y al pensar así, Miguel recordaba la milagrosa fragancia que los vecinos de Úbeda habían olido en el cuerpo putrefacto de San Juan de la Cruz. La ilusión fraguaba el vivir externo y muchas gentes no tenían otro. La vida interior comenzaba á laborar en los espíritus, no para dar frutos de hechos, sino para acabar con la acción, para aniquilar *lo otro*, la materia, el *asnillo* del Santo. ¿Qué era, pues, la vida?

A las reflexiones acumuladas por Miguel en sus interminables y disgustosos días de Écija, mientras el tamillo de la zaranda volaba como polvo de oro por el sol cernido en torno suyo, sucedían sus pensares de desocupado en el Corral de los Olmos, entre el ruido y turbamulta de la gentuza sevillana: y en el límpido cielo á veces, á veces en un rincón penumbroso de la taberna, cuándo bajo la sombra de los copudos olmos, tristes como todos los árboles de merendero en cuyo corazón se meten arteramente clavos cuelgacapas y prendegorras, y cuyo follaje ensucia la polvareda del bailoteo, veía Miguel abocetarse y diseñarse, aún como transparentes sombras, de su propia vida surgiendo, la figura del caballero vagabundo que pensaba reconquistar la muerta edad de oro, revivir los siglos dichosos en que las ilusiones se realizaban, como en la frontera catedral se había cuajado en piedra y parecía sostener la bóveda del cielo la andaluzada de aquel canónigo que dijo: Hagamos una iglesia tal que nos tengan por locos los siglos venideros.

En Écija, en Úbeda y en Montilla, había aprendido Miguel que á las pasadas locuras de la edad caballeresca estaban ya reemplazando las andantes caballerías del misticismo y del ascetismo. Aquí y allá, por los pueblos de sus negras comisiones, había aprendido Miguel cómo la araña milagrosa que se alimenta chupando la sangre de los corazones ardientes iba tejiendo su tela de hilillos sutiles por toda España: cómo los enflaquecidos caballeros de la Cruz y las maceradas damas del Amor divino tomaban las ventas por castillos interiores y recorrían en un arrobo inefable los siete cielos de sus Moradas, engolfándose en ellas y perdiendo de vista el mundo. En aquellos conventos de monjas y frailes, donde tal vez entró, perdidos entre las callejuelas de un lugarón seco ó colgados en unos breñales de las tierras de Jaén y de Córdoba, latían trémulos los pulsos y vibraban los corazones al recontar las recién acabadas proezas del Caballero de Loyola y de su recio escuadrón de negros paladines, ó los crueles triunfos del Hombre de Almodóvar del Campo y sus batallas contra los gigantes del mundo, y en particular contra el Caraculiambro que antes se llamaba Amor humano; en fin, las andantes empresas de la valerosa Mujer de Ávila, para cuyas aventuras no bastaba la pluma de Amadís si no se le juntaba la de Cide Hamete.

Ya sabía muy bien Cervantes lo que podía hacerse con ingenio y sutileza, sin más que fijarse en todo cuanto á su alrededor veía en los corrales dichos: Cristóbal de Lugo y Pedro de Urdemalas, Monipodio y su cofradía, nada le podían revelar. Hermanos de Lazarillo y de Guzmán de Alfarache eran, y como tales procedían y hablaban, á veces mejor, siempre con más sobriedad; pero aquello era poco, era solamente la cáscara de la vida, y bajo ella había que ahondar y exprimir para llegar á su agridulce jugo.

De estas imaginaciones vino á sacarle una vez la aparición en el corral de los Olmos de dos figuras amigas, que con gran alborozo le tendían los brazos. Eran el gran representante y ex-albañil Jerónimo Velázquez y su compañero y compinche Rodrigo de Saavedra, quienes llegaban á Sevilla para hacer las fiestas del Corpus Christi. A la redonda sentados, prontos los picheles y con la fresca de los Olmos, los tres viejos amigos departieron. A Miguel se le remozaba el corazón al hablar con aquellos otros vagabundos que cruzaban España sembrando la alegría.

Grandes novedades traían que contar y grandes denuestos que despotricar, contra Lope de Vega principalmente. Los escándalos de Lope y Elena Osorio, las coplas por él compuestas contra Elena y Ana Velázquez y contra su vecina Juana de Ribera, y la sátira macarrónica que escribió contra el Dr. Velázquez, habían obligado á Jerónimo á querellarse de Lope, que fué condenado á destierro, primero del reino de Castilla y después de la corte. De todo ello sabía Cervantes, por haberlo oído en su último viaje á Madrid; pero quizás no oyó hasta entonces cuantas perversidades se les ocurrió decir á los feroces enemigos de Lope, Jerónimo Velázquez y Rodrigo de Saavedra. No debe suponerse que á Miguel le halagasen el oído estas rencillas de cómicos y autores, sí que apartaron un poco del teatro y de sus miserias el pensamiento, que ya en otras alturas se hallaba embebecido y elevado.

Ciertamente—pensaba Miguel—que no valía la pena de llamarse gran poeta y de ser aplaudido y encomiado en toda España para que el dicho de un histrión, consentidor de las pasadas liviandades, le trajese á uno zarandeado y errabundo. Para eso, menos malas eran las comisiones donde, siquiera, se iba en servicio del Rey y cabía la esperanza de algún aumento.

Comparaba Miguel con la suya, y aun con la de Lope, á la sazón servidor de la casa de Alba, la situación de Jerónimo Velázquez, rico, propietario de casas, influyunte en la corte cuanto era menester, hasta para procesar y desterrar á Lope y para lograr pingües destinos en las Indias al Dr. Velázquez de Contreras, de quien no se sabía que hubiese prestado servicio alguno: y veía crecer y ensancharse la ficción, ocupar toda España la gran farsa de la vida hipócrita y fullera, donde todo era trapacería, tramoya, intrigas y recomendaciones, favores logrados por las faldas y ventajas conseguidas con el colorete y la peluca.

Para más y mejor desarrollar este negocio de la carátula triunfante, las compañías cómicas, en las cuales en tiempos anteriores y hasta 1587 no habían figurado hembras, haciéndose por muchachos lampiños ó motilones los papeles de mujer, llevaban ya consigo su gallinero de actrices, mujeres ó medio mujeres de los comediantes, como decía Quevedo, generalmente, á dos por cada hombre. Con Saavedra y Velázquez iban Mari Flores, mujer de Pedro Rodríguez, Ana Ruiz, mujer de Miguel Ruiz, y Jerónima de los Angeles, mujer de Luis Calderón, quizás pariente del marido de Elena Velázquez. Qué eran estas mujeres marimachos que osaban parecer en público y afrontar los tropiezos del camino y de la venta, no hay para qué decirlo.

Con el aliciente de las faldas, creció por extremo la afición de los pueblos al teatro. Era entonces, como ahora, en muchos lugares, el carro de los autos ó de las comedias, *la alegría que pasa* un momento y que no vuelve jamás, ó vuelve tarde, cuando ya en los pechos donde nació se han secado las flores que hizo brotar.

Imaginémonos qué sería, allá por los cerros de Úbeda, en los días en que hombres y mujeres se hallaban más impregnados del perfume místico, guardándose el secreto de su grande y piadosa ficción, ver aparecer el carro de los representantes, las desvergüenzas y chistes del bojiganga, las desenvolturas, picarescos bailes, incitativos meneos y desgarradas canciones de la graciosa, que siempre había de ser bailarina: qué sería oir rasgar el silencio henchido y preñado de tentadoras sugestiones, el repiqueteo de las castañuelas y regalar la vista, las danzas, los trajes de telas de reluz, los deslumbradores atavíos de lentejuelas y azabaches, y luego ver repetir á aquella corrobla de perdidos y perdidas, con reverendísima entonación, los metafísicos razonamientos, ya escuchados en el púlpito ó leídos en cartas espirituales y en libros devotos, pero que en labios de los cómicos solían tener una entonación amorosa y mundana hondamente perturbadora. Mari Flores ó Ana Ruiz, haciendo los papeles de la Culpa ó de la Lujuria en los devotísimos autos del Corpus, y procurando presentarse galanas y bien arreadas, como la Lujuria y la Culpa suelen ofrecerse, ¿qué de estragos no harían en los corazones jóvenes y qué reguero de malogradas é inútiles llamas no dejarían al marcharse de cada pueblo? Con esto, la hipocresía emanada de lo más alto y pronto corrida por todos los estados sociales, iba enseñoreándose de los espíritus.

Jerónimo Velázquez había estado ya en Sevilla á representar los autos del Corpus en 1582, pero entonces aún no llevaba mujeres.

Cuando llegó en 1593, los sevillanos de los tres corrales se relamieron de gusto al pensar en lo gratamente que iban á divertirse, celebrando al par la devoción y la mirífica eficacia del Santísimo Sacramento, bella creencia metafísica, en la cual los ingenios españoles han colgado las galas mejores de su minerva. Se presentó Velázquez al Cabildo y, previas algunas discusiones, quedó en representar cuatro autos: *David*, *Justo y Pastor*, *David y Navalcarmelo* y *La Reina de Candassia*, obras ya por él probadas, y que en todas partes habían causado gran efecto. Ensayáronse, ó todas ó algunas escenas, ante los señores canónigos y regidores, y gustaron mucho. Vió entonces Miguel cómo se había levantado de su antigua humildad la farándula y crecido la máquina y tramoya hasta un punto de no esperada perfección.

Pero no bastaba con los autos. Las fiestas del Corpus eran ya motivo para que unas ciudades contendiesen con otras en lujo y derroche, y dentro de cada ciudad, unas clases sociales con las demás. Pagaba el Ayuntamiento, chanchulleando en estos ajustes lo posible, á más de los carros donde habían de representarse los autos al Santísimo Sacramento, el larguísimo cortejo que acompañaba á la procesión, y en el que figuraban danzas con música y letra, titiriteros, acróbatas, negros, moros y toda casta de gente holgona y loquesca.

El Corpus de 1593 en Sevilla dejó memoria. A más de los autos y representaciones, con joya ó galardón para la obra más gustada, hubo otra infinidad de regocijos públicos, dándose premios á las cofradías más bizarramente vestidas, á los arcos que se alzaron en los sitios por donde había de pasar la procesión y cuyo mérito no consistía en la traza artística ó arquitectónica, sino en lo ingenioso y complicado de las figuras alegóricas y en los lemas, coplas y versos que en carteles y tarjetones aparecían escritos en latín y en castellano.

Joyas hubo también para las danzas que seguían al Santísimo y que fueron una danza de la Serrana de la Vera, donde había algo de representación y mucho de baile, en el que tomaban parte danzarinas guapas y jacarandosas que sacaban las modas nuevas del bailar y del vestir; otra danza de espadas, como las que aún se hacen desde las Provincias bascas hasta Andalucía; otra, que era una zambra á la morisca, algo así como las mojigangas de *Las odaliscas y el sultán*, que hemos visto en la plaza de toros hace veinticinco años; otra danza del *triunfo de Sevilla*, que fué la que se llevó el premio, y donde, sin duda, figuraban moros y cristianos, y salía el Santo Rey D. Fernando III; otra para acompañar á la tarasca y á la mojarrilla ó Anabolena que la cabalgaba; otra danza *del dios Pan*, donde se representaría alguna escena báquica entre ninfas, silvanos y faunos, ó salvajes mejor ó peor contrahechos; otras danzas de gigantones, de indios, de gitanos y gitanas jugadores de navaja y bailadores de seguidillas ó panaderos; un volteador que iba dando saltos mortales en un carro, para celebrar el triunfo del Santísimo Sacramento como el titiritero de la Virgen (que nuevo, nada hay en el mundo) y, finalmente, el disloque, el colmo y extremo y ápice de la furiosa algazara y del desenfrenado regocijo, que fué la procaz, la escandalosa, la vibrante, la lúbrica y cínica *zarabanda*, aquel baile que desde el momento solemne en que apareció hasta los días en que fué bailado en los salones de la corte del Rey Sol de Francia, Luis XIV, hizo pasar por toda España primero y por toda Francia después, un espasmo de voluptuosidad incandescente, al cual, cuando acudieron moralistas y legisladores para ponerle remedio, ya era tarde.

Quien no creyese en la existencia del diablo ó no supiese de ella, se habría visto forzado á inventar y á reconocer á Satanás como el autor de aquel baile ó zarandeo archilujurioso que se presentó en el Corpus de 1593 en Sevilla, y en breve corrió por toda España. Lo que, al hacer los ensayos, no habían sabido ver, ó si lo vieron se lo callaron, los señores del Cabildo, no podía una penetración tan sagaz como la de Cervantes dejar de advertirlo. La aparición de la Zarabanda y de sus vueltas, cabriolas y acompasados batimanes, era para el espíritu menos observador un signo de enervación y de decadencia. Habían muerto ya, y bien muertos y enterrados estaban, el heroico Don Juan y el prudente Don Alvaro, con Aquiles y Ulises comparables: se había hundido en los mares, con la Invencible, la bravura española por mar, y

en Flandes se estaba gastando lo que de ella quedaba por tierra. En el corazón de la patria, el eco de los desastres, habían sido elevaciones místicas y ascéticos desvaríos y teatrales ficciones. Las almas se habían acoquinado, empequeñecido, arrugado, impotenciado: allá en el Escorial, más gris que la piedra y más que ella duro, iba pudriéndose entre la sombra de los sillares el duro y gris monarca, amarrado á la silla de sus dolores; á la devoción de Cristo y de su Madre reemplazaba la de los conceptos teológicos, que se esforzaban por presentarse al pueblo con imágenes tangibles, sensuales y atractivas, y en medio de una fiesta ostentosa, hecha para celebrar esta devoción, aparecía brincando, meneando las caderas, entornando los ojos, cimbreando el talle y arqueando los brazos la Zarabanda diablesca, incitadora, terrible, sudorosa, roja y morena, en el calor del Julio sevillano, á todas las laxitudes y flojeras propicio.

Miguel notaba el sordo rugir de la mocedad que con los ojos desencajados y los labios sangrientos seguía los pasos y vueltas de la danza. Miguel conocía que el pueblo vencido acababa de morder el fruto de perdición: y las estantiguas y fantasmas que surgían poco antes en su magín, iban concretándose y tomando la forma de hidalgos apaleados con sus ideales rotos, y de encantadas princesas que en zafias labradoras se convertían. La primera salida de la Zarabanda era la primera derrota seria y temible de los caballeros de lo ideal.

Pasaron las fiestas del Corpus, huyó la alegría que pasa, y comisionado por Miguel de Oviedo, como antes lo estuviera por Isunza y por Guevara, volvió Miguel á andar el camino, que ya tenía poco ó casi nada que enseñarle, por doce leguas á la redonda de Sevilla: Villalba del Alcor, Villarrasa, el condado de Niebla, Ruciana, Mairenilla, Paterna, Villamanrique, Llerena, le vieron, acompañado de su ayudante Luis Enríquez, durante los últimos meses de 1593 y los primeros de 1594, sacar provisiones de trigo y aceite para una escuadra, en cuya existencia y utilidad ya nadie creía. Por este tiempo, quizás conoció y cursó el finibusterre de la picaresca, en las almadrabas de Zahara. De seguro, en todos aquellos pueblos oyó hablar mal del duque de Medina, y tal vez apuntó

en su memoria ó en sus papeles los motes jácaros y burlones que la picaresca de Medina-Sidonia, de Zahara, de los Puertos y de Cádiz, daba á los personajes más poderosos del país: gaditanos legítimos son los nombres de D. Timonel de Carcajona, de Pentapolín el del Arremangado brazo, del poderoso duque de Nervia, de Alifanfarón de Trapobana y de las baronías de Utrique. Acercándonos hoy á un colmado ó casino de Cádiz ó de los Puertos, escucharemos motes y apodos de esa facha aplicados á todo el mundo.

Mientras Miguel seguía su vida errante de comisario, le ocurrió una gran desgracia, la mayor que puede acontecer en la vida. En los primeros días de Noviembre de 1593, hallándose Miguel en Mairenilla ó en Paterna ó en el Puerto, murió en Madrid doña Leonor de Cortinas, que habitaba con su hija doña Magdalena en la calle de Leganitos, en casa de Pedro de Medina, pellejero.

Del dolor que á Miguel causó tan triste nueva, nada sabemos. Conocemos la tierna solicitud, la industriosa constancia con que Doña Leonor procuró el rescate de sus hijos cautivos; acertamos á distinguir en ella las grandes dotes de las mujeres decididas y varoniles que entonces abundaban más que hoy; inferimos la blandura y benevolencia de su alma amorosa y la ternura que usó siempre con sus hijos.

Su figura, no obstante, es difícil de trazar con los datos que hasta hoy se poseen. Por las obras de Miguel no cruza esta imagen santa de la madre, y así había de ser y así ha de esperarlo todo el que haya escrito algo y posea la delicadeza necesaria para comprender cómo el grande, el genial acierto de nuestros mejores literatos y poetas cabalmente es lo que suelen algunos reprocharles y censurarles como un demérito. Se dice ya vulgarmente que en la literatura española *hay pocas madres*. Enorgullezcámonos por ello; porque nuestros grandes poetas han sido, al propio tiempo, hombres de tan refinada condición, que todos han reconocido tácitamente cómo las madres nada tienen que ver con la literatura, la cual, por muy noble y elevada que sea, es siempre baja para mezclar y profanar con ella el más hondo y puro de todos los sentimientos humanos. Prueba es no sólo de finura, sino de fortaleza

(y ¿qué finura sin fortaleza vale nada?), el silencio de Miguel, como el silencio de Lope, en circunstancia igual.

A Lope se le muere el padre, y él compone uno de sus mejores sonetos; se le muere la madre, y calla, él que nunca pudo callar ni sus más leves cuitas. Encontramos en el teatro de Lope algunos padres, algunos magníficos, venerables y grandiosos abuelos, como Tello de Meneses; madres, hay pocas y no corresponden al brío del autor, ni á la calidad de los demás personajes.

Murió la madre de Miguel. Miguel calló. Su silencio en tal ocasión es una de sus obras mejores y más castizas.

CAPITULO XXXVIII

EL «VERANILLO» DE MIGUEL.—SIGUEN LAS AGONÍAS DE LA CORTE. GRANADA

Muerta Doña Leonor de Cortinas, Miguel, así que pudo, regresó á Madrid. ¿Qué le atraía á la corte? No podemos suponer que se sintiese ya Cervantes absolutamente desgarrado de su casa y de los afectos familiares, como tantos otros hombres de camino y de callejuela que por entonces cruzaban la nación. Endurecido y acordobanado debía de tener el cuero en sus cuarenta y siete años de marchas sin descansar, pero el corazón de seguro que aún estaba tierno y sensible, á pesar de los golpes sufridos. Costábale trabajo creer que su persona ya no interesara á nadie.

Hay que fijarse mucho en esto, que es tan triste y tan fecundo para la elevación de las almas. Transcurridos los cuarenta años (algunas veces, al pasar los treinta), hasta el que más descuidado, valeroso é inaprensivo sea, necesita y requiere que alguien le haga caso, le estime y le abrigue ó siquiera le resguarde contra la frialdad letal del mundo. La fortaleza de Cervantes y su genial temple, que tundidos por la experiencia le habían hecho formar un concepto claro y sintético de la vida y con él ir trampeando, no bastaban á eximirle de esa ley general. Miguel no tenía á sus cuarenta y siete años, como el Justo á los treinta y tres, ni un pedrusco en donde reposar la cabeza.

Mientras él andaba de pueblo en pueblo y de venta en mesón, aporreado y aperreado, en ministerios y comisiones que no le agradaban ni á nadie agradar podían, su buena y fiel Doña Catalina de Salazar llevaba en el caserón de Esquivias la vida remolo-

na y gozaba el sosiego de los lugares, departiendo con su hermano el clérigo administrador, acerca del cariz de los barbechos ó de la muestra de las olivas, ó bien descabezaba una siesta junto á la lumbre, dejando soltarse los puntos de la comenzada media ó abandonando á los jugueteos del gato el cestillo de la labor. No se diga nada malo de esta excelente señora; declárese únicamente que dejó pasar años y años sin preocuparse poco ni mucho de su marido.

El problema del vivir se presentaba otra vez ante los cansados ojos del Ingenioso Hidalgo; no había para resolverle nuevos términos hábiles. O meterse en Esquivias á vegetar, si licencia le daban para ello su mujer y su cuñado, ó seguir, sin esperanza de sosiego, la vida errante y aventurera, en la que ya conocía ó suponía cuanto pudiera acontecerle.

No nos engañemos románticamente pensando que la alegría de Miguel le salvaba de todas estas cavilaciones. Un alma tan grande no puede vivir en perpetuo regocijo; á un espíritu como el suyo no le puede satisfacer de un modo perenne y diario ese atractivo de lo pintoresco que en la vagabundez adivinan los que no han sido vagabundos ó lo han sido por deporte y por pocos días, sin obligación alguna. No hay en las obras y hechos de Miguel, rastro del desequilibrio que la vida nómada acusa generalmente en quien la sigue. Fué él siempre lo que se llama un hombre ponderado, y lo prueba la predilección que tuvo por los locos y la sagacidad con que estudió y pintó demencias y vesanias.

A este hombre, es forzoso inferir que el desasosiego de la vida que llevaba llegó á cansarle, y el hecho de habérsele muerto su madre, una madre como Doña Leonor de Cortinas, tan valiente, resuelta y probada en todo maternal sacrificio, y de no haber podido él hallarse á su lado, debió de hacerle recapacitar, rehacerse, tomar una resolución. Ved aquí, ved la influencia callada y nunca explícita de estas madres españolas, nada teatrales, de estas madres que jamás prorrumpen en gritos imitables por esta ó aquella actriz, ni traducibles al lenguaje escénico, de estas madres que, animosas, siguen con ojos enjutos al hijo que se marcha al camino incierto ó á la guerra cruel y no dejan correr las lágrimas hasta

que se hallan solas, donde á nadie perturbe, ni á nadie compunja su dolor. La muerte de Doña Leonor de Cortinas, hace poco á poco operación en el ánimo de Cervantes, le arranca tal vez del mundo de trivialidades y pequeñeces en que estaba sumido, le hace partir de nuevo con el ánimo y la esperanza de rehacer su vida.

Cabizbajo y entristecido atraviesa una vez más Miguel los caminos trillados de Sevilla á Madrid, en la primavera de 1594. Se detiene en Esquivias. ¿Pensaréis que su mujer doña Catalina no ha de recibirle con afable gesto? Al contrario. Estas hidalgas de los pueblos chicos tienen la suprema habilidad ó el soberano desdén de fingir que el tiempo no ha pasado por su corazón ni por su cara. En eso consiste todo su imperio. Doña Catalina es y todas ellas son lo que les manda el cura al leerles la epístola: arcas cerradas. Podrá creerse que nada tienen dentro: créalo quien quiera ó quien no esté hecho á abrir muchas arcas y á apreciar los retales deslucidos, las cintas ajadas, los papeles amarillentos que en ellas suelen conservarse.

Mientras Miguel ha adquirido aquella viril belleza del hombre maduro, á quien poco ó nada de cuanto ocurra puede suspender ni maravillar, doña Catalina ha conservado la hermosura de lo que se guarda y reserva, esa delicadeza rara y peregrina de los cuadritos de tabla que en las capillas ó sacristías de las catedrales se custodian cubiertos con una cortinilla que fué morada y es violeta tirando á gris. Las facciones se han desecado un poco, tal vez la arista del hueso comienza á dibujar líneas ligeramente angulosas en la quijada, en la barbilla, en el filo de la nariz; las mejillas están un si es no es demacradas, la frente un tanto marfilina, el pelo una miaja lacio, pero, en cambio, en medio de todo este conjunto que espiritualiza y santifica el rostro, los ojos, siempre jóvenes, arden en sus cráteres morados, calenturientos. En ellos está la vida, el amor ahorrado y quien sepa despertarla y acierte á excitarle verá si el arca cerrada está vacía y olerá los perfumes manidos, que son los más suaves y palpará las sedas mustias, que son las más halagüeñas al tacto.

Quien nunca poseyó un viejo castillo ó siquiera un caserón solariego, del que viviese alejado por muchos años, por ese espa-

cio de tiempo que es una época en la vida y no disfrutó el deleite exquisito de volver á abrir las ventanas que rechinan, persuadidas de que ya era su destino quedarse cerradas para siempre, y de palpar las sedas de los cortinones que crujen resignadas á salir de su letargo: y de echarse de golpe en las butacas viejas cuyos muelles vibran protestando y de recorrer las teclas del desacorde clave que con mudez perpetua soñaba ¿qué sabe del placer que para Cervantes sería gozar del estancado amor, remover las aguas hondas, gustar las sequedades primeras de su doña Catalina, la hermosa hidalga estéril, que ya se había habituado á la idea y al hecho de una continua y prematura viudez y quizás pasaba largas horas, días y aun meses, libre de la obsesión amorosa y del recuerdo de su marido?

Veintinueve años tenía entonces doña Catalina. Considerad los que sabéis de estas cosas qué son veintinueve años para fruídos por un hombre robusto y sano de cuarenta y siete. Miguel tuvo entonces acaso los momentos más hondamente felices de su existencia. No duraron mucho. Harto conocía el Ingenioso Hidalgo que no se habían hecho para él los goces y dulzuras de la quietud. Bien se le alcanzaba que, aun cuando el oro de sus cabellos y de sus barbas no tenía aún mezcla, la juventud se le iba por puntos: comenzaba á correrle ese escalofrío que produce el sentir el alma joven en el cuerpo que á madurar comienza. Sabio, gustaba el honesto y picante olor del membrillo en el arca guardado: prudente, se apercibía para gozar del ya cercano otoño, puesto que siempre los otoños le fueron propicios. Pero aún la hora del reposo no había sonado. Aún era menester ganarle, y en consecuencia Miguel se trasladó á la corte.

Encontró allí á su hermana doña Magdalena, desvaída y marchita su pasada hermosura, la aguileña faz encubierta con el velo negro que de allí en adelante había de encuadrarla y el corazón, blando siempre, muy propenso entonces á liquidarse y salir en lluvias de lágrimas por los ojos. Encontró á su hermana doña Andrea, como siempre, decidida y animosa y, como siempre, dispuesta á ponerle pleito al lucero del alba que en forma de pretendiente ó solicitador de ella ó de su hija se le presentase.

Viuda ya doña Andrea por segunda vez, en ella hemos de ver una gloriosa antepasada de la ilustre y memorable generación de viudas amables y listas que han forjado la mitad de nuestra historia social y puesto sus hilos en la trama de la historia política. Doña Andrea era aún, sin duda, una señora de buen ver, frescachona y apetitosa. La prueba es que después, viuda en segundas nupcias del florentín Santes Ambrosi, se casó con el general Alvaro Mendaño, de quien nada sabemos. Era una de esas señoras cincuentonas que no parecen sino hermanas de sus hijas, y á quienes aman los generales de blanca perilla, pero de espíritu un tanto donjuanesco aún. Doña Andrea y su hija doña Constanza de Figueroa y de Ovando debían de andar por Madrid con cierta agradable y simpática libertad. Las dos estaban en disponibilidad para casarse y no habían de oponer resistencia á los cortejos que buenamente les saliesen.

Uno de ellos fué el noble señor aragonés D. Pedro de Lanuza y de Perellós, hijo del vizconde de Rueda y de Perellós don Juan de Lanuza, cuarto Justicia Mayor de Aragón, y hermano de don Juan de Lanuza, el último Justicia, á quien, por torpeza suya y por crueldad y desatentado proceder de Felipe II, ajusticiaron en Zaragoza tres años antes. La iracundia del monarca ó la suspicacia de los ejecutores de su voluntad había hecho que fuesen confiscados todos los bienes de los Lanuzas: para levantar la confiscación vino á Madrid D. Pedro, que era caballero de Santiago. Andando por las calles ó visitando gradas y atrios de iglesias, tropezó con las Cervantas é hizo el amor á doña Constanza de Ovando. Al llegar Miguel á Madrid, las cosas estaban muy mal entre los dos amantes. Don Pedro que, pobre y con los bienes empeñados, había creído muy gracioso juego los amores con la pobre doña Constanza, al ver que sus pretensiones llevaban buen camino y que el Rey estaba con ánimos para resarcirle de los pasados perjuicios concediéndole una encomienda de su orden, creyó prudente zafarse del compromiso con las Cervantas, las cuales no dejaron de poner en práctica sus ya conocidos recursos ni de exigir á D. Pedro las indemnizaciones en tales casos acostumbradas, primero por la buena y amistosamente, y después por el camino de las demandas judiciales.

Mucho debió de pesar en el ánimo de Miguel ver á su prudente hermana doña Andrea metida nuevamente en pleitos de la misma índole que los pasados. En su persona y en las de su familia iba produciéndose la amarga y tirante excitación que el papel sellado suele dejar en las casas que visita con frecuencia. Cosa triste era estar condenado á vivir siempre entre papeles del sello: más triste aún y más propia para conducir un alma grande á la magnífica filosofía del desprecio supremo el ver cómo en casi todas las casas de la corte se enredaban y desenredaban al mismo tiempo intrigas semejantes á la de doña Constanza y D. Pedro de Lanuza, promesas de matrimonio, palabras y pleitos, tramas y líos de escondidos y ojitapadas, todo lo cual iba hirviendo en la olla de Madrid, y de ello habían de salir las damas duendes de Lope, de Tirso y de Calderón, y las desenvueltas damiselas, los curiosos y sabios Alejandros, de Salas Barbadillo, los Cleofases y los Cojuelos de Vélez de Guevara, el poeta gigante, y las cotorreras, pedigüeñas, buscones y caballeros tenazas de Quevedo. Conocía ú olfateaba ya Miguel lo que se venía encima y á más andar, que ya no era la época suya, ni la sazón propia de su genio, y sí el principio de la decadencia; pero claro está, que si él lo olfateaba, no lo notaba aún todo el mundo y más de medio siglo había de pasar antes que lo notara nadie.

En las aulas regias ya apenas quedaban vestigios de aquella corte militar que rodeó á Felipe II en los primeros años de su reinado, heredada de su padre y sostenida por el ejemplo de Don Juan de Austria. El guerrero había desaparecido completamente de la corte: á gran distancia se le tenía y desde El Escorial, cuya última piedra iba á colocarse entonces, se le mandaba hacer algún hecho señalado para pintarle en la sala de batallas.

El enfermizo y agudo diplomático D. Cristóbal de Moura era el hombre que manejaba y dirigía los hilos del vivir de la nación cuando las gotosas manos de D. Felipe II se cansaban. El secretario Juan de Idiáquez, hombre administrativo y puntual como buen bascongado, pero en quien es inútil buscar la genialidad vigorosa de Antonio Pérez, era quien lo arbitraba y disponía todo, según los mandatos de D. Cristóbal y de Don Felipe. Viudo por

cuarta vez el rey y ya muy endeble de salud, preparaba la jura de su hijo el príncipe D. Felipe como heredero de la Corona. Este futuro rey era un enigma: sabíase únicamente que era un amable y discreto cortesano. Se hablaba de tempranos amoríos suyos con algunas grandes damas andaluzas: se contaba y no se acababa de su devoción ejemplar. Miguel oyó todas estas cosas en la corte y se persuadió tristemente de que la raza heroica de Don Juan se había extinguido.

Su antiguo amigo Agustín de Cetina, tal vez por recomendación de su dependiente Juan de Tamayo, que también conocía á Miguel, no tardó en agenciarle una nueva manera de vivir, si nueva manera puede llamarse al oficio de agente ejecutivo, comisionado por el rey ó sea por su Consejo de Hacienda para cobrar dos millones cuatrocientos cincuenta y nueve mil novecientos ochenta y nueve maravedises que al fisco se debían de las tercias reales y alcabalas del reino de Granada. Este cargo, en realidad, no era menos difícil que el de comisario de abastos para la Armada: antes bien, sus dificultades y tropiezos aumentaban en razón á que no se trataba de recoger trigo y aceite que nunca suelen faltar en los pueblos, sino de sacar dinero, del que jamás hubo abundancia y sacarlo por atrasos en el pago de contribuciones. Para ello llevaba Miguel autoridad de juez ejecutor y podía procesar y prender á las personas, embargar los bienes y vender en pública subasta los redaños de los pobres deudores, si era preciso.

Como se ve, no era un hueso fácil de roer el que le arrojaba á Cervantes su antiguo amigo Agustín de Cetina ó los personajes á quienes habló éste para lograr tal comisión. Por añadidura, hacía falta que Miguel presentase un fiador abonado, pues claro está que no bastaba su crédito personal para concederle tantas facultades y dejar á su disposición una cantidad que él mismo había de recoger y entregar á la Hacienda. La fianza había de ser cuantiosa y los pocos amigos que Miguel tenía en la corte no eran ricos. No se sabe cómo dió con un tal D. Francisco Suárez Gasco, hombre rico, pendenciero y mala cabeza, quien ofreció dar fianza de cuatro mil ducados para que saliese Cervantes del apuro.

Era D. Francisco Suárez Gasco un caballero perteneciente á buena familia de Tarancón, pero su fama no respondía á lo ilustre de su nombre. Había estado procesado por achacársele que quiso matar á su mujer, y condenado á destierro de la corte. Por hombre de poco más ó menos, á pesar de sus bienes, era tenido, y cuando firmó la fianza en 1.º de Agosto, hubo un contador bascongado, Enrique de Araiz, que pidió se le exigiese mayor cantidad. ¡Qué tales serían la pinta y trazas del sujeto! Sacó Cetina la cara por Cervantes, pero no logró que la fianza de Suárez Gasco fuese estimada suficiente. El 13 de Agosto se le dió á Miguel la Real carta de comisión para cobrar la cantidad dicha del tesoro de la Casa de la moneda de Granada, de la renta de la *agüela* de allí mismo, de las tercias de Ronda, de las alcabalas y tercias de Loja, Alhama, Guadix y su partido, Baza, Almuñécar, Motril y Salobreña. Todo ello había de cobrarlo en cincuenta días de término á lo sumo, y entregarlo en las arcas de tres llaves á D. Pedro Mesía de Tovar, que hacía de Tesorero general entonces, y debía hacerlo en persona, sin delegar en nadie, y cobrando 550 maravedís diarios de jornal para él y para sus ayudantes.

La lectura de la carta de comisión debió de parar pensativo á Miguel. De tal suerte está redactada, que si no hubiera pasado á la Historia por referirse á Cervantes, merecía pasar cual modelo de nuestra literatura administrativa y ejemplo de nuestras costumbres burocráticas. En ella se especifican con inquisitorial rigor los deberes del comisionado, y hasta se le amenaza ó poco menos si se excede en lo más mínimo; pero al decirle lo que ha de cobrar se incurre en dos inexactitudes gordas: una reparada y rectificada en el mismo documento, y otra que Cervantes hubo de comprobar después, en el lugar á donde se refería. Tal era el desbarajuste, que ni siquiera sabían los que encargaban la cobranza de unas rentas, cuál era su importe, ni si, en efecto, estaban pagadas ó no.

Apechugó, sin embargo, Cervantes con tan enojosa comisión, y el 20 de Agosto expuso nuevamente al Rey que la fianza de Suárez Gasco debía parecer bastante, «atento á que yo no tengo más fianzas y á ser yo hombre conocido, de crédito y casado en

este lugar». Picó en este último anzuelo el escrupuloso y reparón contador Araiz, y dijo que si su mujer tenía bienes, se le admitieran á Miguel como fianza. Fué necesario entonces que Doña Catalina se comprometiera y obligara sus bienes y firma solidaria y mancomunadamente con su marido, lo cual hicieron el 21 de Agosto, al día siguiente de la petición, hallándose ambos en Madrid y, por tanto, lejos Doña Catalina de la sugestiva influencia de su hermano Francisco de Palacios y convencida por las palabras con que Miguel pintaba la necesidad absoluta de tal compromiso. Estos fueron los frutos positivos de aquel ligero renacimiento amoroso; y tales son los trances y pasos de la vida, en donde rara vez, por más que disimularlo queramos, podemos desenredar del amor, más de cerca ó más de lejos, al interés, voluntaria ó impensadamente.

Partió con esto Miguel para Granada y no debemos pensar que si las demás grandes ciudades por él recorridas causaron efecto en su espíritu, no había de suceder lo mismo con la ciudad más inquietante y perturbadora, con la que ha criado los ingenios andaluces más parecidos á los de Castilla y más clásicamente castellanos.

Si es Córdoba la ciudad del contemplativo y del dogmático, es Granada la ciudad del pensador revolucionario, del forjador de contrastes fecundos y de fértiles antinomias. Lo hace esto la presencia constante de la nieve en la altura, de la vegetación africana en lo bajo. Aunque atareado y ajetreado por la premura de su comisión, Cervantes en la ciudad y fuera de ella, después, en los pueblos de la Alpujarra, que recorrió para bajar á Málaga y volver á Sevilla, tuvo tiempo de otear por un lado los picos del Veleta y del Mulhacén, eternamente blancos é impasibles, y al pie de ellos la fecunda y floreciente vega granadina, en cuyas verdes frondas reposaron su vista los reyes poetas y las cautivas nostálgicas á quienes desazonaban los recuerdos. La nieve de los picachos parecía cada amanecer un poco más cerca del cielo y la espléndida verdura del suelo semejaba crecer, ensancharse y multiplicarse de día en día, amagando envolver toda la tierra circunstante donde los nopales se arrastraban, las pitas se erguían y las cañas bravas

surgían como candelabros de cien púas por sobre las tapias de los huertos. En los patios y jardines de las casas, el acre olor del arrayán y del mirto empujaba hacia arriba el olfato y al levantar la cabeza se tropezaban los ojos con la sombra benévola de los granados, cuyos frutos comenzaban á rojear, pintados con oro y con sangre por el sol de minio que por el cielo cobaltino navegaba. Allí los hombres paseaban graves, ahidalgados, sin la bulliciosa alegría sevillana: allí las mujeres, celadas y enceladas tras de las rejas y celosías, arrullaban y se dejaban arrullar sin sacar á la calle más que una mano ó un brazo. La grandiosa calma de los moros poderosos y la incomportable y suicida fiereza de los moros peleantes, de los últimos días de los Nazaríes, habían dejado aquí y allá profundos surcos en los caracteres y en las palabras. El contraste notado ya en el paisaje, se advertía también en los espíritus. Los cristianos granadinos parecían moros de la víspera y los moriscos, que aún muy numerosos ocupaban la ciudad, eran morigeradísimos y suaves como si les hubiera educado el Evangelio.

Granada era la ciudad conveniente para que la considerase el Ingenioso Hidalgo al llegar á la madurez. Ella hizo que Miguel ahondara más y más la idea concebida ya, ó, al menos, diseñada de un grande y fundamental contraste en el que se podría encerrar la vida entera. A las blancas cimas del Veleta y del Mulhacén, vistas frente por frente á los verdes granados y á las carnosas chumberas y á las deshilachadas y socarronas pitas de la vega granadina, debemos en gran parte la antítesis ideal y la magna síntesis de Don Quijote y de Sancho.

CAPÍTULO XXXIX

UNA COMISIÓN DIFÍCIL.—UNA DESGRACIA.—MIGUEL VUELVE Á LA POESÍA

De Granada á Baza, pasando por Guadix, Cervantes llevaba siempre á la derecha la Alpujarra, imponente y majestuosa, cuyas crestas doraba el sol poniente todas las tardes. A la izquierda, las vegas fértiles de la taha de Guadix y la Hoya de Baza seguían ofreciéndole el contraste ya en Granada advertido. La llanura humaniza el espíritu, la montaña le alza por cima de las humanas miserias.

Caminar entre montañas como la alpujarreña, donde hicieron su asiento las más viejas y duras gentes que á España llegaron, las que dejaron sus huellas sólo en lo menos sujeto á mudanzas, que son los nombres de lugares, el despiezo de tierras y el álveo y curso de los ríos, viene á ser algo como reconocer é inferir los rasgos y formas de una raza ó de una especie desaparecida. No sé quién ha dicho que las montañas son los verdaderos habitantes de la tierra, siendo nosotros como hormigas ó lombrices que torpemente por ellas trepamos. La Alpujarra es la osatura de uno de aquellos gigantes que horadaron istmos, hendieron cauces, inundaron navas y desparramaron bosques. Miguel, de joven, había gozado una de las alegrías más grandes de que es dable gozar en el angosto planeta donde nos rebullimos: la de pasar los Alpes y tender desde ellos la vista por Italia. Miguel, ya probado en el caminar de la vida, andaba ahora las laderas de la Alpujarra y contemplaba con re-

verencia aquellos lugares donde la Naturaleza, no renovada, ofrecía el antiguo y venerable sosiego de sus pinos centenarios y de sus evales encinas, cubierto el suelo de espinos majolares, cambroneras, aulagas, carrascas, brezos y escaramujos, que empezaban donde concluían las valientes y olorosas gayombas y las ásperas marihuelas.

Lugares eran aquellos donde, aun el menos inclinado á considerar las historias y leyendas de tiempos lejanos, debía de sentir una extraña sensación de poderíos muertos y de fenecidas grandezas. El mismo nombre de Baza, en los pasados siglos Basti ó Batis, era el nombre de pila del padre de Andalucía ó *Bética* y de su patriarcal río Betis, con las nieves alpujarreñas alimentado. Buena cosa es Granada para refrescar y equilibrar un alma cuarentona: óptima cosa las sierras de Granada y Almería para engravecerle y espesarle. Miguel, contemplando el Veleta y el Mulhacén, y después la sierra de Cuatro Puntas y la de Gor, á la derecha, y el Javaleón, á la izquierda, se acordaba de los molinos de viento que en los gollizos y lomas de la Mancha parecían gigantes, y pensaba cuáles y quiénes serían los colosos verdaderos, quiénes los seres formidables que habitaban el mundo y le guiaban por tan inciertos caminos. El aire claro de la cordillera, la setembrina brisa que de ella se levantaba, la frescanza que de los hilos de agua cristalina, delgados y cantarines, se desprendía, halagaban y oreaban el rostro del viandante, animándole á continuar la peregrinación del vivir y sus ignotos rumbos.

No eran gigantes ni colosos los que tenía que acometer en Baza, pero no menos valor que para ello había menester. Si habéis tratado con arrendatarios y rematadores de consumos, podréis tener un vago y remoto concepto de la clase de gentes á quienes Miguel iba á exigir que pagaran sus atrasos: si habéis revuelto cuentas en alguna delegación ó administración de contribuciones, podéis figuraros algo de lo que en este asunto ocurría.

El 9 de Septiembre llegó Miguel á Baza, presentó sus credenciales al licenciado Antonio de Rueda, alcalde mayor y tiniente de corregidor de aquella ciudad y su tierra: llamaron ambos á un tal Alonso de España, que era el concesionario ó postor para el

cobro de las rentas reales en Baza y su partido, y al punto descubrió Miguel el primero de los infinitos y usuales gatuperios que en tales andanzas se topaban un día sí y otro también. Alonso de España, al quedarse con el arrendamiento de las rentas, no había dado las fianzas prometidas, y aquellos funcionarios de Hacienda, que tan escrupulosos y reparones eran en la corte para exigir á Miguel garantías, se habían contentado en Baza con que Alonso de España nombrase tesorero á Gaspar Osorio de Tejeda, que probablemente no tenía quien le abonase tampoco. Así, entonces como ahora y como antes, viejo é intrincado cual las carrascas y los escaramujos de la sierra, iba el caciquismo engarrafando en su ramaje todos los pueblos de la nación.

Trataba Miguel de formalizar la cuenta, puntualizando cifras y por donde quiera las excepciones, privilegios y fórmulas dilatorias del pago le salían al encuentro. Cuatro pueblos, Cúllar, Zújar, Caniles y Benamaurel habían pagado el encabezamiento de las alcabalas y tercias. Tres pueblos, Macael, por sus mármoles, jaspes y serpentinas famoso, Roya y Freila no tenían encabezamiento, pero también pagaron. Otros dos ó tres lograron que no fuesen arrendadas, porque se repartieron por tierra y marina, con lo que había un asomo de pretexto para que no abonasen alcabalas, y efectivamente, no lo hicieron.

Además, las personas que en la corte disfrutaban de influencia, los caciques, en resumen, habían logrado que el rey, sin fijarse, á la buena de Dios, por atender ruegos de caballeros ó señoras á quienes quería tener de buen talante, concediese tal número de juros sobre las tales rentas que, descontadas todas estas más ó menos legítimas ó fantásticas rebajas, pareció quedar la cantidad que había de cobrar Miguel, reducida, de tres millones trescientos cuarenta y dos mil trescientos veinte maravedís, que en el papel figuraban, como hoy figuran en los presupuestos tantas quijotescas sumas, á ochenta y tres mil setecientos trece maravedises y medio, es decir, á la cuarentava parte de lo calculado por los señores hacendistas de Madrid. Apenas acababa de nacer la corte con sus fingimientos y trampas y de centralizarse en ella los servicios y ya comenzaban á desconocerse mutuamente y á enga-

ñarse y á recelarse Madrid y los pueblos, y no había modo seguro de conocer cuáles eran las positivas riquezas, los verdaderos recursos con que podía contar el país. El gran señor venido á menos ó que olfateaba su ruina quería engañarse á sí mismo exagerando lo que le debían y abultando los créditos de sus deudores para cobrar siquiera una cuarta ó quinta parte de ellos. Al finiquitar y firmar esa cuenta, despojando las cifras del guardainfante que los contadores de Madrid la habían vestido, una gran carcajada debió de soltar Miguel. Los guarismos escuetos se reían bailando una danza graciosa ante las barbas del cobrador.

Pero aún no era bastante el que las partidas fallidas importaran cuarenta veces más de lo presupuesto. Lo peor era que aun esa cantidad había que dividirla en tres tercios, dejándola reducida á veintisiete mil novecientos cuarenta maravedís ó sean *ochocientos veinte reales*... y lo más malo aún que esos ochocientos veinte no había quien los abonase, porque de palabra en palabra, vino Cervantes á sacar en claro que tampoco el referido tesorero Gaspar Osorio de Tejeda había dado fianza ni cobrado nada de lo dicho, viniendo así á quedar todos aquellos millones de maravedises volatilizados y reducidos á la condición tristísima de engañadoras ilusiones, como sumas concebidas por gobernantes y financieros portugueses y realizadas por contribuyentes españoles.

La broma era de las más pesadas é inverosímiles, á la verdad, por lo cual Cervantes, cuando acabó de reir, ya ensanchado el cuajo y prevenido con los poderes que su nombramiento le otorgaba, le dijo al alcalde Rueda que señalase alguna persona solvente para que pagara al menos los ochocientos reales. Apurado el alcalde, por los términos en que la credencial de Cervantes venía, dijo que quienes podían pagar algo ó todo eran un tal Simón Sánchez, mayordomo de la ciudad en cuyo poder debían de estar las rentas del encabezamiento y otro tal Juan de Cuenca, arrendador de las de Zújar. Fueron á buscarles á sus casas y hasta el día siguiente no parecieron: pagaron, por fin, á regañadientes y Miguel les cobró un día de salario por haber tenido que esperarles; pero aún había de terminar con nueva y graciosa cicatería este capítulo de novela picaresca.

Como al fin y la postre, aunque no hubiese pagado nada, Alonso de España era el tesorero en propiedad, le requirió Cervantes para que le pagase sus cinco días de salario, dos que correspondían á la parte de camino desde Madrid á Baza, otros de la ida y vuelta desde Guadix y uno de ocupación en Baza tomando las cuentas, y aún no le cobraba el transporte del dinero hasta su destino; y conociendo al sujeto, apenas le había visto, añadía Miguel que si no le pagaba aquella cantidad, cuyo importe eran en total ochenta y seis reales escasos, él se la cobraría de su salario de tesorero, porque aquel buen Alonso de España tenía sueldo, sin obligaciones ni responsabilidades, verdadero y único ideal de los hijos del caciquismo. El hombre se defendió como gato panza arriba, pero, ante los apremios de Cervantes, acabó por ceder y pagar, declarando que lo hacía «compulso é apremiado et por redimir su vejación é su perjuicio, de su dinero para los haber é cobrar de quien los tenga».

¿No es interesantísima y no está llena de enseñanzas curiosas esta escena? ¿No es algo simbólico el nombre de este Alonso de España que está cobrando por ejercer una función ilusoria y de quien lo único que se ve claro es la tenaz negativa á pagar, tomada como sistema y la queja y protesta y el propósito manifiesto de sacarle esos ochenta reales de las higadillas al primer infeliz que se tercie? Así, en la existencia nos sale al paso la ironía y sólo los grandes ingenios saben aprovecharla.

Vuelto á Granada y yendo desde allí á los demás pueblos ó avistándose con los contadores, receptores y arrendatarios de ellos, nuevas partidas fallidas se ofrecen y nuevos enredos y descuidos de los libros de Contaduría se hacen manifiestos. Cervantes escribe al Rey desde Granada en 8 de Octubre, contándole las bajas ocurridas por lo que había de percibirse en la ciudad de Almuñécar y en las villas de Salobreña y Motril, que ya habían pagado lo que se les exigía ahora y pidiendo prórroga para acabar la comisión.

El otoño le alcanzó á Miguel aquel año en los lugares más hermosos de la costa andaluza. Noviembre y Diciembre los pasó en Málaga y la vista del Mediterráneo debió de hacer surgir en su

memoria las remembranzas más dulces. Allí, al otro lado del agua azul, las ansiosas miradas del hidalgo veían ó creían ver la blanca y amable mole de la hermosa Nápoles, que de su perdida juventud le hablaba, susurrando por cima de las olas conceptos amorosos en bellos endecasílabos del Tasso. Las polacras y goletillas del puerto parecían traerle en sus velas hinchadas efluvios del aura fresca de Posilippo, del ardiente aire del Vesubio, de la amorosa brisa de la isla de las Sirenas, que hoy llamamos Capri.

Sentado frente al mar, en Gibralfaro ó en la Caleta, Miguel pensaba en aquel bellísimo otoño, cuán buena es la vida para quien tiene la fortuna y el arte de gozarla. Aquellos levantes que remaban á jornal en las galeras, aquellos pillos de playa que jalaban para sacar el copo al caer la tarde, ¿no eran unos hombres felices cuanto es posible serlo en la tierra? Allí, lo mismo que en las almadrabas de Zahara y en todo sitio donde el mar y el sol sustentan el corpacho y mantienen el genio «allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas á cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, *la poesía sin aciones* (no acciones como bárbaramente suele imprimirse), aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega y por todo se hurta; allí campea la libertad y luce el trabajo...»

Confirmaba y corroboraba en Málaga Miguel su amor á los puertos, á la generosidad y franqueza del mar y de las gentes que de él y en él viven. *Allí campea la libertad y luce el trabajo...* allí anda *la poesía sin aciones,* quiere decir, sin nada que la sujete, la constriña ó la trabe, ¡qué expansión tan bella y tan sincera del alma que odiaba las aciones, los estribos y los correajes que material y moralmente comenzaban ya á atar, á cinchar, á trabar, á comprimir y á ahogar á España! ¡Qué bien reforzaría Miguel, con la reflexión de sus cuarenta y siete años, en Málaga, durante aquellas tardes en que el sol se despedía dorando los mástiles de los bergantines y alargando las sombras en la playa amarilla, y recrecerían sus amores viejos con el Mediterráneo y con las gentes que en torno suyo alientan! ¡Qué error tan grande el de los que no supieron ver en el genio cervantino la frescura y la vibración comunicada por el salobre efluvio del Mar Nuestro, la humanidad mediterránea que de Grecia viene y se para en Roma y más que en Roma en Nápoles y que ningún otro pueblo marítimo ni terrestre ha sabido emular y vencer! Pensar á Cervantes seco y fosco cual los antiguos godos ó los tenaces celtíberos de Castilla y de Aragón, como aquellos frailes biliosos que entristecían ya á los espíritus, comenzando por vestir de tocas negras á las damas y de negros velludos á los caballeros, resulta un disparate en el cual no se ha reparado, porque desgraciadamente nuestro Ingenioso Hidalgo anduvo siglos y siglos muy desatendido.

Por fortuna, lógica ha de haber en el mundo y forzados por ella, tarde ó temprano reconocerán los tenaces y comprenderán los torpes que es Cervantes más que nada un ingenio latino y meridional, un ingenio del Mediterráneo, como todos nuestros grandes. Ved á Garcilaso de la Vega, á la concha de Venus amarrado, junto á desconocida ninfa ó sirena del Tirreno mar; ved á Quevedo hollando las calles napolitanas, en cuyo polvo aún quedaban las huellas de Cervantes; mirad, siglos después, en aquellos mismos sitios á nuestro D. Angel de Saavedra recogiendo alguna mínima parte del tamo que tan poderosos genios levantaron.

Latino, mediterráneo es Cervantes; la frescura y la jugosidad y la acre emanación de sus palabras, mediterráneas y latinas son. Por eso había de parecerles mal á los secos, á los conceptuosos, á los algebraicos, á los estreñidos, por muy grandes que fueran sus talentos, aun cuando se llamasen el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, el jurisperito y poeta D. Esteban Manuel de Villegas ó el gran filósofo Baltasar Gracián. Estos celtíberos, cavilosos y graves, habitantes de escuetas montañas ó de resecas y áridas llanuras donde no mora la alegría, ¿qué iban á entender de la grande, suave, irónica y acariciadora y benevolente armonía que el Mediterráneo imprime en los espíritus?

Comparad la *Galatea* con *La Constante Amarilis*, del ingeniosísimo Dr. Suárez de Figueroa y advertiréis clara esta diferencia: lo que en el uno cruje blandamente, en el otro rechina; lo que en

el uno es cortesana sutileza, en el otro es alambicamiento afectado. No le perdona Suárez de Figueroa al lector ni le ahorra un solo vislumbre de su ingenio; no sabe callar, ignora el arte del claroscuro y de la penumbra, no acierta á incurrir en inocencias y descuidos. Si hubiese personajes como los creados ó imaginados por Suárez de Figueroa, ¿quién no desearía una revolución que los guillotinara á todos?

De igual modo Gracián el abrumador, Gracián el macizo, Gracián el berroqueño, el genial Gracián, amigo de los espíritus enrevesados y tortuosos, ¿cómo había de perdonar á Cervantes su mediterránea claridad, la transparente sencillez con que dice cuanto quiere y como quiere, sin envolver el concepto en hábitos y más hábitos de carpida y cardada y abrigosa lana conventual, toda sólida, tupida y tramada sin resquicios, agujeros ni costuras? Gracián es igualmente implacable, no tropieza nunca, no se descuida jamás; es hermético y sin mechinales, resquebrajaduras ni rendijas por donde entre el aire de fuera.

Villegas, algo más humano, pero celtíbero también, ya no odia á Cervantes, sino á la humanidad en globo. Es, como Herrera, un agriado, pero un agriado aragonés siempre es peor que uno de Sevilla.

Ninguno de ellos era capaz de sentarse en la playa á escuchar el ruido manso de las olas y la picotería de los pillos, pescadores y bravos de las polacras y de las goletillas; á los dos hombres de leyes, Figueroa y Villegas, se les hubiese manchado la garnacha; al jesuita, el negro balandrán. No los odiemos, sin embargo; el no entender á Cervantes no es pecado mortal. Ellos no pueden ser cotejados con Cervantes, no se debe aquí decir si son mejores ó peores. Son distintos, y basta.

A fines de Noviembre recibió Miguel contestación á su carta; una Real provisión prorrogándole el encargo por veinte días ó los que hubiese menester de más. Pensaba Miguel trasladarse á Sevilla con lo ya cobrado y desde allí girar á Madrid, para lo cual tomó en Málaga letras sobre Juan Leclerc, mercader flamenco, establecido en Sevilla.

En 9 de Diciembre se hallaba en Ronda, cobrando unas cantidades que le restaban. Atravesó la Alpujarra en lo más fuerte del frío, y á los cuatro ó cinco días se presentó en Sevilla, donde hizo efectivas en el Banco de Leclerc las letras que Pérez de Vitoria le dió en Málaga. Pero como no era hombre que tuviera seguridades para guardar dinero, al punto se dirigió á depositarle en casa de un banquero y comerciante portugués, llamado Simón Freire de Lima, quien dió á Miguel una cédula sobre sí mismo, á pagar en Madrid. Después de pasar algún tiempo en Sevilla volvió Cervantes á la corte, donde esperaba hacer efectiva la cantidad que á Freire entregó y finiquitar las cuentas de su comisión; mas no contó con su mala estrella. A los pocos días de cobrada la cantidad de Cervantes, Simón Freire se declaró en quiebra ó, como entonces se decía, se alzó con 60.000 ducados. No era nada difícil que se hubiese embarcado en una de las galeras que marchaban á las Indias, común refugio desde entonces de todos los perdidos, desfalcadores, quebrados y concursados de España, cuyos descendientes, como es natural, habían de pasar siglos y generaciones antes que aprendiesen á ajustar una cuenta á derechas. Abrumado Miguel por tan imprevista desgracia, volvió á Sevilla á hacer diligencias para que del embargo hecho en la hacienda de Freire por los demás acreedores, se sacasen los 7.400 reales que él entregara al fugitivo, puesto que aquellos maravedises eran sagrados, como pertenecientes á la Real Hacienda.

Se halló, pues, una vez más Miguel en Sevilla solo, sin amparo, sin dinero, intentando cobrar una deuda casi imposible y sin medios para volver á Madrid ni para lograr nuevas comisiones que de vivir le dieran. Lo cierto es que aquella desgracia puso fin á la vida administrativa de Cervantes. No se preocuparon sus valedores, si tenía alguno más que Agustín de Cetina, de justificar y comprobar si lo ocurrido debía achacarse á negligencia de Miguel ó á qué. Era indudable que en la comisión de las alcabalas había cobrado mucho menos de lo fantásticamente presupuesto por los del Consejo de Hacienda, y por añadidura y remate, no había medio de recoger lo que, mal enterado de cómo andaban los asuntos de los banqueros y gente adinerada de Sevilla, entregó imprudentemente al portugués. No era justo, por consiguiente, dar nuevas

comisiones á un funcionario que tan mal había cumplido la última y que, además, no tenía nadie que le protegiera.

Ningún documento oficial existe ó se ha descubierto que hable de nuevas comisiones oficiales encargadas á Miguel. No vemos dato alguno que nos indique siquiera si él solicitó algún otro encargo de esta clase, pero probable parece que no lo hiciera mientras no se terminase de un modo ó de otro el asunto de Freire de Lima.

Cómo vivió en los años siguientes en Sevilla, lo sospechamos: de qué vivió, lo ignoramos por completo. Y al llegar aquí, el biógrafo siente el natural temor de quien se ve forzado á repetir y recorrer los lugares ya conocidos y á renovar los recuerdos de anteriores situaciones. Desde que terminó su período heroico, la vida de Cervantes es monótona como la de todo hombre pobre que lucha por vivir. Pasado el empuje de sus días épicos, no tuvo una época brillante y agitada, como las vidas de Lope y de Quevedo.

Cervantes en 1595, azotando las aceras de Sevilla, se sentía embarrancado de nuevo y sin ver manera de salir del atollo. Se acordó entonces, como siempre que llegaba á uno de estos paros, de que era poeta. Se habían convocado en Zaragoza unas justas poéticas en honor de San Jacinto, y se ofrecía joya ó premio al que glosase esta descomunal redondilla:

El cielo á la Iglesia ofrece
hoy una piedra tan fina,
que en la corona divina
del mismo Dios resplandece.

Cuatro coplas de quintillas dobles, hechas de mala gana y á tropezones, bastaron á Cervantes para que los jueces de Zaragoza le otorgaran el premio, y su poesía fué muy leída y celebrada por el Jurado en una sentencia escrita en dos descomulgadas quintillas, donde se llama á Cervantes ingenio sevillano. Mucha risa debieron de causarle el fallo y los disparates en sus diez versos contenidos.

Todo el año de 1595 se pasó en dimes y diretes con la Hacienda para la cobranza de lo recogido por Miguel en su comisión. Tantos quebraderos de cabeza, sinsabores y disgustos le causó este negocio, que, probablemente, entonces ya en definitiva ahorcó los hábitos de funcionario público y, como podía haberse arrojado al Guadalquivir, se arrojó otra vez á la poesía y á la prosa.

CAPÍTULO XL

EL ASALTO DE CÁDIZ.—MIGUEL DE CERVANTES. VOZ DEL PUEBLO. ¡Á LA CÁRCEL!

El décimo conde de Niebla y séptimo duque de Medina-Sidonia, D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, era, según se ha visto en capítulo anterior, un caballero de los que pintan la época en que las lanzas se vuelven cañas: pequeño de cuerpo, grande hombre á la gineta y á la brida, famoso acosador de reses bravas, cazador infatigable, muy amigo de lo suyo y el señor más rico de todo el reino. Torpe en el consejo, tardo en la decisión y en la ejecución cobarde, fué quizá el primer tipo de cortesano insustancial y pernicioso por su codicia y su escaso valor que en corte española se conociera desde muchos años antes. Redimía estos defectos con la elegancia de la actitud, fruto de la sangre rica heredada. Muy bien le pertenecen y le caen aquellos artificiosos versos en que D. Luis de Góngora pinta al conde de Niebla apartándose un momento de la caza y acogiéndose á la paz y sosiego pastoral, con la poesía bucólica solazado.

Templado pula en la maestra mano
el generoso pájaro su pluma
ó tan mudo en la alcándara que en vano
aun desmentir el cascabel presuma.
Tascando, haga el freno de oro cano
del caballo andaluz la ociosa espuma,
gima el lebrel en el cordón de seda
y al cuerno en fin la cítara suceda.....

Como en estos versos, cuya afectación y rebuscamiento templa

é indemniza su elegancia y en los cuales hay frases acabadas é insuperables para comunicar una sensación:

tascando haga el freno de oro cano
del caballo andaluz la ociosa espuma.....
gima el lebrel en el cordón de seda.....

junto á otras prosaicas y retorcidas

aun desmentir el cascabel presuma.....

iba sucediendo en la sociedad española durante los últimos años de Felipe II. Ya hemos notado que de la corte habían desaparecido los hombres de guerra, sin que los hubieran sustituído los hombres de pensamiento. Quedaban, en cambio, imperantes en ella, los hombres de intriga y de cálculo, como D. Cristóbal de Moura y Mateo Vázquez.

El poder despótico de Felipe II fué la primera muestra de lo que en adelante habían de ser los grandes políticos y gobernantes españoles: hombres de personalidad tan absorbente y egoísta, que no consentían á su lado otras inteligencias colaboradoras con la suya. Felipe II amó siempre á los hombres medianos y obscuros: siempre creyó que la grandeza de su pensamiento llevaba en sí la eficacia de la ejecución, aun cuando se confiase ésta á manos débiles ó inexpertas.

Por eso, y quizá por otras razones sentimentales que, cual venidas en el vientecillo de la murmuración, no son para desechadas por los historiadores cuidadosos, había confiado á D. Alonso Pérez de Guzmán la capitanía general del Océano y de la costa de Andalucía, y se la había conservado aun después del desastre de la Invencible, del cual no tuvo toda la culpa, si gran parte de ella el duque de Medina-Sidonia. Era además este magnate impopular en Andalucía y aun en toda España, pues ya se ha dicho que á su vuelta del desastre, fué denostado, infamado y hasta apedreado por muchachos y estudiantes en Medina del Campo y en Salamanca. Achaque es también del poder absoluto español proteger y halagar á los impopulares. Aquí el hombre inteligente llegado á la cumbre, no sólo quiere imponer su personalidad á cuantos le circundan, obscureciéndoles y achicándoles, sino que

se complace y regodea en ponerse frente á la opinión común, arrostrándola gustoso. Esto que hoy suele llamarse gallardía y de lo cual hay tantos ejemplos recientes, lo han heredado nuestros políticos del modelo y arquetipo que casi todos ellos siguen, muchos sin saberlo, sino por ley de herencia: de Felipe II.

Entonces, como ahora, se sabía de sobra y al menudo en Inglaterra cuanto estaba ocurriendo en España y singularmente en la costa andaluza, que siempre ha interesado sobremanera á los ingleses. Enterados se hallaban éstos, por experiencia, de la incapacidad del capitán general de la costa, como del escaso número y ningún poder de los barcos que en Cádiz, Málaga y Algeciras tenía España diseminados. La ocasión era única para un golpe de mano audaz y los ingleses le intentaron y le dieron rápidamente, felizmente.

Una escuadra á cuyo mando venía, como para una función de teatro ó de salón, el favorito de la Reina Isabel, aquel desgraciado alfeñique del conde de Essex, entró en la bahía de Cádiz, atacó á los cuatro barcos viejos y desarmados que en ella había, hundió á sus tripulaciones, se apoderó de la ciudad, hizo prisioneros, saqueó riquezas, cometió tropelías, procedió como cuadrilla de bandidos en campo sin guarda. Fué aquello una repetición, en chico, del saco de Roma por las tropas del César español. Intentaron los gaditanos hacer la posible resistencia, reuniéndose por gremios y clases en compañías formadas repentinamente, y entre las cuales había una de frailes franciscanos y otra de agustinos. Pasó esto desde el 29 de Junio hasta el 16 de Julio de 1596.

Las noticias del saqueo de Cádiz corrieron por toda Andalucía, supiéronse al punto en Sevilla. Preguntaban todos los ciudadanos qué iba á hacer ó qué hacía el capitán general de la mar y una oleada de picaresco humorismo corrió Guadalquivir arriba. El duque de Medina-Sidonia estaba en las almadrabas de Zahara, atento al cuidado de los atunes, cuya pesca era la más pingüe y saneada renta de su casa. Poco le importaba que Cádiz se perdiese ó se ganase, con tal que la pesquería fuese abundante y provechosa. ¿No recuerdas, lector, historias análogas de muelles abandonados y no destruídos en los que pudo muy á su gusto desembarcar una escuadra semejante á la de Essex, por no querer perder sus ganancias quien los poseía? La épica se ha acabado ya, comenzaba á acabarse en tiempo del duque de Medina-Sidonia, pero la picaresca es eterna, la llevamos en la masa de la sangre y los Medinas-Sidonias se van sucediendo y todos se parecen.

En la primera quincena de Julio llegaban todos los días á Sevilla pelotones de aterrorizados y temblorosos vecinos de Cádiz, fugitivos del saqueo. Todos preguntaban con el ansia de quien se ve despojado, qué había hecho para acudir al peligro el duque de Medina-Sidonia: todos recibieron la misma respuesta. El duque seguía en las almadrabas, haciendo preparativos ó para recoger más atunes ó para organizar la defensa.

Miguel, que al suceso estuvo presente, como desocupado, y atento á todos los rumores de la ciudad, sintió entonces el más grande y homérico pujo de risa que en su vida le acometiera. ¿Qué había de hacer un héroe del pasado viendo cómo se derrumbó en pocos años no ya sólo el poderío naval de España, siempre un poco eventual y falto de solidez, sino hasta la pasada leyenda, que en realidad no era sino historia por él con sus propios ojos vista y con sus propias manos palpada y sellada con su propia sangre, del tino, sagacidad, prontitud y resolución de los capitanes españoles, á quienes él había conocido en Lepanto, en la Goleta, en la Tercera? Parecía que al morir Don Alvaro de Bazán se había llevado consigo no ya sólo la pericia en el dirigir, pero hasta la calma, la serenidad, aquel sosiego en el esperar los acontecimientos y en el remediarlos que, cuando no lo dicte la inteligencia, la dignidad y el propio orgullo lo imponen al varón entero.

Contra el duque de Medina-Sidonia se dirigían juntamente las sátiras y burlas de poetas y pueblo, pero acaso pensaba Cervantes con razón, y pensamos hoy que, en aquel tragicómico trance, no fué sólo el duque quien faltó. Faltaron todos; no hubo un hombre solo que supiera afrontar las circunstancias, ponerse al frente de las fuerzas, intentar una defensiva seria y regular. Como después ha ocurrido en mil ocasiones semejantes, patriotismo y desinterés hubo, pero locos, desatentados, inciertos, faltos de unidad.

¿Para qué había de servir en un caso de guerra y de ejecución

súbita, una compañía de frailes franciscanos? ¿No eran algo que hacía presentir cuanto vino después, algo zarzuelesco, algo que sólo carcajadas merece y que puede copiarse como primer rasgo de una decadencia, los dos pelotones de franciscanos el uno, de agustinos el otro, con sus picas y sus mosquetes al hombro? Merecía ya el *Quijote* un pueblo que para defender su mejor plaza marítima no disponía sino de unos cuantos hombres dedicados al servicio de Dios. La política personal, que nació bajo las cúpulas de San Lorenzo, ya comenzaba á dar sus resultados.

Para que todo fuera ó pareciese motivo de chanzas, vino á Sevilla un desaforado capitán, que respondía por el nombre altisonante de Marco Antonio Becerra. ¿A qué? A hacer el primer ensayo de aquella costosa y sangrienta é inútil zarzuela de la Milicia Nacional, que tantos sacrificios infecundos y tanto estéril entusiasmo despertó siglos después. Quiso el duque ó quien le aconsejara que la ciudad se aprestase á defenderse, como ya lo había hecho Cádiz y, sin moverse él de sus almadrabas, dispuso la formación é instrucción de unas milicias que pronto se formaron y se instruyeron bajo la dirección del tal Becerra.

No debió de ser gente maleante y desarrapada la que acudió á formar en las compañías de Becerra, sino más bien aquellos medio burgueses medio artesanos que ya entonces defendían tan bien las plazas de Flandes y que en el siglo XIX engrosaron los batallones de las Milicias Nacionales: gentes en quien el espíritu bélico surge en un instante de peligro, en el cual creen que van á luchar *pro aris et focis*, por defender la casa ó el comercio, la gruesa mujer y el blando sillón, sin perjuicio de que pasado el hervor primero, les quede ya el orgullete y énfasis del uniforme y de las hazañas hechas ó soñadas. Lo cierto es que los milicianos del capitán Becerra debieron de organizarse poco más ó menos como las cofradías de Semana Santa y vestirse y arrearse con la vistosidad y lujo propios de tales corporaciones.

Función de teatro como aquella nunca se vió en Sevilla; ni las procesiones del Corpus, ni los autos de fe de Tablada, ni los ahorcados y azotados en la plaza de San Francisco, atrajeron jamás tanto concurso de gente ociosa y de chilladora muchachería como

el deseo de ver á los soldados flamantes dél Becerra hacer sus ejercicios en el prado de San Sebastián. La muchedumbre del barrio de la Carne, los jiferos, matarifes, desolladores y ayudantes y toda la chusma del Matadero y los virotes y rufos con sus traineles y sus daifas que paría el barrio de San Bernardo, nunca tuvieron más grato solaz que el de oir los gritos estentóreos del capitán Becerra y ver los torpes movimientos de sus recién formadas tropas.

Bajaban por el gusto de poner motes á los muchos conocidos suyos que en las compañías formaron, las placeras del Salvador, las mulatas de la Pescadería, las regatonas de la Costanilla y de la Caza; aquello era la zumba y la diversión de todo un pueblo que comprendía cómo era llegado el tiempo de tomarlo todo á broma. La guasa y la chunga sevillana, la burla graciosa y despiadada por un momento, pero sin rencorosa hiel, comenzaban á penetrar en la conciencia del pueblo entristecido por los desastres y por las predicaciones de los hombres negros que por toda la nación tendían su red de ascetismo y de melancolía.

En aquellos quince días de ridiculez, el empaque y fanfarronería de Becerra y de otros capitanes y soldados viejos que vinieron á Sevilla á pavonearse como mílites gloriosos, fueron objeto de graciosas burlas por los poetas sevillanos, desde el famoso Juan de la Cueva hasta el desconocido Alvarez de Soria; pero ninguno llegó en esto á Cervantes, ni á su soneto famoso, que por ser el primero donde amanece la percepción clara y la satírica reproducción de la ridiculez de los sucesos merece copiarse, aun siendo tan conocido. Dice así:

Vimos en julio otra Semana Santa
atestada de ciertas cofradías
que los soldados llaman compañías
de quien el vulgo y no el inglés se espanta.
Hubo de plumas muchedumbre tanta
que en menos de catorce ó quince días
volaron sus pigmeos y Golías
y cayó su edificio por la planta.
Bramó el Becerro y púsolos en sarta,

tronó la tierra, escurecióse el cielo
amenazando una total ruina.....
y al cabo en Cádiz, con mesura harta,
ido ya el conde, sin ningún recelo,
triunfando entró el gran duque de Medina.

Porque, en efecto, así sucedió. Los ingleses se marcharon de Cádiz el día 16 de Julio y muy luego entró en la ciudad el *Dios de los atunes*, como le llamaba en otro soneto más agrio que gracioso, el vate sevillano Juan Sáez de Zumeta. Pero ni éste, ni Cueva, ni Alvarez de Soria, podían reirse tan á su sabor de aquellos soldados imprevistos y de sus fanfarronas plumas, como Miguel, que había conocido á los soldados más valientes y verdaderos de su siglo. Ninguno de esos poetas había llegado ya á poseer, como este magnífico soneto acredita, el arte supremo que trueca en risa la indignación, sin malicia aparente, en el cual aventajó Cervantes á Rabelais y á Voltaire y á todos los ingenios del mundo y sólo, un poco de lejos, pero por el mismo camino, supieron seguirle, á pasos menudos y no como él á grandes trancos, el maestro Campoamor y tal vez el maestro Carlos Dickens.

qué exageración

Digno de atención es el hecho de que Cervantes se hallara entonces en trato con muchos buenos escritores de Sevilla, pero probablemente, no de los afortunados y dichosos, no de todos los altivos caballeros, ni de los finos y graves religiosos que retrató Francisco Pacheco en su *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, sino de algunos de ellos, precisamente, de los que pudieran sacarse del libro para formar el grupo de los amargados y de los *ratés*, grandes ingenios á quienes la suerte no favoreció como el divino Fernando de Herrera, como Juan Sáez de Zumeta, como Juan de la Cueva de Garoza y otros, que ni siquiera figuran en el libro ó por no haber sido amigos de Pacheco ó por no ser personas de tanta cuenta como las demás en él retratadas. No sabemos que Baltasar del Alcázar, ni Gutierre de Cetina, ni el maestro Mal-Lara, ni esos grasientos frailes rollizos que tienden su mirada procerosa de entre montañas de carne salida, por las páginas del libro, ni esos otros teólogos que bajan la vista suavemente, como avergonzados de

verse en ellas, tratara con gran estimación á Miguel. Sí consta, en cambio, que, dos años después, muchas personas cultas apreciaban y tenían en mucho á Cervantes, como atestigua el licenciado Collado en la *Historia de Sevilla*, al copiar unas *décimas* (quintillas dobles) de que después se hablará, aun cuando no recordaran su nombre sujetos tan vulgares como el cronista Francisco Ariño, quien al mencionar el soneto al túmulo de Felipe II, llama á Cervantes *un poeta fanfarrón* y al soneto *una otava*.

Parece casi seguro que el cobrador de alcabalas, no muy bien recibido entre los cuellienhiestos señorones del *Libro de los retratos*, halló acogida excelente con algunos de ellos y con otros escritores que en él no figuran, pero el soneto copiado, el del valentón de espátula y gregüesco,

que á la muerte mil vidas sacrifica,

el otro que dice:

Maestro era de esgrima Campuzano.....

y otros dos ó tres de asuntos fregoniles que no se han conservado, por desgracia, eran suficientes para la popularidad de un poeta, á la cual suelen contribuir más que los difusos poemas impresos, que nadie lee, estas cortas muestras de ingenio y de oportunidad que corren de boca en oído y que, por su misma redondez y perfección, todo el mundo aprende y acoge en la memoria.

El público pide siempre que le hagan reir con unas cuantas palabras ó frases breves, categóricas, precisas y de fácil recordación. Al público le gusta que una voz, por él comprensible, resuma los acontecimientos que él presenció ó los que supuso y los sentimientos que en él despertaron. Por primera vez entonces, con motivo de los sucesos de Cádiz, se hacía Cervantes intérprete de lo que todos sentían y pensaban: su voz era la voz del pueblo y, por eso mismo quizas no le apreciasen ni olfatearan su genio ninguno de los señorones poetas como Gutierre de Cetina, Baltasar del Alcázar, el maestro Medina, etc., para quienes el público no existia, pues, ¿qué tenía que hacer la masa, qué le importaban á

la muchedumbre los *ojos claros, serenos* de la dama á quien amaba el uno, ni las dulces picardigüelas con que el otro entretenía y encelaba á su Inés, consumado maestro de eróticas triquiñuelas, ni siquiera las ya pesadísimas lamentaciones del divino Herrera por su tiempo mal perdido en los infaustos amores con su desdeñosa *Luz*?

Importa mucho fijarse en el concepto que de las letras se formaba entonces, para echar de ver la trascendencia que tiene el que dejando Miguel sus pasadas aprensiones y prescindiendo del uso y práctica de todos los literatos y poetas, llegara más tarde á conocer que él había de escribir para el público universal, sin que las pequeñeces y politiquerías de la literatura militante le perturbaran.

Desde que en 1596 compuso el soneto mencionado se vislumbra cómo se iba abriendo paso en su alma la persuasión, después revelada en cien pasajes del *Quijote*, de que no era ya la literatura un entretenimiento de caballeros ociosos, como lo había sido Garcilaso y lo eran muchos de los escritores y poetas á quienes retrató Pacheco, sino que el escritor desempeñaba un ministerio social y había de satisfacer los anhelos del público y buscarle y excitarle con lo que lograría él provecho en los tiempos presentes y fama en los futuros. Ya había cambiado ó, por lo menos, comenzaba á cambiar desde entonces en el ánimo de Cervantes, aquel concepto que exprimíamos no hace mucho: *tuve otras cosas en qué ocuparme*. Se colige de la escasa ó ninguna amargura que en esta corriente expresión se echa de ver, que no le hubiera parecido mal en 1596 y en los años siguientes seguir ocupado en otras cosas, si es que en efecto no lo estuvo, como puede inferirse por sus relaciones con el Proveedor Bernabé del Pedroso, según consta, pero ni hay documentos fehacientes que prueben esto, ni cabe dudar que ya se imponía á su espíritu la convicción de que el escribir constituía también *cosa en qué ocuparse* y no mero deporte ó entretenimiento, como para otros muchos autores lo era aún y acaso lo será siempre para los meramente líricos, cuyas intimidades, si lo son de veras, nunca lograrán conmover á un gran número de personas, y si lo consiguen, no serán tan íntimas, tan subjetivas como ellos mismos creen.

¿Cómo no hemos de pensar que en estos años fué en los que Cervantes ideó, planeó, abocetó y compuso comedias, entremeses, novelas ejemplares, la segunda parte de *La Galatea*, y fué fijando los puntos liminares del *Quijote*? Tan grande fué su preocupación en aquellos años y tan pocos sus recursos, que no llegó á presentarse en la corte, donde le reclamaban los nefastos é inoportunos señores del Consejo de Hacienda, para que liquidase las cuentas pendientes por las pasadas comisiones. Tantas fueron sus cavilaciones en este crítico momento de su vida, que debió de estar incomunicado ó á media correspondencia con su familia.

Entretanto, los gusanos del procedimiento seguían royendo, royendo en los papeles del comisario y exigiendo implacablemente responsabilidades y liquidaciones. El calaverón de Suárez Gasco, amenazado en su fianza por el asunto de las tercias, pedía ante jueces que Cervantes se presentase en Madrid á dar justificaciones y cuentas. En 6 de Septiembre de 1597, el Presidente y Contadores de la Contaduría mayor de Hacienda, á petición de Suárez Gasco, mandaron al licenciado Gaspar de Vallejo, juez de la Real Audiencia de los Grados en Sevilla, que requiriese á Cervantes para que se presentara en la corte á dar cuentas de los maravedises de su alcance, ó diese fianzas de que iría, y que, de no darlas, le prendiese y le hiciera conducir á la Cárcel Real de la corte, hasta que por el Presidente y Contadores se proveyese otra cosa.

El licenciado Gaspar de Vallejo cumplió lo que se le prevenía, y no pudiendo lograr que diese fianza, metió en la cárcel de Sevilla á Miguel de Cervantes Saavedra.

CAPÍTULO XLI

LA CÁRCEL DE SEVILLA.—CÓMO SE ENGENDRÓ EL QUIJOTE. MATEO ALEMÁN.—¡VOTO Á DIOS, QUE ME ESPANTA ESTA GRANDEZA!...

El callejón de Entrecárceles, formado por la espalda de la Audiencia y el frente de la Cárcel Real, más que sitio humanamente accesible al paso era un lodazal de miserias, una rebujina de malcades y de podredumbres, á donde se acogía todo lo peor de Sevilla y de sus contornos. A cuatro pasos, mirándose de cerca, echándose el aliento como dos valentones prontos á reñir, la Cárcel Real y la Cárcel de Audiencia se provocaban constantemente: de vez en cuando la Real le soltaba á la de Audiencia unos cuantos desechos, que ni para galeras ni para la horca servían, con ser el de la horca servicio harto fácil para un hombre honrado. Vertían al callejón muchas inmundicias de la Cárcel, y con esto, y con estar á todas horas lleno de gentuza infecta y hedionda, que de entra y sal de los presos hacía, sólo al asomarse allí daba en el rostro una bofetada de todas las podriciones del mundo.

Atravesando aquel muladar humano, pasó Miguel, seguido de porquerones, los umbrales de la Cárcel Real. Allí topó antes que nada con el portero de *la puerta de oro*, quien le tomó el nombre y le preguntó el delito. Un escribano asentó ambos datos en un libro mugriento, y el de la puerta de oro no se metió en más averiguaciones, puesto que de un hombre preso por deuda al fisco no se podía extraer unto mejicano como de los que entraban allí

por guapos ó *hombres*, ó por lo contrario, es decir, por *someticos* de los del pecado nefando, ó por ladrones, amancebados y alcahuetes.

El portero de la de oro se asomó á una escalera, y diciendo á Miguel que subiese por ella, con voz aflautada y tenue susurró: —¡Ho-lá!—sonido silbante que, escurriéndose por los muros, fué contestado por otro que decía:—¡Ai... lá!—Esto significaba:—Preso viene—y—Venga—. Después el de la puerta de oro avisaba á la de plata el delito:—¡Ahí va el señor Cien-ducados!—puesto que Miguel iba por deudas, y al rematar la subida, el de la puerta de plata decía:—¡Acá está!—con lo que bastaba para que Miguel fuese destinado, no á la cámara del hierro, ni á las galeras vieja y nueva, recintos carcelarios donde se encerraba á los presos peligrosos, salteadores, asesinos y sodomitas, sino á las cámaras altas, junto á la enfermería, cerca de las habitaciones del alcaide.

El delito de Miguel era, más que como tal, estimado como un contratiempo ó revés de fortuna, y no era justo que un preso de escasa calidad fuera confundido entre la turbamulta de los matantes, rufos, tomajones y germanes. En el camino, desde la puerta de oro á las cámaras altas, vió Miguel lo único que aún le quedaba por ver en el mundo.

Gracias á la famosa *Relación de la cárcel de Sevilla* y al sainete del mismo título, que compuso el discreto y gracioso jurisconsulto de Sevilla licenciado Cristóbal de Chaves y que Gallardo atribuyó á Cervantes con error manifiesto, conocemos punto por punto aquel inverosímil rincón de la vida española en los últimos años del siglo XVI. Por dichas obras sabemos cómo vivían, comían y gozaban de las ciento cincuenta mujeres, por lo menos, que se escurrían por allí á diario, y cómo se herían, se mataban, se jugaban hasta el cuero, se emborrachaban, se encenagaban en otros vicios peores y salían tan guapamente para *el servicio de Su Majestad*, ó para la horca, los mil ochocientos presos que escondía aquel caserón: conocemos sus tretas, mañas, mohatras, triquiñuelas y artilugios para ganarse la vida ó la muerte, su fanfarria incurable, sus increíbles ánimos en el tormento y en la capilla, sus extrañas devociones, sus locuras, simplezas y niñerías. El hombre que tenía á su cargo diez ó

doce muertes, y á quien le habían cosido las tripas y remendado las asaduras sin que pestañease, daba lo mejor de su hacienda á otro preso listo de pluma porque le escribiera una carta amorosa á su daifa, que en el Compás ó en San Bernardo quedó con padre y madre conocidos (los de la mancebía), y porque en el mensaje chorreara los más retumbantes conceptos de amor y ternura, y dibujase al final un corazón atravesado por muchas saetas y pintarrajeado con azafrán ó almagre, ó le figurase al mismo hombre con grillos y amarrado por una cadena á la boca de su querida, de la cual salían expresiones eróticas.

Sobre los mil ochocientos presos y sobre sus vicios, necesidades é inclinaciones, vivían unos cuantos centenares de individuos peores que ellos, puesto que á servirles se avenían; cuál tatuaba herraduras, sierpes ó *eses* con *clavos* en las piernas, brazos y pechos de los futuros galeotes; cuál les rapaba las barbas y les empinaba los mostachos; cuál andaba á la rebatiña, hurtando á éste y revendiendo á aquél las dagas de ganchos ó los cuchillos de cachas amarillas, sin contar los pastorcillos, que eran unos palos aguzados y con la punta quemada que pasaban á un hombre lo mismo que navajas barberas; otros eran listos en las *flores* y tenían maña para *herrar los bueyes*, que era marcar las cartas de la baraja en beneficio de los tahures, ya con raspadillo, ya con humillo ó con berrugueta; otros eran águilas en manejar el cortafrío y la sierra para abrir *guzpátaros* (agujeros), en rejas, paredes y tejados; otros en ocultar mujeres bajo las camas amontonándolas en camisa ó en cueros, como si fuesen tarugos de madera.

Por el día y de noche, hasta las diez, en la cárcel había incesante trasiego de gente de la peor; á nadie se le preguntaba la causa de que entrara ó saliera como no fuese preso, y aun éstos, no siendo de los graves, salían también mediente su cumquibus al alcaide, al sotaalcaide y á los bastoneros ó vigilantes, que eran otros presos, pues no había en el caserón nadie que no fuera criminal ó ayudante, amigo y servidor de los criminales. Toda aquella morralla se mantenía de cuatro tabernas que en la cárcel llevaban una vida floreciente, y de lo que cada cual pudiera agenciarse, pues ha de entenderse que allí nadie demandaba rancho

ni comida, si no era por caridad y aprovechando la común largueza de los presos. Los puestos de la cárcel, alcaide, sotaalcaide, bodegoneros, porteros y demás, eran cargos envidiados por lo productivos; el de verdugo era tan lucrativo como el de alcaide, pues á ninguno atormentaba sin cobrar antes por apretar más ó menos los cordeles, y el pobreto que había de sufrir la tortura sacaba de las entrañas de la tierra los escudos para no quedar cojo, manco ó quebrado.

Bien da á entender Cervantes que el ruido y la incomodidad de la cárcel eran insufribles. Por el día, á la baraúnda y estrépito de tantos entrantes y salientes, había que sumar el estruendo de las riñas y zurizas, los gritos, cantes y bailes flamencos y el disputar y gruñir de los jugadores perdidosos. Separadas de los presos, pero en el mismo edificio, las presas pasaban todo el santo día cantando en coro, acompañadas de vihuela y de arpa ó laúd las seguidillas recientes:

Por un sevillano
rufo á lo valón
tengo socarrado
todo el corazón.....

Otras veces les recogían las guitarras é instrumentos de cuerda, y era peor, porque entonces llevaban el son traqueteando con los mismos grillos que en manos y piernas llevaban. A puros gritos y al través de las paredes, se entendían con sus hombres y les hacían declaraciones amorosas, cuales nunca se oyeron en el infierno de los enamorados, como las de *las chuchas* en la actual Galera de Alcalá.—¡Ah, mi ánima, ponte á la reja, que mañana salgo! ¡Envíame un contento, vida mía! ¡Lindo, por mis vidas, es el regalo! ¡Sano te vea yo, valeroso!...—Ruidosas eran las alegrías, silenciosas las pendencias. El *hombre*, con las tripas fuera, callaba como bueno. Así pasaba que solían enredar en la cuerda de azotados y en la de galeotes á quien menos culpa tuviese.

La trisca y la zumba eran mayores cuando había sentenciado á muerte: entonces la cárcel entera vibraba de gusto. Hombres y mujeres eran á alabar y halagar al condenado, y más cuando ma-

yores fueran la serenidad de su rostro y el sosiego de sus palabras. Allí se jugaba con la muerte y se hurtaba todo, menos el cuerpo al dolor ó á la horca. El condenado continuaba impertérrito su partida de naipes, y si podía, á dos pasos de la soga, les soltaba cuatro ó cinco floreos para sacarles los cuartos á sus compinches.

Tampoco se burlaba con la devoción. En cada cámara y en los aposentos ó celdas de los que estaban separados había una, dos y más imágenes, ante las que se renovaban á toda hora las candelicas de cera ó de aceite: Cristos patibularios, pintados con azafrán en la pared ó estampas de Vírgenes y Santos milagreros, iluminadas con los más extraños y fantásticos colores. Al cerrarse las puertas de la cárcel, todos los altarcillos é imágenes tenían sus luces encendidas. Encendíanse también las del altar que en el fondo del patio grande había, y el sacristán, rebenque en mano, iba haciendo hincarse de hinojos á todos los presos. Soltaban ellos la baraja ó la mujer con que estaban entretenidos, y mil ochocientas voces, desgarradas y aguardentosas unas, atipladas y femeniles otras, entonaban la Salve, con ese antiguo y trágico sonsonete de las Salves carcelarias, que hiela los huesos de quien por primera vez las escucha. Presos grandes y chicos, de escasa pena y de muerte, cantaban con la misma devoción, atarazados por el miedo á la otra vida ó creyentes en milagros que les salvaran, para volver á sus correrías y bandidajes.

Mientras rezaba con ellos, siguiendo el conjunto aterrador de aquellas voces, sentía Miguel cómo por cima de todas las miserias humanas aletea un ideal, que para cada ser es distinto, pero que á todos los une y ensambla, como se machihembraban las voces en aquel inesperado y no previsto concierto de la Salve, y lo que siempre en él fué presentimiento de cuán interesante es y puede hacerse la humanidad alta y la baja, si se la considera y hace ver en busca de algo, peregrinando con una intención noble y peleando por un fin irrealizable y desvariado, se trocaba ahora en convicción profundísima. En la hedionda y lúgubre obscuridad del patio y de los corredores y aposentos que á él hacían, las luces de las candelicas y cerillos titilaban, parpadeaban las puertas y las

ventanas, unas voces ceceaban roncas, otras galleaban sutiles, y por cima de todas ellas solía asomar un claro son femenino, que con angelical blandura entonaba el canto religioso. Miguel reconocía en aquella voz la misma que al son de los grillos había cantado por la tarde la seguidilla ardorosa:

Por un sevillano
rufo á lo valón.....

En aquel mundo chico y bajo de la cárcel de Sevilla estaban, pues, compendiadas todas las ansias, altezas y pequeñeces del mundo grande: y todas ellas importaban, conmovían, hacían reir, sangraban, estremecían, excitaban: todas eran por igual interesantes como los hechos heroicos que el historiador y el poeta épico ensalzan.

Aquel contraste fecundo notado por Miguel entre las nieves del Veleta y la lujuriosa vega granadina, encerraba el secreto del vivir y del arte. Y entonces, sumido en las repugnancias de la cárcel, sintiendo correr por su cuerpo la miseria, viendo en los ajenos y en las paredes y en el suelo otro menudo y espantoso cosmos de chinches, pulgas, ladillas, piojos, reznos y garrapatas, remembraba Miguel sus pasados días de gloria, recordaba el sol de oro que le alumbró en Lepanto y que le acarició en Nápoles y en Lisboa, y pensó que ni era otro el sol, ni tampoco él había variado, pero que en la vida nos engañábamos inocentemente pensando que es grande lo grande y chico lo chico.

No hacía Miguel estas reflexiones á solas, ni quizá las hubiera hecho, á no hallarse también allí en la cárcel preso, como él y por razones análogas de rendición de cuentas, otro empleado del fisco, que había sido oficial mayor de la Contaduría en pasados tiempos, el cual, mejor aún que Miguel, conociera las ficciones de la corte española y las lozanías de Italia y de su libre vida. Era cincuentón, por lo menos, hombre sagacísimo y pausado, maestro de la vida y con tan feliz memoria y buen arte para contar sucesos de grande y de menor cuantía como ningún otro: con esto, hombre tan curtido y baqueteado, que podía dar lecciones de experiencia al dios Saturno, y tan filósofo que tal vez ninguno mayor ha teni-

do España, si se exceptúa al jesuíta autor de *El criticón*. Conversando con Miguel, pronto se hizo amigo suyo, cuanto pueden serlo dos hombres desgraciados que se conocen al llegar la cincuentena: con Miguel comunicó desde luego un libro que ya tenía manuscrito y terminado y que, ó mucho se engañaba, ó había de ser uno de los mejores entre los de entretenimiento que en España se compusieran.

Hablando, hablando de lo que más gusto daba á uno y á otro, vino Miguel en averiguación de que su interlocutor era amigo de Vicente Espinel y del discreto cortesano de Segovia Alonso de Barros. Acaso ya el satírico rondeño, conociendo la obra de su amigo, había compuesto en su elogio aquel epigrama latino, que tan bien pinta la situación de ánimo en que á la sazón se hallaba Cervantes y que tan honda impresión debió causar á éste.

Quis te tanta loqui docuit Guzmanule ¿quis te
stercore submersum duxit ad astra modo?
Musca modo et lautas epulas et putrida tangis
ulcera, jam trepidus frigore, jamque cales.....

A lo que filosóficamente contestaba el preguntado:

Sic speciem humanæ vitæ, sic perfero solus
prospera complectens, aspera cuncta ferens.....

Como el personaje de los versos, Miguel estaba entonces sumergido en el estiércol y pronto á subir hasta los astros. El libro que su interlocutor le leía en la cárcel sevillana, en aquellos días en que Miguel cumplió los cincuenta años, se llamaba ***La atalaya de la vida humana, aventuras y vida del pícaro Guzmán de Alfarache.*** El amigo que mejor trato tuvo con Miguel en aquella negra prisión, se llamaba Mateo Alemán. Antes que lo dijera el contador Hernando de Soto, conoció Miguel que era aquel libro donde

ni más se puede enseñar
ni más se debe aprender.....

Y véase por dónde y cómo tal vez la misma pluma de ave que escribió los últimos capitulos de *Guzmán de Alfarache* sirvió para

escribir los primeros del *Quijote*, engendrado en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruído hace su habitación: la cual no pudo ser sino la cárcel de Sevilla, en donde Miguel pasó todo aquel Otoño, saliendo de ella á los primeros días de Diciembre.

Muchos Otoños fértiles había tenido Miguel: ninguno más que aquel pasado en la cárcel de Sevilla, donde engendró el libro único. ¡Quién pintará su alegría cuando salió de ella y se vió de nuevo en la anchurosa plaza de San Francisco, paseando los soportales, con unos cuantos pliegos manuscritos bajo el brazo, mientras por cima de las casas paredañas de la Audiencia, la Giralda más contenta que nunca se le aparecía graciosa y gentil, pronta á romper en desenfrenada y gachona zarabanda! Lo que de aquellos meses de la cárcel había sacado, fuera de las canas que entre lo rubio de las barbas se le parecían, era, y de ello Miguel estaba seguro, la más alta ganancia y el más rico hallazgo de su existencia. Y Miguel, desde un principio, contento y seguro de que había entrado con pasos firmes en el camino de la inmortalidad, se reía, se reía pensando cómo lo que no le agenció el trato con los mayores héroes de su tiempo, lo que no ganó á las órdenes de Don Juan de Austria y de Don Alvaro de Bazán, habían de procurárselo y lograrselo aquellos días piojosos y chinchosos, llagados y lacerados de la cárcel de Sevilla y la compañía de Carihartas y Gananciosas, de Solapos y Paisanos, de Maniferros y Escarramanes. ¡Ah, qué bella, qué ancha, qué imprevista y qué original es la vida!

Cervantes, con su amigo Alemán, también suelto á poco, salía á reirse á los ventorrillos del Guadalquivir, á tomar el sol de invierno, camino del monasterio de las Cuevas, á pasear por el campo de Flores, desde donde el venerable, el sapientísimo, el prudente y provecto varón Benito Arias Montano escribía aún á Felipe II rogándole que conservase como asistente de Sevilla al feroz conde de Puñonrostro D. Francisco Arias de Bobadilla, el que ahorcó á los famosos rufos Mellado y Gonzalo de Sanabria y á otros tantos, y metió en cintura á la desalmada picaresca sevillana.

Grande, ancha é interesante la vida, le parecía á Miguel singular locura la de su amigo el bilioso Fernando de Herrera, á quien por fin habían matado las pesadumbres amorosas ó su propio genial resquemado y reconcomido. Bueno era el mundo, buenos los tratos y diversiones de la gente conocida en la cárcel, cosa rica y divertida la horca, regalado espectáculo la pena de azotes, el emplume, el enmelamiento. A pesar del rigor que Puñonrostro desplegaba, azotando, ahorcando, enviando gentes á galeras; á pesar de los pujos de corrección que les acometieron á los señores del Cabildo municipal, moviéndoles á echar hacia la Lonja á los vendedores y regatones de las calles; á pesar de la evangélica furia con que un día cierto canónigo de la colegial del Salvador arrojó también, imitando á Jesucristo, á los fruteros y hortelanos que vendían á la puerta de la iglesia, el hampa no iba en disminución ni la podredumbre sevillana cedía.

En todo el año 1598 hubo epidemias de tabas y carbuncos, á causa de la carne muerta y mal matada que se vendía en todos sitios; epidemia humana hubo también de poetas malos, y entre ellos se distinguía por lo estrafalario y ridículo, el original Francisco de Pamones,

con quien las musas ojeriza tienen,

según dijo años después en el *Viaje del Parnaso*, Miguel, que debió de reirse mucho en aquellos tiempos con las rimas estrambóticas del desdichado vate.

Como él y como otros muchos, un poco al azar y á la ventura, vivía Miguel ó sobrenadaba en Sevilla, mientras iba combinando, disponiendo, trazando y dando forma á su libro. No es dudoso que, según lo componía, su genio no le dejaba tener oculto tal tesoro, y, sin pensar más que en satisfacer aquel gusto, regodeo y complacencia con que toda la obra está pensada y escrita, iba leyéndoselo á los demás escritores y poetas amigos suyos. De esta manera, mucho tiempo antes de impresa la obra, y aun antes de concluída su primera parte, sus gracias comenzaron á divulgarse de boca en boca por Sevilla, y así corría la fama de Cervantes como hombre de ingenio peregrino y de jamás igualada inventiva.

Tiene el *Quijote*, como pocos libros, quizás como ningún otro, el mérito excepcional de poder iniciarse y resumirse su asunto en pocas palabras, y ponerle así al alcance de todas las inteligencias y á la disposición de todos los gustos. La formidable antítesis por Miguel entrevista en Granada ó quizás antes, y por él revista y repensada en la cárcel de Sevilla, era al instante dueña de los ánimos, los interesaba, los persuadía. No diré que á Cervantes le señalasen con el dedo las sevillanas, como hacían con Dante las florentinas cuando supieron que iba á publicar el *Infierno* y que decía haber estado en él; sí que en Sevilla muchas fueron las personas que conocieron á Don Quijote y á Sancho, y hablaron de ellos cinco ó seis años antes de que salieran á luz sus aventuras. Sólo un hombre tan vulgar como el cronista Ariño, desconocía el nombre de Cervantes. En cambio, el licenciado Collado, al copiar los versos hechos por Miguel en serio al túmulo de Felipe II, dice bien claro: «Algunos otros versos se pusieron sueltos y unas *décimas* que compuso Miguel de Cervantes *que, por ser suyas, fué acordado ponerlas aquí.*»

Quiere decir esto que Miguel era no sólo conocido, sino reputado por uno de los mejores ingenios de Sevilla y no tanto por sus versos cuanto por la noticia del *Quijote* que unos mejor y otros peor iban poseyendo. No obstante, como siempre le había acontecido, al llegar el otoño de 1598 se halló muy sin ropa y muy sin dineros. En 15 de Septiembre de dicho año tuvo que pedir á préstamo once varas de raja cabellada para dos trajes ó para traje y capa ó ferreruelo. Mes y medio después, andaba en tratos y reventas de provisiones al por menor con los bizcocheros de Triana y con los patrones de pataches y goletas que atracaban al muelle.

En tanto, había ocurrido en España uno de los más importantes sucesos de la Historia. Gotoso, llagado, agusanado y podrido murió el Rey D. Felipe II, el día 13 de Septiembre, en El Escorial. Con él se extinguía la gloria de los Austrias.

La gran Sevilla,

Roma triunfante en ánimo y nobleza,

acordó celebrar los funerales del rey alzando un túmulo tal que de

él se hablase en el mundo entero. De su traza y ejecución, previas reñidas oposiciones, se encargó el maestro mayor de la ciudad, que era el Jurado Juan de Oviedo, aquel famoso arquitecto é ingeniero militar á quien debió Sevilla las obras más importantes de su época, la construcción del Matadero, el reparo de los Caños de Carmona y otras edificaciones, y Cádiz las famosas fortalezas del Puntal y Matagorda. Hicieron las estatuas del túmulo el escultor del sentimiento Juan Martínez Montañés y su compañero Gaspar Núñez Delgado: las pinturas Francisco Pacheco, Juan de Salcedo y Alonso Vázquez Perea. El 24 de Noviembre comenzaron los funerales. Al día siguiente en la misa, por una cuestión de etiqueta, disputaron la Audiencia y la Inquisición, se quedó la misa á medias y fué preciso concluir de celebrarla en la sacristía. Entre la algazara y rechifla de la gente sevillana, se retiraron los sacerdotes, bajó del púlpito el predicador, los señores de la Inquisición se marcharon muy enfurruñados haldeando sus gramallas negras, y los de la Audiencia rezongando entre sus encajes blancos y sus negras garnachas.

El suceso fué la fábula y comidilla de los sevillanos durante unos meses. Estuvo puesto el túmulo y sin celebrarse los funerales hasta fin de año. Todos los días iba la gente á ver si por fin se celebraba ó no la función.

El martes 29 de Diciembre, entró al acaso Cervantes en la iglesia y al ver tantos sevillanos embobados con los preparativos que por fin se hacían para celebrar al día siguiente las honras, miró por centésima vez el monumento y sin poderse contener entre la chacota general, dijo, con valiente entonación aquel soneto que siempre tuvo por honra principal de sus escritos:

¡Voto á Dios, que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla.....

CAPÍTULO XLII

LA ACADEMIA DE PACHECO.—LOS LIBROS DE CABALLERÍAS.—DON QUIJOTE CRECE.—MUERE ANA FRANCA.—QUAE EST ISTA...

El pintor y poeta Francisco Pacheco, á la verdad, mediano pintor y poeta desapacible, nos dejó en su *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* una joya valiosísima. Merced á ese peregrino libro conocemos mejor que por ningún dato ni reseña escrita lo que era la sociedad literaria y artística sevillana en los últimos años de Felipe II y primeros de su hijo. Ese libro nos muestra, sin quererlo su autor, cómo en el reinado de Felipe II comenzaron á hacer asiento y á cuajar y á trabarse y á formar una conglomeración sólida y maciza los ingenios de las diversas ciencias y artes. Los ilustres y memorables varones en él retratados constituyen, sin proponérselo ellos, ni su retratista, una Academia con todos los bienes y todos los males á este nombre inherentes.

Hay en ella sujetos de tan marcado temple académico, cual el doctor Luciano de Negrón, todo escuálido, todo blando, tiernos los ojos, tímida la cara, lleno de fingida modestia y de contrahecha bondad y que lo mismo se colaba, sin ruido, en el provisorato de la sede vacante por muerte del cardenal D. Rodrigo de Castro, que asistía con la mayor mansedumbre evangélica á la degradación y ejecución en la horca de dos frailes portugueses, dominico y francisco, á quienes él mismo condenó por complicados en la impostura de Marco Tulio Carsón, que decía ser el rey D. Sebastián perdido en Alcazarquivir: y con esto, grande amigo y corresponsal de los sapientísimos varones Juan Voberio, Jacobo Gilberto y otros

26

que tales. Hay allí médicos como el doctor Bartolomé Hidalgo de Agüero, discípulo del famoso doctor Cuadra y que después de haber ejercitado veinte años *la vía común*, trepanando, legrando y usando de los hierros conocidos, vió que por tan cruentos medios no se obtenían grandes resultados é inventó modo más suave de curar, «desechó los instrumentos y medicinas fuertes, los digestivos y fármacos húmedos y usó en su lugar de cosas desecantes y conservativas, que llaman cefálicas como sus *polvos magistrales*, el olio benedito que llaman de Aparicio y otras cosas propias para levantar huesos y sacar materias y humores con lenidad suma», con lo cual logró tantas curas que bravo ó jaque herido en Sevilla, aunque tuviese todos los huesos quebrados, decía lleno de fe: Encomiéndenme á Dios y al doctor Hidalgo... porque todo lo sanaba con suavidad y tiento. Hay allí frailes de ojos bajos y de salientes quijadas, como el padre maestro Juan Farfán, el cual evangelizó desde el púlpito á la estragada y corrompida Sevilla y en sus ratos de ocio supo darle á la pluma satírica con tanto aire y desaprensión como demuestra aquel soneto suyo casi desconocido. *A un cornudo*, que empieza

Oh, carnero muy manso, oh buey hermoso,
asno trabajador siempre contento,
de tu mujer frazada y paramento,
mastín blando al que viene deseoso.....

Hay pintores correctos, amañados, para quienes el arte de la composición era una parte de la Teología dogmática y el del colorido un estudio pendiente del de la Liturgia, como el racionero Pablo de Céspedes, cuyos insoportables cuadros en Sevilla existentes son el preludio de toda la pintura académica, fría y razonadora del siglo XVIII, y de la primera mitad del XIX (si en esta época se puede llamar pintura á lo que no es Goya), es decir, que marcan, por caso maravilloso, una decadencia anterior á la prosperidad y al florecimiento. Hay jesuítas lacios, chupados, lamidos y pálidos, agudos, ojerosos, ojiclaros, fríos, viscosos, como el P. Luis del Alcázar, fino y sagaz personaje que vemos aparecer en esta obra acedando y amargando la alegría de los demás. Hay sabios arqueólogos y amantes de las antiguallas, como el maestro Francisco de Medina, catedrático de Osuna y secretario del cardenal Castro, y otros coleccionistas y dueños de Museos y Bibliotecas como el alférez mayor de Andalucía, ingenioso analista, historiador, bibliófilo y hombre de mundo, Gonzalo Argote de Molina. Hay monstruos de la sabiduría como el gran Benito Arias Montano, y de la elocuencia como Fray Luis de Granada, junto á poetas é historiadores cortesanos, como Gutierre de Cetina, y Cristóbal Moxquera de Figueroa. No falta el burgués enriquecido que sabe hermanar la administración con el trato de las regocijadas musas, como el gran Baltasar del Alcázar, servidor ó mayordomo del duque de Alcalá en los Molares, gran conocedor de las virtudes de piedras, hierbas y metales y famoso por la *Cena* y por el *Diálogo de Borondanga* y *Handrajuelo;* ni su hermano Melchor del Alcázar, alcaide de los Reales Alcázares de Sevilla.

Esta mezcla de burgueses y aristócratas, frailes y gentes de orden, amigas de que se ahorque á quien deba ser ahorcado y de que se conserven los tesoros de la antigüedad y los buenos puestos y prebendas de la edad presente, ¿cabe dudar que es una Academia sesuda, reposada, conservadora, llena de esa apacible y grata serenidad que embellece y ennoblece las senectudes fecundas y justifica las estériles?

Todos estos sujetos son afables, sosegados, y si se les ocurre alguna picardigüela, comunícanla en secreto de boca á oreja, ríenla brevemente y con cierto diapasón, y luego vuelven á quedar graves. Como pidiendo perdón, sin biografía al pie, sin nombre siquiera, se ha deslizado en el libro un caballero de Santiago, de ganchudos bigotes, de ojos parlanchines, de enormes lentes redondos. Le conocéis al punto, pero el autor, el prudente y mesurado Pacheco no ha querido apuntar su nombre: es D. Francisco Gómez de Quevedo. Por aquellas páginas anda también otra figura aguda, iluminada con una risilla de conejo: al pie lleva el nombre, pero no la biografía. Es Juan Sáez de Zumeta. Se echa de menos entre los *verdaderos retratos*, el del caballerizo de la Reina, D. Juan de Jáuregui, á quien, sin duda, no pintó Pacheco por ser del oficio: falta el retrato del gran poeta sevillano Juan de la Cueva de

Garoza. Faltan, por fin, el retrato de Vicente Espinel y la efigie de Miguel de Cervantes.

¿Qué significa esto? Significa, á mi entender, que Cervantes perteneció desde luego á la casta de los satíricos, de los independientes, de los pobres, de los antiburgueses, de los contra-académicos. Puede ser que conociera y tratara á algunos, quizás á muchos de los sensatos y serenos varones á quienes Pacheco retrató; pero de seguro que ni le entendieron bien (aparte que muchos eran ya viejos por entonces) ni él los apreció, acaso porque no eran muy apreciables. Miguel, en estos años en que no tuvo oficio ni ocupación constante, como en los anteriores, era poco más que un vagabundo, era siempre un necesitado, un menesteroso.

Miguel andaba por las calles, por el Arenal de Sevilla, con las manos ociosas, el estómago vacío y la imponente máquina del *Quijote* en la cabeza. Y no sólo pensaba en el *Quijote*, pues de seguro algunas novelas ejemplares (señaladamente *Rinconete* y *Cortadillo*, *La española inglesa*, *El celoso extremeño* y quizás *Las dos doncellas*) las compuso en este tiempo. De ellas y de la parte del *Quijote* que iba componiendo leía trozos á escritores y no escritores amigos suyos. El primero de sus oyentes y admiradores fué quizás el graciosísimo, el experto, el sabio y simpático representante Agustín de Rojas Villandrando, cuyo genial humanísimo y cuyo amor á la vida le cayeron muy en gracia á Miguel. Entonces se le aficionó, y de seguro hubo de prestarle ayuda, un caballero toledano, algo emparentado con la casa de Alba, el cual se llamaba D. Fernando Alvarez de Toledo, señor de Higares, pariente asimismo del duque de Lerma, con quien no andaba en mucha armonía. En aquellos días cultivó también Cervantes el trato de su antiguo conocido el licenciado Francisco Porras de la Cámara, á quien leyó sus obras, con gran contento de ambos, y entonces, ó poco después, conoció á un tal López del Valle, algo poeta, contador de la casa ducal de Béjar y amigo del poeta Pedro de Espinosa.

Con estas amistades, que conoció serle útiles, el porvenir iba abriéndose ante los ojos de Miguel. En Febrero de 1599 sabemos

que se hallaba en relaciones de dinero, con su pariente D. Juan Cervantes de Salazar, hijo ó sobrino del gran filósofo Francisco Cervantes de Salazar, continuador del *Diálogo de la dignidad del hombre*, que escribió el maestro Pérez de Oliva. D. Juan Cervantes de Salazar, que era también poeta muy tierno y exquisito, por cierto, debía á Miguel noventa ducados, y se los pagó en aquella fecha. Había, pues, en la misma familia de Miguel quien necesitaba del auxilio del Ingenioso Hidalgo.

De su mujer y hermanas poco sabía, ni ellas debían de acongojarse gran cosa por lo que pudiera sucederle. Miguel se sentía y se encontraba solo ya en el mundo, y por eso se le ve rebuscando asideros para salir adelante, procurando halagar á los caballeros nobles, como el señor de Higares y el joven duque de Béjar, intentando lograr, por Porras de la Cámara, el amparo de la Iglesia, cada vez más poderosa, en particular (y piensen en esto lo que quieran los historiadores miopes) desde que, muerto Felipe II, faltó al Poder civil una mano fuerte y decidida que reprimiese los crecimientos y demasías del Poder eclesiástico. Miguel entonces, mientras azotaba las calles de Sevilla buscando una combinación como el trato con el galletero Pedro de Rivas, ú otros semejantes para ganar el sustento, recordaba con nostálgica pesadumbre la abundancia del Vaticano, en qne algunos meses vivió, la esplendidez y boato de aquellos Aquaviva y aquellos Colonna, á quienes rehuyó cuando joven. Veía, por otra parte, á todos los señorones á quienes conocemos por el libro de los retratos, tan lucios, llenos y felices por haberse acogido al gremio y acorro de la Iglesia, ó por hallarse con ella en excelentísimas relaciones.

Los tiempos iban cambiando. Felipe II había sido un hombre capaz de afrontar las iras de los Papas y de las demás naciones católicas: gran pecador, la varonil entereza que heredó de su padre y que en él se ofrecía entreverada de apocamientos y desmayos, hijos del alma amorosa y débil de su madre, lograba sobreponerse en los casos de apuro, y dominándose á sí mismo, dominaba á los demás.

Su hijo Felipe III era, en cambio, todo blandura linfática: era

un pequeño pecador, y sus deslices, en aquel tiempo mínimos, le pesaban sobre la vacilante conciencia y necesitaba depositarlos, soltar aquella carga que oprimía su alma floja, confiárselos á cualquier santo varón que los absolviese y perdonara. Fué entonces cuando comenzaron á turbarse las conciencias y cuando la Iglesia, y más particularmente los frailes, principiaron apoderándose de las casas, conquistando todos los castillos interiores, domeñando á la empobrida y trémula sociedad, que al perder la alegría, desterrada de España por las negras voces de los predicadores biliosos, perdió la confianza en sí misma y en la ayuda que Dios prestó antes y presta siempre al individuo que en si propio tiene fe, sin valerse de intermediarios ni correveidiles. Perdieron los ánimos la fuerza para resolver sus conflictos interiores y salir de sus espirituales apuros. La corte y su crecimiento, el cambio en las costumbres cortesanas contribuyeron también á esta situación, arrancando de su soledad bravía á la nobleza territorial, zambulléndola en las promiscuidades más enervantes y desmoralizadoras.

Miguel, que en sí propio, en su espíritu rendido y martilleado incesantemente por los golpes de la adversidad, notaba este desfallecimiento, iba haciéndose cargo de cuán necesarias eran las personalidades superiores, las individualidades poderosas, absorbentes, capaces de conducir á los hombres, de encauzar los hechos, de excitar los sentimientos y de guiar las ideas. Miguel veía desaparecer de la escena de España los héroes de la realidad y ser reemplazados pos los de la ficción disparatada.

Ni las peticiones de las cortes de Valladolid en 1555, seguidas por numerosas protestas de los hombres más sabios y eminentes, como los maestros Luis Vives y Alejo de Venegas, Melchor Cano, y Fray Luis de Granada, ni las razones que el venerable Arias Montano, hombre de ojos sagaces siempre abiertos, formuló, consiguieron desterrar la peste de los libros de caballerías, cuya lectura estragaba las almas ansiosas de ver repetirse y abultarse las pasadas aventuras de mar y de tierra hasta tocar en lo imposible y cruzar los linderos de la honesta ficción para entrar en los del desvarío. ¿Acaso no eran libros de caballerías en cierto modo aquellos tratados de las espirituales conquistas, de los ocultos y secretos reinos y de las moradas invisibles y de los interiores castillos? ¿No lo eran también las relaciones habladas y escritas que á Sevilla la ardiente y la imaginativa y á Cádiz la fantasiosa llegaban de las proezas de los conquistadores y descubridores en el nuevo mundo?

Contra el empuje imaginativo, contra la avidez insaciable que reclamaba constantemente lecturas de este género en que la épica llega á la insania, cuyas lindes ya tocó en el poema de Ariosto, no había recurso que oponer. Endeble reparo á tal invasión fueron las novelas pastoriles y harto lo conoció Cervantes que había sido de los primeros en oponer la dulcedumbre y suavidad arcádicas al estrépito y baraúnda de las caballerías. Persuadido iba estando de que ni sus esfuerzos en seguir la senda de Montemayor y de Gil Polo, ni los de Suárez de Figueroa, Gálvez de Montalvo, Lope de Vega, Valbuena y demás patrulla de los bucólicos, bastarían á otra cosa que á empalagar al público.

Darle poesía pastoril y novela bucólica á quien pedía caballeros andantes era como querer saciar con miel y hojuelas el estómago hambriento que pide carne cruda y bodigos de pan de tres libras. Llamar la atención de la gente hacia lo bajo y prosaico de la humanidad, como lo había hecho el autor del *Lazarillo* y lo intentaban ya el propio Miguel y su amigo Mateo Alemán, podía ser un medio para acabar con la balumba de las caballerías, si el libro picaresco lograba entrar en todas las casas y llegar á todas las esferas sociales, lo cual su misma índole impedía que se consiguiese. Las novelas novelescas, como hoy dicen, ó de amores y de aventuras cortadas por el patrón del *Teágenes y Cariclea* de Heliodoro y tales como la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras, el *Clareo y Florisea* de Núñez de Reinoso y el *Persiles y Sigismunda*, no se habían presentado aún á la imaginación de Cervantes como un remedio ecléctico y contemporizador para el mal de que se trataba. Las imitaciones de los novelistas italianos, en el estilo de las *novelas ejemplares* eran, sin duda, arbitrio insuficiente para lo que se pedia. Al *mundo* y al *vulgo*, como él dijo, coincidiendo con su amigo Alemán, convenía tratarle como á niño mal educado, no poniéndose de frente con sus gustos, sino llevándole el genio y trasteándole con maña, consintiéndole y halagándole.

Por eso, para combatir los libros de caballerías, tan aventajados y lozanos en el sentir del mundo y del vulgo y con tan grandes raíces que al Romancero, á las Gestas antiguas y á los orígenes mismos de la nacionalidad tocan, y prosiguen por la Edad Media en verdaderas historias de reales y efectivos caballeros de ventura, como Suero de Quiñones, como el conde de Buelna Don Pero Niño, como los famosos Mosén Luis de Falces y Mosén Diego de Valera y como el condestable Miguel Lucas de Iranzo, cuyas crónicas pudieran intercalarse sin desdoro en lo más intrincado del Amadís, no cabía sino escribir otro libro de caballerías mayor que todos los anteriores y sacar á plaza un caballero de carne y hueso y hasta hacerle pelear ya con gigantes imaginados, ya con reales y cogotudos villanos, mercaderes y yangüeses y con fingidas tropas de Alifanfarones y de Pentapolines, en quienes se personificase, para el discreto y advertido, á todos los personajes engendrados por la fanfarria y ficción andaluza y portuguesa, que á tales términos iban llevando á la nación.

Con fruición deliciosa hundía la mirada Cervantes en todo aquel increíble cosmos de vaciedades y absurdos, venido Dios sabe de dónde. Resonábanle en los oídos las antiquísimas historias del caballo mágico, que de la India vino tal vez á posarse en el poema homérico y desde allí corrió por las viejísimas leyendas de Clamades y de Clarimunda, convertidos en Pierres y Magalona ó en el Príncipe Caramalzamán y la Princesa Badura. Montados también en mágicos corceles, en hipógrifos y alfanas, en cebras y dragones iban corriendo por su imaginación los primitivos héroes de las caballerías y de los maravillosos cuentos, Fierabrás, Partinuplés, Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe y Tablante de Ricamonte, revueltos con los de las leyendas demoniacas y piadosas, como el San Amaro, gallego, y el Roberto el Diablo, de Bretaña ó Normandía, y con las verdaderas relaciones de viajes y andanzas del Infante D. Pedro de Portugal, que anduvo las cuatro partidas del mundo.

A este primer escuadrón seguían la infinidad de caballeros imaginados por gentes que ni siquiera tenían la menor noción de las caballerías, como el famoso y archidisparatado Feliciano de Silva, padre de Florisel de Niquea ó de D. Rugel de Grecia y de tantos otros dislates: como Bernardo de Vargas, sevillano, autor de D. Cirongilio de Tracia, hijo del noble Elesfrón de Macedonia; como Pedro de Luján, á quien debemos el Invencible Lepolemo, también llamado el Caballero de la Cruz; como el burgalés Jerónimo Fernández que, desde su bufete de abogado en Madrid, lanzaba al mundo á D. Belianís de Grecia; como la dama portuguesa que continuaba la historia de Primaleón y Polendos; como el curioso dialoguista, poeta y secretario del conde de Benavente, Antonio de Torquemada que, alternando con su *Jardín de flores* y sus *Coloquios satíricos,* compuso el D. Olivante de Laura, príncipe de Macedonia; como el caballero D. Melchor Ortega, que sacó de entre los cerros de Úbeda, su patria, al príncipe Felixmarte de Hircania; y el señor de Cañadahermosa, D. Juan de Silva y Toledo que, en aquellos mismos días en que Cervantes pensaba el *Quijote*, componía el desaforado D. Policisne de Beocia; y el sesudo traductor de Plinio, Jerónimo de Huerta, que imaginó el Florando de Castilla; y el fraile observante Fray Gabriel de Mata, que en 1589 había hecho caballero andante nada menos que al seráfico Padre San Francisco de Asís, intitulándole *El caballero Asisio.* Frailes, damas, caballeros, poetas, naturalistas, secretarios, contadores y gente de toda laya, se entregaban á la composición y á la lectura de los descomulgados libros de caballerías.

La empresa de atacarlos y derribarlos era una de las más grandes que podían ser intentadas por ingenio alguno, y este propósito, no anterior, sino subsiguiente á la gran concepción del contraste humano, como base de una composición grandiosa y definitiva, debió de aparecer entonces claro á los ojos de Miguel, persuadido de las enormes consecuencias morales y literarias que tendría el derrocar la ficción caballeresca, en la que iba envuelto el eterno mal crónico de los españoles, lo que en tiempos recientes se llamó la leyenda dorada, aquel embaimiento y elevación en que viven los espíritus de España cuando fatigados de la acción por exceso de heroísmo y de energía, se tumban á la bartola pensando en mundos ignotos y en conquistas fantásticas.

Este desequilibrio entre la acción y el pensamiento, esta falta

de sangre de hechos que á nuestras ideas suele caracterizar y, como consecuencia de ella, la ausencia ó carencia de jugo ideal que á los hechos distingue, este divorcio pura y netamente español de la teoría y de la práctica, que nos conduce ó á la utopia del cababallero andante ó á la rutina del panzudo escudero y de sus compinches y congéneres los destripaterrones del arado celta... no diré que Cervantes lo meditó y reflexionó sobre ello, sí que la sensación y el presentimiento de todas estas cosas y de otras muchas iba posesionándose de su ánimo y añadiendo nueva substancia de realidad á lo ya pensado de su obra.

Antes que ningún político lo olfateara, excepción hecha de aquellos sagacísimos embajadores italianos, quienes desde los primeros tiempos de Felipe II andaban por toda Europa procurando el descrédito de España, conoció Miguel que ya comenzábamos á bajar la pendiente.

También él iba descendiéndola ya. Sin pena y sin recelo se encontraba en el claro otoño de la vida, lleno de visiones de gloria y de inmortalidad, como en tantos otros otoños de su malgastada juventud.

Por aquel entonces, para más espiritualizar y desinteresar su vida, le ocurrió una gran desgracia, de la que no podía lamentarse. Murió Ana Franca, Ana de Rojas ó Ana de Villafranca, esposa de Alonso Rodríguez, la mujer á quien Cervantes había amado cuando se decidieron á casarse él con doña Catalina, y Ana con Alonso Rodríguez.

¿Se ha pensado bastante lo que fueron estas dos existencias rotas por siempre para el amor? Murió Ana Franca, esa desconocida hembra que fué para Cervantes fecunda y de la cual no encontramos rastro alguno en todas sus obras. Antes quizás, había muerto Alonso Rodríguez. Isabel, la hija de Cervantes y Ana Franca, su hermana menor, quedaron huérfanas.

Miguel, á quien su hermana Magdalena comunicó la noticia, pensó en su vejez cercana, se acordó de su hija á quien no conocía casi y que era ya una moza, y desde Sevilla arregló un modo de recogerla, echando mano de los buenos sentimientos de la generosa y benigna doña Magdalena. Buscóse á ambas huérfanas

un tutor postizo, que era cierto Bartolomé de Torres, alquilón que se ocupaba en tales menesteres, y á los tres días de nombrado curador este buen hombre contrató el poner á Isabel en servicio de doña Magdalena, quien había de enseñarla á hacer labor y á coser y darla de comer y beber y cama y camisa lavada y hacerla buen tratamiento. Claro está que de todo esto hubo de enterarse doña Catalina de Salazar. Miguel se proponía, de esta manera, preparar suavemente la entrada y acogimiento de su hija natural en su familia legítima; columbraba cercanos los días de la senectud, sentía cada vez con mayor apremio la necesidad de estar tranquilo para poder con todo sosiego llevar á cabo su obra que iba entre los puntos de la pluma hinchándose y creciendo. No veía aún claro que Don Quijote muriese cuerdo en su cama; sí que había de volver á su casa, por fuerza ó por su voluntad, después de bien apaleado.

Un hecho muy sonado en Sevilla acabó de remachar su convicción de que íbamos cayendo, despeñándonos. En los días postreros de Septiembre de 1599, el asistente de Sevilla, D. Diego Pimentel, recibió una carta con firma del Rey Felipe III, encargando que se hiciese muy buena acogida á la marquesa de Denia, que había ido á Sanlúcar para asistir al parto de su hija la condesa de Niebla. La marquesa de Denia era mujer del privado de Felipe III, de aquel inepto Lerma, progenitor de toda la polaquería española. Decíase que Felipe III, casi niño, habíase dado buen tiempo con la marquesa, y que esta amable señora fué quien inició al devoto monarca en los misterios dulcísimos que la astuta Lycenion mostró al inocente Dafnis. Lo cierto es que todo cuanto hoy suele llamarse *elemento oficial* de Sevilla, se dispuso á agasajar y regalar á la buena señora. El famoso veinticuatro y elegantísimo poeta D. Juan de Arguijo, recibió á la ilustre viajera en su finca de Tablantes, y para ello hizo tales y tan lujosos preparativos que echó la casa por la ventana, quedando arruinado para siempre.

La ciudad, asolada por la epidemia de carbuncos y tabas y por la miseria consiguiente, vió tirar sus dineros en mascaradas, comedias, simulacros de batallas navales en el Guadalquivir, cañas y toros que resultaron mansos, en la plaza de San Francisco. Por si

esto era poco, el cabildo acordó regalar diez mil escudos de oro á la andariega señora, en cuyas manos puede decirse que se hallaba entonces la fortuna de España entera. El Ayuntamiento de Sevilla procedió en esto como el más adulador cortesano, y sólo hubo en él dos hombres independientes y dignos, Diego Ferrer y Juan Farfán, que se opusieran á despilfarro tan loco é injusto.

Aquella repugnante connivencia ó contemporización de todos los representantes del pueblo con las debilidades del monarca, era una señal de los tiempos. Todos los poetas satíricos de Sevilla, los que no estaban retratados en el libro-academia de Francisco Pacheco, soltaron sobre el asunto chorretadas de versos burlones. No es enteramente descaminado creer que la pluma ocupada en el *Quijote* borrajease en un rato perdido este soneto:

—¿*Quae est ista quae ascendit de deserto?*—
preguntó un socarrón á un licenciado
in lege bellacorum graduado,
de bigote engomado y cuello abierto.
El cual le respondió, de risa muerto:
—Tiéneme esta braveza, seor soldado,
tan absorto y sin mí, tan abobado
que aun á informarme de lo que es no acierto
Dicen que nace este alboroto y fiesta
de que Sevilla á una mujer recibe
que pago le hará con un *pax vobis*.—
Luego entró en su litera muy compuesta
y él, dándose en los pechos, dijo:—Vive,
gran marquesa: ya el Rey *ora pro nobis*.

CAPÍTULO XLIII

MIGUEL TRATA DE ACOGERSE Á SAGRADO.—VE «LA ESPAÑOLA INGLESA».—LOPE LLEGA Á SEVILLA.—AGRESIÓN Á MIGUEL.—EL OTOÑO DE LA VIDA

El cardenal Don Fernando Niño de Guevara, á quien conocemos personalmente por haberle retratado de cuerpo entero y de tamaño natural nuestro gran Theotocópulos, era un hombre de mediana estatura, el rostro trigueño, la barba entrecana, la boca grande, los ojos curiosísimos asomados tras unas antiparras enormes, con recia armadura de concha, limpia y desembarazada la frente, poderoso y grave el entrecejo: era un hombre fino, elegante, magnánimo, de largas manos dadivosas, donde relucían cuatro anillos, de espléndida vestidura, amplia muceta de raso duro, alba impecable con lujosísimos encajes de Venecia. En él todo indica una gran perspicacia y un aristocrático refinamiento. Era un cardenal español que italiano parecía y lo que en su antecesor D. Rodrigo de Castro, retratado por Pacheco, era socarronería sevillana, en Niño de Guevara más bien se creyera imperceptible sorna, muy en consonancia con sus gestos y sus gustos mundanos. En resumen, decirse puede que D. Rodrigo de Castro, muerto en 20 de Septiembre de 1600, era un hombre del siglo XVI y D. Fernando Niño de Guevara, nombrado poco después para sucederle, era un hombre del XVII, y aun cuando ésta de los siglos parezca una división arbitraria, en el caso presente no resulta así.

Del siglo XVI son Felipe II y todas sus grandezas y todos sus

decaimientos: del siglo XVI la *Galatea*, las comedias de Cervantes, la parte heroica de su vida y las novelas en que se refleja lo que vió y aprendió en Italia; del siglo XVII son Felipe III y Felipe IV, son las novelas ejemplares de asunto picaresco, es el Persiles, son las comedias posteriores de Cervantes y el Viaje del Parnaso. Sólo el *Quijote* se levanta por cima de los dos siglos y de todos los demás, pero sin apartarse del XVI ni del XVII sobre los cuales cabalga como que en él se contiene la gran crisis española, que es, en suma, la de la humanidad entera en los tiempos modernos.

Nombrado Niño de Guevara arzobispo de Sevilla, quiso ante todo conocer el estado en que se encontraba su diócesis. Supo que proseguía la epidemia ó, mejor dicho, las varias epidemias por la miseria acarreadas y envió muchos miles de ducados para remediar lo que remedio tuviere. Supo también que las llagas, carbuncos y roñas del cuerpo eran nada en comparación con la podredumbre moral y social que invadía la ciudad y la diócesis, y para mejor enterarse, recurrió á una información directa y desapasionada que encargó al racionero Francisco Porras de la Cámara, amigo de Cervantes y sujeto de tal clarividencia como era menester para desempeñar con acierto semejante comisión.

Porras de la Cámara había formado, para su particular recreo, un archivo de papeles y escritos en prosa y en verso, el cual contenía tres partes, una de poesías profanas, que ha desaparecido, otra de poesías divinas, que para en poder del ilustre hispanista norteamericano Mr. Huntington y otra que es el traído y llevado códice, cuyo título *Compilación de curiosidades cervantinas* vulgarizó D. Isidoro Bosarte.

Estas curiosidades recogidas por Porras de la Cámara eran *sucesos fabulosos* ó que el buen racionero quería hacer pasar como tales: chistes y ocurrencias del ya citado maestro Juan Farfán, chascarrillos y anécdotas de otros ingenios sevillanos, una relación en prosa y verso de un viaje hecho á Portugal en 1592, un cuadro del estado de la poesía sevillana al mediar el siglo XVI, una biografía laudatoria del licenciado Francisco Pacheco, canónigo, tío del pintor de los *Retratos* y, por fin, los manuscritos sin nombre de autor y con variantes notabilísimas, de *La tía fingida*, *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*. Con todos estos y otros simples bien pudo formar Porras de la Cámara un compuesto de tanto jugo como la carta confidencial en que informó al cardenal Niño de cómo se encontraba su diócesis. La verdad y el estudio de las cosas nos dicen hoy que Porras de la Cámara se quedó algo corto en su pintura; pero el hecho notable que de esta noticia se saca es que para mostrar el estado de la sociedad de su tiempo no halló mejor cosa que copiar las tres obras de Cervantes, por cuya pluma hablaba sin disimulos la verdad.

Infiérese también de aquí la gran amistad que Miguel tuvo con Porras de la Cámara, quien debió remunerarle en algún modo la largueza con que le prestaba sus manuscritos, aún no publicados. Quizá desde el momento en que recibió Porras de la Cámara las preguntas de D. Fernando Niño, vislumbró Miguel la esperanza de acogerse á la Iglesia, como último recurso, dada su penuria, quizá entrevió la protección futura de un Mecenas generoso y rico, tan italianizante y espléndido como el nuevo arzobispo de Sevilla. Seguro es (y ya casi es un *locus classicus* entre los cervantistas) que Porras de la Cámara leyó al cardenal Niño en las largas siestas del verano, los manuscritos de Cervantes, hallándose ambos fugitivos del calor de Sevilla en la posesión arzobispal de Umbrete. No es dudable que Porras de la Cámara habló al Arzobispo de la triste escasez en que vivía un hombre de tan peregrino ingenio. Tocó entonces Miguel como tantas otras veces en las puertas de la esperada tranquilidad y no logró pasar los umbrales.

A vueltas con sus pensamientos, iba un día caminando por las callejuelas que en gracioso enredijo se enmadejaban junto á la parroquia de San Marcos. Enorme concurso de gente bien arreada acudía á la plazoleta que se hace delante del convento de Santa Paula. El compás ó patio que hay antes del convento se hallaba también lleno de gente. El sol acariciaba los magnolios, laureles y toronjiles que adornan el patio, y dejaba en sombra la noble ojiva de barro cocido y de grandes baquetones amarillos y rojos, en la cual un tímpano muestra las armas de los Reyes Católicos en gayos colorines de mayólica y unos medallones de azulejo en re-

lieve enseñan á las avecillas y palomas los episodios de la santa vida de la titular.

Movido por la curiosidad, entró Miguel á la iglesia, que vestida de fiesta relumbraba desde el artesonado mudejar de vigas al aire hasta el piso de azulejos formando aguas, como los de algunos aposentos del alcázar de D. Pedro el Cruel. En los dos altarcillos laterales un San Juan Bautista y un San Juan Evangelista, recientes obras del ya famoso Martínez Montañés, parecían contarse sus penas, cantándolas bajito al son de angélico guitarro. En las dos pilastras del arco toral, dos angelitos, dislocados de puro gusto volaban, bailando seguidillas, con candelabros prendidos en la diestra. En el coro, al fondo, tras los cortinajes, se oía el zumbar de la comunidad, ceceosas voces de monjas sevillanas, que son las más blandas y amables de todas las monjas del mundo, y hablan de Dios como de una dulzura infinitamente superior á la de las yemas ricas por las blancas manos de la comunidad fabricadas.

Miguel se enteró de que había monjío nuevo. Miguel vió acercarse el cortejo que á la nueva religiosa seguía, «uno de los más honrados acompañamientos que en semejantes casos se habían visto en Sevilla». Miguel vió á la novia de Cristo, tan gallarda, hermosa y bien aderezada que era una bendición de Dios el verla, y todos los circunstantes se estrujaban y se afanaban por contemplar más de cerca tan gran extremo de galanura. Miguel divisó antes que nadie cómo se abría paso entre la muchedumbre un hombre vestido como él mismo vistió cuando venía en el barco de Maese Antón Francés, ya rescatado por la Trinidad, con su cruz de un brazo azul y otro rojo en el pecho y su bonete azul redondo en la cabeza. Miguel conoció en los ojos turbados de aquel hombre no ya sólo la castigada alma de un cautivo, como él mismo lo fuera, sino la terrible situación en que él tantas veces se encontrara, asiendo ó creyendo asir á la felicidad por la fimbria de la túnica y dejándola escapar para caer de nuevo en la desdicha negra. Miguel oyó aquella voz del libertado cautivo que echando fuego por los ojos, gritaba:—Detente, detente, que mientras yo fuere vivo no puedes tú ser religiosa... Presenció luego el desenlace de aquella dramática escena y se volvió á su casa con el alma oprimida por la angustia. ¿Quién sabía si aquello era anuncio de que por fin á él también como al desdichado cautivo la suerte le volvería la cara?

El suceso fué muy comentado en Sevilla. Miguel, con el alma aún dolorida, se lo contó á su amigo Porras de la Cámara y éste le rogó «que pusiese toda aquella historia por escrito, para que su señor arzobispo la leyese». Esta es la historia de *La española inglesa,* modificada y aderezada por Miguel para dar mayor solaz al arzobispo Niño de Guevara: compuesta después que las de *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño,* y como ellas basada en sucesos vistos en Sevilla.

Comenzaba, pues, Miguel, según su opinión, bajo buenos auspicios, su carrera de escritor favorecido por los poderosos. Quizás, si es suyo el soneto contra la Marquesa de Denia, no fuera ajeno á su composición el señor de Higares, con quien la Marquesa, parienta suya, estaba reñida. De fijo que con *La española inglesa* hizo Miguel una obra de encargo, como las que Lope y otros tantos ingenios hacían. No sabemos si le fué recompensada ni cómo.

A últimos del año 1600 llegó Lope de Vega á Sevilla. Habia dejado de servir al Marqués de Sarriá y se hallaba cada vez más zambullido en enredos amorosos. Traía consigo á Camila Lucinda y á sus dos hijas, Mariana y Angelilla. Traía además, gallardamente y con desembarazo, la carga enorme de su ingente fama, que por toda España corría, creciendo hasta llegar á nunca visto extremo. Vivía Lope en Triana, quizás en casa de su tío el inquisidor. Por donde quiera, una estela de envidias le iba siguiendo.

Si para todos el oficio de escribir no era sino un modo de vivir muriendo, cuando no habían protección, para Lope la poesía fué una manera gloriosa, feliz, agradable, de llevar vida regalada y holgona, dejando encenderse y arder con fuertes llamas sus bravías pasiones. Sus comedias y sus poesías fueron para él lecho en que descansó, arca de donde sacó los menesteres de la diaria subsistencia, confidentes y medianeras de sus amores y amoríos, perdonadoras de sus deslices y disparates, agenciadoras de abundantes y generosos Mecenas. Sobre esto había otra cosa, hasta enton-

ces por ningún escritor lograda, otra cosa que fué Lope el primero que en España la disfrutó, y era la popularidad, el universal aprecio, el ser conocido y amado por sus éxitos, que no se contenían ni paraban su carrera, como otros anteriores, en el círculo de los demás literatos, sino que penetraban, como el libro de caballerías ó como el libro místico y ascético, en los apartados camarines de las damas y se abrían paso por entre la muchedumbre, que ya comenzaba á tornar la cabeza, cuando alguien decía:—Ahí va Lope—. Este sol de la popularidad, al que ni siquiera se había puesto nombre aún, salió por primera vez en España para alumbrar á Lope. No tardó en hacer lo mismo con Cervantes; pero es lo cierto que, cuando Lope llegó á Sevilla, le daba de lleno en el rostro.

Siendo así, natural fué que le hicieran la salva los satíricos ingenios sevillanos, aquella musa callejera, salvaje y desgreñada que Pacheco había tenido buen cuidado de no retratar en su libro. Fué de los primeros homenajes con que se le agasajó un soneto de cierto desenfadado sevillano, medio rufián, medio poeta, llamado Alonso Alvarez de Soria. Es la célebre invectiva que comienza así:

—Lope dicen que vino.—No es posible.

y concluye con estas poco limpias frases:

Si no es tan grande, pues, como es su nombre,
cá...me en vos, en él y en sus poesías.....

Lope, que lo veía todo y todo lo oía, aunque estuviese entonces apartado de los escritores de poco pelo y sólo tratase con su tío, con el noble y elegante caballero D. Juan de Arguijo y con alguno de los reposados académicos del *Libro de los retratos*, se enteró del soneto, no hizo por lo pronto caso de él ni de otras sátiras, jácaras y letrillas en que le daban vaya, como á recién venido; pero aconteció lo que siempre en casos tales. Viéndole callado, arremetieron con más furia contra él, y como hubiese acabado Lope su famoso libro *El peregrino en su patria* y le enviase á su amigo Arguijo, para que éste le honrara con un soneto de los suyos, de guante de ambar y rizada lechuguilla, el maleante Alvarez

de Soria volvió á la carga, con una décima de cabo roto, de las primeras que se compusieron en tal forma:

Envió Lope de Vé-
al señor don Juan de Argui-
el libro del *Peregrí-*
á que diga si está bué-
y es tan noble y tan discré-
que estando, como está, má-
dice es otro Garcilá-
en su traza y compostú-
mas luego, entre sí, ¿quién dá-
no diga que está bellá-?

El tono agresivo de la décima, el desgarro de romperle los cabos, como para presentarla descosida y procaz, haciendo visajes y garatusas, y la circunstancia de atribuir á su amigo el noble Arguijo un piadoso fingimiento sobre el valor de su obra, debieron de soliviantar á Lope, á quien no habían hecho sus padres para aguantar ancas. Buscó y preguntó quiénes podrían ser los autores de aquellos versos, y como Alonso Alvarez de Soria era un desconocido y los demás escritores satíricos acaso eran amigos suyos, no se le ocurrió pensar en otra persona que en Cervantes, con quien seguía desabrido por la cuestión antigua de Elena Osorio, y quizás por recientes resentimientos con el cómico Morales, grande amigo de Miguel. Lo cierto es, que á los ataques pasados, contestó Lope con este venenoso y feroz soneto:

Yo que no sé de la-, de lí-, ni le-,
ni sé si eres, Cervantes, co- ni cu-
sólo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza y puerco en pie.
Para que no escribieses, orden fué
del Cielo que mancases en Corfú:
Hablaste buey, pero dijiste *mú*.
¡Oh! mala quijotada que te dé!
Honra á Lope, potrilla, ó ¡guay de ti!
que es sol, y si se enoja, lloverá;
y ese tu *Don Quijote* baladí,

de cu... en cu... por el mundo va
vendiendo especias y azafrán romí
y al fin en muladares parará.

No había olvidado por cierto, Lope, como no suele olvidarse nunca al imprudente é inoportuno testigo de sus aventuras juveniles, y bien se vengaba, llegado ya á la cumbre de la gloria, de aquel infeliz poeta á quien sólo conocía por la *Galatea* y por algunas obras teatrales que forzosamente habían de parecerle mal, por ser cosa de su facultad, en la que él mismo se había aventajado tan señaladamente.

Pensó Lope soterrar para siempre á Cervantes con aquel soneto. No conocía el *Quijote* sino de oídas, por reseñas ó referencias dadas con mala intención entre gentes á quienes quizás Miguel sólo había leído algunos capítulos. No conocía tampoco á Cervantes bien, puesto que no se daba cuenta aún de que era quien únicamente pudiera algún día hacerle sombra. Se ve claro, no obstante, que desde aquellos días, Cervantes fué despreciado por Lope, como un envidioso vulgar de tantos que habían querido morderle: y en tal error vivió durante algún tiempo.

Por otra parte, nada de extraño ni de inhumano tendría el que, en efecto, Cervantes sintiera celos de Lope, á quien, en el injusto reparto de la vida sólo habían caído satisfacciones y halagos de la fortuna. Lope, de puro solicitado, rechazaba los protectores, desechaba las queridas, renunciaba á la tranquilidad del hogar bien abastado, vivía en perpetua guerra consigo mismo, por no tener necesidad de luchar para vivir. Lope triunfaba, Lope era famoso, Lope reía, se le disputaban las damas elegantes y los caballeros de mejor sociedad, había saltado á la cumbre en dos brincos, se alzó con la monarquía cómica, era el monstruo de la Naturaleza, mientras que Miguel, vivía poco menos que obscurecido y asendereado, corriendo aún á sus años del corral de los Olmos, donde á la sazón triunfaba el jácaro Alvarez de Soria, al corral de Don Juan ó á la huerta de doña Elvira, coliseos sevillanos donde estaba seguro de tropezar con obras de Lope en las tablas y con cómicos amigos ó siervos de Lope en la escena. Y para que se vea cuán injusto fué el engaño de Lope al achacar á Cervantes el soneto y la décima citados, no hay sino pensar que toda la venganza de Miguel se redujo á la prudente, mesurada y puramente literaria crítica del comediaje de Lope, hecha en el diálogo entre el canónigo y el cura, que debió de añadir entonces á lo que ya llevaba escrito del *Ingenioso hidalgo*.

No estaba Cervantes para impetuosidades y violencias: su espíritu otoñal se iba amansando. La inmortal obra en que andaba había engrandecido y afianzado su talento, como sucede siempre que el escritor es humilde y no piensa sino en echar parte de su alma en las cuartillas, digan y piensen los demás lo que quieran. Miguel nunca desconoció lo que valía su obra, pero según iba adelantando en su composición, lo comprendía con mayor claridad, y se lo hacían notar asimismo los amigos á quienes leía trozos del *Quijote*.

Llegó á ser éste popular en Sevilla mucho antes de verse impreso, y los nombres de Sancho Panza y Don Quijote sirvieron de apodos, como sirven ahora para señalar á éste y al otro sujeto conocido. Posible es que, incitado por la curiosidad, al ver la obra de Cervantes en boca de mucha gente, quisiera Lope conocerla, y entonces procurara acercarse á Miguel. No es justo suponer que durara entre ellos la animadversión, puesto que en 1602 se publicó la tercera edición de *La Dragontea* y llevaba un soneto de Cervantes, extremadamente laudatorio, que empieza así:

Yace en la parte que es mejor de España....

Parece probado, sin embargo, que en la reconciliación no hubo entera sinceridad por parte de Lope. Es casi indudable que Cervantes suavizó muchos conceptos de los más crudos en el coloquio del canónigo y el cura del *Quijote:* y que no bien conocida la obra de Miguel, ya Lope modificó su juicio, en cuanto era posible que hombre tan lleno de sí mismo le modificase. Es admirable y digno de considerarse atentamente cuán poco amargaron estos disgustos el alma de Cervantes, quien seguía viviendo, sabe Dios cómo, hasta dejar terminado su libro, quizás al amparo del cardenal Niño y de Porras de la Cámara, aunque parece raro que, siendo él tan agradecido, no consignase en algún lugar su gratitud.

Nuevos golpes de la fortuna adversa le esperaban aún, cuando ya creía tener la llave de la tranquilidad en su mano. En 2 de Julio de 1601 murió heroicamente en la batalla de las Dunas su hermano el alférez Rodrigo de Cervantes, á quien Miguel había enseñado el oficio de las armas, y que con tanta gloria le siguió en la Tercera y en otras ocasiones. La soledad en torno de Miguel iba creciendo.

En 14 de Septiembre de 1601 los contadores de relaciones hacían cargo á Cervantes por los 136.000 maravedises que le pagó Francisco Pérez de Vitoria en Málaga y no mucho tiempo después mandaban al Proveedor general Bernabé del Pedroso, residente en Sevilla, que detuviera y encarcelase á Miguel hasta que rindiese cuentas ó diera fianzas suficientes para trasladarse á Valladolid y dar allí sus descargos. A últimos de 1602 se vió, pues, Cervantes metido en la maldita cárcel de Sevilla, no se sabe si por muchos ó por pocos días ó meses. Aquel receptor de Baza Gaspar Osorio de Tejeda á quien reconocimos en 1594 como uno de los precursores del triunfante caciquismo, fué quien hizo hincapié con el fin de que Cervantes se presentara á dar cuentas, más por perjudicarle que por otra cosa. En 24 de Enero de 1603 los contadores se hicieron cargo de que lo no satisfecho por Cervantes era sólo un descubierto de dos mil trescientos cuarenta y siete ó dos mil seiscientos y tantos reales que probablemente serían partidas fallidas y no cobradas por Miguel: manifestaban también aquellos señores que habían ordenado á Pedroso que soltara á Cervantes de la cárcel de Sevilla, sin que éste se hubiese presentado, como consecuencia de quedar en libertad. Era necesario, por consiguiente, que Cervantes se trasladara á Valladolid, en donde estaba la corte de España desde Enero de 1601.

Salió Cervantes de Sevilla, á donde no había de volver, á principios de 1603. Al echar la mirada última á las torres que el sol blanqueaba al amanecer y al anochecer doraba, no pensó que para siempre se despedía. No conoció que entonces era cuando definitivamente, irremediablemente, había entrado en el otoño de la vida. Quizás no le importaba mucho. Consigo llevaba su maletín y en él... en él iba encerrada la inmortalidad.

CAPÍTULO XLIV

CERVANTES LEE EL QUIJOTE

Camino adelante, desde Sevilla á Valladolid, iba Miguel, antes que en los reparos de los señores contadores, pensando y repensando en su libro, contándose á sí mismo sus alabanzas y méritos y enumerando muy paso á paso las tachas que podrían ponérsele. En los forzosos descansos de ventas y mesones sacaba y repasaba el manuscrito, en tan diversos papeles y tintas estampado. Volvía á ver con grave y profunda atención los lugares donde los sucesos de su libro ocurrían, y acaso acotaba y atajaba lo escrito ó metía añadiduras é hijuelas.

Aun siendo tan grande la fertilidad de su ingenio, parece infantil suposición la de que Cervantes compuso al correr de la pluma y sin corregir ni releer su obra maestra. Probado está además, que en gran parte ó del todo se hallaba ya escrita la primera parte en 1602, y hasta era conocidísima de los sevillanos. Desconocer lo más elemental de la composición literaria sería pensar que en el *Quijote*, aun cuando haya descuidos puramente incidentales, hay algo hecho á la ventura, impensada ó irreflexivamente. Más lógico y más humano es creer, como las palabras del mismo Cervantes declaran, que todo cuanto allí está escrito, se escribió *por algo* y tiene un significado y una intención, aunque en la mayoría de los casos haya sido labor inútil la de los hermeneutas y exégetas del *Quijote*.

Distinguir en la composición de uno de estos libros que á la humanidad iluminan, la parte que á la inspiración casi inconsciente corresponde y la que á la meditación pausada compete, es punto

menos que imposible. Fácil es hallar alusiones, cuando se refieren á personajes ó sucesos muy públicos y conocidos. Difícil y peligroso aventurar hipótesis y conjeturas como las amontonadas sobre este libro único, y las que en lo sucesivo puedan arriesgarse. De intenciones no juzga la Iglesia y realmente no importa cosa mayor que Cervantes, como Colón, pensando hallar las Indias de Oriente, descubriera las occidentales: pensión de quien busca nuevos mundos es tropezar con mundos no esperados. Lo que importa es el arranque, la fe, el valor y la constancia para llegar á alguna parte, sea la que quiera.

De esas hipótesis y conjeturas, á las cuales me refería, es la de que el pueblo de Don Quijote fuese Argamasilla de Alba. Destruída la suposición de que Cervantes se halló preso en ese lugar, no hay motivo serio para insistir en que fuese Argamasilla el lugar de cuyo nombre no quería acordarse Miguel, quien, con estas frases, no da á entender sino que tiene el propósito de despistar á sus lectores. «En un lugar cerca del suyo» dice que habitaba Dulcinea, y el Toboso dista ocho leguas de Argamasilla, y ningún manchego nacido ni por nacer llama *cerca* á ocho leguas. Lo mismo pudo ser ese lugar Miguel Esteban ó el Campo de Criptana, Quintanar de la Orden, Pedro Muñoz ó la Mota del Cuervo. A él le bastaba con que fuese un lugar de la llanura manchega, tierra apta para criar hombres amigos de engrandecer, ennoblecer y amplificar la vida, sacándola de los términos mezquinos, prosaicos y estrechos en que se desarrolla, y espaciándola por la anchurosidad de los campos, avaros de aventuras. Por exceso de amor á la vida—dice con gran acierto Barrés—Don Quijote camina hasta á la muerte.

La de los fuertes, la de los grandes son su religión y su moral. En tal sentido, su locura es la misma de Nietzsche, ya que hemos admitido provisionalmente ser verdad que Nietzsche y Don Quijote estaban locos, hasta que pasen años y se demuestre que ellos eran los cuerdos.

Contentábale á Miguel haber colocado á Don Quijote en un lugar de la Mancha, y bien claro veía que su caballero andante no pudo ser andaluz, aunque tal vez, al principio, pensara hacerle

andar por la andaluza tierra. ¿Concebís siquiera un Don Quijote sevillano? ¿Creéis que en Andalucía pudiera criarse un caballero enamorado tan castísimamente platónico, ni tan absolutamente grave en todos sus hechos y palabras? Le parecía bien á Miguel que Don Quijote fuese manchego, de lugar donde el cielo y la tierra se besan constantemente al amanecer y al anochecer, como los esposos puros de la leyenda áurea, sin penumbras tentadoras de árboles y selvas, ni cantos alegres de ríos serpenteantes y voluptuosos. Necesario era también que fuese manchego Sancho. Facilísimo le hubiera sido á Miguel hacer del escudero un hampón gracioso, un socarra, un rufo de Sevilla, como tantos otros por él pintados: pero este contraste hubiera sido excesivamente burdo. No: Sancho había de ser otro manchego, como su amo, grave y digno, incapaz de proferir un chiste. Notemos que Sancho no dice gracias ni agudezas jamás: sus frases y refranes son oportunos por su naturalidad ó por su incongruencia aparente, según los casos, pero la gracia está en la figura y en la situación, como conviene al verdadero humorismo.

Todos los pormenores relativos á la locura de Don Quijote, tan sobriamente apuntados, le parecían á Cervantes discretos y puestos en su lugar. Le agradaba la primera salida, la descripción del campo de Montiel y de cómo el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor como entra siempre el sol de la Mancha en Julio. Juzgando para sus adentros, celebraba Cervantes su oportunidad y tino en la llegada de Don Quijote á la venta.

Esta llegada—pensaba—es nobilísima. Todas cuantas razones Don Quijote profiere son corteses y caballerescas. Bien es que tome al orondo y pacífico ventero por un poderoso castellano y á las blanqueadas mozas del partido por nobles doncellas. La grandeza de su situación no le impide tener hambre y manifestarla sin retóricas, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Como se forma una idea fantástica de cuanto le circunda, Don Quijote no tiene tampoco noción del tiempo. Al poco rato de velar las armas le dicen que han pasado cuatro horas, y se lo cree. La escena de armarse caballero es manifiesta parodia de los libros de caballerías, pero la primera aven-

tura, la de Juan Haldudo, el rico labrador del Quintanar, no es sino de la realidad misma, sin que en ella haya nada altisonante y desaforado. Cualquiera, sin ser caballero ni conocer á Amadís, haría lo que hace Don Quijote, juzgando y hablando con toda cordura. Al final de su reprensión lanza como un grito de guerra su nombre sonoro á los vientos: «que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones», con el mismo orgullo con que lo hace en las batallas de su poema Miocid Ruy Díaz. Aquel es el primer choque de Don Quijote con la amarga realidad, con arte sublime preparado, pues la buena acción resulta fallida y contraproducente. La reaparición del muchacho Andrés al cabo de muchos capítulos, y sus maldiciones á Don Quijote y á sus caballerías, son un pequeño poema de Campoamor intercalado con la intuición de lo que hay de humorismo irreparable en la vida.

Los mercaderes toledanos aparecen á Don Quijote como tanta gente soberbia y descomunal se le había presentado á Cervantes en la vida. Confía Don Quijote que la razón servirá antes que la fuerza. Las palabras del mercader burlón, pura, fina é hidalgamente toledanas, que es como decir de la más graciosa y encubierta sorna que existe en España, preparan cruelmente la brutalidad del mozo de mulas. A Don Quijote le han apaleado por primera vez, y como reputaba imposible tal insulto, no puede menos de emplear el gran recurso español de volver los ojos á la dorada leyenda, recordando el romance del Marqués de Mantua, y entregándose á las consiguientes lamentaciones. El vecino Pedro Alonso es la primer alma cuerda y compasiva que hace algo porque Don Quijote vuelva á la razón. El malferido caballero se revuelve orgulloso al oir mentar sus locuras, y exclama, con altivez misteriosa, como obedeciendo al pensar de su autor: «Yo sé quien soy, y sé que puedo ser no sólo lo que he dicho, sino todos los doce Pares...» donde se ve la arrogancia castellana fanfarroneando al día siguiente de la derrota.

Por no cansar los ánimos de los leyentes, introduce Miguel aquí el escrutinio de la librería de Don Quijote, donde apunta sus gustos y preferencias críticas, halaga á sus amistades y consigna sus desgracias. Aparecen allí el cura y el barbero, aquél ingenioso, delicado, socarrón, como tantísimos clérigos que había entonces en España, á quienes aún no había invadido la oleada de tristeza negra que después cubrió y embadurnó todo cuanto con la religión tenía algo que ver. Este cura, Pedro Pérez, es un descendiente de los alegres clérigos españoles de que tan pocas muestras se ven ya en las ciudades, raza simpática y bondadosa, humana é indulgente que valió á la religión más imperio en las almas que todos los tétricos razonamientos de frailes y predicadores. El cura Pedro Pérez no mentaba á sus feligreses el infierno sino en último caso; su discreción mundana se echa de ver desde las primeras réplicas á Don Quijote.

Cuando el buen hidalgo ve tapiada su librería, procede como loco á quien se le ha secado el cerebro (hoy decimos á esto falta de riego sanguíneo en la corteza cerebral): vuelve y revuelve los ojos *sin decir palabra*. ¿No es de loco *clavado* esta actitud?

Sale á relucir Sancho, cuya salida era menester preparar. El estado de ánimo propio de este sota-grande hombre al salir con Don Quijote, en el rucio «hecho un patriarca, con sus alforjas y su bota» es el mismo de los hidalgos extremeños y castellanos al partir para las Indias, sin saber lo que ello sería, atraidos por la curiosidad y la ganancia: él no sabía lo que eran ínsulas, reinos ni gobiernos; quizás no conocía el nombre del Rey como les sucede hoy mismo á muchos labriegos y pastores de su tierra, pero en la bajeza de su alma cabían todas las ambiciones: sentíase capaz de ser emperador, aun cuando ignoraba con qué se comiese tal título. Don Quijote, un poco alucinado, un poco ladino, no quiere que su escudero aspire á poco, antes bien cultiva su ambición diciéndole: «no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado».

Al salir ya Don Quijote prevenido con su escudero y todo el matalotaje de las caballerías andantescas ¿cuál había de ser su primera aventura sino la ya entrevista desde muchacho por Cervantes, tal vez al divisar los molinos del Romeral, ó los de la Mota del Cuervo ó los de Criptana? Necesitaba acreditar con una temeridad épica la verdadera y denodada valentía de Don Quijote.

¿Puede creerse hecho y pensado al acaso un libro donde se inician los sucesos en esta forma, obedeciendo á una ponderación artística tan sutilmente buscada? Por los molinos de viento comenzó Cervantes á pensar en las caballerías y por los molinos de viento comenzaba Don Quijote al arrancarse resueltamente de su vida de hidalgo pobre y sensato «el más delicado entendimiento que habia en la Mancha». «Esta es buena guerra—exclama ansioso al ver los gigantes—y es gran servicio de Dios.» Tal vez no de distinto modo que las aspas de los molinos se movían en Lepanto frente á los calenturientos ojos de Miguel, las palas largas de los remos que en los bancos de los bajeles enemigos los forzados manejaban. Gigantes eran también y aquella era buena guerra y servicio de Dios, de donde heridas honrosas é inútiles resultaban.

No se quejó Don Quijote del dolor, que no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les caigan las tripas: sí se lamentó de haberle faltado la lanza. ¿No recuerda esto algunas faltas de armamentos notadas después de la derrota? y ¿no pensamos siempre los españoles tras un desastre en los malignos encantadores que nos persiguen y achacamos á algún desconocido ó inventado Frestón nuestras propias culpas, causantes de todo daño?

El diálogo que al molimiento de Don Quijote sigue, pinta el carácter de Sancho é informa é ilustra al lector sobre los sentimientos del caballero y del escudero.

Sobreviene la batalla con el vizcaíno y de nuevo adquiere la figura de Don Quijote proporciones humanas y su efectivo denuedo se manifiesta. ¿Por qué suspende Cervantes su narración? ¿Es por imitar al *Amadís*, como indica Bowle? No: no lo creamos. A Cervantes le hace falta sacar á Cide Hameti Benengeli, el historiador concienzudo é impasible que ha de contar las cosas como cree y expone él mismo que debe escribirse la historia.

Con el vencimiento del vizcaíno, la ficción caballeresca, que anda siempre deseando agarrarse á dato cierto ó á hecho sangrante, cobra nuevo brío. Sale á relucir el bálsamo de Fierabrás y con tal motivo amo y mozo discurren sobre lo que deben comer los caballeros andantes. Poniendo pie en este coloquio y vuelto á una

esfera de razón á que no llegará nunca ninguna inteligencia vulgar, pinta Don Quijote á los cabreros la edad dorada, se humaniza con Sancho, le hace sentar á su vera, trata de hermanos á aquellos pobres hombres que apenas le comprenden, pero que sólo de oirle ya le aman. Es la misma sublime sencillez de Jesucristo hablando á los pescadores, la santa simplicidad del Pobre de Asís, dirigiéndose al lobo y á las tímidas alondras y á la hermana agua.

De tan elevada consideración desciende con suavidad el ánimo á la pastoril blandura de la muerte y amores de Grisóstomo. Aquí pone Cervantes la parte bucólica de su ingenio, buscando agradar á los cortesanos y escritores de oficio, y para que no se dude del fingimiento, cuida Antonio el pastor de declarar que el admirable romance *Yo sé, Olalla, que me adoras* lo compuso el beneficiado, su tío, y Sancho se queda dormido al oir los versos del pastor. No era este pasaje para el vulgo, ni gentes de poco más ó menos podían gustar aquella vibración erótica, en que se ve temblando de anhelo á todo un valle por los amores de Marcela, ni los razonamientos de Don Quijote sobre si es posible existir caballero sin dama, ni la ideal descripción de Dulcinea, ni tampoco el elogio de Grisóstomo, en el cual no será osadía excesiva ver algo de autobiográfico, ni los conceptos platónicos en que la ensoñada Marcela, figura ideal fabricada con la pasta que sirvió á Shakespeare para forjar el volátil espíritu de Ariel, expone los conceptos platónicos que Fray Luis de León vulgarizó, y otros por él no tocados sobre el amor y la hermosura, é inicia el magno asunto del libre albedrío, que á novelistas y dramaturgos acuciaba ya, como antes á los filósofos y teólogos.

De estas alturas inefables desciende súbito Don Quijote para caer bajo las estacas puestas en las manos rústicas y enojadas de los desalmados yangüeses. Quisiera Don Quijote dejarse allí morir de enojo.—¿Qué quieres, Sancho *hermano?*—le dice, reconociendo la igualdad de escuderos y caballeros ante el dolor: y después, ya más sosegado, discurre sobre la calidad de la afrenta. Con esta parte tragicómica se preparan los sucesos que en la venta han de ocurrir.

La buena Maritornes nos abre el portón para penetrar en esta pequeña Iliada del humorismo. Sucesos reales é imaginados se mezclan y confunden aquí, y el arte del autor es tal, que no se sabe á dónde la verdad comienza y la ficción acaba: ó es que la verdad, cuando con tanto rigor se reproduce, trazas de ficción tiene. Comparaba quizás Cervantes aquella venta suya con las de Guzmán de Alfarache y con las de otros libros, y conocía cómo pasaba por la del Quijote un soplo de idealidad humorística en ninguna otra narración encontrada. Amontonaba él los hechos; pero no en forma que su tropel y sucesión no fueran posibles y aun probables. El manteamiento de Sancho y la mohina que le da y sus intenciones de volverse al pueblo, y aquel paternal y cariñoso «Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas», ya estaba Cervantes seguro de que habían de conquistar y convencer al lector. Al salir de la venta, Don Quijote ama tiernamente á Sancho, sin darse cuenta de ello: y el lector, á Sancho y á Don Quijote.

¿Quién duda que la aventura de los dos ejércitos de borregos, donde estallan y detonan los nombres y apodos sevillanos y gaditanos de Alifanfarón y de Pentapolín, de Micocolembo y de Laurcalco, de Brandabarbarán y de Alfeñiquen del Algarbe, de Timonel de Carcajona y de Pierres Papín, que era un naipero jiboso de la calle de las Sierpes, encierra alusiones á personajes famosos de Andalucía? Quiénes sean éstos no he de ser yo quien lo ponga en claro, que plumas de mayor autoridad han de esclarecerlo.

Surge, tras ésta, la aventura del cuerpo muerto, y por primera vez no las tiene todas consigo el temerario Don Quijote y los cabellos se le erizan, como al temido león la melena: excomuniones andaban de por medio y no olvidaba Cervantes lo que en Écija le pasó, y á ello son debidas sus recelosas protestas, casi balbucientes: «La Iglesia á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano...» Ya había llevado muchos golpes el caballero: ya le llamaba Sancho *el de la Triste figura:* ya Sancho soltó su primer refrán, cuando se inicia con misteriosa entonación poética la aventura de los batanes. «Yo soy aquel—exclama recobrando toda su

arrogancia de golpe, al olfatear el riesgo—yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos...» y con esto se decide á perecer en la demanda. ¿No es esto un verdadero libro de caballerías? ¿No es Don Quijote un real y efectivo caballero andante, quizá el único efectivo y real? ¿No se pone á los peligros con tanta valentía como la necesaria para vencerlos? Y en este punto extremo de su bravura y resolución, el genio de Cervantes pone el miedo y el mal olor de Sancho con admirable delicadeza y prodigiosa intuición de la fuerza humana del contraste. A esto no llegó Homero, ni otro autor ninguno antiguo ni reciente. El amanecer junto á los batanes, la risa de Sancho, la iracunda paliza que le da Don Quijote y aquel oportuno preguntar el escudero por su salario, después que tiene las costillas brumadas, son lo divino que se humaniza, es el poema de caballerías que se agacha y se dobla hasta rozar y codearse con la novela de pícaros y, para más claramente mostrarlo, viene, en pos de ésta, la aventura de los galeotes, donde tonto será quien no vea un desahogo de Cervantes contra la sociedad entera que le había maltratado y menospreciado ó desconocido en tantas ocasiones.

No son caballerías soñadas aquellas, sino palpitantes y actuales malandanzas. Con el viejo alcahuete de la barba blanca entramos en el reino de la paradoja que tanto nos gustó á los españoles recorrer. Con Ginés de Pasamonte vemos presentarse al único héroe capaz de afrontar al Imgenioso Hidalgo. Reparad el entono y magistral seriedad con que habla Ginés, el personaje de mayor inteligencia mundana que sale en la historia: fijaos en que tiene su vida «escrita por estos pulgares» y empeñada. en doscientos reales. ¿Quién duda que esta *Vida de Ginés de Pasamonte* fué uno de tantos libros como Cervantes se prometió escribir? Pero no lo escribió, é hizo bien. Ya lo había escrito su amigo Alemán, y después lo escribiría su amigo Espinel. Claro en demasía era el concepto de una España servidora de muchos amos, en esos libros contenido. Los pícaros, donados, habladores, buscones y mozos de buen humor ya nada conservaban de las antiguas grandezas: eran los villanos andantes, hijos de Ginesillo, tal vez biznieto de

Lucio el de las transformaciones. Pequeña cosa era esta para Miguel. Quizás intentó comenzar algo parecido al escribir las primeras hojas del *Licenciado Vidriera*, y en llegando á Italia y espaciándole en su grandiosidad, le volvió loco y le hizo decir las verdades que solamente los niños, los locos y Don Quijote habían de poner en su lugar, las que al mismo Cervantes se le estaban pudriendo en el cuerpo desde hacía largos años...

La entrada en Sierra Morena es el *majora canamus* del *Quijote*, y es al propio tiempo una hábil retirada. Ha dicho el autor cuanto se le ha venido á las mientes sobre la justicia humana, ha escrito su protesta contra la dureza de hacer someter como esclavos á los que la Naturaleza hizo libres, ha fiado todo á la divina sanción, como un cristiano primitivo ó un anarquista de hoy. Consciente en todos los momentos del valor representativo y de la eficacia de su obra, comprende que hay que mezclar natura con bemol, como diría el gracioso Francisco Delicado, y se mete en las fragosidades de la sierra y discurre la penitencia de Don Quijote y hace aparecer á Cardenio desgreñado y torvo, brincando de risco en risco. Don Quijote ofrece al caballero sin ventura servicios cien veces superiores á los de la humanidad corriente. Sublime es la delicadeza con que se presenta á él, no ya como caballero andante de los que desfacen agravios y enderezan entuertos, sino como hombre dispuesto y apto para remediar y consolar cualquier dolor compartiéndole.

Cardenio, que habla casi en rima, como un elegante poeta de la fina casta de Córdoba, nos conduce á un mundo de muy distinta calidad que el recorrido hasta entonces. Su espiritualidad cortesana induce á Don Quijote á la penitencia y magnifica y ennoblece la acción: sus palabras, dignas de D. Diego de Mendoza por lo bellas y sabiamente concertadas, llevan á Don Quijote y conducen al lector á alternar con caballeros de veras y señoras y señoritas de lo más empingorotado. Todas las cortesanas aventuras que se relacionan con la de Cardenio, como la aparición de Nausicaa, digo, de Dorotea, lavándose los pies en el arroyo, las discretas razones con que Ulises, digo, el cura Pedro Pérez, le habla, la lectura de la novela del *Curioso impertinente*, que Miguel tomó de una antigua *novella* italiana perdida é incrustada por Ariosto en su poema, levantan la acción y la llevan á términos tales que Cervantes puede, gracias á ello, introducir en la venta un abreviado resumen de toda la sociedad contemporánea y en él pintar cuánto y cómo sentían caballeros y señoras de la aristocracia, graves magistrados, capitanes cautivos, viandantes y cuadrilleros, y cómo toda aquella compleja sociedad, movida por los más varios intereses, atendía á Don Quijote, se interesaba por él y, en el fondo, no acababa de resolverse en si estaba ó no loco.

Trazó en estos capítulos Cervantes, como de pasada, su Psicología del amor, en el estudio y pintura de los tipos de Dorotea, Luscinda, Clara y Zoraida y hasta en las azoradas y confusas Maritornes y la hija del ventero á quienes aquella cálida atmósfera aguza los dientes y hace la boca agua. Pintó esa especie de tácito acuerdo que en la sociedad se opera ante un hombre ó un hecho extraordinario. Todos los asistentes á la venta estaban conformes en seguirle el humor á Don Quijote y embaucar al barbero, afirmando ser yelmo la bacía y todos después, sin manifestarlo, estaban de acuerdo con el cura en que se debía enjaular á Don Quijote por loco; pero al separarse, de fijo que cada cual por su camino iba pensando que sólo Dios podría conocer quién era el loco y quiénes los cuerdos. La perturbación que el haber oído á Don Quijote el discurso de las armas y las letras y el haberle visto en la batalla con los cueros de vino, produjo en el ánimo del oidor, del cautivo Pérez de Viedma, del amansado Cardenio, y el desasosiego que después en el espíritu del discreto canónigo causa esta misma duda, se comunican á los lectores y ya desde que el *Quijote* salió debieron acometer á todos los hombres de buena voluntad y de claro intelecto que leyesen el *Quijote*.

El episodio misteriosamente, esotéricamente simbólico del cabrero que va en pos de la hermosa cabra fugitiva, nos causa hoy una vaga inquietud. Esa cabra que, cuando su amo cuenta la historia de Leandra la antojadiza, *mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta*, ¿qué significa? He aquí un incidente del más alto valor filosófico y estético en el que nadie se ha fijado. ¡Cuántas veces el combatido, el desgraciado Cervantes, sentiría perdérsele

Lucio el de las transformaciones. Pequeña cosa era esta para Miguel. Quizás intentó comenzar algo parecido al escribir las primeras hojas del *Licenciado Vidriera*, y en llegando á Italia y espaciándole en su grandiosidad, le volvió loco y le hizo decir las verdades que solamente los niños, los locos y Don Quijote habían de poner en su lugar, las que al mismo Cervantes se le estaban pudriendo en el cuerpo desde hacía largos años...

La entrada en Sierra Morena es el *majora canamus* del *Quijote*, y es al propio tiempo una hábil retirada. Ha dicho el autor cuanto se le ha venido á las mientes sobre la justicia humana, ha escrito su protesta contra la dureza de hacer someter como esclavos á los que la Naturaleza hizo libres, ha fiado todo á la divina sanción, como un cristiano primitivo ó un anarquista de hoy. Consciente en todos los momentos del valor representativo y de la eficacia de su obra, comprende que hay que mezclar natura con bemol, como diría el gracioso Francisco Delicado, y se mete en las fragosidades de la sierra y discurre la penitencia de Don Quijote y hace aparecer á Cardenio desgreñado y torvo, brincando de risco en risco. Don Quijote ofrece al caballero sin ventura servicios cien veces superiores á los de la humanidad corriente. Sublime es la delicadeza con que se presenta á él, no ya como caballero andante de los que desfacen agravios y enderezan entuertos, sino como hombre dispuesto y apto para remediar y consolar cualquier dolor compartiéndole.

Cardenio, que habla casi en rima, como un elegante poeta de la fina casta de Córdoba, nos conduce á un mundo de muy distinta calidad que el recorrido hasta entonces. Su espiritualidad cortesana induce á Don Quijote á la penitencia y magnifica y ennoblece la acción: sus palabras, dignas de D. Diego de Mendoza por lo bellas y sabiamente concertadas, llevan á Don Quijote y conducen al lector á alternar con caballeros de veras y señoras y señoritas de lo más empingorotado. Todas las cortesanas aventuras que se relacionan con la de Cardenio, como la aparición de Nausicaa, digo, de Dorotea, lavándose los pies en el arroyo, las discretas razones con que Ulises, digo, el cura Pedro Pérez, le habla, la lectura de la novela del *Curioso impertinente*, que Miguel tomó de

una antigua *novella* italiana perdida é incrustada por Ariosto en su poema, levantan la acción y la llevan á términos tales que Cervantes puede, gracias á ello, introducir en la venta un abreviado resumen de toda la sociedad contemporánea y en él pintar cuánto y cómo sentían caballeros y señoras de la aristocracia, graves magistrados, capitanes cautivos, viandantes y cuadrilleros, y cómo toda aquella compleja sociedad, movida por los más varios intereses, atendía á Don Quijote, se interesaba por él y, en el fondo, no acababa de resolverse en si estaba ó no loco.

Trazó en estos capítulos Cervantes, como de pasada, su Psicología del amor, en el estudio y pintura de los tipos de Dorotea, Luscinda, Clara y Zoraida y hasta en las azoradas y confusas Maritornes y la hija del ventero á quienes aquella cálida atmósfera aguza los dientes y hace la boca agua. Pintó esa especie de tácito acuerdo que en la sociedad se opera ante un hombre ó un hecho extraordinario. Todos los asistentes á la venta estaban conformes en seguirle el humor á Don Quijote y embaucar al barbero, afirmando ser yelmo la bacía y todos después, sin manifestarlo, estaban de acuerdo con el cura en que se debía enjaular á Don Quijote por loco; pero al separarse, de fijo que cada cual por su camino iba pensando que sólo Dios podría conocer quién era el loco y quiénes los cuerdos. La perturbación que el haber oído á Don Quijote el discurso de las armas y las letras y el haberle visto en la batalla con los cueros de vino, produjo en el ánimo del oidor, del cautivo Pérez de Viedma, del amansado Cardenio, y el desasosiego que después en el espíritu del discreto canónigo causa esta misma duda, se comunican á los lectores y ya desde que el *Quijote* salió debieron acometer á todos los hombres de buena voluntad y de claro intelecto que leyesen el *Quijote*.

El episodio misteriosamente, esotéricamente simbólico del cabrero que va en pos de la hermosa cabra fugitiva, nos causa hoy una vaga inquietud. Esa cabra que, cuando su amo cuenta la historia de Leandra la antojadiza, *mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta*, ¿qué significa? He aquí un incidente del más alto valor filosófico y estético en el que nadie se ha fijado. ¡Cuántas veces el combatido, el desgraciado Cervantes, sentiría perdérsele

la razón, extraviársele la inteligencia, desmayarle la voluntad y exclamaría, como el cuitado pastor filósofo:—¡Ah, cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andáis vos estos días de pie cojo? ¿Qué lobos os espantan?...

Y los lobos, que son los hombres unos para otros, aullaban en torno de él.

CAPÍTULO XLV

CERVANTES PIENSA Y REPIENSA EN EL QUIJOTE.—MIRA EN TORNO SUYO.—LLEGA Á VALLADOLID

Veinte años casi eran pasados desde que Miguel, lleno de ilusiones, compuso la *Galatea,* casó con doña Catalina de Salazar y tuvo amores con Ana Franca. Lo que de su juventud le quedara en el corazón no sería mucho. Las horas de felicidad habían sido cortas: acaso entre todas ellas no compusieron un día: larguísimos, en cambio, los años de tristeza y desventura. Dejaba Miguel en Sevilla, gozando sus otoños ó sus inviernos á muchos ancianos poetas de blancas barbas florecientes, como Baltasar del Alcázar, que habían sabido pedir á la vida lo que ella dar puede y disfrutarla calmosos, discretos.

A la placidez y serenidad de Sevilla apenas llegaban aún las melancólicas nuevas de los males que afligían á España. Los agasajos con que oficialmente se festejó á la marquesa de Denia fueron el primer aviso del cambio profundo que en costumbres y gobierno estaba operándose. A la política personal del Rey, con Felipe II muerta, sustituyó la política personal del privado, y quiso la mala suerte que el privado fuese hombre de tan escasa valía intelectual y moral como el duque de Lerma.

Quien haya visto el retrato de Felipe III por Velázquez no ha menester mayores ni mejores explicaciones de lo que no fué decadencia, sino despeñamiento.

Felipe III era un pobre ser linfático, clorótico, de colgante labio, de sumidos aladares, de claros inexpresivos ojos, de planta neciamente fanfarrona; gran jinete, corto lector y tan pobre de inteli-

gencia que su ayo y preceptor el arzobispo toledano D. García de Loaysa apenas pudo imbuirle cuatro devotos conceptos en el angosto cráneo. Muchas veces he tenido en mis manos el pectoral que usó D. García de Loaysa: es una humilde, una sórdida cruz de latón sin adorno, piedra, filigrana ni repujado alguno. Este cardenal no había sido hecho para infiltrar en el ánimo de su apocado alumno ideas de generosidad y de grandeza. Este cardenal, digan lo que quieran las historias, era un pobre diablo, y otro pobre diablo fué el Rey á quien dicen que educó.

Casaron á este pobre diablo de Rey con una princesuca austriaca, duodécima ó vigésima hija de cualquier duque ó príncipe de los que abundaban en su tierra como aquí los hidalgos. Doña Margarita de Austria era una buena é insignificantísima señora que, cuando fueron á buscarla para compartir el trono de España con su esposo, estaba en un convento, hospital ó asilo, dando muestras de las más relevantes virtudes. Formaron Don Felipe y doña Margarita un matrimonio burgués, arregladito y económico, cual era conveniente á los apuros de la nación, pues no se ponía aún el sol en los dominios de España y ya ni el mismo Rey tenía un cuarto.

Aunque Lerma tuviese, más que de águila, de urraca guardadora, bien conoció que á semejantes seres convenía divertirles y los llevó por España de fiesta en fiesta, les procuró remuneradas ovaciones, les hizo creer en esa felicidad universal cuya ostentación tan propicios halla los ánimos de los tontos. Una espesa atmósfera de bobería comenzaba á formarse en los alrededores de palacio. De él iban huyendo los caballeros de las barbas agudas y de las mejillas maceradas y de los ojos soñadores que Theotocópulos pintó. De la semilla echada en las casas de la grandeza por los primeros místicos y ascéticos iban recogiendo el fruto aquellos escurridizos é insidiosos eclesiásticos que las gobernaban á su talante y voluntad, absolviendo los deslices de las señoras y compaginándolos habilidosamente con los de los señores. A la seguridad y firmeza con que se pensaba y se procedía en tiempo de Felipe II había reemplazado una voluble intranquilidad, una inconsistencia casi gelatinosa de las voluntades. El miedo reinaba en los palacios Reales y en los de la nobleza: un miedo inexplicable, absurdo, Dios sabe de qué, del pecado, de la contaminación, de la herejía.

La Inquisición velaba, pero la heterodoxia andaba no menos despierta y si no contó con varones tan preclaros intelectualmente como los protestantes españoles del tiempo del Emperador, sí prosiguió haciendo su propaganda en la obscuridad, trabajando el pensamiento de éste y de aquél, no el de la masa. Andaba la Inquisición persiguiendo á relapsos é iluminados, á ilusos é iludentes de menor cuantía y mientras tanto dejaba pasar conceptos é ideas que en el púlpito y en el libro moldeaban las almas é influían en ellas.

Hay toda una parte secreta de la Historia de España en estos años en que parecía todo el mundo suspendido y embobado, la cual está por escribir. Recelos, sospechas y desconfianzas increíbles dominaban á la general debilidad de los espíritus. Unos á otros se miraban de reojo todos los españoles. Necio sería no darse cuenta de cómo esta intranquilidad, esta inseguridad, esta mal saciada hambre del alma y del cuerpo, se reflejan en todas las obras de nuestro siglo de oro, y les privan de aquel empaque augusto, clásico y severo que en las obras del siglo de Luis XIV sustituye á la profundidad de la visión y á la humanidad de los personajes y de sus sentimientos. Como nunca nuestros escritores, ni siquiera el mismo Lope, gozaron del reposo indispensable á la perfección clásica, todos ellos son unos rebeldes, unos nerviosos, excitados, hiperestésicos, y así no tenemos verdadero clasicismo, y no debemos lamentarlo. Sólo un alma serena y clarividente, la del gran P. Mariana, podemos considerar como clásica de veras entre todas las demás turbulentas y agitadísimas.

Poco hubiera sido para Cervantes tropezar con un ambiente clásico. Mejor que nadie hubiera podido ser clásico el autor del discurso de las armas y las letras y de la historia de Cardenio, y de las razones de la pastora Marcela: no lo fué, sin embargo, y es bien que no lo fuese. Con cuanto había sentido y pensado en sus tiempos heroicos, en los graves años de Felipe II, chocaba y se estrellaba cuanto, anticipándose al juicio general, sentía y pensaba ya en los caricaturescos días de Felipe III. Para alumbrar aque-

llos primeros años era menester la fuerza y brillantez del sol de la Mancha: para iluminar estos segundos bastaba arrojar sobre ellos el resplandor de los anteojos implacables de D. Francisco Gómez de Quevedo. Se hallaba Cervantes á horcajadas sobre dos épocas tan distintas que, sólo alzando el vuelo cuanto lo alzó, pudo salvar las cumbres de los siglos y las de las naciones. En aquel momento crítico en que forjó su obra, España había dejado de ser interesante. Le faltaba ya á la nación entera ese punto de locura que á destinos inmortales conduce á hombres y á pueblos. Por eso fueron locos Don Quijote y el licenciado Vidriera, y aquel otro de Córdoba y aquellos de Sevilla, portavoces de la verdad que á Cervantes se le escapaba de los escondrijos de la conciencia.

Sólo una grande y épica locura, sólo un libro de caballerías—pensó Miguel—, podía alzar á la vulgaridad y á la tontez generales del fangal y del terraguero, y por eso hizo un libro de caballerías de veras. Solamente la risa y el desprecio, los palos, las puñadas y las comilonas, pueden excitar á este vulgo cansado y abatido—pensó también—, y por eso creó á Sancho y quiso, no sin gran dolor de su corazón, que Don Quijote fuese apaleado, ultrajado, desconocido por la turbamulta, en lo cual no poco había de parte autobiográfica. No se ve claro aún el porvenir ni se vislumbra si tendremos redención ó quedaremos en tal estado—meditó después—; y dejó acabar la primera parte con una gran perplejidad para él mismo y para el lector.

No olvidemos que esto pasaba en 1603, cuando aún no existía el Felipe III de Velázquez. El caballero andante había sido enjaulado por loco, pero vivo se hallaba y podía volver á salir pidiendo guerra y el escudero se prometía aún nuevas ganancias. El yelmo de Mambrino era bacía, eso teníanlo por indudable cuantos le palparon, pero aún más grabados que esta convicción estaban en sus almas los conceptos sublimes de labios de Don Quijote caídos. La cabra errante del malhumorado pastor sujeta estaba, pero aún podía salir huyendo de los imaginados ó reales lobos que la perseguían.

Quedaban, pues, la obra y el pensamiento de Miguel en relación con la realidad en que vivía, no en distinta situación de aquella en que el gallardo vizcaíno y el valeroso Don Quijote quedaron antes que los enhebrase al hilo de su pluma el sabio Cide Hamete. Y reflexionando Cervantes sobre esto notaba y hacía notar marcándolo aquí y allá, y recalcándolo en tal ó cual pasaje, cómo, en suma, aquel caso por él concebido era la imagen de la vida entera y no ya sólo el particular reflejo de un estado social que podía seguir adelante ó transformarse radicalmente, que podía ser una siesta, un sueño ó un letargo. Turbados y confusos dejaba á los lectores porque turbado y confuso estaba él, pero no tanto que no dejase abierta la puerta ó entornada por lo menos, para que una mano bienhechora ó un vientecillo sutil ó un huracán la abriesen y dieran acceso á la esperanza.

No estaba Cervantes enteramente desesperanzado, no podía estarlo, conociendo á España, la resucitada eterna y conociéndose á sí mismo, que de tales y tan recios trances había salido con vida, y apreciando en lo justo el valor de su obra. De la posteridad estaba seguro. Tratábase tan sólo, en la ocasión presente, de asegurar el día de hoy y el de mañana, en los que nunca pensó Miguel con la necesaria tenacidad y el indispensable empeño. El mundo grande, lo que fuera de España y del tiempo actual presentía, de sobra conoció él que no había de escapársele. El mundo pequeño era el que necesitaba conquistar y el momento presente, puesto que la vejez se acercaba y el sosiego del anochecer no venía á su agitado corazón.

Y ocurrió entonces el caso, menos raro de lo que suele pensarse, de que la visión artística de la realidad, en la forja y composición del Quijote adquirida y perfeccionada, le sirviese de pauta para encarrilar sobre ella su vida ó intentarlo cuando menos. No maldigamos nunca á los libros ajenos ni á los propios, ni á las locuras y á las corduras que engendran. De sí mismo había partido Miguel, de los contrastes, batallas y apuros por que había pasado en su existencia y de ello saltó á los libros de caballerías que le esclarecieron y le ensancharon el horizonte y en este ensanchamiento y claridad vió cuanto en su tiempo era posible ver de la vida particular y general de un pueblo, y cuanto de la vida universal y eterna saben ver tan sólo los genios como él.

Elástico ya su espíritu, se recogió en sí mismo, á sí mismo volvió, aunque ya no era, ¿cómo había de ser? el mismo de antes. Si cualquier fruslería, unos amores fracasados, una cuestioncilla de amor propio, una obra teatral ó un discurso que tengan éxito nos transforman y nos vuelven otros, ¿qué transformación no sería la de Miguel después de escribir la primera parte del Quijote y coincidiendo precisamente con el cambio que en todas las clases y estados de la nación se verificaba, manifiestamente? Cuáles serían los aumentos y las inesperadas grandezas de su alma rica por fin y más que rica opulenta, apenas podemos imaginarlo.

Quizás entonces, con melancolía honda, cayó en la cuenta de su error pasado y pensó cuánto mejor le hubiera sido seguir escribiendo novelas y comedias y no meterse en las andanzas de comisario de abastos y cobrador de rentas y alcabalas: quizás, después de pensar esto, se hizo cargo de que no había perdido aquellos veinte años, durante los cuales el héroe y el poeta se convirtieron en lo mejor, en lo único que se puede ser en este bajo mundo, pues á ello nos envían: en un hombre, tan hombre que los demás con razón le llamasen genio. En el mundo no había que perder, en realidad, más que la vida: lo demás no eran pérdidas, ó cuando lo fuesen, medios había para trocarlas en ganancias seguras y perdurables. Y la vida por él presentada en el Libro inmortal aún no quería soltarle: y vivo estaba también Don Quijote.

La patente de vida más enérgica, más original, más alegre, más demostrativa del dominio de sí mismo y de la galanura y contento y lozanía de su alma la escribió Cervantes, componiendo el maravilloso, el donosísimo, el archimoderno, el suelto, el ligero, el agudo prólogo del *Quijote*, los versos de cabo roto y los demás en que, por cierto, sin gran disimulo, ataca resueltamente á Lope, quien de nuevo, cediendo á su versátil condición se había enojado con Cervantes, á quien creía autor del soneto de cabo roto también que contra él y contra sus obras compuso D. Luis de Góngora:

Hermano Lope, bórrame el soné-

Quizás fué entonces, cuando Lope lanzó el suyo insultante y procacísimo contra Miguel. Fuera así ó no, Miguel veía que la atmósfera de gurruminez y de minucia en que estaba envuelto lo más alto de la nación contaminaba también á los hombres á quienes él conocía por genios de primer orden, como Lope y Góngora.

Apenas apartados un momento de la tiesura y rigidez retórica anterior á Cervantes, los literatos volvían á ser literatos, políticos los políticos y la realidad se empequeñecía, circunscribiendo á los hombres y engurruñéndoles dentro de su oficio. Divino oficio, en manos de Lope y de Góngora, pero oficio, al cabo, con todas sus rutinas y sus patalallanas.

Veía también Cervantes cómo la masa no lograba tener color definido, ni anhelos que la calificaran y concretasen y en tanto las individualidades poderosísimas que en tan fecunda época iban naciendo y trabajando daban golpes en vago, batíanse con fantásticos gigantes y emprendían hazañas teatrales, como las de Lope, únicas que lograban sacar de su modorra al vulgo de abajo, ó caballerías culteranas, como las de Góngora, únicas que despertaban la atención del vulgo de arriba. La sociedad ficticia que era reflejo del teatro ó de la cual el teatro era reflejo, pues algo de ambas cosas ocurriría y cuya existencia notara ya Cervantes en su último viaje á la corte, había crecido: las teatrales costumbres, que suelen reemplazar á las heroicas en los comienzos de toda decadencia, se abrían paso y se desarrollaban hasta dominar en todas las clases de la sociedad. Los originales de Lope y los de Tirso pululaban ya en Madrid, en Toledo, en Valladolid y al sutilizarse las sensaciones femeninas y las masculinas, que, al cabo, no son sino ecos de ellas, comenzaban á apuntar aquí y allá las debilidades y las excitaciones inesperadas y el *titititi* casi epiléptico de la melindrosa Belisa comenzaba á correr como un escarabajeo por pechos y espaldas de las mujeres que guiaban á los hombres entonces como ahora.

Nació en aquel tiempo lo que llamamos neurastenia, hiperestesia y otra porción de nombres raros, que no indican sino falta de robustez. Al rey linfático y clorótico y á la grandeza educada por frailes biliosos, neuróticos y candidatos á la locura en cualquier otro clima y lugar menos propicios á la paradoja y al absurdo

como regímenes de vida, correspondía una sociedad inquieta, trastornada, incapaz ya de acciones grandes, ansiosa de emociones fingidas, amante del teatro.

En tal concepto, *Don Quijote* era un libro de caballerías hecho para castigar aquellos nervios, un revulsivo para la piel amarilleada en el encierro místico, y en las metafísicas amorosas aridecida, un libro azote, un libro martillo, un libro antorcha: y su elaboración no estaba concluída aún ni mucho menos, porque Cervantes no había acabado de penetrar en lo espeso de la sociedad española, que ya no se hallaba en la plácida Sevilla, sino en los secos y enjutos lugarones acortesanados, en Madrid y en Valladolid: y ya se nota que en la primera parte del *Quijote* hay locos, pero no hay enfermos, y ya se reparará cómo en la segunda parte la duquesa tiene la fuente de que nos habla doña Rodríguez, y el hijo del caballero del Verde Gabán adolece de otra enfermedad característica, que se llama decadentismo poético, y Basilio, el pobre está á punto de suicidarse por los amores... Por eso la segunda parte encierra ya lo irremediable, mientras que en la primera queda ancho lugar á la duda, que es una con la esperanza.

Desde la grandeza augusta del Escorial, la corte de España, cediendo á conveniencias del omnipotente Lerma, se había trasladado á Valladolid. Era esta una prueba á que el orgulloso duque quería someter al rey primero, cuya vacilante voluntad cedió pronto, y además á los otros cortesanos. Ya sabía Lerma que quienes se mudasen desde luego y de buen grado á Valladolid eran los suyos, los afectos, los incondicionales, como dicen ahora. Quería hacer un recuento de la gente noble, como hizo otro recuento de la gente rica, mandando que cuantas personas tuviesen plata en sus casas la mostrasen, bajo las más severas penas.

Iniciaba Lerma con esto el funestísimo error en que desde entonces han vivido en España todos los políticos conservadores, para quienes no ha habido en la nación más gente atendible y considerable que los nobles y los ricos, sin echar de ver que sólo con nobles y ricos no se gobierna, porque no es posible gobernar con los menos, cuando los menos valen poco. Tímida y medrosa iba saliendo la plata de los escondrijos y alacenas: medrosos y tímidos se mostraban ya cuantos poseían algo. Los grandes de España que ya no iban á la guerra y vivían de fanfarrias y fingimientos exteriores, solían estar empeñados. Los burgueses que en sus arcas, en aquellas famosas y numerosísimas arcas donde se vendía el buen paño, según el refrán inventado por la desidia española, guardaban el metal rico, se apocaban y amezquinaban cada vez más. Nació entonces también la burguesía medrosica, amiga del apartamiento y de la reserva, de la cual es modelo el caballero del Verde Gabán: raza de sesudos, de sensatos, de mesurados, de ahorrativos, de egoístas, en suma, que para nada bueno sirve si no hay quien sepa aguijarla y dirigirla. También para éstos eran necesarias las caballerías de Don Quijote y las gracias de Sancho. Aquellos burgueses no reían si no se les pinchaba un poco: su risa no era franca y noble, sensual y voluptuosa, como la de los gordos y lucios sevillanos de las barbas floridas, risa sin segunda intención cual la del maestro Baltasar del Alcázar: sino que había de ser risa maliciosa, provocada con cosquillas en el corazón, un poco miedosa, un poco ladina, risa como la del *Quijote*, después aguzada y agravada hasta el más vivo dolor por la pluma lanceta de Quevedo, cuyas cosquillas hacen brotar sangre.

Dejado atrás el Escorial y su regularidad grandiosa, que no llega á belleza clásica, porque á sus creadores les faltó el hervor del genio, y porque el Escorial debió haberle trazado el P. Mariana y no tuvo la suerte de que por allí anduviera más que el P. Sigüenza, un sota-Mariana elegante y culto, sin vuelos ni inspiración; ya conocía Miguel que en Valladolid no iba á encontrar nada que con su genio y la magnitud de su obra se aviniese. Halló en el poblachón castellano á la corte, ó, por mejor decir, á los cortesanos de Lerma, á unos cuantos empleados y oficinistas venidos de Madrid y empotrados de cualquier manera en las casas valisoletanas, y al usual séquito de poetas, desocupados, correveidiles y buscarruidos que la corte levanta á su paso, como polvo de sus carrozas.

A la husma de la corte y de los cortesanos había acudido, como de costumbre, la viuda doña Andrea de Cervantes, con su hija

doña Constanza de Ovando. Sesentona ya casi doña Andrea, reparaba con su buen trato y su maña los estragos del tiempo, no los del caudal, que debían de ser grandes, pues la halló Miguel ocupada en arreglar las ropas del Excmo. Sr. D. Pedro de Ossorio, quinto Marqués de Villafranca, quien acababa de regresar de una expedición á Argel. Fuera por necesidad ó por deseo de tener metimiento y vara alta en casas de la grandeza, doña Andrea hacía, repasaba y daba á lavar las camisas y ropa blanca del Marqués y de la Marquesa, y conservamos una cuenta de esa ropa escrita por la mano misma que escribió el *Quijote*.

Cervantes notaba en su propia familia y en la persona de su inteligentísima y discreta hermana cómo todo iba empequeñeciéndose. Cervantes veía á los Reyes, con ostentoso boato ir á misa á San Llorente ó Lorenzo en Valladolid y pensaba en que Felipe II iba á misa, vestido de negro y sin fausto ni demostración de lujo, pero iba al otro San Lorenzo, al del Escorial. Cervantes pensaba que su libro sonaría, estallaría en medio de aquellas mezquindades aparatosamente disimuladas, como un gran grito en el desierto.

Singular alegría fué para Miguel tropezar en Valladolid con su amigo y paisano el librero Francisco de Robles. Le enseñó su libro, que ya Robles debía de conocer, por la fama que de Sevilla había llegado y trataron de los medios para darle al público. Pensó Robles, como hombre conocedor é inteligente, que el libro sería de resultados seguros y, Miguel animado por sus palabras y por la conversación de los amigos y colegas que hubo de encontrar en Valladolid y que no se habían olvidado enteramente de su nombre, escribió ese alegre, cortesano y mundano prólogo que es como un artículo de crítica y sátira, cuya lectura nos convence hoy y convencerá en todos los tiempos de que aquello ha sido escrito ayer por la mañana, porque tiene la frescura, el donaire y la ligereza de que algunos genios están absolutamente faltos, pero que los verdaderamente humanos poseen en toda ocasión. Releyendo ese prólogo y releyendo antes ó después aquella deliciosa, aquella parisiense *causerie* de Horacio *Ibam fortè via Sacra* se advierte el tono de cosa recién vista, de palabra recién oída, que ambas obras tienen. Quien llega á ese grado supremo, sublime, de ironía suave, de amable malicia, de gracia sin chistes, de mundanidad consumada, puede llamarse con toda razón maestro de la vida y merece ser un guía y un acompañante de la humanidad, es decir, no un heraldo de los que van delante tocando un trompetón desmesurado, como Víctor Hugo, sino un amigo de los que por obra de la dulce y simpática persuasión de sus labios brotada, nos llevan por donde ellos quieren y nos amaestran en el camino, haciéndonosle dulce y corto.

No sentía Cervantes en Valladolid nostalgia de Sevilla, aunque esto nos parezca imposible. Por la acera de San Francisco y por la del Palacio Real y por los patios de la Contaduría mayor, á donde iba á presentar los descargos de sus cuentas, desagradable cola de su vida burocrática, pasea Miguel la esperanza de su gloria: al cabo de «tantos años como ha que duerme en el silencio del olvido» según él mismo dice, el Ingenioso Hidalgo despierta, seguro de sí mismo y de su talento.

Bien le han estado los veinte años de Andalucía, madre que halaga, maestra que educa, querida que enardece, alma buena que absuelve y perdona. Ahora, ya los sesenta se avecinan: y un sesentón que no es pudiente, en Castilla y en su austeridad es donde ha de escarbar para echarse.

Y de Castilla, en lo más castellano: Valladolid, Toledo.

CAPÍTULO XLVI

MIGUEL EN ESQUIVIAS.—TOLEDO, ÚLTIMA ESCUELA DE CERVANTES.—APARECE EL QUIJOTE.—SE VISLUMBRA LA GLORIA

A mediados de Julio de 1604 murió en Esquivias la suegra de Cervantes. Ningún hombre siente de verdad que se le muera su suegra y Cervantes era un hombre muy hombre: mas para ciertas formalidades del testamento le fué indispensable trasladarse á Esquivias y allí se encontraba el 21 de Julio, autorizando con su firma la partición de bienes entre los dos herederos de la difunta, que eran Francisco de Palacios, el cura, y Doña Catalina de Salazar, la mujer de Cervantes. Curiosísimo es para un psicólogo este documento, del cual se deduce el absoluto olvido y el menosprecio evidente en que su mujer, su suegra y su cuñado tuvieron á Miguel, á quien ya, sin duda, al cabo de tantos años de ausencia, estimaban como cosa perdida, como uno de esos vagabundos y malas cabezas que la suerte depara á muchas familias amantes del orden doméstico para introducir en los afectos, sensaciones é ideas algo de aquel bello espíritu de rebeldía que fertiliza y enlozanece el vivir.

Doña Catalina de Salazar, la mujer de Cervantes, ya se ha dicho que era una buena señora, pero no una heroína y así como no tuvo temple para arriesgarse á compartir con su marido la vida errante, no lo tuvo tampoco para resistir las sugestiones de su madre y su hermano, aquellos hidalgos reparones, ahorrativos y egoístas que profesaban la religión de Cristo para irse al cielo y la

del maravedí para estar en la tierra. En el testamento de su madre queda mejorada Doña Catalina, pero el ladino clérigo hermano suyo se las arregló para que la ventaja resultase ilusoria y aún le quedase debiendo su hermana cierta cantidad. El clérigo administrador toledano es al propio tiempo un clérigo pleitista, que sabe más de Derecho civil que de canónico y á quien si los hilos de araña de la Teología se le quiebran en el magín, no así las sogas y cadenas de la legislación profana. Cómo urdió la trama contra Miguel y los bienes de su mujer, en este terrible párrafo que Doña Catalina suscribió se revela: «Y aunque estos bienes (adjudicados á Doña Catalina por la mejora de tercio y quinto) conforme al testamento prohibe la enajenación y venta de ellos, pero esto fué por dos respetos, el uno ***para que no se pudiese valer de ellos el dicho mi marido*** y ***el otro en caso que no tuviese yo hijos***, atendiendo á que los bienes de la dicha mejora viniesen en el dicho Francisco de Palacios, mi hermano.» Atendiendo además á que de esos bienes sólo le corresponde á ella «el usufructo y utredominio y á que Francisco de Palacios ha pagado las deudas por no ver enajenados dichos bienes» y á que ella no tiene hijos, renuncia y traspasa todos los bienes de la mejora en favor de su hermano y al cumplimiento de ello hipoteca el majuelo del camino de Seseña. Todo con licencia y dela⁻te de su marido Miguel de Cervantes, que firma.

Quien revuelva papeles judiciales y de notarios y escribanos, es decir, quien trate de investigar por procedimientos reales y vivos la psicología del pueblo español, encontrará miles de documentos como éste tan bien apañado para quedarse con la herencia de una pobre y débil mujer su propio hermano, que con ella ha vivido siempre y que de fijo quiere castigar así la locura cometida por Doña Catalina al dar su mano á un poeta pobre, iluso, falto de protección y que por añadidura llevaba la rastra de una hija natural y la corma de obligaciones y compromisos como el contraído por Doña Catalina para asegurar la fianza de Suárez Gasco. La trama es bella, inhumanamente humana. Quien esto escribe ha conocido no pocos de esos curas usureros, no pocos de esos hermanos listos para quienes el hermano débil ó ausente era no

más que un objeto de explotación. De historias bajas y miserables como éstas, que algún día se contarán, compónese la hilaza de la vida.

Bien claro se ve que Doña Catalina, en apartándose de ella su marido, era un ser feble, pálido, que de súbito se apagaba. No le hubiera faltado razón támpoco para perder por completo el cariño que tuviera á Miguel, con tan largas ausencias: no hay que olvidar, además, que Doña Catalina era estéril y Miguel había tenido otros amores fecundos. Esa esterilidad suya y esos amores ajenos los mascullaba años y años Doña Catalina en la soledad de su caserón de Esquivias, en la frialdad de su lecho, en aquel pasar lento y trabajoso de las horas de su juventud mustia y desperdiciada. No hay que culparle á ella sin reconocer las culpas en que el mismo Cervantes incurrió.

Cuando Miguel llega de Valladolid á Esquivias, en el verano de 1604, llega forzado por la necesidad de autorizar ese documento, para cuya ejecución apremiaba el cura Francisco de Palacios. No es el amor á su mujer lo que le atrae, como no le atrajo al atravesar rápidamente media España, desde Sevilla á Valladolid, sin detenerse ó parándose muy poco en Esquivias. Viene á cumplir una formalidad simplemente, y al ver de nuevo á su mujer, cae en la cuenta de que ha dejado pasar la época más peligrosa en la vida emocional de las mujeres. Doña Catalina frisa en los cuarenta años, y ha pasado veinte en la soledad. Milagros necesita hacer Miguel para recobrar de nuevo el ánimo de su esposa. Ya no hay en el corazón de ella aquel renacimiento de llamas juveniles con que en 1594 acogió á su marido, vuelto de Sevilla. Toda la sequedad de la tierra llana se ha comunicado á su espíritu. Doña Catalina se ha hecho cada vez más devota. Doña Catalina se ha embobado. Para despertarla, es menester que su marido cuente ya con algo más que el invencible prestigio del amor ha mucho olvidado y de la mocedad ha mucho marchita; pero ¿cuáles no serán los recursos del hombre que acaba de escribir el *Quijote*?

Sin que para ello necesite demasiado tiempo, Cervantes, que mantiene el alma harto más joven que la de su mujer, logra incitar en su espíritu hastiado y melancólico la noble, la suave adhesión

de las cuarentonas á sus maridos, cuando éstos llegan gallardos á la vejez. El Ingenioso Hidalgo conserva sus barbas de oro, su frente desembarazada, sus graciosos dichos, acrecidos y refinados por una larga y dolorosa experiencia. El Ingenioso Hidalgo trae muchas cosas que contar de cuantas la vida y el trato del mundo le han sugerido. ¿Pensáis lo que es la llegada de uno de estos hombres sesentones que vienen de correr las siete partidas del mundo á un pueblo del cual no se han movido, en años y años, sus sosegados, pacíficos y recogidos labradores? ¿Sabéis el imperio que en breve logra sobre grandes y chicos el soldado que vuelve triunfante á la aldea, luciendo galones y plumas, ó el indiano que regresa rico, narrando historias maravillosas de apartados países?

El pueblo gris ha pasado quizás veinte, treinta ó cuarenta años sumido en sus rutinas, arando, ataquizando, amugronando, desfollonando, vendimiando y podando sus cepas, abriendo las olivas para las lluvias de otoño, tapándolas para los hielos de primavera, deschuponándolas y estercolándolas, vareándolas y ordeñándolas y escamondándolas. Aquello les parece á los lugareños toda la vida suya y toda la vida universal; pero un día llega uno de quien nadie se acordaba: de luengas andanzas viene, luengas mentiras cuenta, nuevos usos é inauditas palabras y extraños conceptos refiere, y la rebeldía contra la andadura del vivir estalla, y las cabezas más sentadas y macizas se perturban, y las voluntades que envaradas y rígidas parecían, se doblegan y obedecen. No hay que creer posible la redención de un país ignorante y rutinario si no se hace llegar á cada pueblo de vez en cuando un hombre algo loco, algo vagabundo, que cuente mentiras y verdades y hable de cosas lejanas y de cosas imposibles. Estas cosas no eran en los labios de Miguel otras que las aventuras y las palabras de Don Quijote: el triunfo sobre su mujer y su cuñado fué la más gloriosa batalla que el Ingenioso Hidalgo de la Mancha y el Ingenioso Hidalgo de Alcalá ganaron en su vida aventurera.

Miguel y Francisco de Palacios debieron hallarse en Toledo en el mes de Agosto para formalizar la venta de algunas fincas. Si en el mal explorado Archivo de protocolos de Toledo se buscase, algo de esto se podría hallar.

más que un objeto de explotación. De historias bajas y miserables como éstas, que algún día se contarán, compónese la hilaza de la vida.

Bien claro se ve que Doña Catalina, en apartándose de ella su marido, era un ser feble, pálido, que de súbito se apagaba. No le hubiera faltado razón támpoco para perder por completo el cariño que tuviera á Miguel, con tan largas ausencias: no hay que olvidar, además, que Doña Catalina era estéril y Miguel había tenido otros amores fecundos. Esa esterilidad suya y esos amores ajenos los mascullaba años y años Doña Catalina en la soledad de su caserón de Esquivias, en la frialdad de su lecho, en aquel pasar lento y trabajoso de las horas de su juventud mustia y desperdiciada. No hay que culparle á ella sin reconocer las culpas en que el mismo Cervantes incurrió.

Cuando Miguel llega de Valladolid á Esquivias, en el verano de 1604, llega forzado por la necesidad de autorizar ese documento, para cuya ejecución apremiaba el cura Francisco de Palacios. No es el amor á su mujer lo que le atrae, como no le atrajo al atravesar rápidamente media España, desde Sevilla á Valladolid, sin detenerse ó parándose muy poco en Esquivias. Viene á cumplir una formalidad simplemente, y al ver de nuevo á su mujer, cae en la cuenta de que ha dejado pasar la época más peligrosa en la vida emocional de las mujeres. Doña Catalina frisa en los cuarenta años, y ha pasado veinte en la soledad. Milagros necesita hacer Miguel para recobrar de nuevo el ánimo de su esposa. Ya no hay en el corazón de ella aquel renacimiento de llamas juveniles con que en 1594 acogió á su marido, vuelto de Sevilla. Toda la sequedad de la tierra llana se ha comunicado á su espíritu. Doña Catalina se ha hecho cada vez más devota. Doña Catalina se ha embobado. Para despertarla, es menester que su marido cuente ya con algo más que el invencible prestigio del amor ha mucho olvidado y de la mocedad ha mucho marchita; pero ¿cuáles no serán los recursos del hombre que acaba de escribir el *Quijote*?

Sin que para ello necesite demasiado tiempo, Cervantes, que mantiene el alma harto más joven que la de su mujer, logra incitar en su espíritu hastiado y melancólico la noble, la suave adhesión

de las cuarentonas á sus maridos, cuando éstos llegan gallardos á la vejez. El Ingenioso Hidalgo conserva sus barbas de oro, su frente desembarazada, sus graciosos dichos, acrecidos y refinados por una larga y dolorosa experiencia. El Ingenioso Hidalgo trae muchas cosas que contar de cuantas la vida y el trato del mundo le han sugerido. ¿Pensáis lo que es la llegada de uno de estos hombres sesentones que vienen de correr las siete partidas del mundo á un pueblo del cual no se han movido, en años y años, sus sosegados, pacíficos y recogidos labradores? ¿Sabéis el imperio que en breve logra sobre grandes y chicos el soldado que vuelve triunfante á la aldea, luciendo galones y plumas, ó el indiano que regresa rico, narrando historias maravillosas de apartados países?

El pueblo gris ha pasado quizás veinte, treinta ó cuarenta años sumido en sus rutinas, arando, ataquizando, amugronando, desfollonando, vendimiando y podando sus cepas, abriendo las olivas para las lluvias de otoño, tapándolas para los hielos de primavera, deschuponándolas y estercolándolas, vareándolas y ordeñándolas y escamondándolas. Aquello les parece á los lugareños toda la vida suya y toda la vida universal; pero un día llega uno de quien nadie se acordaba: de luengas andanzas viene, luengas mentiras cuenta, nuevos usos é inauditas palabras y extraños conceptos refiere, y la rebeldía contra la andadura del vivir estalla, y las cabezas más sentadas y macizas se perturban, y las voluntades que envaradas y rígidas parecían, se doblegan y obedecen. No hay que creer posible la redención de un país ignorante y rutinario si no se hace llegar á cada pueblo de vez en cuando un hombre algo loco, algo vagabundo, que cuente mentiras y verdades y hable de cosas lejanas y de cosas imposibles. Estas cosas no eran en los labios de Miguel otras que las aventuras y las palabras de Don Quijote: el triunfo sobre su mujer y su cuñado fué la más gloriosa batalla que el Ingenioso Hidalgo de la Mancha y el Ingenioso Hidalgo de Alcalá ganaron en su vida aventurera.

Miguel y Francisco de Palacios debieron hallarse en Toledo en el mes de Agosto para formalizar la venta de algunas fincas. Si en el mal explorado Archivo de protocolos de Toledo se buscase, algo de esto se podría hallar.

Toledo, *peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades*, era la última lección que de los pueblos del mundo iba á recibir Miguel. Los que no hayan vivido en Toledo no comprenderán la mitad del espíritu de Miguel, como los que no han estado en Sevilla no se hacen cargo de la otra mitad. Antes de 1604 había estado Cervantes quizás muchas veces en Toledo; siempre debió de parar en el mesón del Sevillano, que era y es de los más acreditados albergues para la gente de los pueblos, pero sólo entonces Toledo le ofrecía el fruto regalado, sabroso, agridulce de su espíritu, porque no es Toledo ciudad para amada por los jóvenes, quienes, de no estar avejentados, ne aman á las reinas sin trono.

Toledo es la única corte de la Castilla vieja y venerable; la corte de las ricas hembras, de los silenciosos caballeros, de las secretas aventuras amorosas, de las matanzas de judíos, de los moros sabios que curan y envenenan, de los alarifes que crean mundos nuevos é ignoradas especies vegetales en columnas, frisos y alharacas, almocárabes y atauriques, de los carpinteros que ensamblan los dorados alfarjes, de los orfebres que trabajan el oro como si fuese pasta, de los escultores-arquitectos que labran la piedra como si fuese oro, de los imagineros que estofan y esculpen historias interminables y meten fantásticos reinos entre una ménsula y un doselete, de los espaderos que hacen del hierro acero y del acero cinta que se dobla y no se rompe, de los escritores que refinan y sutilizan el lenguaje, de los confesores que depuran y lubrifican los más obscuros rincones de las conciencias, dejándolas como relucientes joyas, de las damas filósofas y senequistas, como las dos hermanas Sigeas, en cuyos corazones revivió la llama del maestro cordobés, de las Celestinas magras que con sus hechizos apañan las voluntades para el amor dulce, de los magistrados graves, como los Covarrubias en quienes parece resumirse la España doctoral y omnisciente bajo las togas oculta, de los pintores teólogos, humanos, locos y cuerdos, sublimes y visibles, como el solo, como el sabio griego Theotocópulos, en quien la luz, el color y la vida de Toledo se resumen como en su más acabada fórmula artística.

Toledo, al comenzar el siglo XVII, es la ciudad más compleja y más espiritual de España; compleja y espiritual como una gran

dama que lució y gozó en la corte sus años de juvenil hermosura codiciable y que se retira á remembrar su pasado, sola en un palacio regio, entregada á sus devociones y principalmente á la devoción de sí misma. Por las calles toledanas, retumban á todas horas, en el silencio que de eternidad parece, los pasos del amor, vestido de soldado, oculto bajo los pingos del azacán, escondido so la basquiña de la moza de posada, ardiente bajo las galas del caballero, conservado entre los negros pliegues de la toga del jurisperito. Es un amor loco, desenfrenado, de raptos y de secretas locuras, como el que irradia en las pupilas de los apóstoles y guerreros que pintó Theotocópulos; es un amor sin alegría, un amor cruel, que jura ante los Cristos clavados en los paredones de las callejuelas, bajo un tejaroz ó un guardapolvo y perjura en saliendo de la misteriosa ciudad; es un amor que encierra á sus víctimas en los grandes caserones de portadas platerescas, las recluye hacia los fríos patios, las deja mustiarse, secarse, morirse en la desesperanza; es un amor que sorprende á las incautas jóvenes camino de la Vega ó de las alamedas que cantó Garcilaso y en los anocheceres friolentos, cuando el sol huye y el Tajo le persigue y los cigarrales ya cárdenos se tornan negros, las arrebata, las hace suyas, entre los gritos de los padres ochentones que al cielo tienden con sus manos trémulas el acero inútil y después las abandona. Esta es la historia de *La fuerza de la sangre*, esta es la historia de *A buen juez, mejor testigo*. La leyenda amorosa toledana es de Cervantes; su variante italianesca, de Zorrilla, pero uno y otro poeta enfocan el asunto de igual modo. Esto es lo primero, no lo más sazonado que de Toledo saca Cervantes.

Lo segundo, lo mejor, en el propio mesón del Sevillano lo encuentra. No por hallaros en un mesón, que arrieros y gente baja habitan, creáis que toparéis con la gente desalmada y rufianesca del Compás de Sevilla: no. Entrad hoy mismo, porque ni Toledo ni el mesón han variado, y el mesonero, las mozas y los arrieros y los campesinos que en él paran, os hablarán con el mismo tono ahidalgado, grave, digno, un poco triste ó, si alegre, mesuradamente alegre, con que hablan los personajes de *La ilustre fregona*. En el mesón existe hoy el culto de Cervantes. Todos saben

que es señalada honra de la casa, de la ciudad, del mundo, este nombre. ¡Qué diferencia de estas gentes que han tratado con *La ilustre fregona* á las gentes de *Rinconete y Cortadillo* y del *Coloquio de los perros!* Un azacán de Toledo será un azacán, pero es un toledano. *Civis toletanus sum*, dice orgulloso y se envuelve, augusto, en su capote, como el romano en su toga. Toledo es la escuela de la entonada cortesanía, de la seriedad en el decir: habla como viejo, procede como joven.

Esto de que los azacanes Carriazo y Avendaño resulten nobles caballeros, y nobilísima doncella la ilustre fregona, no penséis que lo hizo Miguel de Cervantes, al acaso: ni él hacía al acaso nada. En eso está el espíritu de Toledo, de ese pueblo-arca, de esa ciudad-joyero, donde se guardan las más nobles reliquias del prisco solar desmoronado. Vedle hoy mismo: veréis aún el amor vestido de soldado, y sentiréis retumbar sus pasos marciales por las callejuelas: veréis esos ojos locos y calenturientos que entre la impasibilidad de los pálidos semblantes rutilan, como en los Apostolados de Domenico: veréis esas doncellas pálidas que en los fríos caserones dejan secarse, como flores viejas, sus amores marchitos, y remembran sus abandonos sin llorarlos, porque la toledana no llora tales cuitas, por dignidad: veréis esos azacanes que hablan como personajes de Lope: veréis esos porteros dignos, esos mendigos ilustres, esos viejos graves, esos clérigos procerosos, y escucharéis el silencio que os secretea al oído, y sentiréis que el pasado se apodera de vosotros ó que no existe pasado ni presente, porque es el tiempo en Toledo un *flatus vocis*, un concepto baldío.

En los días que Cervantes pasara en Toledo, por Agosto de 1604, topó con Lope de Vega, que vivía allí desde Mayo, habiendo abandonado, en Sevilla quizás, á su amante Camila Lucinda. Acaba de casarse Lope con doña Juana de Guardo, trocando, como le dijo Góngora, en torreznos, las diecinueve torres de su pomposo escudo de hidalgo montañés, pues era doña Juana rica, hija de un opulento traficante en ganado de la vista baja. Dábanle vaya los ingenios toledanos, viéndole casado por interés y con persona, si acomodada, perteneciente á una clase social que jamás

se hermanó bien con nobles y poetas. De fijo, había llegado ya á manos de Lope el soneto de Góngora:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diecinueve torres de tu escudo.....

Esto le tenía de mediano humor, y en tales circunstancias, el tropezar en Zocodover con Cervantes, que de allí se dirigía á su posada, hubo de excitarle la bilis, ya muy revuelta. En este momento de pasión maldiciente fué cuando escribió, en carta particular, á un amigo suyo médico, aquella venenosa frase, de la que tanto partido quieren sacar algunos: «De poetas no digo: buen siglo es éste: muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á Don Quijote... No más, por no imitar á Garcilaso, cuando dijo

A sátira me voy mi paso á paso,

cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almendárez y mis comedias á Cervantes...» Prueba esto que ya había leído despacio Lope el *Quijote*, y quizás releído el famoso diálogo del canónigo y el cura, donde Miguel iniciaba los argumentos, después tantas veces copiados contra el supuesto desorden de las comedias de Lope. No se sabe cómo, el original ó las copias del *Quijote* habían circulado por toda España, y aún no tenía Cervantes el privilegio para imprimirle, cuando ya el autor del *Libro de entretenimiento de la Pícara Justina*, aquel desvergonzado y haldudo fraile Andrés Pérez, escribía en otros detestables versos de cabo y centro rotos la tan citada expresión:

Soy la Rein- de Picardí-
más que la rud- conocí-
más famo- que doña Olí-
que Don Quijó- y Lazarí-
que Alfarach- y Celestí-

Lo mismo esta tontería que el desahogo familiar é íntimo de Lope contra Cervantes, demuestran sin duda alguna que antes de

salir á luz, ya tenía el *Quijote* ganada la batalla, puesto que en ingenios grandes y chicos despertaba recelos y todos se apresuraban á *taparse,* como se ha hecho siempre al descubrir en lontananza un literato de los que traen algo nuevo á la lucha ó, como se dice ahora con frase canallesca y muy gráfica, de los que *vienen pegando*. Cervantes *venía pegando*, y las envidias de los demás y el mal humor de Lope, son el primer homenaje á su genio y no de otra manera es menester considerarlos.

El 26 de Septiembre concedió licencia el Rey para que la primera parte del *Quijote* fuera impresa. Solían concederse estas licencias cuando ya la impresión estaba concluída ó muy adelantada. El 20 de Diciembre es la fecha de la tasa. Desde entonces, no se puede señalar día seguro á la aparición del *Quijote*. Pudo salir en Enero, en Febrero ó después, no después de Mayo, pues no hubiera dado tiempo á las nuevas ediciones que en el mismo año 1605 se hicieron. La duda propuesta por el insigne Pérez Pastor sobre si salió antes de 1605, él mismo la ha absuelto, estudiando bien los libros de la Hermandad de Impresores de Madrid.

No ha averiguado nadie, en cambio, lo que el *Quijote* valió en dinero á su autor, que ciertamente no debió de ser mucho ni sacar de ahogos á Cervantes, pues aun cuando los literatos vaticinaran, con sus envidias, el buen éxito del libro y Miguel lo presintiese, no ha de suponerse que tales razones á priori convencerían á Francisco de Robles para que pagase á su amigo una gran cantidad por la venta del privilegio. Injusto es pintar á Francisco de Robles como un editor codicioso é interesado que explotó á Cervantes. Al contrario, bien se ve que en sus tratos procedieron amistosamente y como antiguos conocidos. Indudable es también que Cervantes no cogió todo el dinero de una vez, sino que la prematura fama de su obra le dió pie para pedir á Robles varios anticipos sobre ella.

Pero si económicamente no le sacó de ningún apuro, moralmente la obra hizo surgir de un salto el nombre de Cervantes en el ánimo del mundo entero por cima de los más altos y universales y no menos que junto al de Lope de Vega y enfrente de él.

Había Lope despertado la popularidad que antes de él no existía, llamando al público de la nación entera con los gritos y acciones del teatro, á literatos é iliteratos comprensibles: la excitación producida por las obras de Lope iba ya convirtiendo hacia los libros de amenidad y recreación los ojos lectores. Ya se ve que eran populares el Lazarillo y el Guzmán de Alfarache y la Celestina, y que iban ganándoles terreno á los libros devotos y á los libros de caballerías. No obstante, popularidad tan grande ni tan rápida como la del *Quijote* no se había conocido jamás. Cinco ediciones se hicieron ó se sabe hasta ahora que se hicieron en aquel año 1605. El nombre de Cervantes que no crecía en la boca ni en la pluma de los otros poetas, como hasta entonces solió suceder, se agigantaba en los labios del vulgo, de aquel vulgo, cuyos instintos se habían educado en el teatro y que ya formaba donde quiera eso que hoy llamamos *público*, *opinión,* esos millares de ignorantes que componen un sabio infalible, esos millares de juicios ligeros y vanos que unidos forman el juicio más seguro y á la larga, el único aceptable. ¿Por dónde andaba este público? ¿Quién era? ¿Dónde se le encontraba? Dos siglos después se hacía esta pregunta el gran Fígaro y no acertaba á responderla.

El *Quijote* estaba en manos de todo el mundo, en las posadas, en las covachuelas, en los palacios, en los bufetes de los señores graves y en las aulas de la juventud loca. Los tipos de Don Quijote y de Sancho hallaron instantáneamente en la humanidad el eco favorable á sus palabras, la atmósfera propicia á sus ideas y á sus hechos. Rara vez libro alguno apareció con tanta oportunidad. Miguel corroboraba entonces su opinión. No habían sido perdidos sus veinte años de malandanzas. En ese tiempo las ideas habían caminado, los gustos habían cambiado, las sensaciones se habían trocado. La transformación era enorme, crítica: enorme también la obra que de ella saltaba.

Todo el mundo, en su fuero interno, se reconocía como un poco Don Quijote, como un poco Sancho Panza, y nadie se enfadaba por ello. El mote de Sancho Panza corrió por el Palacio Real y fué pronto aplicado al P. Luis de Aliaga, que era el confesor del Rey, hombre gordo y rústicamente ladino. Los dichos y refranes del escudero y las locuras del caballero se hicieron patrimonio común,

como esas músicas y tonadillas que en pocos días corren de boca en oído por todo el mundo. Por fin llegaban para Miguel, para el viejo y cansado poeta, para el verdadero Ingenioso Hidalgo otros días grandes, de intensa felicidad, que nada tenían que pedir al gran día de Lepanto. Las armas cedían á las letras. Para gloria de la diestra perdió la siniestra mano el soldado viejo. La mayor gloria posible en la tierra se le lograba: un pueblo entero se solazaba con su obra, quién reía, quién meditaba. Por las letras podía esperarse aún la redención, la inmortalidad.

En aquellos días, el 8 de Abril de 1605 nació en Valladolid Felipe IV, al que se llamaría después el Rey poeta.

CAPITULO XLVII

CERVANTES EN VALLADOLID.—TOROS Y CAÑAS.—IR TIRANDO. CÓMO FUÉ MUERTO DON GASPAR DE EZPELETA

En pos de la celebridad y del éxito suelen venir para el escritor, no antes, el aprecio de los suyos, la consideración y el sosiego familiar. Tal ocurrió en el caso de Cervantes. Atraída por la extraña sugestión que Miguel ejercía en ella, no bien se presentaba, doña Catalina de Salazar, fué á Valladolid, vivió con sus cuñadas doña Andrea y doña Magdalena, realizó el heroico sacrificio de legitimar con su convivencia la morada de Isabel de Saavedra, hija natural de Miguel en la casa y la estimación de hija legítima en que la tenían su padre, sus tías y su prima doña Constanza. Bien claro se ve que en cuanto Miguel hablaba á doña Catalina, hacía de ella cuanto se le antojase y disipaba todos los recelos y acallaba todas las protestas. Reparemos bien en esto: que no es verdadero genio el que no tiene imperio mágico, cual el de Miguel y el de Lope y el de Goethe, en las mujeres que le rodean, el que no las convence con la mirada, con el habla las domeña y con el gesto las amansa.

Miguel, alentado por la fama de que muy luego comenzó á gozar y que presagiaba nuevas fortunas, había constituído ya su vida. Estaba la familia toda junta, resuelta á no separarse. Vivían en una casa de las nuevas de alquiler, divididas en pisos, que á la llegada de la corte se construyeron de prisa y corriendo en Valladolid, para albergar el excedente de vecindario con los Reyes venido. Estaba en el barrio del Matadero ó Rastro, cerca de un pontezuelo que pasaba el maloliente Esgueva, no lejos de la Puerta

del Campo ni, por tanto, del Hospital de la Misericordia, en donde vivian los canes Cipión y Berganza, llamados comúnmente los perros de Mahudes. El barrio no era, ni con mucho, lo mejor de Valladolid, pero con el crecimiento de la corte, la angostura en que se vivía originaba cada vez mayor incomodidad. Por otra parte, si la gloria había llegado, á la fortuna que algunas veces la sigue, aún no se le veia asomar el rostro.

Pobremente, humildemente, vivía la familia; las mujeres se amontonaban de cualquier modo en un aposento con luz á la cocina; Miguel tenía otro para todo su servicio, y sólo habia una pieza con balcón á la calle; pero á estas estrechuras ya estaban hechos los habitantes de la corte, persuadidos de que la tornátil y caprichosa voluntad que á Valladolid los trasladó se los llevaría de allí el día menos pensado.

Es muy digno de notarse este signo del cambio que en España estaba realizándose; el carácter provisional que comenzaba á tomar todo. Quiso Felipe II consolidar, macizar, cimentar y su imbécil sucesor ó los que le aconsejaban, lejos de proseguir la buena obra, no hicieron caso de los sillares por el monarca berroqueño asentados y en vez de seguir la edificación, apañaron de mal modo una vivienduca de livianos cañizos para ir tirando. Entonces debió de inventarse esta frase fatalmente, genuinamente española: *ir tirando*. La trampa, la componenda y el arreglito, comenzaron á ser régimen de vida general y particular. ¿Es acaso un hecho insignificante, bajo el concepto moral, este de que una hidalga tiesa y repolluda, como doña Catalina de Palacios, después que pasó veinte años alejada de su marido, á quien quería, sólo por no acompañarle en sus andanzas de empleado, renunciase á todos sus escrúpulos y depusiera todas sus prevenciones para irse á vivir con sus cuñadas, á las que, por razones harto conocidas, no podía tragar y aceptase la carga de la hija natural de Miguel, sancionando con su presencia una especie de legitimación tácita? ¿Por qué se había humanizado en tales términos, impropios, á la verdad, de una cuellierguida señora toledana? Es que la blandura, la contemporización, el cambalache y el apañusco, iban ganándolo todo.

Tanto que, poco después de llegar doña Catalina á Valladolid, vemos aparecer por la corte, ¿á quién diréis? á quien menos se podía sospechar, al rígido, al estirado, al puntual, al exigente clérigo de Esquivias Francisco de Palacios, quien, con la carga de sus lustros y de sus camándulas á cuestas, fué á vivir por unos dias ó por unos meses, junto á su cuñado el escritor, que ya no le parecía tan despreciable, puesto que la fama por España entera traía y llevaba su nombre y quizás quizás hubiese en su trato alguna ganancia.

Hay que conocer á estos curas ricos, de pueblo, saber el enorme trabajo que les cuesta abandonar su casa y desamparar sus caros intereses, para hacerse cargo de cuán poderosas razones reunieron á Francisco de Palacios con la familia de su cuñado Miguel en Valladolid. Tal vez á la husma y á la probable rebatiña del éxito acudió el buen presbítero, pues la verdad es que en la mejor armonía con Miguel, le vemos servir de testigo en un documento encaminado á prohibir las ediciones subrepticias que del Quijote se habían hecho y estaban haciéndose en Portugal. Casi seguro es, por muy ancha y laxa que tuviese la conciencia, que la promiscuidad en que vivía la familia no le gustase gran cosa y que á poco, en la primavera de 1605, se volviesen al pueblo el cura y su hermana doña Catalina, ya en buena inteligencia con Miguel, ya ligeramente enojados.

La celebridad del *Quijote*, si dió á Cervantes algunos disgustos, le proporcionó reanudar varias excelentes relaciones antiguas y adquirir otras nuevas. Encontró en Valladolid á su amigo de Sevilla el Señor de Higares, que había seguido á la corte, supónese que con ciertos siniestros designios contra el duque de Lerma. Tal vez para disimularlos, el noble caballero no faltaba á las ceremonias y fiestas de corte que entonces por cualquier motivo se celebraban, pues el favorito tenía máximo interés en que el soberano se hallase distraído con juegos, saraos y diversiones. D. Fernando de Toledo visitaba á Cervantes, acompañaba por la calle, fuese por cortesía ó por amistad, á las señoras de la familia de Miguel, y éstas le bordaron una manga para que asistiese á los torneos y juegos de cañas que se celebraron ya con ocasión del feliz parto

de la Reina, ya con motivo de las fiestas que por la misma causa se hicieron al embajador inglés almirante Howard, de quien ya nadie recordaba que había sido el principal fautor del ataque á Cádiz y de la destrucción de nuestros barcos. Tan lacios y flojos de memoria se hallaban ya los españoles, que agravios como el del saqueo de Cádiz se olvidaban á los ocho ó diez años de ocurridos; tal era el desconcierto y locura de los ánimos, que faltó poco para que entre las fiestas que al inglés luterano se hicieron no se dispusiera un auto de fe en el que se quemase á unos cuantos correligionarios suyos.

Nada malo se debe pensar de que el Señor de Higares y otros caballeros aristócratas entraran en casa de Cervantes y tuvieran amistad y trato con las Cervantas. Doña Andrea, con su respetabilidad de señora dos veces viuda, y doña Magdalena, con las tocas de beata ya desengañada del mundo y de sus pompas y vanidades, lo autorizaban y vigilaban todo. No parecía extraño que doña Constanza y su prima doña Isabel que eran mozas, tuviesen seguidores y cortejantes. Había un poco ó un mucho de confusión en aquella corte imprevista y mal acondicionada; no se distinguían las clases y las calidades con la previsión y fijeza con que se determinan en una corte ó ciudad, desde mucho tiempo establecida y en donde se sabe cuál es la casa, la condición y la manera de vivir de cada cual.

La mescolanza daba mucho que ganar á los intrigantes y buscones de los dos sexos, y así en Valladolid vivían nubes de vividores y parásitos, cuyas rentas y ganancias nadie sabía, gentes sospechosas, de incierta conducta, que al jolgorio de la corte acudían y en él desempeñaban un papel. Data de entonces la despectiva y barullosa acepción de la frase *toros y cañas*. Quería decir esto que á los toros y cañas acudía una ensalada ú olla podrida de caballeros y truhanes disfrazados con tales hábitos, á quienes la habilidad y destreza en el justar ó en el correr la sortija hacían alternar con los señores de rancia nobleza y tratarles con la familiaridad propia del deporte y del peligro común. Siempre en la corte española ha habido extraordinaria indulgencia para caballistas, toreros, cómicos y saltimbanquis, puesto que hemos tenido una larga

serie de monarcas hipocondríacos á quienes era preciso divertir á toda costa.

Con estas benevolencias y estas mixturas, se formaba ese ambiente moral equívoco y confuso á favor del cual puede osarse todo y no hay nada que no parezca digno de absolución. En esta protección dispensada por la corte á quienes la divertían, comenzaron á entrar y ser comprendidos también los poetas y literatos, no mucho más arriba que los cómicos y los jinetes. No había ocurrido esto en tiempos de Felipe II, quien no gustó de tener al lado suyo gente de pluma, como no fuera algún grave eclesiástico ó fraile erudito. A título de distracción y solaz ó cosa por el orden, penetraron en la corte los escritores y poetas. Lerma era bastante listo para conocer cuáles de ellos podrían hacerle daño y cuáles no. Góngora, por ejemplo, era perro que ladraba mucho y no mordía. ¿Para qué meterse con Góngora ni con sus maledicencias? Poetas hacían falta para toda la máquina de arcos, inscripciones, carrozas alegóricas y teatrales fiestas con que á cada momento la corte se solazaba, disfrazando su propia miseria y la del país. Y con la demanda de poetas, que, al cabo, gastaban poco, se unía la demanda de frailes para hacer bulto en procesiones y fiestas y la de caballeros, más ó menos auténticos, para entrar á los *toros y cañas*. ¿No se percibe cierto leve tinte despreciativo en la manera como el pueblo comenzó á pronunciar la frase? *Ir tirando* era el sistema de vida. *Toros y cañas* la vana apariencia con que tamaña superchería se disfrazaba. El engaño reinaba en la corte; la hipocresía traída y llevada en haldas de frailes, iba barriendo España entera.

Algo desengañado por el ningún caso que el duque de Béjar había hecho de su dedicatoria del Quijote, y conociendo ya bien claramente cuánto necio había entre los caballeros de hábito y de título, no dejó, sin embargo, Cervantes de frecuentar á los que pudo; á más del Señor de Higares, fué su amigo el conde de Saldaña, hijo del duque de Lerma, y, según decían entonces, muy aficionado á la poesía y á favorecer á los poetas y literatos. Algunos otros señores cortesanos le ofrecieron *sombra y amor* como el de Saldaña, pero en qué condiciones y de qué índole fueran estos

ofrecimientos no es cosa fácil de averiguar. Conocía Cervantes que si hasta Lope de Vega había menester el amparo de los nobles, á él no le estaría mal solicitarlo; pero en esto, como en lo demás, tuvo mala suerte.

Muchas historias y leyendas se han forjado para explicar el desvío con que le trató D. Alonso Diego López de Zúñiga y Sotomayor, duque de Béjar, marqués de Gibraleón, etc., etc., cuyo nombre mereció la honra de ser colocado al frente de la primera parte del *Quijote*. No hay necesidad de ninguna explicación, sino la corriente y naturalísima que la historia nos da de que el duque de Béjar era quizás el más majadero é insubstancial de todos los señoritos aristócratas de aquella época. Otros ingenios al mismo tiempo que Cervantes le dedicaron sus obras y no tuvieron de él la más ligera muestra de protección. ¿Por qué había de hacer una excepción de su conducta para favorecer á Cervantes?

Los protectores únicos de Miguel, si protección puede llamarse á una limosna, ó á una serie de limosnas, con más ó menos discreción y delicadeza entregadas á un anciano escritor desvalido, en Valladolid hubo de conocerlos, en esta época en que todo el mundo saboreaba la primera parte del *Quijote*. Fueron el arzobispo de Toledo, el ilustrísimo D. Bernardo de Sandoval y Rojas,

dichoso fruto de tan buenas hojas,

á cuya elección pensó escribir unos versos laudatorios, de los que sólo un borrón conocemos, y D. Pedro Fernández de Castro, primero marqués de Sarriá, á cuyo servicio estuvo Lope de Vega, y después conde de Lemos, sobrino y yerno del omnipotente duque de Lerma: más adelante virrey de Nápoles y siempre amigo y Mecenas de los dos Argensolas, quienes, al revés de Cervantes, parecían y eran literatos de séquito y de corte, que arrastraban sus endecasílabos como colas de manto, garnacha ó toga por las alfombras de las regias aulas. Pero en los primeros tiempos, en la salida heroica y triunfal de Don Quijote, no se sabe que ni el reciente arzobispo de Toledo ni el poderoso conde de Lemos para quien no se encontraba colocación que bastante pareciera, pues él solo pedía el virreinato de Nápoles, ocupado aun por el conde de Bena-

vente, favoreciesen á Cervantes, aun cuando ya conocieran su nombre y admirasen su ingenio.

Otros personajes de no menor interés comienzan á figurar por entonces en la vida cortesana de Miguel y de su familia y el más importante es un tal Juan de Urbina, secretario de los duques de Saboya Cárlos, Víctor Amadeo y Manuel Filiberto. Este Urbina, casado en Italia con doña Margarita Mérula, era un tipo de aquellos cuyo trato encantaba á Cervantes. Hombre de mundo y de tráfico, estaba constantemente ocupado y entremetido en los más varios negocios y en las más distintas combinaciones económicas. Urbina había conocido y gozado, como Miguel, *la vida libre de Italia* y en ella, mejor que Miguel y con más espacio y recursos, había mordido todas las manzanas gustosas que se le ofrecieron. Era un hombre listo, sagaz, activo, gran conocedor de la humanidad, de cuyos defectos y flaquezas procuraba aprovecharse y, por lo mismo, habríamos de rebuscar mucho antes de topar con un sujeto que en su época estimara y conociera mejor lo que valía Cervantes. Lo que, en su esfera humilde, fué para Cervantes en Sevilla el pobre cómico Tomás Gutiérrez, fué en la corte Juan de Urbina: un amigo fiel, pronto al sacrificio, útil para el consejo y la dirección, desinteresado, noble de veras. Empeño vano es querer determinar y especificar los servicios que el arzobispo Sandoval ó el conde de Lemos hicieron á Cervantes: no cabe dudar que fueron simples limosnas, auxilios momentáneos de dinero, migajas y mendrugos arrojados de sus mesas donde todo sobraba. En cambio, los servicios de Tomás Gutiérrez, y los de Juan de Urbina, que no eran personajes empingorotados ni poderosos son indudables y continuos, en documentos están consignados y en la existencia de Miguel tuvieron decisivo influjo. Estos fueron los verdaderos amigos de Cervantes, y tales suelen ser siempre los de todo escritor, no otros escritores, no grandes personajes, sino seres modestos y apartados que luego la historia olvida en cualquiera de sus infinitos rincones obscuros.

Juan de Urbina tenía una vastísima red de negocios propios, aparte sus relaciones de dependencia con los príncipes de Saboya. Para ello contaba con su fecundo ingenio y con varios buenos

auxiliares, testaferros ó alquilones, de ellos el capitán Sebastián Granero, de ellos Juan de Acedo Velázquez, empleado también en la casa de Saboya y de ellos un criado italiano que se llamaba Francisco Molardo ó Molardi.

Pero el hombre de negocios, cuando es inteligente de veras, no se satisface con urdir sus redes y contar el dinero que le produce la pesca, sino que necesita compañía y conversación de otros hombres talentudos como él, aunque apliquen su ingenio á muy distinto fin. Por eso, las tramas económicas de Urbina y las trazas literarias de Miguel pasaban con gusto de boca en boca de los dos amigos y por eso hubo entre ellos una gran intimidad. No habían concluído aún los descargos que Miguel había de dar á los señores contadores por su comisión de la cobranza de tercias en Granada y de seguro que Urbina le sirvió mucho para terminar bien con este negocio: á propósito de él visitaba algunas veces la casa de Cervantes aquel Simón Sánchez que pagó las alcabalas de Baza, con motivo del enredo en que andaban receptores y arrendadores, y quizás también el otro Gaspar Osorio de Tejeda, que tuvo la culpa mayor en semejante embrollo.

Como por entonces dijo doña Andrea, era, pues, Cervantes en Valladolid un «hombre que escribía y trataba negocios». No era sólo un poeta, ni su trato más frecuente y asiduo era con escritores, pues si del enorme resultado que debía haber producido la venta del *Quijote* apenas podía sacar para ir viviendo trabajosamente, y de sus gestiones para solicitar la protección de algún magnate cortesano tampoco había logrado hasta entonces nada, era natural que en los negocios buscase un medio de salir adelante con la numerosa carga familiar que llevaba á cuestas.

Sin embargo, no eran sólo con negociantes y nobles las relaciones de Miguel y de su familia. La casa en que vivían, como ya se ha dicho, era de las de vecindad. En el piso bajo había una taberna. Sobre ella, en el principal izquierda, vivía Miguel con su hija, hermanas y sobrina y con una moza de cántaro, montañesa del valle de Toranzo, que María de Ceballos se llamaba. En el piso de al lado habitaba una antigua amiga de Cervantes, la señora doña Luisa de Montoya, viuda del cronista D. Esteban de Garibay,

difunto. Con ella vivían sus hijos, el clérigo D. Luis de Garibay, joven de veinticuatro años que acababa de recibir las órdenes sagradas, su hermana Luisa, moza soltera de dieciocho años y su hermanillo Esteban, muchacho de doce ó trece. Los Garibay eran muy amigos de los Cervantes. Como se infiere del hecho de vivir en semejante casa, la fortuna del acaudalado cronista se debía de haber amenguado considerablemente y doña Luisa era una de esas señoras venidas á menos que tanto gustan de tratar con sus iguales. Viuda y venida á menos también era doña Andrea de Cervantes, las dos tenían hijas casaderas: nada de particular tiene que gustasen de salir juntas á misa y á la Acera de San Francisco, ni que volviesen alguna vez acompañadas de galanes.

Uno de estos acaso fué un joven caballero del hábito de Santiago y no simple hidalgo, como se ha dicho, que se llamaba don Gaspar de Ezpeleta, íntimo amigo y comensal del marqués de Falces, D. Diego de Croy y Peulín, capitán de los archeros del Rey. Ezpeleta era uno de los Don Juanes que á la sazón ensartaban corazones en Valladolid. Sin oficio ni beneficio, pues el hábito que llevaba era simple y sin encomienda ni juros, vivía á la diabla, más de la protección disimulada de su amigo el marqués de Falces, que de ninguna renta ni recurso propio. Con motivo de las justas celebradas en obsequio del almirante Howard, señalóse don Gaspar de Ezpeleta, no por ninguna hazaña, sino por haberse caído del caballo vergonzosamente, de puro borracho, según se trasluce de unas décimas famosas de Góngora:

Cantemos á la gineta
y lloremos á la brida
la vergonzosa caída
de D. Gaspar de Ezpeleta.
¡Oh, si yo fuera poeta,
qué gastara de papel
y qué nota hiciera dél!
Dijera á lo menos yo
que el majadero cayó
porque cayesen en él... etc.

Como suele suceder con los galanes mujeriegos que no han

otro oficio ni manera de vivir, D. Gaspar de Ezpeleta no era valiente, sino fanfarrón: no era enamorado, sino vicioso. No buscaba en las mujeres más que un pasatiempo, quizás productivo, ni reparaba en su clase ó condición, pues así perseguía á una doncella de honesto parecer sabe Dios con qué fines, como pellizcaba y acosaba á una fregona del más humilde arreo.

En la primavera y estío de 1605 trataba ilícitamente con la mujer de un escribano ó curial que se llamaba Galbán. La infiel hembra había llegado, en su locura, á entregar á D. Gaspar de Ezpeleta prendas tan caras y respetables como los anillos de boda que la regalara su marido. D. Gaspar los llevaba puestos ó en los bolsillos, con un rosario, unas reliquias, yesca, pedernal y cartas y billetes amorosos.

El día 27 de Junio de 1605, D. Gaspar comió con su amigo el marqués, se echó la siesta en casa de su patrona Juana Ruiz, en la calle de los Manteros, donde vivía, salió á caballo y ya anochecido mandó á su paje Francisco de Camporredondo que le trajera su espadín de noche y un broquel y le dejara su capa, como solían hacer los calaveras rondadores. Vestido á la picaresca y embozado en la capa de su sirviente, derribada sobre las cejas la halda del sombrero, anduvo el galán nocherniego hacia la fuente de Argales. A pocos pasos de allí, junto al hospital de la Resurrección, tropezó con una moza de cántaro que, por no ir cargada, le había dado el suyo á un pícaro para que le llenara y le llevase por un cuarto á casa de su ama doña María de Argomedo, vecina de Cervantes. En palabras germanescas debió dirigirse á la moza y aun la hurgó y la requirió brutalmente, con que ella respondió:—Váyase con el diablo, que debe ser algún pícaro—á lo que él contestó descubriéndose y la moza le conoció por el caballero que alguna vez acompañara á sus vecinas. Menos hizo caso entonces la moza de las recuestas del cortejador, que, algo mohino, siguió paseándose, muy embozado, aunque ya el calor apretaba, hacia la puerta del Campo.

Al volver de la fuente, la criada casi tropezó con un hombre pequeño, vestido de negro, desordenado, con la capa rastrera y la ropilla de través, que envainaba un estoque aguijando el paso.

Este hombre misterioso y negro que, como una sombra, se escurre, por la ingenua declaración de la moza Isabel de la Islallana, sencilla y lista, como hija de las montañas de Asturias: este hombre desordenado y sin cuello, con la capa arrastras acababa de acuchillarse con el caballero Ezpeleta y le dejaba mortalmente herido junto á la esquina.

A los gritos de ¡socorro, me han muerto! alborotóse la vecindad. Presurosos se lanzaron á la calle el clérigo D. Luis de Garibay y el hidalgo Miguel de Cervantes, metieron al herido en casa de doña Luisa de Montoya, llamaron al cirujano, avisaron á la justicia. Llegó un alcalde, ó juez de instrucción, que diríamos hoy, llamado Cristóbal de Villarroel, comenzó á tomar declaración al herido. Vino muy luego el cirujano y barbero de las guardas viejas de á caballo Sebastián Macías. Cervantes, que se había levantado de la cama, presenció la primera cura y como habituado á ver heridas, dedujo lo mismo que el cirujano. D. Gaspar de Ezpeleta estaba muy de peligro. Y así fué. Antes de los dos días se murió y Cervantes y toda su familia y todos sus vecinos y vecinas fueron procesados y presos.

Por cuarta vez, se veía el Ingenioso Hidalgo en manos de la justicia, lo mismo que las veces anteriores, sin culpa ninguna, pero ya con la aprensión que produce el escarmiento.

CAPÍTULO XLVIII

FIN DEL PROCESO DE EZPELETA.—LA CORTE EN MADRID.—MIGUEL, ABUELO.—LUIS DE MOLINA.—LOS SESENTA AÑOS DE CERVANTES

El proceso formado por la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta tiene tanto de novela amorosa, picaresca y de costumbres cortesanas, que se concibe perfectamente el interés despertado en quienes por primera vez le conocieron y las varias conjeturas absurdas y disparatadas que formaron. Ocurriese entonces ú hoy en cualquier casa de vecinos un hecho semejante al que motivó este procedimiento judicial, tan malamente conducido como otros muchos por el juez instructor, y como en él, la curia cometería errores, amaños y torpezas, y, como en él, se descubrirían las mil miserias que encubre el tejado de una casa y las mil villanías que el ciudadano ó la ciudadana particular se encuentran resueltos á cometer en el recinto augusto del hogar, en cuanto poseen esa gran tapadera de la inmoralidad que se llama una puerta, y esa gran Celestina que se llama una llave.

La confusión y promiscuidad en que las casas de vecinos hacen vivir á personas que se tratan sin conocerse bien, por el azar de un encuentro fortuito, ó á personas que viven pared por medio y no se tratan ni se conocen es, sin duda, una de las causas más grandes de transformación en las costumbres y en el criterio ético y filosófico de la Edad moderna. Sin paradoja podía decirse que esto que llamamos Edad moderna, para los efectos morales y sociales, no existe propiamente, sino desde la invención de las viviendas alquiladas por pisos.—Mi casa es mi castillo—dice el in-

glés, que vive solo en su hogar con su familia y es señor de él, como en la Edad media y sigue obedeciendo en todo á un régimen patriarcal de vida. ¿Quién puede repetir en una casa de vecinos esta soberbia afirmación? ¿Quién, viviendo en casa de vecinos y teniendo familia numerosa, mujeres, criados, se halla seguro de no ceder algo de su personalidad, de conservar su individualidad incólume, de no arrojar algún pedazo de sí mismo á los otros vecinos ó de no desgastarle con el roce? Un inquilino es siempre menos que un hombre.

Examinando el vecindario de la morada en que vivió Cervantes en Valladolid, tal como en el proceso aparece descrito, se ve clara esta relajación de la antigua rigidez individualista de los hidalgos castellanos, este paso dado hacia la comunidad de ideas y de costumbres que tanto ha monotonizado la vida moderna. Vecinos honradísimos y principales, como doña Luisa de Montoya, la viuda de Garibay y su hijo el clérigo, conviven con personajes de tan baja ralea moral, como doña Mariana Ramírez, que por manceba de D. Diego de Miranda era tenida, y por ello, y por el escándalo consiguiente, fué procesada. En un solo cuarto del piso segundo viven doña Juana Gaitán, la viuda de aquel *Tirsi* de la *Galatea*, es decir, del poeta Pedro Láynez y una sobrina suya, doña Catalina de Aguilera, que no sabemos qué especie de visitantes recibía: otra señora viuda, que se llamaba doña María de Argomedo, con su hermana doña Luisa de Ayala y Argomedo, y su criada Isabel de la Islallana: un hidalgo pobre empleadillo de mala muerte llamado Rodrigo Montero con su mujer doña Jerónima de Sotomayor y la criada de doña Juana Gaytán, que se llamaba Mencía. Por fin, en los desvanes vivía, para que ningún requisito faltase en aquella compendiada imagen de la sociedad española del siglo XVII, una bruja con hábito de beata, á quien decían Isabel de Ayala. Total, en la casa todas eran mujeres, viudas, chismosas y reparonas. Sólo dos hombres de representación había, D. Luis de Garibay, el clérigo y Miguel de Cervantes, porque el Rodrigo Montero debía de ser un pobre diablo insignificante. Y habiendo tantas mujeres, no podían faltar chismes, enredos, mentiras, envidias, maledicencias y calumnias.

Bien claro se ve, por el proceso, que ninguna relación hubo entre la vida de aquella pequeña sociedad predominantemente femenina y la muerte del caballero Ezpeleta. Este había frecuentado la casa: ninguna de Valladolid en la cual habitasen mujeres mozas dejaba de interesarle, pero aquella en que vivía Cervantes junto al Rastro despedía un tan fuerte perfume femenil, que don Gaspar no pudo menos de entrar en ella con unos ó con otros pretextos, y como D. Gaspar, entraron el Señor de Higares en el cuarto de las Cervantas y en el de doña Juana de Gaytán el duque de Pastrana y el conde de Cocentaina y el duque de Maqueda, caballeros que, naturalmente, llevaban consigo algunos de sus pajes y criados. Aquello era una perpetua comedia de capa y espada, muy digna de recomendarse á los tontos que aún sostienen ser falsas las invenciones de Tirso y de Calderón. Las señoras y las doncellas de la casa se dejaban acompañar y requebrar. Pocas horas antes de la muerte de Ezpeleta, una de las Cervantas estuvo al balcón hablando con el Señor de Higares.

No pasaba esto, sin embargo, de los buenos términos de la cortesana galantería, y prueba de ello es que cuando la perversa bruja Isabel de Ayala quiso calumniar á la hija de Cervantes, no se le ocurrió inventar otra mentira, sino que era sabido cómo Isabel de Saavedra tenía trato con Simón Méndez, un empleaducho ó negociante portugués, probablemente judío de origen y casi seguramente, tan viejo como Miguel de Cervantes.

Se ve lo mal forjado y lo torpe de la calumnia sólo con reparar que á aquella mala lengua hubiera podido ocurrírsele citar el nombre del Señor de Higares, el mismo nombre de D. Gaspar de Ezpeleta, que también entraba en la casa, ya que eran caballeros mozos y galanes. Por otra parte, ¿cómo se explicaría si las Cervantas hubiesen andado en tratos tales, que todas ellas, menos doña Magdalena, que ya debía de estar hecha una lástima, con tan larga soltería y tantos desengaños y tanta beatitud, se casaran bien y honradamente con sujetos principales y celosos de su honra? La calumnia, pues, no se tiene en pie y ha sido necesaria la refinada malicia de unos cuantos hipócritas para creer que la publicación del proceso podía perjudicar en algo á Cervantes.

Don Gaspar de Ezpeleta fué muerto, sin duda alguna, por el escribano Galbán, á quien había robado el honor y hasta aquella sagrada reliquia de los anillos nupciales. El juez Cristóbal de Villarroel lo supo y lo comprendió desde que oyera la declaración del paje de Ezpeleta y la de su patrona Juana Ruiz, quienes le dijeron lo que más necesita saber un juez, *quién es ella*, y bastóle saber esto para dar al proceso una hábil dirección, enredando en él á todos los vecinos y vecinas de la casa, con el fin de que nada se descubriese. En casa de Juana Ruiz, vió el juez á la dama tapada y enlutada que había sido causante del delito presunto, y digo presunto, pues la declaración del moribundo D. Gaspar de Ezpeleta, en aquellos tiempos y en los actuales, era suficiente para exculpar á su agresor, de quien dice que peleó como hombre honrado. ¿Se procesa hoy de veras á quien mata en duelo y cara á cara? La dama tapada en quien sólo estando ciego se dejará de reconocer á la mujer de Galbán, suplicó, rogó, importunó al juez. Entró en funciones la blandura y algo que ya comenzaba á existir y se llama hoy espíritu de clase. Villarroel conocía á Galbán, trató de que su nombre no fuese más afrentado por la muerte de Ezpeleta, que lo fué por su vida. Se arregló, pues, para echar tierra sobre el asunto y que nadie resultara culpable. La componenda y el apaño judicial nacían. Se temía al escándalo. Estábase ya en plena Edad moderna.

Inútil es hacer aspavientos, ni fingir indignaciones porque Cervantes y los suyos resultasen metidos en una de estas redadas alguacilescas, tan frecuentes entonces como las pendencias, los acuchillamientos y las muertes en la calle. Del proceso formado por Villarroel salieron todos limpios y volvieron brevemente á su vida ordinaria. Pero lo que en este caso particular y en otros muchos se había hecho patente era que Valladolid no tenía condiciones para asiento de la corte, que la estrechez de la vida era allí causa de otros muchos inconvenientes.

El duque de Lerma, cada vez más engreído en su privanza, no creía ya temer nada el regreso á Madrid. Del Rey no se sabe qué opinión tendría, si en toda su apagada existencia formó alguna opinión. De un día á otro, por mucho que los valisoletanos tra-

bajaran é influyesen, se tenía por seguro que la corte volvería á Madrid. Y así ocurrió en Febrero de 1606, y con la corte se trasladaron á Madrid empleados, nobles, pretendientes, negociantes y los que hoy llamamos intelectuales, porque ya comenzaba entonces á imperar esta buena ó mala cosa apellidada centralización.

Alcanzó Miguel á cumplir los sesenta años en la corte, viviendo con su familia y reunido con su mujer doña Catalina de Salazar. No había sobras, pero tampoco apuros en la casa. Cervantes había cobrado extraordinario crédito con su libro. Francisco de Robles no tenía inconveniente en adelantarle dinero á cuenta de obras prometidas, cuyos borradores Miguel iba leyéndole. El secretario Juan de Urbina era su grande amigo y probablemente su comunicación y amistad permitirían á Miguel dar expansión á aquellas aptitudes suyas reales ó ilusorias para los negocios. La familia, en la que había ya dos señoras viejas, iba adquiriendo un peso, una respetabilidad y una mesura muy propias de los hogares bien establecidos.

Vivían en la calle de la Magdalena, á espaldas del palacio ducal de Pastrana, no lejos de los conventos de la Merced y de la Trinidad, ni de la oficina tipográfica de Juan de la Cuesta, ni de la librería de Robles, ni del mentidero de representantes.

A poco de llegar á Madrid, contrajo relaciones amorosas Isabel con un señor acomodado, probablemente de edad madura, que se llamaba D. Diego Sanz del Aguila y era caballero de la orden de Alcántara. Estas relaciones fueron uno de los asuntos que agenció el diligente Juan de Urbina. Sanz del Aguila se casó con Isabel y el matrimonio se fué á vivir á una casa junto á la Red de San Luis, frente á la calle de Jardines, la cual parecía pertenecer al capitán Sebastián Granero, pero en realidad debía de ser ó de Urbina, ó de Sanz del Aguila, lo cual no resulta muy claro después de visto el embrollo y pleito que sobre la propiedad de ella duró años y años hasta muchos después de muerto Cervantes.

Casada y bien casada su hija, que era ya la única grave cavilación de Miguel, la bella edad de los sesenta años le dejó gozar

por espacio su calma, su dulzura y su benevolencia. Gustaba Miguel la apacibilidad de su casa, la mansa condición de su mujer doña Catalina, la devoción amorosa de su hermana doña Magdalena, cuyos malogrados amores humanos se trocaran en una resignada y mística devoción que aún dulcificaba más su carácter, la experiencia sabia y sagaz de su hermana Andrea. Gozaba la amistad de un comerciante tan sesudo como Francisco de Robles, que, por entonces, iba á casarse en segundas nupcias con Crispina Jubertos: de un negociador tan activo é inteligente como Juan de Urbina, en quien la idea del lucro había desarrollado grandemente el sentido de la realidad, sin obscurecer ni empañar sus buenos sentimientos: de un caballero tan reposado y lleno de sensatez como D. Juan de Acedo Velázquez, quien, sin dejar la casa del príncipe de Saboya, donde vivió con Urbina, había entrado en el servicio de la casa Real y desempeñaba en Palacio el oficio de guardadamas y repostero de camas, siendo además caballero del hábito de San Juan. Las relaciones de Miguel, más que las de un literato eran las de un mesurado burgués, amigo de su hogar y de su reposo.

Esa gran templanza, que los griegos llamaron *sofrosyne*, iba invadiendo su trabajado espíritu, y lejos de aumentar su melancolía otoñal, iba difundiéndola, suavizándola, convirtiendo en sonrisas las carcajadas brutales, desgastando las aristas de los conceptos, haciendo cada vez más humano, amable y universal el ingenio que había de asombrar á los siglos. El afecto de su bella y fiel mujer, ya libre de toda impureza carnal, el cariño de sus hermanas, que si pecaron, ya habían sido cien veces perdonadas, la relativa tranquilidad económica en que debían de vivir, y hasta el apartamiento de la pelea ó trifulca literaria en que andaban metidos algunos ingenios cortesanos, crearon aquella alegre serenidad que en las *Novelas ejemplares* resplandece y aquella ductilidad suprema de pensamiento y de palabra á que debemos la segunda parte del *Quijote*. Cervantes, llegado á los sesenta años, comprendía cuán sencilla y elemental es la trama del vivir, que los tontos juzgan tan compleja y difícil de entender: discernía con la lucidez del filósofo los móviles de las acciones humanas, tomaba en su

mano las pasiones que agitan el mundo y que él había sentido y á su vera habían pasado, y columbraba cuáles eran sus principios y adivinaba cuáles serían sus fines. A últimos de 1607 ó primeros de 1608, la consagración de sus canas vino. Cervantes era abuelo.

Con el nacimiento de su nieta Isabel Sanz del Aguila debió de coincidir la muerte de su yerno D. Diego Sanz, cuyo matrimonio con Isabel de Saavedra no duró más de un año. Sanz del Aguila dejó algunos bienes. Probable es que Cervantes viviese con su hija algún tiempo en la Red de San Luis. Cierto que á los pocos meses de quedar Isabel viuda, entabló nuevas relaciones amorosas con un tal Luis de Molina, conquense, agente y secretario de los banqueros italianos Carlos y Antonio María Trata. A este Luis de Molina le había conocido Miguel dos años antes en Valladolid. Era hombre ingenioso, dispuesto, de mucho barullo para negociar. Había vivido en Italia y había estado cautivo en Argel, partes ambas para que Miguel le apreciara grandemente y tuviera gusto en emparentar con él, como así se hizo. Pero Luis de Molina era, antes que nada, hombre de negocios, y como un negocio trató la boda suya con doña Isabel de Saavedra.

Ya había visto Molina que en casa de su futura no faltaba cosa necesaria á la vida: sabía además que el difunto D. Diego trajo á su mujer muy bien arreada de trajes y joyas, pues en el inventario de la carta dotal se enumeran vestidos de terciopelo, de gorbión, de gorgorán y felpa, de tafetán, de raso, manteos franceses y españoles de raso, de damasco, de terciopelo, lechuguillas de puntas de Flandes, basquiñas, jubones y rebociños de lujo, sortijas de diamantes, rubíes, claveques y topacios, arracadas, gargantillas, apretadores, *agnus dei* y cruces de oro, y camas de lujo, y plata labrada y cuanto exigía entonces la comodidad. Pero aún esto lo estimó poco, ó tal vez fué á la generosidad de Cervantes á quien le pareció mal casar de nuevo á su hija y no dotarla, y he aquí por qué, en 28 de Agosto de 1608, se comprometió mancomunadamente con su amigo Juan de Urbina á pagar á Luis de Molina, por cuenta de dicha dote, dos mil ducados en dinero.

¿Qué demuestra esta obligación? Demuestra sencillamente que en el alma de Miguel los años no habían extinguido la esperanza; poco decir es aún esto: que estaba seguro de llegar á ser rico en breve plazo, puesto que él en toda su pasada vida no había conseguido ver juntos y suyos dos mil ducados en dinero.

¿Esperaba este dinero de sus escritos? Poco probable parece, y sí más bien que lo aguardaba de sus tratos y negocios, de las nuevas y provechosas relaciones que había adquirido, de la amistad de Urbina y de su experiencia en los negocios, como asimismo de la inteligencia y sagacidad de su yerno Luis de Molina, en quien veía un hombre emprendedor y capaz de alzar un capital, como algunos que ya comenzaban entonces á fabricarse de la nada, ó á salir de ciertas industrias, á medida que se deshacían, desleían ó desmoronaban las grandes haciendas y los caudales de las casas nobles.

Veía demasiado claro Cervantes para que pensase hacerse rico escribiendo. Seis ediciones se habían hecho del *Quijote* en el primer año de su publicación: otra, que el mismo Miguel corrigió cuidadosamente, se estaba preparando en 1608, por Francisco de Robles, impresa también en casa de Juan de la Cuesta, y es la más estimable en punto á corrección, y la que debe seguirse mientras no haya una verdadera edición crítica, y quizás aunque la haya. Pero nada de esto era bastante para sostener una familia, ni de ello podía esperar Miguel bienestar y tranquilidad económica en los años futuros.

Sin duda que en sus relaciones con Urbina y con Molina puso él su última esperanza de llegar al sosiego y á la paz. Hasta en esto había de ser español neto y puro: en lo de creerse con grandes é imprevistas dotes de negociante, y juzgarse toda la vida en potencia propincua para llegar á millonario en dos brincos.

El, tan profundo conocedor de la humanidad, no echaba de ver que los tratos de Urbina, en los que muchas veces daba oídos á la generosidad de su corazón, no eran propiamente tratos de hombre de presa, cual debe ser el negociante, y que los proyectos y planes de ganancia puestos en plantel por su yerno Luis de Molina adolecían del defecto común de tantos proyectos españoles, no se ajustaban á las condiciones de la realidad, había en ellos un ancho margen para la fantasía y el ensueño. Urbina y Molina fueron dos

de esos calamitosos poetas de los negocios, cuya raza no se ha extinguido ni lleva trazas de acabarse en nuestro país.

El 8 de Septiembre de 1608, el licenciado Francisco Ramos desposó en la iglesia de San Luis á Luis de Molina con Doña Isabel de Saavedra. En Octubre, Molina dió poder á su esposa para cobrar deudas antiguas de los deudores de su madre Ana Franca. Isabel cedió este poder en Noviembre á Doña Magdalena. Con su manto negro y su hábito de la Venerable Orden Tercera de San Francisco, Doña Magdalena se daba igual ó mejor traza que cuando joven para manejar el papel sellado y andar entre escribanos y covachuelistas á la rebusca de esas migajas y caspicias que ya todo el mundo suele dar por perdidas. Abundan aún en Madrid estos tipos de beatas que conocen tan bien las novenas y cuarenta horas como las escribanías y juzgados, y son capaces de sacar entre los pliegues del manto lo que no sacaran cien leguleyos entre los de sus togas, raídas á fuerza de uso.

Meses habían de pasar, hasta el de Diciembre de aquel año, sin que Luis de Molina, tan diligente en exigir á su suegro y á Urbina la obligación por los dos mil ducados ofrecidos, firmara la carta de dote de Doña Isabel. No hemos de inferir de esto grandes cargos contra Molina, sí que no correspondía á la generosidad que con él usó Miguel, y de aquí nacieron las desavenencias después surgidas entre suegro y yerno.

Entre tanto, coleaba aún el asunto de las tercias de Granada y de la fianza de Suárez Gasco, quien, así como Miguel, fué compelido á presentar cuentas por ello. No sabemos qué fin tuvo este asunto, si pagó Suárez Gasco ó, como parece más probable, fué Miguel quien finiquitó entonces sus cuentas con el Fisco. De todas suertes, demuestra esto que la calma de su vivir no fué absoluta.

Los comienzos del año 1609 le trajeron otra noticia desagradable. Había muerto en Sevilla el cardenal Niño de Guevara, de quien Miguel esperaba probablemente que patrocinase y protegiera sus *Novelas ejemplares*. Aquél afán suyo de acogerse á la Iglesia no se le iba logrando. Lo intentó de nuevo, conociendo y haciéndose cargo, con su genial intuición, de cuán necesaria iba siendo la demostración pública de los sentimientos religiosos.

Verificábase entonces uno de esos aterradores recuentos de fuerzas que á la devoción española y á los múltiples intereses enlazados con ella place realizar de vez en cuando. En Madrid la corte, y devoto hasta el extremo el Rey, que sólo para devoto servía, y ya había encontrado el único empleo posible á su inutilidad y la única favorable ocasión de ostentarse en público, haciendo que hacía algo fuera de fiestas y funciones profanas, devoto se hizo Madrid, y á la beatitud y gazmoñería comenzaron á entregarse las personas de viso primeramente, después aquellas otras que imitarlas querían, y luego toda la medianía social, la burguesía creciente, como se ha dicho. Aquí y allá, en iglesias y conventos, surgieron nuevas congregaciones, cofradías y piadosas juntas, cuyos cargos ocupaban la vanidad de los señores, señorones y señoritos que, como el Rey, no servían para otra cosa. Era muy elegante ser de estas juntas: muchos sietemesinos y petimetres se alistaban en ellas por aquello de lucir en las novenas y procesiones y llamar la atención de las damas y cortesanas, á quienes no suele disgustar un poco de tufillo á cera y á incienso en sus adoradores. Otras cofradías eran refugio de los *intelectuales*, y entre ellas la principal la *Congregación de indignos esclavos del Santísimo Sacramento*, fundada en 18 de Noviembre de 1608 por Fray Alonso de la Purificación, trinitario descalzo, y por D. Antonio Robles y Guzmán, gentilhombre de Cámara de S. M. y aposentador del Rey, es decir, personaje de gran consideración en Palacio, de donde salía todo este místico movimiento.

Esta congregación se fundó y estuvo en el convento de la Trinidad, calle de Atocha, hasta 1645, en que se estableció en el Oratorio del Olivar. El 17 de Abril de 1609 fué recibido en ella por esclavo del Santísimo Sacramento Miguel de Cervantes, y dijo que guardaría sus santas constituciones, y lo firmó. En Mayo fué recibido Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo; en Julio, Vicente Espinel; en Agosto, D. Francisco Gómez de Quevedo Villegas: en Septiembre, Fray Hortensio Félix Paravicino; en 1610, Lope de Vega.

Cervantes era esclavo del Santísimo Sacramento, y lo era por su gusto, y quizás también por gratitud y amistad con los padres trinitarios. Trece días después de esto, se verificaron las velaciones de su hija Isabel con Luis de Molina. Fué padrino Miguel y madrina su mujer Doña Catalina de Palacios. Gran triunfo fué éste; para Miguel, halagüeño. Doña Catalina apadrinaba la boda de la hija natural de su marido. ¡Oh, bellos sesenta años! Ya estaba todo sufrido; ya estaba perdonado todo.

CAPÍTULO XLIX

CÓMO DECAYÓ ESPAÑA.—LA CAPILLA DEL SAGRARIO.—EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN.—MUERE DOÑA ANDREA.—DOÑA CATALINA HACE TESTAMENTO

Llegado á los sesenta y dos años, Miguel de Cervantes pensaba mucho más que andaba. El vigor de su trabajado cuerpo decaía mucho antes que la fortaleza de su espíritu. Su vida en Madrid era sedentaria. Desde su casa de la calle de la Magdalena, á oir misa en San Sebastián ó en la Trinidad, que estaban cerquita, de allí á charlar un rato en la librería de Francisco de Robles, que tampoco estaba lejos ó en la imprenta de Juan de la Cuesta ó en el mentidero de representantes, calle del León. Cuando más, se alargaba hasta las temibles gradas de San Felipe, camino de Platerías, donde moraba el librero Villarroel, también amigo suyo. A Palacio no quería llegar. Tristemente lo decía á sus íntimos:—Siempre se me hace tarde para llegar á Palacio.—No obstante, aquellas cortas idas y venidas le bastaban para darse cuenta del nuevo estado social que se incubaba en la Corte, ya en absoluto desligada de la demás vida española, y que, por ello, caminaba á grandes trancos hacia la ruina suya y de la nación.

Al crecer las devociones, habían crecido las maledicencias y las hablillas. Quien muchas absoluciones y penitencias ha menester, será porque peque mucho, y este sencillo razonamiento lo hacía todo el que observase la gran olla podrida de la Corte, cuyo hervor, con todos sus olores y sabores, nos muestra mejor que nadie el injustamente olvidado, el gracioso, el profundo y el corte-

sano Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, en cuyo ingenio, diamante con millares de facetas, se reflejan todos los aspectos y matices de la vida enredosa y revuelta que, partiendo de un Palacio donde apenas se pensaba ni se sentía, irradiaba por la nación entera, pronta á sumergirse en modorra y letargo. Diamante de facetas menudas hacía falta ser para reproducir la vida de la Corte, no espejo anchuroso y capaz de reflejar el aparato y espectáculo del vivir en toda su amplitud. Por eso, Cervantes, en el período en que mayor fué su actividad pensadora y productiva, no hizo ni pensó hacer obra importante que en la Corte aconteciera. ¿No es digno de atención esto? Por ningún estilo puede afirmarse que fuera Miguel *un ingenio de esta Corte*, ni de la otra, y en este sentido aventaja á Lope y á Quevedo, quienes no olvidan jamás que son caballeros de hábito y que en la Corte se les agasaja, se les teme ó se les envidia.

Por el contrario, Cervantes, desde que publica la primera parte del *Quijote*, ya no es de éste ni del otro sitio, sino que es de toda España, y aun de la humanidad entera. Por eso, el Ingenioso Hidalgo sesentón trata poco ó nada con literatos. De Lope y de su amistad ó enemistad está desengañado. El olor de admiraciones y de odios que en pos deja, como perfume de su hábito, D. Luis de Góngora, no le marea como al mismo Lope mareó á veces. Ni le desvanece la enrevesada, altísona y retumbante retórica del Padre Maestro Hortensio Félix Paravicino, que va taraceando el pensamiento español, embutiéndole é incrustándole en complicadas hojarascas, alharacas y filigranas de vocablos hasta escamotearle completamente ó dejarle seco y almendrado en la inflada y repolluda forma, como un rugoso granillo de cilantro en el hueco de un chifle ó como el badajo en la campana.

En las plumas de éstos y de los otros, una atmósfera de hipocresía artística, de rebuscada y artificiosa insinceridad y de receloso y estudiado desprecio de la Naturaleza va formándose. No ha comenzado casi á lucir el sol del siglo de oro, cuando su claridad se ve empañada por estos nubarrones de tela teatral, semejantes á los que pintaba el Greco. La literatura se hace cortesana antes que la Corte comience á tener estabilidad y firmeza, por lo cual carece

de aquella maravillosa armonía con la sociedad que la aplaude y con el ambiente que la rodea, que al *gran siglo* de Luis XIV inmortalizó. Y en esto se manifiesta desde luego un divorcio absoluto, radical no diré que entre la corte y el pueblo, sino entre la corte y lo que no es corte.

La corte admira y alienta á los ingenios cortesanos, cuyo oficio y empeño es, por consiguiente, sutilizar y refinar más cada vez su labor. Van desapareciendo ó han desaparecido ya de los alrededores de Madrid las encinas y los olmos, los sauces, los madroños y los álamos que halagaban la vista, pero en cambio, pocas son las casas en cuyas paredes no haya selvas pintadas y alamedas ú olmedas tejidas en los tapices que cubren las paredes. La Naturaleza huye espantada de los artificios de la corte, y un arte de tapicero y ebanista quiere imitarla y reemplazarla en la vida corriente. Huérfanos de halago natural los ojos, lo buscan en falsos artificios, y á la negrura y austeridad monástica de las vestimentas, en los pasados tiempos de Felipe II, sustituyen los gayos colorines en los trajes de señoras y caballeros, las telas de reluz, las ropas bordadas, las lechuguillas, los rizados, las valonas, los costosos encajes, las llamativas basquiñas, los impertinentes sombrerillos. Comienzan á hincharse las sayas, como han comenzado á hincharse los conceptos. No falta mucho para que la literatura de tontillo y de guardainfante, de cintura ajustada y de corazón oprimido y seco triunfe en todo y por todo.

El Ingenioso Hidalgo ve todo esto y conoce que no le dió la pluma Dios para que en tratos cortesanos la empleara. No, él no puede ser un literato de tapiz: no, él ama la Naturaleza, el sosiego y la amenidad de los campos, el cantar de los pájaros y el susurrar de las fuentes. Su mundo no es la calle Mayor, ni siquiera las tablas del corral de la Pacheca: pero aún le queda mucho que decir de lo muchísimo que está cavilando en estos años fecundos de la primera vejez, aposadas las impresiones fugitivas, clarificada la visión con el transcurso de los años. Y Miguel siente ó presiente en torno suyo, aquí y allá, en la posada y en el camino, en la apartada aldea y en el repuesto bosque, en el puerto bullicioso y en el claustro solitario, en la cabaña del pastor y en el castillo del

magnate su mundo, su público, la grande y diseminada masa de los lectores que aman la Naturaleza y odian el artificio y la triquiñuela: esa desconocida, despreciada y desparramada suma de sentido común y de claridad de juicio que entonces, como ahora, existía en España, y á quien nadie ha sabido ni podido conquistar, encauzar y dirigir para nada práctico, porque en ella no hay mases ni hay menos, sino que todos pueden decir á quien pretenda guiarlos la fantástica fórmula aragonesa: Nos que valemos tanto como vos y todos juntos más que vos...

Este cúmulo de individualidades aisladas, poderosas, hurañas, altivas que en realidad constituyen lo bueno del país, era entonces y es hoy la comunidad desconocida y sin amo de los libres adoradores de la verdad. Estos admiraban el *Quijote* y con ellos creía contar Cervantes, mas no vaya á creerse que era grande su confianza. El descubrimiento del sentido común y del buen criterio esparcido por toda España es un modernísimo descubrimiento. Locos, tontos y ciegos guiaban entonces y han seguido guiando después.

En los apuros que Cervantes pasaba, á pesar de su reputación, echaba de ver á veces, con amargura, que si se podía contar con millares de gentes de buena voluntad para la admiración y hasta para el amor, esos millares de gentes desparramadas eran incapaces de más acción común que la de un asentimiento platónico y mutuamente desconocido ó no comunicado. ¿No hemos visto cuán infructuosos empeños los de esos políticos que han tratado de conquistar la llamada *masa neutra*? Piensa bien, siente con honradez, ve claro, pero cuando llega el momento de resolverse á hacer algo, la masa neutra se emboza en su capa y se va á tomar el sol, independiente y feliz, señora de sus pensamientos y de sus acciones, grande y solitaria como Diógenes en su tonel.

Por eso Cervantes, aunque contaba ya con esa gran cantidad de amigos y admiradores desconocidos, cuya silenciosa atención es el mejor pago de toda labor literaria, pensaba aún de vez en cuando que le sería muy conveniente arrimarse á algún árbol de buena sombra: por eso, por procurarse cobijo y ayuda entró en

la mundana cofradía del Santísimo Sacramento á la que pertenecían las personas de más viso é influencia en la corte y debió de buscar entre ellas alguien que amparase sus canas. Quizás entonces comenzaron para él las larguezas del ilustrísimo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas. A un cardenal tan amante de la regularidad clásica, en la que veía él lo más acabado del arte, no podía menos de complacerle el saber que el alma brava de Don Quijote deponía su fiera independencia para entrar en una devota cofradía. Aquella sumisión de Cervantes era una bella conquista. Era como haber hecho caballero de Santiago ó de Calatrava, entre otros tantos de esas religiones, al debelador de los Molinos de viento.

Si no conocéis la catedral de Toledo, no comprenderéis el espíritu de D. Bernardo de Sandoval y Rojas, patente y con toda claridad revelado en su obra magna, que fué la construcción de la capilla de la Virgen y del Ochavo ó Relicario que está detrás de ella. Escondida en las ancas de la gigantesca mole y cerrada por una puerta escurialense y por fortísimas verjas resguardada, la capilla de la Virgen del Sagrario corrige la osadía de las naves góticas y se inmiscuye entre ellas como un tratado de Lógica en un poema romántico. El gran libro de caballerías á lo divino y á lo humano que los Egas y los Arfes, los Villalpandos y los Copines, el maestro Rodrigo y el maestro Felipe Vigarni, tallaron, forjaron, esculpieron, recamaron, estofaron, pulieron y rimaron, queda interrumpido en cuanto se entra en la capilla del Sagrario.

En ella, todas son líneas rectas, rígidas, de geométrico valor, todos son mármoles y jaspes multicolores, pero fríos, admirablemente ensamblados y compuestos, pero sepulcrales. Aquello es un panteón más que una capilla, y la Virgen alegre, morenita, se muere de tedio en su trono de oro y bajo su costra de brillantes, perlas, rubíes y esmeraldas que lloran en lo obscuro, añorando las caricias del sol, recibido por ellos solamente una vez al año, cuando la divina imagen sale de su prisión, se abren las verjas rechinosas, y ella se pavonea ufana en el crucero.

Esa es la capilla, ese el pensamiento y el espíritu de D. Bernar-

do de Sandoval y Rojas: ya había entonces muchos señorones á quienes el arte ojival comenzaba á parecerles obra de locos y faltos de seso, libro de caballerías digno de ser condenado y prohibido y cerrado á la admiración de las almas ansiosas. Ved cómo y por qué D. Bernardo de Sandoval y Rojas protegió, cual á otros muchos y sin distinguirle quizás de los demas menesterosos, á Cervantes. Pensó que el Quijote y la capilla del Sagrario, cuya obra le satisfacía cada vez más se completaban y tal vez fiándose en demasía de los razonamientos contra Lope aducidos por el canónigo en los últimos capítulos del *Quijote,* creyó que el ingenio de Cervantes era capaz de acabar con el desorden, baraúnda y demencia de las caballerías pasadas y de las que aún pudieran intentarse.

También lo creyó Lope así y por eso no se entendió jamás con Miguel. Funesto error fué éste y lamentable disentimiento nacido de ser dos caracteres inconciliables los suyos. Si Cervantes no hubiera pensado en otra cosa que en destruir los libros de caballerías, circunstancial obra hubiera sido la suya, como la capilla del Sagrario, que, para los ojos del artista no existe ya, ni empece en nada el entusiasmo y devoción con que se contempla lo demás de la catedral. Pensó Lope también que Cervantes, desengañado de sus intentos dramatúrgicos, detestaba sus comedias por lo que en ellas había de bravura y disparate, heredado del Romancero y de las viejas caballerías españolas, y en esto se equivocó Lope ó desconoció las comedias del mismo Cervantes, cuyos materiales en la cantera épica y caballeresca habian sido labrados.

Creyó, en suma, el Fénix de los ingenios, lo que muchos han creído posteriormente, que el espíritu de Cervantes era el de un clásico, regularizador y corrector de las fantasías románticas propias de la gran tradición española, ó mejor, europea. Su origen sevillano, su italianismo juvenil así lo hacían creer también.

Engañáronse de medio á medio D. Bernardo de Sandoval y Lope de Vega: parte de la posteridad se ha confundido también y ha sido menester que poetas románticos como Heine, hicieran constar á voces que el *Quijote* es obra romántica y aquí importa declarar que no sólo es obra romántica, sino que es el mayor y

el mejor de todos los libros de caballerías, por haber reunido á la desaforada locura y á la descomunal fantasía que los dictó una suma de razón y de humanidad en ningún otro libro contenida.

Con estos pensamientos, iba Miguel aumentando sus esperanzas de proseguir la obra y ésta se engrandecía en su imaginación. Había dejado á Don Quijote, caballero de la Triste Figura, y se le revelaba como caballero de los Leones. ¿Hay nada más sintomático, más claro que el regodeo con que Miguel hace hablar á aquel Sócrates campesino llamado el Caballero del Verde Gabán, pintando una felicidad burguesa, razonadora, sentada, semejante á la de tantos y tantos villanos en su rincón y sabios en su retiro como había pintado y hecho cantar en versos horacianos Lope sobre el tróquel de Fray Luis de León? Don Diego de Miranda es la encarnación de aquella sociedad de Felipe II que ya no quería héroes, ni en ellos creía, sino que estaba preparada á la siesta y al sueño: de aquella sociedad que ya no mantenía ni el halcón ni los galgos, que requieren la caza de altanería ó la de carrera, sino un perdigón manso para cazar á la bartola y á la traidora con reclamo, ó un hurón atrevido, para cobrar los conejos en la albanega sin trabajar en perseguirlos por el soto, sino sentándose tranquilamente cabe los codiles y vivares.

El Caballero del Verde Gabán, con su templadísimo y mesurado vivir, con su prudente y sensato razonar, es la figura de un mundo empalagoso y palaciano, de quietud y de calma boba. Don Quijote escucha con docilidad y cortesía sus raciocinios, pero se ofrece la aventura de los leones y allí es donde el héroe hace ver que es héroe de veras. El alma heroica de Lepanto se mete so la armadura de Don Quijote y acomete impávida á los leones, y antes de ello, segura de sí misma, lanza al prudente caballero y á su sociedad burguesa estas palabras magníficamente despreciativas: —Váyase vuesa merced, señor hidalgo, con su perdigón manso y con su hurón atrevido y deje á cada uno hacer su oficio: éste. es el mío y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones...—y replicándole Don Diego, aún recalca Don Quijote la burla y le dice: —Ahora, señor, si vuesa merced no quiere ser oyente desta que,

á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo...—¿Es creíble que un hombre que de tal manera piensa y siente y con tan sincero entusiasmo como el reflejado en la narración de esta aventura capital y elocuentísima la describe y presenta, se proponga desterrar las caballerías del mundo ni menospreciar á los caballeros? ¿Puede creerse que esas bellamente irónicas palabras las ha escrito un amante de la regularidad y del orden? Y además de esto ¿es lógico pensar, como se ha dicho por ahí, que Cervantes no tenía proyecto de rematar el *Quijote* y sólo sacó á luz su segunda parte excitado por la publicación del libro de Avellaneda?

No; desde que vió Miguel cómo una grandísima porción de gentes habían calado algo, mucho ó poco, y algunas todo cuanto en la primera parte de su libro había, no dejó de pensar en concluirle: ni la grandiosa facilidad de lengua y estilo en la segunda parte revelada y que tanto recuerda la ***segunda manera*** de Velázquez, se logran y consiguen sino á fuerza de largas reflexiones sobre un asunto, que jamás la soltura y ligereza de pluma fueron cualidad de los pensadores livianos.

No son muchos años los que median entre la primera y la segunda parte, sobre todo si se tiene en cuenta que en ellos Cervantes compuso y acabó otras obras de importancia. Más joven y más afortunado Lope, escribía, reñía, gritaba, se enamoraba, cometía graves pecados, se arrepentía de ellos: su vida era un torbellino. Más viejo y con menos suerte, Cervantes escribía y callaba, meditaba, cavilaba, daba tortura á la imaginación, metido en un cuarto de la calle de la Magdalena, escuchando, para acompañar su labor, cantar los mazos de la forja y los cepillos y sierras de la carpintería en el taller de coches de Francisco Daza, que vivía enfrente, ó bien oyendo la rezona cancamurria de su mujer y de sus hermanas doña Andrea y doña Magdalena, cuando volvían de novenas y ejercicios piadosos en la V. O. T. de San Francisco, á la que pertenecían las tres.

La beatitud había armonizado los genios y estrechado la amistad entre las Cervantas y doña Catalina. Las dos cortesanas y la lugareña se entendían perfectamente en estos asuntos de santurro-

nería y marchaban muy acordes también con doña Constanza de Ovando. En cambio, parece que el trato con doña Isabel de Saavedra debió de hacerse menos frecuente y ya se veían venir los disgustos entre Miguel y su yerno Luis de Molina. El amor de sus hermanas y la convivencia con ellas y con su mujer endulzaban los días de Cervantes.

Pero como estaba de Dios que no alcanzase el Ingenioso Hidalgo ninguna dicha completa, he aquí que el 8 ó 9 de Octubre de 1609 murió doña Andrea y fué enterrada en la parroquia de San Sebastián, á expensas de Miguel. Tremendo golpe debió ser este para Cervantes. Su hermana doña Andrea, heredera de la resolución y magnanimidad de su madre, fué la cabeza de familia. Bella, ingeniosa, agradable, conforme acertó á casarse tres veces y á complacer á tres maridos, no cabe dudar que atinó también á procurar la tranquilidad y hacer grata la existencia á cuantos con ella vivían. ¿Hemos de atribuirle además virtudes sobrehumanas y dignas de conducirla á los altares? Nada sería menos discreto. Las santas sirven para los altares, no para el mundo y menos para salir adelante en situaciones apuradas y difíciles. Doña Andrea no fué santa, sino mujer de mundo y siéndolo fué amada por los suyos y murió rodeada de ellos y logró armonizar y reunir las voluntades de su hermano y de su cuñada, sacrificándose ella misma, conquistando la adustez de doña Catalina Palacios con el aliciente de la devoción compartida. Gran pérdida fué para Miguel la muerte de la excelente, de la agenciadora, de la discreta doña Andrea y á la momoria de esta buena dama deben acompañar nuestras simpatías.

Quedaba solo Miguel con su hermana doña Magdalena, su mujer doña Catalina y su sobrina doña Constanza, que era también muy dispuesta y mañosa. Doña Magdalena avanzaba de día en día, con más firmes y seguros pasos, por el camino de la santidad. En 10 de Enero de 1610, previa información de su vida y costumbres, profesó en la Venerable Orden Tercera y tomó el hábito. Pero su influjo respecto de doña Catalina, no debió de ser tan grande como el de doña Andrea.

A los ocho meses de morir doña Andrea, salió un día doña

Catalina de Salazar de su casa, acaso después de larga conversación con alguno de sus parientes de Esquivias. La acompañaba su vieja criada María de Ugena, que la sirvió desde niña, y se dirigían á casa de un paisano de ambas, el notario Baltasar de Ugena. Salieron, con cualquier pretexto ó sin decir á dónde iban, sin que doña Magdalena ni Miguel se enterasen. Iba doña Catalina con cabal salud y en toda su razón á otorgar testamento. El buen clérigo Francisco de Palacios había logrado, sin duda, nuevamente, insinuar en el ánimo de doña Catalina la desconfianza hacia Miguel. Quizás le dijo que, ya á sus años, no había esperanzas de que mejorase de fortuna y de temple: quizás le ponderó lo poco que le habían servido sus trabajos y la fama del *Quijote*. Para aquel buen clérigo de Esquivias, Cervantes seguía siendo un poeta, una mala cabeza, casi casi un loco de atar. Total, que doña Catalina, esta buena y fiel esposa, cuyo amor á Cervantes tanto se ha ponderado, y en cuya ternura y afección el mismo Miguel confiaba, hizo, sin que su marido lo supiese, un testamento, desheredándole casi por completo, pues solamente le dejaba en usufructo por sus días el famoso majuelo del camino de Seseña, tantas veces mentado, y en cambio instituía heredero de la parte saneada de sus bienes al clérigo Francisco de Palacios Salazar, quien durante su vida, según se colige, se había aprovechado de todas aquellas fincas, y no quería que, en caso de morir su hermana, pasasen á su cuñado el de las manos rotas.

Hay que leer despacio este documento para comprender la malicia de quien le inspiró y la detestable estrella de Miguel. Pronto ó tarde, el Ingenioso Hidalgo debió de conocerle, y su conocimiento fué quizás una de las mayores penas de su vida: fué ese desengaño más cruel que está aguardándonos detrás de la puerta por donde acaba de salir otro desengaño. Posible es que doña Catalina quisiera á Miguel, pero de seguro que no le estimaba. Aquel testamento suyo era otro aguijonazo que la sociedad correcta, la sociedad hipócrita, la sociedad ordenada, burguesa, devota, enemiga de heroísmos, pegaba en el corazón donde anidaba el espíritu de las caballerías, atacándole jesuíticamente, arteramente al bolsillo, desvaliéndole en la ancianidad, abandonándole á sus propias fuerzas,

no sospechando que con ellas podía forjar y tenía ya en la forja nuevos aceros para combatirla.

De semejante situación moral comenzaban á hablar, cortantes como estocadas del maestro Pacheco de Narváez, ciertas letrillas que por la corte corrían de boca en oreja y que grandes y chicos repetían, unos riendo, otros con gravedad. Un momento hubo en que Cervantes pensó y pudo ser Góngora: pero pronto alzó el vuelo y siguió siendo él mismo.

CAPÍTULO L

LA PROTECCIÓN DEL CONDE DE LEMOS.—LA AMISTAD DE LOS ARGENSOLAS.—DOÑA MAGDALENA HACE TESTAMENTO

Sin ninguna confianza
vivo ocioso en mi cuidado,
pero en un desesperado,
¿de qué ha de haber esperanza?
¡Ay de mí! que nadie alcanza
aqueste despecho esquivo;
yo soy solo quien lo escribo:
yo solo soy quien lo siento:
él me tiene sin aliento,
ni bien muerto, ni bien vivo.
Ninguna cosa procuro,
porque ninguna deseo;
todo lo examino y veo
y de nada me aseguro.
Ni me quejo ni me apuro;
hállome sin resistencia
sufriendo, harta mi paciencia;
y en estado tal estoy
que por doquiera que voy
no soy más que una apariencia.
Pero por no andar conmigo
obro á veces tan acaso,
que ni siento lo que paso,
ni consiento lo que digo.
Téngome por enemigo
después que la causa dí;
si con causa me perdí,
ora de cuerdo ó de loco
dáseme de mí tan poco
que ni aun sé parte de mí.....

El desesperado poeta que escribió estas décimas hipocondríacas, era ó estaba en condiciones para ser uno de los hombres más felices de la nación. Tenía treinta y tres años, estaba casado con la bella señora doña Catalina de la Cerda, hija del duque de Lerma, se llamaba D. Pedro Fernández de Castro, poseía cuantiosa fortuna y los más envidiables honores y títulos, entre ellos el que Cervantes inmortalizó: el de conde de Lemos.

Al cabo de los años mil volvía á tropezar Miguel con otro magnate melancólico á quien el desengaño de la corte hizo poeta. El hablar y tratar con el conde de Lemos, siquiera fuese en rápidas visitas, audiencias más bien, trajo á la memoria de Cervantes el recuerdo grato del duque de Sessa, su amigo y protector en Nápoles. A Nápoles iba también destinado Lemos después de largas gestiones, después de haber rechazado el virreinato de Nueva España, que se le ofreció, y de haberse retirado lleno de enojo á sus tierras de Galicia, para más hacer valer la necesidad de su talento, y de haber escrito, como esas décimas, otros muchos versos en que pintaba con colores retóricos sus desilusiones.

El conde de Lemos había tenido como secretario, siendo el marqués de Sarriá, á Lope de Vega. Parece probable que, salido Lope de la casa no volvió á reanudar con él las antiguas estrechas amistades. El conde de Lemos, no menos que de la corte estaba, pues, desengañado de los poetas cortesanos y no sentía por ellos esa ciega admiración propia de quien es incapaz de forjar un verso que suene bien, pues él mismo era discreto en saber comunicar sus tristezas. El logro de sus deseos, que en el virreinato de Nápoles se cifraban, no sacó de su alma elegante y soñadora la tristeza que en ella residía.

Vino á la corte á principios de 1610, muy endeble de salud y un tantico torcido de gesto. Aumentaba su mala disposición el disgusto que le producía cierto largo y enredoso litigio con el conde de Monterrey sobre el estado de Viedma. Agrióse aún más su humor con la inesperada muerte de su secretario D. Juan Ramírez de Arellano, en quien tenía puesta su confianza.

El conde de Lemos se encontró en la corte, metido en aventuras curialescas y sin secretario que le acompañase y resolviese

las dificultades comunes del vivir de un tan poderoso prócer. Estaba como un hombre á quien se le hubiese perdido de repente su mano derecha. Buscándola, buscándola, cayó en la cuenta ó alguien se lo indicó, de que nadie tan apropiado para la secretaria particular y para el cargo oficial de secretario de Estado y Guerra en el virreinato de Nápoles como aquel suave, mundano, correcto, limpio y edificante poeta Lupercio Leonardo de Argensola, que, cuando se cansase de los negocios el conde, podía distraerle y restaurarle con discretos, humanísimos y templadísimos versos de la fuente horaciana trasegados. ¿Qué más ni mejor podía esperar Lupercio Leonardo para la tranquilidad poética, que era el mayor de sus anhelos, junto con el sosiego burgués y burocrático de que muchas de sus poesías adolecen? No tardó en trasladarse á la corte acompañado de su hermano, el gordísimo clérigo y también poeta de la misma cuerda que él, llamado Bartolomé Leonardo. Para que en la familia hubiese de todo cuanto al conde pudiera agradar y satisfacer, al secretario hombre de mundo y al clérigo poeta y de oronda y magnífica estampa, muy propia para honrar una casa ducal y acreditar su tinelo, acompañaba el chico de Lupercio, Gabriel Leonardo de Albión, joven de veintidós años que á los quince ya era peritísimo en la lengua latina y no ignoraba la griega, juntando á estos méritos purísimas costumbres, «de mejor edad y de mejor padre digno» y el mérito, valioso en una corte, de poseer un memorión descomunal, pues le ocurrió muchas veces oir recitar diez décimas y repetirlas de corrido sin equivocarse en una tilde.

Los Leonardos eran la familia que convenía al conde para organizar en Nápoles una corte literaria, siguiendo la tradición española. No bien hablaron con él, le convencieron de la utilidad que traería á su buen nombre el llevar consigo unos cuantos poetas que solazasen y alegraran las aulas y atrajesen á ellas gentes de buena calidad, de aquellos descontentadizos y exigentes italianos, á quienes no se puede conquistar, sino por el arte. Debieron de cruzarse influencias y de emplearse intrigas numerosas para entrar en la lista de poetas del Virrey que los Argensolas, no sin consultarle, formaron.

Recurrió Miguel á la antigua amistad de Lupercio, y éste pareció atenderle y entenderle, y le habló con muy urbanas razones y le alentó con muy halagüeñas esperanzas. Por desgracia, el número de los elegidos estaba ya determinado. Se había escrito una primera lista, ya aprobada por el conde, y en ella figuraba él primero, *ufano, alegre, altivo, enamorado* el doctor Mirademescua, ingenio tan grato á los Argensolas por su clara raigambre romana, más tibulina ó catulina que horaciana, para que ni asomo de competencia hubiese. Con él iban Gabriel de Barrionuevo, Antonio de Laredo y Coronel y Francisco de Ortigosa, escritores jóvenes y de última fila, bastantes á entretener los ocios del conde, sin hacer sombra á los Leonardos.

Poco olfato se necesitaría para no comprender que, ni acudiendo á tiempo ni á destiempo, hubiera encontrado Cervantes apoyo en los dos hermanos. Ambos tenían la suficiente finura de percepción para traslucir y reconocer en su fuero interno, aunque tal vez ni el uno al otro se lo confesase, que Cervantes era mucho hombre y mucho escritor para llevado consigo, y aun cuando le vieran á la sazón pobre y humilde, solicitante y menesteroso, bien se les alcanzaba que, viéndose en Nápoles, él habría de alzarse con la mayoralía de aquel cotarro, tanto por lo que á las letras tocaba, cuanto por lo que al trato y experiencia del mundo, y más aún de Italia, se refería.

Grande fué la tristeza de Miguel, viendo que sus humildades y rendimientos no hallaban lugar en el pecho de sus sedicentes amigos: tan grande como fuera alegre su esperanza de volver á la amada Parténope, pisar su ruas, gozar de los dulzores de su trato y amabilidad. Esta amargura le acongojó la vejez, aun cuando en la disfrazada negativa de los Leonardos viese un reconocimiento tácito de cuán superior á ellos le creían: que nunca había visto Cervantes, como no vió Goethe, albergarse ratones en los trojes vacíos.

No por repetido debe dejar de recordarse el lugar del *Viaje del Parnaso* en que, con el corazón en la mano, mienta este desagradable asunto:

Mandóme el del alígero calzado
que me aprestase y fuese luego á tierra
á dar á los *Lupercios* un recado,
En que les diese cuenta de la guerra
temida y que á venir les persuadiese
al duro y fiero asalto, al cierra cierra.
—Señor—le respondí—*si acaso hubiese*
otro que la embajada les llevase
que más grato á los dos hermanos fuese
Que yo no soy, sé bien que negociase
mejor.—Dijo Mercurio:—No te entiendo
y has de ir antes que el tiempo más se pase.
—*Que no me han de escuchar estoy temiendo*—
le repliqué—si ya el ir yo no importa,
puesto que en todo obedecer pretendo.
Que no sé quién me dice y quién me exhorta
que tienen para mí, á lo que imagino,
la voluntad, como la vista, corta,
Que si esto así no fuera, este camino
con tan pobre recámara no hiciera,
ni diera en un tan hondo desatino,
Pues si alguna promesa se cumpliera
de aquellas muchas que al partir me hicieron,
lléveme Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
mas podrá ser que ocupaciones nuevas
les obligue á olvidar lo que dijeron.
Muchos, señor, en la galera llevas
que te podrán sacar el pie del lodo.
Parte y excusa de hacer más pruebas,
—Ninguno—dijo—me hable de ese modo,
que si me desembarco y los embisto,
voto á Dios que me traiga al conde y todo.
Con estos dos famosos me enemisto
que habiendo levantado á la poesía
al buen punto en que está, como se ha visto,
Quieren con perezosa tiranía,
alzarse, como dicen, á su mano,
con la ciencia que á ser divinos guía.
Por el solio de Apolo soberano
juro... y no digo más.—Y ardiendo en ira
se echó á las barbas una y otra mano.
Y prosiguió diciendo:—*El doctor Mira*

apostaré, si no lo manda el conde
que también en sus puntos se retira.....

Cuatro años duraron, según se ve por estos versos escritos en 1614, las esperanzas que Miguel tuvo de volver á pisar las calles napolitanas. Fábula eran, de los mentideros de Madrid, sus pretensiones, como las de Góngora, Cristóbal de Mesa y otros desechadas: pero más prudente ó menos desesperado que los otros, no se quejó de ello sino pasados cuatro años y en la mesurada forma que se ha visto. Góngora, en un soneto formidable dió á entender su despecho:

El conde mi señor se va á Nápoles
y el duque mi señor se va á Francia.
Príncipes, buen viaje, que este día
pesadumbre daré á unos caracoles.
Como sobran tan doctos españoles
á ninguno ofrecí la Musa mía.....

lo cual no era cierto, pero el genio no le dejaba á Góngora la paciencia que largamente otorgó á Miguel, por lo mismo que era Cervantes más desgraciado, pues sus pesadumbres eran reales y efectivas, no imaginadas como las de Góngora: así era Cervantes un escritor robusto y sano y Góngora un neurasténico de dos mil demonios.

Por fin, el 17 de Mayo de 1610, el conde de Lemos, con su acompañamiento de poetas asalariados, salió de la corte para saludar á los reyes que en Lerma se hallaban, huéspedes de su favorito, y embarcar en Vinaroz.

Antes que saliese debió de hablarle Miguel de las *Novelas ejemplares*, y darle á entender que estaba acabando y corrigiendo algunas de ellas para dedicárselas. ¿Quién no conoce cómo el nombre de ejemplares y la insistencia en marcar que tienen «misterio escondido que las levanta» responden al propósito de Miguel, á cuya grandísima experiencia del mundo no podía ocultarse que los grandes señores, príncipes y gobernantes, gustan sobremanera de que haya en sus lecturas un punto de didáctica y de aplicación

moral y política? Pensadas fueron algunas de ellas para el prudente y previsor cardenal D. Fernando Niño de Guevara: no parecerían mal para un hombre político encargado de misión tan importante y difícil como gobernar el virreinato de Nápoles.

Si en *El amante liberal, La española inglesa, La señora Cornelia* y *Las dos doncellas* se limitaba á novelar á la italiana, aunque, claro está, alzando á veces el vuelo de la trivialidad usual en los *novelieri*, en *Rinconete y Cortadillo* ofrecía á la consideración del gobernante un estudio de vicios y malas costumbres locales de Sevilla, pero aplicables á la Sevilla de Italia, á Nápoles; en *La Gitanilla, La fuerza de la sangre, La ilustre fregona, El casamiento engañoso* y *El celoso extremeño*, mostraba arcanos repliegues del corazón femenino, muy sabrosos y útiles de conocer para quien, si ha de mandar en los hombres, necesita saber cómo suelen gobernarlos las mujeres: y por fin, en el *Coloquio de los Perros* y en *El Licenciado Vidriera*, se levantaba á una grandiosa consideración filosófica del mundo entero, y, como dice con gran acierto el señor Icaza, en la segunda proponía y esculpía sus *apotegmas*, dejando en ella consignado, en forma sentenciosa, cuanto los afanes y contratiempos de su vida le enseñaran, y anticipando en la figura del loco Vidriera la imagen del superhombre, que todo filósofo anhelante de conquistar mejores y mayores mundos al espíritu ha traído siempre en las mientes. Sin la honda meditación y la potente originalidad del licenciado Vidriera, en que Cervantes, como Fausto, se presenta cual un viejo eternamente joven, apenas sería posible concebir el arte supremo de la segunda parte del *Quijote*. Las verdades las ven claras, y claras las dicen los locos y los niños. Cervantes acertó más que nunca á ver el mundo cuando lo miró con los ojos de loco, y los ojos del licenciado Vidriera son el intermedio necesario para pasar de la visión del primer Quijote á la del segundo, tanto más grandiosa cuanto más sencilla.

Embebecido en estas ideas andaba Cervantes, sin que por eso dejara de atender al espectáculo de la realidad chica y menuda. No podemos creer que las comedias llamadas de la segunda época, *Los baños de Argel, El gallardo español, La gran sultana, La casa de los celos y selvas de Ardenia, El laberinto de amor, El rufián dichoso, La entretenida*, el sainete largo *Pedro de Urdemalas* y los entremeses *La elección de los alcaldes de Daganzo, El rufián viudo, El juez de los divorcios, El viejo celoso, La guarda cuidadosa* y *El vizcaíno fingido*, sean muy anteriores á lo mejor de las novelas ejemplares: pero puede tenerse por seguro que hay dos entremeses, por lo menos, *La cueva de Salamanca* y *El retablo de las maravillas*, en donde la percepción filosófica, oculta bajo una ficcioncilla bufonesca, es la de un hombre de sesenta años, que no sólo conserva el bello humor de la mocedad, pero le mejora con las gracias que comunica la experiencia, y con la dulce ironía sólo á los hombres probados accesible: esa ironía de la plata que se desdora, de los ojos que se aclaran, de los labios que se sumen por la falta de dentadura, de la boca que ríe y no muerde, ó si muerde no hace daño.

En estas imaginaciones pasaban para Cervantes las horas y los días de una existencia cansada y monotona. Quizás sus antiguas visitas á los libreros las alternó con sabrosas paradas en el mentidero de representantes, por vivir entonces Miguel allí mismo, en la calle del León, enfrente del panadero Castillo. Su casa no debía ofrecerle grandes atractivos ni alicientes. Doña Magdalena, cada vez más sumergida en sus beatitudes, arrastró á doña Catalina, quien asimismo profesó en la Venerable Orden Tercera, y vistió su hábito el 27 de Junio de 1610. Los dos hábitos franciscanos de aquellas dos buenas señoras aumentaban la cenicienta melancolía en la casa de la calle del León, que nunca fué de las más alegres de la corte. Sólo la juventud de doña Constanza, su sobrina, alegraba un poco el hogar.

Un día del otoño de aquel año, Doña Magdalena, á quien, sin duda, acechaban continuamente las añoranzas de sus amores pasados y el temor de la muerte, propio de quien profesa como idea única la de salvarse, fué con su hermano á casa del notario Gerónimo López, deseosa de hacer testamento. Por esta interesantísima escritura se viene á averiguar otras dos relaciones de Doña Magdalena con sendos caballeros mozos y nobles, D. Fernando de Ludeña y D. Enrique de Palafox. Novela ejemplar puede llamarse la contenida en estas líneas del testamento:

«Item: declaro que D. Fernando de Ludeña me debe trescientos ducados, prestados siendo mozo soltero, y después de casado con Doña Ana María de Hurbina, su mujer, yo los fuy á pedir delante de la dicha Doña Ana, y por entonces, por no henojar á la dicha su mujer, diciendo los debía, no me los confesó deber, y después, habiendo ydo á su casa otra vez en razón del dicho débito, en presencia de la dicha Doña Ana María y de un sobrino suyo, diciendo que si no quería yo hazer una zédula que me pedía en que yo confesase que no me debía nada, el dicho Don Fernando de Ludeña me amenazó muchas veces, diciendo que no me daría nada en su vida si no hazía la dicha zédula *y á solas me dixo que me prometía mientras él viviese de darme todos mis alimentos*, y que si yo le alcanzaba de vida, me dexaría con qué viviese, y debaxo de la dicha promesa le hize zédula en que declaré no deberme nada, lo qual hize contra mi voluntad, y así declaro debajo de mi conciencia quedarme á deber los dichos trescientos ducados. Mando que mis testamentarios los cobren, á lo menos se lo digan, y le encarguen la conciencia, pues sabe que es verdad.»

La naturaleza y fundamento de esta deuda no era, sin duda, la misma por la cual anduvo Doña Magdalena, cuando joven, en pleitos con los Portocarreros y con Juan Pérez de Alcega. Al don Fernando de Ludeña lo nombra Miguel en el *Viaje del Parnaso:*

Otros de quien tomó luego reseña
 Apolo, y era dellos el primero
 el joven *Don Fernando de Ludeña,*
Poeta primerizo, insigne empero,
 en cuyo ingenio Apolo deposita
 sus glorias para el tiempo venidero.....

Raro es, pero así ocurrió, que subsistiendo la deuda, prosiguiese la amistad, pues al frente de las *Novelas ejemplares*, entre otros versos del marqués de Alcañices, de Fernando Bermúdez Carvajal y de Juan de Solís Mejía, gentil-hombre cortesano, va un soneto regularcillo de D. Fernando de Ludeña, que empieza:

Dejad, Nereidas, del albergue umbroso

y acaba

Que cuando no lo fuera para Apolo,
hoy se hiciera laurel, por ver ceñida
á Miguel de Cervantes la cabeza.

Donde se ve la paga del D. Fernando en buenas palabras, ya que no en dineros.

No menos interesante debía de ser la historia cuyas consecuencias se advierten claras en esta manda del testamento de Doña Magdalena:

«Item: mando asimismo á la dicha Doña Constanza sesenta y cuatro ducados de dos panyaguas que me dió Don Enrique de Palafox, caballero del hábito de Calatrava, que los ha de haber en virtud de la merced de Su Magestad, del pan y agua que se da á los dichos caballeros, para que en mi lugar la dicha Doña Constanza los haya, de que me tiene dado poder el dicho Don Enrique.»

Era éste un caballero aragonés, natural de Ariza, hijo de don Enrique y Doña Ana de Palafox, perteneciente á la más rancia nobleza del reino. ¿Por qué hizo esa merced á Doña Magdalena? ¿Se la hizo, tal vez, en consideración á su sobrina Doña Constanza? No se sabe, pero novela ejemplar hay aquí, según todos los indicios.

Importa mucho este documento, porque en él se ve cómo Miguel y su familia estaban desengañados respecto de doña Catalina de Salazar y la suya. Doña Magdalena deja todos sus bienes futuros y actuales á su sobrina doña Constanza de Figueroa, la única alegría de la casa. En el mismo día y en el acto, Miguel cede á doña Constanza los derechos que le corresponden á la herencia de su hermano el alférez Rodrigo de Cervantes, muerto en las Dunas, y á quien se debía aún una gran cantidad por sus sueldos. Se ve la unión fraternal que había entre Miguel y doña Magdalena y el cariño que á su sobrina profesaban: se ve también que Miguel, conocedor ya del testamento hecho por su mujer doña Catalina ocultándoselo á él, correspondía, y ocultándoselo á ella, regalaba á su sobrina y no á su mujer la parte de herencia que podía pertenecerle, los únicos bienes que aún esperaba. De igual modo se advierte el absoluto olvido en que Miguel deja á su hija doña Isabel

de Saavedra, con quien estaba entonces desavenido, por causa de su yerno Molina.

Llegados los sesenta y tres años, el horizonte iba cerrándosele á Miguel. Casi no le quedaban amores en el corazón; casi no le quedaban esperanzas. Las comedias y las *Novelas ejemplares* y hasta el mismo *Quijote* dormían á ratos: tal vez meses enteros iban cubriendo de polvo sus hojas.

A últimos de 1610 falleció Doña Magdalena. Miguel y doña Catalina se trasladaron á Esquivias. Al divisar las lomas del lugar de su mujer, Miguel sentía el corazón amargo como las verdes aceitunas nuevas que en los olivares comenzaban á engordar: amargo como las verdes retamas que se erguían en las laderas.

CAPÍTULO LI

MIGUEL EN ESQUIVIAS.—LAS NOVELAS EJEMPLARES.—LA ACADEMIA DE PASTRANA.—BODAS REALES

Desde el huerto de los Perales al majuelo del camino de Seseña, paseaba Miguel sus sesenta y cuatro años, sin que las desilusiones minasen su eterno buen humor. Algunos achaques del corazón gastado le decían que la vejez estaba allí en su compañía, pero cierto que no con sus naturales pensiones de avinagramiento y desigualdad del carácter. Viviendo en Esquivias al amparo y con las rentas que satisfacía Francisco de Palacios, el buen clérigo que ya tenía por cosa propia los bienes de doña Catalina, y sin más conversación ni sociedad que la de los Ugenas y la de los Quijadas, amigos y parientes de la familia, no se amilanó ni se achicó el ánimo de Cervantes. Como era ante todo hombre, antes que literato, no experimentó entonces ni nunca el mal de la literatura, esa especie de diátesis ó vicio de la sangre que mueve á muchos escritores á vivir entre escritores solamente y á no interesarse en otros asuntos que no sean de versos, novelas ó dramas y á aburrirse y hastiarse con la conversación de los que ellos llaman hombres vulgares: ni participaba del *odio al burgués*, que hoy suele aquejar á cuantos tienen pluma ó pincel entre las manos.

Rebelde era el espíritu de Cervantes para las grandes injusticias del mundo, para aquellas que hacen garra y tienen raíz en lo más hondo de la naturaleza humana, nunca para las pequeñas desigualdades ó los menudos inconvenientes de la sociedad constituída. Don Quijote pelea con gigantes, no con gente villana y de

humilde ralea. Don Quijote es rebelde contra la injusticia, el desafuero y la soberbia que oprimen á la humanidad, y en este concepto, no sólo es revolucionario, sino anarquista en el excelente sentido de esta palabra, pues desea que nunca prevalezca la maldad y que los hombres vuelvan á las dulzuras y bienandanzas de la edad de oro, por él mejor y más elocuentemente pintada que todas las utopias, Ciudades del Sol y Sociedades futuras por los grandes soñadores antiguos y modernos forjadas: pero, en cuanto á la marcha externa y actual de la vida, es Don Quijote conservador y amigo de que no se corte, sino lo corrompido, ni se altere ó derogue, sino lo mal usado. Por eso Cervantes, aunque víctima de la mezquindad y pequeñez de alma de su cuñado y de sus convecinos, vivía contento con ellos, atendía benévolo á sus cortas y simples razones y entre ellos encontraba siempre algo aprovechable.

«No es malo ser poeta—pensaba y ponía en boca del paje de *La gitanilla*—pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre», y pensándolo así, consolábase Miguel en sus paseos solitarios por la campiña toledana, solo con su poesía, porque esta «bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda y retirada... es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran» y si «parece que es pobrísima y tiene algo de mendiga» y es certísimo que «no hay poeta que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene» como Cervantes podía acreditar con el ejemplo de su vida, también es verdad que «no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que alcanzan pocos». Así, cuando más apurado y pobre se veía, siempre pensaba Miguel como la gentil Preciosa: «Tengo yo un cierto espiritillo fantástico acá dentro que á grandes cosas me lleva» y cuando algunos de sus convecinos, hombres para quienes el mundo se contenía en los linderos de este olivar ó de aquella loma y podía recorrerse y ararse todo con una besana larga, pensaban ser más expertos y

avisados que él, Miguel meditaba y reía á sus solas, como quien ha visto mucho, mucho y sabe que «no tiene otra cosa buena el mundo sino hacer sus acciones siempre de una misma manera, porque no se engaña nadie sino por su propia ignorancia» como decía el dolido Ricardo en *El amante liberal*, y no ignora que «las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos» como argüía el licenciado Vidriera.

Con todo esto, dormía mucho y bien, siguiendo el consejo del mismo licenciado para remediar ó evitar el mal de la envidia. «Duerme—pensaba—que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidies» y no dejaba de darse sus atracones de lectura ni de consagrar tiempo á la meditación piadosa, porque creía, como los padres de Leocadia, en *La fuerza de la sangre* que «sobre la sabiduría y la virtud no tienen jurisdicción los ladrones ni lo que llaman fortuna». No se le daba gran cosa de su pobreza además, porque siempre recordaba que la mayor cantidad de dinero que en sus manos hubo no era suya y por habérsela entregado torpemente al tal Simón Freyre de Lima, le había valido más disgustos, cárcel, procesos y declaraciones que todas sus estrecheces y miserias, pero al propio tiempo no dejaba de pensar que las desazones á esta última causa debidas eran en él perdurable usufructo por sus días y así reflexionaba, como *el celoso extremeño* que «tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni sabe usar de ella como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro y cuidados la falta dél, pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad y los otros se aumentan mientras más parte se alcanza» y aun cuando en ratos de mal humor juzgaba que los dichos y pensares de los pobres no tienen eco ni utilidad, porque el sabio perro Cipión dijo que «nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido», y que «la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la obscurecen y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio», y su coloquiante el perro Berganza certificó «que al desdichado, las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra» acogíase al prudente remedio de su filosofía

sin dar gritos, hacer aspavientos ni proferir quejas, escribiendo aquello de que «cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte ó la continuación dellas hace un hábito y costumbre en padecellas que suele en su mayor rigor servir de alivio». Con estas y otras reflexiones que iba intercalando en el texto de las *Novelas ejemplares* templaba el desabrimiento y la inseguridad de su situación, si por acaso estas eran cosas que le acongojasen de veras.

Si al componer la primera parte del *Quijote*, conocía él que estaba haciendo un libro inmortal, *único y sólo*, al aderezar y rehogar las *Novelas ejemplares*, ya compuestas en fechas y ocasiones distintas, bien se le alcanzaba que estas narraciones habrían de entretener al mundo entero, y al mismo tiempo no dejaba de pensar en la tercera salida del caballero de los Leones, ni de imaginar á cuánto estaba obligado su ingenio para que la segunda parte respondiese ó sobrepujase á la primera y al valor y mérito de las *Novelas ejemplares*.

Apaciguados los sinsabores domésticos, aceptada por Cervantes con singular grandeza de alma la situación en que la familia de su mujer le había colocado, como si un hombre insignificante y para poco fuera, aún hubo necesidad de que á principios de 1612 firmase doña Catalina otro nuevo documento, repitiendo la partición de bienes hecha y cediendo ó regalando á su hermano Francisco de Palacios la mejora del tercio y quinto que á ella le pertenecía, en atención á que el astuto clérigo había pagado los censos y obras de dichos bienes. Y para mayor irrisión, en esta escritura aparece una vez más hipotecado al cumplimiento de ella el pequeño majuelo del camino de Seseña (cuatro aranzadas y media, es decir, poco más de mil cepas y hasta un centenar de olivas) único bien que en caso de morir doña Catalina había de tocar á Cervantes. ¿Era éste el amor entrañable y solícito, era ésta la terneza y blandura de corazón que algunos biógrafos ponderan en la mujer del grande hombre?

En estas cavilaciones pasó todo el año de 1611. Durante él, la desavenencia de Cervantes con su yerno Luis de Molina creció considerablemente. En 17 de Septiembre, Luis de Molina, que había regañado con el secretario Juan de Urbina por ciertos negocios mal proyectados por el uno y peor realizados por el otro, pidió ante el juez ó alcalde Ramírez Fariñas que Cervantes y Urbina hiciesen efectivos los dos mil ducados ofrecidos en las capitulaciones matrimoniales de doña Isabel de Saavedra. En 29 de Noviembre, el generoso Juan de Urbina pagó la mayor parte de la cantidad, esto es, diecinueve mil reales, á las veinticuatro horas de ordenada la ejecución judicial, y Molina se dió por satisfecho y pagado de ellos y de los tres mil reales que restaban. Claro está que Urbina pagó esta cantidad de su bolsillo, pues no hay que pensar á Cervantes en disposición de hacerlo. El compromiso moral creado por este noble proceder de su amigo Juan de Urbina, obligó á Cervantes á buscar medio de remunerarle ó resarcirle en alguna manera de tan importante sacrificio pecuniario.

Vino Miguel á Madrid, volvió á frecuentar las librerías, á buscar la compañía y trato de los escritores famosos. Había conocido años antes, cuando vivía en la calle de la Magdalena, á dos caballeros mozos, muy gentiles poetas y valientes soldados, que se llamaban Don Diego y Don Francisco de Silva y pertenecían á la casa de Pastrana, siendo, por tanto, vecinos de Cervantes. Del Don Francisco dijo en el *Viaje del Parnaso:*

> Este gran caballero que se inclina
> á la lección de los poetas buenos
> y al sacro monte con su luz camina
> *Don Francisco de Silva* es, por lo menos,
> ¿qué será por lo más? ¡Oh, edad madura
> en verdes años de cordura llenos.....

Fundó este gentilhombre en el propio palacio de Pastrana una Academia llamada *Selvaje*, á la cual asistían los más floridos ingenios de España. Otras Academias, cenáculos y parnasillos habría en la corte, pero ninguna tan lucida como la de la casa de Pastrana. En ella, como en todas partes, llevaba la voz y no admitía réplicas ni rivales un académico, mejor sería decir, un hombre torrencial é impetuoso que todo lo dominaba: Lope de Vega Carpio.

Sucedió que por casualidad ó adrede se encontrara Cervantes

con su amigo D. Francisco de Silva, y éste le invitó á que asistiese á algunas reuniones de su Academia. Allá fué, con sus achaques y sus desengaños Miguel y presenció las disputas literarias que enzarzadas solían parar en gresca y tremolina. El 2 de Marzo de 1612, escribía Lope de Vega al duque de Sessa: «Las Academias están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos lizenziados: yo leí unos versos con unos antojos del Zervantes que parecían huevos estrellados mal hechos...» En estas cortas frases no es necesario ser muy suspicaz para ver claramente que si Lope se había reconciliado con Miguel no le apreciaba nada. *El Zervantes* seguía no siendo santo de su devoción. Quizá había leído Cervantes algunas de las *Novelas ejemplares* en la Academia de Pastrana: quizá había hablado una vez más de sus comedias. Lope era absoluto, único, como casi todos los hombres de genio. Podía conceder que Cervantes tuviese un gran talento, que fuese un poeta más versado en desdichas que en versos, pero no toleraba, no aguantaba que pudiese hacerle sombra un día ú otro y no se ha de creer que otros chicos y cicateros motivos impulsaban á Lope, á quien aún no habían tocado en el alma las primeras chispas del arrepentimiento humano, leña que alzó muy fuerte y súbita llama y que muy pronto se consumió. No: Lope era solo, por su estilo y en su manera. Lope era el monstruo de la Naturaleza. Lope gozaba de la popularidad que él mismo había despertado, Lope había sacudido, agitado y hecho saltar muchos miles de corazones, y ejercía el mero y mixto imperio en los nervios de todas las mujeres de España. Privilegios son estos que no se comparten. No, si no proponedle á un emperador ó á un rey que entreguen á otro la mitad de su corona y de su poderío, aunque crean y sepan que vale más que ellos. El odio de Góngora y su enemistad podían irse bandeando y trampeando con cuatro letrillas, sonetos y migajas de conversaciones epigramáticas. El crecimiento de la personalidad de Cervantes, cuyo nombre y cuyo pensar más lentamente, pero con mucha más seguridad y profundidad que el de Lope en sus obras dramáticas y líricas, iban conquistando el ánimo del público y no de éste ó de aquél, sino de todos, grandes y chicos, no era un hecho despreciable para Lope.

No volvió éste á decir mala palabra de Cervantes, sino que le elogió cuanto pudo, con urbanidad pero sin entusiasmo. La ojeriza que le tuvo cuando joven se había cambiado en simple prevención muy justificada. Mirémoslo hoy desapasionadamente y aún nos parecerá caso increíble que dos hombres tan grandes viviesen al mismo tiempo como que dos soles al par alumbrasen á la tierra; y aún creeríamos esto y veríamos á los dos soles frente á frente, pero lo que no cabe en los términos de lo humano es que no tuviesen celos uno de otro.

Si no los hubiesen tenido Cervantes de Lope y Lope de Cervantes, hubieran dejado de ser hombres y no siendo hombres, siendo solamente literatos ó poetas, ya los habríamos olvidado, como empezamos á olvidar á Góngora, á pesar de ser, como poeta, el más grande, el más fino, el que más variedades arcanas de belleza ha revelado, el que ha logrado estimular mayor número de sensaciones, el que más ha enriquecido el diccionario y la sintaxis, el más obscuro cuando quiere y el más claro cuando se le antoja. Por hombres, no por poetas, se salvan del olvido y en los siglos descuellan Cervantes y Lope y de hombres es el odio pasión fecunda, bien mirado, más fecunda que el amor para la producción intelectual. La agridulce referencia de Lope *al Zervantes* muestra con toda claridad lo que hoy día llamamos un estado de alma respecto de Miguel: y asimismo prueba cuánto había crecido la consideración de que éste gozaba.

En tanto Cervantes trataba con Francisco de Robles la venta de las *Novelas ejemplares* y cuidaba de su impresión y corrección, nuevos y grandes sucesos agitaban á la corte, y antes que en ninguna parte eran conocidos en el palacio de Pastrana, como que el jefe de la casa, el príncipe de Mélito, duque de Pastrana y de Francavila estaba encargado nada menos que de trasladarse á París, para acordar y ajustar el casamiento del príncipe heredero Don Felipe, después Felipe IV, con la princesa Isabel de Borbón, hija mayor del difunto Rey de Francia Enrique IV y de su mujer la reina María de Médicis. Al propio tiempo llegaba á Madrid el duque de Mayenne ó de *Umena*, como le llamaron los madrileños, con granada comitiva, para ajustar asimismo la boda de la prince-

sa primogénita de Felipe III, doña Ana de Austria con el nuevo Rey de Francia, Luis XIII. El 20 de Agosto se firmaron simultáneamente en París y en Madrid las estipulaciones de ambos matrimonios.

Grande fué la alegría en Francia y en España, no chicos los recelos en Inglaterra. Desde entonces arrancan las poco provechosas simpatías de los españoles para los franceses como de bastantes años antes el funesto odio á Inglaterra. No fué posible entenderse con Francia en los tiempos de aquel gran Rey Enrique IV, que siempre olía un poco á azufre, y este tufillo no lo podían soportar las escurialienses narices: ni Enrique IV veía con buenos ojos á un Rey y á una nación que habían expulsado cruelmente, rápidamente, radicalmente, brutalmente á los moriscos, como gustan de realizar las malas ideas los gobernantes españoles, á quienes siempre complació más un momento de arbitrariedad popular que diez años de buenas, pequeñas, lentas y útiles reformas.

Pero, muerto Enrique IV, y reemplazado su olor de azufre diabólico por el santo olor á cirio y á incienso que el apocado, beato y gurrumino Luis XIII se complacía en olfatear tanto como el gurrumino, beato y apocado Felipe III, no hubo dificultades para que España y Francia se entendieran. Francia comenzaba á copiarle á España su literatura y su gobierno. Las ficciones de nuestros novelistas y dramaturgos eran aderezadas y servidas con la picante salsa francesa para regalar los paladares de damas y caballeros de Luis XIII: imitaba este monarca también á nuestra corte en sus peores usos. Enrique IV no había tenido favorito, como no lo tuvo nuestro Felipe II. Luis XIII tuvo favoritos, como los tuvo Felipe III. El concepto y la práctica del régimen monárquico y aristocrático iban transformándose en Francia como en nuestro país.

De todos los preparativos, fiestas y regocijos motivados por la amistanza entre españoles y franceses, ninguno impresionó tanto á Cervantes, como la noticia que tuvo por relación en prosa que imprimió un D. Juan de Oquina, del magnífico torneo celebrado en Nápoles el 17 de Abril, y cuyo cartel firmaban como mantenedores *los cavalleros del Palacio encantado de Atlante de Carena*,

que eran, el primero el conde de Villamediana, D. Juan de Tasis,

este varón en liberal notable,
  que *una mediana villa* le hace conde
  siendo rey en sus obras admirable
éste que sus haberes nunca esconde,
  pues siempre los reparte ó los derrama
  ya sepa adonde ó ya no sepa adonde,
éste á quien tiene tan en fil la fama
  puesta la alteza de su nombre claro
  que liberal y pródigo le llama.....

El segundo,

... el mancebo generoso
  que allí desciende de encarnado y plata.
  sobre todo mortal curso brioso,
es *el conde de Lemos*, que dilata
  su fama con sus obras por el mundo
  y que lleguen al cielo en tierra trata.....
El *duque de Nocera*, luz y guía
  del arte militar es el tercero
  mantenedor deste festivo día.
El cuarto, que pudiera ser primero
  es de *San Telmo* el fuerte castellano,
  que al mesmo Marte en el valor prefiero.
El quinto es otro Eneas el troyano,
  Arrociolo que gana, en ser valiente
  al que fué verdadero por la mano.....

Aunque se equivocara Cervantes, como el diligente Benedetto Croce ha demostrado y confundiera al duque de Nocera con el caballero calabrés Donato Antonio di Loffrado, duque della Nocara y á un Arrociolo con D. Troyano Caracciolo, por ser éstos dos jóvenes italianos á quienes no conocía, bien claro da á entender cómo se le hizo la boca agua, al oir contar ó leer la caballeresca función, el teatro y máquina que á costa del noble don Juan de Tasis trazó el Arquitecto é Ingeniero mayor del Reino de Nápoles Julio César Fontana, ahijado del célebre Dominico, y cuyas obras de maquinaria escénica se admiraron diez años más tarde en los jardines de Aranjuez.

Era un monte alto de sesenta palmos, hórrido y alpestre, en cuya cumbre se alzaba el palacio del mago Atlante en la misma forma y hechura en que lo describe Ariosto en el *Orlando*, y en él se veían selvas espesísimas y cavernas hondas... Pelearon como buenos los caballeros, y la fiesta se completó con otras muchas de comedia y farsa, de las que ordinariamente se celebraban en el palacio del Virrey, y en las que, según cuenta el *desengañado* Diego Duque de Estrada, tomaban parte los individuos de la *Academia de los Ociosos*, por el conde de Lemos establecida para que nada faltase en su palacio, sin que se desdeñara el gordo rector Bartolomé Leonardo de vestirse ridículos atavíos femeniles y de hacer bufas contorsiones para risa de damas y caballeros: cosa, ¡nótese bien! á que no quiso llegar aquel buen Pedro Pérez, el cura del *Quijote*, alegre y desenfadado como el que más, pero harto digno para no arrepentirse en cuanto una vez se le vino á las mientes vestirse faldas, aun cuando era con el laudable propósito de desengañar á Don Quijote. Ya sabían, ya sabían lisonjear y ser cortesanos *los Lupercios*, tan rígidos censores de los vicios de su época, y bien se ve, que si Cervantes hubiese ido á Nápoles con el conde de Lemos, los Lupercios le habrían puesto de lado ó le habrían reembarcado para España.

A estos pensamientos y á estas dulces remembranzas de la amada Nápoles, venían á juntarse en el ánimo de Miguel las noticias de que el conde iba á publicar ó había publicado á sus expensas multitud de libros originales de escritores cortesanos suyos, entre ellos la nueva traducción de Tansilo *Lágrimas de San Pedro*, por Fray Damián Alvarez, el *Tratado de la Música Theórica y práctica*, de Pedro Cerón y la curiosísima obra *Varias aplicaciones* y *transformaciones*, por el alférez D. Diego de Rosell y Fuenllana, en elogio del cual compuso Cervantes dos sonetos.

El pensamiento de Miguel vagaba de Madrid á Nápoles. El rojo incendio de la inmortal ciudad al ponerse el sol todas las tardes se le antojaba al viejo autor que aún le relucía en sus ojos cansados de présbita. Y con aquella luz en las pupilas ó en la mente escribió esa breve obra maestra que se llama el prólogo de las *Novelas ejemplares*, donde legó á la inmortalidad su retrato, diciendo: «Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies: éste digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje del Parnaso*... y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra...»

CAPÍTULO LII

VISITA Á ALCALÁ DE HENARES.—LA CASA Y EL CAMINO.—EL VECINO LOPE.—CERVANTES, INGENIO DE ESTA CORTE

En el verano de 1613, no se sabe por qué ni para qué, estuvo Miguel en Alcalá de Henares. No encontró allá parientes ni amigos. En Alcalá de Henares había muchas más cosas en qué pensar que en si había allí nacido un poeta que no era Lope. La ciudad había variado no poco de aspecto y manera de vivir. Los desórdenes y osadías de los estudiantes crecieron y se hicieron consuetudinarios.

Leed, no la grave *Historia de las Universidades*, del académico Sr. Lafuente, sino *La vida del buscón Don Pablos*, y decidme si es posible que en Alcalá se conservaran la disciplina ética y el respeto social necesarios para que la Universidad hiciese una labor fecunda. Como consecuencia de la zozobra en que los estudiantes traían constantemente á la ciudad no universitaria, emigraron poco á poco de Alcalá los rancios linajes complutenses, fueron borrándose los escudos y blasones de las casas solariegas, cuyos moradores iban á aumentar la confusión hirviente en la olla podrida de Madrid: sólo algún fanfarrón armatoste italianesco, tal como el de la fachada de los Lizanas, conservaba con dignidad el aparato nobiliario. Las demás casas, convirtiéndose en hospedaje de estudiantones y albergue de dómines Cabras, se aplebeyaban de día en día. Miguel no halló quien le conociese, quien le entendiera y, en cambio, pudo observar cuán diferente era la fiereza y

desorden del trato entre los estudiantes de Alcalá y aquella noble cortesanía y urbano proceder de los de Bolonia.

Italia, que, en pasados tiempos, había enviado aquí lo mejor, lo más fino y brillante de sus luces, ya no lo hacía, y no es necesario atribuir á Miguel una penetración inverosímil para poner en su pensamiento la idea que hoy vemos bien clara de cuán graves perjuicios habían de seguirse y se han seguido de que los españoles apartáramos de la luz de Italia nuestros ojos y los volviéramos, como entonces ya estábamos volviéndolos, hacia Francia, la cual en un principio no fué para nosotros un faro ni un foco, sino un espejo que nos devolvió, primero en su tamaño natural y después aumentadas grotescamente, nuestras dotes y nuestras macas nuevas y añejas. Lo que en toda la nación comenzaba á advertirse ya se notaba en Alcalá de Henares. No existía allí una ventana abierta hacia Italia y el saberlo y sentirlo hubo de causar á Cervantes tanta impresión, por lo menos, como el no encontrar casi nadie que le reconociera.

El desengaño de no ver proseguirse lo que él creía en su juventud comenzado con la mayor firmeza y solidez no le hizo desanimarse en sus proyectos. Ya sabía él que si en las *Novelas ejemplares* había algo ó bastante de fuente italiana, mucho había también de pura cepa española y, aunque quizás le costó trabajo, hubo de persuadirse de que esto último era lo mejor. En sus soledades de Esquivias había aprendido á escuchar el silencio, él cuyos oídos se avezaran al estruendo y fragor de los cañonazos y al barullo y algarabía de las galeras, de los puertos, de las cárceles y de los baños de Argel.

El hombre que escucha el silencio, el que sabe estimar lo que la soledad vale es el verdadero superhombre. ¿Creíais que nunca fué Cervantes un gran pensador solitario, como los amamos y los buscamos ahora? Pues ved á este hombre de la tertulia del librero Villarroel y de la Academia de casa de Pastrana y del mentidero de representantes, vedle abandonado á sí mismo cantar en el capítulo XX del libro III del *Persiles* aquellas estrofas de poética y dulce blandura: «¡Oh, soledad, alegre compañía de los tristes! ¡Oh, silencio, voz agradable á los oídos donde llegas, sin que la adula-

ción ni la lisonja te acompañen! ¡Oh, qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio!... ¡Oh, vida solitaria, renta libre y segura que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones, quién te amara, quién te abrazara, quien te escogiera y quién, finalmente, te gozara!» Mas fué tal su desgracia, que ni aún de la soledad pudo gozar ni con el silencio regalar sus fatigados oídos.

Nos hallamos ya en los tres últimos años de la vida de Cervantes y vemos que fueron estos tres los de más desenfrenada actividad literaria, aquellos en que, poseso de su inmortalidad y consciente de su inmenso valer, se daba prisa y prisa á aprovechar el tiempo y aun quería detener los pasos de la muerte, como Josué el sol, para seguir combatiendo. Amaba la soledad cuando ya no podía aprovecharse de ella: estimaba y anhelaba el reposo cuando ya no le era dable en manera alguna reposar: conocía su genio creador cuando no le quedaba espacio para que tantas creaciones cuajasen y se solidificaran.

Así le vemos en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, dominado por la obsesión de sus obras futuras, anunciando al lector «con brevedad, dilatadas las hazañas de Don Quijote y donaires de Sancho Panza. Tras ellas (tras las *Novelas ejemplares)* si la vida no me deja—dice lleno de vagos presentimientos—te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve á competir con Heliodoro... y luego *Las semanas del jardín.*» Y por si acaso la muerte llegaba antes de realizar tales propósitos, no dejaba de pintar su retrato para la posteridad, único cierto que poseemos, siendo cuantos se han pintado meras fantasías absolutamente faltas de grandeza estética y de precisión humana.

La lucha que en el alma de Cervantes demuestran estos tan vanos proyectos era perfectamente lógica y se ve con gran claridad. Para el entretenimiento y la edificación moral escribía y publicaba sus *Novelas ejemplares*, reflejos de Italia, de Sevilla y de Toledo, pero no eran aquellas, ni tampoco las comedias que ya no ofrecía siquiera á los comediantes avasallados por Lope, lo que turbaba y aprehendía su espíritu.

En él vino á introducirse la duda de si aquellas narraciones circunstanciales y pasajeras, retratos de un estado de cosas que no había de durar y reflejos de unas costumbres que podían pasar de un momento á otro, cambiando las ciudades, como había cambiado Alcalá en cincuenta y tantos años, tendrían fuerza é interés bastantes para salvar su nombre de la obscuridad de los siglos. Llegó á pensar que el concepto de la existencia humana por él formado no tenía suficiente exactitud. Y como habían luchado en su interior el amor al silencio y á la soledad con la afición al ruido y á la turbamulta, peleaban ahora recio combate los dos grandes alicientes de la vida humana, la casa y el camino. En la segunda parte del *Quijote*, que ya casi acabada tenía, la casa parecía triunfar del camino, la vida quieta y reposada sobre la vida aventurera: en ella salían tan gratas representaciones de la tranquilidad burguesa como el hogar del discreto Caballero del Verde Gabán, tan sabrosas imágenes de la rústica holgura como las bodas de Camacho el rico, tan espléndidas visiones del vivir aristocrático cual los capítulos, casi la mitad del libro, que pasan en el castillo de los duques y tan suaves pinturas del bienestar accesible ya á las personas ricas aunque no fueran de la alta nobleza como las escenas que en casa de D. Antonio Moreno en Barcelona ocurren: finalmente, en la segunda parte del *Quijote*, aunque tal vez el final aún no lo viese enteramente claro Miguel, Don Quijote moría en la cama, como buen cristiano, renegando de sus locas aventuras. La vida era razón, era calma, era sosiego.

Pero tan poco seguro estaba Miguel de la certeza de este razonar, que al mismo tiempo iba labrando en las oficinas del entendimiento la luenga fábula de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, en donde todo es camino, todo aventura, mutación y zozobra y las más variadas sensaciones sacuden el ánimo de los personajes y traquetean á los lectores de aquí para allá, siguiendo un itinerario fantástico, propio para cansar y fatigar á todo otro ingenio que no hubiera sido el mayor de España.

¿Cuál de los dos conceptos era el exacto? En sus últimos días, pensó Cervantes que el contenido en el *Persiles*. Mientras construía las dos obras, unas veces se acostaba á este parecer y otras veces al contrario. Y de todas maneras, apenas si concebimos la

agitación en que vivía Miguel, más joven á los sesenta y seis años que á los veinte ó más favorecido, por lo menos, con las dotes ordinariamente asignadas á la juventud, la viveza y frescura de la imaginación, las cuales aumentan considerablemente en la segunda parte del *Quijote*, y llegan á las lindes de la excitación hiperestésica en el *Persiles*.

¿Será muy aventurado pensar que esas *Semanas del jardín*, ya comenzadas en esta época y de las que en el lecho de muerte aún le quedaban ciertas reliquias y asomos, eran un libro de reposo, un libro de calma y de casa y no un libro de camino y de agitación? Desde la altura de sus sesenta y seis años contemplaba Miguel el panorama de su vida y encontraba en ella mucho más camino que posada, pero ¿no expresaría en esas *Semanas del jardín*, su aspiración ideal al goce de la soledad y á la música del silencio, que con tan lindas palabras cantó? ¿No pensó el humano Cervantes, como el humanísimo *Cándido* de Voltaire, que el fin último de la vida es el cultivo del propio jardín? ¿Acaso no es ésta una eterna aspiración de la Naturaleza y en los remotos libros de la Sagrada Escritura no se presenta el Paraíso terrenal, que es como la Edad dorada, en forma de jardín ameno, y en los viajes mitos griegos y fenicios no hay un jardín de las Hespérides para coronar y premiar los esfuerzos dilatados del atrevido nauta?

Este título de *Las semanas del jardín*, anunciado ya en las *Novelas ejemplares*, nos sume en la mayor perplejidad. ¿Qué se haría de ese libro clave? ¿Cuál sería el concepto definitivo que en él se contuviera? Y la escasa estimación que ya nos merecía la mujer de Cervantes disminuye aún más al reparar el ningún cuidado que tuvo en recoger los manuscritos de su marido, porque, sin duda, aún después de muerto él y de aprovechado en lícita venta el original del *Persiles*, pensaba con su criterio mezquino de lugareña casi rica, que todas aquellas eran liviandades y locuras.

En medio de estas cavilaciones, Cervantes no mejoraba de fortuna. No pudo pagar la impresión ni el papel de las *Novelas ejemplares*, y hubo de abonarlo Francisco de Robles, quien, naturalmente, por este hecho, ya tenía cogido á Miguel y casi obligado á venderle los privilegios que había ido sacando. Así se hizo el 9 de Septiembre de 1613. Miguel vendió las *Novelas ejemplares* en precio de mil seiscientos reales y veinticuatro cuerpos ó volúmenes del libro. Piensen y digan lo que quieran quienes juzgan de estas cosas con el criterio y las ven con los ojos de hoy, no fué una mala venta, ni mil seiscientos reales era una cantidad despreciable, aunque en realidad se hubiese encarecido la vida considerabilísimamente, gracias á la detestable administración, á la venalidad y al fraude que comenzaron á constituir entonces un sistema de gobierno.

Repitamos el argumento hecho ya á propósito de la *Galatea*.

Cervantes no era considerado entonces, ni mucho menos, como el mayor de los ingenios de la Corte. Cervantes era pobre. La celebridad suya, con ser tan grande que había pasado las fronteras, no era, en verdad, materia cotizable todavía. En aquellos años solamente fué cuando Miguel cayó en la cuenta de que podía, en efecto, ganarse la vida con la pluma, siempre que no le faltaran los auxilios del conde de Lemos y los reparos del ilustrísimo Don Bernardo de Sandoval. ¿Acaso—digamos una vez más—no conocemos hoy ingenios cuyas primeras obras han sido muy elogiadas por el público y por la crítica y á quienes ningún editor pagaría por otra obra nueva una cantidad equivalente á la que Francisco de Robles dió á Miguel? ¿Sabemos hoy, podemos adivinar quién de los novelistas y poetas conocidos y famosos que viven será inmortal ó si no lo será ninguno?

Pocos meses después de vendidas las *Novelas ejemplares* comenzaban á cobrar los herederos del alférez Rodrigo de Cervantes los sueldos atrasados que se le debían, cuyo total no se remató de percibir hasta 1654: La cantidad que la nación adeudaba á aquel héroe de la Tercera, muerto en las Dunas, eran sus haberes de varios años é importaba 71.543 maravedís. A Miguel le daba de un golpe Francisco de Robles por el privilegio de las *Novelas ejemplares* 54.400 maravedís. ¿Puede afirmarse con razón que era esta suma despreciable, relativamente á lo que no percibió el valiente soldado que murió peleando como bueno? ¿Excedían las letras

á las armas en punto á las recompensas que por ellas se conseguían? Para colocarnos en un punto de vista acertado no habrá sino pensar y decir claramente que ya entonces la nación era pobre, que no existía aquí sino bambolla y apariencia, que todo estaba mal pagado, letras, armas y lo demás, y que sólo el hecho de seguir viviendo en España sin protesta constante y violenta era indicio de una abnegación y una magnanimidad dignas de los mármoles y de los bronces. La arbitrariedad y la injusticia, la desidia y la pereza, la ignorancia y el orgullo vano se enseñoreaban de los de arriba y de los de abajo. Para pintar semejante estado social y político, Cervantes volaba demasiado alto. Eran precisos ingenios que á ratos tuviesen las alas del águila y á ratos las del murciélago, como el Señor de la Torre de Juan Abad.

Grandes fueron la aceptación y el agrado con que se leyeron las *Novelas ejemplares*. Ellas colocaban definitivamente á su autor en la fila y gremio de los llamados *ingenios de esta corte*. Al fin lograba, por su propio esfuerzo, lo que no consiguió, lo que tal vez no intentó con ahinco en Sevilla, penetrar en el sagrado recinto de los literatos. No hubo aquí un Francisco Pacheco que retratase á los *intelectuales* de su época, pero por seguro puede tenerse que sus caras y maneras no diferirían gran cosa de aquellas caras regalonas y optimistas ni de aquellos empaques señoriles de los poetas amigos de Pachaco. No era todavía un oficio ni una manera de vivir el ser literato, ni siquiera para el dichosísimo Lope. Este, como los otros, era un cortesano, y si el rey y la corte se movían, como solían hacerlo con frecuencia, ansiosos de fiesta y diversión, Lope tenía que seguir al rey y á la corte á donde fueran.

Era Cervantes vecino del Fénix de los ingenios, pues vivía éste en la calle de Francos, y Miguel, primeramente en la de las Huertas, frente á las casas donde se hospedaba el príncipe de Marruecos, y después en la casa donde murió, calle del León, esquina á la de Francos, que era propia de su amigo el presbitero D. Francisco Martínez Marcilla. Además se encontraban frecuentemente Miguel y Lope en las funciones y ejercicios de la Venerable Orden Tercera á que ambos pertenecían. Desde la segunda mitad del año 1612 fué Lope de Vega más que nunca asiduo á

estas devociones. Una gran desgracia, la que más hondamente sintió en toda su vida, le había asestado golpe rudísimo: la muerte de su hijo Carlos Félix, niño de siete años, de gentiles prendas y en quien Lope tenía puestos sus ojos y su corazón. Cantó sus dolores el llagado padre en aquella inmortal canción:

Este de mis entrañas dulce fruto.....

donde el sentimiento paternal aparece sangrando y gimiendo por una vez más fuerte y profundo que en ninguna otra obra en España escrita. Ya en esta elegía incomparable se vislumbra que el dolor de sus entrañas había de conducir á Lope al arrepentimiento de sus pecados y extravíos. Pero á esta desgracia sucedió como natural secuela, la muerte de la esposa de Lope, Doña Juana de Guardo, que falleció de sobreparto á primeros de 1613. Quedó el poeta solo en su casa, sin más sombra que la suya propia y la de su buena criada Catalina. Recogió entonces á sus dos hijos naturales, Marcela y Lope Félix.

Vivía casi enfrente de Cervantes. Viejo estaba Miguel, maduro Lope. Los años y las mayores desgracias habían pasado sobre sus rencillas y malquerencias. Lope y Miguel volvieron á saludarse. Las desventuras siempre son comunicativas, mayormente tratándose de un hombre tan necesitado de exteriorizar todos sus internos afectos como Lope de Vega, quien, digan lo que quieran sus poesías que íntimas parecen, no acertaba á vivir solo consigo mismo. Pensaba, sí, ir y venir á sus soledades, pero solo estaba en ellas una hora y muy luego había de dar pasto á su genio indomable haciendo, hablando, escribiendo, en constante actividad. Al ocurrirle las dos terribles desgracias seguidas, se acogió con nerviosa prontitud al sagrado de la V. O. T. en donde no faltaban hermanos piadosos y compasivos que le recordasen cómo, al entrar en aquella santa Congregación, escribió Lope sus famosísimos *Quatro soliloquios al arrepentimiento y conversión del pecador*, también titulados en la edición de Valladolid *Quatro soliloquios de Lope de Vega Carpio, llanto y lágrimas que hizo arrodillado delante de un Crucifijo pidiendo á Dios perdón de sus pecados después de haber recibido el hábito de la Tercera Orden de Penitencia del Se-*

ráphico Francisco. Es obra importantísima para cualquier pecador que quisiese apartarse de sus vicios y començar vida nueva. En este título en el que, como en la obra que le sigue, puso Lope, cual en todas las suyas, su alma entera, se ve la sinceridad absoluta de sus sentimientos... y también se trasluce ó lo traslucimos después de leer los *Soliloquios*, la escasa confianza que él mismo tenía de perseverar en su contrición.

Muerto su amado hijo Carlos Félix, muerta su buena y pacientísima mujer doña Juana, los afectos de arrepentimiento crecían en el conturbado corazón de Lope. De seguro se los comunicó á Cervantes, ya en las reuniones piadosas de los terciarios, ya en la imprenta de Juan de la Cuesta, donde solían encontrarse, y de seguro que Cervantes le animó á publicar el cuadernito titulado, *Contemplativos discursos de Lope de Vega á instancia de los hermanos Terceros de Penitencia del Seráfico San Francisco. Uno es un coloquio entre San Jvan y el Niño Jesús, refiriendo todos los passos de su Passion y muerte. Otro la negación y lágrimas de San Pedro.* Lo que el arrepentimiento nuevo de Lope duró, su historia lo dice, pero aquí sólo se ha de apuntar como cosa colegible y hasta probable que, en la V. O. T. se vieron y se reconciliaron, no sin reservas mutuas Cervantes y Lope que, por la vecindad, se veían á diario. Prenda de esta reconciliación fueron algunas citas del nombre de Cervantes hechas de pasada y no siempre con gran elogio por Lope en algunas de sus comedias, como en *El premio del bien hablar*, cuando pregunta D. Juan:

¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

y le contesta Martín:

¿Cómo discreta? Cicerón, Cervantes,
Juan de Mena, ni otro después ni antes,
no fueron tan discretos ni entendidos,

Consecuencia de ello fué también el que en el *Viaje del Parnaso,* cuando ya iban nombrados muchos poetas buenos, regulares y malos, como defensores del Parnaso, cayese allí Lope de Vega, llovido del cielo:

Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
ninguno le aventaja ni aun le llega.....

Hay en todas estas y otras muchas expresiones entre los dos grandes hombres cambiadas, momentos de sinceridad y franqueza y otros de artificio y conveniencia ó miramiento social. Conocíanse ya mutuamente, pero no se acababan de estimar, ni quizá de comprender en el respecto artístico ni en el particular y amistoso. No puede afirmarse de plano que los odios subsistiesen, aunque las fuentes del odio no se habían agotado en el alma de Cervantes, quien hasta en esto mostraba su brío juvenil. Tampoco puede aseverarse que llegaran en ningún momento ambos á una completa y franca inteligencia. Eran vecinos, se veían, el dolor los había juntado por un instante y los movimientos de la corte volvían á separarlos. De todas maneras, ya era Cervantes un ingenio de esta corte, y su nombre sonaba bien en todos los oídos y la discreción y moralidad de sus *Novelas ejemplares* hallaban grata acogida en los criterios más graves y reparones.

Para acabar de entremeterse en aquella sociedad, componía en los ratos en que descansaba del *Quijote,* y del *Persiles*, los áureos tercetos del *Viaje del Parnaso*, que no supo leer siquiera el señor D. Manuel Josef Quintana, quien jamás hizo versos tan llenos de sentimiento y de nobleza como toda la parte autobiográfica en este admirable poema contenida.

Desdichadísimo en los versos, dijo el señor Quintana que había sido Cervantes. Afortunadamente han llovido más siglos sobre el poeta de *la vacuna,* que sobre el del *Quijote,* con no hacer todavía cien años que murió Quintana. Bien muerto está el buen señor, y bien vivo, cada vez más vivo, el *desdichadísimo* Cervantes.

Pero si con el *Viaje al Parnaso*, que ya tenía en el telar, intentaba ganarse la confianza y la gratitud de todos los demás poetas cortesanos, no parece creíble que, dadas sus muchas ocupaciones y el gigantesco esfuerzo que estaba realizando y que había de hundirle en el sepulcro, pudiese Miguel frecuentar el trato y sociedad de todos aquellos señores. Más seguro es que anduviera cada vez menos y escribiera cada vez más. Con aquellas dos ingen-

tes fábulas del *Quijote*, y del *Persiles* en la cabeza, debía de vivir en un mundo de ensueño y de pesadilla, dándose escasa cuenta de sus impresiones, sintiéndose otro yo escribiente y pensante distinto del yo andante, corriente y moliente. De este modo, su fe en sí mismo, lejos de abatirse, crecía y se afirmaba.

Con ella no dejaba de crecer su fe divina. Solo en su casa, no oía más ruido que el lento rezongar de su sobrina y de su mujer que, en un rincón, removían sus rosarios. Su amigo y casero el clérigo D. Francisco Martínez Marcilla le visitaba, tenía con él conversaciones discretas y apacibles, más de casa que de camino. Afuera, en la calle del León, vociferaban los comediantes en el mentidero. Pasaba Lope, se le quitaban todos los capelos, con grandes reverencias.

Desde su ventana, Cervantes veía en un breve espacio la gran comedia del mundo.

CAPÍTULO LIII

EL VIAJE DEL PARNASO

En medio del camino de la vida, con la cadena al pie y la argolla al cuello, la mano que libre y sana quedara á Miguel escribió su inmortal epístola á Mateo Vázquez, obra de sangre y de dolor, de vida y de miseria, cual jamás pudo escribirlas el *dichosísimo* y afeitado burgués señor Quintana. Los tercetos de esta epístola son tan buenos como los mejores que se hayan escrito en castellano, sin exceptuar los del famoso capitán Andrada. A aquellos críticos chirles para quienes no cabe dudar que Cervantes escribía de prisa y corriendo, sin reflexión y sin lima, ¿cómo no les ha chocado el hecho de que las mejores obras poéticas de su pluma sean sonetos y tercetos y que, si alguna vez quería desahogarse y dar salida á los sentimientos íntimos que hervían en su corazón lo hiciese en sonetos como el de

¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza.....

ó como el de

Vimos en Julio otra semana santa.....

y cuando no en sonetos, en tercetos, cual los de la epístola á Mateo Vázquez

Si el bajo son de la zampoña mía

ó los del *Viaje del Parnaso*.

Un quidam Caporali italiano.....?

Tercetos admirables compuso cuando se vió en el último extremo de la angustia, allá en Argel. Admirables tercetos forjó cuando se hallaba en el último extremo de la vida.

Abarca el *Viaje del Parnaso*, por consiguiente, la época más grande y memorable en la existencia de Miguel, aquella en que el hombre, olfateando cercana la muerte, quiere decir á los futuros tiempos lo que él ha sido y lo dice, entreverando la sinceridad y la llaneza con estos ó aquellos toques de modestia no fingida, sino naturalmente mezclada con el franco orgullo de quien está cierto de haber realizado obra maciza, sólida. Sigamos el pensamiento de Miguel en este inapreciable documento autobiográfico y podremos reconocer cuanto él creía de sí mismo, ya que no cuanto pensaba de los demás, pues hay en esta obra, como en el *Canto de Caliope*, de la *Galatea*, y en el *Laurel de Apolo*, de Lope, demasiados poetas alabados para que todos ellos sean buenos.

Como el César Caporali, á quien imitó y al imitarle hundióle en el olvido,

> contó, cuando volvió el poeta solo
> y sin blanca, á su patria, lo que en vuelo
> llevó la fama deste al otro polo,

Miguel, que ya gustara las amarguras del poeta que vuelve solo y sin blanca á su patria y recientemente las resaboreó al tornar así á Alcalá de Henares, comenzó alardeando de modestia, por decir

> Yo que siempre trabajo y me desvelo
> por parecer que tengo de poeta
> la gracia que no quiso darme el cielo.....

versos que le han sido fatales, pues á ellos se han agarrado centenares de imbéciles para, sin más argumentos, pregonar la incapacidad poética de Cervantes «por él mismo reconocida»... y sin pasar de ahí, le han condenado, como debió de hacer el rimbombante cantor de las pústulas de ternera. Pero nosotros que hemos seguido al poeta en sus versos, sigámosle en sus pensares ó sentires.

El poeta camina fatigado,

> Porque en la piedra que en mis hombros veo
> que la fortuna me cargó pesada
> mis mal logradas esperanzas leo.....
> Mas como de un error siempre se empieza,

> creyendo á mi deseo dí al camino
> los pies, porque dí al viento la cabeza.
> En fin, sobre las ancas del destino,
> llevando á la elección puesta en la silla.....

parte con la vista fija en lo futuro. Bien sabe él lo que son los poetas para el viaje del vivir.

> Llorando guerras ó cantando amores
> la vida como en sueño se les pasa
> ó como suele el tiempo á jugadores.
> Son hechos los poetas de una masa
> dulce, süave, correosa y tierna
> y amiga del hogar de ajena casa.....

Pero él se reconoce á sí mismo y dice:

> Vayan, pues, los leyentes con letura,
> cual dice el vulgo mal limado y bronco,
> que yo soy un poeta desta hechura:
> Cisne en las canas y en la voz un ronco
> y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
> desbastar de mi ingenio el duro tronco:
> Y que en la cumbre de la varia rueda,
> jamás me pude ver sólo un momento
> pues cuando subir quiero, se está queda.

Huye, pues, de la engañosa corte de Madrid, despídese del Prado, y de las gradas de San Felipe, así como de los corrales y del hambre madrileña.

> Adiós, teatros públicos, *honrados*
> *por la ignorancia que ensalzada veo*
> *en cien mil disparates recitados,*

donde no cabe dudar que alude á Lope...

> Adiós, hambre sotil de algún hidalgo
> que, por no verme ante tus puertas muerto,
> hoy de mi patria y de mí mismo salgo.....

Ya sabía lo que era el *hambre sotil* de los hidalgos y lo que daba de sí la corte. Por fortuna, él vivía á veces de antiguas memorias, y al ver el mar se renovaban en su mente las imágenes de los gloriosos días. Estos recuerdos reaniman al cansado viandante y levantan su corazón. Pues nadie le ha hecho justicia entre

sus contemporáneos, sino el vulgo, en cuyas bocas andan el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, él, el mismo Miguel se la hará por boca del dios Mercurio que le dice:

¡Oh, Adán de los poetas, oh, Cervantes!
¿qué alforjas y qué traje es éste, amigo,
que así muestra discursos ignorantes?
Yo, respondiendo á su demanda, digo:
Señor, voy al Parnaso y como pobre
con este aliño mi jornada sigo.
Y él á mí dijo: ¡Sobrehumano y sobre
espíritu cilenio levantado!
toda abundancia y todo honor te sobre,
Que en fin has respondido á *ser soldado*
antiguo y valeroso, cual lo muestra
la mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra.
Y sé que *aquel instinto sobrehumano*
que *de raro inventor tu pecho encierra*
no te le ha dado el padre Apolo en vano.
Tus obras los rincones de la tierra,
llevándolas en grupa Rocinante
descubren y á la envidia mueven guerra,
Pasa, *raro inventor*, pasa adelante
con tu sotil disinio y presta ayuda
á Apolo, que la tuya es importante.

¿No era razón que el mismo Cervantes dejase á la dormida posteridad su *Non omnis moriar*, su *Naso magister erat*, como lo han dejado todos los grandes creadores? Comprendía él y sentía que legaba al mundo una obra imperecedera y quería avisárselo á su siglo, que tan mal le había pagado. Sentía venir la muerte y quería dilatar el goce del vivir, la alegría de ser, que nunca dejó de sentir en su alma. Tendía en torno suyo la vista y divisaba poetas, amigos y enemigos, todos inferiores á sus elogios: allá iba dejándoles embutidos cada uno en un terceto como muertos en nicho de camposanto... pero no, á todos no. Ya sabía Cervantes adelantar los juicios de la posteridad para los otros como para sí mismo, y habiendo servido con un terceto á Góngora, con otro á Espinel, á Salas Barbadillo, á Suárez de Figueroa, á Balbuena y á Cabrera de Córdoba, para hablar de Quevedo necesita, por lo menos, cuatro:

—Mal podrá *D. Francisco de Quevedo*
venir—dije yo entonces. Y él me dijo:
—Pues partirme sin él de aquí no puedo.
Ese es hijo de Apolo, y ese es hijo
de Calíope musa. No podemos
irnos sin él, y en esto estaré fijo.
Es el flagelo de poetas memos,
y echará á puntillazos del Parnaso
los malos que esperamos y tememos.
—¡Oh, señor!—repliqué,—que tiene el paso
corto, y no llegará en un siglo entero.
—Deso—dijo Mercurio—no hago caso.....

Un terceto solo, ya citado, nos muestra llovido del cielo al gran Lope de Vega,

poeta insigne á cuyo verso ó prosa
ninguno le aventaja ni aun le llega,

y aunque el elogio venga un poquillo tarde y descarriado, no es menos de agradecer. En pos de esto, canta el poeta su desengaño de las promesas que le hicieron los *Lupercios*, como él los llama, cuando ve en lontananza la tendida hermosura de Nápoles, cuyo caserío blanco se refleja en las aguas del amable golfo. Acuden todos los poetas hambrientos y ahitos al jardín de Apolo, siéntanse á la sombra de cien laureles que en él había. Cervantes sólo llega tarde, como siempre llegó en su cuitada existencia, y se queda en pie.

En fin, primero fueron ocupados
los troncos de aquel ancho circuïto,
para honrar á poetas delicados,
Antes que yo en el número infinito
hallase asiento: y así, en pie, quedéme
despechado, colérico y marchito.
Dije entre mí:—¿Es posible que se extreme
en perseguirme la fortuna airada,
que ofende á muchos y á ninguno teme?
Y volviéndome á Apolo, con turbada
lengua, le dije lo que oirá el que guste.....

Marchito, sí, pero también *despechado y colérico*. Ved aquí tres adjetivos elocuentísimos, definitivos, inimitables para pintar una situación de ánimo. El hombre que á los sesenta y seis años se halla en tal disposición, es un hombre eternamente joven, á quien los golpes de la infame suerte no abatirán ni siquiera al pie del sepulcro. Pero veamos cómo aprovecha Miguel la ocasión para presentar á Apolo y al mundo la cuenta de sus méritos y servicios: veamos cómo, habiendo dicho el *Non omnis moriar* de Horacio y el *Naso magister erat* de Ovidio, sabe decir el *Ille ego qui quondam...* de Virgilio, y aunque la cita parezca larga, no importa, pues sería tonto exponer en desmañada prosa lo que sobre sí mismo y sobre las desgracias y venturas de su vida expuso en versos insuperables él mismo.

Y así le dije á Delio:—No se estima,
señor, del vulgo vano el que te sigue,
y al árbol sacro del laurel se arrima.
La envidia y la ignorancia le persigue,
y así, envidiado siempre y perseguido,
el bien que espera por jamás consigue.
Yo corté con mi ingenio aquel vestido
con que al mundo la hermosa *Galatea*
salió para librarse del olvido.
Soy por quien la *Confusa*, nada fea,
pareció en los teatros admirable,
si esto á su fama es justo se le crea.
Yo, con estilo en parte razonable,
he compuesto *comedias que, en su tiempo,*
tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
al pecho melancólico y mohino,
en cualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invención excede
á muchos, y al que falta en esta parte
es fuerza que su fama falsa quede.
Desde mis tiernos años, amé el arte
dulce de la agradable poesía,
y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la humilde pluma mía
por la región satírica, bajeza
que á infames premios y desgracias guía.
Yo el soneto compuse que así empieza,
por honra pincipal de mis escritos:
¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza!
Yo he compuesto *romances* infinitos
y el de los *Celos* es aquel que estimo
entre otros que los tengo por malditos.
Por esto me congojo y me lastimo
de verme solo en pie, sin que se aplique
árbol que me conceda algún arrimo.
Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
para dar á la estampa el gran *Persiles*
con que mi nombre y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos y sotiles
dispuestos en sonetos de á docena
he honrado tres sujetos fregoniles.
También al par de *Filis* mi *Filena*
resonó por las selvas que escucharon
más de una y otra alegre cantilena
Y en dulces varias rimas se llevaron
mis esperanzas los ligeros vientos
que en ellos y en la arena se sembraron.
Tuve, tengo y tendré los pensamientos
merced al cielo, que á tal bien me inclina
de toda adulación libres y exentos.
Nunca pongo los pies por do camina
la mentira, la fraude y el engaño
de la santa virtud total rüina.
Con mi corta fortuna no me ensaño,
aunque por verme en pie, como me veo,
y en tal lugar, pondero así mi daño.
Con poco me contento, aunque deseo
mucho.—A cuyas razones enojadas
con estas blandas respondió Timbreo:
—Vienen las malas suertes atrasadas
y toman tan de lejos la corriente
que son temidas, pero no excusadas.
El bien les viene á algunos de repente
á otros poco á poco y sin pensallo
y el mal no guarda estilo diferente.
El bien que está adquirido, conservallo

con maña, diligencia y con cordura
es no menor virtud que el *granjeallo.*
Tú mismo te has forjado tu ventura
y yo te he visto alguna vez con ella,
pero en el imprudente poco dura,
Mas si quieres salir de tu querella
alegre, y no confuso, y consolado,
dobla tu capa y siéntate sobre ella.
Que tal vez suele un venturoso estado
cuando le niega, sin razón, la suerte,
honrar más merecido, que alcanzado.
—Bien parece, Señor, que no se advierte—
le respondí: *—que yo no tengo capa—*
El dijo: *—Aunque sea así, gusto de verte.*
La virtud es un manto con que tapa
y cubre su indecencia la estrecheza
que exenta y libre de la envidia escapa.—
Incliné al gran consejo la cabeza.
Quedéme en pie, que no hay asiento bueno
si el favor no le labra ó la riqueza.
Alguno murmuró, viéndome ajeno
del honor que pensó se me debía,
del planeta de luz y virtud lleno.
En esto pareció que cobró el día
un nuevo resplandor.....

¿Conocéis algún poeta que haya sabido hablar de sí mismo y de sus desventuras y azares con mayor dignidad y nobleza? Apolo, oídos y conocidos los méritos de Miguel, le habla el lenguaje con que tal vez le hablaron aquellos árboles á cuyo arrimo y sombra quiso vivir. Apolo le aconseja que se siente y espere. Parece que la casa va á triunfar del camino. Mas no sucede así. El poeta pasa adelante, seguro de sí mismo. Ya ha cantado sus alabanzas, con sublime y honrada inmodestia: él mismo declara

Jamás me contenté ni satisfice
de hipócritas melindres. *Llanamente*
quise alabanzas de lo que bien hice.....

Le falta aún exponer su Estética, los principios á que él suele obedecer en la composición y en el pensamiento. Y para ello comienza por distinguir dos clases de poesías.

—Esta, que es la poesía verdadera,
la grave, la discreta y la elegante—
dijo Mercurio—la alta y la sincera,
Siempre con vestidura rozagante
se muestra en cualquier sitio que se halla
cuando á su profesión es importante.
Nunca se inclina ó sirve á la canalla,
trovadora, maligna y trafalmeja
que en lo que más ignora, menos calla.
Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
amiga de sonaja y morteruelo,
que ni tabanco, ni taberna deja.
No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
grande amiga de bodas y bautismos,
larga de manos, corta de cerbelo.
Tómanla por momentos parasismos.
No acierta á pronunciar y si pronuncia
absurdos hace y forma solecismos.
Baco, donde ella está su gusto anuncia
y ella derrama en coplas el poleo,
compa y verbena, y el mastranzo y juncia.
Pero aquesta que ves es el aseo,
la gala de los cielos y la tierra,
con quien tienen las musas su bureo.....
Moran con ella en una misma estancia
la divina y moral Filosofía,
el estilo más puro y la elegancia.
Puede pintar en la mitad del día
la noche, y en la noche más escura
el alba bella que las perlas cría.
El curso de los ríos apresura
y le detiene, el pecho á furia incita
y le reduce luego á más blandura.
Por mitad del rigor se precipita
de las lucientes armas contrapuestas
y da victorias y victorias quita.
Verás cómo le prestan las florestas
sus sombras y sus cantos los pastores,
el mal sus lutos y el placer sus fiestas.....

Y expuesta esta definición de la poesía tal como él la concibe y la entiende, confiesa más adelante los principios de su personal y peculiar Estética:

Palpable vi, mas no sé si lo escriba
que á las cosas que tienen de imposibles
siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.
Las que tienen vislumbres de posibles,
de dulces, de süaves y de ciertas
explican mis borrones apacibles.
Nunca á disparidad abre las puertas
mi corto ingenio y hállalas contino
de par en par la consonancia abiertas.
¿Cómo puede agradar un desatino,
sino es que de propósito se hace,
mostrándole el donaire su camino?
Que entonces la mentira satisface
cuando verdad parece y está escrita
con gracia, que al discreto y simple aplace.....

Esto es lo que hoy llamaríamos una profesión de fe naturalista, realista ó verista, como se quiera. Para Cervantes, la verdad y la razón son la única fuente del arte. La paradoja y el absurdo sólo son elementos de sátira deliberadamente empleados. Nada más curioso ni de más valor que esta declaración tan honrada y sincera en el autor del *Quijote*. Entiéndase bien y de una vez para siempre—dice—que él no busca la disparidad, sino la consonancia. A la posteridad avisa que no advierta en el contraste de Don Quijote y Sancho antagonismos eternos, sino meramente circunstanciales, y que en una superior armonía vienen á resolverse por fin. Quizás por eso mismo, y por no tener la conciencia enteramente tranquila con respecto á la realización de este propósito suyo, Cervantes aprecia más el *Persiles* que el *Quijote*, porque en el *Persiles* todo es consonancia ó armonía completamente manifiesta.

Su firmeza de juicio es tal, que no acepta el regalo con que Apolo obsequia á los poetas endebles: remedio á la flaqueza de éstos son los excrementos de Pegaso, caballo alimentado con ámbar y almizcle entre algodones puestos, y que bebe del rocío de los prados. Este remedio—dice Apolo—

de los vaguidos cura y sana el daño.....
—Sea—le respondí—muy norabuena.

Tieso estoy de celebro, por ahora,
Vaguido alguno no me causa pena.

Con esto, vuelve el poeta á su morada. Los no incluídos en el *Viaje del Parnaso* le saludan con *risa de conejo:*

Yo socarrón, yo poetón ya viejo,
volvíles á lo tierno las saludes
sin mostrar mal talante ó sobrecejo.....

Unos mancebitos cuellierguidos y almidonados le dicen que su ingenio ya caduca. El poeta no les hace caso y vuelve fatigado á su posada antigua y lóbrega.

Aún le parece conveniente aclarar algunos puntos y añade la *Adjunta al Parnaso*, en donde no puede menos de mentar con nueva alabanza *al famoso Vicente Espinel* y á D. Francisco de Quevedo, ni resiste al deseo de mencionar nuevamente sus propias desafortunadas comedias. ¿Por qué no se representan?—le pregunta el mocito enviado por Apolo, Pancracio de Roncesvalles, en cuya pintura muestra Miguel lo que él habría hecho si á pintar lechuguinos madrileños se pusiera.—Porque ni los autores me buscan, ni yo los voy á buscar á ellos.—No deben de saber que vuestra merced las tiene—arguye Pancracio.—Sí saben—replica Miguel—; pero como tienen sus poetas paniaguados y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo: pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea despacio lo que pasa apriesa y se disimula ó no se entiende cuando las representan: y las comedias tienen sus sazones y tiempos como los cantares...

Compuesta y acabada esta obra veintiún meses antes de morir Cervantes, apenas hallaréis en ella una línea que no esté llena de frescura, lozanía y gracia juvenil. A un joven muy joven, como que no pasaba de los quince años, la dedicó. Llamábase el tal señorito D. Rodrigo de Tapia, y era caballero del hábito de Santiago, hijo del poderoso y bienquisto cortesano D. Pedro de Tapia, Oidor del Consejo Real y Consultor del Santo Oficio de la Inquisición Suprema. Es muy probable que Miguel ni siquiera conociese á Don Rodrigo de Tapia. Es seguro que la dedicatoria de su precioso

Viaje no le sirvió para nada práctico. Previniéndolo y previéndolo había escrito la última de las ordenanzas y advertencias de Apolo á los poetas españoles, la cual dice así:

«Item, se da aviso que si algún poeta fuese favorecido de algún príncipe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino ***déjese llevar de la corriente de su ventura***, que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta, por sabandija que sea.»

CAPÍTULO LIV

LAS JUSTAS DE SANTA TERESA.—EL QUIJOTE DE AVELLANEDA. LO QUE OYÓ EL LICENCIADO MÁRQUEZ DE TORRES

Conocido y colocado ya Cervantes en el número de los poetas cortesanos, de los cuales era el más viejo, no desperdició la primera ocasión de mostrarse en público con la dignidad que su mérito y sus años pedían, y al propio tiempo, con brío juvenil, compitiendo en el primer certamen que se ofreciera.

Fué este una Justa poética celebrada en la Corte con motivo de haber sido beatificada por el Papa Paulo V la Venerable Religiosa Teresa de Jesús, tras repetidas instancias del Rey Felipe III y de todas las ilustraciones y dignidades de la Iglesia española, allende los cuerpos consultivos y seglares, las Universidades, el duque de Lerma y cuantos señores significaban ó valían algo.

No era la Corte Romana tan benévola y liberal entonces como ahora en esto de las beatificaciones. Hacía falta para conseguirlas que los santos, á más de serlo, tuviesen buenas aldabas á que agarrarse y sólo hallándose enérgicamente recomendados por personas de suposición y viso, lograban ser puestos en los altares. Por otra parte, sabido es cómo en vida y en muerte la Mujer divina de Avila tuvo feroces enemigos que encarnizadamente se empeñaban en parar turbia y confusa la clara vida de la Santa. Aun, después de beatificada, para lograr la canonización, que vino ocho años más tarde, fué menester que el Rey de Francia Luis XIII y la Reina Cristianísima María de Médicis escribieran nuevas suplicantes cartas á Paulo V y le enviasen como embajador al marqués de

Treynel, quien tampoco logró ablandar la resistencia del Pontífice. Santa Teresa no fué canonizada hasta el 12 de Marzo de 1622; por decreto de S. S. Gregorio XV; en el mismo decreto se elevó á los altares á otros cuatro de los mayores santos de la Iglesia universal: Felipe Neri, Francisco Xavier, Isidro Labrador, Ignacio de Loyola. Tampoco todos los días se ofrecen santos de este porte.

La alegría de los carmelitas al ver beatificada á su fundadora y Madre debió de ser inmensa. Sin embargo, no parece que fueron ellos solos ni siquiera los principales organizadores del Certamen poético de Madrid. Tuvo esta fiesta carácter esencialmente cortesano: fué como una de esas funciones medio místicas medio literarias con que hoy ciertas congregaciones madrileñas entretienen la perfumada y frívola devoción de la aristocracia, logran llenar un local, iglesia ó semi-iglesia, de señoras y señoritas ataviadas con sus más gentiles trapos, exornadas con sus más ricas preseas, afeitadas con sus más finas pinturas, prevenidas con sus más excitantes incentivos, apercibidas con sus más graciosas maledicencias, y de caballeros ancianos á quienes la larga cuenta de sus pecados hace temblar y de caballeretes lindos que van á la husma de una dote ó al olorcillo de una aventura, en lugar repuesto y reservado á las miradas del profano vulgo y donde todo puede parecer meritorio y acepto á los ojos de Dios. Imaginaos esto y acertaréis.

El concurso era una fiesta elegante, refinada, entre personas de la más alta sociedad. Formaban el jurado tres señoritos aristócratas de la corte, á saber: D. Rodrigo de Castro, hijo del conde de Lemos, D. Melchor de Moscoso, hijo del conde de Altamira, y Don Francisco Chacón, hijo del conde de Casarrubios. Asesoraba al tribunal así formado ¿quién sino Lope de Vega Carpio, el universal, el ubicuo, el indispensable, el inevitable? Claro está que los tres señoritos citados no eran sino tres figuras decorativas, cual suelen serlo cuantos, por darse lustre, intervienen generalmente en esas fiestas. Ellos iban á colocarse detrás de una entapizada mesa, muy ricamente emperifollados, con las más joyas que pudiesen y á ser blanco de las miradas femeninas y de paso á echarla de importantes y de literatos, cosa que entonces ***vestía*** mucho más que ahora. Dictó Lope los temas para el Certamen y uno de ellos rezaba: «Al que con más gracia, erudición y elegante estilo, guardando el rigor lírico, hiciese una canción castellana en la medida de aquella de Garcilaso *El dulce lamentar de dos pastores,* á los divinos éxtasis que tuvo nuestra Santa Madre, que no exceda de siete estancias, se le dará un jarro de plata: al segundo ocho varas de chamelote: y al tercero, unas medias de seda».

Miguel, á quien, para preparar la publicación de sus nuevas obras, convenía mucho conseguir un premio en tan sonada fiesta, debió de visitar al hijo de su protector el conde de Lemos y á la influencia de éste quizás y también á que Lope en aquellos días de arrepentimiento y blandura cordial, deseaba mostrar á Cervantes cómo había cesado su malquerencia, debió Miguel la suerte de que su canción mereciera uno de los premios, no sabemos cuál y fuese leída por el mismo Lope en la solemnísima función que se celebró el 12 de Octubre de 1614 y á la cual asistió lo más florido de la corte de España.

Para la vanidad de Miguel que alguna le quedaba, como hemos visto en sus propias frases revelado, no podía haber más glorioso triunfo que verse leído ante los más altos ingenios de la corte y oir sus versos saliendo de los labios de Lope, que antes le habían alabado con mesura y discreción. Quería él mostrar que su numen se conservaba mozo y, cuando no lo probaba con los versos que no son sino mediocres, lo acreditaba con el arranque y el denuedo de intentarlo. Siempre los otoños le habían sido favorables y aquel lo era y mucho, sin duda alguna, pues colocaba por fin las cosas en su lugar y dejaba á Miguel celebrado y ensalzado por quien siempre fué su enemigo y aplaudido por la corte, que tantos años le fuera indiferente ú hostil.

Por otra parte, á un viejo poeta le agrada por cima de otro honor y estimación la compañía y la consideración de los mozos, que es honra para hoy y gloria para mañana, y en aquel punto Miguel se veía celebrado por jóvenes como el de Lemos, el de Altamira, el de Casarrubios, D. Fernando de Lodeña, D. Rodrigo de Tapia. Conocedor de la humanidad como nadie, comprendía Miguel que no hay error tan grande cual el de los viejos que desatienden á los jóvenes y no estiman sus aprecios, ni agradecen sus admiracio-

nes, ni buscan su conversación y compañía. Esta es una prueba profunda, decisiva de que un hombre no tiene confianza en su obra ni cree que traspasará los límites de sus días. Cuando se cree en el mañana, se comienza por estimar á los que más cerca del mañana se encuentran. Por eso mismo figuran bastantes poetas jóvenes en el *Viaje del Parnaso,* que debió de publicarse en aquellos días.

Contento y alborozado con esta nueva y ansiada gloria se hallaba Cervantes, cuando cierto día, al entrar en casa de su amigo Robles ó en casa de su amigo Villarroel, uno de estos dos libreros le mostró cierto libro, cuya portada decía: «Segundo tomo del Ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, *que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus auenturas, Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Auellaneda, natural de la Villa de Tordesillas. Al Alcalde, Regidores y hidalgos de la noble villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo Cauallero Don Quixote de la Mancha. Con Licencia. En Tarragona, en casa de Felipe Roberto. Año 1614.*»

Con ojos febriles, resguardados rápidamente detrás de los anteojos, con manos que temblaban de ira y de despecho, recorrió Cervantes las primeras hojas de aquella gran superchería, la aprobación firmada por el doctor Rafael Ortoneda, la licencia del vicario general del arzobispado de Tarragona, doctor Francisco de Torme y de Liori, la dedicatoria del falso Avellaneda «al Alcalde, Regidores y hidalgos de la noble villa del Argamesilla de la Mancha», el procaz, insultante, insípido y pedantesco prólogo «menos cacareado y agresor de sus lectores que el que á su *Primera parte* puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que segundó en sus *Novelas,* más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas. No le parecerán á él—añadía el supuesto Avellaneda—lo son las razones desta historia, que se prosigue con la autoridad que él la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegaron: y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una: y, hablando tanto de todos, hemos de decir dél que *como soldado tan viejo en años como mozo en bríos* tiene más lengua que manos; pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de

su *Segunda Parte;* pues no podrá, por lo menos, dejar de confesar tenemos ambos un fin que es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa: si bien en los medios diferenciamos, *pues él tomó por tales el ofender á mí,* y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar». «Nadie se espante—añade—de que salga de diferente autor esta *Segunda Parte,* pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos. ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las *Arcadias,* diferentes las han escrito: la *Diana* no es toda de una mano. Y, pues, Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura, y ¡plegue á Dios aun deje ahora que se ha acogido á la Iglesia y sagrado! Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa: que eso son las más de sus novelas: no nos canse...»

Acostumbrado estaba Cervantes á caer desde los días felices y gloriosos en los de mayor miseria y aflicción, pero la maldad artera é hipócrita encubierta detrás de tan miserables insultos á su honrada vejez y á su honrosísima cicatriz le sacó de sus quicios, le puso fuera de sí y arrancó de su pecho toda la prudencia, conformidad y resignación que los años y las pesadumbres en él habían depositado.

Con el libro odioso en la mano, consultó á sus amigos, recorrió las casas donde aún le querían, procuró indagar, averiguar quién fuera el malvado que había querido causarle tan grave y

honda desazón. No era tarea fácil esto. El libro estaba impreso en Tarragona. El autor se ocultaba indudablemente tras la ficción de un seudónimo. En Tordesillas no conocía nadie á tal licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Ni cabía dudar de dos cosas: primera, que el autor era un aragonés, pues llena de expresiones aragonesas está su obra, y que era un amigo oficioso de Lope de Vega, y probablemente clérigo ó persona atropelladamente erudita en lecturas teológicas y clásicas.

Pasado el tiempo, confirmó Cervantes que el fingido Avellaneda era aragonés: pero nada más supo, según todas las trazas, ni nadie ha logrado descubrir cosa de provecho entre los muchos y grandes ingenios que á tal labor han consagrado sus vigilias. Hasta hoy, á pesar de las diversas hipótesis expuestas por hombres doctos, por atrevidos soñadores y por desaprensivos y caprichosos individuos á quienes ciega pasión guía, nada hay probado é indudable respecto de quién fuese Alonso Fernández de Avellaneda. No parece tan destituída de fundamento como las anteriores la hipótesis del maestro Menéndez y Pelayo, quien aventura el nombre de cierto Alonso Lamberto, aragonés, poeta mediano, tal vez desechado en las justas de Zaragoza. Quizá no está lejana la fecha en que otro ilustre escritor acarree nuevos datos relativos á este casi desconocido *Alisolán* ó Alonso Lamberto, de quien hoy sabemos tan poco. Posible es que con ellos se demuestre palpablemente lo que ya se deduce de las palabras copiadas del prólogo, la perfidia con que el envidioso Avellaneda ingirió en él el nombre de Lope, conociendo la escasa armonía en que éste y Cervantes habían vivido hasta entonces y deseando provocar un rompimiento entre ambos, por aquel odio que todos los escritores chirles tienen á los de gran mérito, y por el afán de verles desavenidos y prontos á sacar á relucir sus flaquezas, pues no se le oculta á la envidia, que sólo el grande puede murmurar del grande con razón suficiente para que se le haga caso y se conceda asenso á sus murmuraciones.

Leyendo el malhadado libro apenas alcanzaba Miguel á persuadirse de que tanta maldad como la que destila el prólogo cupiese en tan rastrero y pobre ingenio como el probado en la obra.

Quienes han dicho bien de ella, ó pertenecían á la triste raza de los envidiosos, de los impotentes, de los *postergados*, de los *ratés*, ó carecían de todo sentido literario. El *Quijote* de Avellaneda es una obra peor que mala, y se parece al *Quijote* verdadero como un brillante de á dos pesetas á uno que valga veinte mil. No busquéis en él nada de lo que va por dentro en el *Quijote* de Cervantes. El *Quijote* de Avellaneda es un *Quijote* falto de grandeza y de ideal. Sólo pueden engañarse respecto de él quienes sean capaces de confundir los brillantes de cristal con los verdaderos, y no sólo de confundirlos, sino de presentarse en sociedad adornados con cachos de vasos rotos, como los indios salvajes con cuentas de vidrio. Todo en este libro es igualmente falso, desmañado, torpe, bajuno. Inútil é impropio de este lugar sería hacer de él análisis y pepitoria, desmenuzando las partes de su cansada é inaguantable lectura.

Si lo habéis leído como solamente puede leerse, á título de curiosidad é información, habréis reparado la incongruencia que desde las primeras páginas hay entre todas y cada una de sus figuras con las de la *Primera parte* de Cervantes. El falso Avellaneda era tan torpe y falto de cacumen, de sentido literario y de gusto, que—él mismo lo dice—creía posible continuar el *Quijote* como Lope y otros continuaron la *Arcadia* y Gil Polo coatinuó la *Diana*. Todos los escritores de aquel tiempo habían caído ya en la cuenta de la enorme diferencia que había entre los demás libros de pasatiempo ó ficción y el *Quijote*. Ninguno había osado poner mano en esta obra, desde un principio tenida por intangible. Solamente el gordo Vicente Espinel, allá en sus adentros, meditaba algo que venía á ser una componenda, una transacción entre *Guzmán de Alfarache* y *Don Quijote*, sin desdoro del uno ni del otro, y á tales cavilaciones debemos *El escudero Marcos de Obregón*. Hacía falta que un ingenio provinciano, ya no muy enterado de los asuntos de la corte, ni de los nuevos valores y las recientes estimas que iban dándose á las cosas, se desatara con un aborto como el *Quijote* de Avellaneda, para mayor gloria de Cervantes, hablando de la *Arcadia* y de la *Diana*...

Recorred las páginas del *Quijote* de Avellaneda y recordad

cuántas es menester pasar en el de Cervantes y cuán en materia hemos entrado y cuál confianza no hemos adquirido ya con el autor para que éste se decida, en una situación que absolutamente lo requiere y en donde es naturalísimo hacerlo, á escribir la palabra fea de las cuatro letras que, por pudor representamos con una *p*... Pues bien, en el *Quijote* de Avellaneda no habéis leído aún cien líneas cuando esa palabra os salta al rostro como un bofetón, arguyendo la indelicadeza y la grosería del imitador inconsciente.

Más allá, y hacia el comedio del libro tropezáis con el cuento de los *Felices amantes,* que el autor recogió del Ejemplario ó libro de milagros de la Virgen Santísima, de Juan Hervet, el *Discípulo,* escritor del siglo XV ó de la hermosa comedia que con el título de *La buena guarda* ó de *La encomienda bien guardada* compuso Lope tres años antes de salir el *Quijote* de Avellaneda, á ruego de *una señora destos reinos* que había leído la narración en un libro devoto. Es una vieja leyenda, no posterior al siglo XII, contada por el monje cisterciense Cesáreo de Heisterbach en sus *Libri duodecim dialogorum de miraculis, visionibus et exemplis,* repetida por el citado Juan Hervet, recopilada entre las *Latin Stories,* que reunió Tomás Wright, puesta en verso francés en la famosa colección del gran vate mariano Gualtero de Coincy, con el título *De la nonnain que Nostre Dame delivra de grand blasme et de gran poine,* traducida al gallego por el Rey Sabio en la Cantiga XCIII de su libro inmortal, bajo el título *Esta é como Santa María serviu en logar de la monia que sse foi do moesterio,* y en fin, resucitada en los tiempos del romanticismo por el gran cuentista francés Carlos Nodier en su *Legènde de Soeur Beatrix,* por nuestro Zorrilla en *Margarita la Tornera* y por el tierno P. Arolas en su *Beatriz la Portera.*

Con paz sea dicho del maestro Menéndez y Pelayo, la narración del caso de la monja liviana, es en el *Quijote* de Avellaneda un cuento estirado, prosaizado, deslavazado, falto en absoluto de ternura y de pasión, echado á perder, en suma. Cuatro larguísimos capítulos, llenos de impertinentes razonamientos, y en los que no se advierte el más leve indicio de que el autor conociera la pasión

amorosa, sino de oídas, ocupa el cuento con tan bella y nerviosa concisión relatado en once estrofas por el Rey Sabio, con tan fogosa travesura llevado á la escena por Lope, con tan noble poesía embellecido por Nodier y esculpido para siempre por Zorrilla. Vemos aquí cuatro autores de distintas épocas y de diferentísimos temperamentos que tratan un mismo asunto sin hacerle perder la sencillez y el fuego de la pasión que le dió vida. Sólo el envidioso, el *raté,* el mezquino Avellaneda acertó á diluir tan bello é interesante dato poético y á hacerle perder toda la poesía y á afearle con las más innobles bajezas, según el mismo señor Menéndez y Pelayo reconoce.

¿Qué quiere decir este ejemplo escogido entre otros muchos? Que el falso Avellaneda, fuera quien fuese, era un hombre basto y común, cuyas cualidades se reducían á las del perro de muestra que olfatea y levanta la caza, pero no tiene bríos ni maña para cobrarla nunca. Como olfateó, sin verlo, ni mucho menos, comprenderlo y aprovecharlo cuánto había de substancial en el *Quijote* de Cervantes, y quiso echarlo á barato y hacerlo morteruelo y morondanga con sus manos gafas propias de quien si no era un frailuco, merecía serlo, venteó igualmente la hermosura de la leyenda piadosa mencionada, y no supo recoger el fruto que otros con más arte que él habían de gozar y aprovechar. Compárese esta inhabilidad de Avellaneda con el genial acierto de Cervantes al recoger en Toledo la leyenda del Cristo testigo y ponerla en prosa inmortal en *La fuerza de la sangre,* de suerte que la narración prosada compite en valentía y en intensidad estética con la poética narración de Zorrilla, quien no hizo sino añadir una circunstancia plástica, tomada de otra leyenda italiana referente á un Cristo de San Miniato: la feliz idea de que el Cristo desclave la mano atarazada, la pose en el libro y jure...

A la indignación y cólera que en Cervantes causó la lectura del falso *Quijote,* se debe la prisa con que entreveró y lardeó, aquí y allá, en el texto de su *Segunda parte* cuantas alusiones pudo contra el falso Avellaneda, aunque sin caer jamás en la bajeza del insulto ni recurrir á los ultrajes personales, ya por no ser propio esto de la noble y honrada condición de Miguel, ya también, lo

cual es no poco probable, porque no hubiese llegado á conocer con fijeza de dónde ni de quién había partido ataque tan furibundo.

Todo el invierno de 1614 y los primeros meses de 1615 los pasó metido en su casa ó en la imprenta de Juan de la Cuesta, corrigiendo aquí, retocando allá, mechando esto, peinando estotro. En Febrero de 1615 ya había terminado su obra. Al presentarla á la aprobación, encontró un excelente amigo en el licenciado Márqüez de Torres, que había de examinarla por comisión del Dr. Gutierre de Cetina, Vicario general de esta villa de Madrid. Consolémonos, como se consoló Cervantes, de la avilantez de su detractor, y copiemos las bellas y curiosas palabras que Márquez de Torres puso en su aprobación:

«Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel Cervantes assí nuestra nación como las estrañas, pues como á milagro dessean ver al autor de libros que con general aplauso, assi por su decoro y decencia, como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recebido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad que en veynte y cinco de febrero deste año de seyscientos y quinze, auiendo ydo el Ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal Arzobispo de Toledo, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el Embaxador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y los de España, muchos cavalleros Franceses de los que vinierō acompañando al Embaxador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mi y á otros Capellanes del Cardenal mi señor, desseosos de saber qué libros de ingenio andavan más válidos, y tocando acaso en este, que yo estaua censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Ceruantes, quando se començaron á hazer lenguas, encareciendo la estimación en que, asi en Francia como en los Reynos sus confinantes, se tenían sus obras, la Galatea, que algunos dellos tienen casi de memoria, la primera parte desta y las Novelas. Fueron tantos sus encaremientos *(sic)*, que me ofrecí lleuarles que viessen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos desseos. Preguntáronme muy pormenor su edad, su profession, calidad y cantidad. Halléme obligado á dezir que era viejo, soldado, Hidalgo y pobre, á que vno respondió estas formales palabras: Pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público. Acudió otro de aquellos Caualleros cō este pensamiento y cō mucha agudeza, y dixo: Si necessidad le ha de obligar á escriuir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

Bálsamo eran estas palabras para curar á Cervantes la llaga que el falso Avellaneda le hizo.

La gloria universal, con sus alas invisibles, tocaba la frente del viejo soldado, hidalgo y pobre.

CAPÍTULO LV

LAS COMEDIAS.—EL ENGAÑO Á LOS OJOS

El hidalgo de las barbas de plata, que veinte años antes fueron de oro, desembocó en la calle de Atocha con pasos desengañados y tardíos. Un poquillo se corcovaba al andar, como quien siente cercana la hora de ir escarbando para echarse, y en lo fruncido y cejijunto del rostro, ordinariamente jovial y bien dispuesto, se advertía la desazón que por dentro le hurgaba.

Aquel día, su amigo el librero Juan de Villarroel le había hecho esta revelación desconsoladora:

—De la prosa de vuestra merced se puede esperar mucho, del verso nada.—Y cuenta que esto no lo decía el buen Villarroel en son de menosprecio, ni como opinión personal suya, sino invocando el sentir de un autor calificado y famoso, no sin cierto dejillo de lástima que bien notó el hidalgo, muy hecho á sufrir compasiones ajenas.

Mascullando su amargura, siguió rebozado en su capa, lustrosa más del cepillo que de la plancha del sastre, y deseando no pensar más en aventuras poéticas y teatrales, se escurrió hacia la amiga casa de la Trinidad, que á mano izquierda se parecía y señoreaba la calle, harto angosta por aquel sitio. Entró en el portal como en el de su propia mansión y se encaminó á la capilla, donde ya otras muchas veces había encontrado remedio á las fatigas y angustias de su vivir, al levantar el espíritu á las más altas consideraciones. El postigo abierto en el portón del Claustro dejaba ver los arcos de piedra, por los que trepaban jazmines, y en el jardín, tres apacibles acacias y un robusto y orgulloso laurel. De

pronto, cubrió y cegó toda la luz del postigo la imagen de la comedia triunfante en la persona del doctor Alonso Ramón, que del convento salía apresurado. El autor de *Las tres mujeres en una* y de *El santo sin nacer y mártir sin morir*, próximo ya á cambiar la pluma regocijada del dramaturgo por la severa del historiador, miró al poeta pobre desde lo más hondo de su hábito y le saludó presurosamente con una sonrisa que al hidalgo le supo á desdén merecido, la cual es la más agria manera de sonrisas que puede verse.

Le quitó aquello á Miguel la gana de acogerse al sosiego y paz de la Iglesia: giró sobre sí mismo, con juvenil rapidez, salió de nuevo á la calle de Atocha, cogitando las más lúgubres aprensiones, revolviendo entre sí mismo las palabras de Villarroel con la sonrisa, á su parecer, compasiva del fraile y doctor Ramón.

¿Quién le había dicho al librero lo que tanto acongojaba al anciano poeta? ¿Había sido quizás el propio doctor Ramón? ¿Serían aquellos jóvenes cortesanos que con tan buen semblante le recibieron y aplaudieron en las justas de Santa Teresa? ¿Quién podría saber si, como algunas veces él había sospechado, no estaban aquellos señoritos almidonados y sotiles burlándose de sus canas, quizá por instigación maligna de...? Pero, no: el hidalgo no quería nombrar siquiera en sus adentros al monstruo de la Naturaleza y señor de la monarquía cómica. Lope era su sombra, una sombra lumínica y radiante, que llenaba el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, tenía avasallados y puestos debajo de su jurisdicción á todos los farsantes y llevaba «escritos más de diez mil pliegos: y todas, que es una de las mayores cosas que puede decirse, las ha visto representar ú oído decir por lo menos que se han representado: y si algunos, que hay muchos, han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito, á la mitad de lo que él solo».

Pensando escribir esto recordaba el hidalgo las palabras que Villarroel, como loro, le había repetido, escuchadas por él á un autor de título y meditaba: «O yo me he mudado en otro, ó los tiempos se han mejorado mucho, sucediendo siempre al revés: pues siempre se alaban los pasados tiempos.»

Según iba andando con estas cavilaciones, los pies le llevaron sin querer al mentidero de representantes en la calle del León. Llamáronle unos cómicos que disputaban sobre cosas de su oficio y querían oir el parecer de tan donairoso ingenio ó por ventura reirle las gracias. El hidalgo los conocía á todos. Eran el gracioso representante y bailador Pablo Sarmiento, la vieja María Gabriela y su hija la moza Francisca María y otros varios, entre quienes la autorizada voz de Andrés de Claramonte, el autor de comedias famoso, se enredaba en polémica histrionil con el vozarrón de Pedro Cerezo de Guevara, su consocio.

Se hablaba ¿cómo no? de Lope, y otro comediante, Alonso de Heredia, aseguraba que el sol de la escena comenzaba á declinar hacia su ocaso. Decíase de cierto fraile de la Merced, llamado Tello ó Téllez, que había traído de los cigarrales de Toledo, en donde vivía, una famosa, bizarra y admirable comedia, *La Santa Juana*, donde el tropel y baraúnda de las de Lope, la sentenciosa ejemplaridad del Dr. Ramón, la dulzura del también doctor Mirademescua y el artificio del licenciado Miguel Sánchez, quedaban en muy obscuro y segundo lugar.

—Y de vuesa merced, señor Cervantes—agregó Alonso de Heredia—, también se dice que tenéis un cofre lleno.

Rieron los representantes al oir lo del cofre, con risa que al hidalgo se le antojó de mala sombra. Volvióles la espalda, tartamudeando, y triste, con tristeza mortal, dobló la primera esquina y entró en su casa.

El aposento en donde solía trabajar estaba en el piso bajo, con una gran reja á la calle. Al través de las verdosas vidrieras, nunca visitadas por el sol, á no ser en lo más importuno del verano, porque la fachada caía al Norte, no era raro ver al viejo poeta, sentado en un sillón de moscovia carcomido, ante una lironda mesa sin bufetes, trabajar en sus máquinas imaginativas de novelas y teatros.

Cuando llegó aquella tarde, estaba anocheciendo. Desciñóse la espada, colgó de un clavo capa y sombrero, salió un instante y volvió con un velón encendido que dejó en el suelo, junto al rincón donde se veía el cofre irrisorio. De éste fué sacando, uno tras otro, los manuscritos de sus comedias, ni leídas ni representadas. Eran muchos pliegos grandes de papel de marca, barbudo y amarillento del largo esperar, borroneados de una letra gallarda española con alegres y generosos rasgos en las *eses* y en las *tes*. Allí pensó el hidalgo, en no lejanos tiempos, que se encerraba lo mejor de su caletre, allí la gloria de los futuros siglos, donde correrían sus alabanzas por todo lo descubierto del mundo. Y, encorvado como estaba, hecho un ovillo, sobre la boca negra del abierto cofre, la luz del velón que por bajo le hería arrancaba no sé qué aureola de chispas extrañas á los desdorados cabellos del anciano y alargaba su frente pensativa, haciendo del rostro aguileño algo así como un perfil de ave majestuosa y noble que arranca de llameante y hondo cráter la codiciada presa.

En las comedias no leídas ni representadas había puesto él todos los grandes amores de su existencia. Renunciar á la gloria de verlas en el teatro le costaba harto más pesadumbre que cuanta le causó con sus dislates é insultos el falso Avellaneda. Recogerlas ó publicarlas sin que el público las viese era como hacer el testamento, despedirse del mundo, legar á la posteridad algo que los contemporáneos no habían sabido comprender. Sólo con voltear y hojear las comedias podía hacer un resumen de toda su vida.

Tres de ellas, *Los baños de Argel*, *La gran sultana doña Catalina de Oviedo* y *El gallardo español*, completaban y resumían toda la época de su cautiverio. Repasándolas, reconocía Cervantes el mérito de su traza y de sus frases, como aquella de *El gallardo español:*

mas que venzáis no lo dudo,
que el cobarde está desnudo
aunque se vista de acero.....

y de los tipos tan admirablemente reales como el soldado Buitrago, de esta misma obra, el cual supera á todos los graciosos de Lope y de Tirso: y de aquel maravilloso romance de cautivos y forzados, parangonable con los mejores del *magno Cordobés*, á quien Cervantes honró imitándole:

Dió fondo en una caleta
de Argel una galeota,
casi de Orán cinco millas,
poblada de turcos toda.....

Pedazos de su corazón eran las escenas de *Los baños de Argel*, el más poético de cuantos dramas se han escrito con este asunto, en donde se lee el romance

A las orillas del mar
que con su lengua y sus aguas.....

y en donde se presentan las trágicas, inocentes, archiespañolas figuras de los dos niños cristianos Juanico y Francisquito, que mueren mártires de su fe en una escena conmovedora, evocada tal vez por el recuerdo de los santos niños Justo y Pastor, patrones de Alcalá de Henares, y tanto más digna de notarse cuanto que no sobran tampoco en nuestro teatro ni en nuestra novela tipos de niños interesantes y simpáticos, como los hay de muchachos hampones, sacudidos y pícaros: que de grandes genios de la invención poética (Dickens, Balzac, Galdós) es el estimar y aprovechar la niñez y la locura como piedras de toque de la madurez y de la razón.

En *Los baños de Argel*, como en la vida ocurre muchas veces, los dos niños son los personajes que piensan con mayor rectitud y cordura, los que sienten con más noble honradez. Y tanto en ésta cuanto en la otra obra no podía menos de reconocer su autor, como de mano maestra, los personajes judíos que en ellas aparecen. En ellos (pormenor que no han reparado tantos críticos al hablar de las comedias de Cervantes, sin haberlas leido con la atención necesaria á la honra de su autor y á la propia estimación del crítico) se encuentra resumido el carácter y la idiosincrasia y temperamento de los judíos de todos los tiempos y naciones.

Por fin, en *La gran sultana* aparecía la vida de Constantinopla pintada con viveza y realidad no inferiores á las del relato verdadero del ingenioso truhán y escritor excelente Cristóbal de Villalón ó *Cristóforo Gnophoso*, y á esta comedia pertenece un

soneto que debió de ser de los que Miguel enseñó al Dr. Sosa en la prisión de Argel, y en el que nadie ha reparado:

A ti me vuelvo, gran Señor, que alzaste
á costa de tu sangre y de tu vida
la mísera de Adán primer caída
y á donde él nos perdió, tú nos cobraste.
A ti, Pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida
y hallándola del lobo perseguida
sobre tus hombros santos te la echaste.
A ti me vuelvo en mi aflicción amarga
y á ti toca, Señor, el darme ayuda
que soy cordera de tu aprisco ausente,
y temo que, á carrera corta ó larga,
cuando á mi daño tu favor no acuda,
me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

Estos sentimientos, que en la gran tribulación de Argel llenaron su alma, no andaban muy lejos de ella en la ocasión presente, al sentir su amor propio herido por el dictamen de un autor cuyo nombre ni conocía ni osaba sospechar. ¡De los versos de vuestra merced, nada puede esperarse!... ¡Oh, sí, á la justicia y misericordia divina sería necesario encomendarse y al juicio de los siglos venideros! Y acaso, con esas adivinaciones y vislumbres de los hombres de genio, imaginaba que también los venideros siglos habían de ser injustos y considerarle como un poeta de segundo orden y menospreciar sus versos... Tal vez preveía la acerba, la injusta, la arbitraria, la petulante sentencia del hinchado orador en verso, D. Manuel Josef Quintana; tal vez adivinaba los desprecios de tanto y tanto poetastro ridículo y de tanto crítico chirle como habían de aseverar después, sin leerlos, que los versos de Cervantes eran malos y desdichadas sus comedias.

Desde las escritas con recuerdos de Argel y de la vida turca, vagaban sus ojos á las compuestas con asunto italianesco ó de lecturas italianas, como *El laberinto de amor*, obra juvenil, de los tiempos en que los amores halagaron fugitivos y volanderos el corazón del poeta soldado: y á las sacadas de los libros de caballerías, *La casa de los celos y selvas de Ardenia*, donde aparecen y

hablan el emperador Carlomagno y Reynaldos de Montalbán, Roldán, Bernardo del Carpio, el traidor Galalón, el encantador Malgesí, la hermosa Angélica, en suma, los personajes principales de la leyenda caballeresca del ciclo carlovingio. Libro de caballerías llevado á la escena, como también lo había intentado Lope, singularmente en aquel cuadro admirable de *Las pobrezas de Reinaldos*, tiene el drama cervantino una parte bucólica y pastoril muy parecida por su tono y ambiente á la que el titán Guillermo Shakespeare gustó de intercalar en algunas comedias caballerescas suyas, como la titulada *As you like it (Como gustéis)* y para que no faltara, ni aun en tan complicado embolismo legendario, la nota realista y alegre que el autor llevó siempre en su alma, hay en la *Casa de los celos* un tipo de vizcaíno gracioso, de los que el autor vió cuando niño representar en Sevilla al gran Lope de Rueda, cuyos donaires recordados cuando viejo le regocijaban y refrescaban los cansancios y enojos de la ancianidad.

Ni podía faltar en un repertorio tan variado cual el de las ocho comedias del cofre, una divina y ejemplar, donde se presentase el tipo español puro del libertino que se arrepiente y se vuelve santo *(San Franco de Sena, Don Alvaro* y todas sus imitaciones y contrafiguras), Mañara antes de Mañara: y este Mañara que se parece tanto al verdadero por ser paisano suyo y haber bebido las aguas y respirado los aires del Guadalquivir, este Mañara que en su primera vida es un rufo, un jaque, un *hombre* como los de la cárcel de Sevilla, y á quien vemos retratado en la casa de la Caridad, que él fundó, con una cara parecidísima á la del bufón velazquino Pablillos de Valladolid, es decir, tal y como era antes de convertirse, y á quien después vemos macerado, ennoblecido, hermoseado por la penitencia y la contemplación en la mascarilla que en la misma casa de la Caridad se conserva, no es otro sino *El Rufián dichoso Cristóbal de Lugo*.

Sin reconocer cómo Cervantes poseía el poder de la adivinación y olfateaba y presentaba los grandes tipos románticos de la escena española, y de la gran comedia de nuestra vida espiritual, han pasado los ojos por esta singularísima obra y cantera, de donde tantas otras han salido, los que, trillando neciamente la opinión

oida por Villarroel, el librero, siguen creyendo que Cervantes no era autor dramático ni sus comedias han de tenerse en cuenta. ¿Qué más español, más valiente, más castizo y más de autor dramático que la escena de la tentación en este asombroso drama, al que ni Calderón ni Tirso, en otras semejantes situaciones, han aventajado? ¿Conocería y comprendería claramente Cervantes lo que su *Rufián dichoso* era, como lo apreciamos hoy, á posteriori sabiendo que fué escrito bastantes años antes de la conversión de Mañara, y que en él están todos los sentimientos y casi todos los hechos que en tan dramática acción acabaron? ¿Es un caso tan frecuente este de que un autor hunda la mano en las entrañas de la sociedad y sepa sacar de ella, como vísceras palpitantes, los sentimientos vivos que la guían y que han de producir y engendrar hechos aún no ocurridos? ¿Son tantos los autores dramáticos, anteriores y posteriores á quienes el cielo concedió este don de anticiparse á la verdad, rebuscándola en lo más hondo y recatado de la conciencia contemporánea?

Desde las comedias tornaba la vista el anciano escritor á los entremeses, y primeramente al que llamó comedia, por tener tres actos, á *Pedro de Urdemalas*, farsa graciosísima, donde se presentan escenas magistrales de gitanos andaluces, notados con goyesca precisión, y al sainete ó juguete cómico, en tres jornadas también, titulado *Comedia entretenida*, en la que se propuso tan sólo hacer reir á su público, y lo hubiera conseguido, y lo lograría hoy, si tan regocijada invención se representase.

Palpaba y casi no veía la injusticia con que los cómicos y, por lo visto y oído, los poetas trataban tan excelentes obras. Trabajo inmenso le costaba el venderlas á vil precio, como el que, en último resultado, le ofreció Juan de Villarroel, después de decirle lo dicho, sin duda para rebajar algo la cantidad. Por fin, se decidió á darlas á la imprenta, acompañándolas de ocho entremeses, *La elección de los alcaldes de Daganzo, El rufián viudo, El juez de los divorcios, El retablo de las maravillas, La cueva de Salamanca, El vizcaíno fingido, La guarda cuidadosa* y *El viejo celoso*, ocho obras maestras, ocho joyas en que Miguel Angel se volvió Benvenuto. Harto se le alcanzaba al hidalgo

que en ellas había llegado al posible extremo de la perfección artística.

Con todo, resuelto ya á vender tan rica parte de su juventud pasada, recogió sus manuscritos, los colocó amorosamente en la mesa, y de una alacenilla sacó otros pliegos más recientes, llenos de borrones y tachaduras: eran el manuscrito de su obra maestra, de la que había de tapar la boca á los murmuradores y henchir de hiel á los envidiosos y de contento á quien la viese representar. Titulábase la comedia no concluída aún *El engaño á los ojos*, y la miraba su autor como miran los padres sesentones á sus hijos recién nacidos. Una vez que aquella obra sin par se conociese y diera á luz, sin duda alguna que se hablaría de quien la compuso, como se hablaba del doctor Ramón y del divino Miguel Sánchez y del otro mercenario de Toledo: y la lengua de hacha de Góngora y la lengua bisturí del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa se embotarían para siempre.

En cuanto á Lope... ¡oh! al pensar en Lope, el hidalgo sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo era, de qué estaba hecho aquel hombre para quien el teatro no tenía dificultades ni secretos, y que arrojándose por precipicios insondables, llegaba siempre sano al fondo, y hallándose toda la vida consagrado á *ocupación continua y virtuosa*, halagado por los príncipes, buscado de las damas, aclamado del pueblo, admirado por los doctos y festejado, sin saber por qué, de los ignorantes, producía, producía y producía, manaba fábulas trágicas y cómicas, sin cansancio ni agotamiento? ¿Era fácil, era posible contender con semejante monstruo? ¿Qué armas para tal competir serían ocho comedias viejas y una nonnata, aunque ésta fuese, como era, de juro, la octava maravilla?

Y al pensar esto, no con envidia, que jamás cupo en su pecho magnánimo, sino con el sentimiento claro de la propia y de la ajena valía, que es insólito entre los escritores, el poeta viejo dióse á revolver su manuscrito y á encontrar en él defectos y tachas en que nunca antes reparó... y justo, cual siempre, en la apreciación de los hechos, vió manifiesto y patente el sentido oculto, arcano del título de su última y perfecta comedia: *El engaño á los ojos*.

Inclinó sobre ambas manos, en la mesa acodadas, la extensa

frente luminosa, y dejó abrirse en el rostro largo dos surcos hondos y correr por ellos no se sabe qué humedad aceda.

Así estuvo una hora muy larga, hasta que vino á sacarle de su ensimismamiento y tristeza el mismo Lope, aún gallardo y buen mozo, la vestimenta de clérigo, los ojos alegres y provocativos, el bigote marcial. Pasaba por la calle, había visto á su vecino, quiso tener con él una conversación, necesaria para quitarle ciertos resquemores, y al entrar y verle en tan extraña aflicción, que ni aun había notado la presencia de su visitante, miró de hito en hito al desconsolado poeta, púsole cariñosamente ambas manos en los hombros, y con voz afable le preguntó:

—¿Cómo es esto? Estáis llorando, señor Miguel de Cervantes?...

CAPÍTULO LVI

LA SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE

«Don Quijote de la Mancha—decía Cervantes al enviar sus comedias al conde de Lemos—queda calzadas las espuelas en su Segunda Parte para ir á besar los pies á vuestra excelencia. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, aunque, por sí ó por no, lleva información hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto que quiso ser él y no acertó á serlo.»

A cinco de noviembre de 1615 está fechada la aprobación en que el Doctor Gutierre de Cetina hacía constar sencillamente que «es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha Filosofía moral». El hecho de que transcurrieran tantos meses como van de marzo á noviembre entre las aprobaciones firmadas por el licenciado Márquez de Torres, á quien comisionó el doctor Gutierre de Cetina, como Vicario General y por el P. Josef de Valdivielso, que examinó la obra por comisión y mandado de los señores del Consejo, hace suponer que todo el verano se pasó en la composición tipográfica y corrección de los setenta y tres pliegos del libro. Terminada la corrección á 21 de octubre y dada la licencia en 5 de noviembre, la segunda parte del *Quijote,* debió de salir en los primeros días del mes de los Santos de 1615.

Al verle en las librerías, Miguel respiró contento. Era mucha la priesa que de infinitas partes le daban y mucha más la que él sentía de sacarle á luz «para quitar el hamago y la náusea» que el falso Quijote de Avellaneda había causado, según el mismo

Cervantes decía en su dedicatoria al conde de Lemos, fechada á último de octubre.

Aquel de 1615 fué el último otoño de Cervantes y quiso la suerte que, por ser el último, fuese el más glorioso de su vida. Enfermo y achacoso, pero no rendido por la enorme carga de trabajo que sus ancianos hombros sostenían, la enfermedad, lejos de empañarle sentidos y mente, se los aguzaba de tal modo que le permitía gozar su obra, recrearse en ella y anticiparse para sus adentros la gloria venidera. Como á esposa legítima y fiel amaba á la historia de Don Quijote, como amante apasionada de las que tal vez alegran los otoños de los viejos amadores, á la historia de Persiles y Sigismunda.

Los demás amores y pasiones de la tierra, para él se habían desvanecido y así como á muchos viejos robustos les pasa, sus pupilas se habían aclarado tornándose de azules en cenizas y su visión había ganado mucho, trocándose de miope en présbita. Ya Miguel no veía bien más que las cosas grandes y lejanas: le molestaban más las miserias y pequeñeces, porque las sentía y no las veía, y así le pasó con el *Quijote* falso, que le enfurruñó y escoció como un sarpullido ó un ataque de viruelas á la vejez, pero sin que llegara á hacerse bien cargo ni de quién era su autor, ni de cuáles eran su alcance y sus efectos. Generoso, perdonaba aquí, y olvidadizo atacaba acullá al encantador invisible que había acertado á amargarle los últimos días de la vejez y á sacarle de su beata ecuanimidad: luego hacía esfuerzos para no volver á acordarse del malhechor y no podía.

Un joven á quien roban cualquier prenda ó joya de estima, pronto se distrae del sentimiento que la pérdida le causa, pero un viejo robado, aunque sea tan grande como Goethe ó como Cervantes, nunca perdona del todo.

Era entonces Miguel un viejecito alegre y bonachón: las cosas pequeñas del mundo, las cosas que de cerca le tocaban, como ya se ha dicho, apenas las veía. Su mujer, su hermana, su sobrina, su hija habían entrado ya hacía tiempo en este número de las menudencias invisibles. La vida, para él, no ofrecía ya las dificultades pasadas. Bien claro da á entender, con su espléndida gratitud, que ni

el conde de Lemos, desde Nápoles, ni don Bernardo de Sandoval, desde Toledo, le tenían olvidado, antes bien, uno y otro menudeaban sus liberalidades. El viejo amigo y paisano Francisco de Robles el librero no le hubiera dejado tampoco volver á las estrecheces antiguas, pues harta cuenta le tenía estar bien con un autor tan productivo: fuera de que no hemos de creer á los libreros dotados de peores entrañas que el resto de la humanidad. Con literatos debía de tratar poco. De su casa no saldría sino á lo más preciso.

La enfermedad iba trabajando, sorda, la robusta naturaleza del anciano. Y, ¿qué es lo que padecía? Observad cómo los grandes fenómenos de la Historia se repiten y cómo en las cimas de la humanidad brillan siempre las mismas luces. La última dolencia y angustia de que se quejó Cervantes era también la última de que se lamentó Jesucristo en la Cruz. Tenía sed. ¡Qué poco trabajo cuesta el hallar elocuentísimos simbolismos en las cosas naturales! Fácil sería aquí decir que la sed de Cervantes no era solamente física, y que su andante Caballero no es sino una encarnación simbólica de la sed de bondad, de razón y de justicia que á la humanidad aquejaba entonces y sigue aquejando hoy. Nada tendría tampoco de forzado el aseverar que, si Cervantes apreciaba el *Persiles* por cima de todos sus demás libros, débese esto á que es *Persiles* un libro-fuente, un libro-manantial, que fluye, que corre, que refresca, así como agua de arroyo claro poco honda, y por esto le agradaba tanto á su autor, que en él, con más facilidad y soltura y fluidez que en ningún otro de los suyos, seguía trabajando sin cansarse, sólo con dejar suelta á la fantasía y ayudada por la imaginación reproductora, hacerla hablar de cosas añejas, lejanas, como las que veía tan bien con sus ojos cansados.

Al terminar la segunda parte del *Quijote* y proseguir rematando, puliendo y acicalando el flamante *Persiles*, se encontró Cervantes en esa situación que á todos los grandes artistas les llega con la vejez, y de que él, por dicha suya, no supo darse cuenta, como no suelen percatarse ellos casi nunca. La maestría, la agilidad y ligereza alada en el concebir y en el expresar son ya para ellos tan grandes, y la facilidad en el imaginar tan enorme, que les

hacen perder los estribos, olvidarse de que tanto vale lo que se calla como lo que se dice, y mayor y más definitivo arte hay en callar que en decir. Funesta es la facilidad de algunos jóvenes chirles: más lo es aún la ligereza y soltura de estos viejos *fa presto*, para quienes no existen obstáculos ni impedimentos en el pensar ni en el decir. Cervantes había llegado á la más alta cumbre á donde escritor alguno llegó: desde ella no cabía hacer otra cosa sino descender. El viejo ama la cuesta abajo: el viejo gusta de engañarse á sí mismo creyéndola cuesta arriba y afirmándose al bajarla en la ilusión de que para él no han llegado la senectud y el agotamiento, y de que aún son sus tropezones brincos gallardos y sus caídas efectos del sobrante brío juvenil.

Por eso prefería Cervantes el *Persiles* al *Quijote*, no porque no tuviese, como alguien neciamente ha insinuado, conciencia absoluta del enorme é inmortal valor de su obra compuesta *para universal entretenimiento de las gentes*, según Sansón Carrasco; de su obra, cuya claridad y popularidad eran tales, que los «niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran... unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten si aquéllos le piden»; de su obra, de la que el mismo Don Quijote decía: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia.» El amor de Cervantes al *Persiles*, su último hijo, fruto de la fecundidad de su vejez, no le quitaba conocimiento de cuánto valía el *Quijote*. En todos los lugares citados y en otros muchos del *Quijote*, reconoce Miguel y hace constar la inmortalidad y la universalidad de su libro, mientras que el *Persiles* lo elogia sólo para el conde de Lemos, á quien probablemente gustó, en efecto, el *Persiles* más que el *Quijote*. «Con esto—son las palabras de Miguel—me despido, ofreciendo á V. Ex. los trabajos de Persilis (*sic*) y Sigismunda, libro á que daré fin dentro de quatro meses, Deo volente, el qual ha de ser, ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, *quiero decir de los de entretenimiento*, y digo, q̃ me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.»

¡El extremo de bondad posible! ¿No suena esto á las alabanzas que un padre viejo hace de su benjamín, sin olvidar en el fondo de su alma, el amor al primogénito, mozo honrado y fuerte que sostiene la casa? De la inmortalidad del *Persiles* no escribió Cervantes una línea sola: de la del *Quijote* se hallaba profundamente persuadido. El poeta amaba á la querida que en la vejez le deparó la suerte, pero sabía que no era ella quien había de salvar su nombre del olvido. Así es como parece justo entender este punto de la psicología de Cervantes, resuelto de plano por tantos escritores. No se puede creer en los genios inconscientes: retirada está ya en definitiva esa teoría romántica. Y si en alguna obra luce y brilla la más absoluta conciencia de cuanto el autor iba haciendo, es en la segunda parte del *Quijote*.

La segunda parte del *Quijote* marca, en cuanto al pensar y en cuanto al hacer, lo que puede llamarse *la segunda manera* de Cervantes: en ella el autor llega á vislumbrar y conocer las cosas y las personas en sus líneas y rasgos sintéticos y precisos. Ve de todo lo que vemos todos sin darnos cuenta, pero él lo ve haciéndose cargo y forzando á nuestra distracción y volubilidad á hacerse cargo. Para él no hay pormenor insignificante y si una vez se descuida ó parece olvidar algo, estad seguros de que lo ha hecho adrede, porque ello merecía descuidarse y desfumarse en una voluntaria dejación. Dice cuanto quiere decir, calla cuanto le importa callar, prescinde absolutamente del afeite retórico, aliña y adereza la frase con el pensamiento y no el pensamiento con la frase. No es un literato de los de su tiempo, ni de los de ningún tiempo.

Esta ficción vana y huera que bajo el nombre de *Literatura* ha venido por tantos siglos embaucando á la humanidad y que, por fortuna, va de capa caída en todas partes menos en Francia, donde apenas hay escritor cuya levita no tenga aire de casacón y en cuya cabellera no queden aún pegotes de polvos y restos de bucleado peluquín, no existe ya para Cervantes. A España estaba reservada la gloria, que nadie ha querido reconocerle, por la torpeza de sus hijos, de escribir antes que ningún otro país, con llana sinceridad, con naturalidad humana y de que el más grande

y genial de todos sus escritores nada tenga de *clásico* en el sentido académico, aparatoso y artificial de esta palabra terrible. Intentad empotrar á Cervantes en cualquier *gran siglo,* tan cómodamente como lo están en el de Luis XIV esos nobles señores de los casacones bordados y de las empolvadas pelucas que se llaman Racine, Fenelón, Labruyère, etc., etc., santos á quienes viene justa la hornacina, y veréis cómo los hombros del luchador, las piernas del caminante, los brazos del soldado y la noble cabeza, cuyos cabellos blanqueó solamente el polvo del camino, se salen del marco, le rompen, le resquebrajan. Afirmémoslo resueltamente y de una vez. Cervantes no es un literato, como Velázquez no es un pintor. La segunda parte del *Quijote* no es *Literatura* como no son *pintura* las *Meninas*. La naturaleza escoge á veces un hombre de estos para que pinte ó para que escriba, como escoge otro para que levante quinientas libras de peso y otro como el peje Nicolás para que nade veinte leguas sin cansancio y viva á su gusto bajo el agua.

Manoseadas, pero exactas, suelen ser las comparaciones pictóricas aplicándolas á la literatura. El Cervantes de la primera parte del *Quijote* es como el Velázquez anterior á las *Meninas* y al retrato del *Escultor*. La Naturaleza estaba poco á poco, porque ella no repentiza, elaborando, trabajando, perfeccionando los ojos y los cerebros del pintor y del poeta, para que llegasen á ver tan claro, como ella misma ve, y tan obscuro como lo hace, manejando á su antojo las luces y las sombras, pues para eso ella pinta con el sol y la luna en la paleta. Ni los pintores ni la pintura le importaban nada á Velázquez, como á Cervantes los literatos y la literatura, cuando el uno pintó *Las meninas* y el otro escribió el segundo *Quijote*. Reparad que puso el libro en manos de todo el mundo, niños, mozos, viejos, posaderos, caminantes, menos en manos de escritores de oficio. Hubiera pasado de aquel punto supremo Velázquez y se habría convertido en un *fa presto,* por el estilo de tantos como ha criado la fácil y alegre Italia. Pasó de ese punto no más que un paso Cervantes y fué un poco, no más que un poco *fa presto* en el *Persiles,* admiración de los literatos, no del vulgo, sabio infalible en sus juicios á *posteriori*.

¡El extremo de bondad posible! ¿No suena esto á las alabanzas que un padre viejo hace de su benjamín, sin olvidar en el fondo de su alma, el amor al primogénito, mozo honrado y fuerte que sostiene la casa? De la inmortalidad del *Persiles* no escribió Cervantes una línea sola: de la del *Quijote* se hallaba profundamente persuadido. El poeta amaba á la querida que en la vejez le deparó la suerte, pero sabía que no era ella quien había de salvar su nombre del olvido. Así es como parece justo entender este punto de la psicología de Cervantes, resuelto de plano por tantos escritores. No se puede creer en los genios inconscientes: retirada está ya en definitiva esa teoría romántica. Y si en alguna obra luce y brilla la más absoluta conciencia de cuanto el autor iba haciendo, es en la segunda parte del *Quijote*.

La segunda parte del *Quijote* marca, en cuanto al pensar y en cuanto al hacer, lo que puede llamarse *la segunda manera* de Cervantes: en ella el autor llega á vislumbrar y conocer las cosas y las personas en sus líneas y rasgos sintéticos y precisos. Ve de todo lo que vemos todos sin darnos cuenta, pero él lo ve haciéndose cargo y forzando á nuestra distracción y volubilidad á hacerse cargo. Para él no hay pormenor insignificante y si una vez se descuida ó parece olvidar algo, estad seguros de que lo ha hecho adrede, porque ello merecía descuidarse y desfumarse en una voluntaria dejación. Dice cuanto quiere decir, calla cuanto le importa callar, prescinde absolutamente del afeite retórico, aliña y adereza la frase con el pensamiento y no el pensamiento con la frase. No es un literato de los de su tiempo, ni de los de ningún tiempo.

Esta ficción vana y huera que bajo el nombre de *Literatura* ha venido por tantos siglos embaucando á la humanidad y que, por fortuna, va de capa caída en todas partes menos en Francia, donde apenas hay escritor cuya levita no tenga aire de casacón y en cuya cabellera no queden aún pegotes de polvos y restos de bucleado peluquín, no existe ya para Cervantes. A España estaba reservada la gloria, que nadie ha querido reconocerle, por la torpeza de sus hijos, de escribir antes que ningún otro país, con llana sinceridad, con naturalidad humana y de que el más grande

y genial de todos sus escritores nada tenga de *clásico* en el sentido académico, aparatoso y artificial de esta palabra terrible. Intentad empotrar á Cervantes en cualquier *gran siglo*, tan cómodamente como lo están en el de Luis XIV esos nobles señores de los casacones bordados y de las empolvadas pelucas que se llaman Racine, Fenelón, Labruyère, etc., etc., santos á quienes viene justa la hornacina, y veréis cómo los hombros del luchador, las piernas del caminante, los brazos del soldado y la noble cabeza, cuyos cabellos blanqueó solamente el polvo del camino, se salen del marco, le rompen, le resquebrajan. Afirmémoslo resueltamente y de una vez. Cervantes no es un literato, como Velázquez no es un pintor. La segunda parte del *Quijote* no es *Literatura* como no son *pintura* las *Meninas*. La naturaleza escoge á veces un hombre de estos para que pinte ó para que escriba, como escoge otro para que levante quinientas libras de peso y otro como el peje Nicolás para que nade veinte leguas sin cansancio y viva á su gusto bajo el agua.

Manoseadas, pero exactas, suelen ser las comparaciones pictóricas aplicándolas á la literatura. El Cervantes de la primera parte del *Quijote* es como el Velázquez anterior á las *Meninas* y al retrato del *Escultor*. La Naturaleza estaba poco á poco, porque ella no repentiza, elaborando, trabajando, perfeccionando los ojos y los cerebros del pintor y del poeta, para que llegasen á ver tan claro, como ella misma ve, y tan obscuro como lo hace, manejando á su antojo las luces y las sombras, pues para eso ella pinta con el sol y la luna en la paleta. Ni los pintores ni la pintura le importaban nada á Velázquez, como á Cervantes los literatos y la literatura, cuando el uno pintó *Las meninas* y el otro escribió el segundo *Quijote*. Reparad que puso el libro en manos de todo el mundo, niños, mozos, viejos, posaderos, caminantes, menos en manos de escritores de oficio. Hubiera pasado de aquel punto supremo Velázquez y se habría convertido en un *fa presto*, por el estilo de tantos como ha criado la fácil y alegre Italia. Pasó de ese punto no más que un paso Cervantes y fué un poco, no más que un poco *fa presto* en el *Persiles*, admiración de los literatos, no del vulgo, sabio infalible en sus juicios á *posteriori*.

Como en su soledad tenía ratos para todo, pensaba y examinaba atentamente el viejo Miguel su obra y le contentaba en extremo. Bien se le alcanzaba cómo en ella habían crecido y se habían ennoblecido hasta llegar á inmortales proporciones la acción y las figuras que la engendraban: y no porque la acción se complicase, pues, al revés que Lope, cada vez á Cervantes le interesaba menos la acción, le hacía menos falta para conseguir el resultado artístico. Vénse en esta segunda parte once capítulos de preliminar y preparación, en los cuales casi nada ocurre. Don Quijote va creciendo en locura discursiva, que es como decir, va haciéndose más amplio en sus miras, más grande en sus propósitos, más humano en sus procederes. Para más engrandecerle y sublimarle, crea Cervantes la única figura nueva de la fábula, el eje y quicio de su comienzo y de su conclusión, es decir, el sentido común, la lógica, el método, la prudencia pura, la razón seca, el frío discurrir, encarnados en el bachiller Sansón Carrasco. ¿Habéis notado cómo se ríe el bachiller? Si lo habéis reparado, veréis de qué modo esa misma risa fría, aleve, socarrona, de quien está seguro de sí mismo, de quien se halla en posesión de la verdad, os sale al paso en son de burla ó de afectuosa despección ó de triunfante *conocimiento del mundo* en los labios de los razonadores, de los aprovechadores y de los establecidos, sesudos, sentados, acreditados y competentes siempre que intentéis cualquier generosa locura. El bachiller Sansón Carrasco no os pondrá en ridículo con una pública y sonora carcajada, pero os minará el terreno á vuestras espaldas y os desacreditará, si puede, con una suave sonrisa. No es malo, ó nadie cree que es malo: las más puras intenciones (aquellas de que está empedrado el infierno) y los más racionales propósitos le mueven. De una sola cosa parece enteramente convencido, y á esa convicción suya funestísima debemos el rebajamiento del carácter y de la intelectualidad en España. Esa convicción millones de veces la han formulado oradores y gobernantes, periodistas, seudofilósofos y seudopolíticos y ya ha formado costra en millones de cerebros: que la *teoría* es una cosa y la *práctica* otra muy distinta.

Sansón Carrasco es un buen hombre razonador y sensato que

no cree en la eficacia de las ideas, á las cuales llama locuras. Por combatirlas llega hasta lo sumo en cuanto de él puede esperarse: hasta arriesgar el pellejo, si bien, como fía en la robustez de sus juicios, confía asimismo en la de sus puños, y en ello, como en lo demás, se equivoca. No vayamos á decir que Sansón Carrasco está enteramente bien avenido con el orden de cosas: no es un burgués tan pacífico y enemigo de discusiones y alborotos como el caballero del Verde Gabán, porque es algo peor aún, puesto que él comprende el valor de las locuras nobles y las combate, conoce el ideal y le niega el auxilio de su brazo y procura soterrarle con todas sus fuerzas. Ante todo, es un espíritu conciliador y tolerante, que trata de poner una de cal y otra de arena para meter en razón á Don Quijote, y, en todo caso, para divertirse con él. No olvidemos, no olvidéis nunca en la vida que Sansón Carrasco y sus descendientes, no menos Carrascos por lo desapacibles que Sansones por la fuerza que mandan, son muy amigos de divertirse, y para ellos la diversión suprema consiste en ver un idealismo caído al suelo y en contemplar á un idealista apaleado. Pero les queda en el fondo del alma un cazurrismo temible, y en caso de ser ellos los apaleados, temedles, que ya se vengarán tarde ó temprano.

¿Veis claro desde el principio cómo ni el sentido vulgar y llano de Maese Nicolás, el barbero, ni la amable y superior filosofía del cura Pedro Pérez (uno de los antepasados de nuestro reciente y apacible amigo el abate Coignard), bastaban á que Don Quijote no renovase su locura, y cómo el desolador, el igualitario, el administrativo, el rapaterrón sentido común de Sansón Carrasco, máquina de esta Segunda Parte, eran suficientes para hacer morir á Don Quijote en la cama, dejando en pos los sueños de la gloria, sin volver hacia ellos la cabeza? ¿Os dais cuenta de cómo para el contraste supremo de su obra comprendió Cervantes que no le bastaba la honrada simplicidad de Sancho, y por qué en la segunda parte Sancho es no menos loco que su amo, á sabiendas de que su amo lo está, y al serlo Sancho es más bueno, más humano, más dulce en sus costumbres, más ameno en sus palabras, menos duro de mollera y hasta más valiente y resuelto? ¿Por qué esto? Porque

en el discurso de su trabajada existencia, había Cervantes visto que aun los Sanchos tienen buen natural, honrados prontos y de ellos se puede sacar mucho. *Todas* nuestras locuras—dice al capellán de Sevilla aquel loco graduado en cánones por Osuna, que afirmaba ser el Dios Neptuno—*proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire.*—Ya conocía Miguel á los locos del estómago vacío y del celebro lleno de aire, y comprendía que no eran los causantes de los mayores daños los Sanchos hambrientos ni los Neptunos desvariados, sino los Sansones ahitos y razonadores, los que digerían y discurrían con perfecta regularidad á costa del hambre y de la locura ajenas.

Caballero y escudero—piensa con gran acierto el cura—se forjaron en la misma turquesa. Locos están los dos, el uno por la vaciedad de su estómago, el otro por la de su cabeza: y cuanto más locos, son mejores y más tiernamente se aman, hasta que, al final, queremos tanto al caballero del ideal, como al simple é inocente escudero, á quien, desde el confronte con la carreta de los comediantes llama Don Quijote «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero». Conmovedora es también la amistad de Rocinante con el rucio. Hasta en este pormenor se ve el empeño de Cervantes en hacer desaparecer las asperezas del contraste, ya inútil, pues ya amo y mozo iban, sin saberlo, guiados por la mano oculta de su *racional* amigo Sansón, en cuyo nombre hemos de ver el símbolo de quien todo lo podía ya entonces, de quien todo lo pudo después y lo puede hoy: Sansón se llama la medianía, la socarronería amiga de divertirse y de pasar el rato sin cavilaciones hondas, Sansón se llama y Sansón es y comenzaba á serlo entonces, desde que, muertos los héroes del tiempo de Don Juan de Austria, vivían y triunfaban los medianos, como el duque de Lerma, á la sombra de los insignificantes, como Felipe III.

El imperio de las medianías comenzaba: y estas medianías no quieren á nadie, estas medianías son egoístas y ahorradoras, todo lo desean para sí, no saben pronunciar aquellas evangélicas frases de Sancho el bueno á su vecino Tomé Cecial: Mi amo «no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón y no me amaño á dejarle por más disparates que haga». Disparates ó no, de ello Sancho no se halla enteramente seguro y así responde á la tentación con que el sentido común le hurga, por boca de su vecino Tomé Cecial. Antes de esto, al tocar en las paredes del Toboso, al verse á punto de que se descubriese su invención de Dulcinea, un momento de humana, de bellísima y profunda flaqueza ha sobrecogido al escudero y también al amo. A tientas y á obscuras van caminando, temerosos de tropezar con la realidad. Ya están bien locos ó ya están cuerdos de remate, puesto que la verdad real y corriente les inspira pavor. Por eso Don Quijote deja que Sancho vaya solo, ansiando que Sancho invente alguna bien urdida mentira que sea bastante para tranquilizar su conciencia, para no cerrarle la ventana de las etéreas ilusiones con algún bulto grosero y material. ¿Hay nada más hondamente filosófico que el cambio ó encanto de Dulcinea, donde el caballero ve á la princesa como zafia labradora y el simple escudero quiere verla y finge verla como tal criatura sublime y delicada? La invención del encanto engrandece á Sancho Panza y le hace digno de la compañía y del amor de su amo. Sancho, al embaucar á Don Quijote, procede como hubiera procedido el divino Platón, y en su propio embaimiento llega á creerse sus mentiras y hasta á pensar con festiva melancolía, que es el colmo del humorismo, en la confusión y apuro de los gigantes y caballeros vencidos por Don Quijote cuando vayan á buscar á Dulcinea y no la encuentren.

Más ennoblece todavía á los dos la aventura con el caballero de los Espejos. Aquí Don Quijote supera y aventaja á todos los Amadises y Esplandianes, como superan y aventajan un lanzazo ó una cuchillada reales y efectivos á cuantos se dan en el papel. ¿Por qué no se habían de conquistar reinos y tierras de ese modo? ¿Habían pasado tantos siglos desde que hacían otro tanto Hernán Cortés, Pizarro, Alvarado y Valdivia?

Pero aun esta aventura no bastaba á hacer de Don Quijote el verdadero caballero andante que es, más en la segunda parte que en la primera. Llega la cima de la obra y el más alto punto de la

resolución y denuedo del héroe con la aventura de los leones, seriamente emprendida por Don Quijote y seriamente contada por el poeta, en palabras que ni el mismo Homero emularía. Homero hubiese hecho salir de la jaula á los leones y hubiese pintado con maestría la lucha sangrienta. Cervantes, más humano, más verídico, pone en el pecho de su héroe todo el ánimo preciso para concluir la hazaña y en el momento más culminante de su locura le hace volver á la razón, no á la razón de Sansón Carrasco, sino al *nous* divino que gobierna los mundos, y le dicta estas sublimes palabras:—Cierra, amigo, la puerta y dame por testimonio... lo que aquí me has visto hacer: cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió y volvióse á acostar. *No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad y á la verdadera Caballería.*

¿Es posible hablar más claro ni significar de manera más patente quién es Don Quijote? La razón y la verdad son la verdadera caballería: la razón y la verdad que andan desamparadas y errantes por el mundo, apaleadas aquí, apedreadas allá, desconocidas de los tontos, perseguidas de los medianos Sansones, malpagadas y desagradecidas de todo el mundo y prontas á morir en el camino ó en la calle, en la pelea ó en la posada. Ese es Don Quijote y con épica homérica seriedad le pone su creador el mote más honroso, el de *caballero de los Leones*. Poco importa ya cuanto venga después. Suceda lo que quiera, Don Quijote se ha puesto frente al león, le ha provocado, ha sido capaz de vencerle. El intento vale aquí más que el hecho. La idea ha tenido eficacia bastante para persuadir, para abrir un surco hondo en el ánimo de quien atento considera la hazaña. Después de ser el caballero de los Leones, se puede ser todo lo demás sin desdoro.

Desde esta culminante escena, la fábula marcha cuesta abajo, por los senderos floridos, por los bosques umbrosos, por los puertos rientes. Ya Don Quijote es cuanto puede ser en la vida. Ya sólo le falta, como á su autor, aquella sublime espiritualización que da la cercanía de la muerte.

CAPÍTULO LVII

LA SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE (CONCLUSIÓN)

Componer un libro con protagonista, si éste es de la fuerza y valer de Don Quijote, viene á ser algo así como una lucha, semejante al amor ó á la guerra entre iguales, donde no se sabe quién vencerá á quién. En la primera parte, Don Quijote vencía á su autor, le dejaba con el ánimo rendido, suspenso. Miguel era ya en 1604 el primer ingenio de España, pero aún le quedaba por doblar la cumbre de los sesenta años, aún no había hecho el duro aprendizaje de la corte. Lo que en ella se adquiere de experiencia y de conocer á los hombres, cuando el aprendiz tiene sesenta años, ya no le sirve á él para nada, pero si tiene una pluma en la mano, sirve á la humanidad futura. Lo poco que sabemos acerca de nuestra estancia en el mundo y de los modos mejores de hacerla llevadera, es decir, lo que suelen llamar filosofía, lo hemos aprendido no en nuestros desengaños de jóvenes, sino en las desilusiones y desesperanzas de unos pocos viejos que han tenido la caridad de escribirlas para que de los escarmentados nacieran los avisados. Nada hay más hermoso ni más útil que un viejo con ilusiones, que es como decir un viejo mozo, un viejo alegre, un viejo resuelto, sagaz, simpático. Las ilusiones, las esperanzas, fueron el único caudal de Cervantes, pero de ellas era tan rico y opulento que pasó con ellas más allá de la muerte y con esperanzas é ilusiones murió, sin exclamar ni siquiera como el justo: *Todo se ha consumado.*

En la primera parte, la fiereza y el brío con que van sucedién-

dose las aventuras y más aún, el miedo que su autor tenía de fatigar á sus lectores, cohiben un poco á Cervantes, Don Quijote se enseñorea de su autor como de sus leyentes: Don Quijote vuelve á su pueblo vencido, mas no convencido. En la segunda parte, Don Quijote se ha avejentado mucho ¿no lo notáis? Por él han pasado más años de los que transcurrieron entre la publicación del primer libro y la del segundo. Este segundo es un libro cien veces superior á todos los demás ¿por qué? porque es un libro cuyo principal asunto son desilusiones y desencantos de un viejo eternamente joven, es decir, lo más interesante é instructivo de cuanto escribirse puede. El primer *Quijote* no vale más que el primer *Fausto*, pero comparad las segundas partes de ambos poemas, y con ser esencialmente el mismo su pensamiento, notaréis al punto la seguridad con que Cervantes supo resolver todas las dificultades y rematar su obra de manera que á todos los tiempos y á todos los hombres dejase consolados, mientras que á Goethe le faltó en el momento más preciso la fortaleza y la confianza en su genio y lo echó todo á barato, creyendo deslumbrar á sus lectores con alardes de escenografía épica por él aprendidos en Italia. Comparad el frío que os queda en el corazón al terminar el segundo *Fausto* y la caliente, humana, melancólica emoción con que leéis el último capítulo del *Quijote*. La causa de esta diferencia es notoria, clara, y la dió aquel caballero francés que hablando de Cervantes con el licenciado Márquez de Torres, le decía:—Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia. Un hombre feliz, rico, dichoso, amado, como Goethe, un viejo pagano, clásicamente impasible como él, no puede escribir la segunda parte del *Quijote;* Goethe no posee el arte que á Cervantes le enseñó la vida suya, de convertir una lágrima y una mueca de dolor en sonrisa y una sonrisa en carcajada. No poseía el Gran Pagano el *quid* supremo del humorismo, expresión la más alta á que puede llegar el humano ingenio.

Además, Goethe no era católico, y Cervantes sí. A última hora, después de haber sufrido todas las desventuras, el viejo hidalgo cayó en la cuenta tristísima de que aún le quedaba por resolver el máximo problema, el del sentimiento: y á última hora se acogió á sagrado y puso la esperanza en lo incognoscible, ya que de lo conocido no podía fiarse. A esta última ilusión, ó á esta última esperanza, supo asirse en los trances postreros de su vida. Murió feliz, porque esperando murió. ¿Percibís la diferencia? Goethe hubiera desencantado á Dulcinea y hubiese llevado á Aldonza Lorenzo al pie del lecho mortuorio de Don Quijote, seguro de aquello que él mismo dijo:

> La mozuela que, hecha un pingo,
> barre el sábado mejor,
> es la que con más amor
> te acariciará el domingo.

A pesar de sus paganismos y de sus refinamientos, allegados en Italia, Goethe es un tudesco, á quien tal vez en una posada ó venta no hubiese detenido el hedor de Maritornes, mientras que Cervantes... ¡Ah! Cervantes, el hidalgo español, es la más acabada representación de la finura humana, y su caballero, como dice un autor inglés, el prototipo del *gentleman* de todos los tiempos, sensible á la más leve indelicadeza.

Vedle así en casa del caballero del Verde Gabán: Don Quijote no está conforme, ni con el patriarcal régimen de vida que allí se lleva, ni con las relamidas razones y los cortesanos versos del hijo poeta que le ha salido al buen Don Diego; pero Don Quijote sabe contentar á padre é hijo, proceder con la más noble cortesía, ser superior á los mejores, más fino y delicado que quienes mayormente lo sean. El caballero del Verde Gabán se pasma al ver cómo un hombre tan loco cual hace falta estarlo para acometer la aventura de los leones, habla y obra bajo techado con tan refinada cortesanía. El caballero del Verde Gabán no comprende que de la hartura del corazón habla la boca. Vase Don Quijote, y aquella apañada, burguesa, tranquila y sosegadísima familia, se queda en profunda perplejidad. Lo que D. Diego de Miranda y su esposa Doña Cristina y su hijo D. Lorenzo sintieron y pensaron al partirse de allí Don Quijote, no lo dijo el autor, quien dejó tantos placeres y regalos á sus lectores cuantos cabos sueltos quedaron en su obra, pero cada cual puede imaginarse cómo al pasar Don Quijote

por aquella casa honesta y recogida del discreto caballero, pasó con él la ilusión y la alegría heroica que sólo una vez nos visita en nuestras pobres soledades.

Tampoco Cervantes estaba conforme con el modelo de vida feliz ó de *aurea mediocritas* presentado en D. Diego y en la imagen horaciana de su casa solariega: pero el considerarlo así nos lo dejaba á nosotros. Torpe hace falta ser para pensar que tras la verdaderamente heroica proeza de los leones, ponía la pintura del egoísta y confortable reposo de D. Diego para preferirle y presentarle como una perfecta condición de vida. Amaba Cervantes á Horacio el cuarentón, pero seguir, seguía, y admirar, admiraba á Homero, que tiene eternamente veinte años. Para que más se recalcase, á la visión de Horacio en casa del caballero del Verde Gabán, seguía una visión de Petronio ó de Rabelais en las bodas de Camacho.

Créese que este episodio lo compuso Cervantes sólo para Sancho: para que Sancho engullese, trasegara, se ahitase y largase tres ó cuatro chistes entre cuatro ó seis regüeldos: ¡error indudable! En las bodas de Camacho habla poco y hace menos Don Quijote. El espectáculo de la abundancia grosera, de la felicidad material, no turba sus sentidos ni le hace proferir una sola palabra: pero en medio de tan carnal visión, que despierta en nuestra memoria los gratos recuerdos del Arcipreste de Hita y de su pantagruélica batalla de carnes y pescados, surge la desdicha amorosa con el suceso de Basilio el pobre, y allí todo se espiritualiza, y allí Don Quijote habla, y el autor siente y canta con igual simpatía el amor de Basilio y la generosidad de Camacho, como quiera que, al final de la vida, Cervantes se encuentra persuadido de que tan de estimar es un fino enamorado, pronto á matarse ó á morir por el amor, como un rico espléndido á quien no le duelen liberalidades.

No piensa entonces Cervantes ni lo mismo que Don Quijote ni lo mismo que Sancho, sino al par de los dos. El contraste va fundiéndose, la diferencia radical esfumándose, el autor haciéndose cargo de que una es la naturaleza humana, explicables todas sus contradicciones y conciliables sus antagonismos.

Antes que Kant y con mayor claridad que él ha visto el autor del *Quijote*, y humanamente ha pintado la diferencia entre el sentido común, consenso universal ó conciencia inferior, llamado *razón práctica*, y la razón suprema, que está por cima de los hechos y es conciencia común á éstos y á las ideas, la *razón pura*. Y antes que Kant y mejor que él ha resuelto y fundido humanamente la oposición, llegando á la identidad de los contrarios, á la armonía y síntesis superior de la naturaleza humana, porque la compañía y el trato de Don Quijote, *razón pura*, llegan á ennoblecer y educar la rastrera razón práctica, el bajo sentido común de Sancho, y todo lector que no sea un belitre percibe cómo van armonizándose los sentimientos y las ideas del amo y del mozo, subiendo éste algo, bajando áquel un poquillo hasta ser uno los dos espíritus. Nótase, con esto, cómo los disparates de Sancho en su grosería y las sinrazones de Don Quijote en su inaccesible sublimidad, van trocándose en discurso razonable, humano y proporcionado. Se entrevé aquí el vislumbre de un sistema de régimen y educación social del escudero por el caballero y viceversa, que ya tenía sus raíces en muchos libros medioevales como los de Don Juan Manuel. Cree Cervantes en los superhombres como Don Quijote y el licenciado Vidriera, pero, más racional y más bueno que Nieztsche, no los separa del vulgo, ni los hace despreciarle y zaherirle, sino que los aproxima á él y con ello da un alto ejemplo de filosofía. No conocía el benigno Miguel esas petulantes y odiosas palabras despreciativas del literaturismo reciente hacia la gente humilde: para él no había *burgueses, filisteos*, ni *vulgo*, en el mal sentido del vocablo.

Pero el libro de caballerías sigue adelante y á la poderosa inhalación de realidad prosaica que los dos héroes acaban de recibir, es menester que suceda algo tan disparatado, increíble y fantástico cual el relato de la cueva de Montesinos. Aquí surge un nuevo ligamen secreto entre Don Quijote y Sancho, ya unidos irremisiblemente por el encanto de Dulcinea. Movido quizás por la socarronería del primo del licenciado, de aquel estudiante que acompaña á señor y escudero en la excursión á la cueva y cuya presencia y palabras perturban y desasosiegan á los dos, no acos-

tumbrados á que nadie se entremezcle en sus coloquios y aventuras, Sancho no cree nada de cuanto Don Quijote ha dicho ver en la cueva de Montesinos. Por su parte, Don Quijote no está muy seguro tampoco de que todo ello no haya sido una pesadilla suya: y esta admirable, esta soberbia dubitación, de tanto valor clínico, le coloca á Don Quijote en el caso terrible de un amo que, por algún estilo, es inferior á su escudero y ha de vivir, en cierto modo, atenido y sujeto á su misericordia y bondad. Así tal vez en la vida nuestros mejores intentos se malogran por una nonada que amarra nuestra existencia á la de un ser que vale menos que nosotros y nos agua las fiestas y nos apaga los entusiasmos. ¡Cuántas veces no se halló Cervantes en esta misma situación!

Pocos pasos después, aparece la misteriosa, la épica, la formidable figura de Maese Pedro, á quien Cervantes amaba como á una de sus más bellas creaciones: y para que sea aún más interesante, Maese Pedro lleva consigo á su enigmático mono, cuyas muecas y brincos nos causan tan profunda é inquietante impresión como los saltos y ladridos del perro Montiel en el *Coloquio de Cipión y Berganza*. Nadie mejor que Cervantes ha logrado soliviantar el ánimo de sus leyentes sacando de la inagotable realidad estos animales dotados de inteligencia, que nos paran pensativos y soñadores. Con pena se despide el gran creador de la hermosa figura de Maese Pedro, jurándose continuar con más espacio sus fechorías. Pasa, tras esto, la aventura del barco encantado y cuando ya el bobo lector puede creer que la corriente de sus sucesos va á arrastrar á Don Quijote como á tantos personajes de la novela escrita y de la vivida, el encuentro del andante hidalgo con la duquesa introduce al amo y al mozo en un nuevo y desconocido mundo.

Los veintisiete capítulos que tratan de las aventuras de Don Quijote en el palacio de los duques son considerados por muchos como lo mejor de la fábula. Cervantes puso en ellos las más graciosas aventuras, los más variados incidentes, todo cuanto podía hacer por animar la narración.

En ellos el lenguaje se ennoblece, el diálogo es más vivo que nunca, la descripción más rápida y sintética. Nada hay que no

pudiera haber ocurrido, ya en el castillo de Pedrola, donde habitaban los duques de Villahermosa, condes de Ribagorza, señores de la casa real de Aragón, ya en cualquier otra mansión señorial, como la que el privado de Felipe III poseía en Lerma y otros nobles y grandes señores en diferentes lugares. Todo pudo pasar tal como se cuenta y todo pudo crear en la mente de Don Quijote nuevas ilusiones que renovasen y agravasen el empeño y creencia de sus caballerías. Los sucesos van hilvanándose de suerte que amo y mozo se vean envueltos en la ficción y á ella sometidos y con ellos el lector, quien tampoco discierne dónde empieza la comedia y dónde la realidad, como en ésta ocurre á menudo.

Hay en estos capítulos un equilibrio inestable de razón y locura, de lógica y desvarío, que es, á no dudar, el gran secreto de la vida humana, el que sólo Cervantes y otros pocos filósofos como él poseyeron. La bienhechora idealidad de Don Quijote iba poco á poco infiltrándose en los ánimos más duros, primero en el del simple y bueno Sancho, después en los de las gentes sencillas del pueblo con quien ha tratado hasta entonces: sólo en el palacio de los duques, donde residen personajes de la más elevada sociedad española, aun cuando en algunos momentos parezcan el duque y la duquesa tomarle en serio, la verdad es que desde el principio hasta el fin se le considera como á un loco bueno para divertirse con él. Sólo en aquellas almas cortesanas habituadas al fingimiento y á la mentira no hay un poco de compasión para el caballero del Ideal. Sólo allí se burlan de él y no le comprenden. ¡Oh, bien sabía Cervantes y bien conocía lo que eran los señores cortesanos, como el duque de Béjar, el conde de Saldaña y acaso algunos otros á quienes se había dirigido demandando protección! ¡Quizás quizás no es muy aventurado ver una relación directa entre los festejos y holgorios que tomando por pretexto y *anima vili* á Don Quijote celebraban los duques en su castillo y aquellas otras fiestas con que en el palacio del Virrey de Nápoles se solazaban el conde de Lemos y sus cortesanos y seguidores, mofándose de las posaderas grandísimas del clérigo Bartomé Leonardo y del mal humor de Diego Duque de Estrada y del memorión descompasado del niño prodigio Don Gabriel Leonardo de Albión, hijo del secreta-

rio Lupercio. Miguel, que tenía siempre los ojos vueltos hacia Nápoles y albergaba constantemente en su alma la ilusión y la esperanza de volver á aquel lugar de sus delicias juveniles, no dejaba de pensar en el conde de Lemos y en su palacio cuando describía los acontecimientos del castillo ducal.

Las nobilísimas, las delicadísimas palabras y las caballerescas acciones del Ingenioso Hidalgo manchego tal vez Miguel se las representaba como suyas para el caso de verse en aquella abundancia y nobleza: y quizás, desengañado y convencido por fin de que nada podía esperarse de la altanera, desconsiderada, frívola, ignorante y burlona aristocracia de su tiempo, ó quizás sin querer, dejando volar la pluma, hacía salir del castillo á Don Quijote, pasadas todas las aventuras y desventuras que en él acontecieron, como hacía salir de la ínsula Barataria á Sancho el grande y el bueno, sin que en las volubles é inconscientes almas del duque, de la duquesa ni de sus criados quedase una suave memoria de las discretas locuras del caballero andante ni de las humanas simplezas del escudero. Cuantos, antes y después que los duques, habían tratado á Don Quijote, al despedirse de él le querían ó le admiraban ó cuando menos se compadecían de sus desvaríos y recordaban sus razonables discursos y alababan sus loables propósitos y sus sinceros y honrados sentimientos. Nadie, ni siquiera Ginés de Pasamonte, habiendo hecho daño, molestado ó perjudicado una vez al buen caballero, se sentía capaz de segundar en sus malos procederes. Solamente los poderosos duques habían de ser tan inhumanos que al volver el pobre caballero, vencido, de Barcelona, aún le preparasen una siniestra y ridícula mascarada sin gusto ni arte, como broma refrita y manida que de las que anteriormente imaginaron les sobró, cual es la de la muerte de Altisidora.

Mentira parece que haya habido quien califique á los duques de muy discretos y delicados y no advierta que precisamente ellos son los únicos indelicados, groseros y torpes con el Caballero cuyas palabras habían bastado para urbanizar y acortesanar á pastores y aldeanos y para levantar á lo sublime el bajuno y villano carácter de Sancho Panza. En el palacio de los duques, el verdadero

duque, el gran señor, el digno de ser respetado y servido es Don Quijote. ¿No os hace pensar algo el hecho de que á Don Quijote le entendieran y le estimaran los cabreros y no le conociesen ni le comprendieran los señores de alta sociedad? ¿No recordáis que Jesucristo nunca entró en ningún palacio y que le amaban solamente y le seguían los pescadores y las mozas de cántaro y las del partido? Vano es—Don Quijote lo acredita en esos veintisiete capítulos magistrales—llevar un ideal arrastrando por las aulas regias, implorando la protección de quien nunca le vió á la necesidad el feo rostro. No se predican ideales ni se prometen edades de oro bajo techos de artesón, ante mesas ricas, so bordados reposteros, ni el predicador eficaz se sentó nunca en sillones muelles de terciopelo blasonado. Las ideas grandes requieren ser lanzadas con el cielo sobre la cabeza, con una piedra por púlpito ó por asiento, con un árbol por dosel, teniendo por oyentes hombres y mujeres á quienes el sol tostó las faces y la doblez no les arrugó los corazones. ¿Qué sabían ni qué entendían de estas cosas el duque y la duquesa? Poco más ó menos lo que entendería y sabría el conde de Lemos que en Nápoles seguía, y á quien sólo pudo contentar la encristalada y encerrada poesía de los hermanos Bartolomé y Lupercio, entonces ya difunto.

Alegre por demás sacaba á Don Quijote su autor del palacio ó castillo de los duques y le volvía á poner en el camino.

En la lucha perdurable, una vez más el camino había vencido á la casa. Tornaba á sus andanzas el caballero y por si no era bastante claro todo lo anterior, tropezaba con el valiente, discreto y generoso bandido Roque Guinart, ó Pedro de la Roca Guinarda, tatarabuelo de Carlos Moor y de los ladrones generosos de Schiller y de toda la caterva y numerosísima familia de estos grandes arregladores de la sociedad injusta y parcial. Después de Don Quijote, no hay en todo el libro personaje más simpático, más humano, con más claro concepto de la vida que este buen bandido Roque Guinart, en quien Cervantes ve, como ha visto siempre en los de su laya todo sagaz pensador, no otra cosa que un hombre resuelto encargado de compensar á su manera las irritantes injusticias y de reparar con el atropello brutal los nefastos errores y crí-

menes de una sociedad que se empequeñece, se acoquina y se adapta gustosa y cobarde á un régimen de caciquismo y de favoritismo, como el que entonces nos aquejaba ya y del cual aún no hemos podido librarnos.

Roque Guinart es el reverso y el contrapeso del duque de Lerma: no hubiera existido Roque sin el duque. Vienen á veces en la historia rachas como esta, en que al bandidaje de las alturas responde otro esparcido con abundancia por los campos y que sólo á los directamente perjudicados por él inspira odio y repugnancia. Nadie aborrecía á Roque Guinart como nadie odió á los Siete niños de Écija ni á José María. El sentimiento ó el presentimiento de una justicia superior á la prostituída y corrompida en manos de jueces venales y de escribanos ladrones ha existido siempre en el pueblo. Tal sentimiento dictó las páginas en que Cervantes habla de Roque Guinart con tanta admiración como cariño. Las memorias de su juventud y de la vida libre de Italia regocijaban y refrescaban la mente del anciano escritor al pintar una vida envidiable como la de Roque Guinart: libertad con riesgo, con grandeza y bravura era lo más estimable en el mundo. Obsérvese cuán finamente, cuán hondamente nota el autor del *Quijote*, el soldado de Lepanto, cómo el heroísmo español ha ido á refugiarse en las sierras fragosas y anida en los corazones de los bandidos, porque ya hace tiempo que le arrojaron de la corte. Roque Guinart es el primero de todos los capitanes de ladrones que reemplazan en la realidad y en la poesía épica popular á los antiguos capitanes de soldados: es un descendiente de Don Juan y de Don Alvaro, de Don Lope de Figueroa y de Don Manuel de León. Llevadle á América y no se llamará Roque Guinart, sino Francisco Pizarro. La vida aventurera de Roque entusiasma al escritor hundido en las plebeyías y estrecheces de su *antigua y lóbrega posada*, piso bajo de la calle del León. Con esa vida sueña y no con la regalona medianía de Don Diego de Miranda.

Por desgracia, el tiempo de los heroísmos ha pasado. Es menester que el caballero de los Leones sea vencido y que su vencimiento llegue en solemne ocasión, de modo que no vuelva á erguir la altiva cabeza. Para ello elige Cervantes á Barcelona, la

hermosa, la noble, la valiente, la rica. La alegría que en ella reina es el mejor fondo para «la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido». Leamos y releamos esta aventura y no dejaremos de caer en la cuenta en que modernamente se ha caído del profundo simbolismo que encierran todas sus partes y sobre todo, las tristes, las dolientes, las desmayadas y flacas palabras del desfallecido y derrotado caballero. Aquí puso Cervantes lo mejor de su corazón, aquí sacó el don de lágrimas que poseía como pocos escritores de los nuestros. ¡Quién no se siente conmovido al ver derrumbarse en este caso el castillo interior, el ensoñado alcázar de las ilusiones de Don Quijote y no se compadece de él y de su pobre caballo, cuya flaqueza tiene algo de humana debilidad! ¿Quién no llora leyendo la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote para colmo de humillación y de bajeza? Y ¿á quién no saca por última vez de la melancolía por tales sucesos provocada el ver cómo Don Quijote, al igual de su autor, sabía sacar nuevas ilusiones y esperanzas nuevas de las cenizas de las que acababan de hundírsele y quemársele y, no repuesto aún del amargor de su vencimiento, soñaba con entregarse á la dulce vida pastoril y al cultivo de la apacible poesía de los campos, como quien sabe ya por sangrienta experiencia que en los campos encuentra la verdad quien la busca ó la piadosa mentira quien de la verdad está desengañado?

Llegan, por fin, Don Quijote y Sancho á su pueblo, abatidos, derrotados, pero alegres con la resolución bucólica que toman. Una liebre cruza el camino, perros la siguen: mal agüero es aquel. Unos muchachos pronuncian al descuido algunas palabras que misteriosamente pueden ser interpretadas. A Don Quijote le recorre el cuerpo un escalofrío de terror.

Don Quijote entra en su casa, cae malo, vuelve á la razón, muere. Una imponderable y grandísima pena inunda nuestro ánimo. Lloramos la muerte de Don Quijote y el renacer de Alonso Quijano el bueno: nos apesadumbra no tanto el que Don Quijote muera como el que muera convencido de que antes había estado loco. Nos parece un nuevo engaño su desengaño, una nueva ilusión la pérdida de todas sus ilusiones: y viéndole morir y oyendo

sus palabras, á las que ningunas otras igualan en grandeza y sencillez, á no ser las del Evangelio, pensamos todos en nuestra muerte y recorremos nuestra vida y reconocemos nuestro error, y tememos que aún nos queden nuevos retoños de ilusiones en el alma, los cuales, con acerbo dolor nuestro, han de ser arrancados ó destruídos.

A este íntimo arrancamiento de todo nuestro ser que la muerte de Don Quijote nos causa, no ha llegado ningún otro escritor conocido. Aquí Homero cede, calla Dante, Goethe se esconde avergonzado en su clásico egoísmo. Sólo Shakespeare puede mirar con ojos serenos esta gloria superior á las demás humanas, porque sólo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en sonrisa y una sonrisa en carcajada, y al final, trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa vuelva á ser sollozo.

Y Cervantes, luego que tal hizo, como Dios, *vió que era bueno*.

CAPÍTULO LVIII

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

Satisfecho y orgulloso de haber compuesto el último libro de caballerías y de haber sacado á luz las que él creyó primeras novelas ejemplares según el modelo de los *novelieri* italianos, y más aún, siguiendo su propio arquetipo, quiso Cervantes forjar la primera novela larga de los tiempos modernos y para ello escribió, en los descansos que le dejaban las comedias y *Don Quijote*, la *historia setentrional* de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*.

Al componerla se dejó llevar Cervantes de la inclinación de todos los viejos á alardear de que conservan viva, fresca y lozana la fantasía juvenil. Aunque la repetición sea fastidiosa, recordemos la segunda parte del *Fausto*, el exceso y tropel de la fantasía que en ella puso su autor y la confusión y perplejidad en que el lector se ve entre tan variadas y dispares representaciones.—Aquí—pensó Cervantes, como pensó Goethe, como pensaron y piensan otros ilustres viejos—voy yo á echar y á poner de mi cosecha todo cuanto sé y cuanto me imagino, para que los venideros piensen de mí que aún hubiera podido vivir doscientos años componiendo obras maestras de todo linaje.—Y sin querer, le resultó la obra más libro de caballerías que el mismo *Quijote*, no en el sentido de que encarnase ningún ideal inasequible, sino en el de ser un libro de camino, un libro en el cual no se encuentra

reposo, en el cual la casa, la quietud, el sosiego salen derrotados siempre.

Pero no se hable ahora de cómo realizó su intento, sino más bien de lo que intentó. Al acometer la empresa que él creía magna é inmortalizadora de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda,* ya se había persuadido á medias ó á enteras Cervantes de que, alzado Lope con la monarquía cómica, no era posible atraer al público, influir sobre él, fines á los que, naturalmente, aspira todo autor, queriendo ó sin quererlo, por medio del teatro. Un grande hombre no intenta nunca minar el terreno á otro grande hombre ni ocupar un puesto ya ocupado por él.

A regañadientes y con todas las reservas mentales posibles Cervantes cedía el mero y mixto imperio del teatro á Lope, si bien, para sí mismo, estaba seguro de que *El engaño á los ojos,* y algunas otras de sus comedias no publicadas, aventajaban á todas las de Lope. Trabajo grande le debió de costar el arrancarse esta ilusión de anciano, pero así lo hizo, dejando al vulgo siempre vulgo del teatro que se entretuviese y distrajera con disparates. La rapidez de la acción, la escasa inteligencia ó las malas artes de los actores, la no templada cólera, impaciencia y desatención del público, por Cervantes notadas tantas veces, hacían necesario que en el teatro el arte se abajara y redujese á una habilidad ó maña de que él carecía. Nunca estos grandes genios indulgentes y benévolos, estos pintores prácticos de la vida, como llama Sainte Beuve á Cervantes, fueron á propósito para recortar la realidad en actos, ni menos para mutilarla, presentando sólo las partes angulosas y esquinudas de ella, en perenne batalla.

Conocía Cervantes que su natural no le guiaba, como á Lope, por el camino de la iracundia y de la violencia, que son necesarias para concebir furiosamente, modelar á trastazos y hablar á gritos, con objeto de que las distraídas cabezas de los espectadores, atentos á sus negocios, á sus pasioncillas, á sus comodidades ó á sus pláticas sabrosas, se vuelvan espantadas, ó al menos interesadas hacia el escenario.

Comprendía Miguel que era inútil poner en lo escrito, si había de ser representado, más humanidad de la que tolera una muchedumbre amontonada en un corral. Todos somos humanos, complacientes y pacienzudos á solas, como destemplados, intolerantes y despreciativos cuando formamos parte de una multitud. Esa masa desconocida, que componen el señor desengañado y casero, la doncella ó la dama que no van al teatro, el religioso conocedor del mundo, el hombre maduro en quien la reflexión predomina, era el público de Cervantes, como es siempre el público de los novelistas, y raro es que, en alguna ocasión coincida con la muchedumbre agitada, callejera, tumultuosa, irreflexiva de azotacalles y gentes sin hogar, de señoritas y caballeretes deseosos de exhibirse, de novias y novios, de amantes y queridas, de seres aburridos y cansados á quienes un gran aburrimiento ó una curiosidad de ver acciones muy propia de quien es incapaz de realizarlas, conduce al teatro. En otro lugar, cuando pase algún tiempo, se estudiará el público de Lope y se le confrontará con el de Cervantes. Aquí no se ha de advertir sino que son muy distintos y lo eran desde aquel tiempo ambos públicos. Por si alguien no reparaba en ello, ya tiene Cervantes buen cuidado de notar, en la segunda parte del *Quijote*, las cualidades y condiciones de las personas que habían leído la primera.

Pero, sin dejar de conocer esto, quizás el mismo Cervantes echaba de menos un poco de acción en la segunda parte del *Quijote,* en la cual, salvo en los capítulos referentes al castillo de los duques, la reflexión predomina, si no material, espiritualmente y cada aventura parece reflejo, consecuencia ó faceta distinta de un mismo pensamiento que con lógica va extendiéndose por la obra. Acaso y sin acaso Cervantes llegó á dudar de que su obra produjese todo el efecto apetecido por falta de rapidez y multiplicidad en la acción: acaso también se propuso halagar, buscar á aquel público abundantísimo que Lope tenía ya seducido y arrebatado con la magia y fecundidad de las acciones hormigueantes en sus obras. Era preciso, necesario hacer un gran libro de camino, de aventuras disparatadas y fantásticas que, fuera de toda razón y método, conmovieran y enajenasen á aquel público hecho ya á ver en tres horas sucederse los más extraordinarios hechos y fingirse las más increíbles historias.

Para ello, buscó un dechado en la novela griega del decadente Heliodoro *Theágenes y Chariclea*, de la cual salieron tantas otras desvariadas ficciones y comenzó por imaginar á sus héroes de un modo completamente exótico y extraño á toda realidad, haciendo al varón Persiles hijo del rey de Islandia y á la enamorada Sigismunda hija del rey de Frislandia. Para representar lo que la fantasía de Cervantes, educada en la lectura de libros caballerescos y en la visión de las más increíbles hazañas y de los más raros peligros, hizo en los dos primeros libros del *Persiles*, no encuentro nada mejor que recordar las curiosísimas cartas geográficas que, por mandado del emperador Carlos V, dibujó y publicó en Colonia el famoso geógrafo holandés Gerardo Mercator, desde 1560 á 1595. Examinad esos interesantes mapas, cotejadlos con otros de los modernos y veréis cuán deforme y extraña noción tenían de la verdad, según hoy la concebimos, aquellos hombres que por mares y costas se arriesgaban, sin conocer nada á fondo ni con la exactitud indispensable para la navegación. Todos los continentes le parecían á Mercator mucho más anchos y más cortos que son en realidad. Africa es casi redonda, América parece una de esas nubes pesadas é informes de verano, la península escandinava tiene una infinidad de jorobas que sólo existían en la imaginación del buen Mercator ó de los aterrados navegantes que le suministraban datos é informes y en quienes el recuerdo de los pasados peligros abultaba las cosas, confundía las imágenes y trastrocaba las distancias y las proporciones. Parecen mapas del país de la Quimera, cartas del reino del Absurdo, y nos maravilla que con tan flojo auxilio pudiesen los marinos navegar, los generales mandar ejércitos y los monarcas dictar leyes y gobernar tan mal conocidos países.

Muchas veces, remirando esos mendaces mapas he pensado qué hubiera sido para Felipe II, cuando el sol no se ponía en los dominios españoles, poder contemplar un hermoso planisferio de los que dibuja Stieler, en vez de aquel pequeño y embustero globo terráqueo de metal que en su celda escurialense tenía. ¡Qué hubiera sido asimismo para Cervantes, puesto á escribir *historias setentrionales* conocer de veras el grande, poético misterio del Septentrión, olfatear sus maravillosas leyendas, incorporarlas á nuestro caudal estético, trasladarlas á nuestro idioma! Ya conocía él, al emprender los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* que por el Septentrión podían hallarse nunca vistas noticias, jamás sabidas ideas ni experimentadas sensaciones, pero, por desgracia suya, todos estos nombres de Islandia, Frislandia, Lituania, la isla bárbara, la isla nevada y la isla de las Hermitas no representan sino vagas é imprecisas visiones, como los nombres de Periandro y Auristela, de Rutilio y Transila, de Arnaldo y Sinforosa, de Policarpo y Zenobia no responden á criaturas humanas, sino á seres indistintos, de ficción y de ensueño.

A los que, fatigados de la realidad ó hartos de ella ó, cual suele ser más frecuente, desconocedores de las inagotables hermosuras del mundo, gustan de esos libros de pesadilla, en donde la marcha del pensamiento y de la acción no van sujetas á ningún criterio lógico ni á ninguna razón humana, bueno será recomendarles los dos primeros libros del *Persiles*, tan dignos por lo menos de ser notados entre las grandes obras puramente imaginativas como las fantasías literarias de Tomás de Quincey ó los pictóricos ensueños de Arnoldo Böcklin. Examinad atentamente el famoso cuadro *La isla del misterio*, de este originalísimo creador, y decidme si no os figuráis como algo semejante las islas que en los dos primeros libros del *Persiles* imaginó nuestro inmortal autor. De este modo comprobaréis cómo no hay en lo moderno ni en lo antiguo forma ó manifestación alguna del gusto creador ni del arte delicado que por él fuera desconocida ó hacia la cual en alguna ocasión no dirigiera sus ojos y encaminara su voluntad. Los dos primeros libros de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* se dirigen, pues, á una parte del público á quien Cervantes imaginaba ansiosa de nunca sentidas sensaciones, hambrienta de nunca vistos sucesos. En imaginarlos puso lo más sutil de su alma y también lo más cansado y trabajado de ella.

Pero, terminados estos dos libros primeros, se le ocurrió al autor esta sencilla, esta humana consideración con que empieza el tercero: «Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento y no pueden parar ni sosegar sino en su centro... no es maravilla

que nuestros pensamientos se sucedan, que éste se tome, aquél se deje, uno se prosiga y el otro se olvide, y el que más cerca anduviese de su sosiego, ese será el mejor, cuando no se mezcle con error de entendimiento.» Así, al fatigado pensar de Cervantes, vinieron nuevas ideas que ya eran viejas en él, cuando logró sacar de las regiones del Septentrión, donde se hallaban enredados en inextricables aventuras, á los principales personajes de su cuento. Y teniéndoles en el mar ¿dónde había de llevarles el viejo poeta sino á Lisboa, á la amada ciudad de sus mejores años?

Gozoso y alegre, como quien toca tierra después de un larguísimo navegar, pone Miguel en labios de Antonio aquel magnífico elogio de Lisboa, dulce, grato y bien sonante, como requiebro de viejo enamorado: «Agora sabrás, bárbara mía, del modo que has de servir á Dios: agora verás los rincos templos en que es adorado, verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto: aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo: aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos: la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia y la bravura no consiente que se le acerque la cobardía: todos sus moradores son corteses, son agradables, son liberales y son enamorados, porque son discretos: la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos: en ella se descargan las riquezas del Oriente y desde ella se reparten por el universo: su puerto es capaz, no sólo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman: la hermosura de las mujeres admira y enamora, la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen: finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo...»

Los dulces recuerdos de Lisboa sacan el pensamiento de Cervantes de las regiones fantásticas por donde había volado. Ellos le hacen revivir su juventud, ellos le traen de nuevo á los caminos trillados y conocidos, ellos ponen al libro en el terreno de la verdad y hacen seguir á sus personajes una ruta cierta por lugares

como Lisboa, Badajoz, Guadalupe, Trujillo, Talavera, Toledo, la Sagra, Aranjuez, Ocaña, Quintanar de la Orden y otros cual estos conocidos y vulgares. Aquí la fantasía pura y descarriada pierde sus fueros y la verdad se impone y señorea la fábula hasta el punto de sacar á relucir en Trujillo á «dos caballeros que en ella y en todo el mundo son conocidos: llámase el uno Don Francisco Pizarro y el otro Don Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en todo extremo generosos», como si con esta evocación de dos nombres tan ilustres y de tan heroica resonancia quisiera Cervantes mostrar al mundo que no era necesario subir á las regiones septentrionales para tropezar con estos grandes paladines de lo desconocido y escrutadores valientes de lo misterioso y habitantes de las regiones obscuras, nunca antes holladas.

Sucédense unos á otros en esta parte de la narración los episodios reales y posibles, como el de Feliciana de la Voz, el de la chata vieja peregrina, en quien se columbra la imagen de la muerte, la romera misteriosa que siempre aparece inesperada, y el del polaco Martín Banedre, que es, sin duda, relación de un caso real y cierto, por el mismo Cervantes visto. Llegan los viajeros al río Tajo, divisan las torres y muros de Toledo, y Miguel no puede contener las dulces memorias de los tiempos lejanos ni dejar de oir el rumor sonoroso del noble río, cuyas aguas repiten á las distraídas edades

el dulce lamentar de dos pastores.

«No es la fama del río Tajo—exclama lleno de poético ardimiento—tal que la cierren límites ni la ignoren las más remotas gentes del mundo, que á todos se extiende y en todos se manifiesta y en todos hace nacer un deseo de conocerle... y así por esto como por haber mostrádose á la luz del mundo aquellos días las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega y haberlas él visto, leído, mirado y admirado, así como vió al claro río, dijo: (Periandro) no diremos: ***aquí dió fin á su cantar Salicio*** sino: aquí dió principio á su cantar Salicio: aquí sobrepujó en sus églogas á sí mismo: aquí resonó su zampoña, á cuyo

son se detuvieron las aguas deste río, no se movieron las hojas de los árboles y parándose los vientos, dieron lugar á que la admiración de su canto fuera de lengua en lengua y de gente en gente por todas las de la tierra: oh, venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas ¿qué digo yo doradas? antes de puro oro nacidas, recoged á este pobre peregrino que como desde lejos os adora, os piensa reverenciar desde cerca: y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo fué esto lo que dijo: ¡Oh, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos para volver á resucitar su muerta gloria y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve, pues, oh ciudad santa...»

El itinerario que los personajes del *Persiles* van siguiendo hasta Roma es el mismo que, según se ha visto ya, siguió Miguel cuando joven, criado de Monseñor Julio Aquaviva.

En su desilusionada vejez reaparecía á los ojos del anciano poeta la esplendorosa visión de Italia, de donde él se creía desterrado. Así en estos dos libros últimos del *Persiles* va sembrando los gratos recuerdos de su mocedad. No es el viejo vulgar, para quien cualquiera tiempo pasado fué mejor: seguro está Miguel de que en toda razón y con justicia completa puede afirmarse que fueron mejores los tiempos pasados, y no es por una simple incidencia de la narración por lo que nombra á Pizarro, á Orellana y á Garcilaso de la Vega, sino porque está persuadido de que aquellos eran otros hombres más hombres que los de los tiempos presentes, más bravos en la acción y más sazonados en la palabra. Cercano ya á la muerte, va haciendo Miguel un como resumen é inventario de los grandes amores de su vida y por eso los biógrafos, si quieren trazar, con la figura exterior y la relación de los hechos conocidos, un poco de la interior verdad que en el pecho de Cervantes habitaba, no deben despreciar el libro este peregrino de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, antes bien deben estudiarle y analizarle palabra por palabra y línea por línea, con el mismo cuidado y atención que el *Viaje del Parnaso*.

Para contentar á sus lectores y singularmente para entretener las ociosas horas del conde de Lemos y de sus aristocráticas

relaciones, compuso Miguel los dos primeros libros del *Persiles*. En ellos mostró cuán poderosa y fértil era aún su fantasía y cómo acertaba á entrever, cuando se le ofreciera la ocasión, desconocidos mundos é ignotas regiones y á provocar en el ánimo de quien le leyese aquellas excitaciones nuevas cuyos resortes sólo poseen los grandes genios: pero al doblar la cumbre de los dos primeros libros, el solariego, el castellano realismo se apoderaba de su pluma, los personajes de la fantástica narración iban cobrando vida, los incidentes y episodios á la verdad se asemejaban, los lugares representaban paisajes, ciudades, ríos, bosques conocidos y verdaderos y hasta el lenguaje adquiría una precisión, claridad y fijeza, ni siquiera por el mismo autor superada en ninguna otra obra suya. No creó Cervantes la *novela larga* española, como algunos autores han dicho, aunque imitaciones de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* se escribiesen al mismo tiempo y salieran poco después de ella, y algunas tan bellas y dignas de aprecio como el *Caballero venturoso* del cordobés Juan Valladares de Valdelomar. Imitadores de Cervantes en el *Persiles* fueron también, entre otros muchos, Suárez de Mendoza y Figueroa en su *Historia moscóvica de Eustorgio y Clorilene;* Francisco de Quintana en su *Hipólito y Aminta;* Cosme Gómez Tejada de los Reyes en el *León prodigioso*, etc., etc. Apartada la atención pública de los libros de caballerías, en lo cual no poco influyó el *Quijote*, aunque no tanto como se ha dicho, la necesidad de acción poética experimentada en todo tiempo por la muchedumbre se satisfacía con el teatro, todo acción é intriga en manos de Lope, de Tirso y de Vélez de Guevara. Por otra parte, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* no son sino en parte, porque así lo quiso su autor, imagen de la vida.

Aún es pasmoso, mirándolo bien, que á quien había mostrado en la segunda parte del *Quijote* el más amplio y universal concepto del vivir, exponiéndolo en tan sintética manera, le quedasen bríos para presentar, al mismo tiempo una pintura analítica, una galería de cuadros y de historias tan diferentes, unas ciertas, otras artificiales y fingidas cual las que en el *Persiles* se contienen.

Cervantes no llegó á ver impresa su última obra, pero sí terminada y corregida y revisada y limada por él con tanto amor como

ningún otro libro suyo. Aquí, en este libro injustamente olvidado, es donde realizó aquella promesa suya del *Viaje del Parnaso,* en que ofrecía

> **cantar con voz tan entonada y viva**
> **que piensen que soy cisne y que me muero.**

CAPÍTULO LIX

LA ÚLTIMA ENFERMEDAD.—EL CORAZÓN Y EL CEREBRO

En los primeros meses del año 1616 el viejo hidalgo volvió á Esquivias, donde se hallaba su mujer doña Catalina de Palacios. Recio le apretaba á ratos su mal, no tanto que agotase su heroica paciencia. En trances tan fieros y apremiantes se había visto desde muy joven que ni los dolores le sobrecogían ni las esperanzas le desamparaban. En ocasiones, cuando aquella intolerable é insaciable sed de los hidrópicos le acometía, necesitaba recurrir á toda su acumulada resignación de tantos y tantos años para no desesperar por completo. Luchaba el cerebro siempre joven y alegre con el corazón viejo y entristecido, y no vaya á creerse que esta lucha es una metáfora puesta aquí por el autor, sin que la confirmen el diagnóstico y dictamen de un ilustre profesor de Medicina, el doctor Goméz Ocaña, que con tanta lógica ha estudiado y expuesto la *historia clínica de Cervantes.* Sus sabias palabras no pueden faltar al término de ninguna honrada biografía de Cervantes.

«¿Por qué enfermó del corazón el *escritor alegre?*—dice el doctor Gómez Ocaña.—Toda la vida de nuestro historiado se condensa en lo externo, en una constante solicitud, jamás satisfecha, de medios para el sustento. Este pretendiente de por vida aparece, en lo interno, altruísta como no lo hubo ni lo hay, á no ser Don Quijote, su hechura. Lógico es que enfermase del corazón el que le tenía tan grande, máxime cuando le sobraron ocasiones para sufrir.

»Las prendas intelectuales y morales del príncipe de los Ingenios declaran su temperamento nervioso cerebral. De la robustez de Miguel dan testimonio sus trabajos y fatigas, siempre llevados con buen semblante, la falta de antecedentes patológicos y la edad que alcanzó, sesenta y ocho años muy cumplidos y muy vividos. Su héroe Don Quijote, también da fe con su robustez de la del autor.

»Mas si pudo Cervantes vencer en los mil peligros que amenazaban su vida, no logró hurtar el cuerpo á la vejez y ésta hizo mella, no en el cerebro, de hermosa y sólida textura, sino en los vasos y en el corazón, de fábrica más endeble. *Arterio-esclerosis* se llama técnicamente esta vejez del aparato circulatorio, de la cual derivan multitud de enfermedades del mismo corazón y de otros órganos, que todos al cabo se resienten.

»De principio larvado, insidiosa, multiforme y crónica, la arterio-esclerosis era desconocida como tal enfermedad en los tiempos de Cervantes y aún hoy se diagnostica muchas veces tarde, cuando se encuentran lesionadas las principales entrañas.

»No apunto ni en pro ni en contra de mi hipótesis la falta de síntomas cardíacos en la historia de Cervantes. Lo que sí alego en pro de la cardiopatia son las alternativas del ánimo, tan pronto propicio á la esperanza como desmayado...»

Estas profundas palabras cierran toda discusión sobre la enfermedad del viejo hidalgo. La hidropesía, que los médicos de entonces consideraban como una enfermedad, no era más que un síntoma. El daño estaba en el corazón y todo cuanto acabamos de relatar lo explica perfectamente. Llevan el corazón y el cerebro á los demás órganos la ventaja de que no necesitan, en circunstancias normales, más alimento que el reposo, y éste no se consigue sin el equilibrio entre lo que dan y lo que reciben. El constante eretismo, la infatigable actividad del cerebro de Cervantes, cuando no fueran suficientes á recompensarlos la fama que Miguel logró desde la publicación del *Quijote* y hasta las mordidas y los arañazos de los envidiosos, que al hombre de temple superior le saben á lo que son, á involuntarias alabanzas, se hallaban pagados con la propia satisfacción, con la seguridad, por Cervantes cien veces manifiesta, de que sus obras habían de pasar á la posteridad entre el respeto y con el aplauso universales.

Esto tiene de bueno el oficio de escritor, entre tantas partes malas, que quien le escoge, en su propio trabajo halla la remuneración, si no le dan otra y se va al otro mundo con la tranquilidad de haber hecho algo memorable, dulce y sabroso engaño que nos hace arrastrar la vida y la faena como las ojitapadas mulas de noria, que no saben si están trabajando para la inmortalidad ó para regar unas matas de berzas y lechugas.

La enorme resonancia del *Quijote* y la conocida popularidad de Cervantes fueron suficientes, sin duda, á dejar su cerebro equilibrado y buena prueba de ello es el afán con que, á dos pasos del sepulcro, habla de sus obras en proyecto. Para la intelectualidad de Cervantes, no habían existido los desengaños ni las desilusiones. Trabajo le había costado arrancar de su mente algunas ilusiones, como la del teatro. Su tácita y jamás confesada lucha con Lope había concluído en acatamiento y sumisión, con más ó menos reservas. Su cerebro estaba bien alimentado, porque reposaba, como reposa únicamente el cerebro, según los más ilustres fisiólogos, es decir, cambiando de operación y de dirección, proyectando nuevas y distintas obras: el *Bernardo*, las *Semanas del jardín* y hasta la segunda parte de *La Galatea*, de la cual hablaba el anciano creador con la infantil complacencia del sesentón que encuentra en un arcaz viejo los bizarros atavíos amorosos ó marciales de sus veinte años y se los prueba y halla que ni el talle, ni la presencia y apostura de su ancianidad desmerecen de sus gallardías de mozo, ni tal vez parezca mal, en sonada ocasión, arrearse con las gallardas prendas que no han perdido la gracia ni la hechura.

Entero, sano, fresco, juvenil, se conservó hasta los últimos días de su existencia el cerebro de Miguel, como su pluma elocuente y conmovedora hasta el postrer instante, la cual después de recibida la extremaunción y de aparejada el alma para el viaje postremo, sabía decir cuanto quería y dejaba transparentarse más claro y más sincero que nunca el pensar que la guiaba.

Pero si el cerebro estaba satisfecho y nutrido, no así el cora-

zón, cuyo alimento son el amor y la alegría. Las mayores alegrías y los únicos disfrutes y goces de Miguel en la vida fueron los intelectuales. Sus obras todas declaran que tenía mucho más de sentimental que de sensual. No menospreciaba la carne, como los místicos y los ascéticos contemporáneos suyos, ni el negro humor con que el beato Juan de Avila entintó los corazones y embarró la sangre, despertando el amor á la putrefacción y á la muerte antes que el macabro Valdés Leal lo glorificara en sus cuadros, se comunicó al espíritu de Miguel: pero tampoco amó exclusivamente á la carne con la epicúrea sensualidad que rebosa en las gentilezas de Baltasar del Alcázar y de algunos otros admirables ingenios (por desgracia pocos), á quienes debemos el que la alegría española no haya perecido achicharrada en un auto de fe ó estoqueada por un marido celoso de los de Calderón.

En ningún otro autor encontramos como en Cervantes el arte supremo, humano de conciliar el atractivo del deleite con el encanto de la honestidad en las cosas al amor atañaderas. Ni el mismo Lope, doctor en amorosas ciencias, ha igualado á Cervantes en esta suprema y sublime delicadeza que le ha valido un trono en el corazón de las mujeres capaces de comprender á Epicuro y de amar á Platón, las cuales son muchas más de lo que cuatro infelices piensan. Pudo ser y no fué Cervantes el más fino amador de su tiempo y, si analizamos bien la causa de sus reconcomios con Lope, tal vez hallemos que no es enteramente ni puramente literaria. No: Cervantes veía y todo el mundo sabía que Lope era amado por mujeres de todas las trazas y calidades, que Lope no hubiera podido crear un cúmulo y tropel tan inmenso de pasiones desenfrenadas como el que dió vida á su teatro si no se hubiese hallado, cual se halló él mismo, en lo más ardiente y fragoroso del torbellino que al mundo arrebata y en el cual, unos con pareja y otros sin ella, unos locos, otros tontos, éstos mancos, cojos aquéllos y todos ciegos, vamos envueltos sin saber á dónde, unos gozando, como Lope, otros padeciendo como Cervantes, sin llegar nunca al goce anhelado.

Podéis asegurarlo, podéis creerlo: en el fondo de su alma Cervantes envidió á Lope sus amores y sus amoríos, el imperio y sugestión que por su persona, más aún que por sus escritos, ejercía en las mujeres. Este era un modo de fecundidad que á Miguel le pareció siempre envidiable y por no haber llegado á conseguirlo fué el Ingenioso Hidalgo infeliz en amores toda su vida. ¿Pensáis que no encierra algún misterio encantador la circunstancia de que Don Quijote no hubiera visto sino una ó dos veces á Dulcinea y jamás con ella hubiese cruzado palabra? Cervantes había llegado á Platón sin pasar por Epicuro y ésta fué una de las grandes amarguras de su vida.

Sus amores de Portugal, su pasión por Ana Franca fueron mezquino y menguado alimento para una hambre de amor tan violenta y fuerte, por lo mismo que no era carnal ni había de apagarse ó disminuirse al huir la juventud. Y, bien mirado, no es difícil reconocer, por mucha tristeza que el declararlo nos cause, que á Cervantes nadie le quiso de veras, con la intensidad y la solicitud que él se merecía. Sólo su hermana doña Andrea, la generosa en amores, fué capaz de concederle aquella estimación constante, honda y diaria que el genio necesita para vivir á gusto, como necesitan las perlas el tibio roce de la carne femenil ó el regalo y blandura del terciopelo y la dulce presión de los algodones del estuche; pero doña Andrea estuvo toda su vida atareada en las más diversas ocupaciones, tuvo tres maridos, no pudo atender á su hermano con el esmero y la continuidad indispensables.

¿Y doña Catalina de Salazar? No la echemos enteramente la culpa. Reconozcamos los hechos y en la fuerza que ellos tienen basaremos una inducción suficiente á explicarlo todo. Un gran poeta desconocido llega, no á últimos del siglo XVI, sino hoy, á principios del siglo XX, á un pueblo como Esquivias, en la Sagra de Toledo ó en la Mancha ó en la Alcarria ó en la tierra de Campos: además de poeta es soldado y está inútil para seguir siéndolo. El amor habla á los oídos de una moza recatada y pudiente del lugar. La moza le escucha, se casa con el poeta, llega á amarle, más por sus buenos hechos y sus dulces palabras que por sus poesías, que ni entonces ni ahora dan á nadie para vivir. Luego, después del amor, está la vida y la vida, inexorable, dura, fuerza á los dos amantes, ya casados, á una triste y necesaria separación, en la

cual se consume y disuelve la juventud de ambos. La esposa, no por serlo de un genio, es también una mujer genial: harto hay con que sea, como lo fué doña Catalina, fiel y casta. ¿Quién es aquí el engañado? ¿Quién el que tiene derecho á quejarse? Con toda justicia, ni el uno ni el otro. El amor ha prendido su fuego en los dos corazones, pero la ausencia larguísima ha acabado por extinguir la llama. Y como no ha habido amor, no ha habido constancia en mantenerle, tarde y con daño ha venido la estimación: pues todavía el amor puede renacer atizando fuertemente los rescoldos que de la lumbre quedaran, pero ese calor viejo, sostenido, cotidiano, que estimación suele llamarse, no hay manera de improvisarle, ni de encenderle, como que nace del cuidado, de la previsión, de la solicitud y ahinco en que el hogar siga ardiendo, en que la puerta no se abra, ni la ventana se entorne, en que el ambiente se conserve cálido en el aposentillo, y para tener todas estas nimias atenciones no puede servir una mujer que ha pasado veinte años sola consigo misma en un pueblo triste, en un gran caserón desnudo.

Paseándose por las destartaladas salas ó sentado en el poyo de la puerta, el viejo hidalgo considera esto, que ha truncado y entristecido su vida, y la contempla como en panorama y reconoce, no un error, pues él no tiene la culpa, ni su mujer tampoco, sino su mala estrella. El intelecto está sano, fuerte, pronto á la producción, apercibido para la obra fecunda. Él mismo lo ha dicho recientemente:

Tieso estoy de cerebro por ahora.....

Pero el corazón está enfermo, achacoso, descaecido, como esos hombres, tantos y tantos que por todos los pueblos de España se ven y en Esquivias, aun siendo lugar rico se verían... como esos hombres digo que llegan á viejos con el cuerpo hecho una hoz de tanto encorvarse encima de la mancera y de tanto patalear las besanas y que nunca han conocido la hartura, ni aun siquiera el alimento necesario y correspondiente á tan rudo y continuo bregar con la tierra y que ya sólo desean hacer un hoyo, echarse en él y atracarse de tierra eternamente.

El corazón de Miguel ha trabajado con exceso, en medio de las escaseces de Valladolid, de Madrid y de Sevilla, cuando niño: después en la campaña de Lepanto, en la de la Goleta, en los inútiles afanes y borrascas por socorrerla: más adelante en los horrores y peligros del cautiverio. Allí, el personal heroísmo de Miguel, tantas veces puesto á prueba, ha ensanchado su corazón, quizás le ha hipertrofiado. Cada peligro de estos es un trastorno nervioso enorme, cada trastorno nervioso un desarreglo circulatorio. El descanso, el alimento á un corazón tan fatigado han sido al volver á la patria, unos breves amores, unos pequeños triunfos de la vanidad. Luego la necesidad de la lucha se impuso de nuevo y en aquellos veinte años de malandanzas y aventuras por los pueblos, caminos, ventas y mesones de Andalucía ¿qué era lo que el errante Miguel podía dar como pasto á su corazón? Ni los prosaicos menesteres en que andaba metido servían sino para achicarle y engurruñirle, ni las esperanzas de que nunca estuvo falto eran bastantes para mantenerle. Las comisiones para saca de trigos y aceites, la cobranza de alcabalas y rentas, los apuros, angustias y escaseces pasados en Sevilla, las exigencias y amenazas de los contadores, las dos estancias en la cárcel y luego la traslación á Valladolid, el proceso de Ezpeleta, la frialdad y hosquedad de la corte y por fin la desavenencia con su hija, á la cual debía de tener tan hondo y arraigado cariño, las malicias del dinero, que agria los caracteres y disuelve los amores y las amistades, toda esta sucesión de desazones, intranquilidades y zozobras no podían menos de golpear en aquel corazón que indomable parecía hasta gastarle, anonadarle y aniquilarle. El cerebro había peleado con denuedo, pero siempre había salido vencedor: el corazón estaba vencido, jadeante, lleno de heridas profundas que habían abierto las añejas cicatrices: y, como consecuencia de la fatiga del corazón, los labios, el paladar y la garganta del doliente hidalgo tenían sed.

Paseando por las haldefueras de Esquivias, llegaba el viejo con algún amigo ó pariente del lugar á la fuente de Ombidales, cercana á unas tierras de su mujer. Sentábase en una peña y de vez en cuando remojaba las fauces en el agua corriente. El manso manantial cantaba contando su perenne, su indescifrable historia, de las

entrañas de la tierra salida. Por allí cerca, las alegres cogujadas andaban á saltitos, meneando graciosamente la cabeza coronada por un moñito picudo; picudo era también su canto agudillo: To-to-ví-i...! Más lejos, entre las cepas, las perdices, ya desde febrero enceladas, diseñaban su cacareo, parecido al caliente arrullo de una poderosa y morena contralto y los machos bravíos contestaban desafiándose de loma á loma:—Ssi-ssi-ssi—y enviando al final un beso apasionado á las hembras, locas de su cuerpo. Los croajantes grajos habían huído en bandales sueltos de los exhaustos olivares y en ellos comenzaba á refugiarse el cuco y tal vez en las tardes soleadas lanzaba su primer llamamiento á la alegría primaveral, aún roncera... El viejo poeta pensaba que la fuente, las cogujadas, las perdices y el cuco eran quienes tenían razón, toda la razón, la suprema razón de la vida.

Sólo el amor merecía la pena: *amor* solamente decía en todas sus frases el cantar imperecedero de la fuente, cual si esta palabra y este sentimiento manasen del hondón de la tierra, como el agua mansa, sin que nadie sepa de dónde ni por qué viene. El cuco y las perdices, las cogujadas y la fuente con sus amables voces le daban al poeta el mayor desengaño que hasta entonces había sufrido. ¡Tantos años de oir los ruidos y los cantos de la Naturaleza y no haber caído en la cuenta hasta que ya no había remedio! Y el viejo hidalgo sentía en su corazón enfermo las palpitaciones juveniles y en sus labios resecos y áridos la sed robusta que le anunciaban la primavera cercana: y tenía miedo de la primavera que nunca le fué benigna como el otoño.

Para no encontrarse con la primavera en medio del campo, volvió á Madrid, á sumirse en su antigua y lóbrega posada y en el camino le sucedió... pero no profanemos este recuerdo sacrosanto, que él mismo contó con su alada pluma. Lo mejor será copiar sus palabras de oro, conocidas de todo buen español, jamás inoportunas y menos en este lugar.

«Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venía picando con gran priesa uno que

al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venía vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es no traía más de dos, porque se le venía á un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla; llegando á nosotros dijo: ¿vuesas mercedes van á alcanzar algún oficio ó prebenda á la corte, pues allá esta su Ilustrísima de Toledo y su Majestad ni más ni menos, según la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el víctor de caminante más de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros: el rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo qué pasilargo. Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetio á mí y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo: sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas. Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije: ese es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes: yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho vuesa merced; vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta de camino: hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algún tanto más las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo: esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano, que dulcemente se bebiese: vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna.—Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides

de mis pulsos, que á más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuestra merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado: en esto llegamos á la puente de Toledo y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, y volvióseme á ofrecer: picó á su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habría dado gran ocasión á mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenía. Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.»

CAPÍTULO LX

EL ÚLTIMO PROTECTOR.—CÓMO MURIÓ CERVANTES

El arzobispo de Toledo, Don Bernardo II de Sandoval y Rojas se hallaba á primeros de marzo en la dehesa de Buenavista, huyendo la incomodidad y el desamparo de los fríos inmensos salones del Palacio arzobispal. Buenavista, hermosa casa de placer que se alza en una ladera sobre la derecha orilla del Tajo es, como su nombre declara, un lugar de bellas y apacibles perspectivas. Allí el río padre, después de haber abrazado amorosamente á la ciudad misteriosa, corre dilatado; ufano y músico, relata sus secretos á quien sabe oirlos. Al mismo lado de Buenavista, apoyados los muros en la margen del río y envuelto entre las frondas plateadas de los álamos blancos y entre el obscuro follaje de los álamos negros, el edificio que aún se llama *Los Lavaderos de Rojas*, muestra el término habitual que á sus paseos daba el arzobispo Don Bernardo, en las tardes marceras, en que es menester buscar el abrigo de los árboles y el regalo y sosiego de las frondas, donde el aire quiebra un poco y tañe en las ramas prodigiosas sinfonías. Desde aquel sitio el sol hiere de través los cerros negrizos de San Bernardo en donde las olivas se retrepan; á la izquierda, en los cigarrales famosos, los albaricoques y los almendros, las olivillas y los parrones y algún forastero nopal que vive en el regazo de una tapia, se despiden del sol fugitivo que río adelante camina y las casillas blancas cigarraleras le dirigen una sonrisa bonachona: más á la izquierda, la noble ciudad, gloria de España, asentada en su pedestal de roca viva, reluce como una joya de la tierra y hacia su centro, entre los centelleos de los cristales,

de esas amables y optimistas ventanas que en los crepúsculos nos dicen que al día siguiente habrá también sol y vida, rasgan osados el aire la puntiaguda torre de la Catedral y el cuadrado campanario morisco de San Román, famoso en la historia y en la poesía épica española.

Para Don Bernardo de Sandoval y Rojas tales bellezas eran plato de todos los días. Llevaba casi diecisiete años rigiendo la Sede Primada. Era ya viejo. Había sido antes obispo en Ciudad Rodrigo, en Pamplona y en Jaén. Había conocido todas las grandezas y las pequeñeces del mundo, y ningún negocio espiritual ni material tenía para él secretos.

Inquisidor general, conocía al dedillo los conflictos y apuros de conciencia: Consejero de Estado, las artimañas y apañuscos de la política le eran familiares: Jefe de la Iglesia española, ejerció con mesura, pero con firmeza, el formidable poder que se le confiara: prócer espléndido hasta el extremo posible de grandeza, sin tocar en el despilfarro, varias veces había tenido que prestar caudales al mismo Rey Felipe III y en reciente ocasión le sirvió con cincuenta mil ducados para un apuro de los muchísimos en que se veía aquella corte, hecha de ostentación y vanidad y rellena de roña y de miseria.

Holgadamente podía hacerlo, pues las rentas propias del Arzobispado no bajaban á la sazón de seis millones de reales, que es como decir ahora seis millones de pesetas próximamente y asentado sobre tan robusta base metálica, el poder moral del Arzobispo era invencible y el más sólido y positivo de la nación. Así, habiendo ganado el largo y memorable pleito del Adelantamiento de Cazorla, señorío de cinco villas y numerosos territorios, el cual pretendían ser suyo los Marqueses de Camarasa, porque el palaciego cardenal D. Juan Tavera se lo regaló al secretario Francisco de los Cobos, en tiempo del Emperador, Don Bernardo nombró Adelantado á su sobrino el omnipotente Duque de Lerma, pero al poco tiempo le obligó á que lo renunciase no fuera que, engreído con su privanza, quisiese también perpetuar en su familia y casa el Adelantamiento perteneciente á la Mitra. Celoso de sus fueros y derechos, como nadie, era además, según se

ve, Don Bernardo de Sandoval un gran conocedor del corazón humano.

Por eso, en sus siestas y reposos de Buenavista, se deleitaba principalmente leyendo libros que á humanidad trascendieran. Ya se ha dicho que odiaba el arte gótico: odiaba, pues, todos los encumbramientos idealistas y románticos, todas las caballerías andantes, ya á lo humano, ya á lo divino. Quizás, en el fondo, aborrecía á las féminas inquietas y andariegas como Santa Teresa de Jesús, á los audaces caballeros de Loyola y á todo espíritu alimentado con libros caballerescos. También se ha dicho que era el suyo un espíritu neo-clásico, reposado y tranquilo, amigo de la exactitud, amante de la riqueza sobria, de las líneas claras y sencillas, de los términos precisos y netos.

Por ello, grande fué su complacencia cuando uno de sus familiares, quizás el entusiasta licenciado Márquez de Torres, le leyó ó le hizo leer la segunda parte del *Quijote*.

Alguna vez vió Don Bernardo á Cervantes, varias oyó hablar de él con elogio: creía recordar que en ocasiones le había socorrido, por ser un poeta pobre, hidalgo y soldado viejo. No le contentó mucho, sin embargo, la primera parte del *Quijote* y aquella suspensión en que deja al espíritu sin saber si proseguirá ó no adelante la locura del caballero de la Mancha. Pero al leer la segunda parte, al ver á Don Quijote morir en la cama como cristiano católico, cuerdo y renegando, en sublimes palabras, de su locura, como si redujese al mundo entero con su ejemplo altísimo á abandonar los desvaríos y despropósitos á que su demente sinrazón le guiara y quisiera sujetarle á los límites clásicos, ordenados, rectilíneos de la vida, el ilustrísimo prelado aprobó con toda su alma y, tarde ya, conoció, á su manera, que Cervantes era el hombre de más claro magín que en su tiempo había.

Don Bernardo, naturalmente, deducía del libro las consecuencias favorables á su criterio. ¡Oh! Sí—pensaba el sagaz y político anciano, á quien no se le ocultaban las razones principales de las *locuras de Europa*, que dijo Quevedo, y de las tonterías de España.—Esto es lo positivo, lo real: ha acabado la época triste y funesta de las fantasías gótico-flameantes, de las caballerescas luchas

y de las muertes heroicas de los paladines en el campo de batalla: venida es ó debe ser la edad del reposo y de la razón, de que el hidalgo muera tranquilo, perdonando á todos y de todos perdonado, en su lecho familiar. Y tras la muerte de Don Quijote, entreveía el buen arzobispo una era de clásicas regularidades y de armoniosas grandezas, que llegó, no en España, sino en Francia: y de aquella futura edad de sosiego y armonía se le antojaban pronósticos halagüeños el rumor sonoroso del Tajo que á sus pies pasaba grave, solemne, y el cantar del viento en las alamedas, que tenía el contrapunto y hacía la fuga al canto hondo, canónico, del río.

Regocijado por la lectura, que aún tenía poder sugestivo sobre su ancianidad, el arzobispo de Toledo preguntó si se le habían hecho nuevas mercedes á Cervantes. Alguien le anunció que el viejo poeta se hallaba enfermo y tan mal de recursos como era su costumbre. Don Bernardo previno seriamente que no se echase en olvido nunca al autor del *Quijote*.

El cual, como se ha dicho, había vuelto ya á su casa de Madrid, perdida casi del todo la esperanza de curarse, pero sostenido y alentado por la protección que de tan alto le llegaba, aunque ya era tardía. No solamente el arzobispo D. Bernardo le enviaba socorros materiales, sino además una carta, por él dictada ó escrita, consolándole en su última tribulación. Esto tienen de bueno los espíritus amantes del clasicismo: que saben reconocer las necesidades y los anhelos de la humanidad y dar á cada tiempo, á cada lugar y á cada persona lo suyo. A la carta y á las mercedes del arzobispo D. Bernardo contestó Cervantes con lo último que escribió antes de caer en el lecho. Es el famoso y venerable documento que preside las sesiones solemnes de la Real Academia Española, y dice así:

«Ha pocos días, muy ilustre señor, que recibí la carta de vuestra señoría Ilustrísima y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera lo bastante para tenerle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; pero al fin tanto arrecia que creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento. Dios le conserve ejecutor de tan santas obras para que goce del fruto dellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado, que sus magníficas manos besa. En Madrid, á 26 de Marzo de 1616 años. —Muy ilustre señor: Miguel de Cervantes Saavedra.»

Escribió esta carta con tanto cuidado y atención, que de ella existen dos copias, con ligeras variantes. La clarividencia propia de los últimos días de su vida y que ya en algunos momentos tocaba en los umbrales de lo sobrehumano, le dijo que el reconocimiento de su genio por hombre tal como D. Bernardo de Sandoval y Rojas era un seguro anticipo, ó mejor dicho, era el primer mensaje de inmortalidad que le enviaban los siglos futuros. Las puertas de lo eterno se le abrían por mano del hombre que, después del Pontífice de Roma, estaba investido del más alto poder espiritual.

Una gran paz fué llenando el alma de Miguel: una grandiosa humildad infiltrándose en su corazón enfermo.

Derribado en la cama por los acerbos dolores que sentía, no quiso morir sin asirse, adherirse, abrazarse al último ideal de su existencia, la fe religiosa. A última hora, quería resolver aquella gran duda que se le ofreció á su grande y bueno Sancho Panza, cuando le explicó Don Quijote, en el capítulo VIII de la segunda parte «que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos», y explicando lo que significaban los gigantes y demás imaginaciones andantescas añadía: «tenemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, entre cristianos, famosos caballeros». A lo que Sancho, el buen Sancho, después de proponer á su amo el difícil punto de si es más resucitar á un muerto ó matar un gigante, contesta aconsejando á Don Quijote que los dos se hagan santos para alcanzar más brevemente la fama «y advierta, señor—dice—que ayer ó an-

tes de ayer canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas y están en más veneración que está, según dije, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero...»

Comunicaba esta última vacilación suya el acongojado Miguel con su grande amigo y dueño de su casa el presbítero D. Francisco Martínez Marcilla, el cual estimó muy conveniente que Miguel profesara con votos solemnes en la Venerable Orden Tercera de San Francisco, ceremonia que se verificó en la misma antigua y lóbrega habitación del viejo poeta, quien ni siquiera pudo levantarse de la cama, el día 2 de Abril de 1616. Profeso ya, se hizo cargo Miguel de que era aquella otra especie de andante caballería de la humildad, como las pasadas lo fueron de la soberbia y vanagloria, y si le tranquilizaba el morir como cristiano, le complacía y endulzaba sus últimas horas el morir como caballero de una orden fundada por el santo Don Quijote de Asís.

Al cabo, pensaba, desechando ya toda amargura y todo rencor para con el mundo, que él no había sido nunca otra cosa que un pobre solicitante, casado ó unido de por vida con la pobreza. Para padecer los últimos extremos de la necesidad, poca falta le había hecho declararla, ni enamorarse de la escasez y de las privaciones, como alardeaban de hacerlo otros hermanos de la Venerable Orden Tercera tan poco humildes y tan poco pobres cual el Condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco y el mismo Lope de Vega, también terciarios profesos. Al hacer la profesión, se acostaba Cervantes al parecer de Sancho Panza, reconocía la vanidad y la vacuidad de la vida. ¡Quién sabe si en lo más escondido y recatado de su alma, algunos momentos, no se replicaba á sí mismo con las propias palabras de Don Quijote!

Porque es lo cierto que á ratos sentía renacer la fuerza en su pecho, y aún abría un postigo á la esperanza. En uno de estos ratos de felicidad relativa, su imaginación voló hacia la amada Nápoles y contempló la imagen del conde de Lemos, de quien sabía que también los desengaños comenzaban á abatirle y á dominarle, y entonces, el viejo casi moribundo, sentado en la cama, con esfuerzo violentísimo, sobreponiéndose á todos sus dolores y angustias, dictó ó escribió aquella página de oro que tan bien explica y declara sus últimos pensamientos, y que no por lo sobrado conocida, puede excusarse el copiarla aquí. Es la dedicatoria del *Persiles*, y en ella puso Cervantes lo más noble de su alma agradecida, pagando con nunca vista usura los favores que debiera al conde de Lemos.

«Aquellas coplas antiguas—dice—que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan *Puesto ya el pie en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á vuestra Excelencia, que podría ser fuese tanto el contento de ver á vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos, sepa vuestra Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de vuestra Excelencia, regocíjome de verle señalar con el dedo y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de vuestra Excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín* y del famoso *Bernardo:* si á dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas el fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado vuestra Excelencia, y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á vuestra Excelencia,

como puede. De Madrid, á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.

Criado de vuestra Excelencia,
MIGUEL DE CERVANTES.»

Cuatro días antes de su muerte, escribió Miguel estas líneas. En ellas hizo el resumen de su pensamiento acerca de la vida, de la que él fué, como todos los grandes genios que á la humanidad conducen, fiel y rendido amante. En esas palabras, ya escritas mirando cara á cara á la muerte, se encierra la filosofía suprema del *sustine* y del *abstine* que heredó Miguel con la sangre cordobesa medio senequista, medio musulmana de su ilustre abuelo el licenciado Juan de Cervantes. «Llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir», dice, en un momento de esperanza quijotesca... y un instante después, dice, como los árabes, «pero si *está decretado* que la haya de perder...», y añade, como ellos y como Séneca, «cúmplase la voluntad de los cielos». ¿Notáis bien ahora hasta en los últimos días de su existencia, estos dos momentos que marcan el equilibrio fundamental de su espíritu sobrehumano? Por algo se ha comparado el movimiento del espíritu con el de un péndulo bien compensado: pero no son muchas las almas que próximas al trance último y luchando en la agonía del tránsito de la muerte, conservan esa maravillosa flexibilidad que en las palabras últimas de Miguel se descubre.

Los cuatro postreros días de su existencia, hasta el veintitrés de Abril, en que murió, debieron de ser angustiosísimos. La disnea y el estertor, propios de los enfermos cardíacos, oprimían aquel anciano pecho. La sed de agua ¡terrible congoja! se trocaba en sed de aire, que los pulmones anhelosos consumían, y en sed de sangre, la cual corría furiosa, desbocada, por las venas, marcando ciento veinte, ciento cuarenta, ciento sesenta pulsaciones por minuto, sin que la fiebre se presentase: los nervios vasomotores se agitaban convulsos, en tensión insoportable. Tras esto vino un estado comático, algo como un sopor silencioso, cortado solamente por el trabajoso ruido pulmonar, semejante al roce de una escoba sobre los ladrillos. Miguel cerró los ojos: no veía, no entendía ya las cosas exteriores, pero aún lo suyo interior, su alma, luchaba, quería balbucir algo, esa última palabra que se nos queda por decir siempre cuando nos despedimos de alguien y que era quizás la única justa y conveniente.

El pobre moribundo estaba sentado en el lecho, apoyado el busto en cuatro ó cinco almohadas y cabezales. Su ancha frente, que fué siempre un espejo para la luz, se amortecía, se trocaba mate: su aguileña nariz pálida se encorvaba, prensil, buscando la boca: los marciales bigotes caían desmayados en la suprema dejación de toda lucha. Un último estremecimiento, un *pneuma* ó soplo misterioso que salía por la boca y narices, una inclinación suave, lenta, de la cabeza sobre el pecho, fueron las postrimeras señales. El Ingenioso Hidalgo estaba muerto.

Al pie de la cama sollozaban doña Constanza de Figueroa, doña Isabel de Saavedra, doña Catalina de Salazar y rezaba el buen clérigo D. Francisco Martínez Marcilla. Pronto el vecindario curioso corrió la noticia. Mucha gente entró á ver el cadáver. Del mentidero de representantes no dejó de acudir toda la comiquería á ver muerto al escritor alegre y al regocijo de las Musas. El vecino de enfrente, Lope de Vega entró también, miró el cadáver, rezó un rato marchóse á sus negocios, moviendo pensativo la cabeza.

Luego, vinieron los hermanos terciarios de San Francisco, amortajaron con el hábito de la V. O. T. el cadáver de su hermano en religión, le pusieron en la caja. Como el trayecto del entierro había de ser tan corto, pues pocos pasos hay desde la casa de Cervantes al convento de las Trinitarias, bastó que se arremolinaran la vecindad y los cómicos del mentidero para que la angosta calle pareciese llena. Los hermanos terciarios de San Francisco tomaron en hombros la caja. El cadáver llevaba el rostro descubierto, como las reglas de la V. O. T. previenen.

Detrás de la caja marchaban algunos personajes ricos, grandes de España y títulos del Reino, á quienes agradaba asistir á entierros humildes y demostrar así públicamente su acendrada piedad. En medio de ellos, entre marqueses y condes, tal vez acompañando á su nuevo protector el duque de Sessa, el clérigo Lope de Vega Carpio mostraba sus pulcros hábitos sacerdotales, su cruz de

San Juan en el pecho. El entierro en el convento de las Trinitarias fué pobre y nada ceremonioso. Dos modestos poetas de quienes casi nada se sabe, sino que admiraban al muerto, siguieron la fúnebre comitiva: se llamaban Luis Francisco Calderón y D. Francisco de Urbina, éste pariente ó deudo del secretario Juan.

La tierra cubrió el cuerpo del Ingenioso Hidalgo. Rojos ladrillos taparon la fosa. No se colocó en ella lápida ni inscripción, ni siquiera un humilde azulejo. No sabemos dónde está lo que del cuerpo de Cervantes queda, si queda algo.

Tampoco sabemos qué se hizo de los manuscritos del *Bernardo*, de *Las semanas del jardín*, de la comedia *El engaño á los ojos* ni de la segunda parte de *La Galatea*.

Un año después de muerto su marido, doña Catalina vendió á Villarroel el privilegio de *Persiles*. El dinero que diese Villarroel á la viuda fué lo primero, lo único, probablemente, que doña Catalina cobró de las literaturas de su marido, por las que nunca sintió amor.

Y al llegar aquí, al biógrafo nada importante le queda por contar. Hablen ahora, que materia de sobra tienen para ello, el filósofo y el crítico. El narrador ya sólo puede, parodiando los antiguos colofones de muchos libros, escribir al final de este las sacramentales palabras:

FINITO LIBRO, SIT LAVS ET GLORIA MICHAELI CERVANTIS
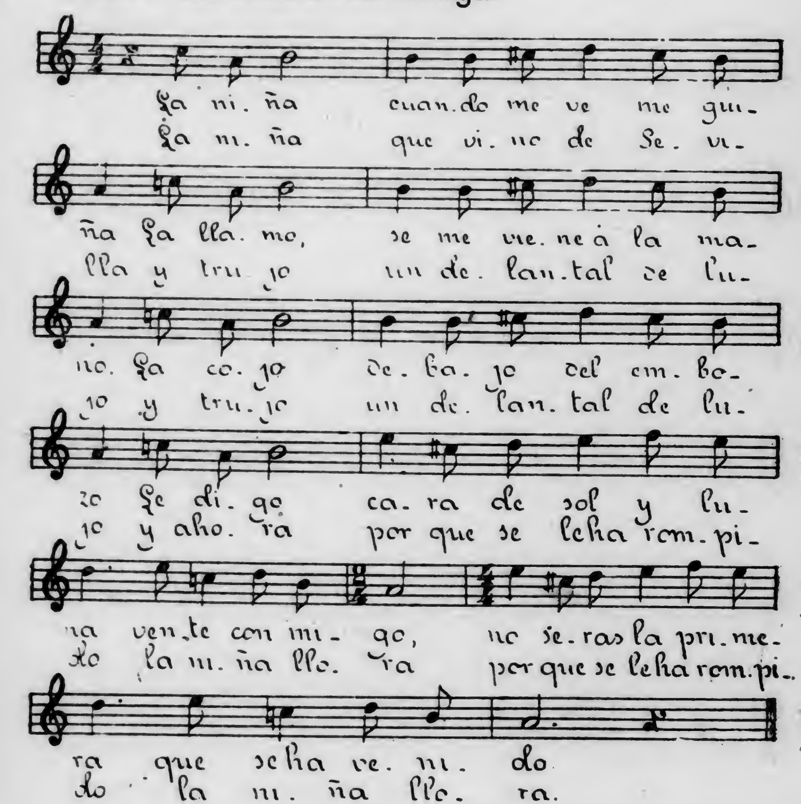
FIN

Madrid, Enero, Febrero de 1905.

TROZOS DE MÚSICA POPULAR MENCIONADOS EN EL TEXTO (1)

PÁGINAS 51 Y 282

LA NIÑA. Gañanada manchega.



(1) La transcripción de estos cantos recogidos por el autor, ha sido hecha por el reputado maestro D. Manuel Manrique de Lara.

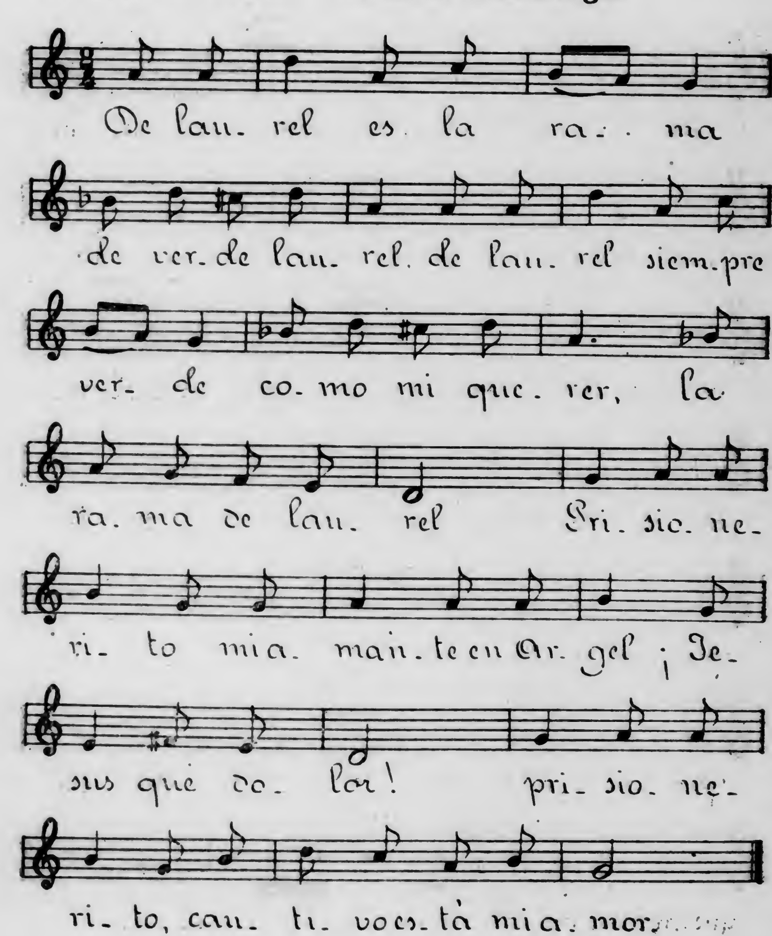
PÁGINA 52

JOTA PANADERA DE LA MANCHA

Cua.tro pa. na- de. ros en.-tran
en tu ca.- sa yel u- no lo
cier. ne yel o- tro loa. ma. sa yel o-
tro lo co- je y lo me- te en el
hor. no yel o- tro lo sa.ca y yo
me lo co. mo, mi bien.
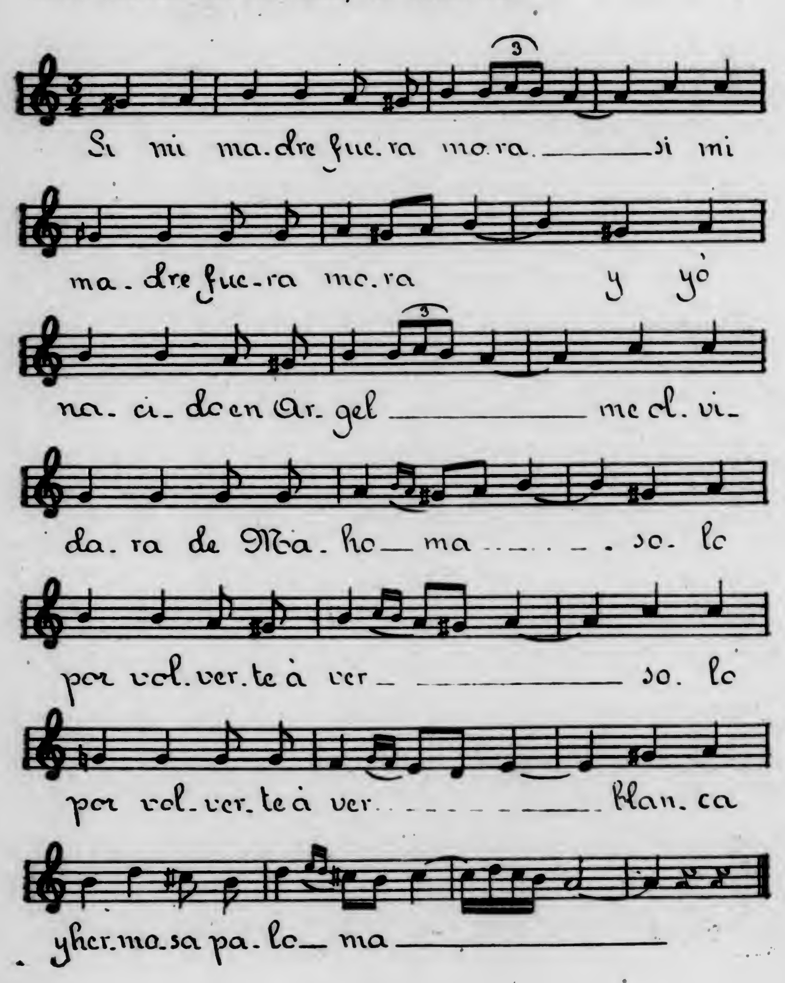
PÁGINA 157

LA RAMA DE LAUREL. Tonadilla manchega.



PÁGINA 171

JOTA ARAGONESA ANTIGUA, DE ABEN-JOT



ÍNDICE

Páginas.

Páginas.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR LA SEGUNDA EDICIÓN
DE ESTE LIBRO EN MADRID, EN LA IMPRENTA
DE HIJOS DE TELLO, Á XX DÍAS
DEL MES DE SEPTIEMBRE
DE MCMXIV
AÑOS
D. M. S.



DATE BORROWED	DATE DUE	DATE BORROWED	DATE DUE
	MAY 19 '48		
	SEP 26 1949		
	DEC 13 1949		
	MAY 30 '50		



